

**María Soliño**

# CUANDO DEJE DE LLOVER



**¿Sabes dónde están tus límites?**



**Círculo Rojo**

011 4380 3141

# Cuando deje de llover

María Soliño Barcia



Primera edición: febrero 2019

ISBN: 978-84-1317-679-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: María Soliño Barcia

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía portada: Diego Mora

© Diseño y composición portada: Valentín Soliño

© Fotografía autora: Tamara Fernández y Andrea Soliño

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcircularojo.com](http://www.editorialcircularojo.com)

[info@editorialcircularojo.com](mailto:info@editorialcircularojo.com)

Impreso en España - Printed in Spain

*“A todas esas criaturas luminosas  
y deliciosamente imperfectas  
que son las mujeres.  
Esta historia es vuestra.”*

— I —

“El acto más valiente es pensar por una misma.  
En voz alta.”

Gabrielle Chanel

30 de marzo de 2017, jueves.

12:30h

En los auriculares de su MacBook sonaba Dua Lipa y su "Be The One." Esperaba cada vez más nerviosa, aunque trataba de parecer tranquila.

«Que no se me note...», se decía a sí misma.

El corazón le palpitaba cada vez más deprisa.

«¡Mierda, joder!... se va a dar cuenta...».

Y es que, a sus cuarenta y seis años, no podía creerse que se le estuviese pasando esto por la cabeza.

Estaba casada con un hombre estupendo que la adoraba. Guapo, buen padre, buen profesional, con un status económico y social envidiable y del que estaba profundamente enamorada.

¿Estaba loca?

¿Sería capaz de arriesgarlo todo por vivir una pasión?

¿Una fantasía?

Ese hombre la trastornaba. Le quitaba la respiración. No era capaz de articular más de dos frases seguidas en su presencia. Como si tuviese quince años.

No entendía nada, pero ahora estaba esperándole con una sensación de vértigo, vergüenza y deseo.

Le vio entrar en la terraza y buscarla con la mirada. Marina le hizo un gesto con la mano y un hormigueo comenzó a recorrerle desde los pies hasta las ingles.

Se levantó de la silla para ir a su encuentro trastabillando un poco por culpa de los tacones que se había puesto esa mañana.

Quería parecer sexy.

«¡Qué coño! ¡Quería ser sexy!», pensó al escogerlos.

Él la reconoció al instante y fue directo hacia ella, cogiéndola por la cintura con una mano y dándole un par de besos. Uno en una mejilla y el segundo casi en la comisura de los labios.

«Jodeer».

No podía apartar la vista de sus labios.

«Mmm... ostras, ¡le metía la lengua hasta la garganta!».

«Buff... A ver, icéntrate mujer, que se va a dar cuenta!».

«¡Pero es que está tan bueno!».

«Tiene una barbilla perfecta, una mirada traviesa y un “je ne sais quoi”, que me trastorna y me nubla la mente».

«No puedo pensar».

Marina se recompuso un poco y trató de no tartamudear cuando intentó pronunciar su nombre.

—Hola, Lorenzo, ¿qué tal?, ¿cómo estás?, ¿has encontrado el lugar fácilmente? o ¿te ha resultado complicado?

«¡Mierda!, cuatro preguntas seguidas... así... de sopetón».

«¡Parezco una metralleta!».

«Mejor me callo».

—¡Jajajaja! ¡Caramba, Marina!, disparas a dar, ¿eh?

«¡Joder... lo sabía!».

—¡Jajaja! ¡Perdona, Lorenzo!, si es que no tengo remedio... ya me vas conociendo... ¿Qué te apetece tomar?

—A ver... Hmm... Una caña estará bien —dijo ladeando la cabeza y mirando al camarero que se había acercado para tomar nota—. ¡Oye!, no conocía este sitio. ¡Las vistas de la Ría son impresionantes!

—Sí, está muy bien. Puedes ver desde las Cíes hasta el Puente de Rande. Yo suelo venir mucho. Me queda cerca y la terraza es muy agradable, sobre todo en verano, con la brisa del mar. A veces, vengo incluso a trabajar y aprovecho para desconectar un poco. No me gusta estar encerrada en el despacho todo el día. ¡De vez en cuando necesito aire fresco para renovar ideas! ¡Jajaja! —explicó mientras daba un sorbo a la copa de su vermut.

—Bueno, cuéntame... ¿qué tal la semana? —preguntó Lorenzo.

«¡Pues, pensando en ti a todas horas!».

Marina se ruborizó.

—Esto... eh... bien, bien... nada. Lidiando con algún cliente pesado... ¡Ya sabes!... ¡Lo de siempre!

—No me extraña que los clientes se pongan pesados —respondió Lorenzo juntando los labios en una mueca divertida—. ¡Con una mujer tan guapa como tú es difícil no hacerlo!

«¡Ay, Dios, ¡no me digas esas cosas hombre, que me atontas todavía más!».

—¡Qué amable eres, Lorenzo! Pero es cierto. A veces los tíos os podéis poner muy pesaditos y yo, últimamente, ya no tengo la paciencia que tenía antes. ¡Y creo que también estoy perdiendo la poca mano izquierda que tenía!

Lorenzo sonrió arrugando la nariz y sacudiendo la cabeza arriba y abajo con un gesto de aprobación. Cogió la caña que acababan de servirle y la levantó en un guiño de complicidad hacia Marina antes de darle un trago.

Olía a cuero, madera y limón en una mezcla que resultaba fresca, sexy y masculina a partes iguales.

Cada vez que gesticulaba su aroma llegaba hasta ella produciéndole una sensación extraña y atrayente, no lo podía evitar.

Mientras Lorenzo hablaba, Marina se deleitaba recorriendo el contorno de su cara. Sus labios, su mandíbula cuadrada tan perfecta y con una ligera sombra de barba rodeándola. Su pelo canoso con sus ondas perfectamente alborotadas.

Se fijó en una pequeña cicatriz a la altura del pómulo izquierdo que resaltaba en su piel aceitunada, dándole un aspecto más interesante si cabe.

Quitó el USB de Lorenzo de su ordenador, cerró el portátil y lo guardó en su maletín tras devolverle el pendrive y comentar algunos aspectos del Seminario con los que tenía dudas.

Pidieron otra ronda y continuaron charlando sobre temas más personales.

Lorenzo le contó que estaba casado y que su mujer, Patricia, era la encargada de una tienda de decoración de una conocida cadena. Tenían un hijo de 12 años, Iván.

—Últimamente nos vemos poco, porque ella trabaja demasiado y mis viajes también me ocupan bastante tiempo. —adoptó una expresión seria mientras cogía el vaso para darle un nuevo trago— Pero bueno... supongo que son etapas. No sé... por suerte, mi trabajo me permite escoger los eventos que quiero cubrir y aunque podría viajar menos, la verdad es que me gusta hacerlo.



Marina le habló de Ernesto y de sus mellizos. También le comentó la relación tan tirante que tenía últimamente con Daniel y los problemas que le creaba trabajar con alguien tan diferente a ella.

—Es que a veces le mandarías a la mierda, te lo juro, Lorenzo.

—Mujer, algo bueno tendrá.

—Sí... A ver... No todo es malo. Tiene muchos contactos que nos proporcionan clientes con muy buenas cuentas para la agencia. Y además, es como un padre para mí.

—Pues eso.

—Ya... Pero es un déspota con los empleados y mi equipo es muy bueno. Yo personalmente me encargo de seleccionarlo siempre. Me respetan y yo les respeto a ellos. —Marina hizo una pausa y miró hacia el mar— ¡Pero con él todo es más difícil! —continuó volviendo a poner la vista en la mesa y haciendo girar la guinda de su copa con la punta del índice— Me conoce desde que era una niña y quizás por eso no consigue verme como una igual. Para él sigo siendo la hija de José Antonio, a la que veía jugar cuando venía a casa.

—Supongo que algo de eso habrá —contestó Lorenzo a la vez que le daba un último sorbo a su cerveza.

—Sí, supongo que sí —respondió poniendo cara de resignación—. Bueno, pues nada... Oye... ¡Me ha encantado charlar contigo! ¡Gracias por venir! Tengo que marcharme, que recojo hoy a los niños y se me hace tarde, pero otro día podemos volver a quedar si te apetece.

—Mujer, ¡Qué cosas tienes! ¿Cómo que gracias?. Gracias a ti por ayudarme con la info del Seminario y pasarme los documentos. Para mí, la parte de marketing es bastante coñazo, la verdad, y ahora lo tengo mucho más claro —dijo mientras se levantaba y recogía el platillo con el ticket de las consumiciones.

—¡Oh, no! —Marina intentó quitarle el ticket de la mano sin conseguirlo—Lorenzo, no, no. Yo invito, ¡por favor!

—¡Jajajaja! Noooo... De ninguna manera —contestó apartando la mano—. Soy un hombre chapado a la antigua. Te invito yo.

—¡Bueeeeno!, pero antiguo no... mejor di vintage, que es como dice ahora. ¡Jajaja! ¡Suenas mejor! —respondió guiñándole un ojo y sonriendo.

Lorenzo se agachó y recogió el maletín de Marina del suelo mientras apartaba una de las sillas para que pudiese pasar.

—Toma, guapa. Tu maletín. —le tendió la mano— ¡Y por supuesto que quedamos otra vez! ¡Por mí encantado! Eres una mujer estupenda y a mí también me ha gustado mucho hablar contigo y tomar algo. De todas formas, nos veremos mañana en el Seminario, ¿no?

—¡Ay... claro! ¡Mañana ya es viernes! —dijo llevándose la mano a la frente y arqueando las cejas con expresión de despiste— ¡Si es que ando a mil cosas y ya no sé ni en qué día vivo! ¡Jajaja!... Sí, por supuesto. Allí estaré. No quiero que me pongan falta como en el colegio. —se colgó el maletín del hombro y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—¡Perfecto! Nos vemos mañana entonces y si te apetece, al terminar, podemos acercarnos hasta el Camaleón a tomar una cerveza y unas tapas... Si quieres, claro... —dijo recogiendo el cambio de las consumiciones.

Marina se puso colorada y no fue capaz de articular durante tres segundos.

La proposición de Lorenzo la pilló totalmente desprevenida.

«¿Qué me estás diciendo, guaperas?, ¿quieres volver a quedar?»

«Bufff... Marina, Marina... ¿sabes dónde te estás metiendo?».

—Sííí... ¡Sin problema ninguno! Nos tomamos unas cañas o un vino por ahí, en el Camaleón o en el Marina Cíes, que también está muy bien —respondió cuando por fin pudo hablar.

Salieron del Albatros y bajaron las escaleras de la Estación Marítima. Continuaron caminando y charlando un poco más hasta llegar a la altura del centro comercial.

—Bueno, pues nos vemos mañana entonces. Tengo el coche en el parking, así que ya entro por aquí. Oye, ¡encantado de verte! y gracias otra vez por ayudarme con el Seminario.

Lorenzo sujetó con su mano el antebrazo de Marina y le dio dos besos en la mejilla, el segundo rozando de nuevo la comisura de sus labios.

A Marina le temblaron las rodillas.

«Joder, ¡este tío está cañón, cañón!, ¿pero qué coño me pasa con él?».

«Es que no puedo dejar de mirarlo».

«Cómo huele... Dios... ¡me encanta!». —pensaba mientras correspondía con sendos besos ella también.

«Esto no está bien. Para, Marina. Para».

—Nada, Lorenzo. Ya te dije que no es nada, hombre. Al contrario, un placer. Venga, icuídate y nos vemos mañana!

Le vio entrar por las puertas acristaladas y perderse en el interior del centro comercial.

Comenzó a caminar por el paseo en dirección a casa con una sonrisa dibujada en la cara.

Buscó el móvil en el bolso y abrió el WhatsApp.

### **Marina\_13:55**

Acabo de tomar algo con Lorenzo en el Albatros.  
¡Es tan mono!..., igual vamos mañana a tomar algo otra vez al salir del Seminario (emoti sorpresa)... joder ¡está buenísimo!...

(mono tapándose los ojos). Ay! Estoy flipando, Nona... me tiemblan las piernas cuando estoy con él. Parezco una niña pequeña. Jajaj. Te llamo por la tarde y hablamos un rato. Ok.

Besos.  
(3besos)

## —34 días antes.

24 de febrero, viernes.

09:42h.

Marina entró en su despacho y dibujó una sonrisa en la cara.

«¿Y esto?».

Encima de la mesa había un gran ramo de rosas rojas con un tarjetón en forma de estrella.

El aroma de las flores inundaba toda la estancia.

Apoyó el bolso, la prensa y el correo que Cristina, su asistente, le había dejado en la bandeja de recepción a un lado de la mesa y abrió la tarjeta.

“A la mujer más maravillosa del planeta.

Feliz cumpleaños, mi amor.

Te quiero. Ernesto.”

«Buff...» —dijo sacudiendo la cabeza y llevándose la tarjeta al pecho.

«Este hombre es increíble».

Las contó.

Cuarenta y seis.

«¡Joder!».

«Pues sí. Una por cada año».

«¡Jajaja!, ¡me encanta, me encanta!».

Llevó el bolso al perchero y sacó el móvil.

Se sentó en su sillón y le dio al botón de encendido de su iMac.

Mientras esperaba abrió el WhatsApp y buscó “AA Ernesto”.

**Marina\_9:56**

Estás loco. 46 rosasiii

Son preciosas. Te quiero.

¿Cenamos esta noche, no? (beso, guiño, corazón)

**AA Ernesto\_9:58**

Loco??? No sé a qué te refieres. (cara de pensar, risas).

Feliz cumple otra vez guapa. Me alegro de que te gusten las rosas.

Cenamos esta noche en La Trastienda. Tenemos reserva para las diez.

Te dejo que entro en sala.

Te quiero. (beso, corazón, tarta de cumple, regalo)

Marina disfrutaba de una buena vida. Acababa de cumplir 46 años y era fundadora y directora de MissMussa, una agencia de publicidad que ocupaba la última planta del edificio Simeón, uno de los más bonitos y céntricos de Vigo, en plena Puerta del Sol.

Tenía doce empleados fijos y en la temporada alta de campañas llegaban a ser hasta quince.

Había fundado MissMussa con Natalia, una compañera de la facultad cuando ambas tenían 28 años.

Al principio, todo fue bien. Empezaron con tres publicistas y poco a poco comenzaron a crecer, pero a los dos años de abrir la agencia, Natalia lo dejó todo y se fue a Madrid exigiendo su parte de las acciones y dejando a Marina colgada con sueldos y deudas que pagar.

Ahora su socio era Daniel Durán, un viejo amigo de su padre José Antonio, que la conocía desde niña y que cuando se enteró de la situación no dudó en poner el dinero para salvar la agencia del cierre, comprando las acciones de Natalia por el dineral que pedía.

Daniel tenía 65 años y era un hombre de negocios con multitud de inversiones, sobre todo inmobiliarias.

Un tiburón, como ella le llamaba en confianza.

No tenían la misma visión a la hora de llevar el negocio y eso provocaba bastantes roces entre ellos.

Daniel tenía un estilo agresivo y dominante con los empleados y con ella misma muchas veces, lo que la sacaba de sus casillas con frecuencia. Además no tenía reparos en aceptar cualquier cliente viniese de dónde viniese.

—Es dinero —decía—, y el dinero paga tus facturas y las nóminas. Marina en cambio tenía un estilo totalmente diferente.

Quería que su firma fuese un lugar dónde las personas se sintiesen a gusto.

Seguir una línea de trabajo ética y responsable, tanto para sus clientes, cómo para sus empleados y eso pasaba por no trabajar con cualquier empresa ni aceptar cualquier campaña.

Habían tenido muchas broncas, sobre todo últimamente, e incluso su padre y su marido habían tenido que mediar varias veces entre ellos.

Marina era una mujer muy atractiva. Alta y delgada, con una larga melena castaña con reflejos dorados. Sus ojos eran grandes y profundos, de un color avellana oscuro y sus labios carnosos y bien dibujados. Tenía una piel blanquísima y un cutis fino y muy cuidado. Su rostro era ovalado y su cuello largo y suave.

A pesar de ser delgada tenía unas caderas rotundas y unos pechos muy sensuales.

Estaba casada con Ernesto Del Valle, un hombre alto, medía casi un metro noventa, de figura atlética y muy guapo. Con el pelo de color castaño oscuro y muy abundante. Lo solía llevar peinado hacia el lado derecho dejando su ancha frente despejada. Sus ojos eran de un color azul intenso y sus labios algo más finos, dejaban ver una dentadura perfecta.

Ernesto tenía 49 años, tres más que Marina y era Magistrado de la Audiencia Provincial de Pontevedra.

Se habían conocido en Baiona, donde ambos veraneaban. Habían salido a cenar con un grupo de amigos y por un error en la reserva del restaurante, Marina y sus dos amigas se habían quedado sin mesa. Se sentaron en la barra esperando a que alguna quedase libre y Ernesto se acercó a ella ofreciéndoles un hueco en la suya. A Marina le pareció un gesto muy atrevido por su parte pero miró a sus amigas y aceptaron la invitación. Les pusieron los servicios y Marina se sentó junto a él. Desde esa noche se hicieron inseparables y dos años más tarde se casaron.

Tenían dos hijos mellizos de nueve años, Martina y Teo. Los dos seguían, después de 16 años casados, muy enamorados. Ernesto adoraba a Marina. Ella también le adoraba a él.

20:50h

Estaba terminando de arreglarse para salir cuando oyó entrar a Ernesto en casa.

—¡Holaaa! ¡Estoy en la habitación!

—¡Hola! —contestó Ernesto— ¿Qué tal los niños?

—Pues muy bien. Se han quedado súper contentos con mis padres porque también se quedaba Lidia y ya sabes que Martina se lo pasa genial con ella. Y Teo y mi padre iban a arreglar la bicicleta para salir mañana por el paseo, que no sé qué rayos le pasaba en la rueda. ¡Así que esta noche estamos solos tú y yo! —contestó saliendo del vestidor con los zapatos de tacón en la mano y sentándose en el borde la cama para ponérselos.

Ernesto se acercó con una pequeña caja dorada rodeada por un lazo rojo.

—Entonces... ¿Estamos solos, no?

—Sí, ¿por? —le miró frunciendo el ceño.

—¡Feliz cumpleaños otra vez, mi amor! —Ernesto se acercó, le dio un beso en los labios y se sentó a su lado— Ábrelo.

—¡Ernestoooo! —Marina desató el lazo y levantó la tapa de la caja — ¿Y esto? ¡Pero serás...! —le miró de soslayo sonriendo.

—Quiero darte placer incluso sin tocarte, nena —dijo acercándose a su cuello.

Marina sacó su regalo de la caja. Era un huevo vibrador de color negro con mando a distancia. Tenía forma de pinza con una parte más redondeada para introducir en la vagina y otra más fina para estimular el clítoris a la vez. Era flexible y tenía un tacto suave y aterciopelado. Venía con un mando a distancia, también de color negro y un libro de instrucciones, pues por lo visto, también podía conectarse por bluetoooh al móvil y a través de una App propia.

—¡Buff, eres tremendo!

—Sí. Pero te gusta, ¿a que sí?

—¡Me encanta!, iven aquí! —le besó y puso la mano en su entrepierna notando como crecía una erección debajo de su pantalón — Mmm... ¿Y cuándo vamos a estrenarlo, señor juez?

Ernesto clavó sus azules ojos en los suyos.

—Ahora. ¡Bájate las bragas!

Marina obedeció.

Metió la mano por debajo de su vestido y le tocó el clítoris con el pulgar.

—Hmm... Creo que por aquí estará bien.

—¡Ohhh...! —gimió ella.

Ernesto le introdujo la parte ancha dentro de la vagina y acomodó la estrecha entre los pliegues de los labios mayores con la punta rozando el botón de su mujer.

—¡Uff... Ernesto...!

—Shhh... ¡No proteste, señorita! —le subió las braguitas y cogió el mando— Y ahora vamos a probar. —pulsó el botón de on y el huevo comenzó a vibrar rozando el clítoris de Marina con un suave aleteo— ¿Qué tal? —preguntó divertido.

—Joderrrr... Ernesto —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¡Jajaja! Parece que funciona.

Lo apagó.

—¡Hey! ¡No lo apagues! —dijo poniendo morritos.

—Vamos, viciosa. Tenemos la reserva para las diez.

—¡Jooo! —Marina se puso de pie a regañadientes y terminó de calzarse.

—Tranquila, ¡que vas a poder jugar durante la cena! No seas impaciente. —la cogió de la mano y la sacó de la habitación. Descolgó los abrigos del perchero y ayudó a su mujer a ponerse el suyo— Y esto se viene conmigo —Ernesto sonrió travieso y se guardó el mando en el bolsillo del pantalón, la cogió por el mentón y le dio un beso caliente y húmedo en los labios— ¡Vamos, señora Del Valle!

—Eres malo.

—Sí, y a ti te encanta que lo sea.

Marina ladeó la cabeza mordiéndose el labio y su melena resbaló por su cara.

—¡Jajaja! ¿Por qué crees que me casé contigo? —dijo apartándose el pelo con la mano— ¡Ya sabía yo que debajo de ese aspecto tan serio se escondía un rebelde perverso!

22:03h



La Trastienda del 4 era un coqueto restaurante situado en una de las calles laterales de la Plaza de Compostela, a escasos minutos de su ático.

Estaba decorado con un estilo vintage muy cuidado, con un sin fin de fuentes, platos, tazas y botellas rescatadas, de diferentes formas, estilos y colores, y la oferta de la carta era inmejorable. Tenía una tarima de madera fuera con una terraza acristalada y dentro estaba dividido en dos ambientes diferenciados. Al entrar, el primero, más informal con mesas altas para tomar un vino y tapear y el segundo, al fondo, separado por unas estanterías abiertas, dónde estaba la zona del restaurante propiamente dicha.

A Marina le encantaba ese lugar y solía visitarlo con frecuencia. Ernesto lo sabía, por eso la sorprendía muchas veces con cenas románticas, sobre todo en verano.

Entraron al local, saludaron y el camarero les acompañó hasta su mesa.

Se acomodaron a la izquierda justo detrás de la estantería que separaba el restaurante de la zona de tapas.

Ernesto separó la silla de su mujer en un gesto de galantería y la besó en la mejilla.

—¡Feliz cumpleaños, mi amor! —le dijo al oído al tiempo que se metía la mano en el pantalón y accionaba el mando a distancia.

Marina dio un respingo y tuvo que agarrarse con disimulo a la esquina de la mesa para no caerse.

Consiguió mantener el equilibrio y le lanzó una mirada asesina a su marido.

Éste se llevó el puño a la boca y soltó un ligero carraspeo al tiempo que la miraba con una mueca divertida.

—¡Joder!, eso se avisa —le recriminó.

—Ya te dije que íbamos a jugar —dijo sentándose y girando el puño, dejando ver el mando de su nuevo juguete y guiñándole un ojo.

Pidieron la cena y Ernesto encendía y apagaba el consolador a discreción observando cómo Marina se reía y ponía caras cada vez

que accionaba el interruptor.

Le encantaba ver disfrutar a su mujer.

Marina estaba cada vez más excitada. Tenía las mejillas encendidas a causa del vino y de la estimulación.

—¿Van a querer postre o café los señores? —preguntó el camarero recogiendo los platos de la comida.

—No, no —dijo Marina haciendo un gesto con la mano y dándole una patada por debajo de la mesa a su marido.

—Está todo bien, gracias. Creo que mi mujer está cansada y quiere irse ya a casa. ¿Nos trae la cuenta por favor? —dijo mirándola de reojo sin poder reprimir la risa.

Salieron del restaurante y caminaron en dirección a casa.

Marina iba apoyada en el brazo de su marido pues, entre el vino, el nuevo juguete y los tacones se le hacía difícil mantener la vertical.

Ernesto la miraba divertido e iba encendiendo y apagando el mando intermitentemente.

Marina ya no podía más. Su clítoris estaba a punto de explotar.

Se paró y tiró de él apoyándose en la pared a dos portales del suyo.

—Ernesto...

—¿Qué pasa, mi amor?

—Ernesto... ¡Bésame! —le agarró por la solapa y le cogió del cuello al tiempo que le ofrecía sus labios— Ernesto... ¡Me voy a correr!

Ernesto la miró durante dos segundos y se lanzó a por sus labios besándola con rapidez, introduciéndole la lengua hasta el fondo de la garganta y mordiéndole los labios.

Marina explotó.

Su clítoris estalló expandiendo una ola de placer por todo su vientre, llegando hasta sus pechos y sus rodillas.

Se corrió de pie, apoyada contra la pared, mientras su marido la besaba.

—¡Ohhh... Dios! Ernesto... ¡Qué fuerte, qué fuerte! —Marina respiraba con dificultad.

—¡Hey!... mi amor... mi vida, ¿estás bien? —Ernesto la sujetaba por la cintura con un brazo y le acariciaba las mejillas, ahora ardiendo, con la mano— Vamos. —le dio un beso en la cabeza y la cogió por los

hombros rodeándola con su brazo— Ahora voy hacerte el amor en casa. ¡Voy a hacer que te corras toda la noche para mí!

Apuraron el paso y entraron en el portal.

Llamaron el ascensor y mientras esperaban Marina comenzó a besar de nuevo a su marido y a frotar el muslo por su entrepierna notando su erección.

—¡Cómo te quiero, Dios! ¡Cómo te quiero! —susurraba Marina.

Irrumpieron en casa a trompicones y se quitaron los abrigos en la entrada dejándolos esparcidos en el suelo del pasillo de camino al dormitorio.

Entraron en la habitación y Ernesto colocó a su mujer de espaldas mirando hacia la cama.

—Quieta.

Encendió el equipo de música de la habitación y volvió hacia ella.

Marina llevaba un vestido negro ajustado con una cremallera trasera.

Le bajó la cremallera y el vestido cayó al suelo.

Se quedó de pie en ropa interior con los zapatos de tacón puestos.

Llevaba un conjunto de braguita y sujetador de encaje negro con el ligero a juego.

—Y ahora, te vas a dar la vuelta y me la vas a chupar —le dijo con la mirada turbia por el deseo—, y después te voy a atar con la corbata y te voy a follar hasta que te corras otra vez.

Marina se giró, terminó de aflojarle el nudo de la corbata y le quitó la camisa.

Arrastró los dedos por el pecho de su marido, se arrodilló y desabrochó el cinturón y el botón.

Bajó sus pantalones y le cogió la polla con una mano mientras que con la otra le acariciaba los testículos por debajo.

Ernesto la cogió por la cabeza y enredó los dedos en las ondas de su melena.

Marina pasó el borde de su lengua por el glande un par de veces, le dio un beso y comenzó a chuparla arriba y abajo saboreando cada centímetro de piel.

Ernesto gemía cada vez más.

—¡Ohhh, nena!... para... para, ¡o me voy a correr en tu boca!

La levantó del suelo y la besó en los labios mientras le desabrochaba el sujetador.

Le chupó los pezones y metió la mano entre sus bragas para sacar el huevo que todavía seguía en su interior.

—Ahora me toca a mí —dijo con voz grave.

Recogió la corbata del suelo y le cogió las muñecas atándoselas por encima de la cabeza.

La sentó en la cama y le desabrochó el liguero bajándole las bragas y las medias.

Tiró los zapatos a un lado y la tumbó sobre el colchón.

Marina volvía a estar excitada y comenzaba a gemir y a retorcerse al contacto de Ernesto.

Estaba completamente desnuda, con las manos atadas contemplando como su marido la miraba con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Abre la piernas. Voy a follarte hasta que te corras para mí, ¿de acuerdo?

—Mmm... —asintió arqueando la espalda y entornando los ojos.

Ernesto se subió encima y la penetró. Dio un pequeño empujón y Marina se arqueó más abriéndose para él.

Ernesto continuó empujando hasta llegar al fondo de su canal, estirando sus húmedas paredes y besándola despacio en la boca.

Marina empezó a retorcerse al sentir la polla de su marido en su interior y volvió a explotar gritando su nombre.

Ernesto empujó entonces con fuerza y se corrió con ella vaciando todo su semen en su vagina.

Se quedó unos segundos sobre ella antes de echarse a un lado, susurrándole cuánto la quería.

—Gracias, mi vida. —gimió ella— Gracias por tu regalo. Me ha encantado. Te quiero.

Ernesto la desató y la tapó despacio con el edredón acurrucándose con ella.

—Yo también te quiero, Marina.

26 de febrero, domingo.

13:37h

—¡Hija! ¡Qué cara traes! —dijo su madre mientras metía una bandeja en el horno— ¿A dónde habéis ido? ¿A correr una maratón?

—¡Bufff!... Nada... ¡Papá, que me acaba de dejar para el arrastre! ¡Hemos corrido un rato por la playa y ya estoy hecha unos zorros...! ¡Si es que esto de cumplir años...!, y él... ¡Fresco como una lechuga! Mírale...

Su padre entró en la cocina tras ella sonriendo y dándole palmaditas en la espalda.

—Tu hija, que es una flojucha. ¡Jajaja! Sólo hemos ido hasta Patos y hemos vuelto. Mmm... ¡Qué rico huele!

—Sí, claro... ¡Pero esprintando todo el rato! ¡Aquí, don Usain Bolt! —dijo Marina dando un beso a su madre y cogiendo un botellín de agua— Voy a subir a darme una ducha y a cambiarme. ¿Dónde están Ernesto y los niños? No los hemos visto al entrar.

—Han ido con tu hermana y con Alberto a tomar algo a Baiona. Supongo que en un rato estarán aquí. Lidia se ha quedado para ayudarme con la mesa —contestó su madre dándole un beso.

—¡Hola, tía Marina! ¡Feliz cumpleaños!

Su sobrina entró en la cocina llevando un manojo de servilletas.

—¡Hola, cariño! —dijo Marina dándole un beso en la mejilla.

—Me sobran estas, abuela. ¡Hola, abuelo!

—Déjalas aquí, cariño. Gracias.

—Bueno, subo a ducharme. Enseguida bajo y te ayudo, mamá.

—Tranquila, hija. Ya está casi todo listo. No te preocupes.

—Yo también subo a ducharme —dijo José Antonio cogiendo un canapé de la encimera.

—¡Antonio! ¡Deja los canapés! —dijo su mujer dándole un manotazo.

—Jajajaja... ¡Te tiene a la línea eh, papá!

—¡Ni aún que lo digas de broma!... ¡Jajajaj! ¡Venga, vamos a ver quién llega antes arriba!

—¡Ay, de verdad, no te cansas nunca! ¿De dónde sacas esa energía?

Marina y su padre subieron corriendo las escaleras riendo y picándose el uno al otro mientras su madre les miraba divertida.

«Si es que son como dos niños pequeños, siempre están igual», pensó mientras terminaba de aliñar una ensalada.

Los padres de Marina vivían en un chalet en la zona de Monteferro, un pequeño monte rodeado de calas, entre la playa de Patos y Panxón.

Era una zona bastante exclusiva con unas vistas privilegiadas sobre la ensenada de Baiona. Podía verse la silueta de las Islas Cíes presidiendo la entrada de la Ría de Vigo a lo lejos y Las Islas Estelas, dos pequeños islotes, formados por la Estela de Tierra y la Estela de Mar, dándole a la ensenada una belleza excepcional y protegiéndola de mar abierto. Aunque parecían nada más que un trozo de tierra emergida donde se asentaban colonias de gaviotas y cormoranes, en realidad, escondían una gran riqueza bajo el agua. En el año 1976 el Ivy, un mercante liberiano, encalló y se hundió durante un temporal frente a ellas. Debido a que el barco fue desguazado bajo el agua y se dejaron varios fragmentos repartidos por el fondo marino, se formó un arrecife artificial perfectamente integrado y colonizado por multitud de crustáceos, moluscos y estrellas de mar.

Su madre, Teresa, era una mujer menuda de apariencia amable, muy cariñosa y protectora con su familia. Había trabajado como administrativa en una multinacional pero cuando nacieron sus hijas su salud se resintió y decidió dejar su trabajo para dedicarse por entero a ellas.

Ahora disfrutaba pasando tiempo con sus tres nietos, Lidia, Teo y Martina.

Le encantaba cuidar de ellos el fin de semana y ver cómo disfrutaban jugando en el jardín y en la piscina.

Su padre, José Antonio, acababa de cumplir 74 años, uno más que su mujer y era un hombre con muchísima vitalidad. Le gustaba practicar running por la playa y solía salir a correr con Marina los fines de

semana en que su hija iba a comer a su casa y alguna tarde si ésta le llamaba para correr por el Parque de Castrelos. Tenía el pelo blanco y una barba corta también muy blanca. Había sido director de una importante sucursal bancaria en la ciudad y se había jubilado hacía unos pocos años. Además de eso, seguía dedicándose al sector inmobiliario junto con su socio y amigo Daniel Durán al que conocía desde sus inicios como director en el banco.

Su hermana, Susana, tenía cinco años menos que ella y era arquitecta.

Estaba casada con Alberto, también arquitecto y ambos trabajaban juntos en un estudio en la ciudad, con tres socios más.

Tenían una hija de doce años, Lidia. Una niña muy alegre y despierta.

14:48h

—¿Así que tenéis la adjudicación de la reforma de los edificios de la antigua conservera, no? —preguntó Ernesto mientras le pasaba la cesta del pan a su cuñado, Alberto.

—Sí. Nos han dado el concurso. Esta semana firmaremos la concesión con el ayuntamiento. Pero sí, puede decirse ya que el proyecto es nuestro.

—¡Es genial! ¡Enhorabuena a los dos!

—Sí, estamos muy contentos la verdad —contestó Susana mirando a su marido—. Hemos trabajado mucho y la competencia era dura. Había incluso un estudio inglés muy potente detrás del proyecto... Pero al final... Mira... Nos lo hemos llevado nosotros.

—Eso es porque sois muy buenos y vuestro estudio de arquitectura es de lo mejorcito que hay —dijo Marina cogiendo su copa y dando un sorbo de vino—. Y no te lo digo porque sea tu hermana. El diseño era precioso. Cuando me lo enseñaste me encantó. ¡Ya te lo dije!

—Marina tiene razón —apostilló Ernesto—. ¡Sois muy buenos! De verdad.

—¡Muchas gracias, Ernesto! —dijo Susana— ¡Brindemos! ¡Por nuestro nuevo proyecto! Y... ¡Por mi anciana hermanita! ¡Jajaja!

—¡Ay! ¡Pero qué graciosa que es mi queridísima hermana!... No te preocupes que tú también llegarás... ¡Y a ver si lo haces así de bien!

—¿Cuántos cumpleaños, tía?

—¡Ufff!.... ¡Un montón!... 46 cariño, 46 primaveras ya.

—Pues estás muy guapa... Que lo sepas —dijo su sobrina apoyando la cabeza en su hombro.

—¡Gracias, mi niña!

—¡Jajaja! ¡Qué pelota eres, hija! —dijo Susana.

—A ver... ¿Quién me ayuda a recoger para traer el postre y la tarta? —dijo Teresa levantándose y mirando a sus nietos— ¡El que venga tiene premio!

—¡Yo, abu, yo! —dijo Martina.

—Y yo también, yo también... ¡Yo quiero tarta! —Teo se levantó y comenzó a poner los cubiertos dentro de los platos.

Lidia se ofreció también y se levantó haciendo cosquillas a Teo.

—Vamos a abrir una botella que me han regalado de un licor de chocolate belga, que por lo visto iestá de muerte! —dijo el padre de Marina.

—Espera, Antonio. Te ayudo con las copas —dijo Ernesto levantándose también.

El perro de la familia, Vilma, una golden retriever de color arena, saltó de su cojín y comenzó a ladrar en la puerta.

—Ese debe de ser Daniel, que viene a tomar café y un trozo de tarta. Ya, Vilma, ya... ¡Qué es Daniel! Tranquila —dijo Marina levantándose y yendo a abrir.

—¡Hola, Daniel!, ¿cómo estás? —le dio un beso en la mejilla y un abrazo.

—¿Qué tal, Marina? ¡Feliz cumpleaños a todo esto! —entró y fue hacia el comedor saludando a todos.

—¡Tito Daniel, tito Daniel! —Teo corrió hacia él.

—¡Hola, pequeñajo! ¡Ven aquí! ¡Dame un beso! ¡Cada día estás más alto! ¡Jajaja!

—Ven. Siéntate aquí, al lado de Antonio —dijo Teresa ofreciéndole su silla— Llegas justo a tiempo para la tarta ¿Te pongo café ?



—Gracias, Teresa. Sí, por favor. ¡Ah! Toma Marina, esto es para ti. Le dio una bolsa de papel azul brillante con un paquete dentro.

—¡Oh! ¡Muchas gracias! ¡No tenías por qué!

—Ya lo sé. Pero lo vi y pensé que te gustaría tenerlo. ¡Feliz cumpleaños, otra vez!

Marina abrió el paquete.

Era una edición de lujo del libro de Edgar Allan Poe, "Cuentos de Imaginación y Misterio" con ilustraciones del artista irlandés Harry Clarke, publicado por primera vez en 1919 en Londres y que fue reconocido como una de las joyas bibliográficas de la época.

Las ilustraciones en blanco y negro eran ciertamente exquisitas.

Tenía razón. Le encantaba.

Daniel era un hombre hecho a sí mismo. De carácter serio y duro. Muy alto y delgado, con el pelo grisáceo y amplias entradas en la frente. Tenía la cara muy alargada acorde con su estatura y unos ojos grises absolutamente impenetrables. Siempre iba perfectamente afeitado y vestía con trajes oscuros que acentuaban todavía más su aspecto formal. Estaba divorciado desde hacía diez años y no había tenido hijos. Su mujer, Aurora, se cansó de que el trabajo fuese siempre lo primero para él y decidió dejarle.

Conocía a Marina y a su hermana Susana desde que habían nacido y las quería como si fuesen sus hijas.

Daniel era como de la familia.

Y lo había demostrado.

Cuando Natalia, la socia con la que Marina fundó MissMussa, decidió dejarla y marcharse repentinamente a vivir a Madrid, Marina no tenía suficiente liquidez para comprar todo su paquete de acciones. Tenían el cincuenta por ciento cada una y Natalia pedía un dineral por ellas.

Antes de que acabasen como el rosario de la aurora, en manos de un socio desconocido o peor aún, de que Marina tuviese que cerrar por las deudas, Daniel se ofreció a poner el dinero.

Compró el cuarenta por ciento y dejó que Marina se hiciese con el diez por ciento restante para conservar el control de la agencia.

Además, sus contactos proporcionaron muchos clientes que la hicieron crecer y posicionarse a nivel nacional como una de las

mejores en su sector.

Ernesto se fue a la cocina con su suegra y sus hijos y entró de nuevo al comedor portando una gran tarta Red Velvet, la favorita de Marina, forrada totalmente de fondant blanco y con 46 velas rojas encendidas.

Marina sopló las velas ayudada por sus hijos y repartió la tarta.

Pasaron el resto de la tarde charlando animados.

Ernesto comentó alguno de los casos que estaba llevando en su Juzgado con sus cuñados.

Los tres niños se pusieron a jugar a la consola y Marina y Daniel aprovecharon para hablar de las últimas campañas que tenían en mente.

—¡Pues no estoy de acuerdo, Daniel! Sabes que Metaltaller & Group no se caracteriza precisamente por el respeto a sus trabajadores y mucho menos por cuidar el medio ambiente —dijo Marina levantándose y sirviéndose una tónica del mueble bar—. ¿Tú sabes cuántos puros le han metido el año pasado por echar vertidos en el río? ¡Tres, Daniel! ¡Tres! ¡Joder, Daniel!... Y tiene pendiente en el Juzgado dos demandas de despidos por acoso laboral a trabajadoras... Que no, Daniel... Que no... Que yo no trabajo con ese tío. ¡No me da la gana! ¡Que le haga otro las campañas! —se sentó cruzando los brazos y las piernas en el sillón al lado de su padre con expresión iracunda.

—¿Ves?... Es que eso es lo que va a pasar. ¡Que otro le va a hacer las campañas, Marina! ¡Otro se las va a hacer!

—Bueno..., ¿y ?

—¡Pues que es un buen cliente, Marina! ¡Hostias, que son dos campañas de más de 24.000 euros! —se giró hacia José Antonio poniendo una expresión de incredulidad— Yo a tu hija no la entiendo, de verdad, Antonio, de verdad que no. Ese rollo suyo del bien y del mal y de un mundo perfecto... ¡Con eso no se pagan las nóminas, ni el alquiler, coño!... ¡Que no somos una ONG!

—Bueno... Marina, hija. No sé. A lo mejor no deberías de ser tan radical... Escucha a Daniel. Sabes que es un hacha para los negocios

—dijo su padre pasándole el brazo por los hombros—. ¡Es que siempre estáis igual! ¡Sois como el perro y el gato!

Marina miró a su padre arqueando las cejas con cara de sorpresa.

—Bueno, bueno, bueno... ¡Esto ya es el colmo! ¡Lo que tengo que aguantar!

Ernesto se acercó tratando de mediar entre ellos.

—A ver chicos... A ver... ¿Cuánto hace que trabajáis juntos? ¿Trece? ¿Catorce años?...

—¡Dieciséis! —respondieron a la vez.

—¡Joder! ¡Pues ya podíais ponerlos de acuerdo y dejar las mismas discusiones de siempre! A lo mejor tu padre tiene razón y no debes de ser tan radical... No sé... Busca un punto medio... Las demandas aún están en el Juzgado y todavía no hay sentencia... ¿Y si sale absuelto?

—¡Joder, Ernesto! ¡No me puedo creer lo que estás diciendo! Alucino con vosotros tres ... De verdad... Alucino... ¡Voy a tomar el aire!

Se levantó con la cara roja de la ira y salió al porche cubierto con Vilma. Se sentó en uno de los sillones de ratán y agachó la cabeza cogiéndola con ambas manos. La perrita le lamía el dorso y saltaba a su alrededor moviendo el rabo.

Marina estaba rabiosa.

Y cuando estaba rabiosa prefería que le diese el aire por las cosas que era capaz de decir.

Daniel conseguía sacarla de quicio.

«Y Ernesto... ¿Qué coño le pasaba? Cuando se trataba de Daniel siempre se ponía de su parte».

Estaba harta.

Su madre salió, le llevó un chal de lana y se sentó a su lado.

—Marina, hija. No te pongas así. No merece la pena. ¡Déjales! Si ya sabes cómo son. No lo hacen por mal... Ya lo sabes. Total... Al final la que mandas eres tú, ¿no?

—Ya, mamá... Pero me gustaría que dejase de cuestionar mis decisiones. ¡Que me tomase en serio de una vez! Sé dirigir mi agencia. Sé hacerlo, mamá. ¡Sé hacerlo y lo hago bien!

—¡Ay mi niña, mi niña!... Ven aquí.

Marina se apoyó en el hombro de su madre mientras esta le acariciaba la cabeza.

Susana salió llevando una bandeja con más bebida y tres raciones de tarta.

—¡Bah!... No te preocupes, Marina. Pasa de ellos. De los tres, además. La agencia es tuya y la diriges cómo te da la gana. Y si no le gusta que se aguante. También tú le aguantas sus tonterías a él... Que ya sabemos cómo se las gasta Daniel con sus rarezas... Siempre se está escaqueando de las reuniones y de los compromisos a los que no le apetece ir. ¿Quién le salva muchas veces el culo para quedar bien y aparece estupenda y con una sonrisa? —dijo mientras colocaba la bandeja en la mesa de centro y la acercaba a ellas.

—Ya. Eso es verdad. Siempre me endosa sus marrones. Y yo nunca le digo nada. ¡Ja!, sin ir más lejos... El mes que viene me voy a chupar un Seminario que organizan unos amigos suyos de seis semanas los viernes por la tarde, porque el señorito no tiene tiempo... ¡Qué los viernes va muy pillado!

—¡Ahh!, ¿y tú no, claro? A ti te sobra... —dijo su hermana mientras le daba un bocado a la tarta haciendo un gesto en el aire con la cuchara— ¡Pues eso! Tú a lo tuyo, hermanita y no cedas.

—¡Ay, qué dos, qué dos! Sois tremendas, ¿eh? ¡No hay quién pueda con vosotras!

—¡Jajaja! ¡Claro, mamá! ¡Has sido la mejor maestra! Venga, vamos a comernos otro trozo más de tarta, ¡que está riquísima! —zanjó Marina más relajada y acercándole un plato a su madre.

10 de marzo, viernes.

08:10h

Bip-Bip. Bip-Bip. Bip-Bip.

La alarma de recordatorio de eventos comenzó a sonar en el iPhone de Marina.

«¡Ostras!»

«El Seminario de Ética en Publicidad y Comunicación».

«¡Me había olvidado por completo!»

—¡Ernestooooo! ¡Hoy tengo el seminario ése de publicidad!  
—exclamó desde la habitación— Son dos horas, de ocho a diez o algo así, creo... ¿Recoges tú a los niños en la piscina o aviso a Paula?

—Sí... Tranquila. No hay problema. Ya voy yo. Hoy no tengo vistas y ya no me quedo a comer en Pontevedra.

—¿Vienes a comer a casa entonces? —preguntó Marina— Si quieres comemos juntos, creo que me da tiempo. Aunque tengo a última hora una reunión con Daniel, no me voy a retrasar mucho... ¿Ernesto?... ¿Me oyes?... Joder, ¡qué te estoy hablando! —gritó desde el vestidor mientras escogía un foulard a juego con la camisa de seda roja que se había puesto esa mañana— ¡Deja el móvil un momento! ¡Hombre, que manía!

—Que sí, Marina, que sí... —contestó desde el baño— Que vengo a comer. Ya salgo y bajo con vosotros al garaje.

Marina entró en la cocina dónde Teo y Martina estaban desayunando.

—Vamos niños. ¡Terminad ya que se nos hace tarde!

—¿Nos lleva papi al cole? —preguntó Teo.

—Nooo. Hoy os llevo yo.

—¡Yupiii! ¿Y me puedes poner la canción de La bicicleta?

—Siiii. Te pongo la canción de La bicicleta. Te pongo la que tú quieras.

—¡Jooo!... ¡Pues yo quiero la de Ricky Martin! —dijo Martina con cara de disgusto.

—Os pongo las canciones que queráis. ¡Pero vámonos ya!

19:53h

El Verbum-Casa de las Palabras era un museo dedicado a la comunicación en todos sus ámbitos y formas de expresión.

Estaba ubicado en la Avenida de Samil, frente a la playa del mismo nombre.

Era un edificio de aspecto muy singular.

Con tres alturas, tenía la forma de un cubo rectangular que parecía suspenderse en el aire, pues la planta baja estaba totalmente acristalada. El interior estaba compuesto por una serie de cajas que se atravesaban unas a otras creando efectos de luz cambiantes a medida que iba transcurriendo el día.

Estaba revestido por unos baldosines de pizarra marrones y grises, que se tornaban de diferentes colores según les diese el sol.

En la entrada principal había un jardín atravesado por un camino de las mismas baldosas y en medio una escultura en bronce, El Susurro, de Sergio Portela, que representaba las figuras de un hombre y una mujer desnudos y echados sobre un costado.

Marina aparcó el coche en la explanada del parking contiguo y se dirigió al interior del museo.

«Buff... seis semanas con este rollo».

«¡Qué morro tiene Daniel!»

«¡Hay qué joderse!, lo invitan a él y me lo tengo que comer yo».

«Ya le vale».

«¡Ya me lo puede compensar pero bien!».

«Bueno, a ver qué tal. Espero que no sea un peñazo y acabemos pronto», pensó.

Entró en el hall del edificio.

—Buenas tardes. ¿Viene usted al Seminario? —preguntó el conserje desde el mostrador.

—Buenas tardes. Sí. Vengo al Seminario de Publicidad.

—En la tercera planta, si es tan amable —respondió el hombre sonriéndole—. Puede utilizar el ascensor si lo desea.

—Muchas gracias —contestó ella devolviéndole la sonrisa.

Marina salió del ascensor y entró en la sala dónde se celebraba el evento.

Era una sala grande. De forma rectangular y pintada de un blanco brillante. El techo era muy alto, de unos tres metros por lo menos, y tenía una ventana estrecha situada en lo alto que cruzaba una de las paredes laterales.

Al fondo había una mesa larga vestida con una tela azul oscuro dónde se apoyaba un proyector y dos sillas para los ponentes con sus respectivos identificadores de metacrilato.

A la derecha había otra más pequeña, también vestida de azul, a juego con la primera, con copas y botellines de agua dispuestos en hilera.

Un roll-up al otro lado de la mesa principal anunciaba el Seminario:

“Ética en Publicidad y Medios de Comunicación.”

Zintra Group

Inicio 10 de Marzo- Fin 14 de Abril.

En la otra pared, en unos paneles móviles, estaban colocadas las obras de la primera serie sobre las que versaría esa semana el evento.

El Seminario duraría seis semanas y en cada sesión tratarían de analizar el impacto de una serie de anuncios y titulares que por su contenido habían generado mucha polémica y controversia en el público.

Las sillas habían sido dispuestas en cuatro hileras y habría unas diez en cada una, con lo que serían unas cuarenta más o menos. Sobre cada una había una carpeta con el anagrama de la entidad que organizaba el curso.

Faltaban un par de minutos para las ocho y la gente comenzaba a llegar y a ocupar sus asientos.

Marina decidió sentarse en la primera fila, en el extremo izquierdo de la sala.

Encendió su iPad para consultar algunas notas de la reunión que había tenido esa mañana con su socio.

A su lado se sentó una mujer de mediana edad que le dio las buenas tardes muy educadamente y detrás de ella un hombre más joven,

con un curioso bigote, que llevaba una mochila con estampado militar.

Los dos ponentes ocuparon sus respectivas sillas y se sirvieron agua en las copas.

—¡Buenas tardes a todas y todos! Mi nombre es Gabriel Zúñiga. Muchas gracias por venir a esta serie de Seminarios-Debate organizados por Zintra Group, en los que pretendemos poner el foco en el tratamiento que se le da a las noticias y a la publicidad por parte de las agencias y en la repercusión que dicho tratamiento supone para la sociedad. Ahora le cedo la palabra a mi compañero y enseguida comenzaremos con el primer análisis.

—¡Muchas gracias, Gabriel! —dijo el otro invitado sonriendo— Mi nombre es Sebastián Araujo. Como sabéis, he sido publicista en varias agencias nacionales e internacionales y espero, al igual que mi compañero, que en estas semanas podamos analizar en profundidad los mensajes que se transmiten. Si todo está justificado con tal de vender. Si es así, ¿por qué?, y si no lo es, que nos preguntemos dónde está la línea que separa lo que es aceptable y publicable y lo que no. Muchas gracias de nuevo y comenzamos entonces.

—Si se fijan, —prosiguió Gabriel, el primer ponente— a su izquierda en los paneles móviles, tenemos la exposición con las primeras obras y titulares que vamos a analizar.

Marina apagó el iPad y lo guardó en su bolso. Abrió la carpeta que habían puesto en su silla y se dispuso a tomar algunas notas.

La clase iba transcurriendo con bastante lentitud. Al menos ésa era la sensación que tenía.

De vez en cuando se levantaban en grupos de cinco o seis para acercarse y observar las obras con más detenimiento e intercambiar impresiones entre ellos.

Hacía bastante calor en la estancia y cuando ya llevaban casi una hora de debate, Marina decidió levantarse a por un botellín de agua.

—¡Mmm...! —carraspeó— Me rasca un poco la garganta. Tienen la calefacción un poco alta aquí, ¿no le parece? —dijo abanicándose con la carpeta—. Voy a coger una botella de agua. ¿Quiere que le traiga una botella a usted también, Sara? —preguntó a la mujer que tenía



al lado y con la que había entablado conversación unos minutos antes.

—Pues la verdad, es que tienes razón. Hace calor, sí —le contestó ella—. Te lo agradezco si me traes una, pero por favor, trátame de tú, ¡qué no soy tan mayor, Marina! ¡Jajaja!

—¡Está bien, Sara! Ahora vuelvo.

Marina se levantó dejando su carpeta encima de la silla y cruzó en diagonal con paso rápido por delante de la mesa principal, agachándose un poco para no interrumpir la clase.

Cogió dos botellines de agua y se dio la vuelta para volver a su sitio. En ese momento otro hombre se acercó también.

Al girarse, se medio dio de bruces con el desconocido.

Marina se quedó clavada.

—¡Ohh... perdón! —dijo ruborizándose.

—¡Hola! —respondió el desconocido haciendo un gesto con la cabeza y sonriendo— Hace calor, ¿eh?

«¿Y este tío de dónde ha salido?».

«Joderrr... ¡Qué bueno está!».

—Eh... sí, sí... La verdad es que sí... Hace mucho calor —atinó a decir, sonriéndole también.

Volvió a su sitio con una risa tonta en la cara.

—Toma Sara, aunque no está muy fresca.

—Gracias, Marina. Eres muy amable.

Marina se sentó y le siguió con el rabillo del ojo mientras volvía a su asiento.

«Guauuu... ¡Está tremendo!».

«No, si al final me va a gustar venir al Seminario y todo».

Era un poco más alto que ella, por lo que debería de medir un metro setenta y siete o setenta y ocho más o menos. Tenía el pelo bastante canoso, como George Clooney, ondulado y muy abundante. Con un corte semi largo y peinado hacia un lado.

Su piel era tostada y lisa y sus ojos oscuros y rasgados. Sus labios finos dibujaban una mueca sexy y su mandíbula era fuerte y cuadrada.

Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa sport azul marino con un bolsillo en la manga izquierda y el logotipo de La Martina en letras rojas bordado en la espalda, que dejaba adivinar un cuerpo atlético, con una espalda ancha y unos brazos fuertes.

En la mano derecha llevaba dos pulseras de cuero, algo desgastadas y un reloj de estilo deportivo grande, con la esfera redonda.

Le calculaba unos 45 años, más o menos.

«Un bombón en toda regla», pensó Marina.

22:12h

Se despidió de Sara y de Héctor, el hombre que se había sentado detrás de ella y con el que también había charlado un rato durante la clase.

Sara era jefa de edición en una editorial y Héctor ejercía como fotógrafo freelance para diversas revistas especializadas en reportajes de actualidad. Era bastante dicharachero y tanto a Sara como a Marina les había parecido muy divertido.

Echó una mirada rápida a la sala pero no vio al guaperas de antes.

«Vaya, debe de haberse marchado ya».

«Mejor bajo por las escaleras para estirar un rato las piernas, ¡qué ya me duele el culo de estar sentada!».

Llegó al hall, apoyó el bolso en el mostrador de la entrada y se puso el abrigo y el foulard alrededor del cuello.

Salió del museo y se dirigió al aparcamiento a recoger el coche. Estaba oscuro y hacía frío. La brisa del mar llegaba hasta allí, lo que provocaba que la sensación térmica fuese menor.

A esa hora apenas quedaban una docena de coches aparcados.

Tenía que cruzar todo el recinto pues había dejado el suyo aparcado en el lateral más alejado del parking.

«Bueno, al final no ha estado tan mal», pensaba mientras iba abotonándose el abrigo.

«Caray, ¡qué frío!».

Escuchó ruido de voces y se fijó en dos hombres que salían de un coche estacionado un poco más adelante.

—¡Ehhh... Guapa! ¿Te llevamos a algún sitio? —gritó el primero.

«Joder, lo que faltaba. Los babosos de turno», pensó.

—¿Dónde vas tan solita? ¡Vente con nosotros, anda... venga! —dijo el segundo con la voz gangosa por el alcohol.

—¡A ver si os dan por culo, cerdos! —murmuró por lo bajo.

Desvió su trayectoria para esquivarlos pero los hombres cerraron la puerta del coche y comenzaron a acercarse a ella vociferando.

—¡Vamos, guapa, no seas así...! ¡Qué lo vamos a pasar de puta madre...!

Marina apuró el paso para llegar a su coche.

De pronto oyó una voz.

—¡Ehh, vosotros dos! ¿Tenéis algún problema? ¡No veis que la señorita no quiere nada con vosotros! ¡Largaos de una puta vez y dejadla en paz!

—¡Vale, colega!... ¡tranqui, tranqui, eh! —dijo uno de ellos sacudiendo la cabeza y dando media vuelta— Ya nos vamos, hombre, ya nos vamos. ¡Tranqui, tío!

Marina se giró y el hombre llegó hasta ella.

—¿Estás bien? —dijo él.

—¡Ahh! Sí, sí... Gracias. ¡Menudos energúmenos...! —dijo con una expresión de alivio.

—Vamos. Te acompaño al coche. Por cierto, soy Lorenzo. Nos conocimos en el Seminario, junto a la mesa de las botellas, ¿recuerdas?

«Que si me acuerdo, dice... joder... ¡cómo para no acordarme...!»

—Sí, sí, ¡claro qué me acuerdo! —dijo sonriendo— Yo soy Marina.

—¡Encantado, Marina! —dijo extendiendo su mano y dándole dos besos en la mejilla.

—¡Yo también estoy encantada! ¡No sabes cuánto! ¡De verdad! ¡Muchas gracias otra vez! —dijo sin soltar su mano de la de él.

—Nada mujer, no es nada.

Llegaron a la altura del coche y Marina sacó las llaves del bolso.

—Bueno, pues ya estamos. Este es mi coche.

—¡Mira qué bien! ¡Justo al lado del mío! —dijo él sacando una llave del bolsillo y accionando la cerradura del Mercedes contiguo.

—Pues, qué coincidencia más buena, ¡la verdad! —respondió Marina mientras abría su Giulietta y se quitaba el abrigo.

Lorenzo se acercó y le sujetó la puerta mientras ella entraba y se acomodaba en el asiento.

—Lo dicho, un placer.

—El placer ha sido mío, Marina. Supongo que nos veremos la semana que viene, ¿no?

—Sí, claro. Seguro. ¡Hasta el viernes!, y... ¡gracias otra vez!

—¡Hasta el viernes, Marina! Ve con cuidado.

Cerró la puerta y arrancó.

Por el espejo retrovisor observó cómo Lorenzo se metía en su vehículo y arrancaba saliendo detrás de ella.

Paró en el stop y puso el intermitente derecho para salir a la Avenida de Samil.

Marina inició la marcha y viéndole por el retrovisor levantó la mano en un gesto de despedida.

Él le dio una ráfaga con las luces largas y salió hacia el lado contrario.

«Guuuuu... ¿Qué acaba de pasar aquí?».

«Flipante... Buff, cómo está el tío... joderrrr...».

«No, si al final, le voy a tener que dar las gracias a Daniel y todo... ¡Jajaja!».

«Verás cuándo se lo cuente a Nona... bufff... ¡qué pedazo de tío!».

Encendió la radio del coche y condujo hasta su casa, con un cosquilleo en el estómago.

Entró en el garaje, aparcó y paró el motor.

Todavía seguía nerviosa y turbada por el encuentro de esa noche.

«Menos mal que apareció», pensó mientras cogía el móvil y abría el WhatsApp.

### **Marina\_22:54**

Te llamo mañana por la tarde. Tengo que contarte.

He conocido un tío que está para mojar pan.

(mono con los ojos tapados, risas, beso) Hablamos.

Entró en casa.

Ernesto estaba en la cocina abriendo una botella de vino.

—¡Holaaa! ¿Qué tal el Seminario?

—¡Hola! —exclamó desde el hall, colgando el abrigo y dejando el bolso encima de la consola de la entrada— Bueno... Al final no ha ido tan mal. ¡Ha estado interesante!

Marina decidió obviar el encontronazo del parking.

—¿Qué tal los niños? ¿Han cenado? —preguntó sacándose los zapatos mientras entraba en la cocina— ¡Uff!... Los tacones me están

matando... ¡Fuera! —dijo mientras se sentaba de un salto sobre la encimera de mármol.

—¡Hola, amor! —le contestó Ernesto colocándose frente a ella, ofreciéndole un copa de vino blanco y dándole un beso en los labios.

—Mmm... Albariño... ¡Mi favorito! ¡Tú quieres algo! —dijo poniendo morritos y arrugando la nariz.

—Sí... A ti —respondió dándole otro beso, subiéndole un poco la falda y acariciándole el muslo.

—¡Jajaja! —rió mientras le daba un sorbo a la copa.

—Los niños cenaron una pizza y ya están en su cuarto viendo una película. ¡Ah! y Teo no ha querido tomarse el jarabe de la alergia. Quiere que se lo dé su mami cuando llegue.

—Está bien. Voy. —apuró su copa y se bajó de la encimera. Cogió el frasco de jarabe y fue a la habitación de los niños.

Martina ya se había quedado dormida. Tenía un álbum de cromos abierto encima de la cama y un par de ellos se habían resbalado al suelo.

Recogió el álbum y los cromos, la arrojó y le dio un beso.

—Buenas noches, mi niña —le susurró. Apagó la luz de la mesita y salió de la habitación arrimando la puerta con cuidado.

Entró en el cuarto de su hijo.

Teo estaba sentado en la cama viendo una película de dibujos en el iPad de su padre.

—¡Hola, mami!

—¡Hola, cariño mío! A ver, que me ha dicho papi que no has querido tomar el jarabe.

—¡Nooo! ¡Es que sabe mal y quiero que me lo des tú! —lloriqueó.

—Bueno, venga. Toma anda. Bebe un poquito de agua. ¿Ves? ¿A qué no es para tanto? —dijo acercándole un vaso de agua de la mesita de noche.

Teo bebió poniendo una mueca de disgusto.

—¡Vamos, que ya es tarde! Tu hermana ya está durmiendo. Mañana terminas de ver la peli. Dame un besito.

—Valeeee... ¡Buenas noches, mami!

—¡Buenas noches, mi príncipe!

Marina salió de la habitación y apagó el iPad de Ernesto.  
Entró en su cuarto y fue al baño para refrescarse un poco y ponerse cómoda.

Se puso un pijama de corte masculino en satén negro.

Recogió el pelo en una coleta, se desmaquilló y se puso crema en las manos.

Caminó descalza hasta la cocina y se sentó en la barra con Ernesto que ya había puesto la cena para los dos.

Charlaron un rato mientras cenaban y se bebieron dos copas más de vino cada uno.

—¿Nos vamos a la cama? —dijo poniendo los platos en el fregadero  
— ¡Estoy muerta! ¡Llevo todo el día sin parar!

—Yo termino de recoger, no te preocupes. En un minuto te sigo  
—contestó su marido dándole un beso en la frente mientras recogía las copas.

Marina cogió su bolso de la entrada y lo llevó al vestidor. Sacó el móvil y buscó el cargador para enchufarlo.

Abrió la pantalla.

### **Nona\_23:48**

Ok! Mañana hablamos.

Así que un tío bueno ¿eh????

Qué peligro tienesiii (3 risas, gafas de sol)

Sonrió al leer el mensaje de su amiga y un cosquilleo volvió a subirle por el estómago al recordar a Lorenzo.

Se cepilló los dientes y se metió en la cama con una sensación extraña.

Dio un par de vueltas y oyó a Ernesto entrar en el baño.

Se quedó dormida recordando la cara Lorenzo sonriéndole.

11 de marzo, sábado.

19:25h

—¡Anda! Así que al final no va a resultar tan malo el Seminario ese, ¿eh? —Nona dejó escapar una risita a través del teléfono— ¡Qué peligro tienes Marina!... ¡Jajaja!... ¡Qué peligro!

—Ya te digo... Es que tienes qué ver como está el tío... ¡Jajaja!  
—Marina dio un último sorbo al café y llevó la taza a la pila de la cocina— Pero ya te iré contando... Porque cómo vamos a coincidir más veces.

—¡Ay, sí! A ver si averiguas más cosas de él. Oye, ¿en qué trabajará?

—Pues no sé... Pero en algo relacionado con el curso seguro... Nadie se chupa seis tardes de viernes by the face. Pero ya lo averiguaré. No te preocupes. Te iré informando, ¡brujilla! ¡Qué lo pasas pipa conmigo! Venga, te dejo que voy a darme una ducha para ir a recoger a los niños que están en un cumple. Dale un beso a Paolo de mi parte. Y otro para ti también. Te quiero.

—Yo también te quiero, linda. Hablamos. Besos.

Colgó el teléfono y lo puso a cargar en la cocina. Seleccionó una pista de Spandau Ballet en el equipo de música y entró en el vestidor para coger su ropa.

Llovía bastante y todavía hacía frío así que escogió unos vaqueros, una camisa azul de manga larga y un jersey de cashmere con cuello en pico de color tostado. Buscó las botas de goma de color rojo y las colocó a los pies de la cama.

Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo.

Mientras esperaba a que el agua alcanzase la temperatura se observó en el espejo del baño.

La cicatriz que tenía en el abdomen por la cesárea de urgencia que tuvieron que hacerle para sacar Teo, el segundo de sus mellizos, no le resultaba molesta.

Al contrario. La sentía como un testigo silencioso del poder de su maternidad. Ernesto solía besársela cuando hacían el amor y eso provocaba en ella una sensación de fuerza y ternura hacia sus hijos.

«Bueno, no estás nada mal, Marinita... la verdad».



«Para tus 46 añitos, nada, nada mal».  
Recordó a Lorenzo y sonrió ruborizándose.  
El vapor que empezó a formarse le recordó el agua abierta y se metió  
en la bañera.

17 de marzo, viernes.

19:34h

Marina llegó temprano y decidió entrar en la cafetería para relajarse un poco y tomarse algo caliente antes de subir a la sala.

Habían tenido una semana bastante movida en la agencia, con reuniones muy largas y plazos de entrega a punto de finalizar.

El Verbum Jazz Café estaba situado en la planta baja del museo, en uno de sus laterales. Rodeado por grandes cristaleras, era muy amplio y agradable, con mesas y sillones de estilo moderno y grandes fotos de artistas del jazz decorando la parte alta de sus paredes.

Entró en el recinto sacándose la gabardina y colocando el paraguas en una especie de armazón de acero con muchos huecos y ganchos retorcidos dispuesto para eso.

«Bueno, ¿qué quieres, hija?... estás en un museo», pensó haciendo una mueca de extrañeza.

Se dirigió al interior de la cafetería y se fijó en que en una mesa, al fondo, Sara y Héctor estaban tomando algo también.

La vieron y le hicieron una señal.

Ella respondió levantando la cabeza. Pidió un café en la barra y fue a sentarse con ellos.

—¿Qué tal chicos? ¿Recuperando fuerzas para la clase de hoy?

Sara y Héctor se levantaron y saludaron a Marina dándole sendos besos.

—Yo, es que si no me tomo un café... ¡Hoy me duermo seguro!  
—dijo colocando su gabardina en el respaldo de la silla y sentándose a continuación.

—¡Pues igual que nosotros! —apuntó Héctor.

—Anda, mira —dijo Sara—. Otros dos que necesitan un chute de cafeína, ¡jajaja!

—¡Espera que acercamos dos sillas! —dijo Héctor levantándose.  
Dos hombres más se unieron al grupo.

—¡Hola! ¿Cómo estáis? Soy Luis —dijo estrechando la mano de Héctor y dándole dos besos a Sara y a Marina.

—¿Qué tal? Yo soy Óscar. Parece que venimos todos a lo mismo hoy. —besó a las mujeres y se sentó.

—Es que ya me dirás, con el día que está, que no ha parado de llover.. Un café calentito a estas horas es lo que más apetece —respondió Sara dando un sorbo a su taza.

—¿Y a qué os dedicáis? —preguntó Héctor.

«¡Joder!, este Héctor qué cotilla es...», pensó Marina mientras consultaba la pantalla del móvil.

—Ah, pues yo soy editor en una revista de economía —comentó Óscar.

—Y yo soy el director de la agencia de publicidad Atel-Up. —continuó Luis removiendo su café.

—¡Anda! Mira, Marina, ¡aquí tienes a la competencia!

«¡Pero será bocazas el tío este!».

«¡Que no se calla ni debajo del agua!».

—Ahh... ¡Jajaja!... ¡Qué va!... Competencia... ¡No hombre, no! A mí no me gusta llamarle competencia a los compañeros. ¡Qué exagerado eres! —Marina movió la cabeza en señal de despreocupación.

—¿Ah sí? —preguntó Luis subiendo las cejas con gesto interrogativo — ¿Trabajas en publicidad?

—Sí. Bueno. Soy la directora de MissMussa, otra agencia de publicidad.

—¿Eres Marina Estrada?—preguntó de nuevo Luis arqueando más las cejas.

—Sí. Soy Marina Estrada. Sí.

—¡Anda!... ¡Mira por dónde he venido a conocerte aquí! Tus campañas de telefonía son espectaculares... De verdad... Todo el mundo habla de ellas.

—¡Pues muchas gracias, Luis! Eres muy amable. Se hace lo que se puede —dijo terminando su café y colocando la taza en la mesa.

Sara comenzó a hablar con Óscar y con Héctor y Marina se revolvió en su silla estirando un poco la falda. Echó la espalda hacia atrás en

el asiento y de repente distinguió su olor.

Sintió una punzada en la nuca.

Lorenzo acababa de entrar en la cafetería.

Se acercó a la mesa y Marina se giró en la silla para saludarle.

—¡Hola! ¿Qué tal? No, no... No os levantéis —dijo haciendo un gesto con las palmas de las manos hacia abajo—. Soy Lorenzo. Lorenzo Alcázar. ¿Qué tal, Marina? ¿Cómo estás? —se inclinó para darle dos besos.

—Ehh... ¡Hola, Lorenzo! Bien, bien. Estoy bien —dijo devolviéndole los besos y tratando de respirar con normalidad sin conseguirlo.

Lorenzo no tenía paraguas y las gotas de lluvia habían empapado su cabello cayendo sobre su cara y surcando sus facciones, humedeciendo las mejillas de Marina al besarla.

—¡Uy! Te he salpicado. —le pasó el pulgar por la cara intentando secarla— Perdona...

Su olor se hizo más intenso y la atravesó dejándola en Babia.

Mojado, con sus vaqueros y su gabardina negra por encima de las rodillas estaba muy, pero que muy sexy.

—¡Hola, Lorenzo! —respondió el grupo presentándose uno a uno.

—Oye, Lorenzo... ¿Eres Lorenzo Alcázar, el director de Tribuna Atlántica? —dijo Sara cogiendo un periódico de la mesa de al lado y desplegándolo.

—Sí, sí... Soy yo. Dirijo el Tribuna Atlántica. El que acabas de coger, ¡jajaja! Así que no seas muy crítica, por favor.

—¡Caray!... Nooo, crítica no. Al contrario, ¡te felicito!, pues por lo visto ya sois el periódico de referencia, no sólo en la ciudad, si no también en toda la Comunidad y en el Norte de Portugal.

—Pues la verdad, es que sí. Lo somos. El último año aumentamos nuestra tirada casi un veinticinco por ciento.

«¡Hostias! ¡Es el director del Tribuna!».

«Buff... Yo alucino... Verás cuando se lo cuente a Nona».

«¡Ay, Señor!...».

El grupo subió a la tercera planta para empezar la sesión y se fueron sentando. Marina y Lorenzo se sentaron uno al lado del otro.

No entendía nada de lo que le pasaba con ese hombre cuando la miraba, cuando se reía o cuando la rozaba por casualidad al hablar. Sólo sabía que le gustaba estar con él y que ese temblor interno que le provocaba su presencia la turbaba pero también le gustaba. Le gustaba mucho.

00: 38h

Marina se durmió recreándose en la mirada de Lorenzo y en las gotas de lluvia que escurrían de sus mechones grises mojando su cara.

24 de marzo, viernes.

22:10h

—Bueno, entonces, ¿nos vamos a tomar algo ahí enfrente, al Marina Cíes? ¿eh? ¿Qué decís? —propuso Héctor.

—¡Por mí vale! —contestó Sara.

—Yo también me apunto.

—Venga, y yo. Me apetece desconectar un poco antes de irme a casa con las fieras —dijo Oscar guardando una carpeta en su maletín. Luis estaba hablando por el móvil cerca de la puerta y se giró asintiendo también.

Marina y Lorenzo bajaban las escaleras charlando con Miguel y con Marta.

Llegaron al hall y se encontraron con el grupo, que les estaba esperando.

—¡Chicos!, por aquí dicen de ir hasta el Marina Cíes a tomar algo. ¿Os apetece? —dijo Sara haciéndoles una señal con la mano— Creo que tienen unas tapas muy buenas.

—¡Ah!, bueno, por mí está bien. Sí, me apunto —contestó Marta colocándose el abrigo.

Miguel se unió también.

Lorenzo miró a Marina y ladeó la cabeza hacia el grupo con un gesto interrogante.

—¿Qué te parece? Yo me apunto, ¿y tú?

Marina le miró y asintió sonriendo.

Salieron del Verbum y caminaron unos metros hasta el paso de peatones para cruzar la Avenida.

El Marina Cíes Beach Club estaba situado en primera línea de la playa de Samil, junto al paseo.

Era un local de vanguardia, muy chic y con esencia ibicenca. Decorado con mesas lacadas en blanco y sillones del mismo color.

La construcción se hizo en madera y cristal respetando al máximo la integración del entorno. En la terraza de la planta superior tenía una fila de hamacas, camas con dosel y mesas altas con taburetes de madera para degustar los fantásticos cócteles que servían.

En verano tenían un completo servicio de masajes en la zona chill-out, dónde podías descansar y disfrutar con las espectaculares puestas de sol sobre la Ría de Vigo.

Por la noche, la iluminación de las terrazas exteriores le daba un aire mágico. Parecía como flotar en medio del océano.

Entraron y ocuparon una de las mesas laterales al lado de la cristalera con sofás de tres plazas y pufs bajos.

Marina se sentó en uno de los sofás, junto a Sara y Marta y Lorenzo ocupó uno de los pufs, que colocó en el extremo de la mesa, al lado de Marina.

Le miraba de vez en cuando furtivamente sin que él se percatase, o eso pensaba ella.

«¡Qué bueno está!».

«Y cada vez es más simpático, el cabrón...».

«No... Si a este paso no me lo doy quitado de la cabeza ni queriendo...».

«Joder... Lorencito... Joder».

Su móvil comenzó a sonar.

«¡Vaya!... Si Ernesto sabe que voy a llegar tarde... A ver...».

Era Cristina.

—Perdonad, chicos tengo que coger. Creo que es del trabajo.

Se levantó y se fue hacia la puerta.

Descolgó.

—¡Hola Cristina!... Vale... Vale... Tranquila. Espera. Vamos a hacer una cosa. Estoy en el Marina Cíes, en Samil. Coge un taxi y ven para acá. Me los traes, los veo, te los firmo y los escaneas para mandárselos mañana a primera hora. —Marina ponía cara de circunstancias y miraba al techo y al suelo del local intermitentemente mientras conversaba— Sí, sí... No te preocupes... Acabamos de llegar... Todavía vamos a estar un rato. Venga... Hasta ahora.

Colgó y volvió a la mesa.

El camarero acababa de traer las consumiciones y bebió un poco de la suya mientras se acomodaba de nuevo.

—¿Todo bien? —preguntó Sara.

—Sí, sí. Era Cristina, mi asistente. Por lo visto se ha quedado una documentación sin firmar que tenía que haberse enviado hoy. Se ha puesto nerviosa porque los clientes le han mandado un correo recordándoselo.

—Joder... ¿A estas horas de un viernes? —exclamó Miguel arqueando las cejas.

—Sí. Bueno, antes, pero como desconecté el teléfono en el Seminario no me pudo localizar hasta ahora. Y la pobre está toda agobiada.

—Vaya, ¡qué faena! —dijo Marta removiendo su bebida.

—No pasa nada. Le he dicho que me los traiga y mañana se reenvían y listo. Son unos clientes de toda la vida. Llevamos muchos años trabajando con ellos, no creo que haya ningún problema. Marina dio otro trago a su bitter y se recostó en el sillón con gesto relajado.

Continuaron charlando.

—Pero, ¿cómo?. ¿Qué estás de cumpleaños y no dices nada?

—Héctor dio una palmada en el aire mirando al resto— A ver, chicos. Vamos a brindar por Marta.

—¡Ay, Héctor! ¡Cómo eres! ¡Qué fue ayer, hombre! ¡Jajaja! —dijo Marta dándole un manotazo en el codo.

—Bueno, ¿y qué? Pero hacemos hoy un brindis por ti, mujer. Venga, ¡vamos a brindar todos!

—Sí, sí. ¡Un brindis por Marta!

—¡Desde luego! —dijo levantando su vaso— Y antes de que me lo preguntéis, ¡he cumplido 34!

—Buenooooo... 34... ¡Quién los pillara! —dijo Sara poniendo los ojos en blanco— Aprovecha, hija, aprovecha mientras puedas, ¡jajaja! Cuando llegues a los 54 como yo... Ufff, ¡ahí sí que da vértigo!

—¡Hala, Sara!... Que tú estás genial para tu edad, ¿eh?

—Sí, claro...

—Uy... Cómo nos picamos aquí... ¡Jajaja!

Continuaron haciendo bromas un rato más adivinando las edades de cada uno.



—¿Cuántos se me echan a mí? —preguntó Lorenzo chocando su rodilla con la de Marina.

—Mmm... A ver... No sé... Pues unos 43 o 44, como mucho. Por ahí, ¿no? —le contestó con un gesto interrogativo.

—Desde luego. ¡Así da gusto! Que te quiten años de encima. ¡Jajaja!

—¿Cuántos tienes entonces?

—Pues a final de año, el 2 de diciembre, cumpliré 48... ¡Ni más, ni menos!

—¿En serio? Joder, Lorenzo. ¡Pues estás muy bien! De verdad que sí ¡Te conservas fenomenal! Que lo sepas. —Marina dio un trago a su vaso— Y antes de que empecéis a elucubrar conmigo, acabo de cumplir 46. Así. ¡Sin anestesia!

—¡Ostras! ¿En serio? ¡Pues tú sí que estás bien! Puedes estar tranquila. ¡Estás estupenda! —dijo Sara dándole un codazo y guiñándole un ojo.

—¡Gracias, Sara! Eres un amor, de verdad.

—Es que es cierto. ¡No se te echan ni cuarenta! —dijo Lorenzo por lo bajini inclinándose hacia ella.

Marina se puso colorada y desvió su mirada de la de él.

No podía con este hombre. No podía.

«Ay, señor... Ya empezamos...».

Vio entrar a Cristina y buscarla con la mirada.

—Disculpadme un momento, chicos. Ahora vuelvo.

Se incorporó y fue a su encuentro.

Llevaba un portafolios y una carpeta en la mano con el logotipo de MissMussa.

Se saludaron y se sentaron en la barra mientras Marina repasaba los papeles para firmarlos.

—Bueno. ¡Ya está! Si quieres los envío yo mañana por la mañana desde el despacho de casa. Como quieras, a mí me da igual —dijo cerrando la carpeta y guardando el bolígrafo en el bolso.

—No, Marina. Ya los envío yo, no te preocupes. Esto era responsabilidad mía. Muchas gracias y perdona que haya tenido que venir hasta aquí.

Cristina guardó la carpeta en el portafolios que traía.

—¡Bah! No te preocupes más, mujer. El lunes les mando un correo yo disculpándome por el retraso y listo. —le frotó el brazo con gesto cariñoso— Ven, tómate algo con nosotros y así te presento al grupo.

Caminaron hacia la mesa.

—Os presento a Cristina. Trabaja conmigo en MissMussa. Es mi asistente personal. Vamos, ¡qué no sé que haría sin ella! Es mis ojos y mis manos en la agencia.

—¡Qué exagerada eres, Marina! —dijo negando con la cabeza.

—Sííí... Que yo sé lo que me digo. Gracias a ti, mi agenda no explota literalmente por los aires ¡Jajaja!

Marina fue presentándole a sus compañeros.

—Mira... Héctor, fotógrafo en varias revistas... Miguel, productor de radio... Óscar, director ejecutivo... Luis, director de Atel-Up... Marta, diseñadora gráfica... Sara, editora y... Lorenzo, director del Tribuna Atlántica.

—¡Caray! Encantada de conocerlos a todos.

—El placer es nuestro, Cristina. Siéntate. ¿Qué tomas?

Luis le acercó un puf y Cristina se sentó con el grupo.

La velada continuó un rato más.

—Pero entonces... No lo entiendo... —decía Lorenzo encogiéndose de hombros.

—A ver, es fácil. Lo que pasa, es que si no lo ves hecho, así a bote pronto, no lo pillas. En el portátil tengo varios ejemplos. Si quieres, nos tomamos un café un día de estos, le echas un vistazo y te lo paso en un USB. No hay problema.

Marina no se creía lo que acaba de decir.

«Hostias, ¡le acabo de proponer quedar para tomar un café!»

«Joderrrr... Marina, Marina... que te pierdes hija...».

—Oye, ¡pues no sabes el favor que me haces! Quedamos, ¡claro que quedamos! Si a ti no te importa.

«¡A mí que me va a importar! Buff... lo que quieras... pide por esa boquita...».

Terminaron la velada y se fueron despidiendo de camino al aparcamiento según iban llegando a sus vehículos.

—Cristina, te llevo yo a casa —dijo Marina.

—No, no. Me cojo un taxi, que tienes que desviarte mucho y es tarde.

—¿Cómo vas a irte en un taxi, mujer? Que no. Que te llevo yo.

—Pero, ¿hacia donde vas? —preguntó Luis

—Hacia la zona de Valladares —contestó.

—Anda, ¡pues perfecto!, entonces te vienes conmigo que me pilla de paso.

—Ah, bueno. Pues si no es mucha molestia.

—¡Qué va a ser molestia! Vamos, que tengo el coche allí delante.

—sacó las llaves del bolsillo de su abrigo mientras se despedía de Marina y Lorenzo.

—Nos vemos el lunes entonces, Cristina. ¡Pásalo bien el finde!

—Sí. Tú igual. Nos vemos el lunes, Marina. ¡Encantada otra vez, Lorenzo!

Caminaron en silencio hasta sus coches. Estaban aparcados en las mismas plazas en las que habían estacionado el primer día que se conocieron.

Marina siempre aparcaba allí.

Y Lorenzo, también.

—Bueno, pues nada... —dijo Marina, sacando su llave del bolso y accionando el mando— Estuvo bien... Héctor es la bomba... Cuenta cada una.

Abrió y echó el bolso en el asiento del copiloto. Se apoyó sobre el marco sujetando la puerta entre ellos.

—Sí. Es muy divertido, la verdad. —Lorenzo se acercó y colocó sus manos cerca de las de ella, sujetándole la puerta por fuera— Nos vemos entonces un día de estos. Dame tu número y te doy una perdida. —sacó su móvil del bolsillo— Dime.

Marina recitó su número de teléfono y la llamó.

—Ahí lo tienes. ¡Ese soy yo! ¡Jajaja! Ya lo guardas y me llamas o me mandas un WhatsApp cuando puedas.

—De acuerdo, no hay problema. Te lo confirmo para la semana, pero creo que el miércoles o el jueves, hacia el mediodía, estaré libre. Ya quedamos así, entonces.

—Muy bien. Bueno. ¡Pues hasta la semana que viene!  
Se dieron un par de besos y Marina entró en el coche.  
Vio a Lorenzo entrar en el suyo y arrancó.  
Se despidieron como venían haciendo desde que se habían conocido.  
Marina levantando la mano por el retrovisor y Lorenzo, tras ella, con una ráfaga de luces.  
«Ufff... qué hombre... Dios, qué hombre... me vuelve loca... joder... ni que tuviese quince años».

00: 52h

Entró en casa. Ernesto y los niños estaban ya acostados.  
Fue a la cocina a por un vaso de agua y apoyó el bolso en la encimera. Cogió el móvil y vio la llamada perdida de Lorenzo.  
Le entró un calor raro y se sonrojó al recordarle.  
Grabó su número y vio la foto de su perfil de WhatsApp. Tenía el logotipo del periódico.  
«Lógico... Yo también tengo el de la agencia».

Puso el móvil en silencio y fue al baño a ponerse el camisón.  
Entró en su cuarto.  
Ernesto se había quedado dormido leyendo.  
Se acercó a él, le quitó las gafas con cuidado, le apartó el libro y le dio un beso en los labios.  
Se removi6 medio abriendo los ojos y se volvió a dormir.  
«¡Cuánto te quiero, mi amor...!», pensó.  
«No entiendo nada... no... no lo entiendo...».

Marina entró en el baño y se cambió. Se cepilló los dientes y cogió el cargador del móvil.  
Fue a la cocina a buscarlo junto con el bolso.  
Dejó el bolso en el mueble de la entrada y se llevó el móvil a la habitación.  
Caminó por el pasillo para echar un último vistazo a los niños.  
Ya notaba el cansancio.  
Iba de vuelta a su cuarto cuando notó una vibración en la mano.  
Giró el teléfono.

Lorenzo acababa de mandarle un mensaje de WhatsApp.  
Se despertó de golpe y sintió calor en la cara.

### **Lorenzo\_01:21**

Buenas noches.

«Joderrr... Pero, ¿de qué va este tío?»

«Te gusta jugar... ¿Sí?... ¡Pues vamos a jugar!»

«A ver quién aguanta más el juegucito...».

### **Marina\_01:22**

Buenas noches.

Doble tic azul.

«¡Acaba de verlo!».

Marina sonrió, se puso colorada y el corazón se le aceleró.

Dejó el móvil en el vestidor cargando y se acostó.

Apagó la luz de la mesita, pero a pesar del cansancio que llevaba acumulado durante toda la semana, tardó más de una hora en quedarse dormida.

A su cabeza sólo venían imágenes de Lorenzo.

Tenía sus ojos grabados y no podía dejar de verlos.

27 de marzo, lunes.

13:20h

La luz de la centralita parpadeaba indicando una llamada de Cristina. Pulsó el botón del manos libres.

—Marina, tu hermana está aquí.

—¡Ah! ¡Genial! Dile que pase.

—¡Ok!

Cristina colgó el auricular y le hizo una señal a Susana.

—Puedes pasar, Susana.

—¡Gracias, Cristina!

Susana se dirigió hacia el despacho de Marina y golpeó la puerta con los nudillos.

—Pasa, Su.

—¡Holaaa, hermanita! ¿No te habrás olvidado de que hoy comemos juntas? —dijo mirándola con ojos inquisidores.

—Nooo... ¿Cómo iba a olvidarme, mujer? —contestó haciendo una mueca con la boca mientras cerraba las aplicaciones de la pantalla de su ordenador.

«Aunque últimamente, ando con la cabeza en las nubes... ».

—Un segundo —continuó—, que archivo esto, recojo mis cosas y ya nos vamos.

—Está bien —dijo su hermana acercándose al ventanal y contemplando las vistas— ¿Dónde quieres ir a comer? ¿Elijo yo?, ¿o eliges tú?

—Como quieras. A mí me da igual. Elige tú, si quieres. —se levantó y llevó un par de carpetas al archivador— Lo que sí, que pasamos antes por la tienda de Sergio y compro un chocolate ecológico que tienen, que está de vicio, para que se lo lleves a Lidia, que el otro día en casa de mamá lo probó y le encantó. Y le dije que le regalaba un par de tabletas.

Terminó de recoger, apagó el ordenador y descolgó su trench rojo del perchero.

—¿Vamos?

Pasaron por delante de la mesa de Cristina y Marina dejó un sobre y

un albarán en su bandeja.

Vio a Cristina al fondo, en la mesa de Elena e hizo una señal con la mano despidiéndose de ellas.

Salieron a la calle y se acercaron a Taste & Ecologic, un establecimiento de alimentación orgánica situado a tres portales de la agencia, al que Marina solía acudir muy a menudo.

Lo habían inaugurado hacía un par de años Sergio y Olga dos hermanos con un gran espíritu emprendedor y amantes de la vida sana.

Era un local con una estética que recordaba a las tiendas danesas, muy cuidado y chic, decorado en tonos azules turquesa, piedra y madera natural.

En la entrada tenía una pequeña terraza porticada, con un jardín vertical en una de sus paredes. A sus pies, estaban dispuestas varias hileras de cajas de madera llenas de frutas y verduras y cuatro mesas altas para degustar sus fantásticos batidos y bizcochos caseros.

Entraron y Sergio las saludó desde detrás de la barra.

Ellas le respondieron acercándose también.

Marina se apoyó en la barra y colocó el bolso en uno de los taburetes.

—Estaba diciéndole a mi hermana que tenéis un chocolate nuevo que está de muerte.

—Sí, es muy bueno. Todos los clientes que lo prueban vienen a por más, ¡jajaja!

—¡Pues ya me estás dando un par de tabletas! —dijo Susana sentándose— Y casi me voy a tomar uno de esos zumitos antioxidantes de zanahoria y manzana que tenéis para abrir el apetito. ¿Tú quieres uno, Marina?

—Bueno, casi sí. Ponme otro para mí. Pero el mío con el doble de antioxidantes, ¡jajaja! que ya voy teniendo una edad. Vosotros cómo sois dos yogurines...

—Bueno, no digas eso. ¡Si estás genial, Marina!

—Sí, ya. Tú qué me vas a decir. ¡Con lo educado qué eres!

—No le hagas caso, Sergio. Es que acaba de estar de cumpleaños y está neurótica perdida. ¡Jajaja!

Marina hizo un gesto de desdén con la mano y se quitó el trench colgándolo junto con el bolso en el gancho que había debajo.

Llevaba unos pantalones de cuadros tartán en gris con unos salones de plataforma negros y una blusa blanca cruzada con un nudo en el lado derecho, a la altura de la cintura.

Completaba el conjunto con un collar de doble cadena en plata, con piedras rojas y unos pendientes en forma de lágrima también a juego.

Se sentó en el taburete alto, cruzando las piernas y girándose un poco para apoyar el codo encima del mostrador.

Sergio puso los zumos y volvió con unas galletas artesanas de naranja.

—Probad estas galletas. Es una receta nueva que hemos hecho hoy Olga y yo. ¡A ver qué os parecen!

Les acercó el plato y se apoyó también en la barra enfrente de Marina.

—¡Ay, Sergio! ¡De verdad! Voy a tener que dejar de venir, ¿eh?  
—dijo Marina ladeando la cabeza y mordiéndose el labio con gesto goloso.

—Nooo, ¡eso nooo! Tranquila, no llevan azúcar. Están hechas con sirope de arce y harina de avena.

—Sí claro, y ya con eso. ¡Jajaja!

Susana le dio un mordisco a una y cerró los ojos.

—¡Ay, qué buenas te han quedado, Sergio! De verdad. ¡Buenísimas!  
Marina se comió una y asintió también.

—Muy buenas, Sergio. Sí señor. Felicita a tu hermana también de mi parte —dijo Marina asintiendo con la cabeza, limpiándose las migas de la comisura.

—¡Muchas gracias!, se lo diré, descuida.

Charlaron un rato más, se terminaron el zumo y compraron varias tabletas de chocolate y una caja de té matcha.

—¡Este es para mí! —dijo Marina guardándolo en su bolso— Por los antioxidantes ¡Jajaja!

—¡Gracias, Sergio! Muy rico el zumo y las galletas. Probaré el chocolate y ya te contaré —dijo Susana desde la puerta.

—Te va a gustar, ya verás —contestó Marina, mientras se ajustaba



el cinturón de su gabardina— ¡Gracias por todo, Sergio! ¡Nos vemos!  
Salieron de la tienda y Susana se colgó del brazo de su hermana.

—¡Caramba con mi hermanita! ¡Cómo se las gasta! —dijo en un tono jocoso.

—¿Qué? ¿Qué pasa?... ¿Por qué dices eso? —respondió Marina, mirándola con extrañeza.

—¡Jajaja! No te hagas la tonta ¿Tú has visto cómo te mira ese chaval? ¡Cada vez que vengo contigo es más descarado! ¡Lo tienes loquito! ¡Jajaja!

Marina se paró en seco mirando a su hermana estupefacta.

—¿Pero tú alucinas o qué? ¡Si creo que tiene 29 años!

—Ya... ¿Y?...

—¿Cómo que "y"?... ¡Joder, Susana! ¡Qué casi podría ser su madre!

—Ya, ya... Su madre... ¡Pues él no te mira como si fueses su madre precisamente!... ¡Jajaja! —Susana se divertía cada vez más.

Marina puso los ojos en blanco y reanudó la marcha volviendo a engancharla del brazo tirando de ella.

—¡Susana!... ¡Por Dios!... ¡Estás enferma!

Olga salió del almacén instantes después de que Marina y Susana abandonasen el local.

Sergio se había acercado a la puerta y observaba como se alejaban.

—Cierra la boca... ¡Que te va a entrar una mosca! —dijo a su hermano dándole con un paño de cocina en el trasero al pasar por su lado.

—¿Eh...? ¿Qué...?

—Que cierres la boca... ¡Y que te la quites de la cabeza!

—Ya, bueno... —dijo caminando de nuevo hacia la barra, ladeando la cabeza y metiendo las manos en los bolsillos de sus vaqueros— Es que... ¡Es una mujer increíble!

—Sí. Increíble y fuera de tu alcance. Así que olvídate... ¡Baja los pies a la Tierra y deja de soñar!

16:32h

Marina despidió a su hermana en el parking y se dirigió a casa dando un paseo por la Alameda.

Recordó la conversación de su hermana sobre Sergio y le entró risa.

«Esta Susana... Es tremenda... Siempre está igual».

«¿Sergio?... ¿Sergio?... Estaba loca de remate...».

«No, a ver, si el chaval está de vicio... Eso sí».

Y era verdad.

Sergio era muy guapo. 29 años. Alto, con el pelo rubio y ondulado a la altura de los hombros. Ojos verdes y mandíbula grande y angulosa.

Abdominales de acero y unos hombros y unos bíceps que mareaban.

Practicaba surf y tenía la piel dorada y un cuerpo de infarto.

«En fin...».

Recordó la conversación con Lorenzo y su cita pendiente.

Buscó el móvil en el bolso y abrió la pantalla.

**Marina\_16:38**

¡Hola Lorenzo!

¿Qué te parece si quedamos el jueves sobre las doce y media?

Podemos tomar algo en el Albatros, no sé si lo conoces.

Está en la Estación Marítima.

Hablamos y confirmamos. (Guiño, saludo)

Se le volvió a acelerar el latido al pulsar la tecla de enviar y se le puso una sonrisa tonta en la cara.

«Bueno... ya está...».

«A ver qué hace... Si me contesta o no».

Mientras pensaba en lo que acababa de hacer vio que se iluminaba el doble tic azul y que debajo de su nombre aparecía escribiendo...

El corazón se le disparó de golpe.

«¡Joderrr!... Lo acaba de ver y me está contestando...».

«¡Ay, la hostia!... ¡Y si no viene y quedo como una gilipollas...!».

**Lorenzo\_16:40**

¡Hola Marina! El jueves me parece estupendo.  
No conozco el sitio, pero me han hablado muy bien de él.  
Nos vemos allí entonces. Un beso.  
(3 besos)

Marina se puso colorada y se le entrecortó la respiración.  
«Un beso dice... y me manda tres emotis de besos...».  
«Me vuelves loca, Lorenzo... me vuelves loca, loca...».

**Marina\_16:42**

Genial. Pues en principio ya quedamos así.  
Cuídate. (dos besos)

Pulsó enviar de nuevo.

**Lorenzo\_16:43**

Me encantará verte.  
Cuídate tú también.  
(Tres besos)

«Joderrrr... lo dicho... loca...».

Llegó al portal y entró guardando el móvil en el bolsillo de la gabardina.  
Pulsó el botón del ascensor y se dio cuenta al ver su reflejo en las puertas de acero de que estaba sonriendo.

30 de marzo, jueves.

17:42h

Marina fue al office y se preparó un café en el termo. Entró de nuevo en su despacho cerrando la puerta. Apoyó el vaso en la mesa y se sentó girándose hacia el ventanal para ver la calle.

Dio un sorbo y recordó la conversación que acababa de tener con Nona sobre el encuentro de esa mañana con Lorenzo.

Si alguien era capaz de entenderla era ella.

Nona era su amiga desde que tenían ocho años. Se habían conocido en el colegio, en el segundo curso de la desaparecida EGB, y desde entonces su amistad no había hecho más que crecer.

En su juventud fueron inseparables.

Solían viajar durante uno o dos meses en verano las dos solas, en plan mochilero y habían recorrido casi toda Europa y parte de Asia así.

Eran completamente diferentes, tanto en la apariencia física como en el carácter, pero les encantaba estar juntas.

Podían hablar durante horas y horas y no importaba en qué parte del mundo vivieran. Nunca se sentían lejos la una de la otra.

Sus vidas eran también muy diferentes pero eso las unía todavía más.

Cuando tenían algún problema eran capaces de ofrecerle a la otra una visión totalmente objetiva y diferente de su entorno, lo que enriquecía todavía más su relación.

Nona era un poco más bajita que Marina y poseía una belleza racial y casi salvaje. Tenía rasgos de estilo indio. De piel muy morena, con el pelo negro azabache y unos ojos grandes y rasgados de color verde oliva. Sus labios eran carnosos y sensuales y sus pechos generosos, al igual que sus caderas encajadas en su fina cintura.

Estudió Bellas Artes y vivió varias temporadas en Londres y Ámsterdam. En esta última, fue dónde conoció a su actual novio, Paolo, un escultor brasileño, trasladándose con él a Oporto hace seis años.

Habían abierto un taller de escultura y Arte Contemporáneo en el antiguo barrio de La Ribeira, en la zona de Foz Velha, la parte más antigua de la ciudad.

Paolo trabajaba grandes esculturas en hierro y acero y Nona realizaba piezas más pequeñas con esmaltes y cristal en unas mezclas que resultaban asombrosas.

Sus cuadros eran de una viveza increíble y el esmalte derretido que solía utilizar en ellos le daba un punto de rapidez y vitalidad que resultaba sorprendente.

Marina tenía tres cuadros de Nona; dos parejas pequeñas en el salón de casa y uno enorme, de dos por tres metros, presidiendo su despacho.

Le encantaba mirarlo. Era una composición abstracta en colores azules que viraban a verde sobre un fondo amarronado y grisáceo. Nona se lo había regalado en su cuarenta cumpleaños, justo cuando acababa de mudarse a Oporto y habían estrenado el taller.

Fue el primero que Nona hizo allí. Tenía para las dos un significado especial.

La verdad, es que Nona, le había quitado bastante hierro al asunto. No le parecía tan peligroso.

—A ver, Marina, no es la primera vez que te gusta un hombre. Siempre has sido una mujer muy pasional y de arrasar... Sin término medio... Pero, que yo sepa, Ernesto te sigue atrayendo y sigues enamorada de él... ¿No?

—¡Sí, claro! Eso sí. ¡Por supuesto que sigo enamorada! Eso no ha cambiado para nada.

—Bueno, pero igual que tienes esos ramalazos, también sé que eres una persona con las cosas muy claras y que no te dejas deslumbrar por cualquier tío bueno que se te cruza, ¡joder! Pueden estar muy buenos y muy cañón, cómo dices tú, pero nada más. De ahí no pasas. Siempre me lo dices. No estás ciega y mirar no es pecado, ¡jajaja!

—Ya... Si el caso es ese, Nona... Normalmente yo soy una mujer muy segura y no me tiembla la voz cuando estoy con un hombre. ¡Por

muy bueno que esté! Me da igual. Puedo mirarlo y pensar que bueno está y todo eso, que cómo dices tú, no soy ciega. Pero ya. De ahí no pasa. —Marina dio un suspiro y continuó hablando— Lo que me descoloca es lo nerviosa que me pone... ¡Joder, Nona! ¡Qué me hace tartamudear! ¡Qué me tiemblan las piernas cuando le veo y cuando me mira! ¡Y hasta creo que me pongo colorada! ¿Tú lo ves normal? ¡Porque yo desde luego no!

—¡Jajaja! Pues no sé... No sé que decirte... Es raro... Sí... ¡Vete a saber si fuisteis pareja en otra vida y al verle tu karma le reconoce! ¡Jajaja!

—JA-JA-JA... Me parto contigo, de verdad, ¿eh? No te cachondees de mí... ¡Que lo paso fatal!... ¡Joder! ¡Qué cabrita eres! Oye, y cambiando de tema, ¿habéis cerrado ya lo de la exposición de Lisboa?

—Pues todavía no. Pero estamos en ello. Yo creo que un par de semanas como mucho lo tenemos listo. El caso es que hay varias piezas de Paolo y dos cuadros míos que son muy grandes y hay que trasladarlas en un camión especial que cuesta un dineral y el galerista no se quiere hacer cargo de todo el transporte. Y ahí andamos, hija. Negociando con él. ¡Está Paolo que fuma en pipa! ¡Jajaja! Ya sabes como es, don Pitufo Gruñón.

—Ya te digo. Ese no sabe lo que se le viene encima. ¡Jajajai Yo, si fuese el galerista, con tal de no aguantarlo después roñando todo el día pagaba los camiones que hiciesen falta. ¡Jajaja!

Se terminó el café y miró el reloj. Eran casi las seis y media.

Se había quedado absorta pensando en Lorenzo y en lo que Nona le había dicho.

«Joder... que no es nada, dice...».

«Pues para no ser nada, llevo atontada delante de la ventana casi una hora...».

Se recostó en el sillón estirando las piernas y cerrando los ojos.

La imagen de Lorenzo sonriéndole en el Albatros volvió a su mente.

Recorrió mentalmente de nuevo su cara, sus ojos, las ondas de su pelo, sus labios.

«Mmm... sus labios...».

«¡Ayyy!... Marina, Marina... lo tuyo no es normal...».

Se incorporó y recogió sus cosas para marcharse.

Paula, la canguro, estaría a punto de llegar a casa con los niños y hoy Ernesto llegaría tarde. Iba a quedarse en el despacho con Ricardo adelantando trabajo.

14 de abril, viernes.

15:18h

—Acuérdate de recoger a los niños después en la piscina, que hoy tengo el Seminario. No te vayas a olvidar, que ya le he dicho a Paula que vas tú —dijo Marina mientras metía los platos que acababa de recoger en el lavavajillas.

—Sí, sí. No te preocupes. Los recojo y me los llevo a merendar al centro comercial, que Martina quiere que le compre una camiseta de no sé qué súper heroína... y Teo algo querrá también.

—Sí, eso... ¡Tú dale todos los caprichos, qué luego la mala soy yo! —hizo un gesto de desaprobación con la mirada— ¿Quieres postre?

—No, no. Me tomo un café. Deja, ya lo hago yo. ¡Y yo no le doy todos los caprichos! ¡Qué también les echo la bronca!

Ernesto se levantó y le dio su vaso para que lo pusiese con el resto de la loza.

Cogió una taza del armario y encendió la cafetera.

Escogió una cápsula y pulsó el botón.

—Sííí... Unas broncas de la leche... Anda, anda... ¡Qué hacen de ti un pandero!

Ernesto cogió su taza y le dio un sorbo

—¿Te hago uno? ¡A ver si se te pasa la mala leche que tienes hoy!

Marina le lanzó una mirada asesina y cerró la puerta del lavaplatos de una sacudida.

—¡No! Ya me lo hago yo. ¡Y yo no tengo mala leche!... ¿Vale?

—¡Ufff!... ¡Qué va!... ¡Cómo está el patio hoy!... Deja, deja... —se sentó de nuevo revolviendo su café y sacudiendo la cabeza con cara de circunstancias— Hoy es el último día del Seminario, ¿no?

—Sí. Es el último día ya. Por fin. Ya estamos bastante cansados.

—Bueno, pero al final no estuvo tan mal, ¿no? Hicisteis un grupo bastante majete. El fotógrafo ése, Héctor... Parece bastante simpático por lo que cuentas.

—Sí... A ver... Son todos muy majos. Sara es un amor de mujer, es encantadora, y Marta... y Oscar. —Marina evitó nombrar a Lorenzo a propósito. Se puso un café y se quedó de pie apoyada en la encimera



frente a Ernesto— Pero sí, Héctor es con diferencia, el más dicharachero de todos. Hasta ha creado un grupo de WhatsApp y está organizando una cena de despedida para la semana que viene o así. Es tremendo.

—Vaya, pues sí que es majo, sí. Lo normal es que la gente pase de todo en esos sitios y vayan a su rollo. Al final, hasta te vas con algún buen amigo de ahí y todo. —Ernesto se levantó para dejar la taza vacía en el fregadero— Aunque, el tío de la otra agencia de publicidad, Luis...

—Sí... ¿Qué le pasa?

—Pues, que no creo que te apetezca tenerlo de colega, ijajaja!

—¡Ay, Ernesto!... De verdad... ¡Cómo eres!

—Mujer... digo la verdad... Es tu competencia... ¡Pura y dura!

Marina sacudió la cabeza con un gesto de incomodidad.

—¡Joder! ¡Pues menos mal que no estás de mala leche!

—Ernesto, no empieces, anda... —Marina se terminó el café de un trago y puso la taza en la pila apartando a su marido con el gesto serio.

Era verdad. Estaba de mal humor.

Había discutido con uno de los equipos en la agencia. No le habían hecho caso en el diseño de una campaña para un cliente que ella conocía bien y habían tenido que quedarse a trabajar durante toda la semana hasta tarde rehaciendo todo de nuevo.

—Voy a cambiarme que quiero pasarme por la agencia antes de ir al Seminario.

—Valeeeee... señora gruñona... —dijo dándole una palmada en el culo.

—¡¡¡Ernesto!!!—Marina le clavó los ojos— ¡Ya vale!

Entró en el vestidor y cogió el móvil que tenía cargando.

Abrió la pantalla y vio que tenía 12 mensajes del grupo.

Héctor preguntaba quién iba a ir antes de entrar a tomar algo a la cafetería del Verbum, como venían haciendo últimamente cuando llegaban temprano.

El resto le iban contestando.

Había un mensaje de Lorenzo confirmando que él también iría.

Se sonrojó y sonrió al leerlo.

Se dio una ducha y se cambió de ropa.

Se puso unos vaqueros ajustados y una blusa de gasa de corte romántico en color rosa empolvado. Eligió unos zapatos camel y una cazadora de piel del mismo tono.

Se llevó un fular a juego y unas gafas de sol de estilo aviador que conjuntaban muy bien con la cazadora.

«Hoy, como ya es el último día, voy más sport...»

«Además, ya empieza a hacer calor y me apetece ir más ligera», pensó mientras se miraba en el espejo y terminaba de maquillarse.

«Bueno, un toque de perfume y lista».

Se dio cuenta de que pensar en ver a Lorenzo de nuevo había hecho desaparecer su mal humor.

Cogió el bolso y las llaves del coche y entró en el despacho de Ernesto.

—Ernesto... Me voy. Voy a pasar antes por la agencia.

Ernesto hablaba por teléfono sentado en una esquina de la mesa con una pierna apoyada en el suelo y la otra colgando. Le hizo una señal con la mano libre para que se acercase.

Se separó el móvil tapándolo contra el hombro y le dio un beso suave en los labios. Marina le dio un par de ellos más y le recordó que recogiera a los mellizos en la piscina por lo bajo.

Él asintió mirando hacia arriba con gesto de resignación e intentando darle una palmada en el culo de nuevo.

Marina dio un salto y la esquivó con la mirada desafiante y una medio sonrisa.

Definitivamente se le había pasado el mal humor.

16:54h

Salió del garaje, conectó el móvil al sistema del coche y seleccionó una pista de Coldplay. Comenzó a sonar "Magic".

Decidió irse directamente hacia Samil y dar un paseo por la orilla del mar antes de ver a sus compañeros.

Subió el volumen de la radio y enfiló el túnel de Beiramar en dirección a la playa.

21 de abril, viernes.

21:20h

Marina salió del baño recién duchada y entró en el vestidor. Se puso unos vaqueros encerados, muy ceñidos, de color negro y una camiseta sin mangas gris, con un gran corazón de lentejuelas rojas en el pecho.

«A ver... Estos. Sí. ¡Estos irán perfectos!», se dijo sonriendo.

Eligió unos botines negros con una hebilla plateada en el lateral y taconazo de Michael Kors.

Completó el conjunto con un gran anillo de obsidiana en su mano derecha y decidió no ponerse pendientes.

Volvió al baño, se maquilló los ojos con un sutil ahumado gris plomo y se pintó los labios de rojo.

Se ahuecó la melena con las manos ladeando la cabeza y se dio un toque de Mad Madam, uno de sus perfumes favoritos, en la nuca.

—¡Perfecta! —dijo poniendo morritos en el espejo.

Salió del baño dejando una estela de glamour difícil de superar.

Entró en la cocina para despedirse de Ernesto y de los niños.

—¡Halaaaa!... Mamá... ¡Qué guapa! —dijo Teo abriendo mucho los ojos.

—¡Ay, mi niño! ¡Qué rico es! —dijo al tiempo que le besaba en la cabeza.

—¿A dónde vas, mami? —preguntó Martina.

—A cenar con unos compañeros, cariño. Así que portaos bien con papi, ¿vale?

—¡Es que es verdad! Estás guapísima —afirmó Ernesto, recorriéndola de arriba abajo.

Se acercó a su marido para despedirse de él también.

—¿Dónde va usted así? ¿Eh, señora Del Valle? —dijo mientras la agarraba por la cintura y la apretaba contra su cuerpo.

—¡Ahhh... Mira, Teo! ¡Mamá y papá se van a dar un besooo! —gritó Martina poniendo cara de asco.

—¡Sííí!... ¡Jajaja! ¡Son novios, son novios! —le respondió Teo tapándose la boca.

—¡Bah!, pero qué tontitos os ponéis, ¿eh? —dijo Marina revolviendo el pelo de su hija.

—Vamos, te acompaño a la puerta. —Ernesto la soltó y la cogió de la mano.

Salieron de la cocina y llegaron al hall.

Marina descolgó del perchero una cazadora de estilo biker y comprobó su bolso.

—A ver... Llaves, móvil, cartera, kleenex y barra de labios... ¡Perfecto! ¡Está todo! —dijo cerrando la cremallera.

Se puso la cazadora y cruzó el bolso por el hombro, dejando que cayese de lado.

Ernesto la cogió de nuevo por la cintura con una mano y le puso la otra en el culo apretándolo un par de veces.

Le apartó la melena del cuello y le dio un pequeño mordisco.

—Va usted a volver locos a todos los hombres con los que se cruce, señora Del Valle. Tenga cuidado que no la detengan. Es usted un peligro público.

—¡Jajaja, mira qué eres exagerado!

—Ya, ya. Ya me contarás cómo ligas esta noche... ¡Ya lo verás!

—Bueno, bajo que me están esperando. No me esperes despierto —dijo mientras le daba un beso en los labios y le guiñaba un ojo.

—¡Pásalo bien, guapa! —respondió Ernesto mientras le daba una última palmada en el trasero.

Marina salió del portal terminando de subirse la cremallera de la cazadora y colocándose de nuevo el bolso.

Habían quedado en La Consentida, un local de tapas de la zona vieja, a pocos minutos de su casa.

Caminó por Montero Ríos hasta llegar a la altura del Hotel Bahía, subió por las escaleras de A Pedra y llegó a la plaza de La Colegiata.

A esa hora, las calles estaban abarrotadas de gente que se agolpaba en las puertas de los locales formando grupos, charlando, fumando y bebiendo.

Había momentos en los que se hacía complicado avanzar y el ruido era considerable.

En cuanto empezó a bajar por la calle Real comenzó a sentir un calor en el estómago que se extendía por su pecho y su cuello. Estaba nerviosa. Muy nerviosa. El local dónde habían quedado estaba a sólo un par de minutos.

«Bufff... Dios, estoy aceleradísima...».

«Joder... voy como una moto».

La idea de verle de nuevo y cenar con él la excitaba y la mareaba a partes iguales.

Empezó a transpirar y se abrió un poco la cazadora.

«Joder, Marina. Pareces una quinceañera... ¿Estas tonta o qué?»

Llegó a la puerta del local y se abrió paso un poco a trompicones por la gente que taponaba la entrada.

Un joven salió y le sujetó la puerta para dejarla pasar sonriéndole.

—Gracias —dijo ella.

Entró al interior.

La Consentida era uno de los locales de moda de la ciudad.

Estaba decorado con un estilo moderno, en tonos negros y marrones. Las paredes eran las originales de piedra sin revestir y abundaban el metal y la madera.

Al entrar, a la izquierda, había una pequeña zona para sentarse con varias mesas y un sillón corrido tapizado en cuero marrón.

A la derecha, se situaba la barra fabricada con metal negro en su parte superior y azulejada en gris en su parte más baja.

Era muy larga y ocupaba casi toda la superficie del local.

Estaba un poco oscuro y le costó unos segundos acostumbrarse y distinguir con claridad las caras.

Comenzaron a temblarle las piernas y respiraba muy rápido.

Cada vez estaba más acalorada.

Las mesas de la entrada estaban ya ocupadas y en la barra había varias parejas tomando unas cañas.

Marina respiró hondo y se sacudió las manos con disimulo para tratar de calmarse un poco.

Avanzó hacia el fondo del local y enseguida vio a Héctor y a Sara que le hacían señas desde la mesa del fondo.

—Marina, Marina... ¡Aquí! —gritó Héctor desde su sitio.

El grupo estaba en una mesa alta y larga en una esquina, al fondo del restaurante.

Recorrió la mesa con la mirada pero no vio a Lorenzo.

«Mierda, ¡no está!»

«Pues en el WhatsApp del grupo dijo que venía...».

«A lo mejor es que ha se retrasado...», pensó mientras sentía una punzada de malestar en el estómago.

—¡Aquí, aquí tienes un sitio si quieres! —seguía señalando Héctor.

«Sí, hombre, ¡ya me sentaré yo dónde me dé la gana! ¡Nos ha jodido!», pensó cada vez más molesta.

De repente, notó que alguien le tocaba en el hombro al tiempo que se acercaba por detrás a su oído.

—Buenas noches, Marina.

Tragó saliva. Lorenzo estaba a dos centímetros de su cara.

«¡Hostias!».

La piel de la nuca se le erizó.

Su olor la envolvió y no fue capaz de decir nada.

Lorenzo se puso delante de ella, le cogió una mano y se acercó para darle dos besos.

—Parece que somos los últimos en llegar.

Marina seguía muda. No entendía por qué cuando tenía a ese hombre cerca no le salían las palabras.

—¡Vaya, estás guapísima! —siguió hablando él— Ven, vamos a sentarnos —dijo cogiéndola suavemente por el codo.

Marina se recompuso un poco y le siguió.

—Sí, sí... Vamos.

«¿Sí, sí... vamos?»

«¿Eso es todo lo que se te ocurre decirle?».

«Hija, estás fatal, ¿eh? ¡A ver si espabilas, que te estás luciendo!».

Llegaron a la mesa y ocuparon dos banquetas al lado de Sara.

Lorenzo se sacó la cazadora de cuero desgastada de estilo aviador y la colgó en el perchero que tenía a su espalda.

Llevaba unos pantalones Dockers camel con un cinturón más oscuro y una camisa negra, muy entallada, que resaltaba todavía más su piel morena.

«Buff... ¡Está tremendo!...», pensó mientras ladeaba involuntariamente la cabeza mordiendo el labio.

Llevaba un bolso de cadena y al quitárselo para colgarlo se le enredó en el pelo.

—¡Auuu! —gritó cogiendo el mechón enredado.

—Espera, espera. Yo te ayudo —dijo Lorenzo poniéndose detrás de ella y sujetando la cadena para que no siguiese tirando— A ver... Sí, aquí está el enredo.

Le separó la melena y le rozó el cuello con los dedos.

Marina sintió una descarga y dio un salto.

«¡Buff... Dios!»

«Lo de este hombre no es normal, ¡qué va!... ¡esto no es normal!».

—Bueno, ya está. ¿Te lo cuelgo? ¿Me das la cazadora también?

En el local hacía calor pero Marina ahora estaba temblando.

—Ah, sí... claro. Toma. ¡Gracias!

Se quitó la cazadora y se la dio.

—Caray, Marina. ¡Qué guapa estás! —dijo Sara.

—¡Sí señor! ¡Tenemos una rockera en el grupo! —apuntó Luis haciendo un gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba.

—¡Me encanta la camiseta! ¡Te queda genial! —remató Sara tocando las lentejuelas.

—¡Jajaja! Gracias, Sara. Eso eres tú, que me ves con buenos ojos. ¡Tú también estás muy guapa! —le contestó Marina.

Pidieron la cena y la bebida y comenzaron a charlar animadamente. Oscar, Miguel y Nuria se enzarzaron en un debate sobre la monarquía y Francisco y Marta, en la otra punta de la mesa, parecían bastante entretenidos en una conversación más íntima.

Héctor estaba bebiendo bastante y no paraba de contar batallitas de cuándo salía a hacer reportajes para las revistas en las que trabajaba.

Las conversaciones se entrecruzaban dando lugar a otras nuevas sin acabar las primeras.

La noche transcurría divertida y animada.

Marina apuró la tercera copa de vino y Lorenzo se apresuró a llenársela de nuevo.

—¡Uy!... No, no... ¡Qué va!... Lorenzo, ¡no puedo beber más!

—Venga, mujer. Si total... La noche acaba de empezar y no tienes que conducir.

—Bueeeno... Una más... Pero tengo que ir al baño —dijo mientras intentaba bajarse de la banqueta conservando el equilibrio.

El vino estaba haciendo su efecto y tenía la sensación como de medio flotar al caminar.

Se refrescó un poco en el lavabo y se volvió a pintar los labios de rojo.

Regresó a la mesa, cogió la copa que le había puesto antes Lorenzo y se la bebió haciendo una señal de brindis hacia él.

Se encontraba a gusto y empezaba a estar un poco achispada.

Lorenzo cogió la suya también y le hizo una señal para que se acercara.

Ella giró un poco el cuerpo e inclinó la cabeza hacia él.

—Marina... A mí también me gusta mucho esa camiseta...

00:52h

Salieron del restaurante y Marina se agarró al brazo de Héctor para bajar el escalón que había en la entrada y no perder el equilibrio.

—La verdad, ¡es que no sé cómo las mujeres podéis caminar con esos pedazo de tacones! —dijo divertido— Yo me estamparía seguro. Tenéis un mérito...

—¡Jajaja! ¡Pues podrías probar un día hombre! —saltó Nuria.

—Sííí... Claro... ¡Verías el ridículo!, sería digno de grabar en vídeo y subirlo a Instagram —contestó haciéndole una mueca divertida.

—Bueno, ¿qué os parece si nos tomamos la primera por aquí cerca? —comentó Oscar.

—¡Por mi, sí! —dijo Miguel—. Yo tengo que retirarme pronto, que mañana madrugo.

—Sí, sí, genial. Yo también me tomo una y me voy que estoy cansadísima —apuntó Nuria de nuevo.

—Buenooo... ¡Qué aguafiestas! Quién dice una, dice dos... o tres... ¡Jajaja! —contestó Héctor.



—¡Anda, que no te gusta la juerga a ti ni nada! —le contestó Sara haciendo un gesto de desaprobación con la cabeza.

—Bueno. Pues no se hable más. Vamos al Uno Está. ¡Más cerca imposible! —propuso Luis echando a andar calle abajo y haciendo una señal con la mano al resto.

—¡Genial! —dijo Marina— Me encanta ese local. ¡Y a dos puertas! Tienes razón Luis, ¡más cerca imposible!.

El grupo caminó unos metros y entró en el nuevo local. El Uno Está había sido seleccionado como uno de los lugares de culto para los amantes de los buenos cócteles por algunas de las publicaciones más prestigiosas del país.

Era un local con mucho estilo, con una decoración inspirada en el movimiento moderno. El mobiliario era todo en nogal y roble de líneas puras y sencillas.

La música giraba en torno al jazz y al soul con toques disco, lo que creaba un ambiente muy agradable que invitaba a la conversación.

Se fueron hacia el fondo y colocaron unas banquetas altas formando una especie de media luna en torno a un gran ventanal, cerca de dónde estaba situada la mesa del DJ.

Se acomodaron cada uno en su respectiva banqueta.

Marina y Lorenzo volvieron a sentarse uno al lado del otro.

Se sacaron las cazadoras y las apoyaron en una butaca cerca de dónde estaban.

—¡Vamos a pedir, chicas! —dijo Francisco levantándose— A ver, ¿qué tomáis? ¿Marta?... ¿Qué te apetece?

—Un Cosmopolitan, gracias —dijo Marta sonriéndole.

—¿Y tú?, ¿qué quieres, Marina? —dijo Lorenzo girándose hacia ella.

«¿Que qué quiero?».

«¡Buff!... No puedo decirte lo que quiero... ¡Es pecado!».

«¡Pecado mortal...!».

—Martin Miller´s con tónica, por favor —dijo abriendo el bolso— Espera, Lorenzo, espera.

—Deja, yo invito. Ya te dije una vez que soy un hombre un poco chapado a la antigua... vintage, lo llamaste tú, si mal no recuerdo —contestó él guiñándole un ojo.

Volvió con las bebidas, le dio a Marina la suya y se sentó.

—¡Salud! —dijo chocando su vaso con la copa de ella.

Lorenzo había pedido un whisky solo.

Dio un sorbo y los cubos de hielo acariciaron sus labios produciendo un sonido característico.

Se lamió los labios y le sonrió.

Marina quitó las dos pajitas y dio un trago largo a su gintonic.

—No me gusta beber por las pajitas —dijo mientras las apoyaba en la mesa circular que tenían a un lado— Me gusta sentir la ginebra. Me gusta su sabor.

Lorenzo ladeó la cabeza y arqueó las cejas con aprobación.

«Jodeer... está buenísimo... esos labios me vuelven loca... ¡Buff!», pensaba mientras volvía a recorrer cada centímetro de su cara.

«Y el cabrón, lo sabe... ¡Sabe que está como un tren!».

Sonaba una música soul muy agradable: Otis Reading, Sam Cooke, Aretha Franklin...

El grupo charlaba y reía haciendo bromas.

—Oye, Lorenzo, por cierto, el otro día te vi saliendo de la Plaza Elíptica. Creo que ibas con tu mujer y con tu hijo, ¿no? —dijo de repente Nuria— Digo yo que sería tu hijo, porque se parecía un montón a ti.

—¡Ah! ¿El domingo por la tarde, dices? Sí, sí... Era yo. Salíamos del cine. Iba con mi hijo Iván y con Patricia, mi mujer. El chaval quería ver Fast and Furious 8. Ya sabes, la de los coches de carreras —contestó mientras daba otro sorbo al vaso—. Sí se parece, sí. Y por lo visto bastante, según dicen.

Marina sintió como si le diesen una patada en medio del estómago.

Empezó a notar una punzada de celos y a ponerse de mal humor.

Agarró su copa y se la terminó de un trago, colocándola con brusquedad en la mesa.

—Voy al baño —dijo.

Se bajó de la banqueta y sin querer se fue hacia delante apoyándose en las piernas de Lorenzo para evitar caerse.

El gintonic estaba empezando a hacer efecto.

—¡Hey! ¡Cuidado! —dijo mientras la sujetaba por los brazos.

—¡Uy! Perdona, Lorenzo, perdona.  
Cogió el bolso y se dirigió al lavabo.

«Lo que me faltaba ya... caerme delante de él».

«¡Si es que no se puede hacer más el ridículo!», iba pensando de camino.

Entró en el baño, se apoyó en el lavabo y se quedó mirando su imagen en el espejo.

«Joder, tía... ¡Qué está casado!».

«¡Y tú también!».

«¿Celos?».

«¡Estás de coña!, ¿qué coño estás haciendo?».

«Para, tía. Para».

Abrió el grifo, se lavó las manos y se pasó un kleenex húmedo por la frente y el cuello. El alcohol estaba empezando a hacer efecto y tenía un ligero rubor en las mejillas.

Se peinó y se volvió a pintar los labios con mucho cuidado.

Al volver, vio que Nuria estaba despidiéndose del grupo y que todos empezaban ya a levantarse.

—Nuria ya se va y por aquí están diciendo de ir a otro sitio a tomar otra y bailar un poco —le dijo Héctor dándole su cazadora.

—¡Por mí, perfecto! ¡Vamos a mover el esqueleto un poco a ver si me baja el gintonic! —respondió cogiendo su prenda.

Enrolló la cadena de su bolso en las manos y salió detrás del grupo con la cazadora por los hombros.

Lorenzo iba delante.

Cuando llegó a la altura de la puerta se giró y clavó su mirada oscura en ella.

02:16 h

Al llegar a la calle, Oscar y Miguel se retiraron también y acompañaron a Nuria a coger un taxi.

Marina seguía teniendo un malestar en el estómago y quería bailar. Quería beber y bailar.

—Bueno, ¿y si nos vamos al 20th? —dijo Marina.

—Sííí... Al 20th. ¡Genial! —contestó Marta sacudiendo a Marina por los hombros— ¡Me encanta ese sitio! Siempre ponen una música buenísima ... ¡Y los camareros están muy bien! ¡Jajajaja!

—¡Vale, vale, tranquila! ¡Jajaja! ¡Ya vamos, ya vamos!

—¡Uy, uy, uy! ¡Como se está animando la noche! —contestó Luis mirando por el rabillo a Francisco.

02:36 h

El 20th Century Rock era un local espectacular.

Decorado al más puro estilo Hollywoodiense, tenía distintos ambientes repartidos por sus diferentes alturas. La figura de un Indio Piel Roja, colocada en una de las escaleras daba la bienvenida. Había una Harley, un Dodge antiguo de color amarillo, como el modelo de paseando a Miss Daisy e incluso un auténtico tranvía con mesas en su interior.

Las paredes estaban totalmente forradas de artilugios, fotos y figuras relacionadas con el mundo del cine.

Había un rincón con una vitrina dedicada a Elvis y otra pared con fotografías y cuadros de Marilyn Monroe.

Y la música era muy buena.

Entraron y se colocaron al fondo, en una mesa larga que simulaba la ruleta de un casino de Las Vegas.

Estaban poniendo "One" de U-2 y Sara y Marta movían los hombros al compás de la música.

Marina se quitó la cazadora y la puso en el respaldo de su silla.

—Voy a pedir —dijo Luis.

—Te acompaño —dijo mirando a Lorenzo que estaba distraído enviando un mensaje con el móvil.

Se dirigió a la barra detrás de Luis.

A esa hora el local empezaba a llenarse.

Se abrió paso entre la gente que bailaba y un grupo de tres hombres se puso a bailar a su lado sonriéndole y ofreciéndole sus copas.

—¡Ohhh! Me has robado el corazónnnn... Devuélvemelo... —dijo uno señalando a la camiseta.

—Sí, sí... Lo que tú digas —dijo Marina haciendo un aspaviento con

la mano y fingiendo una sonrisa.

Llegó a la barra y le hizo una señal al camarero.

—¡Hola! ¿Qué tal? Me pones una Martin Miller´s con tónica y Jack Daniel´s Sinatra solo, en vaso bajo y con dos hielos, por favor.

—Ahora mismo.

El camarero preparó las bebidas y Marina pagó dejándole propina.

—Muchas gracias.

—De nada. A ti.

Volvió a la mesa con las bebidas y puso el vaso de whisky delante de Lorenzo que acababa de guardar el teléfono en el bolsillo de su cazadora.

—Ahora me toca a mí —dijo guiñándole un ojo.

—Vaya... Muchas gracias.

—Ya sé que eres vintage, pero yo soy muy moderna y también me gusta invitar a los hombres a una copa. Jack Daniel´s Sinatra, solo, con dos hielos, ¿no?

—Pues sí. Caramba. Eres una caja de sorpresas.

—¡Jajaja! —rió Marina— Lo sé.

La noche se iba animando cada vez más.

La música disco hacía que se moviesen en sus asientos siguiendo el ritmo e incluso de vez en cuando las chicas se levantaban y bailaban alguna pieza.

El volumen les obligaba a hablar muy cerca.

Se bebieron la primera copa y Lorenzo se levantó a por otra ronda.

—No. Quieta. Ahora me toca a mí, señorita moderna.

Lorenzo regresó con las bebidas y arrimó la silla para estar más cerca de Marina.

Esta giró la suya y se sentó de lado, rozando en ocasiones, sus rodillas con las piernas de él.

Se apoyaba en la mesa con los codos, tocándose la cara y echando los mechones de pelo que le caían sobre los hombros hacia atrás con la mano.

Lorenzo se había remangado la camisa y ahora dejaba ver sus fuertes antebrazos con las venas marcando su piel aceitunada. Tenía desabrochados tres botones de la camisa y Marina no podía apartar

la vista de su pecho. Se imaginaba como seguiría camisa abajo y se derretía literalmente.

Con tres gintonic encima, Marina estaba bastante mareada.

Tener a Lorenzo tan cerca la embriagaba todavía más.

Héctor y Luis se levantaron y se fueron hacia unas máquinas de Pinball que había colocadas en una esquina.

—Oye, ¡venga! ¡Sara! ¡Marina! Vamos a echar unas partidas. Vosotras dos contra nosotros dos —dijo Héctor metiendo unas monedas.

Marina puso cara de circunstancias y negó con la cabeza.

«Con el mareo que llevo encima... me caigo redonda... ni de coña».

—¡Joooo! Marina... ¡Vamos! Ayúdame con estos dos. Venga... Va... —le suplicó Sara cogiéndola de la mano y tirando de ella.

—Está bien. Vale, vale. ¡Vamos a darles una paliza!

Marina se levantó y miró a Lorenzo que la observaba divertido.

—Vamos allá, Sara. ¡Vamos a fundir esas máquinas!

Lorenzo se levantó y fue tras ella para ver la competición de cerca.

Se apoyó en la pared y cruzó los brazos por delante del pecho.

«Buff... Está para empotrarlo... ¡Me está volviendo loca!».

Marina estaba cada vez más excitada.

No podía dejar de mirarle.

No podía dejar de sonreírle.

«Joder... La gente se va a dar cuenta, verás».

Mientras esperaba su turno seguía el ritmo de la música moviéndose en el sitio.

Los tacones que llevaba alargaban sus piernas y provocaban que sus movimientos fuesen más sensuales.

La camiseta le hacía diferentes pliegues al moverse y las lentejuelas brillaban reflejando la luz de las pequeñas bolas de discoteca que colgaban del techo.

Lorenzo tampoco podía dejar de mirarla.

Era su turno.

Se colocó delante de la máquina y comenzó a apretar las manillas. La bola rebotaba en los diferentes topes y hacía saltar las luces adelantando el contador.

—Heyyy, ¿dónde aprendiste a jugar así? —preguntó Luis— ¡Menuda fiera!

—¡Ya te digo! ¡Joder, Marina! —gritó Sara.

—¡Jajaja! Mi padre tiene una de estas en el garaje y siempre jugaba con él cuando era niña —respondió recogiendo el pelo en una coleta imaginaria y dejándolo caer de nuevo.

Estaba sudando.

—¡Vamos, otra más! —dijo Sara

—¡Bufff!, ¡qué va, Sara! Llevo tanto alcohol encima que ya casi no tengo fuerza para darle a la bola —contestó haciendo el gesto de abanicarse con las manos.

—¡Joooo! —dijo Sara con expresión de disgusto

—Yo te ayudo con la bola si quieres... Podemos jugar juntos —dijo Lorenzo acercándose y metiendo una moneda en la máquina—. ¿Qué dices?

«Joder... pues qué voy a decir... ¡yo hago lo que tú quieras, guapito!»

«Buff... ¡Qué noche me estás dando, Lorenzo! ¡Qué noche!».

Comenzaron la partida.

Marina accionó el tirador y la bola salió despedida hacia el panel de colores.

—¡Vamos, vamos! — gritó Sara.

Marina hizo un gesto de dolor en el brazo con el que martilleaba el pulsador y Lorenzo se colocó detrás para ayudarla.

Puso sus manos encima de las de ella y apretaron juntos los mandos. La bola rebotó varias veces y terminó haciendo un pleno.

—¡Sííí! ¡Toma ya! Marina pegó un salto hacia atrás y chocó contra el cuerpo de Lorenzo.

El contacto de sus cuerpos provocó un cortocircuito entre ellos.

Marina comenzó a derretirse como si fuese de mantequilla.

Lorenzo apretó más su pecho contra la espalda de Marina sin soltarle las manos.

Siguieron jugando el resto de la partida sintiendo una sacudida cada vez que sus cuerpos se rozaban.

Lorenzo rozaba con su barbilla la cabeza de Marina y ésta se recogía el pelo hacia el lado contrario, dejando su hombro cubierto sólo por

el tirante de su camiseta.

Marina no se atrevía a mirar hacia atrás.

No se atrevía a mirar a Lorenzo.

Tenía las bragas cada vez más mojadas y podía sentir sus pezones endurecidos rozándose con el encaje de su minúsculo sujetador.

Terminaron la partida.

—Muy bien, señorita moderna —le susurró.

—Gracias, señor vintage.

Marina se giró y le guiñó un ojo.

—¿Tomamos otra?

—No podría apetecerme más —respondió él—. Detrás de ti —dijo extendiendo el brazo en dirección a la barra.

Marina podía sentir la mirada de Lorenzo abrasándole la espalda.

Volvieron de nuevo a la mesa con los demás y observaron como Francisco y Marta se besaban en un rincón.

—¡Vaya!, estos dos no pierden el tiempo. ¡Jajaja! —dijo Sara.

—¡Estaba cantado! ¡Tarde o temprano! —señaló Héctor subiendo los hombros despreocupado.

Marina llevaba cuatro gins y sus mejillas delataban el nivel de alcohol que corría por su cuerpo.

—Mmm... Me apetece bailar —murmuró.

Comenzó a sonar "Me Rehúso" de Danny Ocean.

Marina saltó como un muelle.

Le encantaba bailar esa canción.

Se puso a bailar y Sara y Luis la siguieron.

Comenzó a mover las caderas muy despacio y acompañó el ritmo subiendo los brazos por encima de la cabeza.

Miró a Lorenzo y le hizo una señal para que se uniera a ella.

Lorenzo se levantó y ella comenzó a bailar a su alrededor contoneando su cuerpo cada vez más pegada a él.

La canción seguía y Marina tarareaba la letra cerrando los ojos.

Lorenzo se colocó detrás y comenzó a bailar con ella cogiéndola por las caderas siguiendo el ritmo que ella le marcaba.

"Esta locura que siento por ti...

Con esta química que haces en mí...



...Baby, no... me rehúso a darte un último beso... así que guárdalo... para que la próxima vez te lo dé haciéndolo, haciéndotelo así, así..."

Bailaron pegándose el uno al otro.

Marina estaba empapada en sudor y se apartaba los mechones que le caían por la cara.

Con Lorenzo pegado a su espalda no podía pensar.

Su olor, ahora mezclado con el olor del whisky, era demasiado explosivo.

El soltó sus caderas y subiendo las manos por su cintura sujetó las suyas poniéndolas alrededor de su cuello.

Pegó su boca a su oreja y le susurró el estribillo de la canción.

Marina sintió como una serie olas ardientes subían por su vientre y se retorcían en su pecho.

La canción estaba a punto de terminar y Lorenzo la cogió de nuevo por la cintura girándola y poniéndola frente a él.

Se quedaron con sus cuerpos sudorosos enfrentados.

Con sus labios a menos de un centímetro. Mirándose.

Los ojos de Lorenzo ardían y la atravesaban como si fuese transparente.

Marina dejó de respirar.

Lorenzo también.

Durante tres segundos, que parecieron horas, el resto del mundo desapareció.

Marina respiró hondo por fin y cerrando los ojos apoyó su frente en el pecho de Lorenzo.

«¡Dios mío!... ¿qué estoy haciendo?».

Lorenzo besó con delicadeza su pelo y la dejó ir.

Marina cogió su bolso y se apresuró a ir al baño.

Entró en uno de los wc y echó el pestillo.

Se apoyó contra la pared y comenzó a hiperventilar.

Notaba como el corazón le latía en la garganta cada vez más deprisa.

«Joder, joder, joder...».

«Diossss.... esto no puede estar pasando... ino, no!»

«Uff... venga, tranquila... respira despacio que te va a dar un yuyu...»

«¡Joder, Marina!».

Las lágrimas estaban a punto de brotarle.

Bajó la tapa y se sentó para acabar de tranquilizarse.

Poco a poco recuperó el ritmo normal.

Salió y se arregló delante del espejo.

Se limpió el rímel que se le había corrido un poco por culpa del sudor y las lágrimas que no pudo contener.

«¡Menuda mierda!... estoy hecha un asco...».

Respiró hondo y salió del baño con la intención de recoger su cazadora.

Había dado tres pasos y la mano de Lorenzo la agarró por sorpresa.

—Marina... —dijo llevándola contra la pared.

—Lorenzo... —ella bajó la cabeza— Lorenzo... me voy a casa... será lo mejor.

—Sí... supongo que sí...

Lorenzo se echó a un lado y Marina se dirigió hacia la mesa para recoger su cazadora.

—Bueno, chicos... me voy. Es muy tarde ya y creo que he bebido demasiado.

—Ohhh, ¡qué pena! —dijo Sara con cara de disgusto— Ahora que nos estábamos divirtiendo.

—¡Oye!, tenemos que volver a quedar, ¿eh? —apuntó Luis— Esto hay que repetirlo.

—¿Te acompañamos? —dijo Héctor levantándose.

—Nooo... ¡Qué va! Despedirme de esos dos —le contestó levantando las cejas y señalando al rincón.

—Te acompaño. Yo también me marcho —dijo Lorenzo cogiendo su cazadora y dando un último sorbo a su vaso.

Lorenzo se adelantó para abrir paso entre la muchedumbre que había ahora en el local.

Llegaron con dificultad a la puerta y la ayudó a ponerse la cazadora.

Salieron a la acera.

Marina no era capaz de hablar. Todavía estaba en shock por lo que acababa de pasar unos minutos antes.

—¿Te acompaño a casa?

—No. Tranquilo... No te preocupes... Ya sabes que vivo aquí al lado, al final de Montero Ríos —dijo mientras se cruzaba el bolso y se abrochaba la cazadora—. En dos minutos estoy en casa.

Ahora no era capaz de mirarle a los ojos.

No sería capaz de resistirlo.

—Está bien —dijo acercándose a ella.

Le cogió la cara con la mano y le levantó la barbilla.

—¿Nos veremos otro día? —susurró.

—No lo sé, Lorenzo... No lo sé.

Lorenzo le dio un beso en la comisura de los labios y el estómago de Marina se encogió.

—Adiós, Lorenzo.

—Adiós, Marina. Buenas noches. Cuídate mucho.

—Sí... Tú también.

Marina echó a andar por el Arenal y cruzó hacia los jardines de la Plaza de la Estrella.

Todavía estaba mareada y a estas alturas ya no sabía si era por causa del alcohol o por lo que acababa de pasar allí dentro.

Había estado jugando con fuego toda la noche... y había estado a punto, no ya de quemarse... si no de arder entera.

05:23 h

Se metió en el ascensor y se descalzó para no hacer ruido al entrar en casa.

No quería despertar a los niños.

Le entró una angustia en la boca del estómago al pensar en su marido.

Dejó las llaves y el bolso encima de la consola de la entrada y encendió la linterna del móvil para llegar hasta su cuarto y entrar en el baño.

Dejó los botines en una esquina y se quitó la cazadora.

Hizo pis y notó sus bragas empapadas por la humedad de su sexo.

Se desmaquilló y se lavó los dientes.

Abrió un cajón para coger un coiletero y recogerse el pelo y en ese momento Ernesto entró en el baño desperezándose.

—¡Hola, guapa! ¿Qué tal la noche?

—¡Hola, amor! —dijo sobresaltada— Perdona que te haya despertado.

—Tranquila. No importa. Tenía que hacer pis —dijo mientras orinaba.

Ernesto llevaba unos bóxers de cuadros y una camiseta blanca.

Terminó y se acercó a ella para lavarse las manos.

—Mmm... joder, Marina... ¡Qué buena estás con esos vaqueros! A saber con cuantos tíos habrás ligado hoy, ¿eh? —dijo cogiéndola por la cintura y metiéndole la mano por debajo de la camiseta— ¡Dime la verdad! ¿Eh?

—Ernesto... Yo... Mmm... ¿Qué haces?

—¿Tú que crees? ¡Voy a follarme a mi mujer!

Marina respondió a las caricias de Ernesto y empezó a lubricar de nuevo.

Estaba tan excitada por la tensión vivida esa noche y por el miedo y la angustia que había sentido, que todo ese cúmulo de sensaciones la habían puesto a tope. Se giró hacia su marido y comenzó a besarle con pasión mientras le subía la camiseta y notaba como su erección iba apretándose contra su vientre.

—Dios, Marina... ¡Me pones muchísimo! Te quiero, mi amor. ¡Te quiero!

Le levantó la camiseta y le desabrochó el sujetador dejando al aire sus pechos que mostraban unos pezones duros y oscurecidos por la excitación.

Se los mordisqueó con fuerza y Marina empezó a gemir.

—Ohhh... Ernesto, mi amor...

Ernesto bajó la lengua por su vientre y le desabrochó los vaqueros.

Los bajó y apartó las bragas húmedas hundiendo los dedos en el sexo de su mujer.

—Ahhh... —gimió de nuevo mientras se agarraba al lavabo para mantener el equilibrio.

Le dio la vuelta y terminó de bajarle las bragas y de sacarle los pantalones.

La inclinó sobre el lavabo y la penetró desde atrás.

Marina contempló su visión en el espejo y se puso a cien.

Comenzó a gemir y a mover las caderas más fuerte. Ernesto sabía que su mujer iba a correrse en menos de 30 segundos.

—Shhh... Aún no. Aún no, Marina. Quiero follarte por delante. Mirándote a los ojos. ¡Quiero mirar a mi mujer a la cara mientras se corre para mí!

—Ahhh... Sí, sí... Ernesto... sí...

La volteó y la subió al mueble del lavabo abriéndole las piernas y frotando su clítoris cada vez más hinchado con el glande de su polla.

—Así, preciosa... Así...

—Ohhh... Ernesto... Fóllame. ¡Por favor!... ¡Fóllame ya!

Ernesto la penetró de un solo movimiento hasta el fondo de su vagina.

Marina arqueó la espalda y lanzó un grito que Ernesto ahogó con su lengua.

La agarró por la nuca y la penetró cada vez más rápido.

A Marina comenzaron a temblarle los muslos de la tensión que estaba soportando.

Iba, literalmente, a explotar.

—Ahhh... Ernesto... Me corro... ¡Me corro...!

—Sí, Marina. Sí... ¡Ahora! ¡Córrete para mí ahora!

Marina sintió como una bola de fuego nacía en su interior y explotaba en mil pedazos llevándose su aliento y haciéndola gritar y retorcerse mientras su marido la miraba y se corría también a la vez.

Se abrazaron y Marina le rodeó con sus piernas.

—Te quiero, Ernesto. ¿Me oyes? Te quiero muchísimo, mi amor. ¡Te quiero, te quiero, te quiero! —susurraba abrazándolo con desesperación mientras le besaba el cuello y le acariciaba la cabeza tirándole suavemente del pelo.

—¡Jajaja! Mi fierecilla. Yo también te quiero.

Se acostaron y Ernesto se quedó dormido abrazado a su mujer. Marina se dio la vuelta apoyando su trasero en el vientre de su marido.

Estaba relajada comenzando a coger el sueño.

La imagen de Lorenzo volvió a su mente sin pedir permiso.

22 abril, sábado.

10:48h

Marina se revolvió en la cama y entreabrió los ojos.

Movió el brazo hacia un lado y se dio cuenta de que Ernesto no estaba.

«Ufff... ¿qué hora será?».

«Auuuu... ¡qué dolor de cabeza!».

Se giró hacia la mesita y movió el despertador para comprobar la hora.

«Joder... ¡son casi las once!».

Se sentó en la cama frotándose los ojos y bostezando. Dobló las piernas y apoyó la cabeza en las rodillas masajeándose las sienes.

Oyó discutir a los niños en la cocina y emitió un quejido.

Ernesto entró en la habitación.

—¡Buenos días, dormilona! —dijo sentándose a su lado y revolviéndole el pelo.

—Ufff... Buenos días... Por decir algo... Me estalla la cabeza.

—¡Jajaja!... Ya no tenemos edad para andar por ahí hasta las tantas, ¿eh?

—Ja-Ja-Ja, me parto contigo, Ernesto, de verdad... ¡Qué gracioso eres! —contestó levantando la cabeza y simulando una sonrisa.

—Tranquila, cariño —dijo levantándose y subiendo la persiana del cuarto—. Voy a salir con los niños, así que quédate un rato más en la cama. No te preocupes. ¿Te traigo algo? ¿Café? ¿Un zumito?

—No, deja. Ya voy yo. Quiero darme una ducha a ver si espabilo. ¡Ufff...! Tienes razón ya no tengo edad de trasnochar —exclamó dejándose caer hacia atrás hundiéndose en los almohadones.

Oyó cerrarse la puerta de la calle y se quedó unos minutos en silencio mirando al techo.

«Qué fuerte, joder, ¡qué fuerte!».

«Cuando se lo cuente a Nona, va flipar...».

«¡Pero a flipar de verdad!».

Apartó las sábanas y se sentó en el borde de la cama recordando las escenas de la noche anterior.

Se vio bailando con Lorenzo en el 20th y las sienes comenzaron a latirle como si tuviese un martillo dentro.

Empezó a sentir de nuevo una angustia en la boca del estómago y le dieron arcadas.

Fue al baño, bebió un poco de agua del grifo y se lavó la cara. Se puso una bata corta y se recogió el pelo en un moño.

«¡Café!».

«¡Necesito café!».

Encendió la cafetera, eligió una cápsula de la variedad más fuerte y pulsó el botón lungo.

El olor del café recién hecho la hizo despertarse del todo, aunque seguía teniendo una sensación de malestar en el estómago.

Volvió a la habitación dando unos sorbos a la taza y cogió el móvil.

«Voy a llamar a Nona».

Abrió la pantalla.

—¡Hostias!

El corazón se le puso de nuevo en la garganta y las manos le empezaron a temblar.

Había 11 mensajes de WhatsApp del grupo de la cena y uno de Nona.

**Héctor\_07:12**

Foto-foto-foto-foto-foto-foto.

**Sara\_09:34**

(Emoticono sorpresa/mono tapándose los ojos/beso)

**Marta\_09:42**

Pero qué guapos salimos todos. (risa)

**Héctor\_09:48**

Para cuando la próxima?? (bailarina, copas brindando)

**Sara\_09:51**

Déjanos recuperarnos de esta hombre (risas)

**Oscar\_10:11**

Foto.

## **Nona\_10:26**

Qué tal la cena????

Llámame cuando despiertes.

(Beso, guiño)

Abrió las fotos y allí estaba.

Sonriendo. Tan guapo como lo recordaba.

Había varias fotos del grupo y una en la que salían los dos solos posando. Lorenzo le pasaba el brazo por encima de los hombros, y ella le rodeaba la cintura.

Recordó que se la había sacado Héctor en el Uno Está.

Se dejó caer de nuevo en la cama y cerró los ojos recordando su olor, sus brazos, sus ojos, su voz y su risa.

«¡Dios mío!... ¡Esto no puede ser!».

«¡Qué va!... A mí se me está yendo la olla».

Buscó en llamadas recientes y seleccionó el contacto de Nona.

Se puso de pie mientras el teléfono daba tono y abrió la puerta corredera de la terraza de su habitación.

Se sentó al sol en la tumbona de madera con las piernas flexionadas en la postura de loto y apoyó los codos en las rodillas.

—¡Hola, guapa!

—Holaaaaaa... —contestó Marina con voz lastimera.

—¿Qué pasó? ¿Qué tal la cenita? —preguntó expectante.

—¡Ay, Nona!... Que casi la lío parda...

—Pero, ¿qué pasó?... ¿Qué hiciste, mujer?

—¡Pues qué iba a hacer! ¡Este hombre a mi me ha vuelto loca! Yo no sé que tiene. Pero me derrite con la mirada... Joder, Nona, que casi nos morreamos en la pista del Century... Muy fuerte... ¡Fue muy fuerte!

—¡Que casi qué...! ¿Qué dices?... ¡Hostias, Marina!... Pero... ¿Cómo?... ¿Y Ernesto? —su voz mostraba un tinte de preocupación.

—Buff... Ernesto nada. Bueno, cuando llegué se despertó... y yo no sé si se olió algo o qué... porque me cogió y me echó un polvo en el baño. ¡Joder, Nona!... Estoy fatal... ¡Me siento súper mal! Tengo una angustia...



—Bueno, bueno... Tranquila... Que no ha pasado nada. Al final has controlado...

—No, Nona... ¡No he controlado nada! Porque me he marchado, que si estoy media hora más... ¡Acabo metiéndole la lengua hasta la garganta!

—Joder, Marina... No sé que decirte. ¿Pero el tío está casado también, no?

—Pues sí. Está casado sí.

—Ya ves... Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Uff... No sé. Cuando nos despedimos me dio un beso... casi rozándome los labios y me preguntó si nos volveríamos a ver.

—¿Y?

—Y nada, Nona. ¡Y nada! Le dije que no sabía y me marché a casa temblando. ¡Joder, Nona! ¡Que tengo 46 tacos! ¡Que no soy ninguna cría, coño!

—Ya...

—¡Y quiero a Ernesto! Le quiero muchísimo. Tú lo sabes. Marina estaba a punto de llorar.

—Bueno, venga. No te agobies. Llevabais tonteando todo el seminario y al final se os fue un poco de las manos. Esas cosas pasan. Pero ya está. Igual ya no os volvéis a ver más en la vida y listo.

—¿Tú crees? Se me pasará, ¿no?

—Sí, mujer. Ya lo verás. Trabajas demasiado y estás muy estresada... y te dio por ahí. Nada más. Tú quieres a Ernesto y lo de este tío fue una enajenación transitoria ¡Jajaja!

—Ya... Tienes razón... En unos días me habré olvidado... Supongo. Además el seminario ya se acabó y no tengo porqué verle más.

—¡Claro!... A no ser...

—A no ser... ¿qué?

—¡Pues que quieras verle, Marina! ¡Que quieras verle de nuevo!

—Ufff... Pero, ¿tú sabes lo bueno que está?

—Pues no... No lo sé... Pero conociendo tus gustos y conociendo a Ernesto, que es un auténtico bollycao, me puedo imaginar que el tío estará muy bien también... ¡Jajaja!

—¡Qué cabrita eres! ¡Jajaja!... Pues mira, me acaban de mandar unas fotos de ayer en las que salimos todos y hay una de los dos solos. Te la voy a mandar y tu juzgarás.

—Sí, sí... Porfa, mándamela, mándamela que ya tengo yo ganas de ver al machoman ese que te trae loquita ¡Jajajaja!

—¡Ay... Nona!... Menos mal que puedo hablar contigo... ¡Te echo de menos!... A ver cuando me hago una escapadita y bajo a verte un fin de semana.

—Sííí... Estaría genial, ya sabes que puedes venir cuando quieras.

—Sí, Nona, ya lo sé. Bueno... Estoy un poco mejor. Gracias por los consejos. Te quiero, guapa.

—Yo también, ya lo sabes. Cuídate. Un besito.

—Otro para ti.

Colgaron y Marina abrió los mensajes del grupo, seleccionó dos fotografías en las que aparecía Lorenzo con todos y la que tenían ellos dos solos. Pulsó enviar a Nona.

### **Nona\_12:10**

Joder!!!!, pues sí que está bueno el Lorenzo este.

Menudo morenazo. Sí que tienes buen gusto, hija.

No me extraña que se te fuera la olla, jajajaja.

(3 risas, gafas de sol, palmas, 2 besos)

Leyó el mensaje de su amiga y sonrió.

«Nada hija, tú arréglalo más...».

«¡Anda... queeee!».

Se terminó el café y se quedó un rato más en la terraza. Se estaba a gusto al sol y ver la Ría la relajaba. Poco a poco se le fue pasando el dolor de cabeza. Respiró hondo y entró para darse una ducha y vestirse. Ernesto y los niños estarían a punto de llegar para ir a comer.

24 de abril, lunes.

09:43h

Marina entró en el portal de MissMussa y saludó al guardia de seguridad del edificio.

—¡Muy buenos días, Rodolfo! —dijo dedicándole una sonrisa.

—¡Buenos días, señora Estrada! ¡Hoy puede decirse que sí, que son muy buenos! Y por lo visto la previsión es que el buen tiempo se mantenga toda la semana —contestó mientras le abría la puerta del ascensor.

—Ah, ¡pues qué bien!

—Que tenga un buen día, señora.

—Gracias, Rodolfo. Usted también.

Marina pulsó el botón y el ascensor comenzó a subir. Consultó el reloj.

«Bueno, es temprano».

«Seguro que Daniel no ha llegado aún».

«Mejor... hoy no me apetece ver a nadie».

Entró en la agencia y se dirigió a la mesa de Cristina. Cogió el paquete con la prensa diaria y la correspondencia que estaba en la bandeja que llevaba su nombre. Vio a su asistente charlando con Elena junto a la puerta del office y le hizo una señal con la mano para que la esperase.

—¡Buenos días, chicas!

—¡Buenos días, Marina! —contestaron al unísono.

—Cristina, hoy no me pases llamadas. Tengo que acabar algunas cosas y no quiero que me molesten.

—Entendido. No hay problema —dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Te llevo un café?

—No, no. Ya tomé uno en casa. Gracias.

Pasó a su despacho y cerró la puerta. Dejó el bolso y la correspondencia encima de la mesa, se sacó la americana y la colgó en el respaldo de su sillón.

Levantó los estores del ventanal y observó unos segundos el tráfico de la calle.

El sol comenzó a colarse iluminando un lateral de la habitación.

«¡Ay!... ¡qué gusto!»

Sacó el móvil del bolso y lo consultó mientras encendía el ordenador. No había ningún mensaje.

El grupo de WhatsApp de la cena no se había movido desde el sábado por la mañana en que Héctor y Oscar habían colgado las fotos de la fiesta.

Nadie más había escrito. Lorenzo tampoco.

No había dado señales de vida en todo el fin de semana.

«No hay nada...».

«Bueno... mejor así...».

«Una noche loca, como dice Nona y punto...».

Al estar a solas sentía una sensación de angustia que no entendía.

Cogió las cartas que tenía encima de la mesa con la intención de revisarlas pero vio el paquete de la prensa y volvió a dejar las cartas a un lado.

Quitó la goma que lo rodeaba y extendió los dos periódicos que diariamente le traían. El País y el Tribuna Atlántica. El periódico que dirigía Lorenzo. Sintió una punzada en el estómago al abrirlo y el olor de Lorenzo y la imagen de sus labios, prácticamente pegados a los suyos, irrumpió en su cabeza de golpe.

«¡Dios, Lorenzo!».

«¿Por qué coño no te vas de mi cabeza?».

«¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti...?».

Se reclinó en el sillón y comenzó a sentir una opresión en las costillas. Empezaba a costarle respirar de nuevo.

«¡Necesito que me dé el aire!».

Apagó el ordenador, cogió la chaqueta y el bolso y tiró los diarios a la papelera.

—¡Tengo que salir, Cristina! —dijo al pasar por delante de su mesa sin mirarla.

—¡Ah!... Vale, vale —contestó con una mueca de extrañeza.  
Llegó a la puerta del ascensor y optó por bajar los cuatro pisos a pie.  
«Necesito aire, ¡ya!».

Salió a la calle y decidió bajar al puerto dando un paseo y tomarse algo.

Necesitaba pensar.

O mejor dicho, necesitaba no pensar.

Necesitaba no pensar en Lorenzo. En la cena. En el 20th.

Hacía una temperatura agradable y el sol la reconfortaba. Comenzó a caminar en dirección al Náutico y se fue relajando.

Llegó a la dársena de A Laxe y se apoyó en la barandilla del pantalán observando los veleros amarrados. Las olas los mecían muy despacio y el sonido que hacían al chocar contra la madera le provocaba una sensación de calma y de serenidad.

Recordó cuando era pequeña y venía con su padre. Se sentaban en el borde y daban de comer trozos de pan de su bocadillo a los múgeles que rondaban el muelle. Luego él le explicaba por qué la marea subía y bajaba y le contaba historietas de cuando era joven.

Poco a poco fue sintiéndose mejor. Estar cerca del mar hacía que su cabeza se despejase.

Respiró hondo y decidió tomarse un café en la terraza del Albatros. Llevaba el iPad en el bolso y podría quedarse un rato trabajando allí.

Entró en la Estación Marítima y subió las escaleras que llevaban a la cafetería. Pidió la consumición al entrar, se fue a la terraza y se sentó en una de las mesas más alejadas de la puerta.

«Bueno, por lo menos aquí respiro», pensó fijándose en un remolcador que cruzaba la Ría.

El sonido de un mensaje en su iPhone la devolvió a la realidad.  
Abrió la pantalla.

**Lorenzo\_11:10**

Hola (Mano saludando)

El estómago se le encogió.

«Jodeeeerrrr...».

«¿Y ahora qué?».

Cogió el móvil y casi sin ser consciente contestó.

**Marina\_11:11**

Hola

**Lorenzo\_11:11**

¿Puedo llamarte ahora???

Marina leyó el mensaje y el corazón se le subió a la garganta.

**Marina\_11:12**

Sí.

En apenas cinco segundos el móvil comenzó a sonar.

—Hola... —dijo con un hilo de voz.

—Hola, Marina... ¿Cómo estás?

Se le aceleró el pulso al escucharle. El recuerdo de su olor volvió a envolverla y vio de nuevo sus ojos oscuros sonriéndole.

—Eh... Bien, bien.

Como siempre le pasaba con él, no le salían las palabras.

—Espero que no tuvieses mucha resaca al día siguiente.

—Bueno... Lo normal. Teniendo en cuenta todo lo que bebí, creo que podría haber sido peor —dijo ya más relajada.

—¡Jajaja! Sí, la verdad es que bebimos bastante todos. Pero, bueno... Estuvo bien. Yo al menos lo pasé bien...

—Ya... Sí, bueno... Yo también.

Se hizo un silencio y Marina se mordió el labio inferior esperando su respuesta.

—Marina...

—¿Sí...?

—Sólo quería saber si estabas bien.

—Oh!... Sí, sí, claro. Estoy bien. ¡Estoy muy bien! —contestó poniendo los ojos en blanco y echándose hacia atrás en la silla.

«Teniendo en cuenta, que casi te meto la lengua hasta la garganta y que llevo todo el fin de semana pensando en ti y soñando contigo... ¡Pues estoy cojonudamente!», se dijo para sí misma.

—Ya... Me alegro. ¿Podríamos quedar otro día para tomar algo?... Si te apetece, claro.

—Ah... Bueno... Supongo que sí, que podemos tomar algo otro día... Lo que pasa, es que ahora mismo estoy bastante liada... En nada empezamos la temporada fuerte de las campañas... Ya sabes como va esto... Pero... sí... sí... Cualquier día te llamo y nos tomamos algo... Sin problema.

—Claro... Llámame entonces cuando tengas un rato. Me gustará volver a verte.

«Ya... Y a mí... ¡No te jode!».

«Pero es demasiado peligroso... ¡Qué va, qué va!».

—Sí... descuida. Hablamos. Cuídate, Lorenzo.

—Tú también. Adiós, Marina.

Se quedó mirando la pantalla del móvil procesando la conversación que acababa de tener.

«¡Ufff!... ¿Quiere volver a verme?».

«Bueno, bueno... Tranquila».

«Has hecho bien».

«Es un juego demasiado peligroso... mira lo que pasó el otro día».

«Déjalo estar, Marina... déjalo estar».

Se terminó el café y decidió volver a la agencia.

Se levantó, recogió el bolso y se quedó mirando la mesa dónde había estado con él. Abrió el WhatsApp y vio de nuevo la foto en la que estaban los dos juntos.

«Joder, Lorenzo... joder...».

«Dios, ¡qué hombre!».

El resto de la semana transcurrió lenta y Marina procuró ocupar sus ratos para no pensar demasiado, aunque no siempre lo conseguía.

Muchas veces se quedaba absorta en la ventana de su despacho recordando la noche de la cena.  
En otras, la sonrisa de Lorenzo aparecía sin avisar en su cabeza.



—II—

“Una mujer libre es justo lo contrario  
de una mujer fácil.”

Simone de Beauvoir

29 de abril, sábado.

22:33h

—Pues yo te digo que el Supremo no está por la labor y como recurran, les van a dar por el culo. ¡Ya lo verás! —dijo Ricardo sirviendo el vino en las copas.

—Bueno, no estaría yo tan seguro. Acuérdate del caso de Florencio, al final les anularon las escuchas y se fue todo a la mierda —respondió Ernesto torciendo el gesto.

—¿Vais a estar toda la noche hablando de trabajo? —preguntó Marina frunciendo el ceño—. Porque si es así, Ana y yo nos vamos a cenar solas a otra mesa y nos buscamos una compañía más amena.

—¡Jajaja! Muy bien dicho, Marina. ¡Están todo el santo día juntos en el Juzgado y aún quieren más! —contestó Ana haciendo un gesto de aprobación hacia Marina con su copa.

—¡Pero qué protestona está mi mujercita hoy! —dijo Ernesto girándose hacia ella poniendo la mano en su rodilla— Ya nos callamos, mujer.

—¡Tienes toda la razón, Marina! Como siempre —apuntó Ricardo mientras se ponía la servilleta encima de las piernas.

—Sí. ¡Tengo razón! ¿Y de qué me sirve? Si no nos hacéis caso y en dos minutos estáis otra vez a lo vuestro. Si no os conociera. —Marina movió la cabeza hacia los lados— ¡Que son muchos años ya, Ricardo!

El camarero llegó con los segundos platos.

Ernesto subió un poco más la mano, acariciando el muslo de su mujer, mientras esperaba a que le pusiesen su cena.

Marina sonrió maliciosamente y acercándose con disimulo, susurró algo al oído de su marido.

—Ernesto...

—¿Qué?

—No llevo bragas.

—¿¡Queeeé!?

—Que no llevo bragas...

Ernesto levantó la mano de la pierna y puso los ojos en blanco.

—¡Joder, Marina! —dijo disimulando entre dientes— ¡Eres mala!  
¡Muy, muy mala!

—¡Jajajaja! Ya lo sé —respondió divertida.

—Y ahora, ¿qué se supone que tengo que hacer? Cenar y portarme bien... Mirándote... ¿Sabiendo que no llevas nada debajo de ese vestido?

—¡Exacto!

—¡Estás loca!... ¡Y me vuelves loco! —le susurró mientras volvía a poner la mano en el muslo apretándolo y notando su piel cálida y suave bajo los dedos.

Marina se puso a cien al sentir la mano de su marido. Entornó los ojos mirándole con deseo y mordiéndose el labio.

—Cómo sigas mordiéndote el labio así, voy a tener que follarte en el baño. ¿Me oyes? ¡Para!

—¿Ah, sí?... no me digas... ¡Uy! ¡Qué miedito! —se mordió el labio de nuevo y dejó caer su servilleta al suelo.

Ernesto se agachó a recogerla y Marina separó la silla hacia atrás. Se giró disimuladamente hacia su marido, se subió un poco el vestido y abrió las piernas para que viese su sexo desnudo.

Ernesto cogió la servilleta y recorrió con sus dedos la piel de su mujer desde el tobillo casi hasta la ingle.

Marina dio un respingo y puso la mano en la entrepierna de Ernesto notando su erección y soltando una risita maliciosa.

Terminaron de cenar y se apresuraron a salir del restaurante.

Ricardo y Ana querían ir a tomar una copa después, pero Ernesto declinó la oferta excusándose con que estaba muy cansado y que al día siguiente tenían que madrugar para recoger a los mellizos en casa de su cuñada.

Llegaron al portal y entraron en el ascensor.

—¡Ven aquí! —dijo Ernesto agarrándola por la cintura y metiéndole la mano por debajo del vestido— ¡Te voy a dar yo salir a la calle sin ropa interior!

—Mmm... —gimió Marina al sentir la mano fría de su marido entre las piernas.

—Te mereces un castigo por haber sido tan mala esta noche ¡Y habérmelo hecho pasar tan mal!

La puerta del ascensor se abrió y llegaron al rellano.

—¿Sííí?... ¿No me digas? ¿Lo has pasado muy mal?... ¡Jajaja!

—¡Joder, Marina!... ¡Estuve a punto de arrastrarte al baño y follarte allí mismo! ¡Me has excitado muchísimo!

Entraron en casa y se fueron directos a la habitación.

Marina encendió el equipo de música y colocó un par de velas encima de la cómoda.

Se quitó el vestido y se sentó en la cama a esperar a su marido sólo con las sandalias de tacón puestas.

Ernesto salió del vestidor descalzo.

Se había sacado la chaqueta y la camisa y tenía el cinturón del pantalón desabrochado.

Estaba muy sexy con el torso descubierto.

Ciertamente su marido era un hombre muy, muy guapo. Tenía un cuerpo espigado y atlético y sus ojos azules se oscurecían cuando se excitaba, volviéndose más profundos.

Había ido al cajón de las sorpresas y traía un juguete en la mano.

Se acercó y se arrodilló en el suelo abriéndole las piernas.

Marina se inclinó sobre él frotando sus pechos contra su cara, cogiendo su cabeza y enredando los dedos en su pelo.

Ernesto separó la cara y cogió a Marina por la nuca para besarla.

Se besaron entrelazando sus lenguas muy despacio. Jugueteadando y humedeciéndose el uno al otro con su saliva.

Marina estaba cada vez más mojada.

—Ohhh... Ernesto... Quiero chupártela. ¡Déjame chuparte la polla!

—Shhhh... Ahora... Tranquila. Primero quiero comerte yo a ti. Quiero que juguemos un rato.

Ernesto le enseñó un cordón anal de silicona rosa, con cuatro plugs en forma de corazón, que había cogido del cajón del vestidor donde guardaban sus juguetes sexuales.

—Ohhh... Ernesto... —gimió.

—Ya te dije que habías sido muy mala y que iba a castigarte.

Ernesto le metió el cordón en la boca para lubricarlo.

—¡Chúpalo! Vamos, nena, chúpalo. —se lo metió en la boca saboreándolo despacio— Ahora, date la vuelta y ponte a cuatro patas.

Marina obedeció.

Ernesto metió los dedos en su vagina, comprobó la humedad y comenzó a estimular el ano de Marina con el pulgar.

Marina estaba cada vez más excitada. Se retorció y gemía balanceando el trasero adelante y atrás.

—Ahora te voy a meter el cordón, ¿de acuerdo?

—Sí...

Ernesto la agarró por una de sus caderas y le metió el cordón en el culo. Empezó suavemente por el plug más pequeño, hasta introducir los cuatro, dejando la anilla fuera.

—Muy bien, preciosa. Muy bien. Ahora me la vas a chupar.

—Mmm... Sííí... ¡Por favor!

Marina se giró y dio un respingo al sentarse en la cama y notar la estimulación del cordón en su trasero.

Ernesto se puso de pie y Marina terminó de desabrocharle el pantalón. Le bajó el bóxer y liberó el miembro erecto de su marido.

Pasó la punta de su lengua por el glande hinchado y lubricado con líquido preseminal.

Ernesto gimió y Marina continuó pasando su lengua arriba y abajo recorriéndole toda la polla hasta que la agarró con la mano y se la metió en la boca hasta el fondo de su garganta, chupando arriba y abajo rítmicamente.

Ernesto la separó y la levantó.

—Ohhh, Marina... ¡Eres una Diosa! ¡Cómo me haces disfrutar, nena! La tumbó en la cama boca arriba y se puso encima de ella.

—Ahora voy a metértela toda. ¡Ahora voy a follarte!

Marina abrió las piernas y las enlazó en las caderas de Ernesto tirando de él.

Ernesto la penetró y Marina sintió una ola de placer que subía y bajaba por todo su cuerpo.

Se besaron y Marina se abandonó al ritmo de las embestidas. Cerró los ojos y le agarró por los hombros notando su polla cada vez más

dentro.

De repente, la imagen de Lorenzo se entremezcló con la de su marido y se imaginó que era Lorenzo quién estaba con ella haciéndole el amor.

Marina se aceleró y comenzó a jadear.

Entreabrió los ojos y vio a Lorenzo encima de ella, penetrándola.

La visión la agitó tanto que iba a correrse.

—¡Hey!... ¡Estás a cien, nena! —dijo Ernesto parando y sacando su polla del interior de Marina— ¡Ahora quiero follarte a cuatro patas para correrme contigo! —gruñó tirando de la anilla del cordón.

Marina arqueó la espalda al sentir la estimulación de los plugs saliendo de su cuerpo y ahogó un grito en la almohada.

Se colocó a cuatro patas y Ernesto se puso detrás de ella.

La cogió por las caderas y la penetró desde atrás.

Marina bajó la cabeza y su melena cayó tapando su cara.

Comenzó a moverse al ritmo que marcaban las embestidas. Sacudió la cabeza hacia arriba y el pelo le cayó hacia un lado liberándole la cara. Volvió a cerrar los ojos y Lorenzo apareció de nuevo.

Se abandonó a su imagen y al deseo. Giró la cabeza hacia atrás y vio las manos de Lorenzo en sus caderas. Vio su torso y su cara en la cara de su marido. Sintió su risa y su olor y se corrió gritando y retorciéndose con tanta intensidad que su marido se corrió con ella vaciando hasta la última gota de semen en el interior de su cuerpo.

Cayó exhausta en la cama.

Ernesto se retiró con cuidado y la besó en el hombro y en la cabeza.

—Joder, Marina... ¡Eres alucinante! ¡Menudos polvos echamos! ¡Qué manera de follar!

Se levantó y fue al baño.

Marina se fue recuperando poco a poco y empezó a ser consciente de lo que acababa de pasar en su dormitorio.

Empezó a sentir una punzada de angustia en el estómago y a tener ganas de llorar.

Se tapó la cara con el almohadón y gritó y lloró para liberar la tensión que en esos momentos se estaba apoderando de ella.

Ernesto regresó del baño.

Apagó las velas y la música y se tumbó a su lado.

—Te quiero, fierecilla, te quiero... —dijo dándole un beso en la mejilla y abrazándola antes de quedarse dormido.  
No estaba preparada para eso.  
Había demasiada gente en su cama.

3 de mayo, miércoles.

08:02h

—No sé, Ernesto... Esto está lleno de policías. Están revisándolo todo. Daniel está hablando con ellos y estamos esperando a que llegue la científica y el inspector. Por lo visto no han entrado en todas las oficinas... No... Sólo en la tercera y en la nuestra... Rodolfo vio las cerraduras forzadas cuando entró a las siete y subió a hacer la ronda. El portal no... Estaba intacto, por eso no se dio cuenta hasta que subió al tercero y llamó a la policía... Ya... Las alarmas no sonaron... No te preocupes. Lleva los niños al colegio y te vienes. Yo no me voy a mover de aquí. Sí... Sí... En un rato empezarán a llegar todos... Sí... tranquilo... Yo estoy bien... Con el susto aún, pero bien... Oye, te dejo que Daniel me está haciendo señas para que vaya. Nos vemos luego.

Marina colgó, guardó el móvil en el bolsillo trasero de sus pantalones y se acercó a Daniel que estaba hablando con dos agentes.

—Era Ernesto. Lleva los niños y ya se acerca.

—Bien. ¿Has llamado a tu padre?

—Todavía no. Más tarde. Ahora no quiero preocuparle. —Marina se asomó al despacho de Daniel comprobando los desperfectos resoplando y negando con la cabeza.

—Sí... Llámale luego... Creo que tendremos para rato hoy aquí. Ya he llamado al seguro y han dicho que mandarán a alguien también.

—Daniel se pasó la mano por el pelo con gesto de preocupación y salió al pasillo moviendo la puerta con el pie— Procura no tocar nada. Sólo intenta ver qué es lo que echas en falta.

La llamada de Rodolfo primero y de la policía después, le había sorprendido a punto de salir de la cama como a ella. Los dos se habían tenido que vestir a toda prisa y aunque Daniel llevaba uno de sus trajes, tenía una sombra de barba grisácea en el rostro. Era la primera vez que le veía sin afeitarse en la oficina y se fijó en que tampoco se había puesto los gemelos.



—Es que no lo entiendo... Tu archivador también está forzado... Igual que el mío... Y los cajones de tu mesa... —Marina fue tras él y ambos entraron en el office— ¿Qué buscarían ahí? Aquí no guardamos dinero. Los clientes no nos pagan en efectivo. Eso lo sabe cualquiera. No lo entiendo. —cogió un vaso de papel y se sirvió agua caliente de la torre dispensadora para hacerse una tila.

—Sí que es raro, sí. ¿Y no se han llevado ningún ordenador? —preguntó Daniel sosteniendo la caja de las infusiones y ofreciéndosela a Marina — Y aquí, en el office, ni siquiera han entrado.

—Gracias. —cogió una bolsita y la hundió en el líquido humeante empujándola con la punta del dedo— Pues no los he contado. Pero creo que están todos. Hay algún cajón de los puestos también forzado. Cuando lleguen los demás tendrán que decirnos si les falta algo. —Marina dio un sorbo al vaso y arrugó la nariz— ¡Puagg!... ¡Qué asco! ¡Esto es una mierda! ¡Bah! Hazme un café. Total, imás nerviosa ya no me puedo poner!

Daniel se rió y puso una taza para ella debajo del caño de la cafetera.

—Toma.

—Ahh... ¿Ves? Esto es otra cosa —dijo dándole un sorbo largo y lamiendo la espuma del café de los labios.

Se terminaron las bebidas y oyeron voces en la entrada.

Salieron y vieron entrar a Rodolfo con tres agentes que portaban un maletín y dos trolleys de color negro con el escudo del CNP en el centro.

—¡Buenos días, agentes! Por decir algo —dijo Daniel estrechándoles la mano— Soy Daniel Durán y ella es Marina Estrada. Somos los dueños de la agencia.

—¡Buenos días! —respondieron ellos presentándose también— Vamos a tomar huellas y a intentar reunir las pruebas que podamos.

—¡Ah! ¿Son ustedes de la policía científica? —preguntó Marina.

—Sí, sí señora. Permítanos.

—Sí. ¡Cómo no! Les acompaño a mi despacho y al de mi socio, que son los que normalmente se quedan cerrados con llave. Han forzado

las dos cerraduras —dijo guiando a los agentes—. Aparte del mobiliario.

Guió a los agentes y les dejó trabajar.

Estaba contestando un mensaje de Ernesto mientras revisaba las mesas de trabajo de sus empleados.

**Marina\_08:50**

La científica ya ha llegado.

Están en mi despacho.

Llenándolo todo de ese polvillo negro  
(2 caras llorando)

**AA Ernesto\_08:51**

Bueno. Tranquila.

Ya estoy dejando a los niños en el cole.

En veinte minutos estoy ahí. (2besos)

Vio una de las papeleras volcada e instintivamente se agachó a recogerla.

—¡¡¡NO TOQUE ESO!!!

Soltó la papeleras, como si quemase, por el susto y dio un grito.

—¡Pero, qué coño! —gritó levantando la vista.

—¡No toquen nada! Hasta que los agentes tomen nota de todo no deben alterar la escena.

—¿Y usted es...? —dijo Marina acercándose al extraño visiblemente molesta por el tono con el que se había dirigido a ella.

—Soy Andrés Vidal, inspector jefe a cargo de esta investigación. —le ofreció la mano mirándola sin pestañear.

—Marina Estrada. Dueña de la agencia. —le dio la mano apretándola con fuerza sin apartar tampoco su mirada de la de él. Marina apretó un poco más a propósito, en una clara señal de autoridad ante su intención de dominarla— Y este es mi socio, el señor Daniel Durán —dijo soltándole y girándose hacia la puerta del despacho de Daniel, que en esos momentos salía de acompañar a los agentes—. Daniel, el inspector Vidal —continuó sosteniéndole la mirada con el semblante serio.

—Andrés —dijo él dándole la mano—. Andrés Vidal.

—Buenos días, señor Vidal. Le estábamos esperando —contestó—. Bien. Usted dirá, inspector.

—Bueno, ya he hablado con el guardia de seguridad del edificio y ahora me gustaría hablar con ustedes.

—Ah, pues muy bien —dijo Daniel—. Venga por aquí. Podemos hablar en el office si quiere. ¿Le apetece un café?

—Muchas gracias. Pero no. Estoy bien.

Andrés siguió a Daniel.

Marina les siguió también.

Andrés era alto, de facciones duras. Lucía una barba de dos o tres días y el pelo cortado al uno, porque las entradas en su coronilla eran más que evidentes. Tenía los ojos de un verde oscuro que resultaba inquietante y unos labios gruesos y bien dibujados. Llevaba una camiseta negra y una americana sport, también negra, de cuyo bolsillo colgaban unas gafas de sol de estilo aviador oscuras.

«Muy típico», pensó.

Era evidente que iba al gimnasio porque podía apreciarse su cuerpo grande y musculado debajo de la ropa.

Era un hombre muy atractivo, pero no le gustaba. No le gustaba nada. La forma en que le había gritado y cómo la miraba la hacían sentirse incómoda.

09:18h

—Creo que están por aquí con el inspector, señor Del Valle.

—Está bien, Rodolfo, gracias.

La voz de Ernesto se coló por la puerta y Marina salió a su encuentro.

—¡Ernesto!

Le vio llegar con Rodolfo y se abrazó a él.

—¡Qué mierda, Ernesto! ¡Qué mierda...!

Marina intentaba aparentar serenidad, pero el ver a su marido había hecho que se sintiese vulnerable y ahora luchaba por contener las lágrimas. No quería llorar. Y mucho menos delante de ese inspector.

—¡Ya, mi amor! ¡Ya está! Shhh... Ya estoy aquí. —Ernesto le sujetó la cara con las manos besándola en la frente repetidas veces para calmarla.

Sentir los besos de su marido terminó de derrumbarla.

Hundió la cara en su pecho y dejó que las lágrimas brotasen.

Ernesto se la llevó a una esquina y la consoló durante unos minutos hasta que se fue calmando.

—Venga... ¿Ya...? Toma un pañuelo. Que no se diga. —volvió a cogerle la cara con las manos limpiándole las lágrimas con los pulgares— ¡Eres Marina Estrada! ¡A ti no se te pone nada por delante! Pero si eres la mujer más dura que conozco... Ya, mi vida, ya. —volvió a besarla esta vez en la cabeza.

—¡Ufff! Ya... Voy... Ya está, ya está, cariño. Gracias. —se sonó los mocos y se recompuso un poco respirando hondo— Vamos. Te voy a presentar al inspector y luego echamos un vistazo para ver los daños. —consultó el reloj— Además, Cristina y los demás deben estar a punto de llegar.

Entraron de nuevo en el office y Ernesto se acercó a Daniel para darle un abrazo.

—¡Joder, Daniel! ¡Qué putada!

—Pues sí. Ya ves. Han roto todas las cerraduras. Me han intentado reventar los cajones y el archivador y a Marina igual. ¡Y lo han tirado todo! —se soltó y se giró hacia el inspector— Te voy a presentar a Andrés Vidal. Inspector, este es Ernesto Del Valle, el marido de Marina. Es Magistrado en la Audiencia Provincial.

—Mucho gusto, señor Del Valle. Trabajaremos para intentar resolver esto cuanto antes. Estaba hablando con el señor Durán y con su esposa. Les estaba preguntando por sus costumbres en la agencia y por posibles enemigos.

—¿Enemigos? —repitió Marina abriendo los ojos— Ya le he dicho que nosotros no tenemos enemigos.

—Marina, el inspector hace su trabajo —dijo Ernesto cogiéndole la mano.

—Sí. Y tu marido es juez —apostilló Daniel cogiendo un vaso de agua y dándole un trago.

—Sí, es juez... ¿y?...

—Pues, que enchirona a muchas personas, Marina. Los mete en la cárcel, ¿entiendes?

—Ya. ¿Y eso qué tiene que ver con que nos entren a robar aquí?

—Bueno, chicos, no empecéis. Estamos todos muy nerviosos. El inspector tiene razón, Marina. Está haciendo su trabajo. Tienen que investigarlo todo. Tranquila. Ven, vamos fuera. —Ernesto cogió a su mujer por la cintura— Discúlpenos, señor Vidal. Si necesita algo estaremos fuera.

—No, tranquilo, no se preocupe. El señor Durán me está dando toda la información que necesito y supongo que ahora empezarán a llegar el resto de empleados, ¿no?

—Sí —contestó Marina con el gesto serio—. Entran a las diez y Cristina, mi asistente personal, un poco antes. Sobre las nueve y media ya suele estar aquí. Debe estar a punto de llegar. De hecho, me extraña que no lo haya hecho ya. Nunca se suele retrasar.

—Bueno, tranquila, señora Estrada. Tomen. —abrió una billetera y sacó una tarjeta ofreciéndosela a Marina con un gesto amable— Sólo necesitaré que se pase más tarde por comisaría para ratificar la denuncia. Ahí tiene mi número. Llámeme antes para poder atenderla personalmente. Y si se acuerda de algo, por insignificante que le parezca, no dude en ponerse en contacto conmigo. Cualquier cosa puede ser importante.

—Muchas gracias, inspector. —Marina aflojó el gesto y le devolvió una sonrisa.

—De nada. Vaya tranquila.

Ernesto se despidió de Daniel y de Andrés y salió al rellano con Marina.

—Ven, tienes que desayunar. Vamos un rato a la tienda de Sergio y nos tomamos algo —dijo Ernesto llamando al ascensor—. Luego subimos otra vez para hablar con el resto y recoger un poco. ¡Pero ahora tienes que comer!

Bajaron a la calle y el sol de la mañana le dio en la cara. Todavía se le notaban las marcas de haber llorado y había salido de casa sin maquillar.

—Ernesto, préstame tus gafas de sol. Las mías están en el coche y debo de llevar una cara...

—¡Jajajai Toma. Pero tranquila, que a tu cara no le pasa nada —dijo dándole un beso en la mejilla y pasándole el brazo por los hombros.

—Ya, qué vas a decir tú.

Llegaron al Taste & Ecologic. Sergio estaba colocando unas cajas de fruta en la entrada.

—¡Buenos días, Marina! ¿Qué tal, Ernesto? —dijo recogiendo una caja vacía y dejándoles pasar delante.

—Buenos días, Sergio. Aunque, muy buenos no son que digamos.

—¿Y eso? —preguntó adelantándose y entrando en la barra.

Marina se quitó las gafas al entrar.

—Nos han entrado a robar en la agencia.

9 de mayo, martes

10:27h

—La Gala es el 23. Este año la celebran en Roma —dijo Marina poniendo una carpeta encima de su mesa y acomodándose de nuevo en su sillón—. Salgo el 22. ¿Seguro que no quieres venir? Puedo decirle a Cristina que haga una reserva para ti también.

—No, Marina. Esa semana estaré en Madrid liado con la cuenta de Zachaler's. Sabes que Pablo es un buen amigo mío y quiere aprovechar la ocasión para presentarme a un par de colegas con los que podríamos trabajar.

—Está bien. Iré sola. —desvió la mirada resoplando— Confírmame entonces la cita con Piero para esa semana. Trabajaré con el equipo y le llevaré las propuestas que diseñemos para el resto de la líneas.

Daniel se revolvió en la silla y apoyó los codos en la mesa.

Marina giró su sillón hacia el ordenador y buscó una carpeta en la pantalla de su iMac.

—A ver. Aquí. Carpini. —abrió el documento y Daniel se inclinó un poco para ver la pantalla desde su posición— Esta es la campaña que le diseñamos para la línea anterior. La de bolsos y cinturones que tanto les gustó. —Marina pasó el ratón por encima de algunos bocetos ampliándolos— Supongo que querrán seguir en la misma línea. Con gráficos parecidos y colores similares.

—Marina... —Daniel se levantó, rodeó la mesa y se colocó por detrás del sillón mirando por encima la pantalla— No dudo del trabajo que harás. Sé que eres buena negociando. Pero si consigues hacerte con todas las líneas de Carpini doblaremos los beneficios de la agencia. No lo olvides.

—¿Crees que no lo sé? —dijo girando la cabeza hacia atrás, frunciendo el ceño muy seria— ¡Tú consígueme la cita! ¡Del resto me ocupo yo!

—De acuerdo. —dio una palmada al respaldo del sillón y se dirigió a la puerta— Te conseguiré la cita con Piero. Avisaré a Cris para que la programe en tu agenda. Por cierto, ¿se sabe algo más del robo? Ese inspector... ¿Cómo se llama?

—Andrés. Se llama Andrés Vidal, Daniel —dijo ladeando la cabeza con un gesto de condescendencia—. Y no. No sé nada. De todas formas, mañana todavía hace una semana y estas cosas llevan su tiempo, según me explicó cuando estuve en comisaría. No sé. A estas alturas no tengo muchas esperanzas de que encuentren a quien lo hizo. La verdad.

—Ya. Bueno. Si sabes algo me avisas. Hablamos luego.

—Sí, descuida.

Daniel salió del despacho y el teléfono de Marina vibró encima de la mesa al registrar un nuevo mensaje de WhatsApp.

«¡Anda, mira!, hablando del Rey de Roma».

### **Andrés Vidal (Inspector)\_11:06**

Buenos días. ¿Podría pasar por comisaría para completar su declaración y explicarle algunos detalles?

Un saludo.

«¡Vaya!... ¿Habrán averiguado algo más?», pensó mientras recogía un montón de carpetas de su mesa y las llevaba al archivador.

«¡Con el lío que tengo hoy!».

«Bueno, intentaré pasarme al final de la mañana».

### **Marina\_11:09**

Sí, por supuesto. Me pasaré a última hora de la mañana. Un saludo.

Hizo unas llamadas, repasó unos bocetos y se pasó por la mesa de Adán para darle los detalles de los diseños de Carpini.

—¡Tienen que estar perfectos! Dales una copia a Elena y a Santi y poneos con ello. Mañana lo vemos los cuatro juntos y decidimos las propuestas.

—No hay problema, Marina. Me pongo a trabajar para tenerlo listo. No te preocupes —contestó abriendo la carpeta que Marina le había entregado.



—Gracias, Adán. Mañana hablamos. ¡Pero tenemos que conseguir esa cuenta!

—Descuida —dijo guiñándole un ojo—. ¡Esa campaña será nuestra!

Entró de nuevo en su despacho, apagó el ordenador y recogió su bolso y su chaqueta del perchero.

—Cristina, voy a salir. Si surge algo me localizas en el móvil —dijo mientras buscaba las llaves del coche en el bolso.

13:17h

Entró en la comisaría y se dirigió al funcionario que estaba en el mostrador de la entrada.

—¡Buenos días! Soy Marina Estrada. Tengo una cita con el inspector Vidal, ¿podrían avisarle de que he llegado, por favor?

—¡Buenos días! Un momento. Ahora le avisan.

—Muchas gracias —dijo haciéndose a un lado para dejar paso a la mujer que tenía detrás.

—Señora Estrada. Puede subir. El inspector está en su despacho. En la 3<sup>o</sup> planta, al fondo.

—Ah, sí, sí. Sé donde es. Muchas gracias.

«Por desgracia ya he estado aquí».

Salió del ascensor y se dirigió al despacho de Andrés.

Recordó la primera vez que le vio en MissMussa el día del robo. Le había parecido un hombre muy atractivo pero también muy inquietante. Tenía unos ojos verdes y profundos que sentía que la traspasaban. No le gustaba. La hacía sentirse incómoda. Por no hablar de cómo les había hablado a los policías que estaban en la agencia inspeccionando el lugar y tomando huellas. Con un aire de superioridad e incluso chulería. Definitivamente no acababa de gustarle.

Llamó a la puerta.

—Pase.

—¡Buenos días, inspector!

—¡Buenos días, señora Estrada! Gracias por venir tan pronto. Siéntese por favor.

—Gracias. Bueno, usted dirá —dijo Marina ocupando una de las sillas de confidente, cruzando las piernas y apoyando el bolso en la otra.

—Verá, no la he llamado a la agencia y le he enviado un mensaje directamente porque a partir de ahora no quiero que comente ningún aspecto de esta investigación con nadie de MissMussa.

—Pero... —Marina se inclinó hacia la mesa descruzando las piernas y frunciendo el ceño— ¿Cómo que no lo comente con nadie de

MissMussa? ¿A qué se refiere exactamente? No le entiendo.

—Bueno, tenemos razones para pensar que el robo pudo haberse cometido desde dentro.

Marina abrió los ojos poniendo una expresión de extrañeza y asombro.

—¿Cómo desde dentro? No... no entiendo.

—Señora Estrada... —Andrés se levantó de su silla, rodeó la mesa y se colocó al lado de Marina apoyándose en la esquina de la misma— Es posible que alguien que trabaja para usted esté traicionándola. Que el día anterior su sistema informático sufriese el ataque de un hacker nos parece mucha casualidad... Y en la policía nos resistimos a creer en las casualidades.

Marina levantó la mirada y clavó sus ojos en los de él.

Ahora estaba estupefacta.

—¿Quéee?... No... Oiga... No. El ataque fue neutralizado a tiempo por nuestros informáticos. No llegaron a entrar en nuestro sistema.

—Sí. Es cierto. No llegaron a entrar porque tienen ustedes un cortafuegos digno del Pentágono. Por eso creo que lo están intentando de otra forma.

Marina desvió la mirada a un punto en el suelo y comenzó a frotarse las manos en un gesto de nerviosismo.

—Señora Estrada. —Andrés retiró el bolso de la silla y se sentó frente a ella poniéndose a su altura.

—Marina —dijo ella mirándole de nuevo.

—¿Qué?

—Puede llamarme Marina. No me trate más de usted, por favor. Me pone nerviosa.

Andrés asintió con la cabeza y sonrió.

—Está bien, Marina. Todavía no estamos seguros de nada, pero es una línea que tenemos abierta y no queremos dejar nada, ni a nadie sin investigar. Debemos contemplar todas las opciones y todos los escenarios posibles. En eso consiste nuestro trabajo.

—Ufff... —suspiró y se apoyó contra el respaldo de la silla relajando el gesto— De acuerdo inspector. Haré lo que usted me dice.

—Andrés. Marina. Llámame Andrés —dijo ladeando la cabeza con una mirada de complicidad.

Marina sonrió.

—Está bien, pero le digo... ¡Perdón!, te digo, que estás equivocado, Andrés. Conozco a las personas que trabajan conmigo. Conozco a mi gente. —Marina se levantó, cogió el bolso de la mesa y se alisó un poco la falda— Bueno, pues muchas gracias por todo, Andrés y supongo que seguiremos en contacto.

—No, gracias a ti, Marina, por venir y por entenderlo. No te preocupes, serás la primera en enterarte si tenemos alguna novedad.

—Andrés se levantó y le abrió la puerta.

—Pasa, por favor —le dijo—. Te acompaño a la salida.

—¡Oh, no! No te molestes. No es necesario.

—No es ninguna molestia. Llevo todo el día encerrado y así estiro un poco las piernas.

De camino al ascensor se cruzaron con una funcionaria que trasladaba un carrito con varios paquetes y carpetas de colores.

—Voy a bajar un momento, Rosa. Enseguida vuelvo.

—Muy bien, inspector Vidal.

«Vaya, si sabe ser amable y todo el tío», pensó Marina.

«Al final no va a ser tan fiero».

Bajaron en el ascensor hablando de trivialidades y llegaron a la salida. Pasaron las puertas de cristal automáticas y salieron al pequeño jardín que rodeaba el edificio.

—Bueno, pues muchas gracias otra vez, Andrés. Seré discreta y si noto algo extraño o recuerdo algo te llamaré.

—Muy bien, Marina. Estamos en contacto —dijo estrechándole con fuerza la mano—. Cuídate.

Marina se dirigió a la salida y notó los ojos de Andrés clavados en su espalda primero y en su trasero después, incomodándose de nuevo.

«Joder... ¡Qué tío más raro!».

«Y dice que es alguien de la agencia... sí, hombre... ¡este ve muchas películas de CSI!».

«¡Ayyy!... ¡qué harta estoy!... joder... ¡qué harta!».

16 de mayo, martes.

11:27h

Cristina golpeó con los nudillos la puerta entreabierta del despacho de Marina y se asomó.

Marina estaba de pie frente al ventanal, de espaldas a la puerta hablando por teléfono. Miraba hacia la calle y apoyaba una de sus manos en la cadera metiendo y sacando la blusa por la cinturilla de su falda. Se giró y le hizo una señal para que pasase. Se despidió de su interlocutor y rodeó el sillón para sentarse devolviendo el inalámbrico a su base.

—Dime...

—Aquí tienes. Los presupuestos de las próximas campañas. En principio no hay cambios desde la última reunión, así que no debería haber problema. Los equipos no han variado y Daniel ya ha dado su ok. —su asistente puso dos carpetas de color amarillo encima de la mesa y abrió la primera.

—Muy bien. En cuánto pueda, les echo un vistazo.

—En la primera, tienes los equipos con las campañas y en la segunda carpeta están las campañas de los nuevos clientes —explicó Cristina recogiendo varios sobres de la mesa—. Como te vas la semana que viene, Daniel quiere que queden las cuentas aprobadas para no tener flecos de última hora.

Marina ladeó la cabeza resoplando mientras echaba una ojeada a los documentos con desgana.

—Está bien, Cristina. Está bien. Ya te los llevo. No te preocupes. ¡No queremos que ocurra una catástrofe en mi ausencia!

—No... ¡Jajaja!... ¡Por Dios, qué no queremos eso! ¡Ah! —añadió mientras consultaba su iPad de camino a la salida—. Te acabo de enviar al mail las reservas del vuelo y del hotel. Ya lo tienes todo en el correo.

—¡Genial, Cristina! Luego los veo y me descargo los billetes.

Cristina salió cerrando la puerta y Marina abrió un par de archivos en su iMac en los que estaba trabajando. Envió un email a la compañía de seguros con las facturas de las cerraduras nuevas y

automáticamente su cerebro se trasladó al día del robo dos semanas antes, cuando entró y vio las puertas forzadas y su despacho violentado, con el archivador de metal volcado y los cajones de su mesa abiertos, tras reventar las cerraduras. Todavía tenían las marcas de la palanqueta que habían usado para forzarlos.

No se habían llevado nada de mucho valor, pero la idea de que unos extraños hubiesen tocado sus cosas le causó una sensación de asco y vulnerabilidad.

«Joder, ¡qué mal!»

«Bueno, a ver si termino con esto y así me marcho ya a que me dé un poco el aire».

Su incomodidad iba aumentando.

«Ufff... Igual me voy a correr un rato por la playa para despejarme y luego ya como algo en casa con mamá y papá», pensó.

«Sí. Luego les llamo y me acerco».

Consultó la pantalla del móvil y abrió la primera carpeta. Comprobó los presupuestos y los firmó.

«Bien, ¡perfecto!»

«A ver los equipos».

Comprobó nuevamente que eran los que ella había designado y estampó su firma al final de cada folio.

«Sobre todo que Elena, Adán y Santi estén en el de Carpini conmigo».

«Son mis tres mejores diseñadores con diferencia. Elena es muy buena. Esa chica llegará lejos. ¡Espero que conmigo, claro!»», pensó sonriendo mientras cerraba la primera carpeta y abría la segunda.

«Bueno, vamos allá», dijo consultando el reloj.

Estaba repasando la lista de empresas que habían aprobado los presupuestos que MissMussa les había enviado para realizarles las campañas a sus firmas. La mayoría ya eran clientes de la agencia por lo que no había mayor problema con ellas. Sabían lo que querían y sabían las tarifas que se cobraban. Con los nuevos había que tener

un poco más de cuidado para que la relación fuese lo más fluida posible para ambos. Nunca les habían rechazado un presupuesto por excesivo, aunque su agencia no era de las baratas precisamente.

«¡Pero la calidad se paga!», y Marina tenía además una norma muy clara. Si un cliente le intentaba regatear una factura automáticamente dejaba de trabajar con él.

«Esos clientes no nos interesan» —decía—.

«Son los que más problemas dan».

De repente, lanzó un grito y pegó un salto hacia atrás en la silla.

—¡Pero, qué coño...! ¿Este tío de qué va?... ¡Me cago en la puta...!  
¡Ya estoy hasta los cojones de él!

Se levantó como un miura con la carpeta en la mano y salió abriendo la puerta de una sacudida.

Pasó por delante de la mesa de Cristina gritando un montón de improperios y cruzó la sala abierta donde estaban los puestos de los diseñadores. El despacho de Daniel estaba al otro lado. Cristina la miró con estupefacción y se levantó para ir tras ella. El resto de empleados dejaron lo que estaban haciendo mirándola con incredulidad sin saber qué estaba pasando y por qué su jefa estaba tan cabreada.

Abrió la puerta sin llamar y le lanzó la carpeta encima de la mesa.

—¿Me puedes decir qué cojones es esto? —le espetó acercándose de un salto y apoyando las manos en el borde del escritorio inclinando su cuerpo hacia adelante en un gesto amenazador.

Daniel se giró en su sillón y cogió los papeles que Marina acababa de lanzarle.

—¡Buenos días, Marina! —dijo en tono condescendiente.

—¿Que qué cojones es esto Daniel? —repitió alzando más la voz—  
Creí que te había dejado muy clarito que no íbamos a trabajar con Metaltaller & Co. ¡MUY CLARITO!

—Bueno... ¿Qué pasa?... Ya te lo dije. Considero que es un buen cliente y un buen acuerdo.

—No, Daniel. NO ES UN BUEN CLIENTE. Y NO ES UN BUEN ACUERDO. —Marina se inclinó todavía más sobre la mesa y le gritó con los ojos rojos de la ira.

—¡Joder, Marina!... Ya estamos igual. Como siempre. Yo también estoy harto, ¿sabes? Tantos remilgos. Son clientes. Punto.

—No, Daniel. No son clientes. No te equivoques. ¡De MissMussa no! Monta tú una agencia y trabaja tú con ellos. En la mía no. Yo también estoy muy harta ¿sabes? No necesitamos esta mierda. Nos va bien. Y así vamos a seguir.

—Oye... ¿Tú crees que puedes entrar así en mi despacho y hablarme de esa manera? —dijo levantándose y acercando su cara a la de ella.

Daniel era un hombre que imponía mucho respeto pero Marina no le tenía miedo.

—¿Y tú crees que puedes tratarme como si fuese idiota y tratar de metérmela doblada, a ver si no me entero y firmo las campañas? No pienso autorizar esta operación. ¡Mis chicos no van a trabajar con ese tío! ¡No te preocupes por la pasta! —gritó más— La semana que viene me traeré las cuentas de Carpini, no lo dudes, ¡así que ya les estás llamando y cancelando la campaña! Te has pasado Daniel. ¡Esta vez te has pasado! —salió en tromba pasando por delante de todos y se encerró en su despacho dando un portazo.

Cristina y el resto de la plantilla les observaban atónitos. Los gritos de los dos eran audibles incluso en el hall. El espectáculo que estaban dando era bastante lamentable.

Pero Marina ya no podía más. Las últimas semanas habían sido una montaña rusa de acontecimientos y esto había sido ya la gota que había colmado el vaso. Y había explotado.

—Me cago en la puta... ¡Me cago en la puta! —seguía vociferando en alto en el interior de su despacho— ¡Esto se tiene que acabar! Tenemos que buscar una solución ya. Esto no puede volver a repetirse. Este hombre no conoce la palabra "no". Y no me respeta. Yo no puedo trabajar así. No ¡Qué va! ¡Yo así no puedo!

12:51h



—Cristina, me voy. Voy a correr un rato antes de comer. Si me llaman vendré por la tarde. Hoy comeré en casa de mis padres. Marina dejó un sobre grande en la bandeja de su asistente y cerró la puerta de su despacho.

—De acuerdo, Marina. —la miró escrutando su cara tratando de averiguar de qué humor se encontraba— ¿Estás bien?, ¿necesitas algo? —dijo levantándose de su silla, rodeando su mesa y acercándose a ella.

—Sí, Cristina. No te preocupes. —Marina sacudió la cabeza apretando los labios y haciendo un gesto de apaciguamiento con las palmas de las manos hacia abajo mientras contenía las lágrimas— Estoy bien. Tranquila. Tranquilos todos. No es cosa vuestra. No pasa nada. Lo siento. De verdad, siento que hayáis tenido que presenciar esto.

Llegó al coche y abrió el maletero para coger la bolsa de deportes que guardaba dentro. Se quitó los zapatos de tacón y los lanzó al interior. Se puso las zapatillas de correr y se metió en el coche.

«Así conduciré más cómoda».

El día estaba algo nublado pero cogió las gafas de sol.  
Le envió un mensaje a Ernesto.

### **Marina\_13:02**

Voy a correr un poco por la playa.  
Luego ya como en casa de mis padres.  
Nos vemos por la tarde. (2 besos)

Evitó decirle nada de la pelea con Daniel. Ya se lo contaría cuando llegase a casa. Sabía que si lo hacía ahora, Ernesto probablemente la llamaría para hablar del tema y lo último que quería ahora mismo era seguir pensando en esa mierda. Si le decía que iba a correr la dejaría tranquila porque sabía que eso era lo que quería cuando hacía running. Estar tranquila y no pensar.

Conectó el móvil al coche, puso una pista de grandes éxitos de Dido y arrancó. A esa hora todavía no había mucho tráfico y enseguida

llegó a Bouzas para tomar la circunvalación y llegar a la playa de Patos.

Conducir y la música suave la relajó. La brisa de mayo era muy agradable.

De camino el día fue despejando.

Llegó en poco más de veinte minutos y aparcó en la explanada de la caseta de una de las escuelas de surf, al lado de la playa.

La playa de Patos era una de las mejores playas de Galicia para practicar surf. Tenía casi un kilómetro y medio de largo y en algunas zonas llegaba a los noventa metros de ancho. Era bastante ventosa, por lo que tenía unas olas impresionantes que hacían las delicias de los amantes de ese deporte. Venían surfistas de todas partes del mundo e incluso en verano se celebraba una fiesta-exhibición por la noche. Los participantes decoraban sus tablas y sus neoprenos con tiras de luces led de colores ofreciendo un espectáculo precioso en medio de las olas.

Era temprano y había pocos coches aparcados. Podía cambiarse con tranquilidad, aunque a Marina eso no le importaba. No solía esconderse demasiado cuando tenía que hacerlo a pie de playa o de parque. Simplemente se cambiaba y punto.

Abrió el portón trasero, sentándose para quitarse las medias y la falda.

Se puso unos leggins de color violeta con una franja reflectante de color grisáceo por debajo de la rodilla. Se colocó los calcetines y se calzó de nuevo las zapatillas.

Dobó la falda y las medias con cuidado, se quitó la camisa blanca que llevaba y se desabrochó el sujetador de encaje, también blanco, para ponerse el deportivo que llevaba en la bolsa. Se puso, a continuación, una camiseta de tirantes de lycra a juego con los leggins y se recogió el pelo con una coleta alta.

Dobó la blusa también y cogió el brazalete del móvil y un botellín de agua.

Cerró el portón, guardando el bolso y metiendo el teléfono en el brazalete. Se lo ajustó en el brazo a media altura colocándose los auriculares.

Accionó la llave para cerrar el coche y se la guardó en el bolsillo

interior de sus pantalones.

Dio un trago a la botella y seleccionó una de las pistas de running que tenía en su iPhone.

Fue andando hacia uno de los extremos y cruzó el arenal hasta llegar a la orilla. Caminó unos minutos, cada vez más rápido, hasta que empezó a correr suavemente. Subió el volumen de sus cascos y respiró hondo oxigenando sus pulmones y su cerebro. Vio el mar perderse en el horizonte y sintió que todo estaba bien. Incluso la imagen de Lorenzo ya no la perturbaba tanto. Cada vez pensaba menos en él.

«Conforme vino, supongo que se irá».

Allí, corriendo por la orilla del mar se sentía en paz. La pelea con Daniel dejó de importarle y se centró en su viaje y en conseguir la cuenta de los italianos.

22:39h

Patricia entró en casa y saludó a su marido y a su hijo desde la entrada. Estaban en el salón y aunque la televisión estaba encendida ninguno de los dos le prestaba atención. Iván chateaba con sus amigos por el móvil y Lorenzo contestaba unos emails en su iPad.

—¡Hola! Estamos aquí —dijo Lorenzo cerrando el correo—. ¿Qué tal el día?

—Bueno... Como siempre. Ya sabes. Pasado mañana nos llega un camión con mercancía nueva para una edición especial de descuentos durante el fin de semana y es una locura. Tenemos que hacer sitio en la tienda y no sé cómo vamos a hacer, la verdad. Las chicas están desbordadas. Una se ha puesto mala y desde la central no la pueden sustituir. ¡Me tocará a mí hacer las horas de más!

—¡Vaya! Qué faena, ¿no?

—Pues sí. —entró en el salón y se inclinó para darle un beso en la cabeza a su hijo y otro en la mejilla a su marido— ¡Buff!... ¡Estoy cansadísima! —se dejó caer en el sillón cruzando las manos por detrás de la cabeza y cerrando los ojos.

—El niño y yo hemos hecho lasaña y te hemos dejado un poco en el horno.

—Ah, gracias. Pero ya me he tomado algo con las chicas en la tienda y no tengo mucho apetito. Creo que me voy a acostar. Y tú deberías hacer lo mismo, señorito. ¡Venga, deja el móvil y a la cama! —se levantó alborotándole el pelo a su hijo.

Lorenzo se levantó también y guardó el iPad en su maletín.

—Venga Iván, hazle caso a mamá y vete a la cama que ya es tarde, anda.

—Valeeee... —se levantó a regañadientes y se fue a su cuarto.

Patricia estaba ya en la habitación poniéndose el pijama.

—Oye... —dijo mientras apagaba las luces— El jueves tenemos la cena con Javier y los demás, ¿te acuerdas, no?

—¡Ay!, es verdad —contestó desde el baño poniendo la pasta en el cepillo de dientes—. Pues discúlpame con ellos pero no voy a poder ir. Ya te dije que nos llega un camión y voy a tener que hacer tres horas más, con lo cual hasta las doce y pico no llegaré a casa.

—¡Joder, Patricia! Hace un mes que quedamos y ya la hemos cambiado una vez. —Lorenzo se asomó a la puerta del baño con el semblante serio— Van a estar los directores de área de los magazines de Madrid y de Bilbao.

—Bueno, ¿y qué quieres? —respondió con la boca llena de pasta dentífrica escupiendo en el lavabo— Es mi trabajo, ¡y es importante! —terminó de enjuagarse la boca y se secó la cara con la toalla colgándola con brusquedad.

—Ya... También es el mío... ¡y también es importante!  
Pasó por delante de él sin mirarle y se fue hacia la cama.

—Lo siento, pero no puedo ir. Me voy a acostar ya, que mañana madrugo. Fin de la discusión ¿Llevas tú a Iván al cole?

—Sí, no te preocupes le llevo yo. —torció el labio con una mueca de descontento— No hay problema.

Patricia se metió en la cama y apagó la luz de su mesita.

Lorenzo se sentó en el borde y cogió su teléfono para comprobar los mails que acababa de enviar.

—¿Puedes apagar tu lámpara? Es que necesito dormir. Estoy muy cansada.

—Sí, claro. Perdona.

Se quedó un rato a oscuras viendo la pantalla del móvil esperando a que se cargara el servidor del correo.

Iba a apagarlo pero esperó unos segundos y abrió el WhatsApp. Fue al chat del grupo del Seminario. Pulsó en la imagen y vio otra vez la fotografía en la que estaba con Marina el día de la cena.

Sonrió al verla y una punzada le recorrió la columna al recordar esa noche.

—Oye, Patri, voy a salir. Voy hasta la nave del periódico para comprobar el cierre de edición y echarles una mano. Total, todavía no tengo mucho sueño y no voy a dormir aunque me acueste.

—Sí, tranquilo. Vete. Hablamos mañana.

Cogió la cazadora y las llaves del coche.

Se asomó a la puerta del cuarto de su hijo y comprobó que ya dormía.

Lorenzo vivía en un chalet de dos plantas en la parte alta del monte del Castro, cerca de la Plaza de España. No era el centro, pero estaba muy cerca de él y era una buena zona, rodeada de árboles y muy tranquila.

Entró en el coche y volvió a ver la fotografía.

Arrancó y condujo en dirección a la sede del Tribuna Atlántica, en las afueras de la ciudad. Con el tráfico del día solía tardar una media hora más o menos en llegar, pero a esas horas de la noche en menos de quince minutos estaría allí.

Puso la radio y bajó la ventanilla de su Mercedes Coupé. No hacía frío, o al menos él no lo sentía y conducir notando el aire fresco en la cara le gustaba.

Empezó a sonar "You" de Ten Sharp en los altavoces.

La imagen de Marina volvió a su mente y sonrió.

Le perseguía desde el día que la conoció en el aparcamiento del Verbum.

Le gustaba como manejaba las conversaciones y mantenía a raya a todos los hombres que se le acercaban. Le encantaba su risa y la vitalidad que irradiaba. Le fascinaba su seguridad y su belleza. Estaba absolutamente prendado de ella. No podía evitarlo. Nunca había conocido a una mujer así.

Llegó al periódico y aparcó su coche.

Cogió el móvil y desbloqueó la pantalla para ver su foto una vez más.

Recordó su olor cálido y sensual a vainilla y almizcle blanco.

Recordó sus ojos y recordó sus labios y el momento en el que bailaron y los tuvo a escasos centímetros de los suyos.

Abrió el chat de sus mensajes y los releyó. Se fijó en que en ese momento Marina estaba "en línea".

El estómago le dio un salto y pensó en escribirle un mensaje.

Eran las 23:52h.

«Es un poco tarde, pero está despierta».

Recordó de nuevo el momento en el que casi se besaron y una nueva sacudida le recorrió la columna. Cerró los ojos y resopló.

Bloqueó su iPhone y lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

«Déjala, Lorenzo...».

«No lo compliques... ni le compliques la vida a ella».

«No se lo merece... déjalo correr...».

«¡Joder!... es una mujer increíble...».

Salió del coche y se metió directamente en el taller de las rotativas para ver las pruebas de impresión que seguramente ya habrían comenzado.

23:52h

Marina estaba colocando la ropa que Paula había planchado por la tarde en el vestidor y terminando de ordenar un poco las estanterías. Llevó la cesta vacía al cuarto de la lavadora y volvió para acostarse. Los niños dormían y Ernesto estaba ya acostado repasando el expediente de una causa que tenía al día siguiente. Habían hablado de la discusión con Daniel y su marido se había enfadado bastante esta vez. No le parecía correcto y opinaba como ella. Que se había pasado.

Entró de nuevo en el vestidor para coger el cargador del móvil y dejarlo allí.

«Joder... ¿dónde está el cargador?»

Dio un par de pasadas con la vista y lo localizó. Se había escurrido entre una de las baldas abiertas de los zapatos.

Se agachó a cogerlo y se fijó en el calzado que tenía al lado. Eran los botines negros de Michael Kors que había llevado a la cena.

La imagen de Lorenzo y el recuerdo de esa noche la golpearon como un tsunami haciendo que se le encogiese el estómago.

Desbloqueó su iPhone y abrió la fotografía que habían colgado en el grupo del Seminario donde aparecían los dos.

Se quedó unos segundos pensando en él, recreando su cara y recordando su olor.

Abrió su chat y releyó la conversación que se habían mandado.

Vio que estaba "en línea" y el corazón se le aceleró. Por un segundo pensó en escribirle pero desechó la idea casi al mismo tiempo.

«Déjalo, Marina... déjalo estar...».

«No lo compliques más...».

Bloqueó el teléfono y lo dejó en el vestidor cargando.

Entró en la habitación y se metió en la cama abrazando a su marido que se giró para darle un beso en la frente.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mi vida. Duerme, que yo aún voy a leer un rato más.

Marina asintió y se giró para acomodarse.

Sintió la mano de Ernesto apoyarse en su cadera y bajar hasta su nalga.

Le daba calor y le gustaba sentir su cuerpo junto a ella.

No le gustaba dormir sola.

Se quedó dormida enseguida por todas las tensiones del día.

La discusión con Daniel, el ir a correr, los niños...

Tenía tanto sueño que se rindió.

Se rindió, a pesar de que la última imagen que se coló en su mente antes de hacerlo fue la de Lorenzo y sus labios.

Se dejó ir dejándola entrar sin resistirse.



22 de mayo, lunes.

12:55h

—¿A qué hora sale tu vuelo? —dijo mirando el reloj.

—A las 13:45h. Llego de sobra. No te preocupes.

Ernesto paró en el bordillo y salió del coche dejando el motor encendido. Abrió el portón trasero y sacó la maleta de su mujer.

—Toma, amor. ¿Llevas todo? —dijo extendiendo el asa de transporte y subiéndola a la acera.

—Sí. Yo creo que sí. No me olvido de nada. De todas formas si necesito algo lo compro allí y listo. Bueno, sí. Me olvido de ti —dijo cogiendo a su marido por la cintura y dándole un beso en los labios —. ¡Ay! ¡Te voy a echar de menos! ¡Y a los niños también!

Apoyó la mejilla contra su pecho abrazándolo con más fuerza.

—Bueeeeno... —Ernesto la besó en la cabeza con ternura mientras la rodeaba con los brazos estrechándola contra sí— Verás que cuatro días se pasan enseguida. Además en cuánto llegues a Roma ya te olvidas mujer. ¡Con la de cosas que te quedan por ver todavía! ¡No te va a dar tiempo a aburrirte, verás!

La besó en los labios muy despacio mientras le sujetaba la cara con ambas manos.

—Te quiero, mi amor. Cuídate mucho. Mándame un WhatsApp cuándo aterrices y cuándo estés instalada en el hotel, ¿de acuerdo? Y no te preocupes por nosotros. Los niños y yo estaremos bien —dijo besándola de nuevo—. Tú pásalo bien en la Gala y tráete el contrato de Carpini debajo del brazo. ¡Demuéstrale a Daniel y a todos de lo que eres capaz! ¿Ok?

—¡Tienes razón! Aprovecharé para recargar las pilas y dar largos paseos por la Fontana di Trevi ¡Jajaja! Y traeré ese contrato. ¡Lo traeré! ¡Vaya si lo traeré!

Le dio un último beso y colocó su maletín encima de la maleta para arrastrar todo a la vez. Se colgó la chaqueta y el foulard del brazo y esperó a que Ernesto se metiese de nuevo en el coche.

—¡Addio, bella!

—¡Jajaja! ¡Adiós guapo! ¡Te quiero!

Se quedó mirando cómo el vehículo se alejaba y entró por la puerta giratoria al interior de la terminal del aeropuerto de Vigo.

Comprobó su tarjeta de embarque,

“Lunes 22 de mayo 2017. Vigo-Salida,13:45. Roma-Llegada,17:15. Vuelo IB533. Localizador 625BZI. Embarque 13:15-13:30. PUERTA 3. Clase Express. Asiento 25-A.”

y se puso a la cola para pasar el control de seguridad.

Llevaba una maleta de cabina, así que no tenía que facturar equipaje. No le gustaba nada esperar por las maletas en las cintas de transporte.

Conocía Roma bastante bien. Había viajado cinco o seis veces con Ernesto y una vez con Nona, cuando tenían 23 años y se recorrieron toda Italia de una punta a otra. Eran muy jóvenes y les gustaba viajar solas y perderse sin un rumbo fijo, parando y durmiendo donde cuadrara, sin fecha de vuelta.

La verdad, es que mientras esperaba a pasar el arco, se dio cuenta de que le apetecía bastante estar sola y viajar a su aire.

Necesitaba tiempo para pensar y poner un poco de perspectiva a todo lo que estaba pasando en la agencia y en su vida.

El robo.

La pelea con Daniel.

Lo del robo le parecía cada vez más extraño y Andrés Vidal, el inspector que llevaba el caso, era un tío muy raro.

«Está bueno, pero es raro».

Le recorrió una sensación de incomodidad por la espalda al recordar el día en que le conoció.

Y últimamente, Daniel la estaba sacando de quicio y ya se estaba empezando a hartar.

Eran muchas cosas ya.

Subió la maleta y el maletín a la cinta del escáner. Cogió una bandeja de plástico y colocó el iPad, el teléfono, la chaqueta y el foulard.

Pasó por el arco y pitó.

—¡Vaya! —dijo poniendo cara de fastidio.

Llevaba unos pantalones capri de color amarillo y una camiseta con los hombros al descubierto de rayas horizontales blancas y negras.

—El cinturón —le dijo el Guardia Civil.

—No llevo —contestó Marina subiéndose la camiseta.

—Pues entonces, son las sandalias —dijo señalando a los pies.

—Ya. Es verdad. No me he dado cuenta. ¡Son las sandalias seguro!

Volvió a coger otra bandeja y se quitó las sandalias de tacón que se había puesto esa mañana. Eran de charol negro con una tira ancha cruzando el empeine y una pulsera en el tobillo sin destalonar.

Pasó de nuevo el control de acceso, esta vez sin pitar, se calzó y acomodó su equipaje. Buscó los auriculares de su iPhone y los conectó. Se fijó en la hora.

«¡Perfecto! La una y cuarto».

«Ya deben de haber abierto, pero tengo tiempo de sobra».

Subió hacia las puertas de embarque para ir al lavabo y comprar un botellín de agua en las máquinas de vending.

El vuelo era directo a Roma y tenía una duración de unas tres horas y media.

Había hecho el check-in la noche anterior, casi a última hora y la mayoría de los asientos ya estaban ocupados. El sistema le había seleccionado aleatoriamente un asiento por la mitad del avión, entre dos pasajeros, pero odiaba volar en pasillo o en medio de dos desconocidos.

«¡Uy! No, no», pensó.

«Quiero ventanilla».

Sólo quedaban las dos ventanillas de la última fila, en la cola del avión.

Escogió la de la izquierda, la 25-A.

«¡Que además sólo tiene dos asientos! ¡Mucho más cómodo!»

Al salir del baño todavía había bastante gente haciendo cola y decidió sentarse a esperar escuchando música para distraerse y aislarse un poco del jaleo.

Seleccionó una lista de canciones de la biblioteca de su teléfono.

«Esta. Sí. Esta está bien para darme marchilla y alegrarme durante el viaje».

Pulsó el play y comenzó a sonar "It ain't over til it's over" de Lenny Kravitz.

Le encantaba esa canción. Le daba subidón y buen rollo.

«No está terminado hasta que se acaba», sonrió.

Estaba cada vez más animada y de mejor humor.

Observaba por la cristalera los aviones parados en la pista y a los operarios atareados de aquí para allá llevando los carritos con las maletas y colocando conos y cintas en el asfalto.

La cola se fue despejando y se levantó para embarcar.

Mostró su dni y su billete al personal. Caminó por el finger y subió al avión.

Dos azafatas le dieron la bienvenida. Ella les devolvió el saludo y colocó su maleta por delante para desplazarla con más comodidad por el estrecho pasillo.

Había mucha gente.

Casi todos los pasajeros habían subido ya.

Se paró para ayudar a una mujer mayor que no alcanzaba a subir su bolsa al portaequipajes.

Sabía que su asiento era el de la cola, al fondo, así que no se iba fijando en las numeraciones y avanzaba despreocupada con los auriculares puestos.

Llegó al final de las filas.

El corazón le dio un vuelco.

Se quedó clavada en el suelo al ver al pasajero que ocupaba el 25-B.

Un hormigueo comenzó a subirle por los pies como si tuviese las piernas de blandiblu.

«No...».

«¡Esto es una broma!».

—¡¡¡Marina!!!

—¡¡¡Lorenzo...!!!

Pegó un tirón al cable de los auriculares y se quedó con ellos en la mano mirándole sin dar crédito.

—Pero... pero... —empezó a tartamudear como siempre le pasaba cuando estaba delante de ese hombre.

—¡Marina! ¡Joder, Marina! ¡Qué sorpresa! ¡No me digas que vas a Roma y que estás sentada aquí! ¡No me lo puedo creer! Espera que te ayudo con la maleta y te dejo pasar. —se levantó y plegó la barra de transporte para guardarla en el portaequipajes.

Marina seguía noqueada. Se dio cuenta de que llevaba sin respirar demasiados segundos y soltó una exhalación que la hizo volver a la realidad.

Lorenzo le subió el equipaje y se giró hacia ella sujetándola por los hombros y mirándola de arriba abajo.

—¡Bueno, bueno! ¡Es increíble! ¡Joder! ¡Es increíble! ¡Qué casualidad! —le dio dos besos y la ayudó a pasar hacia el asiento poniendo la mano en su espalda.

A Marina el contacto con sus mejillas primero y con su mano después terminó de dejarla K.O.

—Trae. Dame la chaqueta que la estiro aquí arriba también para que no se te arrugue.

Se sentó y observó como elevaba los brazos para colocar su americana cuidadosamente encima de la maleta.

Al subir los brazos se le levantó la camiseta blanca que llevaba dejando al descubierto la piel morena de su vientre y sus abdominales perfectos.

Marina puso los ojos en blanco y se mordió el labio ladeando la cabeza.

«Buff... Dios mío..., ¿pero, por qué me haces esto?».

«¡Esto no puede ser bueno para mi salud!».

Se puso tan nerviosa que empezó a reírse de la situación.

Lorenzo ocupó su asiento y la miró con una gran sonrisa.

«¡Joder!... ¡Ya estamos!... Ya me estoy derritiendo», pensó mientras se colocaba el pañuelo alrededor de cuello.

—Bueno... A ver, cuéntame... Pero entonces... ¿Vas a Roma o haces escala allí?

—Pues voy a Roma, a la Gala de los premios Mirages. Los de publicidad. Se celebran cada año en una ciudad diferente. Y este año toca Roma. ¿Y tú? ¿Vas a Roma también? —le preguntó ya más relajada.

—Sí. Yo también me quedo en Roma. Vamos a cubrir unos Congresos Culturales para el magazine del periódico. El resto de mi equipo está allí desde el jueves y a mí, la verdad, me apetecía mucho hacer un viaje. Así que decidí unirme a ellos —adoptó un semblante más serio—. Estaba empezando a agobiarme en Vigo y necesitaba salir fuera, y esta era la oportunidad perfecta. Y, por lo visto, no me equivoqué.

Volvió a sonreír mirándola fijamente a los ojos.

—¿Y tu mujer no te acompaña?

—No. Patricia tiene mucho trabajo en la tienda y tampoco quiere dejar a Iván solo con sus padres. —Lorenzo se movió en el asiento y se pasó la mano por el pelo. Era obvio que estaba incómodo— ¿Y tu marido?

—Ernesto tampoco puede venir. También tiene mucho trabajo esta semana en el Juzgado. —Marina movió arriba y abajo la persiana de la ventanilla nerviosa— He venido sola.

El comandante comenzó a hablar por la megafonía dando la bienvenida a los pasajeros en diferentes idiomas. Las azafatas se colocaron a los lados de la aeronave para comenzar el ritual de los chalecos y las mascarillas de oxígeno.

Marina guardó el móvil y los auriculares en el maletín bajo sus pies y se abrochó el cinturón.

—¿Hasta cuándo te quedas? —preguntó sin mirarle.

—¿Hasta cuándo te quedas tú? —dijo él.

Marina echó la cabeza hacia atrás colocando su melena hacia un lado.

—Hasta el viernes. Regreso en el vuelo de las seis.

El avión comenzó a avanzar por la pista y a tomar velocidad. La aceleración era cada vez mayor y Marina notó como su estómago daba un salto cuándo la nave comenzó a elevarse.

—Yo, hasta el sábado —respondió por fin Lorenzo, sonriendo y relajando la espalda contra el asiento.

Marina observó por la ventanilla cómo el suelo se iba alejando cada vez más fijándose en la Ría, con sus bateas haciéndose cada vez más pequeñas y en la silueta de las Islas Cíes, una maravilla de la naturaleza de la que tenía el privilegio de disfrutar. Una sensación de calma la invadió. Era como si todos los problemas se quedasen en tierra firme. Cuando volaba le pasaba eso.

El avión dio un viraje para situarse en la ruta y estabilizó la altura, apagándose las luces indicativas de los cinturones.

«Pues ahora... ¡tres horas y media con este bombón al lado!».

«Me va a gustar este viaje, sí, sí... me va a gustar», pensó sonriendo.

Se desabrochó el cinturón y dio un trago al botellín de agua.

Lorenzo se desabrochó también y giró un poco hacia ella acomodándose de nuevo en el asiento.

Su olor volvió a envolverla provocándole una sensación de cosquillas en el pecho.

El vuelo transcurría tranquilo. Charlaban animados y despreocupados. Marina se pasaba la mano por el pelo recolocando los mechones que de vez en cuando caían sobre su cara con gesto seductor y Lorenzo le explicaba cómo funcionaban las máquinas rotativas del periódico, junto con los entresijos de la redacción.

Hablaron de cómo se habían decidido por sus respectivas profesiones y también sobre temas más personales.

Marina le contó cómo había fundado la agencia con Natalia, una compañera con la que había hecho la carrera y de cómo a los dos años de fundarla, cuando empezaban a crecer, ésta se marchó a Madrid dejándola con todo el paquete.

—Joder, qué marrón, ¿no?



—Pues sí. Un marrón de la hostia. De repente me vi sola con la empresa y menos mal que Daniel me ayudó y le compró sus acciones... Si no... No sé... Igual hubiese tenido que cerrar y empezar de nuevo.

—¿Y nunca te dijo por qué se marchó?, ¿qué le pasó?, ¿conoció a alguien allí y por eso se fue? —preguntó frunciendo el ceño con extrañeza.

—No lo sé. Nunca me lo dijo. Además, perdimos el contacto. Después de eso no quise hablar más con ella. En cuanto se arregló lo de las acciones y firmamos todo el papeleo borré su número.

Marina torció el gesto mirando por la ventanilla el manto de nubes grises sobre el que volaban.

De repente, el avión dio una sacudida y Marina se agarró al reposabrazos.

—¡Joder! —dijo con cara de susto.

—Creo que estamos entrando en una zona de turbulencias —dijo Lorenzo poniendo su mano sobre la de ella—, y aquí en la cola, siempre se notan con más intensidad.

Las luces que indicaban abrocharse los cinturones se encendieron.

El avión volvió a pegar otra sacudida, esta vez más fuerte que la anterior y una de las azafatas se acercó para explicarles que, efectivamente, se encontraban en una zona de remolinos y que no se preocupasen pero que mantuviesen sus cinturones abrochados.

El avión empezó a moverse arriba y abajo ahora ya sin intermitencia y a Marina todo ese vaivén empezó a marearla.

Tenía vértigo y todas esas sacudidas le dieron ganas de vomitar. Comenzó a ponerse pálida y sudar. Una oleada de náuseas empezó a apoderarse de ella haciendo que se tensase en el asiento.

«Buenoooo... verás... lo que me faltaba ahora ya... vomitarle encima...».

«Si es que a mí, con este hombre, me pasa de todo».

«¡Qué vergüenza por Dios, qué vergüenza!»

—Marina... —Lorenzo se inclinó un poco sobre ella con cara de preocupación—¿Estás bien?

«No, joder, no estoy bien... Estoy a punto de vomitarte encima y además debo de tener una pinta espantosa... ¡Toda sudada y blanca como la cera!».

—Tranquila, ya has oído a la azafata. Son sólo turbulencias. No tengas miedo. —le apretó más fuerte la mano.

«Si no tengo miedo, joder. Lo que estoy es mareada... uff... ¡qué mal!»

Marina cogió la revista comercial de la aerolínea y comenzó a abanicarse mientras se sacaba el foulard del cuello dejando sus hombros al descubierto y secándose las gotas de sudor de la cara con él.

Poco a poco las turbulencias cesaron y el avión se estabilizó. Las náuseas fueron desapareciendo y Marina se recuperó. Bebió unos sorbos de agua y se fue encontrando mejor.

—¡Ufff!... Menos mal que paró —dijo con cara de alivio y colocando de nuevo la revista en el respaldo del asiento delantero.

—Sí, menos mal. ¿Estás mejor?, ¿estabas muy asustada?

—¡Jajaja! —rió— No. No estaba asustada, Lorenzo. Estaba mareada. Tengo vértigo y eso de que me sacudan en el aire no me gusta nada. Odio las norias y las atracciones de los parques. Nunca me subo en ellas. Lo paso fatal. Además —dijo poniéndole la mano en el muslo y dándole un pequeño pellizco—, no creo que el destino nos juntase hoy aquí para morir juntos.

—¡Jajaja! No. Tienes razón. Yo tampoco lo creo —contestó rozándole la mejilla con el dorso de los dedos y guiñándole un ojo—. Creo que igual la razón es otra.

Marina sonrió y se mordió el labio en un gesto de coquetería.

«¡Ayyy!... ¡Lorenzo, Lorenzo!... ¿qué voy a hacer contigo?... ¡Dios!... ¿qué voy a hacer contigo?».

El comandante anunció la llegada al destino.

Comenzaron a descender y aterrizaron en el aeropuerto de Fiumicino a las 17:17h exactamente.

Bajaron del avión y entraron en la terminal.

Marina aprovechó para ir al baño y enviarle un mensaje a Ernesto para que no se preocupase.

Cuando salió, Lorenzo estaba hablando por el móvil y le hizo una seña para que le esperase. Terminó la llamada y fue hacia ella.

—Perdona, estaba hablando con la redacción. Tengo un coche alquilado. ¿Dónde te alojas? Que te llevo al hotel.

—Oh no, Lorenzo, de verdad, no es necesario. Me cojo un taxi. No te preocupes. No quiero molestarte. Tendrás cosas que hacer.

—¡Pero, qué cosas tienes, mujer! ¡Cómo te vas a ir en taxi! Si los dos vamos en la misma dirección.

—Ya, pero no quiero molestar...

—Marina —dijo poniéndose delante de ella y mirándola fijamente—. Voy a llevarte a tu hotel.

Marina no podía negarle nada a ese hombre.

Había pasado justo un mes desde la cena y no había vuelto a verle. Creía que ya estaba a salvo pero se equivocaba.

Volvía a estar bajo su influjo.

Volvía a estar turbada por su presencia.

Se dirigieron a la oficina de alquiler de coches y Marina se quedó unos pasos más atrás con las maletas, mientras Lorenzo recogía las llaves y firmaba el papeleo.

Llevaba unos vaqueros desgastados bastante ceñidos y una camiseta blanca de manga corta con unas deportivas de marca, también blancas. Se había colocado las gafas de sol, unas Wayfarer de pasta negras, en la cabeza y sujetaba una mochila negra de loneta en uno de sus brazos.

Marina no podía dejar de mirarle.

«Dioss... ¡Mamma mía!», rió.

«Este hombre está como un tren».

Salieron al aparcamiento y buscaron el coche. Era un BMW rojo, de estilo deportivo.

Metieron el equipaje en el maletero y Lorenzo encendió el navegador para introducir las coordenadas del hotel.

—A ver. Dime la dirección de tu hotel —dijo ajustando el asiento y los espejos.

—Es el JK Place Rome, en la Vía di Monte D`oro nº 30. Muy cerca de la Piazza Navona.

—¡Ahh, genial! Está muy cerca del mío. Yo estoy en el Majestic, muy cerca también de la Piazza de Spagna.

—¡Vaya! ¡Pues qué bien! —exclamó Marina poniéndose las gafas de sol y bajando la ventanilla.

Hacía una temperatura agradable y la previsión es que se mantuviese así toda la semana.

Lorenzo arrancó el vehículo y se adentraron en el caótico tráfico de Roma.

Encendió la radio. Comenzó a sonar "Piu Bella Cosa", de Eros Ramazotti.

—Ohhh... preciosa —dijo Marina colocando los brazos en el marco de la ventanilla y apoyando su cabeza en ellos mientras veía pasar las calles de la ciudad.

Tarareaba la canción y veía a Lorenzo conduciendo atento al tráfico. Sentía un cosquilleo en el estómago que no sabía como interpretar, pero le gustaba.

Llegaron al JK Place y Lorenzo bajó para sacar el equipaje del maletero.

—Bueno, signorina —dijo subiendo de nuevo las gafas a la cabeza —, ¡aquí se queda usted!

—Sí. Aquí es. ¡Muchas gracias! Lorenzo de verdad, no sé como agradecértelo.

—¡Jajaja! Ya te dije que no es nada. —la cogió suavemente del codo y la acompañó acercándole la maleta a la entrada.

El botones salió y les saludó haciéndose cargo de ella.

—Pero sí que puedes hacer algo... Sí...

—Dime —dijo Marina parándose delante de él y apretando los labios expectante.

—Puedes venir a tomar algo conmigo mañana. ¿Qué me dices?

«Ufff... ¿Que qué te digo?»

«Que me derrito, Lorenzo... que me derrito...».

—Puedo recogerte aquí o podemos quedar en algún sitio cercano —dijo metiéndose las manos en los bolsillos y ladeando la cabeza. Marina dio un paso y se acercó más a él. El pulso se le volvió de nuevo irregular y tenía las mejillas calientes, no sabía si por el aire cálido de Roma o por tener a Lorenzo a menos de un palmo.

—Hmmm... Está bien —respondió inclinando la cabeza ligeramente al tiempo que se humedecía los labios—. ¡Me parece un trato justo! ¿Qué te parece si quedamos hacia el mediodía y te invito a comer? Inclino un poco el torso hacia ella sin sacar las manos de los bolsillos y acercándose a su oreja le susurró:

—Me parece perfecto... signorina moderna... —besándola ligeramente en la mejilla.

El roce de su piel le provocó un cosquilleo en la nuca.

«¡Por no variar!».

—Bueno, pues te llamo o te envío un mensaje —contestó de nuevo cuando por fin pudo hablar.

—¡Ahá! —respondió Lorenzo separándose y colocándose de nuevo las gafas mientras se dirigía al coche— ¡Espero tu llamada, entonces! Entró en el vehículo y arrancó levantando la mano por la ventanilla a modo de despedida. Marina le respondió con otro gesto igual y se quedó parada viendo como se alejaba.

«¡Esto no está pasando de verdad!»., se dijo intentando llenar el pecho de aire y mirando al cielo despejado.

«Que no me preocupe dice...».

«Jodeeeerrrr... no qué va... ¡qué me voy a preocupar...!».

Entró en el hotel y se dirigió a la recepción para registrarse.

Quería llegar cuanto antes a la habitación para instalarse, ponerse cómoda y planificar el tiempo de trabajo y de ocio. Especialmente ahora que había surgido este nuevo encuentro.

18:25h

Subió en el ascensor con el botones y la sonrisa y el olor de Lorenzo volvieron a su cabeza.

Se miró en el espejo del elevador y se dio cuenta de que se había puesto colorada.

El J.K. Place Roma estaba ubicado en el corazón de la ciudad, a menos de diez minutos del Panteón y de la Fontana di Trevi y muy cerca de la Plaza España y la Via Condotti, principales zonas comerciales.

Era un tranquilo y confortable hotel boutique de lujo, de tan sólo veintiséis habitaciones y suites.

Diseñado por el arquitecto Michele Bonan, contaba con multitud de esculturas y obras de arte que se combinaban con muebles contemporáneos y antiguos para recrear la sensación de la era de la "Dolce Vita" italiana.

Tenía también un restaurante muy coqueto, el JK Cafe lounge, y un cocktail-bar en el jardín de su azotea desde dónde se podía contemplar una vista muy hermosa de la ciudad, con la cúpula de la Basílica de Sant`Andrea delle Fratte emergiendo de entre los tejados.

A Marina le encantaba ese hotel. Lo había descubierto en su tercer viaje a la ciudad y desde entonces, siempre que volvía, se alojaba allí.

Había reservado la Master Room, una habitación ubicada en el piso superior que le gustaba mucho.

Al entrar tenía un pequeño hall forrado de madera de palisandro brillante con una consola lacada en negro y unos pequeños apliques a los lados de un espejo. Sobre la consola había un jarrón de cristal cuadrado con una composición de orquídeas blancas y hiedras verdes.

A la derecha estaba la puerta que daba al baño y al frente se entraba directamente a la habitación.

Era una estancia muy espaciosa.

Las paredes estaban pintadas en su mitad superior en un tono verde esmeralda y en su parte inferior, separadas por unas molduras, en un blanco brillante al igual que el techo. La moqueta era de color cereza

intenso, lo que creaba un juego de contrastes que daban a la habitación un toque sofisticado y cosmopolita.

En el centro tenía una gran cama con dosel y a sus pies un sofá tapizado en tonos marfil a juego con la ropa de la cama. Frente a él una pequeña mesa circular de líneas sencillas de madera de cedro en color caramelo a juego con el dosel.

A los lados de la cama había dos espejos con los perfiles dorados sobre unas robustas mesitas de noche. Cada una tenía una lámpara con la base en mármol negro vetado en gris y unas pantallas en tela de color claro.

En una de las paredes laterales había también en un ligero escritorio lacado en negro a juego con las mesitas, flanqueado por una lámpara de pie de metal dorado. Encima había un block de notas con la tapa de piel negra y las iniciales JK grabadas en ella y una carpeta más grande con material de escritura e información de los servicios que el hotel ofrecía a los huéspedes.

El minibar estaba en una esquina junto a una pequeña estantería con un hervidor de agua, una cafetera Nespresso y algo de menaje para preparar bebidas e infusiones.

Tenía dos ventanales vestidos con cortinas dobles de color claro. Uno frente a la cama y el otro en el lateral izquierdo. Este último, además, daba a una pequeña terraza.

Entró en la habitación, cruzó el hall, echó el maletín encima de la cama y dejó la maleta a un lado.

Recorrió la estancia con la mirada y sonrió al encontrarla exactamente cómo la recordaba la última vez que había estado allí.

«Ayyy... me encanta... ¡qué bonita es!».

Se sentó en el pequeño sofá que había a los pies de la cama.

Apoyó las gafas de sol y el móvil en la mesita que tenía delante y se descalzó haciendo movimientos circulares con los pies para desentumecerlos un poco.

Cerró los ojos y respiró hondo.

Se quedó unos minutos intentando poner un poco de orden en su cabeza y asimilar todo lo que le estaba pasando desde que se había

subido a ese avión.

«Joderrrr... esto es mucho».

Le mandó un mensaje a Nona para decirle que la llamase en un rato.

«Cuándo se lo cuente... va a alucinar...».

«Cómo alucinaría cualquiera... la verdad».

Colocó las cosas de la maleta en el armario y colgó la ropa en las perchas. Llevó el neceser al baño y se refrescó un poco. Se calzó de nuevo, cogió un pequeño bolso de bandolera y metió la cartera, el móvil, un pequeño neceser con lo básico y las gafas de sol. Se ató una chaqueta a la cintura y se puso el foulard alrededor del cuello con una vuelta.

Sacó la tarjeta de acceso de la pared y salió con intención de comer algo y callejear un poco por la ciudad.

19:35h

Seguía haciendo una temperatura muy agradable para pasear. Se puso las gafas de sol y echó a andar hacia el Panteón de Agripa.

Recorrió varias callejuelas y se paró en una heladería. No pudo resistirse. Se compró un gran helado de pistacho y chocolate.

Siguió andando un poco más hasta que llegó al Panteón. La zona estaba repleta de turistas haciendo fotos y disfrutando de los artistas callejeros que se concentraban alrededor de la plaza.

Se sentó en el bordillo de una tienda de souvenirs a terminarse el helado mientras observaba maravillada el imponente edificio.

El Panteón de Agripa, también conocido como el Panteón de Roma, era una de las obras maestras de la arquitectura de la capital italiana.

Lo que más sorprendía del Panteón eran sus medidas y es que el edificio circular medía exactamente lo mismo de diámetro que de altura; 43,30 metros.

La cúpula, con el mismo diámetro, era más grande que la de la Basílica de San Pedro.



En su centro se abría un óculo de casi nueve metros que permitía que la luz natural iluminase todo el edificio.

Su fachada rectangular estaba compuesta por 16 columnas de granito de 14 metros de altura, sobre las cuáles se podía ver la inscripción, "M.AGRIPPA.L.F.COS.TERTIVM.FECIT", que significaba, "Marco Agrippa, hijo de Lucio, cónsul por tercera vez, lo hizo".

Terminó su helado y se limpió las manos con un kleenex, se acercó a una papelería y escuchó sonar su móvil.

Abrió la tapa de su bolso y sacó el teléfono. Era Nona.

—¡Hola, guapa!

—Holaaa... ¿Qué tal por Romaaaaa?... ¡Ayyy, qué envidia me das...!

—Jajajai ¡Pues muy bien!, la verdad —contestó sonriendo mientras desliaba el cable de los auriculares para conectarlos y así poder hablar con más comodidad—. ¡Espera, que me pongo los cascos! Ya. ¡Ahora mismo me acabo de comer un helado riquííísimooooo enfrente del Panteón de Agripa! ¡Jajaja!

—¡Qué mala eressss!

—Sííí... Ya lo sé. Y mientras hablo contigo estoy bajando hacia la Fontana para sentarme a verla mientras te cuento. ¡Jajaja!

—Joderrrr... ¡Qué vidorra te pegas!... ¿Qué tal el vuelo? ¿Bien?

—¡Jajajaja! ¿El vuelo, dices? ¡Cuándo te lo cuente no te lo vas a creer!

—¿Qué ha pasado? ¿Tuvisteis algún percance? ¿Estás bien?

—Sí, sí... Estoy bien, estoy bien. ¡Demasiado bien diría yo! ¡Jajaja!

—Pero, ¿qué te pasó? —preguntó con evidente curiosidad.

—Pues... ¿sabes a quién me encontré sentado a mi lado en el avión?

—Noooo... ¿A quién?

—A ver... Adivina....

—¡Ay, Marina...! No sé... ¡Quieres hablar de una vez! Sabes que no me gustan las adivinanzas, ¡joder! —la voz de Nona sonaba ahora impaciente.

—¡Te lo voy a decir, porque no lo adivinarías ni en un millón de años!... —hizo una pausa— ¡Con Lorenzo!

—¿Estás de coña?

—No. No estoy de coña. Cómo te lo cuento. En el asiento contiguo al mío. Si lo quiero hacer a propósito no me sale. Es para flipar, Nona. Para flipar.

—Jodeeeerrrrr... buffff... y ¿está en Roma también?

—Sí. Está aquí. Por lo visto se queda hasta el sábado. —Marina había llegado a la Fontana di Trevi y se sentó en lo alto de la escalinata frente a la fuente.

—Bueno, y ¿qué piensas hacer?, ¿vais a veros?

—Sí. Vamos a vernos. Hemos quedado mañana para comer. ¡Joder, Nona! ¡Está como un tren! Casi me quedo sin respiración cuando le vi sentado en el avión. Me sigue gustando muchísimo, Nona. Muchísimo. —lanzó un suspiro— No sé que hacer.

—Ya... Pues qué jodido... No sé que decirte, la verdad. —chasqueó la lengua— Parece que el destino está decidiendo por ti.

—Sí... Ya ves...

—¡Jajaja! —rió Nona.

—Pues no sé por qué te ríes ahora, hija ide verdad...!

—Marina... —dijo en tono de incredulidad.

—¿Qué?

—Tú nunca has dejado que el destino decida por ti.

Charlaron durante un rato y Marina se relajó un poco más. Hablar con Nona era siempre balsámico para ella.

Eran casi las nueve y decidió volver y cenar algo en el restaurante del hotel. Estaba bastante cansada y al día siguiente quería levantarse temprano para aprovechar el día y hacer algunas compras por la mañana.

La Gala se celebraría a las nueve de la noche y quería dormir bien para estar descansada.

Entró en el restaurante y el camarero la acompañó a una mesa.

Pidió un risotto de marisco y una copa de Lambrusco.

Mientras esperaba le envió un mensaje a Lorenzo.

**Marina\_21:18**

Hola!

Gracias otra vez por la compañía en el vuelo.

y por traerme al hotel.  
¿Comemos juntos mañana entonces?  
¿Qué te parece sobre la una en la Plaza Navona? (guiño, beso)

### **Lorenzo\_ 21:21**

¡Hola, signorina! Las gracias te las doy yo a ti por hacerme el viaje tan ameno.

¡Se me ha pasado el tiempo volando! (3 risas)

¡Por supuesto que comemos mañana! A la una en la Plaza Navona me parece perfecto! Allí estaré! Nos vemos. (3 besos)

Se bebió el vino de golpe al leer el WhatsApp y un calor se apoderó de ella.

Sonrió levantando un poco la copa hacia el camarero indicando que se la llenase de nuevo.

«O me emborracho... o esta noche no duermo», pensó viendo de nuevo la fotografía de la cena.

«Joder, Lorenzo... joder...».

23 de Mayo, martes

08:00h

Le había costado dormirse a pesar de haberse bebido tres copas de vino, pero cuando por fin cogió el sueño se quedó como un tronco. Durmió del tirón hasta que la alarma del móvil la despertó a las ocho en punto.

Se despertó algo confusa al principio pero enseguida recordó dónde estaba y su cita para comer.

Se incorporó en medio de la enorme cama contemplando como la luz del sol empezaba a filtrarse entre las cortinas mostrando diminutas partículas de polvo en suspensión.

Sonreía y se sentía excitada y nerviosa. Se tapó la cara con las manos al recordar a Lorenzo, sus gestos, su sonrisa y cómo le había pedido que tomase algo con él.

Descorrió las cortinas totalmente y se preparó un café antes de meterse en la ducha.

Se lo tomó con parsimonia delante de la ventana sintiendo el calor del sol tonificando su cuerpo.

Con su primera dosis de cafeína estaba lista y activada para afrontar la jornada.

Entró en el lujoso baño y abrió la ducha. Se enjabonó con suavidad sintiendo el agua tibia correr por su cuerpo. Cerraba los ojos y pensaba en Lorenzo y en sus labios. En su pecho y en sus brazos rodeándola. Empezó a excitarse recordando la noche en la que bailaron e involuntariamente apretó sus muslos contrayendo los músculos de su vagina sintiendo una pequeña ola de placer entre sus piernas.

«Buff... cómo me pone este hombre... Dios... ¡cómo me pone!».

Terminó de ducharse y se aplicó crema hidratante por todo el cuerpo masajeándolo con delicadeza.

Eligió unos vaqueros azul oscuro de corte recto y con los bajos deshilachados. Se puso una blusa con la manga corta abullonada de cuello mao, en una suave gasa blanca con pequeños lunares azules.

Como era bastante floja dejó los últimos tres botones sin abrochar y en su lugar hizo un nudo ciñéndola más a su cintura.

Se calzó unas Converse blancas de loneta.

«¡Perfectas para caminar todo el día!».

Se maquilló y se perfumó. Se recogió el pelo en una coleta alta y cogió sus gafas de sol. Se cruzó el bolso y bajó a desayunar al comedor del hotel.

Se sirvió más café y unas tostadas de cereales con tomate fresco, aceite y mozzarella.

Repasaba la prensa española en el móvil, distraída, tras haber intercambiado varios mensajes con Ernesto, cuando su teléfono vibró con la entrada de un nuevo WhatsApp.

Se le aceleró el pulso y se puso colorada.

**Lorenzo\_09:02**

Buongiorno, signorina!

Espero que hayas descansado.

¡No te olvides que hoy tenemos una cita!

¡Nos vemos! (guiño, plato de spaguetti, 2 besos)

«¡Jajaja!... cómo para olvidarme, Lorencito... cómo para olvidarme...».

**Marina\_09:03**

Buongiorno, cavaliere!

He dormido como un tronco. ¡Descansada y con las pilas a tope! Encantada de comer contigo. Elige tú el sitio. Hasta la una. (guiño, copas de vino, 2 besos)

**Lorenzo\_09:05**

Mmm... ¿así que elijo yo?

Te fías de mí entonces...??

**Marina\_09:06**

Jajaja... ¿por qué? no debería?

**Lorenzo\_09:07**

Bueno... yo creo que sí...  
o no... depende...jajajja

**Marina\_09:08**

Uy... qué miedito me estas dando...  
pero no me importa.  
Me fiaré... me fiaré... jajaja.  
Confío en tu buen criterio... señor vintage.  
Nos vemos. (Guiño, gafas de sol, beso)

**Lorenzo\_09:09**

No te preocupes... estás en buenas manos.  
Puedes fiarte.  
Jajaja. Nos vemos...  
signorina moderna. (3 besos)

Marina se mordía el labio inferior con un gesto de picardía mientras  
whatsappeaba con Lorenzo.

«Ay, Dios... Marina... Marina... bufff... no puedo... ¡yo, con este  
hombre, no puedo!...».

Salió a la calle después de terminarse el desayuno y se decidió  
acercarse primero al Mercato dei Fiori y pasear por entre los puestos  
de flores y artesanía.

Hizo algunas compras y se tomó un delicioso cappuccino en una  
acogedora terraza del animado y colorido barrio.

Volvió a perderse por las estrechas callejuelas adoquinadas  
admirando la belleza de los edificios centenarios y contemplando la  
vida de las gentes del lugar.

Le encantaba esa ciudad. Cada vez que iba descubría cosas nuevas.  
Nunca se cansaba de pasear por sus calles.

Entró en una librería y le compró a Teo una maqueta de madera del  
Coliseo Romano y a Martina otra de la Fontana di Trevi.

Encontró también un diario con una estilográfica a juego, decorado  
con filigranas doradas y decidió llevárselo a su sobrina.

Continuó callejeando y entró en una camisería donde compró un par de corbatas en tonos vivos para Ernesto. A su marido le encantaban las corbatas italianas y siempre que visitaban la ciudad se llevaban alguna.

Se compró unas medias de repuesto para la gala y una barra de labios en un tono coral muy favorecedor.

Volvió al hotel a dejar las bolsas, se retocó un poco el maquillaje y se soltó el pelo.

Llevaba unas gafas anchas de pasta negra con un pequeño corazón dorado en una de las patillas. Se las colocó a modo de diadema recogiendo el cabello hacia atrás y se perfumó de nuevo. Guardó la barra de labios en el bolso y bajó a la calle para acudir a su cita.

12:51h

La Plaza Navona era una de las plazas más famosas de Roma, centro de la vida social, cultural y turística de la ciudad.

Estaba presidida por el Palazzo Pamphili y la Iglesia de Santa Agnes, además de contar con tres grandes fuentes.

La más importante era la Fuente de los Cuatro Ríos o Fontana dei Quattro Fiumi, situada en el centro, que representaba los cuatro grandes ríos del mundo conocido entonces; el Nilo por África, el Ganges por Asia, el Danubio por Europa y el Río de la Plata por América. Estaba coronada por un gran obelisco de más de 17 metros de altura.

Las otras dos fuentes se encontraban en cada uno de los extremos de la plaza, la Fontana di Nettuno y la Fontana del Moro.

Llegó a la plaza y se fue directamente hacia la gran fuente central. A esa hora se encontraba muy animada llena de turistas, artistas y pintores con sus improvisados atriles de cartón. Dio una vuelta admirando toda la escultura y se sentó en uno de los bancos de piedra, frente a la figura que representaba al Río de la Plata.

Miró el reloj. Faltaban dos minutos para la una. Se le aceleró el pulso y el estómago comenzó a encogersele.

Lucía el sol y el calor era patente pero ella tenía las manos frías.

«Uff... Lorenzo... Lorenzo... no sé qué coño hago aquí... no sé...».

—Buongiorno, signorina! —Lorenzo se acercó por detrás y pegó su boca a su oreja— Te he encontrado... ¡señorita moderna!

Marina intentó tragar saliva para responderle pero se le había hecho una bola en la garganta.

Lorenzo le dio un beso en la oreja rodeando el banco para ponerse frente a ella.

Ella se levantó, se abrazaron afectuosamente y Marina le devolvió el beso en la otra mejilla.

—¿Qué tal estás, Lorenzo? Me alegro mucho de verte —dijo separándose un poco, sujetándole por los brazos y mirándole de arriba abajo.

«Guauuu... está tremendo...».

Lorenzo vestía unos Dockers de color blanco con una camisa vaquera azul claro, remangada hasta los codos, cinturón y deportivas de piel en azul marino. Llevaba sus Rayban puestas y el pelo alborotado en suaves ondas hacia un lado. Estaba guapísimo.

Se sacó las gafas y se las colgó en el escote de la camisa.

Marina subió las suyas de nuevo a su cabeza, se sonrieron y Lorenzo volvió a rodearla con su brazo por los hombros, girándola y abrazándola de nuevo en un gesto cariñoso.

Marina respondió al achuchón y le pasó el brazo por la cintura asiéndose a ella y apoyando su cabeza ligeramente en su pecho.

—Bueno —dijo él, mirándola con una gran sonrisa—, así que me dejas escoger a mí el sitio, ¿eh?

—Pues sí. No creo que me vayas a decepcionar.

—¡Uy!... Eso suena a reto... Mmm... ¡Me gustan los retos!

—Bueno, prueba a ver... ¡jajaja!

—Está bien... ¿Qué te parece si vamos paseando hacia el barrio del Trastévere? Conozco un sitio muy bueno allí para comer comida italiana, ¡de verdad!

—Suena genial... Me encanta ese barrio además.

—Pues no se hable más entonces. ¿Vamos, signorina? —Lorenzo la miró ofreciéndole su brazo.

—De acuerdo, cavaliere. —dudó un segundo, pero se sentía tan bien con ese hombre que se cogió de su brazo sin pensar.



Caminaron por la plaza y se perdieron por las calles charlando y riendo como una pareja más.

14:19h

Marina estaba más relajada, aunque no podía evitar ponerse colorada cada vez que Lorenzo la miraba o le hacía un comentario con doble sentido.

Llegaron a una pequeña trattoria escondida en un lateral de la Piazza di Santa María.

Tenía una terraza cerrada con maceteros de madera unidos por una celosía tapizada con cañas y enredaderas, protegida por cuatro grandes sombrillas cuadradas.

Las mesas estaban cubiertas con los típicos manteles de cuadros rojos. Todas tenían una pequeña lamparita y un florero con ramos silvestres.

Lorenzo abrió la puerta del local y se retiró hacia atrás cediéndole el paso.

—¡Vaya! No la conocía. Tiene muy buena pinta, la verdad —dijo sonriendo mientras recorría el restaurante con la vista—, ¡y huele muy bien!

—Te va a encantar, verás —le susurró—. Buongiorno, Fabrizio! Sono venuto con il mia amica spagnola a mangiare! —dijo Lorenzo en un perfecto italiano acercándose a la barra, sujetando a Marina por la cintura y girándose hacia su amigo, el dueño del local.

—Oh, Lorenzo! Che gioia rivederti per l'italia, vecchio amico! —contestó Fabrizio con una gran sonrisa, saliendo de la barra y abrazando afectuosamente a Lorenzo— E chi è questa bella ragazza?

—Ti presento a Marina! Una ottima amica della Spagna —dijo Lorenzo pasándole el brazo por los hombros y estrechándola hacia sí—. Marina, te presento a Fabrizio.

—Piacere di conoscerti, Fabrizio —dijo divertida.

—Il piacere è mio, bella donna. —Fabrizio cogió la mano de Marina y la besó— Gli amici di Lorenzo sono sempre i benvenuti a casa mia! Per favore, vieni con me e siediti. Preparerò il miglior cibo che hai assaggiato nella tua vita! Andiamo!

Le siguieron y salieron a una segunda terraza situada al fondo del local más reservada.

Era mucho más pequeña, con sólo dos mesas y una fuente circular con carpas y tortugas nadando en su interior. Tenía parras en lugar de sombrillas y la verja que la cerraba no permitía ver el exterior.

Se sentaron en una de las mesas y Fabrizio les tendió las cartas.

—Grazie Fabrizio, ma penso che non avremo bisogno dei menu. ¿Comes de todo? —preguntó.

—Ahá.

—¿Confías en mí, entonces? —entrecerró los ojos con un gesto interrogativo y retador a la vez.

—Bueno. No veo por qué no. —Marina le devolvió la misma mirada retadora al tiempo que tendía la carta sin abrirla.

—De acuerdo. Elijo yo entonces. —levantó la vista hacia su amigo que estaba sacando un block de notas del bolsillo trasero de sus pantalones— Fabrizio, fai ancora il Saltimbocca a la Romana?

—Certo —respondió moviendo la cabeza con un gesto afirmativo—. Per te e la tua bella amica, qualunque cosa tu voglia.

—Pues entonces, está decidido. Saltimbocca para los dos y una botella de Canaletto Montepulciano d’Abruzzo —sentenció Lorenzo devolviéndole los menús.

—Subito ragazzi!

Fabrizio se retiró apuntando el pedido y volvió con las copas y la botella de vino que Lorenzo había escogido.

Les sirvió y colocó un plato lleno de varios cortes de pizzas variadas como entrante.

El paseo le había abierto el apetito.

—Mmmhhh... Pizza auténtica... ¡Huele de maravilla! —dijo Marina estirando el cuello hacia el plato y cogiendo un pedazo— ¡Esto es el paraíso!

—Sí. Sí que lo es. Y espera a probar el vino.

—¡Vaya! Sí que eres una caja de sorpresas, sí. —Marina cogió su copa e hizo girar un poco el vino en su interior. Aspiró su aroma y le dio un trago— ¡Guauuu!... ¡Espectacular! —dio otro trago esta vez más largo y sonrió disfrutando su sabor.

Lorenzo se apresuró a llenarle de nuevo la copa.

—Está buenísimo, Lorenzo, de verdad... Buenísimo... ¡Uff!... ¡Qué peligro!... No me la llenes más... Que si no me la bebo y después ....

—¡Jajaja!... No importa. Recuerdo la última vez que bebiste vino en una cena. —bebió también e inclinó la copa hacia ella antes de posarla— Estabas muy graciosa.

Marina dejó de masticar y se puso como la grana. Era la primera vez que hacían referencia a aquella noche. Los dos habían evitado hablar sobre aquello, aunque era más que evidente que el recuerdo planeaba sobre sus cabezas.

—Bueno, —se repuso aclarándose la garganta— tú también estabas muy gracioso esa noche.

—Tuoché —dijo divertido dejándose caer contra el respaldo de la silla y llevándose la mano al pecho.

«¿Qué te crees?... estoy coladita por ti..., sí... pero no soy la única aquí...».

Sonrió por haber retomado el control.

«Aún así, me vuelves loca... ¡capullo!».

—Oye, ¿dónde has aprendido a hablar así italiano? ¡Es impresionante!

—¡Jajaja! La verdad es que tiene su truco. Cuando hice la carrera de Periodismo me vine a Roma en un mini Erasmus de tres meses y acabé quedándome casi dos años. Vivía aquí al lado, detrás de la plaza. Por eso conozco tan bien la ciudad y tengo tantos amigos. ¡Entre ellos, Fabrizio!

—¡Vaya! No dejas de sorprenderme. Eres todo un descubrimiento. Un camarero apareció con el segundo plato y continuaron con la comida charlando y bebiendo animados.

—¡Ay! La ternera estaba buenísima, Lorenzo. Tenías razón. Se come de maravilla. ¡Comida casera italiana de verdad! —Marina se recostó en la silla llevándose las manos al vientre— ¡No creo que pueda comer nada más en todo el día!

—Pues todavía no has probado su tiramisú. ¡Está de muerte!

—¡No puedo comer más! En serio. ¡No me cabe! ¡Jajaja!

—Bueno, exagerada, ¿qué te parece si pedimos uno para compartir?

—¡Uff!... —chasqueó la lengua— Está bien. Pero sólo porque soy una golosa y sería un crimen rechazar un tiramisú en Roma.

El camarero volvió con el postre y colocó dos cucharillas en el plato. Les sirvió también dos chupitos de limoncello.

Cogieron una cuchara cada uno y se acercaron más a la mesa inclinándose sobre el jugoso postre. Marina se recolocaba los mechones de su melena detrás de la oreja cuando estos caían hacia delante. Recogían las porciones del dulce y se las llevaban a la boca saboreándolas con parsimonia.

—Ohhh..., por Dios, ¡esto está buenísimo! —dijo cerrando los ojos y levantando la cabeza hacia arriba. Los abrió de nuevo y chocó su cubierto con el de él al coger otro pedazo— ¡Uy! Perdón.

—Perdonada. —le rozó con la cucharilla el dorso del dedo índice mientras se lamía despacio la crema que tenía en los labios clavándole la mirada.

Marina sintió calor y un hormigueo.

«Ya estamos... joder... Lorenzo... ¡joder!».

Se bebió el licor de un golpe y dejó la cucharilla a un lado del plato.

—¡No puedo más! —dejó la servilleta y se separó de la mesa.

«En todos los sentidos, además».

«¡Ufff! ¡Qué subidón, por Dios!».

—Bueno, pues ¿qué te parece si vamos a dar un paseo y nos tomamos el café por ahí?

—¡Me parece una idea estupenda! Así camino un poco y quemo todas estas calorías. ¡Cómo siga así, no voy a caber en la ropa!

—Qué exagerada eres. ¡Yo te veo estupenda! —se levantó, esperó a que ella estuviese en pie también y extendió el brazo en dirección a la puerta dejándola pasar primero.

—Ya... —Marina le dedicó una divertida mirada furtiva mientras se colgaba el bolso del hombro.

Lorenzo no le dejó pagar. Marina se enfadó, pero él insistió y Fabrizio tampoco aceptó su tarjeta.

16:12h

—Bueno, ¿vamos dando un paseo hasta el Coliseo y nos tomamos algo por la zona?

—Sí. ¡Genial! Estará bien caminar hasta allí. ¿Me dejarás que te invite por lo menos al café, no? ¡Señor “chapado a la antigua”! —dijo poniéndose delante de él con los brazos en jarras y frunciendo el ceño.

—Bueno, me lo pensaré. ¡Jajaja! —se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros sacudiéndola suavemente— Andiamo, signorina!

Marina sintió un latigazo en el pecho mientras su olor la traspasaba.

«Céntrate, Marina... céntrate...».

Llegaron al gran Coliseo Romano y lo rodearon caminando despacio admirando la gran mole de piedra. El sol era muy agradable y decidieron acercarse al Arco de Trajano y sentarse un rato bajo un árbol en uno de los jardines laterales desde dónde podían apreciar las dos construcciones.

—Esta noche es la Gala, ¿no?

—Sí, sí. Es esta noche. A las nueve en el Exedra. ¡Me encanta ese hotel! Tiene unos salones espectaculares.

—¿A qué hora tienes que volver ?

—Oh... Pues sobre las siete estará bien. Así todavía descanso un rato y me visto con calma. ¿Tú que planes tienes para esta noche?

—Marina se llevó las rodillas al pecho y apoyó la barbilla en ellas colocando sus gafas de sol en la cabeza.

—Bueno. Todavía no lo tengo muy claro. Puede que vaya a cenar con el resto del equipo. Aunque nos retiraremos pronto, porque mañana tenemos que estar muy temprano en una de las exposiciones.

Lorenzo estaba sentado frente a ella con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Se subió las gafas a la cabeza también y adoptó la misma postura que ella mirándola fijamente.

Cada vez que la miraba así a Marina se le cortaba la respiración.

Estuvieron durante un rato más admirando la belleza del lugar en silencio.

Al emprender el camino de vuelta al hotel iban explorando las calles y fijándose en todos los detalles.

Lorenzo conocía a fondo la ciudad y le explicaba las historias y curiosidades de los sitios por los que pasaban. Se pararon un rato en la Plaza Venezia a tomar un delicioso cappuccino.

18:50h

Llegaron a la esquina de la Via di Monte D'oro, a unos pocos metros de la entrada del JK Place.

—Bueno, pues aquí me tengo que quedar. —Marina metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros y bajó la cabeza mirando al suelo nerviosa— Lo he pasado muy bien. De verdad, Lorenzo. —hacía dibujos imaginarios en el suelo adoquinado con la punta del pie— Realmente eres una caja de sorpresas. Sí. La verdad, es que has conseguido sorprenderme.

—Entonces, ¿te alegras de haber confiado en mí?

—Sin duda. ¡Reto superado! ¡Y con creces!

Lorenzo se acercó a ella y le levantó la barbilla con la mano.

Marina empezó a temblar.

«Ya estamos... no tengo remedio...».

«Hostias, Lorenzo... no hagas eso... no me mires así... no, por favor...».

—Puedo sorprenderte todavía más si me dejas... —Lorenzo se pegó más a ella invadiendo completamente su espacio personal clavándole sus ojos oscuros.

—Ah, ¿sí? —acertó a decir.

—Sí. ¿Sigues confiando en mí?

—No veo por qué no.

—Cena conmigo mañana.

Lorenzo pegó todavía más su cara y Marina comenzó a sentir como se le encogía el estómago y su pulso se aceleraba. Le daba la impresión de que todo el mundo en la plaza podía oír retumbar su corazón.

—Yo... —como siempre, no le salían las palabras.

—Marina... —insistió él susurrando— Cena conmigo.

Sus latidos eran cada vez más rápidos. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era peligroso. No era capaz de estar más de cinco minutos con ese hombre sin pensar en besarle, en tocarle, en sentir su respiración cerca de su oreja y en recorrer su pecho y su espalda con sus dedos.

Iba a volver a jugar con fuego de nuevo y esta vez era muy posible que acabasen ardiendo los dos. A estas alturas la atracción que sentían el uno por el otro era ya perfectamente reconocible e imposible de negar.

—Sí... Cenaré contigo.

Se mordió la esquina del labio y una ola de calor la envolvió desde los pies hasta el pecho.

Lorenzo le acarició suavemente la barbilla con el dorso de la mano y le dedicó una sonrisa arrugando la nariz.

—¡Estupendo! Hay un sitio que quiero enseñarte.

La cogió de la mano y doblaron la esquina caminando hasta la puerta del hotel.

—Bueno, signorina... Aquí te dejo por hoy.

—Gracias por todo otra vez, Lorenzo... De verdad. Lo he pasado genial. Nunca había visto la ciudad así. Ha sido fantástico.

—No, Marina, gracias a ti. Yo sí que lo he pasado bien. —Lorenzo se colocó de nuevo frente a ella cogiéndole las dos manos ¿Te recojo mañana aquí?

—Ahá.

—¿Sobre las nueve? ¿Te parece bien?

—¡Me parece perfecto! Te esperaré en el bar del hotel.

Se acercaron y Lorenzo se inclinó un poco sobre ella.

Se dieron un único beso en la comisura de los labios.

Soltaron sus manos y Marina entró en el establecimiento. Cuando llegó al interior se giró para verle una vez más. Él seguía de pie frente a la puerta, con una mano en el bolsillo y sujetando sus Wayfarer negras con la otra. Guiñó un ojo sonriéndole, se colocó las gafas y continuó andando.

20:26h

Marina llamó a recepción y pidió un taxi.

Llevaba un pantalón palazzo azul oscuro de raso con mucho cuerpo, un top blanco con encaje de seda bordado en el escote con unos finos tirantes joya y altísimas sandalias plateadas.

Se había peinado con un moño bajo sujeto por dos horquillas con cristales de Swarovski. Se puso unos pendientes de brillantes y una pulsera doble Crystaldust violeta en su brazo derecho, prescindiendo del reloj y de anillos.

Terminó de pintarse los labios en un tono rojo cereza a juego con su perfecta manicura y guardó la barra en la cartera. Cogió un chal gris de lana fría y bajó al vestíbulo.

Preguntó a la azafata de recepción y un botones la acompañó a la salida abriéndole la puerta del taxi que acababa de llegar.

—Buona notte, signora!

—Buona notte. Al Exedra, prego.

El vehículo emprendió la marcha por las angostas calles y Marina sintió calor y cosquillas en la nuca al recordar su paseo con Lorenzo.

«Joder... no sé que va a pasar mañana... no sé...pero lo que me pasa con este hombre no es normal... ¡qué va!».

20:52h

La Gala de los "Premios Mirage de Publicidad 2017", se celebraba en el Hotel Boscolo Exedra, un palacio del s. XIX, restaurado y convertido en un gran hotel de lujo situado en la Plaza de la República.

Llegó a la imponente entrada porticada y revestida totalmente en mármol de Carrara.

Subió al último piso y entró en el salón Dioclezano, una sala muy amplia con un gran techo abovedado en cinco arcos forrados de ladrillo blanco.

Al fondo de la sala se disponía una tarima con dos atriles y un gran toldo con el logotipo del hotel. Frente a ella se habían colocado las sillas dispuestas en hileras y en la zona más próxima a la salida había media docena de mesas redondas donde se serviría el catering.



Marina entró en la sala y reconoció a varios colegas de otras agencias de Madrid y Barcelona. Se acercó a saludarles y se sentó con ellos. El evento se desarrolló animado y conoció a algunas personas más de la profesión. Al terminar la entrega de premios sirvieron canapés y bebida y Marina aprovechó para mezclarse y conversar con los demás asistentes.

00:42h

—Bueno chicos, me ha encantado veros, ¡de verdad! ¡A ver si coincidimos otra vez!

—Sí. Vente un finde a Madrid y nos das un toque, mujer, ¡qué hace un montón que no nos veíamos! Yo creo que dos años por lo menos. Porque yo a la del año pasado no pude ir. ¿Dónde había sido?

—En Praga —contestó Marina—. Y es verdad, allí no coincidimos.

—Pues lo que te digo —dijo Vicente bajando las escaleras de la entrada—, hace dos años, en la de Ginebra. Sí, fue en Ginebra.

—¡Es que el tiempo pasa...! —ladeó la cabeza con un gesto de resignación mientras se cubría con el chal y se colgaba la cartera al hombro con la fina cadena que tenía por asa.

—Sí, es verdad. Sí que pasa, sí. Vamos, que te acompaño hasta el taxi.

Vicente era un buen amigo de su época universitaria en Madrid. Solían salir juntos de fiesta por la capital con el resto del grupo que habían hecho allí y Marina le tenía mucho cariño. Seguía soltero a pesar de ser guapo y un buen partido.

—¡Ay, Vicente!, ¡siempre tan amable y caballeroso! —dijo Marina cogiéndose de su brazo y frotándolo con la mano.

—Sííí... Ya lo sabes... y total... que no me sirvió de nada, ¡jajaja! Al final te casaste con Ernesto y pasaste totalmente de mí. ¡Mala mujer!

—Mira que eres tonto, ¿eh?

—Bueno. Si algún día le dejas, llámame. Ya lo sabes. ¡Jajaja!

—¡Jajaja! Si las tienes haciendo cola, hombre. Lo que pasa es que eres un quisquilloso.

—¿Quisquilloso yoooo? ¡Qué va! Son ellas que no me comprenden. ¡Jajaja! —se paró tocándose la frente con la mano y poniendo los ojos en blanco resoplando.

Caminaron hacia el fondo de los soportales del hotel en dirección a la parada de taxis.

—Bueno, guapo. Cuídate. ¡Y no hagas mucho el cafre esta noche! ¿Ehhh? Que nos conocemos. Y las italianas te pierden. ¡Jajaja!

—¡Bahh! ¡Si soy inofensivo! ¡Tú ya me conoces! —se inclinó hacia ella dándole un abrazo— Dale un beso a Ernesto y a los niños de mi parte y a ver cuando os venís a hacerme una visita, ¿ok?

—Prometido. —Marina le dio un beso tras soltarse de su abrazo— ¡Nos vemos!

Se metió en el taxi y se fue de vuelta a su hotel.

01:19h

Se quitó las sandalias y se tumbó en la cama. Miró la hora.

«Ya es tarde para llamar a Ernesto... seguro que está dormido».

Cogió el móvil y le envió un mensaje.

**Marina\_01:22**

¡Hola amor! Ya estoy de vuelta en el hotel. He estado con Vicente y con los demás Te manda besos. Y yo también. Me voy a acostar ya, que estoy agotada y mañana quiero trabajar para preparar bien la reunión. Besitos. Te quiero. (3 besos, corazón, guiño)

Sintió una punzada de angustia en la boca del estómago al pulsar el botón de enviar.

«Joderrrr... ¿estás segura de lo que vas a hacer mañana?».

«Marina... Marina...».

Comprobó el chat de Lorenzo y vio que hacía veinte minutos que había estado en línea.

Se llevó el teléfono al pecho y se le encendieron las mejillas.

Estaba tentada de mandarle un mensaje pero lo descartó.

«No... déjalo...».

«Que al final la vas a liar parda... verás...».

Saber que su hotel estaba a apenas diez minutos del suyo la inquietaba y le hacía sentir un hormigueo extraño.

Miró de nuevo la pantalla y la bloqueó poniéndolo en la mesilla.

«Bufff... deja... deja...».

Se levantó y se fue al baño a ponerse el camisón y a desmaquillarse. Terminó de limpiarse y llevó su maletín al escritorio. Tenía intención de trabajar toda la mañana en la habitación y después salir a comer para hacer algunas compras antes de su cita para cenar.

«Me voy a acostar... si no mañana no voy a dar pie con bola y quiero preparar bien la reunión. Tengo que traerme ese contrato como sea».

Se metió en la cama y cogió el móvil para comprobar la alarma y ponerlo en modo silencio.

Se quedó sin aire repentinamente.

Tenía un WhatsApp de Lorenzo.

El corazón se le aceleró y oyó sus propios latidos sintiéndolos cada vez más cerca de su garganta.

### **Lorenzo\_01:36**

Buenas noches, signorina.

Gracias por el paseo de esta tarde.

Espero que lo hayas pasado bien.

Sigues confiando en mí... ¿verdad? (guiño)

Te recojo mañana a las nueve.

Que descanses y tengas dulces sueños. Besos.

(5 besos, copa de cóctel)

«Uffff... ¡La madre que me parió!... joderrr».

Se llevó el móvil al pecho de nuevo sintiendo un cosquilleo subiéndole por las piernas hasta su sexo.

Se estaba mojando.

Se estaba excitando.

«Y ahora... ¡se supone que tengo que dormir!... Ay, Dios... Lorenzo, Lorenzo».

«¿Qué coño me estás haciendo? ...».

24 de mayo, miércoles.

09:00h

La alarma del móvil sonó durante un minuto incrementando el volumen cada vez más.

Entreabrió los ojos confundida y soltó un quejido al apagarlo. Lo levantó y lo dejó caer de nuevo sobre la mesa.

«Ohhh... joder... qué sueño... ¡mierda...!».

El mensaje de Lorenzo la había desvelado y estuvo dando vueltas en la cama durante más de dos horas antes de dormirse.

No podía sacárselo de la cabeza. Tenía sus ojos y su sonrisa permanentemente clavados en su cerebro y le era imposible pensar en nada más que no fuese en su próxima cita.

Se quedó un rato remoloneando antes de irse a la ducha.

Por fin se levantó se duchó y se hizo un café en la habitación.

Mientras la cafetera vertía el líquido en la taza se puso los vaqueros y una camiseta blanca con el dibujo de una Vespa roja.

«¡Ideal!».

El olor del café recién hecho terminó de despertarla. Se lo tomó con calma delante de la ventana como el día anterior y en unos minutos se encontró totalmente despejada.

Se calzó las deportivas blancas, se recogió el pelo y bajó a la cafetería para desayunar.

Mientras esperaba el ascensor consultó el móvil y vio un nuevo mensaje de Ernesto.

**AA Ernesto\_09:32**

Hola guapa!

Me alegro que lo hayas pasado bien.

Genial que hayas estado con Vicente. Tenía ganas de verlo.

¡Seguro que sigue tan cafre como siempre! (guiño, risas)

Ya no te llamo por la mañana.

Te dejo dormir que seguro que llegaste tarde y estás cansada.

Y yo tengo vista y entro ahora con Ricardo, hoy, mañana y pasado... ya sabes. No paramos estos días.  
Los niños están bien. Te mandan besos. Y yo también.  
Hablamos por la tarde. Te quiero. (2 besos)

Le contestó con un sentimiento de vergüenza y guardó el móvil en el bolsillo de sus vaqueros.

«Joder... joder... joder...».

Desayunó y subió de nuevo a la habitación.

Decidió concentrarse en la reunión y prepararla a fondo.

Colocó el cartel de no molestar en la puerta y se sentó en la mesa de la terraza con su iPad y las carpetas con la documentación necesaria para revisar las propuestas de la campaña.

Estuvo toda la mañana concentrada en la tarea y cuando se dio cuenta ya eran más de las dos.

«¡Ostras!... las dos y cuarto...».

«Bueno... genial... por lo menos he terminado con esto...».

«Yo creo que ya está... sí... no le voy a dar más vueltas...».

«Me bajo a comer y a dar un paseo».

«Ah... sí... me falta algo...».

Abrió el buscador de Google y buscó la dirección de la boutique de Carpini en Roma.

«Voy a pasar a ver la tienda y de paso me compro un bolso para llevarlo mañana a la reunión. Sí.».

Se comió una porción de pizza y un helado en uno de los puestos de comida de la Plaza Colonna, sacó fotos y un par de chicos italianos la piropearon al pasar por su lado.

—Guarda che bella donna! —dijo uno volteándose y mirando por encima de sus gafas de sol

—Mamma mía! Che bella ragazza! —apuntó el otro silbando.

Marina les sonrió haciendo un gesto divertido con la mano.

Le apetecía comprar algo para ponerse esa noche, pero no lo tenía claro y quería echar un vistazo por la zona de tiendas.

Puso rumbo a la Plaza de España para sentarse un rato en sus

famosas escaleras y tomarse un café en la Vía dei Condotti, una de las calles más exclusivas junto con la Via Veneto, dónde Carpini tenía uno de sus establecimientos.

17:19h

La Via dei Condotti era la calle de la moda por excelencia de Roma. Bulgari abrió allí su primer taller en 1884 y desde entonces numerosas firmas del lujo habían seguido sus pasos. Además de Valentino, otros diseñadores como Armani, Hermès, Prada, Chanel o Ferragamo tenían allí sus tiendas.

Decidió tomarse un capuccino en el Caffé Greco, un histórico café abierto en 1760 y que era considerado el más antiguo de la ciudad. Paseó por la calle admirando los escaparates y fue hacia la Via Veneto, otra de las calles de culto en Roma, inmortalizada por Federico Fellini en la película "La Dolce Vita".

Entró en la tienda de Carpini y la estudió con detenimiento. Se fijó en un bolso estilo birkin de un tono azul turquesa que combinaba perfectamente con el traje que llevaría en la reunión.

Decidió comprar el bolso y un fino cinturón a juego en la misma piel. Continuó por la calle unos metros más y entró en una pequeña pero coqueta boutique.

Se probó un vestido de color negro, con un pronunciado escote en V en el pecho y en la espalda. Las mangas y el dorso eran de delicado encaje. Estaba confeccionado en un fino terciopelo de verano y tenía una discreta abertura en el lateral izquierdo. Le quedaba unos tres centímetros por encima del tobillo y la tela tenía una suave caída que acentuaba todavía más su cuerpo al caminar. Se le pegaba al cuerpo como un guante marcando sus curvas. Le iba perfecto.

19:44h

Salió de la ducha, se secó y se puso la ropa interior que había comprado esa tarde. Un conjunto de braga alta y sujetador sin tirantes en suave plumeti negro de estilo retro.

Encendió el equipo estéreo de la habitación y conectó su iPhone.

Seleccionó una pista de música para animarse.

Comenzó a sonar "A Higher Place" de Adam Levine.

Se secó el pelo y se lo peinó con la raya hacia un lado marcando unas suaves ondas al agua. Se maquilló los labios con un sensual carmín rojo y se perfumó con Nuit et Confidences, de Annick Goutal, su perfume de cabecera.

Cada vez estaba más nerviosa. Tenía calor y no quería sudar, así que prescindió de las medias. En su lugar se aplicó un aceite satinado en las piernas para hidratarlas y darles un tono más uniforme.

Se puso las sandalias. Tenían dos finas tiras plateadas cruzando el empeine y una pulsera rodeando el tobillo, dejando ver sus uñas perfectamente pintadas a juego con la manicura de sus manos.

Utilizó los finos pendientes largos de brillantes y la pulsera doble de cristales que llevó a la Gala.

Se giró para verse completamente en el espejo del hall.

La espalda tenía un amplio escote cubierto por un sexy encaje, igual que las mangas francesas. El vestido le quedaba impecable.

No aguantaba más en la habitación.

Aunque respiraba con normalidad empezaba a faltarle el aire. Eran las nueve menos veinte pero decidió bajar y tomarse una copa en el bar mientras esperaba.

«Necesito tomarme algo para tranquilizarme...».

«Joder... se me nota muchísimo... uff».

Sacudió las manos varias veces y desconectó el teléfono apagando la música.

Cogió el bolso y se lo colgó al hombro.

Estaba tan acalorada que no llevó nada para abrigarse por si refrescaba después.

Mientras esperaba el ascensor recordaba la conversación que había tenido con Nona por la tarde.

“Sabes que es demasiado peligroso... Marina, piénsalo... tanto si lo haces como si no... puedes arrepentirte, sí... pero te conozco... y también puedes arrepentirte de lo contrario... Puedes arrepentirte de no haberlo hecho... Tú decides... Sólo tú...”

20:42h

Bajó directa al JKcafé y se sentó en la barra de espaldas a la puerta. Los taburetes eran bastante altos y estaban forrados en una suave piel verde a juego con los sofás de estilo Chester que tenían en la zona de las mesas bajas.

La barra y las paredes estaban totalmente revestidas en madera oscura. Una enorme estantería de cristal ocupaba la pared trasera de la barra ocupada con botellas de los más exclusivos licores.

La iluminación cálida y acogedora y la música agradable acentuaban el ambiente chic y cosmopolita del hotel.

A esa hora ya había varias personas en el local tomando una copa antes de cenar. La barra tenía forma de L y era bastante larga.

Una pareja joven ocupaba uno de los extremos.

Pidió Martin Miller´s con una tónica especial.

Dio su primer sorbo y sintió como la ginebra bajaba por su garganta aplacando un poco el hormigueo que sentía.

Se fijó en un gran reloj de diseño de una de las paredes.

Faltaban diez minutos para las nueve y el hormigueo volvió. Le dio otro trago a su gintonic, esta vez más largo.

Respiró hondo y se acomodó de nuevo en el taburete, estirando la falda del vestido, cruzando las piernas y engancho el tacón de sus sexys sandalias en la barra inferior. La tela del vestido caía hacia un lado dejando adivinar sus esbeltas piernas.

Decidió entretenerse fijándose en los diferentes vasos y copas que el barman utilizaba para preparar sus cócteles.

Comenzó a sonar “Senza Una Donna” de Zucchero.

El corazón comenzaba a acelerársele y tenía las manos heladas a pesar de la ginebra.

Notó una presencia por el rabillo del ojo.

Al segundo, su olor la envolvió.



Los pulmones se le paralizaron y toda la sangre le bajó hasta los pies.

—Jack Daniel´s Sinatra... Prego...

Escuchó su voz grave, giró la cabeza y ahí estaba, de pie, mirándola con sus ojos oscuros y profundos.

La visión la mareó y terminó por desarmarla del todo. No era capaz de pensar con claridad. No sabía lo que hacía allí sentada frente a ese hombre. No sabía lo que sentía. No sabía lo que quería ni hasta dónde sería capaz de llegar. Sólo sabía que quería cenar con él. Quería estar con él.

—Buenas noches, signorina —dijo inclinándose hacia ella pegando los labios a su oreja—. Estás bellísima, si me lo permites.

«Si te lo permito dice... si te lo permito... ay, Lorenzo... si yo ¡ya no sé ni como me llamo!...».

—Buenas noches, cavaliere —acertó a decir cuando recuperó la compostura—. Tú tampoco estás mal, si también me lo permites. —le miró a los ojos humedeciéndose los labios inconscientemente mientras se colocaba un mechón detrás de la oreja.

Lorenzo llevaba un traje de Armani negro de corte slim, muy ceñido, con una camisa negra y una corbata también oscura. Sus zapatos eran de estilo italiano relucientes. Se había engominado un poco el pelo y su perfume la traspasaba inundando cada poro de su piel.

Estaba irresistible. Era irresistible.

Se giró hacia ella apoyando el codo en la barra y cogiendo el vaso de whisky. Bebía el licor con los ojos puestos en Marina. Los cubitos chocaban contra sus labios y Marina se derretía literalmente.

La estaba devorando con la mirada sin ningún pudor.

Terminaron sus copas y salieron del hotel.

—Esta noche estás preciosa. De verdad. Estás realmente preciosa. —volvió a repetirle mientras la dejaba pasar delante para salir a la calle.

«Pues anda que tú... precioso no es el adjetivo que emplearía ahora mismo...».

«Estás tremendo... joderrr... tremendísimo...».

—Gracias, Lorenzo... Tú también estás muy guapo. —Marina le miró esta vez directamente a los ojos sosteniendo su mirada. Estaba recuperando el control y eso le gustaba. No soportaba la sensación que le producía perder el control con él y sentirse a su merced. Nona tenía razón. Tenía que decidir ella.

El botones llamó un taxi y les abrió la puerta. Marina se acomodó en el asiento y Lorenzo la siguió.

—Buona Notte. Al Splendide Royal, prego —indicó al conductor.

«Hmmm...», pensó Marina.

«Suenan bien...».

No lo conocía. Había oído hablar de su estupendo restaurante, pero había que reservar con demasiada antelación y nunca le había coincidido estar tanto tiempo en la ciudad para hacerlo.

22:02h

Lorenzo le tendió la mano para ayudarla a salir del coche y Marina sintió un escalofrío al cogerla. Se la apretó con fuerza manteniéndola más tiempo del necesario.

—Vamos a cenar en el Mirabelle —le dijo mientras la cogía por la cintura y se dirigían a la preciosa entrada del Splendide Royal.

—Nooo... ¿En serio? —abrió los ojos mirándole con incredulidad y sorpresa.

El Mirabelle era un lujoso restaurante situado en la séptima planta del Hotel Splendide Royal.

Era famoso, además de por su cocina, por las formidables vistas de la ciudad. Desde su terraza se dominaba una espectacular panorámica de los tejados, desde el Gianicolo, considerada la octava colina de Roma, hasta la Cúpula de San Pedro.

Decididamente era un sitio maravilloso. Este hombre sabía como sorprender a una mujer. Eso estaba claro.

El camarero les llevó cruzando el salón hasta su sitio. La decoración era exquisita. La voz de Andrea Bocelli sonaba como música de fondo.

Lorenzo había reservado una mesa en la terraza exterior. Marina no daba crédito.

La mesa y la ubicación eran simplemente apabullantes.

«Joderrr... esto es impresionante... este hombre es increíble...».

—Dios mío, Lorenzo... Esto es... No sé qué decir... Me has dejado sin palabras. Marina se sentó sin poder apartar la vista de la ciudad.

—Bueno, entonces he acertado. He conseguido sorprenderla, signorina. —apoyó uno de sus codos en la mesa sosteniendo su cara con la palma de la mano dedicándole una mirada traviesa.

—¿Qué si me has sorprendido?, dices... ¡Caray, Lorenzo! Esto es mucho más que una sorpresa. —Marina se giró hacia él y se topó con sus ojos— Esto es... simplemente perfecto.

—Me alegro de que te guste. Y me alegro de que hayas venido. —estiró su brazo encima de la mesa hacia ella rozando su mano con la punta de sus dedos.

Marina se estremeció pero no apartó la mano, en vez de eso bajó la mirada de sus ojos a sus labios y contrajo sus muslos en un acto reflejo.

El maitre les acercó la carta y les explicó las recomendaciones. Eligieron una selección de ostras y una terrina de foie-gras confitada como entrante y unas lubinas a la sal como segundo plato.

—¿Qué te apetece beber? ¿Blanco o tinto?

—Hmm... Blanco, ¿no? Con las ostras y el pescado combina mejor. Aunque, bueno... —ladeó la cabeza y desvió la mirada hacia arriba.

—Bueno, ¿qué?

—Que el blanco me pirra, de hecho es mi favorito. Pero me pone muchísimo. —soltó una carcajada y se abanicó con la mano mirándole fijamente.

—Pues entonces, ¡está decidido! ¡Blanco! —cerró la carta y se la tendió al camarero— Una bottiglia de Gran Sasso Pecorino, prego.

Disfrutaron de la cena charlando y admirando las vistas. Corría una suave brisa templada que Marina agradecía porque el vino estaba empezando a hacer efecto y se acaloraba por momentos.

«Dios... este hombre es una pasada...».

«No me puedo creer que esté aquí cenando con él... no me lo puedo creer...».

Llegaron al postre.

—¿Compartimos? —preguntó Marina dando un sorbo a su copa.

—Por mí, perfecto. Hoy mandas tú. —se pasó la servilleta por los labios, colocándola en un lado de la mesa y haciéndole una señal al camarero.

—Dime una cosa.

—Lo que quieras.

—¿Cómo has conseguido una reserva para hoy?, ¿y en la terraza nada menos?

—Ya te dije que tengo muchos amigos en la ciudad. Sólo he hecho un par de llamadas. —cogió de nuevo su copa y se recostó contra el respaldo de la silla.

—¡Caray! Pues dale las gracias a tus amigos de mi parte. En serio, Lorenzo. Muchísimas gracias por esta cena.

—De nada. Por lo que a mí respecta, ha merecido totalmente la pena —contestó guiñándole un ojo.

00:14h

Salieron a la calle y Lorenzo la sujetó suavemente por el brazo. Podía sentir el calor que desprendía su mano en la piel, incluso a través del encaje.

—¿Tomamos una copa?

—Ahá.

—¿Te parece que vayamos dando un paseo hasta la terraza del Majestic? Tiene un bar en la azotea muy bonito también.

—El Majestic es tu hotel, ¿no?

—Sí. Si prefieres ir a otr..

—No. Está bien. Me apetece caminar. —se acercó más a él y le miró sin titubear— El Majestic es perfecto.

Pasearon por las calles iluminadas y Lorenzo volvió a contarle curiosidades y anécdotas de los rincones por los que pasaban.

Roma por la noche era mucho más eterna.

Llegaron al Majestic y subieron en el ascensor hacia a azotea del edificio.

Atravesaron un pequeño vestíbulo y salieron a la terraza.

Era una quinta planta y aunque las vistas no se podían comparar a las del Mirabelle, tampoco estaban nada mal.

La luna estaba casi llena y se proyectaba en el cielo dando una luz especial a la noche.

Ocuparon una mesa alta en uno de los extremos cerca de la balconada de piedra. Marina puso su bolso en uno de los taburetes y se asomó al borde para ver las vistas.

«Preciosas».

—¿Qué tomas? —se puso a su vera y le pasó la mano por la cintura

— Es bonito, ¿verdad?

—Sí... Muy bonito, en eso pensaba ahora mismo.

«Y no sólo en las vistas...».

—Martin Miller`s con tónica, por favor.

—Enseguida, signorina.

Lorenzo fue hasta la barra circular situada en la parte central de la terraza. Regresó con las bebidas y Marina se acercó a la mesa. Se apoyó en el taburete sin subirse y dio un trago a su gintonic.

Lorenzo hizo girar los dos hielos en su vaso y dio un trago también. Arrastró su asiento acercándose a ella.

«Madre mía... ¡qué guapo es, por Dios!... y lo sabe... el tío lo sabe...».

«Ufff... y sabes que me muero por ti... cabrón... ¡lo sabes!».

Volvió a beber sin apartar sus ojos de los de ella. Volvía a tener esa mirada abrasadora y oscura que la taladraba.

Su pulso se disparó y el estómago le dio un vuelco. Cogió la copa de su gintonic y dio un trago mucho más largo hasta casi acabársela.

«A tomar por saco... no puedo más... no puedo».

—¡Hey!... ¡Cuidado!... A ve si te va a sentar mal.

«No... si peor ya no puedo estar...».

—Marina, ¿estás bien?

«No... no estoy bien, ¡joder!... estoy con un hombre que no es mi marido derritiéndome y muriéndome por besarle... ¡joder, joder!...».

—Sí... No... No sé... Yo... —bajó la vista y comenzó a temblarle el labio.

Se levantó, se puso frente a ella y le subió la barbilla suavemente.

Podía sentir como la atravesaba, capturando todo el oxígeno que había a su alrededor, dejándola sin respiración.

La agarró por la cintura levantándola del taburete y atrayéndola más hacia sí.

Ya no era necesario seguir fingiendo.

Sus labios volvían a estar a dos centímetros como la noche del 20th Century Rock.

—No podemos... —susurró— Sabes que no podemos...

—Lo sé. Pero eso no hace que lo desee menos... —tiró de su barbilla más hacia él.

—Quizás en otra vida... En otro momento... Pero ahora... —el corazón le iba a mil por hora y sentía como golpeaba su pecho como una bomba.

—¿De verdad quieres esperar a otra vida? —le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

Sólo veía sus ojos y sus labios. No era capaz de pensar.

—Di mi nombre... Marina... Di mi nombre... —susurró.

—... Lorenzo... —entreabrió los labios y se rindió.

Lorenzo la besó despacio, con suavidad rozando apenas sus labios con los suyos. El corazón le explotó y un torrente de hormonas inundó su cerebro. Respondió a su beso abriendo más la boca y pegando su cuerpo al de él. Lorenzo la apretó más fuerte y deslizó la mano hasta su nuca enredando los dedos en sus mechones. Movié su lengua hacia su interior buscando la suya. El contacto de ambas provocó en ellos una descarga. Marina le rodeó el cuello con los brazos pasando los dedos por su pelo y haciendo el beso más profundo. Lentamente se separaron y Lorenzo pegó su frente a la suya. Marina respiraba con dificultad. El estómago le giraba a mil revoluciones por minuto como una centrifugadora. No podía pensar. No quería pensar.

Se abrazó a él apoyando la cara en su pecho temblando como una niña.

Lorenzo percibió su angustia y la besó con ternura en el pelo estrechándola más fuerte.

—Shhh, tranquila, pequeña... —la acunó— Tranquila, te llevaré a tu hotel. Perdóname. No debería haberlo hecho. Shhh...

Los ojos le escocían por las lágrimas que pujaban por salir. Respiró hondo y se separó un poco de él.

Le miró y sintió una punzada de deseo en el vientre.

Lorenzo retrocedió sentándose en el borde del taburete, cogió su vaso y dio un trago mirando al suelo avergonzado.

Marina se enderezó, respiró hondo de nuevo y le arrebató el vaso de whisky de la mano.

«Si alguien tiene que decidir, decidiré yo».

Dio un trago mirándole y lamiéndose el licor de los labios.

Se dirigió hacia el balcón con el vaso en la mano, se giró hacia él apoyando la espalda en la piedra, dando otro trago con una mirada retadora.

Se mordió el labio y le tendió el vaso.

Marina nunca bebía whisky. Le estaba dando permiso para seguirla y besarla.

Lorenzo se adelantó, recogió el vaso y lo apoyó en el balcón.

Le cogió la cara con ambas manos y la besó dulcemente.

Marina le sujetó las muñecas y se derritió. Sintió que todo temblaba a su alrededor y se abandonó a las sensaciones. Se abandonó a ese hombre y a todo lo que le hacía sentir.

Respiraron el uno en el otro besándose y entrelazando sus lenguas suavemente en un baile que no tenía fin.

—Bajemos a mi habitación —dijo en su oreja mientras le recorría el cuello con sus labios.

—Sí, por favor. Sí... Vamos...

Entraron en el rellano y bajaron el piso que les separaba de su habitación por las escaleras.

Llegaron a la puerta y Lorenzo sacó la tarjeta del bolsillo de su americana.

La acorraló contra la pared y rozó su nariz con la suya antes de volver a besarla.

—¿Estás segura? —susurró entre jadeos.

Marina ardía consumida por el deseo.

—Abre, por favor... —suplicó antes de volver a besarle.

01:29h

Entraron a trompicones en la habitación besándose de una forma cada vez más violenta.

Lorenzo recorría el hueco de su garganta con su lengua y Marina hundía sus manos en su pelo tirando de él. Jadeaban y respiraban el uno sobre el otro robándose el aliento.

Le quitó la chaqueta y le sacó la camisa por fuera de los pantalones metiendo sus manos por debajo para sentir el contacto de su morena piel en sus dedos.

Lorenzo se aflojó la corbata y tiró de ella por encima de su cabeza. Se desabrochó el primer botón y Marina tomó el relevo ansiosa por besar su pecho. Ese pecho con el que soñaba desde el día que le conoció.

Podía notar su tensión a través de sus pantalones chocando con su vientre.

Volvió a besarle pasando la mano por sus pectorales y frotándose contra su erección.

Lorenzo dejó de besarla y le dio la vuelta poniéndola de cara a la pared. Se arrodilló detrás de ella y comenzó a subir rozándola con su lengua lentamente por su tobillo derecho, su pantorrilla y su muslo, mientras con las manos iba levantando el vestido de terciopelo negro que se había puesto esa tarde. Al llegar a la altura del culo se paró y metió su mano izquierda por dentro de las bragas de encaje que cada vez estaban más húmedas, mientras con la otra recorría su vientre en busca de sus pezones. Primero uno. Después el otro y vuelta a empezar.

Marina respiraba con dificultad y la cabeza le daba vueltas.

«Dios mío, joder... estoy a punto de estallar, cada vez me estoy mojando más».

Notaba un calor que subía desde los pies hasta la vagina, luego volvía a subir hasta sus pechos, hasta su boca, y seguía hasta rebotar



en sus oídos y vuelta a empezar.

Como un boomerang.

—Ohh... Lorenzo. —jadeó.

Lorenzo consiguió bajarle un poco más las bragas y con los dedos se abrió camino entre sus piernas llegando a su sexo, separando sus labios y hundiéndolos en él.

Marina saltó como un resorte y lanzó un gemido que Lorenzo ahogó colocándole su otra mano en la boca. Siguió frotando con la mano su vagina y su clítoris un par de veces más y sin previo aviso, en un giro, le dio la vuelta poniéndola de frente a él. La miró durante tres segundos con los ojos turbios por el deseo y se lanzó a por sus labios, mordiéndolos primero muy despacio antes de introducir la lengua de nuevo en su boca.

«¡Ohh, Dios!, me explotan las sienes».

El contacto de la lengua de Lorenzo con la suya le provocó un cortocircuito y sintió como su estómago se encogía.

Se separó y le miró, colocando sus manos a la altura de su cintura agarrándolo con fuerza, mientras él sacaba la mano de su vagina y la cogía por la nuca. Con la otra mano libre, Lorenzo bajó la cremallera de su vestido y éste resbaló por sus piernas hasta el suelo.

Marina movió sus manos hacia delante desabrochó el cinturón de su pantalón, el botón y la cremallera. Sentía la erección de Lorenzo y no podía esperar más para tener su miembro en las manos primero y en su boca después.

Le bajó rápidamente el pantalón y metió la mano en el calzoncillo consiguiendo liberar su pene.

Una punzada recorrió su columna, como un latigazo, cuando con sus dedos rozó la polla de su amante sintiéndola cada vez más hinchada y poderosa.

Marina se arrodilló instintivamente, contempló aquella maravilla con el glande hinchado apuntándola a la altura de la cara y no pudo evitar metérsela en la boca. Con un movimiento rítmico comenzó a chupar.

Lorenzo la cogió por la cabeza y enredó ambas manos en el cabello masajeando su cráneo y llevándolo adelante y atrás, acompañando el

ritmo de Marina.

—Ohhh... —lanzó un gemido entrecerrando los párpados— ¡Joder, Marina...! Como sigas así me voy a correr en tu boca. Sube. —le ordenó.

Cogió su cara con ambas manos y la ayudó a incorporarse besándola en la boca con ansia y metiéndole la lengua hasta lo más profundo de la garganta, recorriendo sus labios por fuera y por dentro con rapidez, mientras con su polla buscaba la entrada de Marina cada vez más húmeda.

Llevó las manos hasta su cintura y le bajó las bragas hasta las rodillas. Marina movió las piernas instintivamente para terminar de bajárselas, mientras Lorenzo le desabrochaba con una mano el sujetador y con la otra la rodeaba por la cintura para atraerla más hacia sí.

Marina ya no podía pensar.

La atracción era tan fuerte, que ahora mismo, allí, en aquella habitación de hotel a más de 2.000 km de casa ya no existía nada más.

Sólo ellos dos y su deseo.

No se estaban quemando. Se estaban abrasando.

Consiguió zafarse un momento de Lorenzo y le miró con una lujuria que no acertaba a comprender.

Terminó de quitarle la camisa echándola hacia atrás con fuerza y recorriendo los torneados músculos de sus brazos.

«Dios... ¡es perfecto!».

Tenía el cuerpo esculpido por las horas de gimnasio y sus brazos eran fuertes, musculosos y bronceados como el resto de su piel aceitunada.

Este hombre la estaba llevando a la locura.

Terminó de sacarse los pantalones y los bóxers mientras Marina le observaba.

La cogió de la mano y la llevó al borde de la cama.

Marina tragó saliva y dejó atrás las bragas, caminó dos pasos y se quitó las sandalias, subiendo una pierna primero y la otra después.

Lorenzo la giró poniéndola frente a él y comenzó otra vez a besarla por los pies subiendo hacia su sexo, esta vez libre para ser explorado. Apoyó sus manos en las caderas de Marina y hundió la cabeza entre sus muslos buscando entrar con la lengua en su vagina.

Cuando la encontró comenzó a moverla por los lados primero con mucha suavidad y parsimonia un par de veces hasta que se hizo un hueco y comenzó a explorar su interior.

Marina ya no podía más.

Su sexo no dejaba de lubricar y estaba lista para ser penetrada.

Le retiró la cara y sentándose en la cama abrió sus piernas para mostrarse totalmente ante él.

Lorenzo se incorporó y se tumbó sobre ella separándole más los muslos con su rodilla.

El contacto de sus cuerpos desnudos provocó una nueva descarga entre ellos. Marina se apoyó en sus codos y contempló la escena aturdida como estaba por el deseo. El cuerpo de Lorenzo sobre el suyo, con su miembro erecto apuntándola directamente era una visión turbadora y excitante a partes iguales.

Lorenzo la empujó suavemente y Marina cayó sobre su espalda en la cama, subió los brazos por encima de la cabeza y se dejó llevar. Ahora ya estaba perdida totalmente. Estaba cruzando la línea y ya no había vuelta atrás.

Lorenzo comenzó a besarle el cuello, el pecho, un pezón, luego el otro, bajaba hasta su vientre y hasta el inicio de su monte de Venus y volvía a subir buscando su boca húmeda y ardiente arrastrando su lengua por todo su cuerpo en círculos como si fuese un tizón, mientras con el glande de su pene presionaba la vagina de Marina buscando abrirse paso en su interior.

Marina jadeaba y gemía. No podía pensar. No podía respirar. Estaba a punto para recibir a su amante. Estaba lista.

—¡Ohh... Lorenzo!... ¡Fóllame!... ¡Ahora!... ¡Por favor! —gimió.

Se asió a las caderas de Lorenzo y mirándole le sujetó fuerte las nalgas y empujó hacia ella.

Lorenzo se hundió en Marina y la penetró hasta el fondo soltando un gruñido.

Marina arqueó la espalda y comenzó a retorcerse y a gemir acompañando el movimiento de Lorenzo con su cuerpo.

Continuaron moviéndose uno sobre el otro, gimiendo, besándose, mordiéndose, chupándose... hasta que Marina explotó.

Una ola comenzó a sacudir sus caderas y su vientre penetrando en su sexo y dando vueltas hasta que se desbordó y fue derramándose por cada célula de su cuerpo.

Marina gritó y se arqueó clavándole las uñas con fuerza en la espalda, lo que provocó que Lorenzo llegase también al clímax, empujando cada vez más fuerte y gritando hasta vaciar toda la carga de sus testículos en su interior.

Apoyó su frente sudorosa en la de ella y se sujetó sobre los codos para no aplastarla con su peso. Quería continuar dentro de esa mujer. No quería que se acabase. Quería seguir disfrutándola un poco más.

—¡Ohhh, Marina...! ¡Uff! ¡Ha sido increíble!... Joderrr...

Marina tampoco quería que se acabase y levantó un poco más la piernas para rodearle con más fuerza.

Le besó con ternura acariciándole el pelo.

Seguía mareada por el orgasmo tan potente que acababa de experimentar y por la visión de Lorenzo encima suya.

Poco a poco el miembro de Lorenzo se fue deslizando hasta salir fuera de su cuerpo.

La besó en la frente varias veces antes de echarse a un lado de la cama.

Arrastró las sábanas para taparse y ofreció su brazo a Marina para que se acurrucase en él.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y le pasó la pierna por la cintura.

Lorenzo le acariciaba el pelo besándola con delicadeza.

—Joder, Marina... Ha sido increíble... Increíble... —seguía susurrando.

02:17h

Marina le pasaba los dedos por el pecho dibujando surcos imaginarios. Sentía su piel caliente y húmeda. Podía notar los latidos de su corazón retumbando en su mejilla.

Lorenzo se inclinó un poco sobre ella y la besó de nuevo en la frente. Le acarició la barbilla con el índice besándole los párpados y la punta de la nariz.

—Mmm... Pequeña... Eres maravillosa... Tan dulce... Mi dulce Marina...

Se giró un poco más estrechándola y enredando su pierna con la de ella.

Marina se agarró con más fuerza a él ocultando la cara contra su pecho.

No sabía muy bien lo que acababa de hacer.

Lo que acababa de pasar en aquella habitación. Jamás había hecho una cosa así. Nunca se lo había siquiera planteado. Era algo que no creía que pasaría nunca. Y ahora que había ocurrido, no sabía cómo manejarlo.

Pero había tomado una decisión.

—Lorenzo... Yo... —intentó hablar con la cara escondida entre su pecho sintiendo que la vergüenza se apoderaba de ella.

—Shhhh... No digas nada. No tienes que decir nada. —se giró más cogiéndola por el mentón y colocándose de nuevo encima— Todo está bien, Marina. Todo está bien. —la besó con ternura en los labios — Eres una mujer maravillosa.

Marina le sonrió y le rodeó con sus brazos atrayéndolo y besándole apasionadamente.

Se movieron al compás del beso acoplándose el uno en el otro, mientras el miembro de Lorenzo volvía a ponerse erecto.

Marina le sostuvo la cara con ambas manos y le miró divertida sonrojándose. Abrió de nuevo las piernas y le empujó en su interior.

Lorenzo la penetró mientras la besaba, esta vez con delicadeza, poco a poco, saboreándola lentamente. Empujaba despacio pero cada vez más profundo, llegando al fondo de su vagina golpeándola con sus testículos y rozando su clítoris a la vez.

Marina empezó a temblar y a jadear emitiendo suaves gritos que Lorenzo aplacaba con sus labios. Se tensó y un nuevo orgasmo se apoderó de ella devorándola como una bestia que salía de sus entrañas.

—Ohhh... Marina... Eres... Ohhh... —Lorenzo sintió las contracciones

en su polla y eyaculó de nuevo gritando esta vez mientras la sujetaba por las muñecas clavando sus manos contra el colchón.

—¡Joder, Marina!... Joder... ¡Esto ha sido increíble!... —se dejó caer a su lado estirando la sábana que había quedado enredada en sus piernas. Tenía el pelo húmedo y las gotas de sudor bañaban su frente.

—Dios, Lorenzo... Dios... —subió la sábana tapándose la cara. Tenía las mejillas encendidas y el cuerpo sudoroso. Respiraba entrecortadamente— ¡Joder!...

—¡Hey!... —Lorenzo se puso de lado sujetándose la cabeza con la palma— ¡Hey!... —metió la mano por debajo y la agarró por la cintura zarandeándola mientras sonreía.

—No me mires, Lorenzo, por favor... No me mires.

—¿Por qué no voy a mirarte? Si estás preciosa. No seas tonta. —le pellizcó el vientre haciéndole cosquillas y Marina dobló las piernas en un acto reflejo bajando la sábana y descubriendo su cara.

Se giró hacia él mirándole con una mezcla de vergüenza y picardía. Como una niña a la que han pillado haciendo una travesura.

Se acercó a ella pegando sus labios a su oreja y le susurró.

—Quédate a dormir... No te vayas... Por favor.

—Sí... Me quedaré... No quiero irme.

Lorenzo siguió cubriéndola de diminutos besos mientras Marina se acurrucaba contra su cuerpo.

«Dios mío... ¡qué acabo de hacer!...».

«Joderrrr... ¡qué coño acabo de hacer!...».

No pudo pensar mucho más.

Su cuerpo y su mente estaban exhaustos y se durmió en sus brazos, agotada por la tensión y el esfuerzo de todo el día.

Lorenzo estiró la mano con cuidado para no despertarla y apagó la luz de la mesita.

Él también se durmió enseguida, con Marina acurrucada en el hueco de su cuerpo.

25 de mayo, jueves.

07:15h

No habían corrido las cortinas opacas y la luz del sol comenzaba a colarse por las ventanas de la habitación.

Lorenzo abrió los ojos y tardó unos segundos en reaccionar y darse cuenta de que era Marina quien dormía a su lado.

Se había girado y estaba de espaldas a él, completamente desnuda con su larga melena castaña cubriendo parte de su espalda. Tenía la sábana enredada en la cintura y había sacado una de sus piernas por fuera.

«¡Guauu!... joder... es preciosa... preciosa...».

Se levantó con cuidado de no despertarla y fue al cuarto de baño. Se fijó en el vestido tirado en el suelo y en las sandalias desparramadas por la habitación y sonrió recordando la noche anterior.

Abrió la ducha y se aseó. Salió con una toalla en la cintura y recogió las prendas de Marina colocándolas con cuidado encima de uno de los sofás de la habitación.

Marina todavía dormía.

Se sentó en la cama a su lado y le acarició la cabeza besándola en la frente y en la mejilla.

Marina se revolvió y entreabrió los ojos.

—¡Buenos días, signorina!

Marina dudó unos segundos mirando a su alrededor tratando de reconocer la habitación hasta que se dio cuenta de dónde estaba.

Antes de que le diese tiempo de sentirse mal Lorenzo la besó en los labios.

—Shhh... Tranquila... Está todo bien... No te preocupes... Tranquila, pequeña. —volvió a besarla y a recolocarle los mechones que le rodeaban la cara.

Marina sonrió y se incorporó en la cama pasándole la mano por el pelo y atrayéndolo hacia ella para besarle de nuevo.

—Gracias, Lorenzo. De verdad, gracias. —le cogió la mano besándola y colocando la palma en su mejilla. Respiró hondo y

consiguió dominar los latidos de su corazón que comenzaba a desbocarse de nuevo— ¿Qué hora es? —preguntó tensándose con un gesto de preocupación.

—Tranquila. Son poco más de las siete y media.

—Ufff... —se recostó de nuevo contra el cabecero.

—Tenemos tiempo de desayunar con calma y después te llevaré a tu hotel. Hoy tienes una reunión importante.

—Y tanto... Joder... Y tanto... —arrastró la sábana para rodearse con ella y levantarse de la cama— Voy a ducharme. ¿Me deja pasar, cavalieri? —sacó las piernas fuera mientras recolocaba la tela para cubrir su cuerpo.

Lorenzo se apartó un poco y la miró divertido.

—¿Qué haces? Vas a conseguir enredarte y hacerte un chichón.

—¿¡Perdona!?! —le lanzó una mirada inquisidora.

—Pues eso. ¡Joder, Marina! ¡Que ya te he visto desnuda!

—¿Y...? —le dio un pequeño empujón en el hombro— ¿Qué pasa si no quiero que me veas ahora a la luz del día?

—Lo que tu digas... —se levantó dándole la espalda sacudiendo la cabeza y poniendo los ojos en blanco— Pasa, pasa... No miraré... ¡Pero si eres una mujer preciosa!

Marina saltó de la cama y se fue al baño dejando la sábana atrás.

—Puedo pedir el desayuno mientras te duchas. ¿Qué te apetece? —se giró mientras le preguntaba.

—¡¡Lorenzo!! ¡Qué te he dicho! ¡No mires!

—¿Por...? ¿Qué pasa? —se acercó a ella antes de que consiguiese alcanzar la puerta del baño y la acorraló contra el marco.

La cogió por las caderas y pegó su frente a la suya.

—A ver... Que-te-gus-ta-de-sa-yu-nar. —le clavó los ojos, comenzó a besarle el cuello y a bajar por el hueco de su garganta apretando sus dedos cada vez más en la piel de sus caderas.

—¡Jajajaj!... ¡Para!... Que me haces cosquillas... ¡Para, por favor!

—Marina trataba de zafarse del acoso pero no lo conseguía— ¡Lorenzo!... Ahhh... Dios... ¡Lorenzo! —se retorció un poco más, le cogió la cara con las manos y le besó separándolo a continuación.

—¡Lorenzo!



—¿¿Quéee??

—¡Que tengo que hacer pis!

Lorenzo le dio un beso en la frente y la soltó.

—Está bien. Pediré el desayuno.

Abrió la ducha y se metió debajo del chorro de agua caliente. Se sentía como en una nebulosa. Era una sensación extraña. Sabía que lo que estaba haciendo no estaba bien y notaba una sensación de náusea y angustia, pero a otra parte de ella le gustaba, le hacía sentirse poderosa, libre, independiente.

No quería renunciar a ese sentimiento. A ese poder.

Lorenzo la volvía loca y le hacía perder el control cada vez que estaba con él.

Lo perdía siempre.

Hasta esta noche en la que volvió a recuperarlo y tomó una decisión: cruzar la línea. Ahora mismo no quería pensar demasiado. Quería seguir disfrutando y explorando a dónde la llevaría ese nuevo camino y qué es lo que había al otro lado. Quería saber dónde sería capaz de llegar con Lorenzo.

Terminó de ducharse y se arregló el pelo recogidoselo con un coletero que llevaba en el bolso. Se puso el albornoz del hotel y salió del baño.

La habitación de Lorenzo era un poco más grande que la suya y tenía una pequeña salita con un par de sofás y una mesita baja. En una de las esquinas del dormitorio había una mesa redonda con sillas para comer. También tenía un escritorio y una terraza. La cama era king-size con un cabecero de capitoné en piel de color beige. La decoración era mucho más clásica que el hotel de Marina pero muy comfortable.

El olor del café inundó la estancia.

En la mesa había dos bandejas con el desayuno que Lorenzo había pedido a recepción.

Estaba encima de la cama, recostado contra el cabecero, sorbiendo su bebida y consultando la edición del Tribuna en su iPad. Seguía llevando solamente la toalla alrededor de la cintura.

Marina le echó una visual mientras preparaba su café y no pudo evitar sentir un latigazo en su sexo obligándola a apretar los muslos involuntariamente.

«Dios... ¡qué sexy está!...».

Recordó las cosas que habían hecho la noche anterior y se mordió el labio conteniendo el deseo que comenzaba a subir sin pedir permiso por sus piernas.

—Ah... Ya estás aquí. —Lorenzo levantó la vista y apartó la tablet al verla— A ver qué te parece. He pedido tostadas integrales, con mozzarella y tomate fresco. ¿Bien?

—Sí, sí lo he visto. Genial. Eres un amor. De verdad. No paras de mimarme... Mmmm.

—¡Jajaja! No te fíes. Eso es porque quiero algo de ti.

—Nooo... ¿De verdad?... ¡No te creo! —dijo un sorbo a su café y fue hacia la cama. Colocó la taza en la mesita y se sentó a horcajadas encima de él.

Apoyó las palmas de las manos en su torso desnudo acariciándole despacio.

«Mmmm... joder... ¡qué bueno está!».

Sonrió con una mirada traviesa y le pasó la mano por la nuca enredándose en su pelo todavía mojado y alborotado.

Le encantaban esos mechones grisáceos.

Le besó mordiéndole el labio inferior saboreándolo despacio.

Lorenzo le abrió el albornoz recorriendo con un dedo la piel de su cuerpo hasta llegar a sus muslos sujetándolos con ambas manos.

Marina se balanceó encima de él y desató la toalla que le cubría, dejando su enorme erección al descubierto apoyada sobre su vientre.

—Joder, pequeña... ¡Estoy empalmadísimo!... Buff... ¿Ves lo que me haces?

La cogió por la nuca y la arrastró hasta sus labios metiéndole la lengua por cada rincón de su boca.

Lorenzo sentía la humedad de Marina mojándole y eso le excitaba todavía más.

—Lorenzo... —gimió— Lorenzo...

—¿Qué?... ¿qué?...

—Ahora voy a follarte yo a ti...

Se agarró a sus hombros para mantener el equilibrio y levantó un poco el culo buscando su polla.

Él se movió hacia delante y encontró su abertura rebosante de flujo y lista para ser penetrada. En un movimiento Marina clavó el pene en su interior sintiendo un dolor sordo que enseguida se transformó en un placer indescriptible.

—¡Ahhh!... ¡Dios, Lorenzo!... Dios... —se agarró más fuerte a sus musculosos hombros y comenzó a subir y a bajar sintiendo toda la erección de Lorenzo en su interior. Con cada movimiento se le cortaba la respiración y sólo acertaba a gemir en su oreja.

—¡Joder!... Marina... Joder... ¡La puta!... Me pones a cien... Me pones a cien, pequeña... —Lorenzo la sujetaba con fuerza por las caderas, hundiendo los dedos en su carne, haciéndola rebotar arriba y abajo mordiendo y lamiendo sus pezones endurecidos por el placer.

Marina sintió que el orgasmo se apoderaba de ella y comenzó a tensarse y a subir y a bajar con más rapidez gritando cada vez más fuerte.

Lorenzo empezó a notar su excitación y le sujetó la cabeza, pegando su cara a la suya y clavándole sus oscuros ojos trastornados por el deseo.

—Vamos, pequeña... Vamos... ¡Córrete para mí! —le mordía los labios enredando su mano con más fuerza en el pelo— Vamos... Córrete... ¡Córrete, Marina!

Oír a Lorenzo fue demasiado para ella. De repente dejó de respirar y un volcán surgió de su vientre arrojando lava y piedras por todas sus células. Gritó y se retorció hasta que no quedó un hueco de su cuerpo sin abrasar.

Sentir su orgasmo encima de él hizo que se volviese loco y explotase, liberando todo su semen en un estallido que parecía no tener fin. Su polla no dejaba de contraerse expulsando un torrente de líquido cada vez, hasta hacer rebosar la vagina de Marina.

—¡Hostiasss!... Joder.. Marina... Joder... Joder..

Permanecieron abrazados con sus cuerpos sudorosos mientras sus corazones y su respiración volvían poco a poco al ritmo normal.

—¡Dios bendito!... ¡Ufff!... ¡Qué manera de empezar el día!... Joder, Lorenzo... Joder... —se abanicó con la mano y acercó el albornoz para secarse las gotas de sudor que resbalaban entre sus pechos.

—¡No me importaría nada empezar todos los días así! —le retiró algunos mechones de la cara pasándole el dorso de la mano por la mejilla— ¡Eres una Diosa!... Joder... ¡De verdad!

Se besaron de nuevo antes de levantarse para ir a la ducha por segunda vez.

—¡Cómo sigamos así, no voy a llegar nunca a mi hotel! —Marina le dio un beso antes de cerrar la mampara y meterse de nuevo bajo el chorro de agua caliente.

«Ufff... qué pasada... Dios... me tiemblan las piernas... este hombre es increíble... ¡la madre que lo parió!...».

Terminaron de vestirse y se tomaron otro café.

Ahora ya no existía esa tensión entre ellos, ni las frases con doble sentido. Habían descubierto sus cartas y estaban jugando su partida. Simplemente se divertían y dejaban que lo que fuese que había entre ellos fluyera sin impedimentos.

Bajaron a la recepción y pidieron un taxi.

—No hace falta que me acompañes, de verdad, Lorenzo.

—Ya sé que no hace falta, pero quiero hacerlo. Quiero besarte un rato más antes de despedirte. —le dio un beso en el cuello mientras la cogía por la cintura y la estrechaba contra él— Mmmm... Me encanta este vestido.

—Sí, ya... ¡Es ideal con estos taconazos para salir a las diez de la mañana! Anda qué...

—Bueno, pues a mí me gusta... ¡Sobre todo la parte de cuando te lo quito! —le susurró al oído.

—Serás... —le dio un manotazo y le miró entrecerrando los ojos. Subieron al taxi y se dirigieron al JK Place.

10:06h

—Bueno, preciosa. Descansa un rato y ve tranquila a la reunión. ¡Te traes el contrato seguro! ¡Ya lo verás! —Lorenzo la abrazó y la besó en la frente— Venga, vete ya. Si no, voy a acabar subiendo a tu habitación ¡Jajaja!

—Nooo... Ni de coña. Suéltame. ¡Jajaja! —se separó de él intentando ponerse seria sin conseguirlo.

—¿A qué hora es la comida?

—Hemos quedado a la una y media en el restaurante del Grand Palace, en la Via Veneto.

—Buen lugar para una comida de negocios. Bueno, tranquila, ¿vale?. De verdad, Marina, tranquila.

—No pasa nada, Lorenzo. Estoy bien. No te preocupes por mí. Lorenzo le cogió las manos y se las besó con dulzura.

—Te llamo por la tarde. ¿De acuerdo, pequeña?

—Ahá...

—Tendremos que salir a celebrarlo, ¿no? —volvió a besarle las manos.

—Me encantaría. —le guiñó un ojo lanzándole un beso mientras soltaba las manos.

Entró en el hotel y subió a su habitación.

Cerró la puerta, se quitó las sandalias y se tiró en la cama.

A su mente comenzaron a acudir imágenes de Lorenzo, de Ernesto, de sus hijos, de la agencia...

«¡No!».

Se levantó y se fue a la ducha mientras se quitaba el vestido.

«Ahora sólo me interesa una cosa».

«Carpini y su cuenta».

«Y es en lo único que voy a pensar».

10:26h

Puso música para obligarse a no pensar y se metió de nuevo en el agua. Se lavó el pelo y se frotó el cuerpo con cuidado. Se fijó en tres

pequeñas marcas circulares que tenía en una de sus caderas. Eran los dedos que Lorenzo le había clavado esa mañana.

«Joder... ¡este hombre es una puta máquina de follar!».

Salió de la ducha y se enrolló una toalla al cuerpo mientras se secaba el cabello.

Se hizo una coleta alta muy tirante y se aplicó un aceite capilar para pulir el peinado y darle brillo.

Preparó otro café mientras ordenaba las carpetas de trabajo y encendía el iPad para dar un último repaso a las propuestas.

Echó un vistazo al móvil y vio un mensaje de Ernesto.

### **AA Ernesto\_08:32**

Buenos días, amor. Estoy ya en el juzgado.

Este juicio va a acabar con nosotros. Los niños están bien. Tu madre ha venido a casa para llevarlos al cole y por la tarde los recogerá ella también.

No sé a qué hora saldremos hoy de la sala, pero supongo que como ayer. (cansado).

Hoy es tu gran día. Mucha suerte, aunque no la necesitas. ¡Eres una campeona y te vas a traer esos contratos! Y luego iremos tú y yo a celebrarlo.(copas brindando).

Te quiero. Hablamos por la tarde. Besos.

(3 besos, trébol, billetes)

Se llevó el móvil al pecho y sintió como el estómago le desaparecía.

«Joder...».

«Se te fue la olla... ¡se te acaba de ir la olla pero bien!...».

«¿En qué hostias estabas pensando?».

«Jodeeeerrr, Marina... joderrrr».

Abrió la puerta de la terraza y se sentó para que le diese el aire.

Le costaba respirar y su estómago seguía sin aparecer. Tenía un hueco frío en su lugar.

«Bueno... a ver... cálmate... cálmate ya».

«Lo hecho, hecho está. No le des más vueltas. ¡Ahora no!».

### **Marina\_11:12**

Buenos días amor. Estoy preparando la reunión.  
Me he levantado tarde por eso no he visto tu mensaje.  
Estoy un poco nerviosa pero bueno... intentaré  
hacerlo lo mejor que pueda. Hablamos por la tarde.  
Yo también te quiero. Cuídate. Un beso. (2 besos)

Pulsó la tecla de enviar y tiró el teléfono encima de la mesa como si quemase.

«Joderrr... te quiero... y me acabo de follar a otro... pues, ¡qué bonito!».  
«¿Cómo coño se lo voy a explicar si ni yo misma lo entiendo?».

Cerró los ojos y dejó que el sol la reconfortase estirándose en la silla. Poco a poco fue recuperando la temperatura y calmándose. Respiró hondo un par de veces y decidió trabajar un rato antes de vestirse.

«Voy a centrarme en el trabajo... que aún por encima voy a joder el contrato, verás».

12:24h

Cerró la carpeta y apagó el iPad. Guardó todo en una funda y lo metió en el bolso que había comprado el día anterior. Tenía el tamaño perfecto para llevar los documentos y la tablet sin resultar aparatoso.

Se maquilló, se perfumó y se puso el conjunto que había elegido para la reunión. Un traje de chaqueta blanco con la falda a la altura de las rodillas de guipur troquelado. La americana era muy entallada, sin solapas y con los bajos en guipur, igual que la falda. Lo combinó con un top lencero de raso en color azul turquesa, similar al bolso. Se calzó unos stiletos de piel de pitón en tonos grises y azules. Cogió un reloj de estilo clásico, unos pendientes cortos y un fino colgante de brillantes a juego.

Terminó de preparar el bolso y desconectó el iPhone de su cargador. Miró la hora y decidió bajar para dar un paseo antes de coger un taxi. Necesitaba estirar las piernas y despejar un poco la cabeza. Llegó a la calle, se puso las gafas de sol y echó a andar hacia la Plaza Navona.

Un grupo de chicos la piropearon al pasar y Marina no pudo evitar sonreír. Comenzó a sentirse bien, animada y segura.

Escuchó el pitido de un mensaje y buscó el móvil.

Lorenzo acababa de mandarle un WhatsApp.

El corazón le dio un brinco y se le dibujó una sonrisa en la cara.

Abrió la pantalla para leerlo.

**Lorenzo\_12:58**

¡Hola, signorina!

Gracias por una noche increíble.

Perdona, pero no puedo dejar de pensar en ti. (mono con ojos tapados)

Enséñale a esos italianos de lo que eres capaz. (bíceps)

Te llamo por la tarde.

Un beso preciosa. (5 besos)

Se le aceleró el pulso y se puso colorada al recordar sus labios y sus manos sobre ella.

«Ayyyy... ¿pero qué voy a hacer contigo, Lorencito...?».

«Bueno... sí sé lo que voy a hacer... ¡jajajaj!».

**Marina\_13:00**

¡Hola, cavaliere!

**Marina\_13:01**

Cara feliz

**Marina\_13:01**

Un beso... y por supuesto que voy a enseñarle a esos italianos de lo que soy capaz... no lo dudes. Hablamos. (Guiño, beso)



Doble tic azul.

«¡Jajaja! acaba de leerlos».

Guardó el móvil en el bolso y continuó caminando por las calles de Roma.

Tenía un extraño sentimiento de seguridad y fuerza que salía de su interior.

Había cambiado la percepción de sí misma.

Ahora sentía que podía hacer cualquier cosa que se propusiese y esa sensación le gustaba. Le gustaba mucho.

Saber que un hombre tan atractivo como Lorenzo la deseaba le provocaba un efecto de empoderamiento que borraba cualquier rastro de vergüenza o de culpa.

13:23h

Entró en el hotel y atravesó la recepción para dirigirse al restaurante. Caminó por los brillantes suelos de mármol con un porte elegante y seguro que hacía que todos los que se encontraban en la sala se girasen al verla pasar. Perfectamente peinada y maquillada estaba absolutamente radiante.

Llegó al interior del Cadorin y se acercó al encargado que ocupaba el mostrador de las reservas.

—Buongiorno, signora!

—Buongiorno! Una riserva dal Signore Carpini, prego.

—Si, per favore, qui.

Le hizo una señal a uno de los camareros que esperaban en la sala para que se acercase a ellos.

—Marco, accompagna la signora, tabella 27, prego.

El restaurante Cadorin del Grand Palace era un lugar realmente exquisito.

Su nombre se debía a los frescos que el artista Guido Cadorin había pintado en los diferentes muros del edificio. Rodeado de color y glamour representaba lo más exclusivo de Roma. Comer allí era simplemente maravilloso.

Cruzaron el salón y llegaron a la mesa. Piero Carpini ya estaba allí con dos hombres más.

«Bueno, pues allá vamos».

—Buongiorno, Marina! —Piero se levantó y saludó a Marina estrechándole la mano y dándole un beso en la mejilla— Sono felice di vederti! come stai? come sta Daniel?

—Buongiorno, Piero! ¡Yo también me alegro de verte! Daniel te manda saludos y te pide disculpas por no haber podido venir. Pero ya sabes. Los negocios.

—Sí. Daniel, non riposare mai!

Carpini se volvió hacia los dos hombres que le acompañaban.

Estos se levantaron a la vez y rodearon la mesa para acercarse a Marina.

—Ti presento a Enzo Carpini, è mio fratello!

—¡Ah! ¡Tu hermano! Encantada. Es un placer, señor Carpini.

—Il piacere è mio, signora. —le cogió la mano y se la besó mirándola fijamente y sonriendo— Hai molto buon gusto! —señaló el bolso de Marina con un gesto de aprobación.

—Grazie mille! señor Carpini.

«Bien... primer gol... ¡se han fijado en el bolso!».

—Prego, llámame Enzo. No soy tan viejo como mi hermano, ¡jajaja!

—De acuerdo, Enzo. Nos tutearemos entonces.

Marina se giró hacia el otro hombre.

—Y este es mi director de ventas. Enrico Petricci.

—Mucho gusto, señora Estrada. ¡Estaba deseando conocerla! —le estrechó la mano con fuerza.

—El gusto es mío, señor Petricci. —respondió al apretón y le sostuvo la mirada con una sonrisa.

—Por favor, puedes llamarme Enrico también.

—Está bien, Enrico. Así lo haré entonces. Descuida.

Se sentaron, pidieron la comida y Enzo eligió el vino.

Piero Carpini era amigo de Daniel y Marina le calculaba la misma edad que él, más o menos, unos 64 o 65 años. Era un poco más bajito que ella, algo regordete y de aspecto amable, con el pelo blanco y

peinado hacia atrás. Tenía unas gruesas gafas de pasta negras, al más puro estilo italiano y vestía un traje gris de corte impecable con pañuelo y corbata a juego.

Enzo parecía unos años más joven, tenía el pelo muy negro, engominado y peinado con la raya al lado. Vestía más sport que su hermano, con pantalón de pinzas azul y americana de lana fina con coderas grises y pañuelo a juego.

Enrico era el más alto y espigado de los tres, tenía una calva bastante pronunciada y llevaba el pelo muy corto. Lucía una barba también canosa, posiblemente para compensar la falta de pelo en la cabeza. Vestía como Piero, un traje clásico en azul marino, con corbata roja, pero sin pañuelo.

Charlaron durante la comida mezclando italiano y castellano logrando entenderse sin problemas.

Los tres eran muy amables y Marina se sentía muy cómoda con ellos.

—¿Y tú, te dedicas al negocio familiar con Piero?

—No, que va. Bueno, le ayudo algunas veces, como buen hermano, pero yo dirijo mi propio negocio.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata?

—Pues tengo unas bodegas en la zona del Piamonte.

—Vaya... ¡Qué interesante! —dijo Marina posando su copa— No conozco demasiado esa zona.

—Sí. Pues es muy bonita y hacemos unos caldos estupendos. De hecho el vino que estás bebiendo ahora mismo ha salido de mis bodegas.

—¿En serio? Caramba... Pues está muy, muy bueno. De verdad, Enzo.

—Sí, está bueno sí. Es un Barbaresco con mucho cuerpo. Y tenemos un Barolo mejor todavía. —cogió la botella para mostrarle la etiqueta — Lo producimos con la variedad Nebbiolo, seguramente la mejor uva de Italia. Ahora estamos intentando cultivar y producir Moscato Bianco... y en ello andamos.

Marina hizo un gesto de sorpresa y aprobación.

—Aquí, mi hermano pequeño, que le gusta innovar y no para un segundo —respondió Piero palmeando el brazo de Enzo.

—Por ese Moscato, que estoy deseando probar, Enzo. —Enrico

asintió también y levantó su copa haciendo un gesto de brindis antes de acabársela. —Espero que no trates de envenenarnos como la última vez, ¡jajaja!

Marina frunció el ceño divertida y le miró esperando una respuesta.

—Bueno, es que antes de que la cosecha salga buena, hay que hacer muchas pruebas. ¡Jajaja!

—Sííí... ¡Y nosotros somos sus conejillos de indias! —remató Enrico. El camarero retiró los platos y tomó nota de los cafés.

—Bueno señores, y ahora si me lo permiten, vamos a hablar un rato de negocios. Hay algunas cosas que me gustaría enseñarles.

—Marina puso el bolso sobre la mesa con el logotipo de Carpini mirando hacia Piero y sacó la funda con los documentos y su iPad.

—¡Bonito bolso! —volvió a decir Piero.

—Sí que lo es, sí. —lo levantó un poco en el aire observándolo antes de volver a dejarlo en la silla donde lo tenía— Y de una calidad excepcional. Créeme Piero... que de llevar bolsos sé un poco, ¡jajaja!

—¡Me gusta esta mujer! —dijo levantando la vista hacia su hermano y hacia Enrico— No tiene pelos en la lengua y no tiene reparos en decir lo que piensa. Está bien Marina. Te escuchamos.

—De acuerdo. —Marina desplegó la documentación sobre la mesa y encendió su iPad apoyándolo en su funda para que todos pudiesen verlo— He trabajado con mi mejor equipo, el mismo que diseñó las anteriores campañas, y he estado en una de tus tiendas, además de estudiar a la competencia.

—Me gusta tu estilo, Marina. —apuntó Enrico arrimándose más a la mesa y apoyando ambos brazos en ella con gesto de atención.

—Ya te dije que te iba a gustar. Te lo dije.

Marina sonrió y continuó con su explicación. Dibujó diagramas con el lápiz táctil en la pantalla y combinó gráficos y slogans con colores de anteriores proyectos y con otros nuevos, un poco más arriesgados, pero muy rompedores.

—Me gusta. Sí. Me gusta, Marina. —Piero se recostó en la silla mirando a su jefe de ventas— ¿Tú que opinas?

—Pues a mí también me gustan mucho sus propuestas. —asintió recolocándose en la silla— No sé, tienen ese toque fresco y

desenfadado que estamos buscando, sin perder la clase por la que nos conocen. Creo que además la nueva línea joven encajaría a la perfección con la última de las mostradas. —se llevó la mano a la barbilla en actitud pensativa— El slogan y las tipografías me parecen muy acertadas... Sí... Yo creo que han acertado de lleno.

—¡Muchísimas gracias, de verdad! Me alegro mucho de que os gusten las propuestas. Mis chicos lo han dado todo.

—Bueno, Marina, no te quites méritos. ¡Has hecho un trabajo magnífico! —Piero se adelantó girándose hacia ella extendiéndole la mano— ¡Enhorabuena, Marina! ¡Está decidido! ¡Quiero que MissMussa sea la agencia de publicidad oficial de todas las líneas de negocio de Carpini!

—¡Eso es estupendo, Piero! ¡Muchas gracias!, de verdad. En mi nombre y en nombre de mis empleados.

Se estrecharon la mano y se levantaron dándose un abrazo.

—¡Enhorabuena, Marina! —Enrico le estrechó la mano también— Estoy seguro de que será un placer trabajar juntos.

—Lo mismo digo, Enrico. Me alegro de haberte conocido.

—Yo también te felicito, Marina. No es fácil convencer aquí, al carcamal de mi hermanito, ¡jajaja! —extendió su mano para estrechársela— Y ahora, si me lo permites, quisiera hacerte una propuesta.

—Oh... Sí, sí, claro. —Marina se sentó cerrando las carpetas con la documentación— Dime, Enzo, ¿de qué se trata?

—Bueno, verás... He venido a la reunión con mi hermano porque estoy buscando nuevos enfoques para las bodegas. Permíteme un momento, ¿puedo?

—Sí, sí... Faltaría más.

Cogió el iPad y tecleó una dirección en Google Maps.

—Es aquí. —lo giró mostrándoselo y trazando varias líneas divisorias en la pantalla— Como te dije, estamos cultivando una variedad nueva que queremos sacar el próximo año al mercado. Aprovechando el lanzamiento vamos a renovar la imagen corporativa de la empresa y estamos buscando una agencia que se haga cargo de todo el proyecto. —apoyó los codos en la mesa juntando las

palmas adoptando una actitud de espera— ¿Qué me dices? ¿Quieres hacerte cargo tú de él?

Marina no daba crédito. Se quedó muda durante tres segundos intentando procesar lo que Enzo le estaba ofreciendo.

Por fin reaccionó.

—¡Vaya! Esto sí que es toda una sorpresa. —se reclinó contra la silla tomando distancia mirando la pantalla del dispositivo— ¡Pues claro que acepto el proyecto! ¡Por supuesto! ¡Encantada!

Enzo sonrió mirando a Piero y a Enrico.

—Bueno, ipues ya no tendré que buscar más!

—Te lo dije. Te dije que era buena. —Piero le señaló con el índice en alto.

—Es verdad. Me lo dijiste. ¡Y tenías razón!

—Venga. —hizo una señal al camarero— Vamos a celebrarlo como se merece. Cameriere, limoncello per tutti, prego!

—¡Estupendo! Muchísimas gracias, Piero. —se giró hacia Enzo— Muchas gracias, Enzo. ¡Estoy deseando empezar!

Continuaron con la sobremesa un buen rato mientras daban cuenta de los licores y comentaban algunos aspectos de los contratos.

17:09h

Se despidieron en la puerta del Grand Palace y Marina quiso volver caminando por la Vía Veneto.

Estaba exultante. Casi no pisaba el suelo de lo ligera que iba.

No sólo había conseguido todas las líneas de Carpini, si no que se traía también la empresa de su hermano.

«Daniel va a flipar».

«Ahora se lo va a comer con patatas... ¡jajaja!».

El sol le daba en la cara pero no se puso las gafas.

Dejó que los rayos la traspasasen cargándose de energía.

«Diossss.....sííí.... soy buena.... ¡¡soy muy buena!!!».

Se tomó un helado y se fue al hotel paseando por las plazas romanas. Quería disfrutar de su victoria y sentir la calidez del momento. Sin prisas, sin agobios. Sólo ella y su victoria.

Entró en la habitación, se sacó la americana y los zapatos y le mandó un mensaje a Daniel y otro a Lorenzo.

**Marina\_18:16**

¡Hola cavalieri!

¡Lo tengo! ¡Carpini ya es mío!

(cohetes, globos, fiesta)

Y no sólo eso.

También tengo un acuerdo  
con las bodegas de su hermano.

(sorpresa)(2risas), le demostré lo que soy  
capaz de hacer a los italianosii

Luego nos vemos...

Si quieres claro... (cara feliz, 3 besos)

Puso el móvil a cargar y encendió el iPad para llamar a Ernesto por FaceTime.

Acababa de llegar del Juzgado y estaba con los niños y con su madre en casa. Habló un rato con todos ellos y agradeció no estar a solas en la conversación con él.

Se despidieron, cogió una Coronita del mini-bar y salió a la terraza.

Se apoyó en el balcón contemplando la calle y recordando los detalles de la reunión.

Oyó sonar su iPhone y entró a cogerlo.

Le dio un pinchazo en el vientre y se mordió los labios sin poder disimular una sonrisa. Era Lorenzo.

—¡Hola, cavalieri...!

—¡Buenas tardes, signorina! —su voz sonaba traviesa— Me ha dicho un pajarito que su reunión de esta tarde ha salido redonda.

—Pues, ¡puede decirse que sí!, que ha salido de maravilla... ¡Jajaja!  
Salió de nuevo a la terraza mientras hablaba. Se sentó y dio un trago a su cerveza.

—Bueno... Pues entonces, habrá que celebrarlo como se merece, ¿no? ¿Usted que dice, signorina?

Marina estaba empezando a excitarse sólo con oír su voz e imaginarse las cosas que podían hacer.

—Hmmm... Supongo que sí... Que podríamos celebrarlo —se pasó la lengua por los labios sintiendo una contracción en su vagina— ¿No veo por qué no?

—¿Y qué se le ocurre?

Marina oyó que llamaban a la puerta.

—A ver... Pues no sé... —se levantó y fue hacia la puerta algo extrañada— Espera que están llamando a la puerta.

—¡Vaya! ¿Espera usted a alguien, signorina?

—No... No sé... No he encargado nada.

Abrió la puerta y Lorenzo apareció al otro lado con una botella de champán en la mano y el teléfono en la otra.

Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca pegada a su musculoso cuerpo.

—¡Hola, Marina!... —continuó hablando por el móvil mientras la atravesaba con sus ojos de color café.

—¡Hola, Lorenzo!... —Marina retrocedió dejándole entrar.

Lorenzo fue aproximándose a ella hablándole por el aparato mientras caminaba hacia el interior de la habitación, balanceando la botella, devorándola con la mirada.

—¿Qué me decía, signorina? ¿Cómo querría celebrar su triunfo?

Marina tenía el pulso de nuevo a mil y volvía a faltarle el aire.

Se plantó delante de él con la mirada desafiante. Colgó el teléfono y lo tiró encima de la cama.

Lorenzo tiró el suyo, colocó la botella en la mesilla y se abalanzó sobre ella besándola con violencia en la boca mientras la sujetaba por la nuca con fuerza. Respiraban con dificultad manteniendo el equilibrio a duras penas.

—¡Hola, pequeña!... —susurró besándole el cuello.

—Ohhh... Lorenzo... hola... —gimió.

—Dios... ¡Cómo te he echado de menos!... —susurró en su oreja mientras la apretaba contra su entrepierna cada vez más excitado.

—Lorenzo... Joder... Lorenzo... —comenzó a jadear notando como el tamaño de su miembro iba aumentando al contacto con su cuerpo.

El tirante de su top se escurrió dejando su hombro al descubierto. Lorenzo enredó su mano en la coleta y tiró de ella hacia atrás



besándole el hueco de la garganta, cubriéndola con su aliento cálido y pesado.

—¡Ufff!... ¡Tengo que parar! —la cogió por los hombros separándose un poco de ella— ¡Tengo que parar!... O acabaré follándote encima de esa cama... —volvió a besarla mirándola con los ojos abiertos sujetándole la cara con las manos. Le mordió el labio succionándose antes de volver a separarse.

—¡Jajajaja! ¿Qué te pasa?, ¿te doy miedo? —le dijo poniendo una sonrisa traviesa agarrándolo por una de las trabillas de su vaquero.

—Quieta... —le apartó la mano con la mirada oscura— Quieta o no respondo...

—Vale... Vale... —retrocedió subiéndose los tirantes y estirándose un poco la falda.

Lorenzo se giró hacia la mesita y cogió la botella que había traído.

—Lo primero es celebrar tu éxito con una buena botella de champán. ¿Tienes copas aquí? —preguntó mientras le quitaba el precinto.

—Creo que sí. A ver... Espera... —abrió la puerta del mueble bar y sacó dos copas— ¡Bingo!

Quitó el corcho y el líquido salió disparado desbordando y salpicando mientras lo vertía en las copas.

—Chin-chin, signorina... ¡Muchas felicidades!

—Chin-chin, cavaliere... ¡Muchas gracias!

Dieron un trago a sus copas y Lorenzo la cogió de nuevo por la cintura.

—Lo segundo, es que te llevaré a tomar algo a otro sitio que conozco... —volvió a darle un beso húmedo en los labios— Y lo tercero... es que te haré el amor toda la noche hasta que te corras todas las veces que quieras.

Marina sintió una oleada de calor en la cara y sus bragas se humedecieron.

—Joder... Lorenzo... —le pasó la mano por el pelo enredándose en sus rizos y atrayéndole para besarle. Le dio un beso largo y profundo sintiendo como la moqueta desaparecía bajo sus pies desnudos.

—Mmmmm.... Vamos... —dijo separándose de nuevo— Coge lo que necesites, que esta noche vas a dormir conmigo otra vez.

Marina puso cara de no entender.

—¿Qué?

—Muy seguro estás tú de que voy a dormir contigo, ¿no? Y, ¿qué pasa si no quiero? —se puso una mano en la cadera encogiendo los hombros.

—Marina...

—¿Qué?

—¿No me has oído? —dio un nuevo trago a la copa y la dejó en la mesilla acercándose a ella con las manos detrás de la espalda adelantando el torso hasta llegar a la altura de su mejilla— Te he dicho que esta noche voy a hacer que te corras todas las veces que quieras en mi habitación... Y cuando termine no vas a querer ir a ningún sitio.

—Serás... —le sujetó la mandíbula con la mano zarandeándolo un poco antes de soltarlo y echar a andar hacia el baño— ¡Voy a cambiarme! Ponte cómodo mientras esperas. ¡Jajaja!

«Ayyy... este hombre me vuelve loca, loca...».

«¡Pero me encanta!...».

Decidió cambiarse la falda por unos vaqueros capri blancos, dejándose el top lencero y los stiletos de pitón. Le encantaban esos zapatos. La hacían sentirse muy sexy. Se soltó el pelo y se retocó el maquillaje perfumándose de nuevo.

Salió del baño arreglada y metió un pequeño neceser con el cepillo de dientes en el bolso.

Cogió un foulard y se colocó las gafas de sol a modo de diadema.

Lorenzo estaba en la terraza terminándose el champán.

Se giró en cuanto sintió su aroma a vainilla y almizcle blanco. No pudo evitar sonreír al verla.

—¡Joder, Marina! Estás preciosa.

—¡Jajaja! Vamos, adulador.

Metieron las copas dentro y salieron al pasillo.

20:19h

Pulsó el botón del ascensor y le pasó la mano por la cintura acercándola hacia él.

—¿Sabes qué? —susurró ella en su oreja manteniendo la vista al frente.

—¿Qué?

Las puertas del ascensor comenzaron a abrirse.

—¡Que yo también puedo hacer que te corras toda la noche, señor vintage!

Marina entró en el ascensor y saludó cortésmente al botones que bajaba en su interior.

Lorenzo se quedó dos segundos rezagado contemplándola pasmado hasta que por fin reaccionó y entró en el ascensor también.

—¡Bufff!... Estás jugando con fuego, pequeña —dijo por lo bajini asiéndola por la cadera, levantándole un poco el top y clavándole los dedos en la piel desnuda.

Marina soltó una risita y levantó el tobillo frotándose la pantorrilla divertida, apretando los labios intentando disimular.

«Mmm... suena bien... por lo visto, jugar con fuego es lo que mejor se me da últimamente...».

Salieron a las bulliciosas callejuelas de Roma y echaron a andar hacia el barrio del Trastévere que rebosaba actividad a esas horas.

Conversaron despreocupados y animados por el buen rollo que les envolvía, ahora que la tensión entre ellos había desaparecido.

Marina le contó los detalles de su reunión y como había hecho la negociación de los contratos, además de la sorpresa que se había llevado cuando Enzo Carpini le propuso llevar el proyecto de sus bodegas.

—Te lo juro, si me pinchan no sangro. Me quedé boquiabierta con su propuesta. No me la esperaba para nada. Fue genial. ¡Genial!

—Sí. Sí que debió de ser alucinante. Aunque por otro lado, no me extraña que te lo propusiera, —se giró hacia ella cogiéndola por la cadera y atrayéndola hacia él— eres una de las personas más profesionales y serias que conozco, de verdad.

—¿Ah, sí?

—Sííí.

—¿Y tu percepción no tiene nada que ver con el hecho de que tengas tu mano a dos centímetros de mi culo y estés a punto de

besarme?

—Nooo... ¡jajaja! No tiene nada que ver en absoluto. —la besó despacio— Aunque reconozco que en esto también eres buena... Muy buena —hablaba sin despegar sus labios de los suyos.

Le dio un beso más, antes de separarse para continuar caminando.

—Y lo mejor de todo, va a ser ver la cara de Daniel, ¡jajaja! ¡Eso no va a tener precio!

—¡Qué mala eres! Pero tienes razón. Te lo mereces. Has trabajado mucho y te has dejado la piel defendiendo tu agencia y lo que haces.

—Sí, últimamente me tenía frita con sus movidas y sus malas maneras. Llegamos a discutir incluso delante de los empleados.

—Sí, me lo contaste.

—Y con el robo y todo. Estábamos bastante crispados los dos.

—Ya... —le pasó la mano por la cabeza para acercarla y posar un beso en su pelo— Y a todo esto, ¿sabéis algo más del robo? ¿Tienen alguna pista de quién ha podido ser?

—Pues no, nada. Pero bueno, dejemos el tema. Ahora no me apetece hablar más de trabajo. ¡Mmmm, tengo hambre! ¡Quiero una pizza gigante!

—Me parece estupendo. A por una pizza para la signorina, andiamo! Continuaron paseando mezclándose con la gente.

Entraron en un establecimiento y pidieron varios trozos para compartir porque Marina no se decidía y quería probarlas todas.

—Y ahora, vamos. Quiero llevarte a un bar. ¿Conoces el Rivendita Libri Cioccolata e Vino?

—No... Con ese nombre me acordaría.

—Pues andando. Tienes que probar sus chupitos en vaso de chocolate.

—¿Y eso? ¿En vaso de chocolate?

—Sí. Los vasos de chupito son de chocolate. Te los puedes comer después de beberte el licor que te sirvan en ellos. Y además, es un sitio muy peculiar. Está muy cerca. Vamos.

Llegaron al establecimiento y ciertamente a Marina le pareció un sitio singular.

Era un local estrecho y su interior estaba decorado con multitud de muebles sacados de distintas épocas. Tenía una enorme librería al fondo con una gran mesa donde podías pasar el rato leyendo, con una copa o con uno de sus famosos chupitos. Incluso había un viejo piano en uso para quien quisiese arrancarse a tocarlo.

Pero lo mejor de todo eran los nombres de las combinaciones de licores que había: Kamasutra, Menage a Trois, Punto G, 69, Sadomaso, French Kiss....

Toda una declaración de intenciones.

—¡Jajaja!, Lorenzo... de verdad... ¡Alucino contigo!

—¿Qué?... Ya te dije que era un sitio muy peculiar. Pero te gusta, ¿no?

—Hombre... A ver... Yo creo que tú tuviste que pasártelo muy, pero que muy bien en tu época de estudiante aquí. ¡Jajaja!

—Bueno, se hizo lo que se pudo. —se pasó la mano por el pelo con un gesto coqueto— No estuvo mal. ¡Jajaja!

—Que tío. —le dio un pellizco en el vientre.

—A ver, ¿cuál te apetece para empezar?

—Ay... No sé... —se llevó los dedos a la barbilla mordiéndose el labio con cara de indecisión.

—Ya vas a empezar como en la pizzería... Toma uno de cada y ya está.

—Sí, hombre... y me sacas a gatas del local. ¡Jajaja!

—Hmmm... No estaría mal. —se acercó por detrás pegando el pecho a su espalda y metiendo la mano disimuladamente por dentro de su top acariciándole la piel desnuda— Te llevaría en brazos al hotel...

—¡Tú quieres emborracharme!

—No me des ideas... —hundió la barbilla en su pelo y la frotó aspirando su perfume.

Marina se estaba derritiendo.

—Vale... Está bien. Un Kamasutra. ¡Jajaja!

—Chica lista, sí. Pues para mí un... ¡69!

Le pusieron los chupitos y se los coronaron con una montañita de nata y virutas de chocolate.

Se sentaron en la mesa del fondo y siguieron hablando mientras Marina lamía la nata y se chupaba los dedos saboreándola.

—No hagas eso.

—¿El qué? —le miró golosa pasándose la lengua despacio por los labios.

—Eso que haces con la boca. Para. —se acercó a su oído apoyando las palmas de las manos en sus muslos— Para o te follo aquí mismo.

—¡Uhhh!... Vale... Vale... ¡Jajaja!

—Voy a por otra ronda. Y luego tú y yo nos vamos a marchar y no te voy a dejar dormir en toda la noche.

Le estampó un beso y fue a la barra a pedir dos chupitos más.

Estaban terminándose la segunda ronda cuando el iPhone de Lorenzo comenzó a sonar.

—A ver, perdona un momento, —giró la muñeca para consultar la hora, eran casi las diez— es de la redacción, para ultimar la portada y el cierre de la edición. Dame un segundo.

Marina le hizo un gesto con la mano y Lorenzo se levantó alejándose hacia el fondo para huir del ruido y hablar con más tranquilidad.

Se metía las manos en los bolsillos y gesticulaba al hablar mirándola de vez en cuando cambiando el teléfono de mano y haciéndole gestos cariñosos desde lejos.

«Joder... ¡Pero qué bueno está! Esos vaqueros le sientan de vicio...».

«Y esa camiseta, se la arrancaba a bocados... Dios... ¡me he vuelto loca de remate!».

Sentía sus bragas cada vez más húmedas y un escalofrío le recorría la espina dorsal pensando en la noche que les esperaba.

«Ufff... me lo voy a comer enterito... enterito... ay, Dios...».

Lorenzo regresó a la mesa.

—Listo. Perdona pero tengo que darles el ok al cierre.

—Sí, sí... No pasa nada. Normal.

—Sí. Aunque Javier, el subdirector, se ocupa de todo cuando no estoy, el último ok siempre es el mío.

—Claro. Es lógico. Es tu periódico.

—Esta semana además, tenemos a tres equipos desplazados en Pontevedra, cubriendo un macro-juicio por un alijo de coca incautado en la Ría el año pasado... el caso Baliza... y no veas... Es un follón. Acaban tardísimo y andan corriendo toda la tarde.

A Marina le cambió la cara de repente. Se puso seria y bajó la mirada al suelo.

—Sí. Lo sé... Ernesto es uno de los jueces del Tribunal que lo lleva. Lorenzo se quedó de pie con el móvil en la mano sin saber que decir. Marina apoyó los codos en la mesa metiendo la cara entre las manos. Por fin reaccionó y se sentó acercando su silla a ella.

—Marina, escucha. —se acercó más y tiró de su muñeca para verla — No quiero complicarte la vida... Yo no pretendía qu..

—Déjalo, Lorenzo —le cortó—, ya lo he hecho... Ya me la he complicado. —levantó la cabeza y le miró con la culpa tatuada en las pupilas— Pídeme otro y nos vamos, ¿te parece?

—Sí, sí, claro, lo que quieras. —apoyó la mano en su hombro y se lo apretó con suavidad— ¿El mismo?

—No. Ahora quiero un Sadomaso, por favor.

22:28h

Salieron del local conscientes de que era su última noche en Roma juntos. El último chupito les había animado de nuevo.

—¿Te llevo a tu hotel? —le apartó un mechón de la cara rozándole con la punta del dedo la sien.

—No. No quiero ir a mi hotel.

—¿No? —se puso delante pegando su cuerpo al de ella, cortándole el paso.

—No. —su olor la invadió por completo y sintió vértigo. Le agarró por la camiseta y le atrajo más para besarle.

Lorenzo enredó las manos en su melena y la besó profundamente, muy despacio, saboreando cada rincón de su boca.

Marina perdió la noción del tiempo y del espacio.

22:58h

Lorenzo abrió la puerta de su habitación y colocó la tarjeta en el lector para encender las luces.

—Ven. —le cogió la mano y la guió hacia el interior del dormitorio.

A un lado de la mesa había un carrito con una bandeja llena de bombones y pequeños pastelillos de diferentes formas y colores.

Había también una cubitera con una botella de Moët & Chandon sobre un lecho de hielo.

—¿Y esto? —Marina no pudo ocultar su sorpresa y se acercó a la mesa para ver más de cerca la bandeja— Está claro... Me quieres emborrachar, ¡jajaja!

—Ya te dije que teníamos que celebrar tu triunfo. —cogió un bombón y se lo llevó a la boca mientras abría la botella y servía el champán en las copas— Espérame aquí. —le tendió su copa brindando y rozando ligeramente sus labios con los suyos— Enseguida vuelvo.

Lorenzo salió de la habitación y entró en el baño.

Marina fue hacia la terraza y abrió el balcón. Hacía calor y la brisa de la noche se colaba refrescando el ambiente. Se terminó su copa y se sirvió otra. Empezaba a estar un poco mareada y a notar más calor. Dejó la ventana abierta y se sentó a los pies de la cama esperando mientras observaba las luces de la calle y la cortina agitarse suavemente.

La luz de la habitación comenzó a atenuarse y Lorenzo entró descalzo y sin camiseta, sólo con sus vaqueros desgastados.

«Madre mía... uff... pero este hombre está para mojar pan... de verdad... joder...».

Apretó los muslos sintiendo como su clítoris se hinchaba y latía debajo de sus bragas.

Encendió varias velas repartidas por la habitación y conectó el equipo de música. Comenzó a sonar "By Your Side" de Sade.

«Joder... esto es la hostia... este hombre es increíble...».

Dio un trago a la copa y se acercó a ella desvistiéndola con los ojos. Marina empezaba a respirar con dificultad de nuevo. Ver a Lorenzo descalzo y con el torso desnudo era demasiado erótico como para conservar la calma.

Se arrodilló delante de ella y le sujetó un pie sacándole un zapato.

—Marina, ¿qué quieres?

—¿Qué?

—¿Qué quieres? —se inclinó pasando la lengua por su tobillo mirándola fijamente— ¿Vas a decirme ya qué quieres?



—Que me beses...

La besó lamiendo sus labios con parsimonia.

—¿Qué quieres? —le sacó el otro zapato lamiéndole de nuevo el tobillo.

Marina gimió.

—Que me beses otra vez...

Volvió a besarla jugueteando con sus labios mientras le desabrochaba los vaqueros y tiraba de ellos hacia abajo.

Marina estaba empapada y su sexo cada vez más hinchado.

Terminó de sacarle los vaqueros.

—¿Y qué más?

Este juego la estaba poniendo a mil.

—Marina... —se acercó de nuevo, le abrió las piernas y la arrastró hacia el borde de la cama. Le levantó el top, le quitó el sujetador y pegó su torso desnudo a sus pezones— ¿QUÉ- QUI-E-RES?

—Que me hagas el amor... Lorenzo —gimió.

—Muy bien... ¿Ves?... Ya nos vamos entendiendo... —la tumbó sobre su espalda, le bajó las bragas en un par de tirones y le separó las piernas con la mano. Acarició el interior de sus muslos con la lengua y se dirigió a su vagina con decisión. La saboreó lentamente mordisqueando sus labios y sorbiendo su clítoris antes de hacerse un hueco en su interior. Le hizo el amor con la boca, explorando su sexo por completo. Marina ya no podía más. Se retorció y gemía presa de un deseo totalmente incontrolable para ella. Estaba a punto de explotar.

—Ohhh... Dios... No puedo más... No puedo...

Levantó la mirada, vio a Lorenzo entre sus piernas y se corrió violentamente, sacudiendo sus caderas y su columna vertebral intentando ahogar sus gritos con el almohadón sobre su cara.

Lorenzo se incorporó despacio y arrastró la lengua por su vientre hasta sus labios. La besó dándole a probar su propio deseo.

—Muy bien, pequeña. Muy bien. Esto acaba de empezar...

Se incorporó cogió la copa de champán y le dio un sorbo, se desabrochó los pantalones y se bajó los bóxers. Su enorme polla la apuntaba dura como una roca.

Dio otro sorbo y se colocó sobre ella derramando el líquido en sus

labios. Marina comenzó a besarle con rudeza arañando su espalda y asiéndole por las caderas con sus piernas, sintiendo su pene duro como el acero.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me folles... Lorenzo... ¡Quiero que me folles! —le suplicó.

—Bien. Date la vuelta.

Marina giró sobre sí misma y se colocó de espaldas a él. Lorenzo le pasó el brazo por el vientre y la elevó dejándola a cuatro patas sobre la cama.

Marina volvía a estar empapada y su clítoris parecía tener vida propia hinchándose y latiendo de nuevo.

Paseó su polla por su trasero mientras la masturbaba con la mano metiendo los dedos en su interior sintiendo las paredes de su coño cada vez más mojadas.

La cogió por el pelo tirando de su cabeza hacia atrás haciéndola doblar la espalda para poner el culo en pompa. Se colocó tras ella y la penetró desde atrás con un golpe seco y preciso. Marina gimió y se arqueó más, mientras Lorenzo enredaba la mano con más fuerza en su pelo para sujetarla mejor. Continuó moviéndose dentro de ella. Empujando suavemente, cada vez más profundo. Con cada embestida, Marina se deshacía jadeando cada vez más.

Volvía a estar a punto de correrse de nuevo.

Lorenzo se dio cuenta y subió el ritmo empujando cada vez más fuerte.

—Ohhh... Vamos, Marina... Vamos...

Sintió como Marina comenzaba a temblar y la sujetó con fuerza por las caderas clavándole los dedos en la carne.

Agarró las sábanas con los puños hasta casi arrancarlas y un nuevo orgasmo se apoderó de ella dejándola sin aliento sumida en una nebulosa.

Tenía el pómulo contra la cama y respiraba con dificultad. Las mejillas le ardían y sentía la erección de Lorenzo en su interior.

—Ohhh, pequeña... Así me gusta... —salió de ella despacio, se puso de pie y cogiéndola por las caderas le dio la vuelta— Ahora vamos a disfrutar de nuevo los dos.

La sensual música de Sade seguía sonando y las velas habían impregnado la habitación con una fragancia oriental.

Lorenzo se subió a la cama y le separó las piernas con la mano rozando sus muslos. Marina se medio incorporó aproximando su cara a la suya para besarle. Lorenzo la cogió por la nuca e introdujo la lengua en su boca entrelazándola con la suya, la tumbó despacio y se preparó para penetrarla de nuevo. Se colocó sobre ella y Marina le pasó los brazos alrededor del cuello atrayéndolo más. Le rodeó con sus piernas y movió las caderas instintivamente para acoplarse a él. Lorenzo dio un empujón y se hundió en su abertura hasta el fondo. Comenzó a moverse y a gemir cada vez más. Estaban totalmente borrachos de deseo y de lujuria. No podían contener el fuego que salía de ellos. Les ardía el cuerpo. Les quemaban los labios.

—Lorenzo... —jadeó en su boca clavándole las uñas en la espalda—  
Lorenzo...

No pudo continuar, un nuevo orgasmo la sacudió como un tsunami arrastrándola hasta la profundidad de un océano imaginario. Gimió y gritó retorciéndose y haciendo que Lorenzo acelerase sus embestidas golpeándola con fuerza hundiéndose hasta el fondo, perdiendo el control y explotando en su interior, eyaculando todo el semen que tenía acumulado en sus testículos.

—Ahhhh... ¡Hostia puta!... joder... pequeña... joder...  
Pegó su frente a la suya mirándola con ternura.  
Permanecieron con sus cuerpos sudorosos abrazados mientras recuperaban la normalidad.

Lorenzo se giró un poco para no aplastarla con su peso.  
Ella volvió a poner la cabeza en su pecho mientras le acariciaba el torso como la noche anterior.

Lorenzo jugaba con sus mechones enredándolos en los dedos mirando las sombras que la luz de las velas proyectaban en el techo.

—Tenías razón.

—¿En qué?

—En que no iba a querer irme a dormir a mi hotel.

—¡Jajaja! —la besó en la frente.

—Ha sido increíble, Lorenzo. Increíble.

—Sí que lo ha sido, sí. —la apretó con más fuerza y volvió a besarla

en la frente y en los labios— Descansa, pequeña. Descansa.

26 de mayo, viernes.

11:46h

Acabó de hacer la maleta y la colocó encima de la cama con el bolso para terminar de recoger la habitación. Quería darse una ducha y cambiarse de ropa antes de salir.

Su vuelo salía a las seis y Lorenzo había insistido en llevarla al aeropuerto. Había quedado en pasar a recogerla a las cuatro por el JK Place.

Se preparó un café y se sentó en la terraza haciendo un repaso mental a los últimos días.

«Joder... Marina... ¡la que has liado!...».

Permaneció un rato bajo el sol buscando la calidez reconfortante de la luz. Apenas le quedaban unas horas en la ciudad y estaba cada vez más nerviosa.

Se terminó el café, el tercero de la mañana, pues ya había desayunado con Lorenzo en el Majestic dos veces. Una al despertar en su cama y otra, tras volver a hacer el amor en la ducha con él.

«Bufff...», sintió un pinchazo en el estómago al recordarlo.

«Es increíble... Lo que he hecho con este hombre es increíble...».

Miró el móvil y leyó de nuevo el WhatsApp que su marido le había enviado por la mañana temprano antes de marcharse al juzgado.

“Te quiero”, le decía al final como siempre.

Se sintió sucia y un agujero se instaló en su pecho impidiéndole respirar.

Entró en el baño y abrió la ducha. Se quitó la ropa y se metió bajo el chorro.

Se apoyó contra la pared dejando que el agua corriese por su cuerpo golpeando su espalda.

Cerró los ojos y las imágenes de Lorenzo sobre ella volvieron a su cabeza.

«¿Pero, qué coño acabas de hacer?».

«¿Qué coño has hecho Marina?».

Se quedó inmóvil y comenzó a marearse. Fue escurriéndose hasta quedarse sentada en el suelo de mármol. Apoyó la espalda contra la pared y se llevó las rodillas al pecho. El agua seguía cayendo sobre su cabeza salpicando a su alrededor. Sintió arcadas y comenzó a llorar. Ernesto aparecía ahora en su cabeza con nitidez.

«Dios mío... ¿Cómo voy a explicarle esto a Ernesto?».

«¿Cómo coño voy a decírselo?».

Permaneció un rato en esa posición hasta que dejó de llorar. Poco a poco se calmó y terminó de lavarse.

Se vistió más tranquila, se maquilló un poco y recogió el cuarto de baño y su neceser.

Guardó todo en la maleta y bajó a la calle para tomarse un último cappuccino en una de las cafeterías cercanas al hotel. No tenía hambre y ya no iba a comer.

15:56h

Estaba en la recepción del hotel hojeando un catálogo cuando Lorenzo le envió un mensaje.

### **Lorenzo\_15:56**

Estoy aquí. (2 besos)

Salió fuera y vio a Lorenzo en el BMW rojo que había alquilado hablando con uno de los botones del hotel.

La vio y rodeó el coche para ayudarla con la maleta.

—¡Hola, preciosa!, dame. —le dio un beso en la mejilla y cogió el equipaje. Abrió el portón y lo metió en el maletero.

Marina se despidió del botones y se metió en el vehículo.

—Bueno, signorina... Último viaje.

—Sí... Último viaje, cavaliere... —se puso las gafas de sol intentando contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. No quería que la viese llorar.

Lorenzo arrancó en dirección al aeropuerto.

Ninguno de los dos pronunciaba una palabra.

Lorenzo iba atento al tráfico y Marina miraba pasar el paisaje por la ventanilla con un nudo en la garganta. Tener a Lorenzo cerca le provocaba una cascada de sentimientos que la desbordaban.

En la radio tenían sintonizada una emisora local de grandes éxitos, casi todos en italiano. Poco a poco se fue calmando y las lágrimas se desvanecieron sin llegar a rodar.

Comenzó a sonar "Guilty" de Barbra Streisand & The Bee Gees.

Los dos se miraron y Marina estalló en una carcajada.

Lorenzo le puso la mano en la rodilla acariciándole la pierna riéndose también.

—Anda que... ¡Culpable!... —dijo sacudiendo la cabeza y tarareando el estribillo.

16:42h

Aparcaron y entraron en Fiumicino.

Marina comprobó su tarjeta de embarque y la hora.

Viernes 26 de mayo 2017.

Terminal 3. Roma-Salida, 18:00. Vigo-Llegada, 21:35. Vuelo IB537.

Localizador 627BZI. Embarque 17:15-17:45. PUERTA R56.

Clase Express. Asiento 25-A"

Tenían un rato todavía antes de embarcar.

Se dirigieron a la zona de los controles y se fijaron en los paneles de salidas para verificar la puerta.

—Ahí está mi vuelo : IB537... sí... puerta R56. En principio va en hora.

Fueron hacia una de las zonas de espera y Lorenzo la abrazó.

Marina no lo soportó.

—Lorenzo... ¿Qué hemos hecho? —tenía un nudo en la garganta y las lágrimas querían volver a salir de nuevo.

—No lo sé, Marina. No lo sé... Sólo sé que no puedo sacarte de mi cabeza. No puedo... —la abrazó más fuerte besándola en la frente— Lo he intentado. Te juro que lo he intentado... Pero no he podido.

—Somos una personas horribles...

—No, Marina. Eso nunca... —le cogió la cara con las manos secando con los pulgares las lágrimas que empezaban a resbalar por sus mejillas— Yo no lo siento así. Y tú tampoco debes hacerlo. Yo no voy a permitir que la gente me diga como debo vivir.

—Ya... Pero, y ¿tu mujer?

—Mi mujer y yo hace tiempo que ya no tenemos relación. No siento que le deba nada. Lo nuestro se acabó hace mucho... Pero ninguno de los dos quería verlo... Y apareciste tú... Y lo llenaste todo de luz de nuevo...

Marina apoyó la frente en su pecho.

—Pero yo quiero a mi marido. Sigo enamorada de él. No quiero dejarle. —comenzó a llorar— Pero al mismo tiempo... Yo tampoco puedo sacarte de mi mente. ¡Dios mío! No entiendo nada, Lorenzo. No lo entiendo. —se abrazó a él llorando ahora ya sin reprimirse— Mis hijos... Soy una mala persona...

—Shhhh... Tranquila. —la acunó acariciándole el pelo estrechándola más fuerte— No pasa nada. No pasa nada. Estoy aquí... ¿me oyes? —le levantó la barbilla— Yo estoy aquí para lo que necesites. —volvió a abrazarla— Tómame tu tiempo y decide tú. Sólo tú. Cualquier cosa que hagas estará bien. No lo olvides. No se puede pedir perdón por vivir.

Marina se recompuso un poco y le miró con los ojos llorosos.

—Estos días han sido maravillosos... Nadie podrá quitárnoslos... Ya son nuestros... Y han valido la pena... Ven aquí. —la besó despacio y ella le abrazó correspondiendo a su beso sintiendo la calma que Lorenzo le transmitía.

Por la megafonía sonó el segundo aviso para embarcar de su vuelo. Fueron andando hacia el control de equipajes parándose a unos metros de la cinta separadora.

La cogió por la mano y la atrajo de nuevo hacia él. La besó y le recolocó un mechón detrás de la oreja.

—Te llamaré mañana, cuando llegue a Vigo... Ohhh... —hizo una mueca de disgusto— Ven aquí... No quiero dejarte marchar...

—No sé si será buena idea, Lorenzo... Ahora mismo estoy muy confundida... Pero tienes razón. Estos días ya son nuestros y han sido



maravillosos. —le miró con ternura— Gracias por todo, de verdad... Por lo bien que me has tratado y lo bien que me he sentido a tu lado. Volvieron a fundirse en un abrazo.

—No. Gracias a ti, Marina. Eres una mujer increíble. No lo olvides nunca.

Volvió a sonar, esta vez, el último aviso para embarcar. Lorenzo la besó en el nacimiento del pelo pasándole sus musculosos brazos por encima de los hombros, rodeándola completamente. La apretó más y Marina sintió como su olor penetraba en sus pulmones haciendo que las lágrimas se asomasen otra vez.

La besó de nuevo en la cabeza con ternura como hacía siempre que percibía su angustia, sólo que esta vez, el que sentía angustia y miedo ante la posibilidad de no volver a verla era él.

Se separaron con las manos entrelazadas mirándose a los ojos sin poder apartar la vista uno del otro. Marina cogió la maleta y la hizo rodar.

Estiraron más sus brazos hasta que sus manos se soltaron del todo y permanecieron unos segundos suspendidas en el aire.

Marina entró en el circuito marcado por las cintas hacia el control de seguridad.

17:45h

La vio desaparecer al cruzar el arco y perderse entre los viajeros. Se quedó durante unos minutos con las manos en los bolsillos mirando en el panel de salidas las letras parpadeantes que indicaban el embarque urgente de su vuelo.

“Boarding Closed” apareció de pronto fijo en color rojo.

Lorenzo sintió una sensación de vacío y bajó la vista al suelo.

«¡Mierda!... ¡Joder!...».

Apretó el llavero en el puño y echó a andar hacia la salida de la terminal.

Llegó al coche y se colocó a la altura de la puerta apoyando los brazos en el techo mirando a lo lejos las pistas de despegue.

Un avión de Iberia se aproximaba lentamente por el carril. Era el vuelo de Marina.

Se paró y subió las gafas de sol a la cabeza.

La aeronave comenzó a rodar de nuevo aumentando cada vez más su velocidad hasta que se elevó perdiéndose en el cielo de Roma.

«Arrivederchi, signorina...!».

Abrió la galería de su iPhone y pasó un par de fotos que Fabrizio les había sacado en la trattoria.

«Te veo pronto, pequeña. Te veo pronto... Mi dulce Marina...».

Bajó de nuevo sus Wayfarer y entró en el vehículo.

Salió del estacionamiento rumbo a su hotel. Encendió la radio y una canción de Sade comenzó a sonar.

Lorenzo sonrió recordando la noche anterior.

«Es increíble...».

18:02h

Marina escogió el mismo asiento al final de la cola que había ocupado en el viaje anterior.

No iba lleno y a su lado no se había sentado nadie.

«Mejor...».

No quería pensar. Le dolía demasiado.

El avión comenzó a rodar por la pista acelerando cada vez más hasta que se elevó. El estómago le dio un salto mientras por la ventanilla el suelo desaparecía poco a poco.

Abrió la galería de su iPhone y buscó las fotos que Fabrizio les había sacado en su trattoria.

«¿Qué hemos hecho, cavaliere... ¿qué hemos hecho?...».

En unas horas estaría en casa y tendría que enfrentarse a su marido. No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

De si sería capaz de mirarle a la cara siquiera.

Se puso los auriculares para escuchar algo de música y evadirse. Eligió una lista de Spandau Ballet y comenzó a sonar "Steal".

El cansancio por la tensión y la falta de sueño de esos días empezó a apoderarse de ella y se quedó dormida.

Aterrizó en Peinador pasadas las nueve y media.

Envió un WhatsApp a Ernesto para decirle que ya había llegado y que se cogería un taxi para volver a casa.

Vio el chat de Lorenzo y dudó en mandarle un mensaje a él también para decirle que había llegado bien a Vigo pero desechó la idea.

«Me va a contestar y me voy a poner a llorar...».

«Mejor no... cuanto antes corte esto, mejor...».

22:18h

Entró en el ascensor, pulsó el botón para subir y el corazón se le hundió hasta el estómago.

Un enorme vacío se había apoderado de su pecho, reduciendo el tamaño de sus pulmones, provocando que su respiración se acelerase.

Llegó al rellano, sacó las llaves del bolso y respiró hondo intentando llenar el enorme agujero en que se había convertido su caja torácica.

Giró la llave.

—¡Holaaa!

Los niños salieron a su encuentro corriendo a abrazarla, gritando y saltando a su alrededor.

—¡Mami... mami!

—¡Holaaa, mis tesoritos!... ¡Mis amoriños...!

Se agachó mientras ellos se colgaban de su cuello cubriéndola de besos y Marina hacía lo mismo con ellos.

—¿Qué nos has traído?... ¿Qué nos has traído? —repetían como loritos a su alrededor.

—Buenooo... Luego os lo enseño... Luego... Quietos... ¿Y papá..?

Escuchó a su marido despedirse de alguien con quien estaba al teléfono en el despacho.

Ernesto apareció en la entrada, con las mangas de la camisa remangadas y aspecto cansado.

Se le heló la sangre.

Se acercó a su mujer con una gran sonrisa en la cara.

—¡Hola, mi amor! Ven aquí... —se inclinó hacia ella para ayudarla a ponerse en pie rodeándola con sus largos brazos y atrayéndola hacia su pecho.

Marina se levantó asiéndose a él, evitando mirarle, hundiendo la cara en su pecho.

La sensación de falta de aire se acrecentó aturdiéndola durante unos segundos.

Ernesto la abrazó fuerte y ella aprovechó esos segundos para recuperar un poco la compostura.

La separó para cogerla por la barbilla.

—¡Hola, señora Del Valle! —la besó en los labios despacio un par de veces.

—Hola, Ernesto... —musitó abrazándose de nuevo a él para evitar mirarle.

—Mi amor... Debes estar agotada. Ven a ponerte cómoda y luego cenamos tranquilos y me cuentas todos los detalles de tu mega contrato, ¿eh?, ¡señora súper ejecutiva! —la cogió por los hombros mientras arrastraba la maleta hacia el cuarto besándola de nuevo en la cabeza— ¡Venga niños! Dejad a mamá que está cansada del viaje. ¡Id a jugar, vamos!

—Ahora os llevo unos regalitos a la habitación. Dejadme un momento que me ponga el pijama y organice las cosas. —se inclinó sobre Teo y le dio un beso en la frente. ¡Venga!

—¡Yupiii! —gritó Teo— ¡Regalos, regalos!

—Vamos, Teo. Ven. Vamos a jugar a Minecraft. —Martina le cogió de la mano y tiró de él hacia su cuarto.

Entraron en el dormitorio y Marina se sentó en la cama para descalzarse.

—¡Bufff!... Estoy toda sudada y pegajosa, ¿qué calor hace, no? —se levantó para ir al baño.

—Sí. Llevamos toda la semana con muy buen tiempo, la verdad. —se puso delante de ella y la cogió por la cintura— ¡Te he echado de menos, mi amor! —la besó en la frente cogiéndole la cara con las manos — ¿Por qué no te das una ducha mientras preparo algo de cenar?

—Sí, sí... Me refrescaré un poco, —le acarició la cara y le estiró el cuello de la camisa— pero no te molestes con la cena, no tengo mucho apetito y tú también estás cansado...

—Bueno, ¿qué te parece entonces si abro una botella de vino y nos tomamos un aperitivo en la terraza aprovechando el calor? Ahora se está genial ahí fuera. —Ernesto se adelantó y abrió la ventana corredera de la habitación— Preparo algo rápido y nos relajamos.

—Está bien, amor. Lo que quieras.

Entró en el baño cerrando la puerta tras ella. Oyó que Ernesto salía de la habitación y abrió el agua.

Se quitó la ropa y se recogió el pelo.

Se metió en la ducha y alargó la mano para coger su esponja.

Tropezó con el bote de gel de Ernesto tirándolo al suelo.

Se agachó a recogerlo y se desmoronó.

Comenzó a llorar mordiéndose el dorso de la mano intentando contener los hipidos que brotaban de su garganta.

Recordaba a Lorenzo clavándole los dedos en la piel, besándola, mordiéndola, arrasándola.

Estuvo un buen rato bajo el agua intentando borrar todo rastro de otro hombre en su cuerpo.

Al secarse se fijó en los tres pequeños círculos que tenía marcados en su cadera. Los dedos de Lorenzo permanecían en su piel como un testigo mudo de su infidelidad.

Se colocó la toalla alrededor del cuerpo y frotó el vaho del espejo con la mano para verse la cara. Tenía el rostro enrojecido y los ojos muy hinchados por la llorera.

«Joder... ¡qué Cristo!... buff».

«Pues ahora te jodes y apandas...».

Abrió el grifo del agua fría para refrescarse la cara y calmar un poco la rojez. Se puso crema hidratante y se peinó recogiendo la coleta en un moño para estar más fresca.

—Marina... ¿Estás bien? —la voz de Ernesto sonó a través de la puerta.

—Sí... sí... cariño... Enseguida salgo.

Llevaba demasiado tiempo en el baño.

Salió y se fue al vestidor para coger un pijama.

Se puso un camisón lencero de raso gris perla y salió a la terraza.

Ernesto estaba sentado en una de las tumbonas con una copa de vino en la mano. Había puesto un plato con un surtido de ibéricos, varios quesos y una cesta de tostadas en la mesita.

—Ven —dijo señalando la tumbona haciéndole un sitio y ofreciéndole la copa—. Los niños se han dormido.

Marina se sentó a su lado cogiendo la copa que le ofrecía.

—Mmmm ... Qué rico... Está fresquito. Gracias, mi amor.

—¿Te he dicho ya que te he echado de menos? —la besó en el cuello pasándole la mano por la cintura acariciando la suave tela del camisón.

Marina bebió otro trago, esta vez más largo, hasta casi acabársela y se giró hacia su marido.

No había comido en todo el día y el vino circuló de su estómago a su torrente sanguíneo en cuestión de segundos, provocándole una oleada de calor que se expandió por todo su cuerpo.

Miró a su marido y sintió como su corazón se aceleraba.

Estaba muy atractivo con el pelo revuelto y la barba que comenzaba a crecerle y a sombrear su mandíbula.

Se reflejó en sus profundos ojos azules y un amor infinito se disparó en ellos.

—Ernesto...

—Dime, amor...

—Ernesto, te quiero... —se subió a horcajadas encima de él y le besó despacio, con ternura, temblando de miedo, de ansiedad y de excitación.

—¡Vaya!... —la sujetó por la nuca— Parece que no he sido el único que te ha echado de menos por aquí... ¡Jajaja! —la arrastró hacia él correspondiendo a sus besos con pasión, metiendo la mano bajo el camisón, acariciando la piel de su mujer.

Marina empezó a excitarse cada vez más con las caricias de su marido.

Pensar en que hace unas horas era otro hombre el que la estaba poseyendo y que ahora estaba entregándose de nuevo, la trastornó por completo. Se movió un poco hacia atrás desabrochando el pantalón y liberando el miembro erecto de su marido. Lo acarició con la mano masajéandole los testículos para colocarse encima de él.

Se quedó parada, suspendida en el aire unos segundos, con la polla de su marido apuntando a su entrada que cada vez estaba más húmeda.

Sujetó la cara de Ernesto con ambas manos y le miró a los ojos.

—Ohhh... Nena... ¿Qué pasa?... ¿Qué pasa, Marina?...

—Ernesto... —gimió— Ernesto... Te quiero... Te quiero... —bajó las caderas de golpe clavando la erección de su marido en su interior mientras le besaba con fiereza y dos lágrimas se le escapaban rodando por las mejillas.

—Joder, Marina... Joder, nena... ¡joder!... ¡Me estás poniendo a cien!

—Ernesto le bajó los tirantes liberando sus pechos, estrujándolos, lamiéndolos y mordisqueándolos.

Marina sintió como el orgasmo se aproximaba y comenzó a moverse más rápido enterrando la polla de Ernesto cada vez más profundamente, rozándose más fuerte contra él.

—Ernesto... Ernesto... Ahhh... No puedo más... No pue...

Se retorció sobre él buscando llegar al último recoveco de su cuerpo.

Ernesto no soportó el espectáculo de ver a su mujer corriéndose encima de él y explotó eyaculando mientras la sujetaba por las caderas con fuerza.

—Jooderrrr... Marina... Joderrrr... —la abrazó colocándole los tirantes, permaneciendo dentro de ella un rato— Ohhh... nena... nena... —jadeó— ¡Me vuelves loco!... Te quiero, nena. Te quiero...

Marina apoyó la cabeza en su cuello tratando de recuperar la respiración normal. El corazón le latía demasiado rápido. Quería tranquilizarse pero no era capaz. Su ritmo cardíaco no bajaba y estaba empezando a hiperventilar.

Se echó hacia atrás tratando de coger más oxígeno y empezaron a darle arcadas.

Corrió hacia el váter y comenzó a vomitar.

Ernesto fue tras ella.

—Marina, cariño...

Le hizo una señal con la mano para que no se acercase.

—... no entres... Ernesto... —otra arcada— ... deja... déjame ...

Terminó de vomitar, se lavó y se metió en la cama.

Ernesto fue hacia ella y se sentó a su lado.

—¿Estás mejor? —le pasó la mano por la frente— ¿Necesitas algo?

—No... no... estoy bien. Supongo que ha sido el vino. No he comido casi nada y debió de sentarme mal... Ya estoy mejor.

La besó en la frente y la arropó.

—Está bien. Acuéstate y descansa. Yo vengo enseguida.

Marina se acurrucó y escuchó trastear a Ernesto en el baño un rato antes de caer en un sueño profundo.



27 de mayo, sábado.

07:13h

Ernesto se revolvió en la cama y estiró el brazo buscando el contacto con su mujer. Palpó con la mano pero no la encontró. Se arrastró un poco más entre las sábanas, entreabriendo los ojos y se dio cuenta de que Marina no estaba.

Levantó un poco la cabeza buscándola por la habitación y volviendo a hundirla en la almohada al no encontrarla.

«Estará en el baño».

Se quedó unos minutos más medio adormilado.

«Qué raro... tarda mucho...».

Se dio la vuelta y se levantó. Entró en el baño pero no la vio. Hizo pis, salió y se percató entonces de que una de las cortinas se movía con la brisa porque la ventana estaba un poco abierta.

Amanecía y Marina estaba sentada en la terraza mirando al mar.

—¡Buenos días, amor! —se acercó a ella besándola en la cabeza.

—Hola, mi vida. ¡Buenos días! —inclinó la cabeza un poco hacia atrás para mirarle— Lo echaba de menos...

—Es bonito... sí... La verdad, es que es muy bonito. —se colocó a su vera admirando las fantásticas vistas que tenían de la Ría de Vigo desde la terraza de su ático.

—Mmm... —Marina inspiró hondo— El olor a mar... este olor...

Le pasó la mano por la cabeza apartándole el pelo de la cara y se sentó a su lado.

—¿Estás mejor del estómago?

—Sí... sí... tranquilo... no es nada.

Ernesto se fijó en que había una taza de café vacía en la mesita.

—¡Marina...!

—¿Qué?

—¿Cuántos te has tomado ya?, ¡y todavía no ha amanecido! Un día te va a dar algo... verás...

«Sí... me va a dar... pero no por el café precisamente...»

—¡Ayyy, Ernesto!, ¡no me riñas, hombre!... sólo me he tomado uno... cortito además... —se inclinó sobre él acurrucándose en su

pecho rodeándole con los brazos.

—Venga, vamos dentro, anda. —la apretó fuerte contra él alborotándole el pelo— Que aún es muy temprano.

Se acostaron un rato más. Ernesto pegó el pecho a su espalda y Marina se durmió de nuevo acurrucada contra su marido.

08:41h

—Marina, cariño... voy a ducharme.

—¿Quéé? —abrió los ojos aturdida.

—He quedado con Ricardo y con Fernando en el despacho a las diez.

—¿Ernestooo???... ¡Es sábado!

—Lo sé... pero estamos a tope de trabajo con el juicio... ya lo sabes. —le dio un beso en la frente— Tú duerme un rato más. Te prometo que estaré de vuelta para comer. —volvió a besarla en la mejilla.

—Mmm... —se revolvió volviendo a taparse con el edredón— Está bien.

14:18h

Marina estaba en el vestidor terminando de deshacer la maleta cuando oyó que Ernesto entraba en casa.

—¡Holaaa!... —gritó desde la habitación— Ya salgo.

—Hola... ¡Qué rico huele!, ¿no?

—Sí. Hemos hecho solomillo relleno. Los niños me han ayudado. En diez minutos está listo. —entró en la cocina para echar un vistazo al horno.

—¿Teo...? ¿Martina...? —les llamó desde la entrada abriendo su maletín— Tengo los cromos que me pedisteis. —se acercó a la habitación donde jugaban para llevárselos.

—¡Guay, papi!, ¡mira, Martina! Hay un montón.

—Sííí....

—Hay ocho paquetes. Cuatro para cada uno. Venga, no os quejéis, ¿eh? y recoger todo para venir a comer en un rato.

Marina terminó de poner la mesa y abrió una botella de Albariño. Estaba cogiendo las copas de la estantería cuando su marido entró en la cocina.

—Hola, nena... ¡qué mañana, joder!

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

Ernesto llevaba un par de periódicos doblados en la mano.

—Nada... Estos periodistas de mierda... ¡que se meten hasta en la sopa! Llevan toda la semana apostados desde primera hora en el juzgado, acosándonos con las cámaras y los micrófonos... ¡Yo no sé quién coño les da la información!... pero los cabrones tienen topes dentro del juzgado, fijo. —lanzó los diarios encima de la isla y extendió un ejemplar del Tribuna Atlántica— Y estos del Tribuna... ¡Mira!... Una foto del juicio, a todo color, con nuestra jeta en primera plana... aquí estamos... Fernando sale un poco ladeado, pero Ricardo y yo estamos de frente con la cabeza levantada... me cago en... ¡Yo no sé en qué cojones piensa ese director de mierda que tienen...!

A Marina se le disparó la adrenalina de golpe y las copas resbalaron de sus manos estrellándose contra el suelo. Un trozo de vidrio saltó clavándosele en el dorso de la mano.

—Joderrr... ¡Mierda!

—¡Hala...! Ten cuidado.

Ernesto vio la sangre y rodeó la encimera para ayudarla. Abrió el grifo y le colocó la mano debajo. El agua corría teñida de rojo y Marina puso una mueca de dolor. Se sacó la astilla de cristal y poco a poco dejó de sangrar. Ernesto le acercó la caja de las gasas. Le limpió la herida y le colocó un apósito.

—Bueno. Esto ya está. —le dio un beso y sacó la escoba para recoger los cristales del suelo.

—Deja —dijo quitándole la escoba de las manos—, ya los recojo yo.

—Si me da igual... A ver si te vas a cortar de nuevo...

—¡Ernesto!... —gritó irritada— Yo los recojo, ¿vale?... Tú llama a los niños para comer.

—Está bien... —levantó las palmas de las manos en señal de paz y salió de la cocina en busca de sus hijos.

Marina recogió los periódicos de la encimera. Vio la foto de su marido en la portada del Tribuna y el corazón volvió a latirle en la garganta.

Abrió el cubo y los tiró a la basura.

28 de mayo, domingo.

19:11h

—Venga niños, ¡salid del agua ya! Que os estáis arrugando y hay que merendar para ir recogiendo, que mañana hay que ir al cole.

—Bah... Déjales un ratito más, que lo están pasando bien. Ya les traigo la merienda ahora y verás como salen ¿Te traigo algo a ti también, hija?

—No, mamá, deja. No tengo hambre. Gracias.

—Pues hoy casi no has probado bocado... y eso que había salpicón de marisco y a ti te encanta...

—Ya... Si estaba muy bueno. De verdad, mami. Pero no tengo apetito.

—Está bien. Como quieras. Voy dentro. A ver si encuentro a tu padre y a Ernesto, que seguro que ellos toman algo de picar antes de que os marchéis.

Marina se colocó de nuevo los auriculares de su iPhone y se recostó en la tumbona para seguir tomando un rato más el sol. Estaba muy aturdida y su madre tenía razón, casi no había comido, pero tenía una bola en el estómago que no la dejaba tragar.

Su mente iba y volvía una y otra vez a recordar los besos de Lorenzo, sus caricias y su mirada abrasadora.

Pero entonces miraba a su marido y se sentía morir.

Necesitaba tiempo para intentar digerir y procesar toda esa mezcla de sentimientos.

Su teléfono vibró y la música se interrumpió unos segundos con el pitido de un WhatsApp.

Leyó la pantalla.

### **Lorenzo\_19:31**

Hola preciosa. Ya estoy de vuelta.

Me gustaría verte y hablar tranquilos...

Cuando tú quieras... y donde tú quieras.

Espero tu respuesta...Tranquila.

Tú decides. Un beso... signorina.

(4 besos)

De repente el aire no le llegaba.

«Dios mío... ¿en qué lío me he metido?... ¿qué he hecho, por Dios? ¿qué he hecho?».

Su madre se acercó para colocar una bandeja de bocadillos sobre la mesa.

—Marina, hija, ¿estás bien?

—Eh... ¿qué? —se medio incorporó bloqueando la pantalla de su móvil con torpeza.

—¿Que si estás bien? Estás muy pálida... ¿seguro que no te pasa nada? —su madre se acercó y le cogió la mano— ¿estás enferma, hija?

—No, mamá, que va... tranquila... es cansancio acumulado de toda la semana... es sólo eso, no te preocupes.

29 de mayo, lunes.

13:53h

—Ahora sí que la he jodido, Nona... ilya he jodido, pero bien!... Espera un segundo. —la camarera del Albatros se acercó para tomarle nota, separó un poco el teléfono inclinándolo sobre el hombro, pidió la comida y un gintonic de aperitivo— Perdona, ya estoy.

—¿Gin a las dos de la tarde de un lunes?... Sí que es grave, sí...

—Bufff, ya ves... o me medio anestésico o no doy pie con bola...

—Bueno, a ver, tranquila... Vamos a hablar con calma... Lo primero es ¿cómo estas tú?

—Pues fatal, Nona... Fatal... A ver... Es que no sé que coño me pasó por la cabeza... Bueno, sí lo sé...

—¿Qué?

—Pues eso, que no podía... mejor dicho, no puedo dejar de pensar en él... No entiendo lo que me pasa con ese hombre... uff... —se revolvió en la silla secándose la palma de la mano contra la tela del pantalón— No lo entiendo... me mira y me derrito... me desarma, literalmente...

—Ya... es fuerte... sí que es fuerte...

—Es muy fuerte, Nona... pero me gusta... eres una locura!... pero me gusta lo que me hace sentir... —su voz empezó a sonar angustiada— Me gusta mucho... eso es lo peor de todo.

Nona percibió la ansiedad de Marina y sabía que estaba a punto de romper a llorar.

—Joder, Marina... No sé que decirte... Sinceramente... No lo sé. Supongo que a veces pasan cosas en la vida que no tenías preparadas, que te sacuden o como quieras llamarlo.

—Ya, y a mí esta me sacudió pero bien... Yo, Marina Estrada, una mujer estupenda, segura de sí misma, profesional, buena madre, buena esposa...

—¡Marina! —la cortó en seco— No sigas por ahí. Sigues siendo una buena persona. Sigues siendo tú.

—¿Estás segura? Porque yo me siento la peor persona del mundo...

—¡Pues olvídate de eso! Así no. A ver..., de acuerdo, se te ha ido de las manos... A los dos... Porque él también está casado hasta donde yo sé...

—Sí.

—Pues eso. Esto ha sido cosa de dos. No lo olvides. —guardó silencio durante tres segundos— Ya está hecho. Lo importante es saber que vas a hacer a partir de ahora. —volvió a callarse— ¿Se lo vas a contar a Ernesto? ¿Vas a seguir con este hombre? ¿Qué quieres...?

—No lo sé, Nona... No lo sé. —dio un trago largo a su gin— No soy capaz de manejar esto... Me viene grande... ¡Joder, joder! —comenzó a sollozar— ¡Mierda, Nona, mierda!

—Venga Marina, tranquila. Respira... Sea lo que sea que quieras hacer, sabes que puedes contar siempre conmigo... —oyó como se sorbía los mocos.

—Gracias, Nona... —hipó una vez más— Lo sé...

—Escucha, sólo quiero que lo que sea que decidas, no te haga daño. Que cuando todo acabe no te quedes rota. —suspiró chasqueando la lengua— ¿Vas a ir a verle?

—Todavía no le he contestado al WhatsApp que me envió ayer. —bajó la cabeza apoyando la frente en la mano— ¿Sabes que estoy en la misma mesa en la que nos sentamos la primera vez que nos vimos? —se rió sin ganas— Es muy fuerte... muy fuerte.

—A mí tampoco me has contestado.

Marina resopló mirando hacia el mar y volvió a dar otro trago.

—Ahora mismo me da mucho miedo. Pero sé que tengo que volver a verle... Tarde o temprano tendremos que hablar... Sobre lo que pasó en Italia... Sobre lo que nos pasa... No puedo dejarlo así, en el aire... Nona la interrumpió.

—No. No puedes. No puedes dejar esto abierto y cualquier día encontrártelo por ahí y... ¡a saber!... Tú no eres de las que dejan las cosas a medias. Para bien o para mal, siempre acabas lo que empiezas.

—Sí, en eso tienes razón... Pensar en verle me da miedo... pero...

—¿Pero?



—Pero pensar en no verle de nuevo me da pavor... ¡Estoy jodida, Nona! ¡Estoy jodida! —se mordió los nudillos y cerró los ojos respirando hondo antes de seguir hablando.

—¿Marina...?

Continuó.

—Sabes que odio perder el control, no soy de esas... Sin embargo, con él es diferente... Me arrastra completamente... No puedo evitarlo... Me da vértigo... pero...

—¿Pero...?

—Quiero más.

Nona suspiró y se pasó la mano por la cabeza con un gesto de preocupación que Marina pudo percibir a través del teléfono.

—Te entiendo, de verdad que sí... Una mujer tan vital como tú nunca se ha conformado con ser correcta... Nunca... Pero estás en la cuerda floja. ¡Ten cuidado!

—Sí... Lo sé.

—¡Joder, Marina!... Tienes un marrón de la hostia... —suspiró de nuevo— ... sólo espero que no se te vaya de las manos.

Hablar con Nona la calmó un poco y pasó el resto del día atareada con el trabajo que tenía pendiente en la agencia. De vez en cuando, Lorenzo asaltaba su mente, pero conseguía deshacerse de él concentrándose en lo que fuese que estaba haciendo.

Ernesto la llamó para decirle que llegaría tarde. Esta vez lo agradeció. Quería estar sola para pensar y aclararse. Necesitaba espacio. Le dolía demasiado estar en la misma habitación que él. Se sentía sucia y avergonzada cuando su marido la abrazaba o cuando la besaba. Le quería y sabía que si se lo contaba le rompería el corazón. Sólo de pensarlo se quedaba sin respiración. Le quería. Le quería muchísimo. No quería perderle y pensar si quiera en ello la angustiaba y la mareaba.

Pero también deseaba a Lorenzo. Se estremecía recordando sus labios en su piel. Su cuerpo contra su cuerpo. Su lengua entre sus muslos. Su risa y su olor.

21:36h

Recogió la cocina y le dejó un plato con la cena en la nevera a Ernesto. Acostó a los niños y se puso el camisón y una ligera bata a juego. Hacía calor y abrió la ventana de su cuarto para que entrase la brisa del mar.

Cogió el móvil y consultó el correo y algunos mensajes de WhatsApp que tenía.

Abrió el chat de Lorenzo y lo leyó de nuevo. Un calor empezó a subirle por el pecho hacia la cara y se le volvió a encoger el estómago.

Podía sentir su olor incrustado en sus poros. Podía sentir su mirada taladrándola.

«Esto es mucho para mi..., joder... esto es mucho».

Fue hacia el salón y abrió el mueble bar. Había varias botellas con diferentes licores. Cogió la de Martin Miller´s y se fue a la cocina.

El contacto de los pies descalzos con la cerámica le produjo un escalofrío y se le erizó la piel.

Sacó una copa de balón de la alacena, puso un par de hielos, limón, pimienta y media lata de tónica.

Salió a la terraza con la copa y la botella de ginebra.

Se sentó en una de las tumbonas y se preparó un gintonic muy largo.

Hizo girar los hielos con el dedo y dio un trago.

Volvió a coger su iPhone y abrió la galería de fotos.

«Bufff... Dios mío... qué bueno está... está tremendo...».

«Tengo que verle otra vez...».

«Nona tiene razón... no puedo dejarlo así...».

«Tengo que saber por qué lo hice».

«Por qué he puesto en peligro mi matrimonio».

«Por qué no puedo dejar de pensar en él...».

Abrió su chat de nuevo y le escribió.

**Marina\_21:56**

Hola... a mi también me gustaría verte...y hablar...  
No sé cuándo ni dónde... te avisaré cuando sepa algo.  
Hasta entonces cuídate. Un beso Lorenzo. (2besos)

Repasó el mensaje varias veces escogiendo las palabras y comenzó a sentir angustia.

«¿Cómo iba a hacer para verle? ¿Dónde quedarían?».

«Vigo es una ciudad pequeña... es demasiado peligroso...».

Volvió a dar otro trago para aplacar la ansiedad que sentía. La ginebra bajó rápido por su garganta produciéndole un momentáneo efecto de acorchamiento en el pecho.

Pero la angustia volvió de nuevo.

«Mierda... no funciona...».

Se llevó las rodillas al pecho abrazándolas y apoyando la barbilla en ellas contemplando el anochecer.

Se tranquilizó un poco y volvió a releer el mensaje para enviarlo.

«Bueno, algún sitio se nos ocurrirá... pero tenemos que hablar otra vez...».

Iba a pulsar el botón de enviar cuando oyó a Ernesto que entraba en casa.

—¡Holaaa! He llegadooo.

El corazón le dio un vuelco e instintivamente tapó el móvil con uno de los cojines.

—¡Aquí! —contestó Marina levantándose y sacudiendo disimuladamente las manos para ocultar sus nervios.

—¡Hola, amor! —dijo Ernesto dejando su maletín encima de la cómoda— ¡Uff!... Estoy muerto... menudo día... de locos... hoy ha sido de locos.

—¡Hola, cariño! —se acercó recolocándose el cinturón de la bata.

—Menos mal que ya estoy en casa con mi mujercita. —la atrajo hacia él por la cintura y le dio un beso en los labios— Mmm, ¡qué bien hueles siempre! ¡me encanta tu perfume! —la apretó un poco más y bajó su mano hacia el culo mientras volvía a besarla en el cuello.

Se fijó en la mesita de la terraza y vio la botella de ginebra y la copa.

—Hmmm... ¿y eso? —la escudriñó con la mirada— ¿Bebiendo sola? No puede ser... ¡jajaja! ¡Eso se avisa!

—Ya... Me apetecía y no sabía a qué hora ibas a volver... Así que no te esperé. Pero si quieres te preparo una para ti. —le acarició la cara

con las manos volviendo a ver sus intensos ojos azules y sintiendo una ternura infinita hacia él.

«Dios... ¿Cómo puedo quererle y desearle a él y pensar si quiera en desear a otro?».

«Nunca me lo perdonará... nunca...».

—No amor, deja. —la besó en la frente y la soltó para sentarse en la cama y descalzarse— Voy a ponerme cómodo y a acostarme que mañana nos espera otro palizón como el de hoy.

—¿No vas a cenar?

—No, no, que va. He picado algo con los chicos en el mesón que hay al lado del juzgado.

—Ah, ivale! ¿Qué tal lo lleváis entonces?

—Buff... pues mal... ¡es una mierda! —se desvistió y abrió el cajón de la cómoda para coger una camiseta— Estamos agotados y aún nos quedan cinco semanas más por lo menos. —colgó el pantalón del traje en la percha y recogió la camisa haciendo una pelota con ella para llevarla al cesto de la ropa sucia— Hay más de cien testigos y los abogados de la defensa son unos tocapelotas intentando anular pruebas y escuchas... Ricardo está que trina y Fernando igual, y yo, al ser el ponente, me tengo que comer toda la causa para exponer el caso al final... ¡bah!... qué te voy a contar.

—Joder, lo siento...

—Sí... un follón... Menos mal que en dos semanas nos vamos al congreso y por lo menos tenemos un descanso para desconectar. —cogió el iPad de su maletín y lo apoyó en la mesilla— Voy a consultar un par de cosas antes de dormir.

Pasó hacia el baño para cepillarse los dientes.

Marina cogió su copa y se apoyó en el marco de la puerta del cuarto de baño mientras Ernesto se lavaba los dientes.

—¿El congreso? —dio un trago con un gesto reflexivo— ¿Qué congreso?

—Sí... el Congreso Anual de Jueces. Al que voy todos los años. ¡El de Mallorca, mujer! —arqueó las cejas con condescendencia— ¡Qué despiste tienes!, ¿eh?

Se secó la boca y las manos, salió cogiéndola por los hombros y le dio un beso en la frente.

—¡Yo no sé si eso te estará afectando! —señaló la copa y ladeó la cabeza con una sonrisa socarrona.

—Lo había olvidado por completo. —se giró y le siguió— ¿Y cuándo es?

—En menos de dos semanas. Del 9 al 11 de junio, de viernes a domingo. —apagó el móvil y se metió en la cama— ¿No recuerdas que te lo había dicho? Ricardo ya ha hecho las reservas. Ana y tú decidisteis no acompañarnos esta vez. Nos vamos solos.

—Es cierto..., sí, sí... perdona, es que no me acordaba. —se acercó a él y le dio un beso— Voy a la terraza un rato, ¿vale? Tengo calor y quiero acabarme esto.

—Sí, tranquila. Yo voy a echar un vistazo un par de minutos y ya me voy a dormir. —cogió el iPad devolviéndole el beso a su mujer— ¿Marina...? —la sujetó por la punta de los dedos con la mano.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí... ¿por?

Dio un tirón a su mano.

—No sé... Estás rara.

1 de junio, jueves

11:29h

—Sí, sí. Están bien así. Llévatelos y mañana seguimos. Dile a Adán que prepare un reporte de slogans. Y Santi y tú buscad los grafismos y las paletas de colores para combinar.

—Muy bien, Marina. Van a quedar perfectos. ¡Ya lo verás!

—Lo sé, Elena. Lo sé. Confío en vosotros. ¡Sois un buen equipo!

—Muchas gracias, Marina, de verdad. Sabes que estamos encantados de encargarnos de esta campaña. ¡Carpini va a quedar más que satisfecho!

La puerta del despacho estaba medio abierta y Daniel se asomó golpeando con los nudillos.

—¡Buenos días! ¿Se puede?

Marina estiró el cuerpo para mirar por encima de Elena.

—¡Buenos días, Daniel! —le miró con una sonrisa— ¿Qué...? ¿Ya de vuelta de tu escapadita a Madrid? Creía que te ibas a quedar a vivir en la capital. Está bien Elena, gracias. Mañana seguimos. —le tendió las carpetas guiñándole un ojo con complicidad.

—Sí, sí. No hay problema. —Elena le devolvió el gesto y salió del despacho.

Daniel se hizo a un lado para dejarla pasar.

—¡Buenos días, Elena!

—¡Buenos días, Sr. Durán! Con permiso.

Daniel se acercó a la mesa arrugando un poco el ceño.

—¡Caray! Que sería... ¿no?

—¡Jajaja! Si no fueses tan estirado igual te sonreía un poco... No sé... Háztelo ver... ¡Sr. Durán!

Marina se levantó de su sillón, rodeó la mesa y se apoyó en la parte delantera. Cruzó los brazos sobre el pecho y exhibió una sonrisa triunfal.

—Vale, vale... —Daniel metió las manos en los bolsillos de su pantalón y agachó la cabeza acercándose a ella.

—Vale, vale... ¿Qué?... Sr. Durán...

—Que sí, Marina. Que eres buena, joder. ¡Eres muy buena!

—¿Y...?

—Que lo siento... ¿Vale?, lo siento. Siento haber dudado de ti y siento haberme portado como un energúmeno contigo. —le tendió la mano en señal de arrepentimiento— ¿Amigos? —la miró con ojos lastimeros.

—¡Amigos! —le apretó la mano con fuerza a propósito y se fundieron en un abrazo— Eres un cabrón, lo sabes, ¿no?

—Sí, sí que lo sé.

—¡Pero te quiero!

—Yo también te quiero, Marina. Sabes que te adoro. Susana y tú sois como unas hijas para mí. Ya lo sabes. —la separó cogiéndola por los hombros mirándola con orgullo— Venga y ahora cuéntame todos los detalles de la reunión. —se sentó en uno de los sillones y Marina volvió a ocupar su sitio— ¿Y cómo es eso de que vamos a llevarle las bodegas a su hermano? Piero me llamó y me contó que Enzo se ha quedado prendado y que ya no quiere trabajar con nadie más que con MissMussa. ¡Jajaja! ¿qué has hecho Marinita?, ¿qué has hecho en Roma? ¡Cuéntamelo todo!

14:44h

—Lo sé, Nona. Lo sé. Por eso he tomado una decisión. Voy a verle de nuevo. Quiero saber quién soy en realidad. Creía que lo sabía y no es así.

—Me parece bien. Si lo haces de una manera consciente y siendo coherente... sin atolondrarte.

—Tienes razón, —dio un sorbo a su café— si lo dejo abierto, si no me enfrento a ello, me perseguirá siempre... Para bien o para mal, necesito saberlo.

—Sí. Yo creo que sí. Tú no te has conformado nunca con ver la vida pasar. Tú siempre has formado parte del elenco principal, ¡jajaja!, perdona que me ría, hija, pero... ¡ufff!

—Ya... tranquila... No pasa nada, mujer. —se retiró el pelo de la cara y cambió el móvil de oreja— Tengo que saber quién soy de verdad y ver hasta donde soy capaz de llegar. Con todas las consecuencias.

—Ufff... Marina... Qué fuerte... joder... qué fuerte.

—Necesito saberlo, Nona... Para encontrarle un sentido y poder explicárselo a Ernesto.

Se hizo un silencio entre las dos.

—Le romperé el corazón... y no me perdonará jamás... pero lo necesito... necesito saberlo. Voy a mandarle el mensaje... y que sea lo que Dios quiera... ¡Sólo de pensarlo se me dispara el corazón!

—De acuerdo. Pero recuerda. Hazlo bien. Sé consecuente en todo momento y si tienes que estar con él, pues estás. Pero no la cagues. Ernesto no se lo merece. Que no te vean. Antes cuéntaselo tú. Que no se entere por otras personas. Se lo debes.

—Sí, sí. Tranquila, Nona... Joder... Me sudan las manos y el corazón me late a toda pastilla.

—Un beso, Marina. Cuídate. Cuídate mucho. Hablamos.

—Sí. Te llamo, no te preocupes. Gracias, Nona. Eres un tesoro. Te quiero.

Se quedó mirando la pantalla del móvil en silencio. Notaba como la sangre le subía por las venas del cuello asfixiándola.

Abrió el chat de Lorenzo y leyó el mensaje que había escrito el lunes y que no llegó a enviar.

Lorenzo la había respetado y le había dado tiempo. Ahora le tocaba a ella mover ficha.

«Está bien... ahí va».

### **Marina\_15:01**

Hola...a mi también me gustaría verte...y hablar...  
No sé cuando ni dónde... te avisaré cuando sepa algo.  
Hasta entonces cuídate. Un beso Lorenzo. (2besos)

El corazón se le subió a la garganta y se le secó la boca.

«Joder, joder, joder».

Le hizo una señal a la camarera y pidió otro café con el doble de hielo.

A pesar de estar en la terraza del Albatros, con la brisa del mar de cara, no era capaz de llenar ni la mitad de sus pulmones.

Le sirvieron el café, removi6 los hielos y dio un trago largo.



«No aguanto más... ¡mierda!».  
Abrió la aplicación y comprobó el estado del mensaje.  
Doble tic gris.  
«Todavía no lo ha visto».  
«Dios... ¡qué mal!».

De pronto las comillas se tornaron azules.  
La mano comenzó a temblarle y tuvo que poner el móvil sobre la mesa para no tirarlo.  
Bajo su nombre apareció "escribiendo".  
Se puso roja como la grana y estaba a punto de colapsar.

### **Lorenzo\_15:08**

Hola Marina. Gracias por contestar. Quiero verte. Necesito verte.  
Necesito hablar contigo.  
Sé que es complicado. Pero encontraremos la manera.  
Tranquila. (3 besos) signorina!

El corazón le iba a explotar. Se percató de que no paraba de mover las piernas arriba y abajo temblando como una hoja.  
Respiró y le escribió un nuevo mensaje con los dedos torpes.

### **Marina\_15:09**

Tengo miedo Lorenzo. No quiero que nos vean.  
No sé como lo vamos a hacer. No sé. Vigo es pequeño.  
Cualquiera puede vernos. No puedo hacerle eso a mi marido.  
(cara triste)

### **Lorenzo\_15:10**

Está bien. Tranquila, pequeña. Ya pensaré en algo.  
Fuera de la ciudad, ¿quizás?

### **Marina\_15:11**

Podría ser...sí...algo así.  
Lejos de aquí...pero no sé donde.  
Tampoco tenemos mucho tiempo.  
Ay, no sé Lorenzo estoy hecha un lío.

La cosa iba empeorando por momentos. Marina sentía una mezcla de angustia, asfixia y hormigueo. Una idea cruzó su mente.

**Lorenzo\_15:11**

Tranquila, ¿vale? Tranquila.  
No te preocupes.

**Marina\_15:12**

Espera. El próximo fin de semana podría arreglarlo para estar sola. Podría irme a pasarlo fuera. No sé... ¿tú como lo tienes?  
(Cara de pensar)

**Lorenzo\_15:13**

Lo arreglaré. Déjalo de mi cuenta. Yo me ocupo. ¿del 9 al 11?

**Marina\_15:14**

Sí.  
Ernesto se va por la mañana a un Congreso y podría dejar a los niños con mis padres. No sé... igual me estoy precipitando...  
(cara preocupada)

**Lorenzo\_15:15**

No. Yo lo arreglo. No te preocupes por nada. ¿Todavía confías en mí?

**Marina\_15:15**

Sí...

**Lorenzo\_15:16**

Tranquila.  
No te agobies. Te mandaré un mensaje cuando lo tenga todo listo. Confía en mí, pequeña.

Cuídate. Un beso.  
(5 besos)

**Marina\_15:17**

De acuerdo. Confío en ti.  
Cuídate tú también. Otro beso. (2 besos)

«Joder, Marina... joderrrr».

«Confías en mí dice... ¡ay, Lorenzo!... la última vez que confíé en ti acabé con tu lengua metida hasta la garganta...».

Las mejillas le ardían y apretó los muslos al recordar las cosas que ese hombre le había hecho con la boca

«Que sí confío en ti... ¡en quien no confío es en mí!».

9 de junio, viernes.

10:00h

—Marina, salgo ya, que Ricardo ha llegado y está en doble fila esperándome. ¿Seguro que no necesitas nada? —preguntó Ernesto arrastrando la maleta por el pasillo— ¿Has visto mi iPad? Ah!... Deja, está aquí en la entrada.

Marina salió del cuarto de la lavadora.

—Voy, Ernesto... Espera, es que no encuentro el bañador de Teo. Quiero dejarle la bolsa lista a mi madre para cuando venga a recoger a los niños. Tranquilo, tengo todo listo yo también. —contestó acercándole las llaves.

—Vale, mi amor. Dame un beso. Conduce con cuidado y dale un beso a Nona de mi parte. ¡Y no bebáis mucho, que las dos juntas sois peligrosas! ¡No seáis muy malas! —la cogió por la cintura y le dio un beso en los labios a la vez que la apretaba fuerte contra su cuerpo.

Marina llevaba una bata de seda verde muy fina que se abrió con el abrazo de Ernesto dejando salir sus pechos.

Le pasó los brazos alrededor del cuello y le alborotó un poco del pelo.

—Mira que eres, ¿eh? Tienes cada cosa... —contestó ella— Tranquilo, sólo beberemos lo necesario, ya lo sabes... ¡jajaja! Pásalo bien tú también con Ricardo y no trabajéis mucho. Aprovechad y haced un poco de turismo por la isla. Y lo mismo te digo. ¡Portaos bien los dos y no seáis muy golfos! Nos vemos el domingo por la noche. ¿Seguro que no quieres que suba a recogerte al aeropuerto?

—No, tranquila. Ya me baja Ricardo. —Ernesto la besó de nuevo en la boca antes de soltarse. Guardó su iPad en el bolsillo exterior de su maleta y salió de casa.

Marina se quedó en silencio de pie mirando a la puerta con la bata medio abierta y le entraron ganas de llorar. No entendía nada. Quería a su marido, pero no podía dejar de pensar en Lorenzo.

«Joder, Marina, ¿qué estás haciendo?».

Volvió al dormitorio y se sentó en la cama contemplando su maleta a medio hacer.

Cogió el móvil y abrió el WhatsApp.  
Buscó "Lorenzo" y abrió la conversación para leer de nuevo los mensajes.

**Lorenzo\_21:32**

¿Sigue en pie lo de mañana?

Si no quieres venir lo entiendo, pero me gustaría que vinieses. Quiero verte otra vez.

Quiero tocarte y olerte. Quiero besarte.

Lo siento, pero es lo que quiero. Ven, por favor.(3 besos)

**Marina\_21:38**

Yo también quiero verte otra vez

Pero esto no está bien. (cara preocupada)

**Lorenzo\_21:39**

Por favor Marina, ven.

Aunque no te quedas a dormir.

**Marina\_21:40**

No lo sé Lorenzo. No estoy segura.

No sé que quiero hacer, de verdad.

Creo que esto me está superando.

**Lorenzo\_21:41**

Si no vienes lo entenderé. No te preocupes. Pero te estaré esperando. Me quedaré en el Faro todo el fin de semana.

Tranquila, descansa. Besos. (5 besos)

**Marina\_21:42**

Ok. Tu también.

Besos para ti también (2 besos)

**Lorenzo\_21:43**

Gracias por los besos, signorina.

(2 besos)

Leyó la conversación tres veces y comenzó a sentir un cosquilleo en el estómago mientras recordaba a Lorenzo y como habían hecho el amor en Roma.

«Dios... ¡es una locura!... pero necesito verle otra vez».  
Le envió un mensaje.

**Marina\_10:37**

¡Hola!

Quiero verte. No puedo evitarlo.  
Yo también quiero besarte.  
(mono tapándose la boca)

Pulsó el botón de enviar y lanzó un grito.

«Buahhh... ya está. No me puedo creer lo que acabo de hacer».

«Joder, joder, joder».

Dejó el teléfono encima del tocador y entró en el vestidor para terminar de hacer su maleta.

BIP. BIP. Mensaje de WhatsApp.

Se le encogió el estómago.

«¿Será él?».

Se apresuró a coger el móvil para ver el mensaje. Sí. Era Lorenzo.

Abrió la pantalla.

**Lorenzo\_10:46**

¡Buenos días, preciosa!

Me alegro de que quieras

besarme. Ya somos dos. Te espero.

No tardes, estoy impaciente por verte.

(4 besos)

Le temblaba la mano al leer, de repente sintió una brisa caliente en sus mejillas y comenzó a reírse.

**Marina\_10:49**

Saldré sobre las dos. Así que calculo que llegaré a las cuatro y

media o cinco más o menos.  
(guiño, beso, piruleta)

### **Lorenzo\_10:50**

Perfecto.

Allí estaré. (2 besos)

Cerró su maleta y la llevó a la entrada. Encendió el equipo de música de su habitación y puso un CD de Tina Turner. Empezó a sonar "Missing You" y entró en el cuarto baño para darse una ducha y terminar de arreglarse mientras tarareaba la canción. Tenía tiempo hasta las dos, así que se lo tomó con calma.

Quería estar perfecta.

Se maquilló con cuidado y se perfumó el cuerpo y el pelo con "Nuit et Confidences" de Annick Goutal.

Eligió unos pantalones pirata blancos, una camisa de cuadros vichy en rosa y unas bailarinas troqueladas a juego con la camisa.

Se puso unos pequeños aros de oro blanco y brillantes y una fina pulsera en la muñeca derecha de la misma colección.

Se llevó también la cazadora de piel camel y un foulard en tonos tostados.

En la maleta había metido un par de vestidos y unos stiletos nude por si salían a cenar, además de un body de encaje negro y un conjunto de braguita y sujetador en tonos granate.

Encontró el bañador de Teo dentro de la secadora, terminó de preparar la mochila de los niños y llamó a su madre para darle las últimas instrucciones sobre el horario de recogida de los mellizos.

Cogió las llaves del coche y el móvil. Dobló la cazadora debajo del brazo y salió con la maleta y el bolso hacia el ascensor.

Mientras bajaba al garaje le envió un WhatsApp a Nona.

### **Marina\_13:52**

¡Hola! Salgo. Me voy a Ribadeo a pasar el finde con él (sorpresa)  
Bufff, no puedo dejar de pensar en él.  
No puedo.(cara aflijida).

Gracias por cubrirme. Te cuento a la vuelta.  
(beso, guiño)

Abrió el maletero y cargó el equipaje en su interior. Cuando lo cerró se fijó en el Audi gris de Ernesto, aparcado en la plaza contigua a la suya.

Le asaltó un sentimiento de culpa y vergüenza.

«Estás engañando a Ernesto y no se lo merece. Ahora está de viaje pensando que te vas con Nona y te vas a ver con otro tío».

«Joder».

«Por Dios... ¿Qué estoy haciendo?... ¿por qué no puedo dejar de pensar en este hombre?».

«Tengo que verle otra vez».

«Tengo que entender por qué he sido capaz de cruzar todas las líneas con él y todavía quiero más».

«Tengo que saberlo».

Entró en el vehículo y salió del garaje.

La luz del sol le dio de lleno y se puso unas Rayban de estilo aviador en tonos marrones.

Bajó la ventanilla de su Alfa Romeo y respiró hondo.

«Bueno, tranquila. A lo mejor llegas y el que se ha arrepentido es él y no está».

BIP.BIP.

Su Iphone vibró en el salpicadero y cayó en la alfombrilla del copiloto.

«Mierda».

Marina se agachó a coger el móvil y comprobó el mensaje.

**Nona\_14:01**

Ok. (guiño),pero ten cuidado por favor.

Sé discreta. Haz lo que quieras con Lorenzo pero que no te vea nadie conocido. Piensa en Ernesto.

Por lo menos hasta que decidas qué es lo que quieres hacer.

Si alguna vez se tiene que enterar de esto que sea por ti.



No lo olvides.  
Un beso guapa. Te quiero, ya lo sabes.  
(2 besos, arcoíris , guiño)

## **Marina\_14:02**

Gracias Nona, no te preocupes.  
Tendremos cuidado. Yo también te quiero.

Entró en la autopista y pisó el acelerador al sentirse libre del tráfico de la ciudad. Lorenzo había reservado el fin de semana en el "Faro de Isla Pancha", en Ribadeo, un antiguo Faro restaurado y convertido en alojamiento.

Estaba apartado del pueblo, por lo que era un sitio discreto para pasar desapercibidos. Además, había visto fotos en internet y el paisaje era espectacular.

Tendría que conducir por la AP-9 hasta A Coruña y después coger la A-8 en dirección a Oviedo para llegar a Ribadeo. Le esperaba un viaje de casi tres horas pero no le importaba, al contrario, le gustaba mucho conducir por la autopista y por carreteras solitarias. Disfrutaba viendo pasar el paisaje ante sus ojos y sintiendo como su Giulietta iba devorando los kilómetros.

Bajó la ventanilla del todo y dejó que el aire cálido de junio entrase alborotando su pelo y proporcionándole un poco más de oxígeno. Sólo de pensar en volver a reencontrarse con Lorenzo y pasar dos días con él, lejos de todo, le producía una sensación de cosquillas y náuseas que le resultaba extraña y adictiva a la vez.

Marina quería respuestas. Quería saber qué coño le pasaba con Lorenzo.

¿Por qué estando enamorada de su marido no podía dejar de pensar en acostarse con otro hombre?

Pasó el peaje de Pontevedra y aceleró todavía más.

Subió el volumen de la radio y se dejó llevar por la música.

Sonaba "Todo no es casualidad", de India Martínez.

Miró el reloj. Eran las dos y veinte. Esperaba estar allí sobre las cuatro y media, cinco como muy tarde. Podían instalarse y tendrían

todavía tiempo de dar un paseo por los alrededores del Faro antes de cenar.

«Eso si está...», pensó.

«...o si no me acojono yo antes y me doy la vuelta».

La canción seguía:

"...no soy tan perfecta, como tu esperabas. Somos inocentes, la culpa es del alma...

...quiero rendirme en sus brazos, quiero conocerle y abrir un camino de nuevo...

Es que cuando me roza, prendo fuego al mar..

Quiero encontrarme en sus ojos y volverme a ver..

Ya lo sé, es cruel... perdóname, todo no es casualidad."

El resto del viaje discurrió tranquilo.

Marina iba sintiéndose cada vez más excitada y nerviosa. A su mente venían escenas y sensaciones de aquellos días en Roma. Su olor. Su pelo grisáceo y ensortijado. Su sonrisa. Su piel aceitunada. Sus ojos rasgados y sus labios finos y sexys.

Se detuvo en un cruce y reconoció una señal que indicaba el desvío al Faro.

Puso el intermitente y subió por la pista que llevaba hasta él.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

Llegó a una explanada dónde había tres coches aparcados.

Reconoció el Mercedes azul de Lorenzo y sintió que le faltaba el aire.

«Dios, ¡está aquí! Ha venido».

«¿Qué hago?».

Aparcó en batería al lado del coche de Lorenzo y paró el motor.

Las manos le temblaban tanto que no acertaba a sacar la llave del contacto. El corazón le latía ahora en la garganta y la sensación nauseosa se había exacerbado.

Abrió la puerta despacio y se quedó paralizada sin poder bajar.

«No puedo hacer esto».

«No puedo... no puedo seguir...».

Cerró de nuevo la puerta y se agarró con fuerza al volante.

—¡Ahhhhh...! —gritó con rabia.

Se quedó inmóvil durante dos minutos con la respiración entrecortada.

«¡A la mierda!».

«No puedo volver. Quiero estar con él».

«¡Tengo que estar con él!».

Marina soltó el volante, desconectó el móvil del sistema del coche, cogió las gafas de sol y el bolso y salió del vehículo.

Accionó la cerradura del coche con el mando y se dispuso a cruzar el puente que separaba la península del pequeño islote de roca donde estaba el Faro.

Al salir del puente, rodeado por un camino circular, se encontraba el antiguo Faro. Una construcción cuadrada de una planta, coronada por la vieja óptica en una cúpula central y convertido ahora en alojamiento.

El nuevo Faro era una construcción cilíndrica de cinco plantas, pintado a franjas de color azul marino y blanco. Estaba situado justo al borde del pequeño acantilado de la isla, encima de una base de hormigón con varios escalones al final del camino de piedra.

Marina pasó por delante del hostel y no vio a nadie. Siguió por el camino hacia el nuevo Faro y de repente se paró en seco.

Allí estaba. Era él. Lorenzo estaba al lado de la torre, de espaldas al camino, contemplando el mar.

Podía oír el latido de su propio corazón retumbando en sus sienes.

Miró al cielo, respiró hondo y apuró el paso para llegar hasta él.

Cuando estaba a dos metros, Lorenzo se giró y sus ojos se encontraron.

—Marina... has venido...

Permanecieron mirándose en silencio durante unos segundos.

La cálida brisa movía suavemente la larga melena de Marina y el sol de la tarde teñía de dorado el mar.

—Lorenzo... yo... yo... —Marina comenzó a temblar. No era capaz de articular, tenía un nudo en la garganta y el sonido de su corazón retumbando en su cabeza empezaba a marearla.

—Shhh... tranquila... ven aquí... ven... —Lorenzo extendió su mano hacia ella.

Marina dejó caer el bolso y las gafas en la hierba y dando un paso cogió la mano que Lorenzo le ofrecía.

La sujetó con delicadeza y tiró suavemente hacia él, pegando sus cuerpos y enfrentando sus caras.

La rodeó entonces con sus brazos y la estrechó más fuerte contra su pecho.

Marina no podía apartar sus ojos de los suyos.

Su respiración fue tornándose cada vez más rápida.

—Marina... ¡Cuánto te he echado de menos! —susurró mientras pegaba su frente a la de ella.

—Lorenzo... yo no... —Marina no pudo acabar la frase. Lorenzo la besó y el suelo tembló bajo sus pies.

Se agarró con fuerza a él y correspondió a sus besos, primero con delicadeza, entreabriendo la boca muy despacio y más tarde con fuerza y pasión, con el horizonte como testigo de su locura.

Poco a poco se fueron calmando y Marina permaneció abrazada al pecho de Lorenzo apretándolo con fuerza.

—Ya... ya... tranquila. Estás conmigo, pequeña.

—Sí... Estoy contigo. Aún no me creo lo que acabo de hacer... pero sí... estoy aquí... —volvió a besarla suavemente.

—Ven, demos un paseo. Voy a enseñarte todo esto. Después iremos al hotel a instalarnos... Si decides quedarte, claro.

—Lorenzo... —le miró fijamente a los ojos— Voy a quedarme.

Lorenzo sintió una punzada en el estómago al tiempo que una gran sonrisa iluminaba su cara.

Marina recogió el bolso del suelo, se puso las gafas y preguntó:

—Bien. ¿Cuál es el plan?

—El plan es hacerte el amor toda la noche.

—¡Calla!, tonto —Marina echó a correr hacia el otro extremo de la isla y Lorenzo fue tras ella atrapándola y cogiéndola en volandas.

—Hey... ¡no te escapas!

—¡Ja,ja! ¡no me quiero escapar!

Marina le rodeó el cuello con sus brazos y le volvió a besar.

—Tranquilo, no voy a escaparme. —le susurró— Yo también quiero

hacer el amor toda la noche.

20:43h.

Salió del baño con un vestido drapeado de color azul Klein que se ajustaba perfectamente a sus curvas. Tenía las mangas de casquillo y un escote en pico bastante pronunciado.

Le quedaba justo por debajo de la rodilla y con los stiletos nude, un brazalete dorado y unos pendientes-joya a juego con el tono del vestido, estaba espectacular.

Lorenzo estaba de espaldas hablando por teléfono con la recepción, confirmando la reserva para cenar en uno de los restaurantes del pueblo.

—Sí, para dos. Eso es, a las nueve y media. Lorenzo Alcázar. Sí... Perfecto. Muchas gracias. —colgó el auricular— Listo, tenemos la reserva para las nueve y me... —no pudo terminar la frase. En ese momento se giró y vio a Marina entrando en la habitación— ¡Guauuu!... —se quedó parado mirándola con asombro— ¡Estás increíble!

Fue hacia ella entornando los ojos con un gesto perverso.

—¡Las manos quietas! —dijo divertida.

—Ven aquí... Dios, ¡estás impresionante!

Sí. Era verdad. Marina estaba impresionante.

Irradiaba belleza y seguridad. Estaba sencillamente irresistible.

—Usted tampoco está nada mal, señor Alcázar —dijo inclinando la cabeza hacia un lado y sacudiendo su melena castaña, en un claro gesto de seducción.

Lorenzo se había puesto el traje oscuro de Armani con el que se había presentado la primera noche que cenaron en Roma en el Mirabelle. Esta vez prescindió de la corbata. La camisa era blanca, de corte slim igual que el traje, y le quedaba también impecable.

Se había engominado un poco el pelo y se había puesto el perfume que tanto le gustaba a Marina.

«¡Ufff!, ¡qué bueno está con ese traje!»

«Y su olor... mmm... a cuero, madera y limón, tan adictivo y tan masculino me vuelve loca».

«Yo es que no puedo con este hombre... ¡de verdad que no

puedo!».

—Lorenzo...¡No! —le empujó poniéndole las manos en el pecho— ¡Me estropeas el maquillaje!

—Me da igual tu maquillaje... ¡Ven aquí! —se soltó agarrándola por las muñecas, hundiendo la cabeza en su cuello para darle un mordisco.

—¡Que no! —se revolvió y consiguió zafarse de él— No sea tan impaciente, señor chapado a la antigua. —se colocó el pelo y se estiró el vestido— Tengo hambre. Primero, lléveme a cenar.. Y luego... Mmmm...

—¿Mmmm? ¿Mmmm?... ¿Qué?

—Ya veremos... —le miró con un gesto provocador mordiéndose el labio.

—No hagas eso... O no llegas al restaurante —consiguió alcanzarla y estrujarle el trasero— Estás avisada... ¡Jajaja!

20:53h

Subieron al coche. Lorenzo pulsó el botón de encendido y los relojes del salpicadero se iluminaron progresivamente durante unos segundos testeando el vehículo.

—¿Estás segura de esto?

—Sí.

Le acarició la nariz con el dorso de los dedos y arrancó.

Entraron en el restaurante y Marina recordó la primera noche que cenaron en el Mirabelle. Un latigazo le enderezó la columna. Lorenzo la cogía de la cintura y sus manos desprendían corriente al contacto con su piel electrizando todo su cuerpo.

—El vino lo elijo yo. Blanco... ¡Por supuesto! —le guiñó un ojo arrugando la nariz divertido.

—¡Oye! —protestó— Ya sabes...

—Sí. Por eso... ¡Jajaja!

La miró sin pudor. Descarado. Arrogante. Haciéndole el amor con los ojos allí mismo.

La excitación de ambos era patente e iba aumentando a medida que transcurrían los minutos.

Marina estaba totalmente a su merced.

23:26h

Terminaron de cenar y salieron al aparcamiento del local. Estaban en la costa norte de Galicia y la noche había refrescado bastante. Una fina niebla flotaba en el ambiente, mojando con diminutas gotitas de rocío las carrocerías de los vehículos. Lorenzo le ofreció su chaqueta. Marina sintió el tacto suave de la tela y se envolvió con su olor.

«Ay, Dios... Estoy perdida... Perdida».

—¿Dónde te apetece ir?, ¿quieres tomar una copa o regresamos al Faro? —la había cogido de nuevo por la cintura y bajado la mano hacia su nalga apretándola sin ejercer demasiada presión.

La suficiente para que Marina se estremeciese y quisiese más.

Ese era el problema.

Ahora no pensaba.

Volvía a estar lejos de casa. Lejos de todo. Y quería más.

—Llévame al Faro. —le cogió por el cinturón atrayéndole hacia ella pegando su cuerpo al suyo mirándole fijamente.

Lorenzo condujo a toda velocidad su Coupé. Tomaba las curvas con seguridad mientras el motor rugía agarrándose perfectamente al asfalto.

El vino blanco surtía su efecto y Marina estaba cada vez más excitada.

Era incapaz de dejar de mirar a ese hombre. El magnetismo que desprendía era hipnótico.

Aparcó el coche y salió para abrirla la puerta.

Le dio la mano para ayudarla a bajar. La cubrió con su americana de nuevo apoyándola contra la puerta.

—Sabes lo que va a pasar ahora... ¿verdad? —la cogió por la nuca pegando su frente a la suya.

—Sí. Lo sé.

—Sabes que no vas a dormir.

—Sí... No quiero dormir.

La besó con fuerza. Aspirando todo su oxígeno. Recorriendo cada lugar de su boca con desesperación.

—Vamos.

La óptica del Faro giraba iluminando el sendero en ráfagas, proyectando sombras y figuras extrañas al pasar.

Entraron en el apartamento y se dirigieron al dormitorio.

—Espera aquí.

Marina se sentó en la cómoda que había en el cuarto. Le quedaba a la altura de los muslos y parecía robusta.

Lorenzo regresó de la cocina con sendas copas en cada mano.

—Martin Miller´s para la señorita.

—Mmm... ¡Mi ginebra favorita! —cogió la copa y dio un trago sintiendo el frescor del hielo en los labios— Últimamente me he pasado un poco con ella.

—¿Sí? —Lorenzo bebió un poco de su whisky lamiéndose los labios.

—Sí.

—¿Y eso? —bebió otro trago.

—Era la única forma de continuar y de pasar el día contigo en mi cabeza.

—Ahhh... ¿Y qué te imaginabas entonces? —dejó el vaso a un lado acercándose a ella— ¿Qué recordabas?... Esto... —la besó en el cuello.

—Ahá... —Marina inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿O esto?... Le subió el vestido arrastrando la mano por su muslo.

—Ohhh... Sí... Eso... —dejó la copa inclinando más la cabeza arqueando la espalda.

—O esto otro... —se arrodilló entre sus piernas y comenzó a pasar su lengua por el interior de sus muslos.

—Ohhh... Dios... —le agarró por los hombros— ¡Eso también!

—Bien... Porque es justo como lo recordaba yo.

Se inclinó hacia atrás arrastrando el culo hasta la esquina del mueble y le pasó una pierna por encima del hombro apoyando las manos en el borde para mantener el equilibrio.

Lorenzo le subió el vestido hasta la cadera y rozó con su lengua el sexo de Marina por encima del encaje.

Se tensó y se mordió el puño gimiendo.



—¿Qué pasa, pequeña? ¿Quieres que pare?

—No... —se arqueaba más— No...

—¿Qué quieres, Marina?

—Quiero... Ohhh... —volvió a gemir— Quiero que me hagas el amor ahora.

Lorenzo metió los dedos y tiró de los corchetes del body liberando su sexo empapado.

Le frotó el clítoris con el pulgar y acercó su lengua para saborearlo por completo.

Marina no dejaba de retorcerse jadeando cada vez más.

—Ohhh... Por Dios... No puedo... No puedo más... Para, por favor... Para... —le agarró por la cabeza y le subió hacia ella— Bésame, Lorenzo... Bésame.

La besó con los labios brillantes dándole a probar el dulzor de sus propios fluidos. Se volvió loca de deseo y le desabrochó con furia la camisa y los pantalones. Se subió el vestido sacándoselo por la cabeza y bajó los tirantes del body dejando salir sus pezones duros como diamantes. Le quitó los bóxers y cogiéndole por las caderas introdujo la polla en su interior de una sacudida.

—Ahhh... Hostias... —gruñó Lorenzo— ¡Joder, Marina!... ¡Cómo te eché de menos!... Joder...

Apoyó las palmas de las manos contra la pared y permaneció quieto durante unos segundos sintiendo su calor.

Sus ojos eran oscuros como el petróleo y la traspasaban devorándola. Comenzó a embestirla de nuevo golpeándola con su miembro cada vez más grueso, con más fuerza.

Marina se asió a sus hombros y levantó la otra pierna rodeándole completamente y atrayéndole hacia ella empujando con ímpetu.

—Joder... pequeña... joder... —le pasó las manos por debajo del culo levantándola para sujetarla más fuerte y clavarse hasta el fondo.

Marina hizo fuerza con los tobillos y le arañó la espalda gritando y gimiendo cada vez más. Las embestidas se volvieron más intensas zarandeando el mueble y tirando la lamparita que había encima.

Se besaban con violencia, enredando las manos en el pelo, arañándose y mordiéndose hasta que el orgasmo les alcanzó a los

dos como una gran bola de fuego, dejándolos exhaustos y sudorosos.

—Ahhh... me cago en... ¡joder!... —le agarró la cabeza y la besó con delicadeza apartándole los mechones húmedos de la cara.

Marina bajó las piernas y se abrazó con fuerza a su pecho.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? —la separó buscando algún rastro de herida en su cuerpo.

—Estoy bien, Lorenzo... Estoy bien. Tranquilo... —le besó despacio.

«Demasiado bien...».

10 de junio, sábado.

08:42h

La luz del sol se colaba por la ventana y el rumor de las olas se percibía lejano como un susurro.

—¡Buenos días, preciosa!

—¡Buenos días! —se estiró mirando al techo girándose después hacia él y pasándole la mano por el torso. —¡Gracias por prestarme tu camiseta para dormir! ¡Qué cabeza!... Olvidarme de meter un camisón.

—No pasa nada. Te la dejo encantado. Te queda mejor a ti que a mí. ¡Jajaja! —metió la mano bajo las sábanas buscando sus caderas — ¿Qué tal has dormido?

—Pues, la verdad... muy bien.

—Me alegro. Yo también. Últimamente no pegaba ojo, —se giró hacia ella y le acarició la mejilla— estaba muy descentrado... no podía dejar de pensar en ti y necesitaba verte... necesitaba esto.

Marina le besó la palma y volvió a apoyarla en su mejilla.

—Yo también. También necesitaba verte ... y tomar una decisión...

—¿Sí...?

—Sí.

—¿Entonces...?

—¿Qué te parece si desayunamos y lo hablamos con calma?

—¡Me parece perfecto! —le dio un beso en la frente y salió de la cama— ¿Nos duchamos juntos? —se levantó desnudo y le tendió la mano. Tenía su miembro erecto y le apuntaba con él.

—¡Lorenzo!... —le tiró un cojín— ¡Eres un perverso!

Desayunaron y salieron a dar un paseo por los alrededores. Hacía un día espléndido y el paisaje era impresionante. Estaban solos en el alojamiento, por lo que la sensación de tranquilidad era absoluta.

Regresaron al apartamento después de una caminata y Marina se preparó otro café en la cocina.

—¿Quieres uno?

—No, que va. Ya estoy despierto. —se acercó por detrás y la empujó hacia la encimera frotando su entrepierna abultada contra su

trasero.

Marina se giró y le puso la mano en el pecho mirándole con cariño.

—Lorenzo...

—Dime, preciosa.

—Hablemos.

Se sentó en la barra de desayuno con la taza de café entre las manos.

Lorenzo acercó un taburete y se puso a su lado.

Marina comenzó a hablar revolviendo la bebida nerviosa.

—Supongo que eres consciente de que nunca me había encontrado en una situación parecida. —le miró con un gesto de preocupación— Jamás le había sido infiel a mi marido... Jamás...

—Marina... —le acarició la espalda— Por supuesto que sé cómo eres. Sé que no eres de esa clase de mujeres... Para mí, también es la primera vez que hago esto...

—Espera, —le cortó— lo que quiero decirte, es que siempre tuve muy claros mis principios y mis prioridades... —bajó la cabeza apoyando la frente en la mano— ... y de repente apareciste tú y sacudiste mi mundo... y tambaleaste todas mis creencias. Contigo crucé líneas que no era consciente siquiera de que se podían pasar. —su voz comenzó a quebrarse— Creía que me conocía. Que sabía quién era y lo que era... y resulta que no... que no hay nada de eso... No sé quién soy, Lorenzo. —le miró asustada con las lágrimas asomando— No sé dónde están mis límites, ni hasta dónde soy capaz de llegar. —volvió a meter la cabeza entre las manos— Estoy asustada, Lorenzo... muy asustada. No sé cómo manejar esto... me siento superada... me ahoga... me angustia... —hipó— pero por otra parte, he abierto una puerta y quiero saber dónde me lleva... —las lágrimas empezaron a resbalar despacio por sus mejillas— Necesito saberlo, necesito saber quién es de verdad Marina Estrada... Tengo que encontrarle un sentido a todo esto. Necesito explicárselo a mi marido... pero para eso, antes tengo que entenderlo yo...

Toda la tensión afloró de golpe y estalló en un llanto incontrolable.

—Pequeña... Ven aquí. —Lorenzo la atrajo hacia su pecho abrazándola con fuerza— Shhhh... ya... ya... shhh... estoy aquí. No

estás sola en esto, ¿vale? —le levantó la barbilla y le secó las lágrimas con los pulgares— Yo también estoy asustado. No quise complicarte la vida... pero no pude evitarlo... no pude Marina... de verdad que no... —la abrazó de nuevo hundiendo la cara en su pelo aspirando su aroma.

Poco a poco se fue calmando y dejó de llorar.

—Ayúdame a saber quién soy de verdad, Lorenzo. —le miró con los ojos suplicantes— Me asusta... me da vértigo... me arrastra... pero quiero más...

—Shhh... Tranquila, pequeña. Vamos a averiguarlo... —la besó despacio pellizcando sus labios con cuidado.

Marina se levantó y pegó su cuerpo al de él sintiendo su beso cada vez más profundo.

Llevaba un vestido vaquero con botones de metal en su parte delantera.

Lorenzo le separó la cara y la miró con ternura.

—¿Confías en mí?

—Sí... —musitó.

—¿Quieres averiguar de verdad dónde están tus límites?, ¿hasta el final?

El corazón comenzó a latirle con fuerza y la respiración empezó a entrecortarsele.

—Sí... hasta el final... —le agarró por la muñecas pasándose las palmas de sus manos por las mejillas.

—Sabes que nunca te haría daño, ¿verdad?

Marina asistió con la cabeza apretándole más las muñecas.

—Está bien. —respiró hondo y comenzó a desabrocharle los botones del vestido uno a uno— Marina, mírame.

Le miró clavando sus ojos avellana en él.

—Si en cualquier momento quieres que pare dímelo... ¿me oyes?

Marina abrió más los ojos sin comprender.

—Escúchame, Marina. Voy a enseñarte a descubrir tus límites... Límites que seguramente ni tú sabías que existían para ti.

El pulso se le había ahora disparado y su corazón latía sin control.

—Si quieres que pare, dímelo y pararé, ¿de acuerdo? —volvió a preguntarle—

¿de acuerdo, Marina?

—Sí... sí...

—¿Sigues confiando en mí?

—Sí, Lorenzo... confío en ti.

Se lanzó a por sus labios y los besó con urgencia, sorbiéndolos y lamiéndolos, mientras Lorenzo le desabrochaba los botones del vestido.

La subió a la encimera con el vestido totalmente abierto y la tumbó de espaldas con la piernas colgando del mueble. Marina tenía puesto un conjunto de braguita y sujetador de color morado muy sugerente con transparencias y encaje. Estaba totalmente mojada, expectante ante la inseguridad de no saber lo que iba a pasar.

Nunca se había dejado mangonear por nadie y mucho menos por un hombre, pero con Lorenzo era diferente. No podía negarse. Le gustaba esa sensación de perder el control, de estar a su merced. Ese vértigo y esa incertidumbre de no saber qué iba a suceder al minuto siguiente. Ser tan impredecible le hacía híper deseable.

Ese hombre la doblegaba siempre. La aplastaba con su seguridad hasta dejarla sin respiración.

Era adictivo y Marina era como una yonky de sus labios.

Lorenzo le quitó los zapatos y le subió las piernas pasando su lengua lentamente desde el tobillo hasta la ingle.

No tenía prisa y se tomaba su tiempo.

Se incorporó y se quitó la camiseta.

Le acarició la vagina por encima de las bragas y sacó sus pechos por encima de las copas del sostén sin desabrochárselo.

Le pasó la mano por la cara metiéndole un dedo en la boca para que lo chupase.

Con la otra mano se desabrochó los vaqueros y se bajó los calzoncillos hasta las rodillas. Se descalzó lanzando sus deportivas de una sacudida e hizo lo mismo con sus pantalones y sus bóxers.

Pasó la lengua por el vientre de Marina agarrando la bragas con los dientes y tirando de ellas. La arrastró hacia fuera y le quitó las

braguitas de un tirón.

Comenzó a lamerle los labios con movimientos suaves y circulares, sorbiendo y succionando su clítoris, mientras con las manos masajeaba sus pezones pellizcándolos y estrujándoselos.

Marina no paraba de retorcerse. Lo que ese hombre le hacía con la boca no era normal. Estaba a punto de correrse y Lorenzo lo sabía.

—¡No! —dijo— No te corras, Marina.

Gimió y protestó.

—¡No puedo mas!... ahhh... No puedo, Lorenzo...

—Sí que puedes. —dio un pequeño mordisquito a su clítoris excitándola hasta el límite— No-te-co-rras. Si lo haces, pararé y no te tocaré en lo que queda de fin de semana.

—¡Diosssss!... —se retorció arqueándose como un gato sobre la encimera.

—Ahora vas a coger tu mano y te vas a chupar los dedos, ¿de acuerdo? —le llevó la mano a los labios y le introdujo dos dedos en la boca— Muy bien... así... lámelos bien... como lamerías mi polla.

Lorenzo comenzó a frotar la entrada de Marina con su glande cada vez más rojo por la excitación.

Marina se estremeció al contacto con la piel suave de su erección.

—Ahora, dame la mano. —llevó los dedos de Marina hasta su entrada posterior y comenzó a masajearla. Se tensó e intentó incorporarse— Shhh... ¿qué te dije? ¿confías en mí?

—Uffff... sí... sí...

—¿Quieres que pare? —seguía masajeando su vulva con el pene y le pasaba el pulgar mojado en su propia lubricación por todo el perímetro anal.

—Ohhh... Noooo... no... —sintió hincharse cada vez más su vagina.

—Bien. Tócate y métete poco a poco los dos dedos en el culo.

Marina jadeó y se arqueó un poco más para llegarse completamente. Poco a poco fue introduciendo los dedos. Cuando los tuvo dentro, Lorenzo se los hizo girar en movimientos circulares y la penetró con fuerza por delante.

La sensación fue tan intensa que Marina gritó y le clavó las uñas en el brazo.

—¡NO TE CORRAS! ¡AÚN NO!.

Estaba a punto de perder el control del todo. Ya no podía más.

—Lorenzo, por favor... ¡por favor!... —gemía suplicando.

—En dos minutos, pequeña. Espera... —jadeó apurando las embestidas con las gotas de sudor corriendo por su frente— espera... ahhhh...

Sacó la polla de la vagina y tiró de sus dedos para ocupar su sitio con su miembro. La penetró analmente hasta la mitad con suavidad.

Marina notó un escozor que le quemaba y se tensó.

—¿Quieres que pare? —jadeó.

—Ahhh... No... no pares... —gimoteó rindiéndose.

La cogió por las muñecas inmovilizándola contra la encimera y recolocó las caderas para penetrarla con profundidad. Dio un golpe seco y se hundió en su trasero traspasándola con la verga hinchada a punto de explotar.

Marina sintió un dolor como si la partiesen por dentro y dio un grito que Lorenzo ahogó con sus labios. En un par de segundos el dolor dejó paso al placer provocándole una sensación totalmente desconocida.

—Ahora, pequeña... —gritó— ¡Córrete ahora!

Marina liberó toda la mezcla aprisionada de sensaciones de placer y dolor llevadas al máximo. Su cabeza comenzó a llenarse de partículas doradas que chocaban unas con otras y el puto Big-Bang estalló en esa cocina.

Gimió, chilló y jadeó retorciéndose como nunca antes lo había hecho. Lorenzo la embistió un par de veces más y explotó al verla gritar de placer, descargando todo su semen en su culo llenándola hasta rebosar.

Marina continuó agitándose durante varios segundos más, presa del orgasmo más intenso que había tenido en su vida.

13:09h

Le aflojó la presión sobre las muñecas y apoyó la cabeza en su pecho sudoroso, sintiendo los latidos de su corazón retumbar en sus oídos.



Las gotas de sudor le corrían por la frente y por las patillas mojando más la piel de Marina.

Su miembro permanecía en su interior todavía congestionado por la intensa eyaculación que acababa de tener.

—Joder... joder... la Virgen... —resopló— Eres preciosa, preciosa...

Marina le pasó las manos por la cabeza hundiendo los dedos en su pelo. Tenía las piernas apretadas sobre las caderas de Lorenzo y se negaba a soltarle.

Permanecía estirada con los ojos cerrados, intentando que sus latidos se normalizasen y su respiración se calmase.

Poco a poco el pene de Lorenzo se fue escurriendo hacia el exterior y Marina soltó un gemido al notar la descompresión de su canal.

Lorenzo se incorporó despacio y la besó con dulzura en la cara y en el pecho. Fue cubriéndola de besos por todo el vientre hasta llegar a sus caderas.

Se movió un poco pero estaba demasiado aturdida para hablar. Esto la había pillado totalmente desprevenida.

Subió las piernas y se giró sobre el mueble hasta quedarse en posición fetal.

—Marina... ven... ven, pequeña. —la bajó y la cargó en brazos para llevarla hasta el dormitorio. La depositó con cuidado en la cama, le quitó el vestido y la tapó. Se acurrucó junto a ella acariciándole la mejilla.

Marina casi no abría los ojos, su respiración todavía no se había normalizado y sus mejillas ardían.

—Tranquila... tranquila... Eres una mujer muy valiente... —la besó varias veces en la frente y en la sien.

—Dios, Lorenzo... —entrecerró los ojos levemente— Ha sido... —se movió hacia él llevando la cabeza hacia su pecho abrazándolo— ha sido increíble... —levantó un segundo la vista hacia él, volviendo a apoyarse sobre su torso, quedándose dormida.

16:33h

Se revolvió en la cama inquieta al comprobar que estaba sola.

Se medio incorporó tapándose el pecho con la sábana y escuchó ruidos en la cocina.

—¿Lorenzo...?

Lorenzo apareció vestido únicamente con sus vaqueros, descalzo y sin camiseta.

—¡Hola, dormilona! —se sentó en el borde de la cama y le pasó la mano por la cabeza recolocándole un mechón detrás de la oreja.

—¿Qué hora es? —le giró la mano para comprobar la esfera de su reloj— ¡Joder!, ¿he dormido tanto?

—¡Jajaja! Sólo un poco. —le dio un beso en la sien.

—¡Ufff!... estaba muy cansada... —se reclinó sobre el cabecero de piel ruborizándose al recordar la escena de la cocina.

Lorenzo se dio cuenta y se acercó más a ella.

—¿Estás bien?

—Sí...sólo que... —se cubrió la cara con la sábana— me siento rara.

—Escucha, —tiró de la tela destapándola de nuevo— es normal, estás descubriendo sensaciones nuevas y estás un poco descolocada.

No pasa nada. Si tú estás bien, todo lo demás está bien... ¿vale?

Asintió con la cabeza, todavía colorada.

—¿Tienes hambre?

—Sí... ¡me muero de hambre!

—¿Te parece si preparo una ensalada y unos sándwiches con lo que he traído? —se levantó en dirección a la puerta— Después, podemos ir al pueblo si quieres, a tomar algo o a cenar.

—Me parece perfecto. —salió de la cama y entró en el baño— Y no. No quiero ir al pueblo a cenar.

—Hmmm... Eres muy traviesa... —chasqueó la lengua sonriendo con malicia.

—Por lo visto sí... pero no más que tú. —le guiñó un ojo y cerró la puerta del baño para darse una ducha.

19:41h

Bajaron por unas pequeñas escaleras que daban a uno de los acantilados de la isla.

Caminaron por el estrecho sendero hecho entre las rocas y se sentaron en uno de los claros. El mar estaba bastante calmado, pero aún así, las olas embestían con fiereza en esa zona salpicando de espuma y salitre.

—Dime qué quieres y lo haré. Quiero seguir viéndote y aceptaré lo que me digas.

Marina resopló.

—No sé lo que estoy haciendo, Lorenzo. No lo sé. —miraba hacia el horizonte como buscando una respuesta— Nunca había sentido nada igual. Nunca... y estoy asustada... muy asustada. No sé quien soy... y lo de esta mañana... —se giró hacia él mirándole a los ojos— Ha sido muy fuerte... muy fuerte Lorenzo... —bajó la mirada avergonzada.

La cogió por la barbilla y le levantó la cara de nuevo.

—Pero, te ha gustado... ¿no?

—Sí. Me ha gustado, Lorenzo. Me ha gustado mucho. —suspiró profundamente— Me ha gustado tanto, que... —volvió a bajar la mirada.

—¿Qué? ¿Qué, Marina? Mírame. —le subió de nuevo la cara.

—Que quiero más...

Le besó los labios con delicadeza, despacio, deleitándose con su respuesta.

—Tendrás más. Mucho más. —la abrazó contra su pecho mientras la suave brisa de la tarde se colaba entre ellos.

—¿Sabes?

—Dime, preciosa.

—Todavía no entiendo qué me pasa. No entiendo, cómo queriendo a mi marido, puedo estar aquí contigo. Deseándote tanto. Es muy extraño. —se separó para mirarle— Estoy arriesgando mucho... lo estoy arriesgando todo...

—Lo sé. Eres una mujer increíble. Eres muy valiente.

—No sé si soy muy valiente o soy una estúpida por complicarme la vida de esta manera... pero lo que sí sé, es que tenía mucho miedo cuando te conocí y comencé a sentir todas esas cosas por ti... Mucho, Lorenzo, mucho. —se puso de pie y volvió a mirar al horizonte— Y alguien me dijo una vez que ser libre era vivir sin miedo... y yo quiero ser libre... —se giró hacia él y Lorenzo se levantó cogiéndole las manos— Sólo te pido una cosa...

—¿Cuál?

—Haz que merezca la pena...

La rodeó por la cintura atrayéndola hacia él pegando su cuerpo al suyo.

—Oh, pequeña. No tengas ninguna duda. Ninguna. Haré que la merezca. Ya lo verás.

23:12h

Terminaron de cenar y Lorenzo preparó unas copas como la noche anterior.

—Señorita... —la besó en los labios y le tendió su gintonic.

—Mmmm... gracias, caballero.

Marina llevaba puesta una camiseta de Lorenzo y estaba en bragas. Dio un trago largo a su gin y un calor empezó a subirle por las ingles.

Lorenzo encendió un par de velas aromáticas y las llevó al dormitorio.

Se quitó la camiseta y puso música, sentándose frente a Marina con su whisky en la mano. Bebió un trago y se inclinó hacia delante apoyando los codos en las rodillas, meneando el vaso de licor, haciendo chocar los hielos.

—¿Y bien...? —agitó el vaso un poco más.

—Y bien, ¿qué?

Marina volvió a beber. Ver a Lorenzo frente a ella vestido sólo con los vaqueros con el torso desnudo la estaba poniendo a cien.

—¿Qué quieres hacer esta noche? —se acercó un poco más a ella— ¿quieres cruzar más límites? ¿o prefieres quedarte en la orilla?

Un latigazo de deseo la obligó a apretar los muslos mientras su estómago pegaba un salto.

—Quiero... —se puso de pie frente a él y se sacó la camiseta quedándose sólo con las bragas de encaje puestas— ... cruzar... —le levantó la barbilla y se inclinó sobre él dándole un beso húmedo y cálido en los labios. Se fue al dormitorio y se sentó a los pies de la cama esperándole.

—Joder, pequeña... joder... —Lorenzo se estaba poniendo a mil.

La siguió a la habitación, apoyó el vaso en la cómoda y cogió el foulard de Marina.

—¿Confías en mí?

—Sí... confío en ti, Lorenzo.

—Bien...

Le ató el pañuelo alrededor de la cabeza tapándole los ojos.

Los sentidos se le agudizaron. Toda su piel se erizó y sus pechos se elevaron con la excitación.

—Dame las manos.

Marina estiró sus manos a ciegas y Lorenzo las dirigió a su entrepierna.

—Tócame... así...

Marina le sobó por encima de los vaqueros notando cómo su erección se hacía cada vez más evidente.

—Ahora por dentro.

Le desabrochó el pantalón y le bajó los bóxers dejando el enorme miembro a la altura de su cara.

Masajeó sus testículos con una mano y con la otra le sujetó la polla a lo largo para metérsela en la boca.

—No... —la frenó con la palma de la mano en la frente— Todavía no.

Marina gimió revolviéndose molesta sobre el colchón.

Lorenzo le rozó los labios con la yema de los dedos metiéndole las puntas en la boca paseándolas por la lengua.

—Lámelos y tócame la polla con tus manos.

Comenzó a sonar "Wildest Moments", de Jessie Ware. Marina recordó como la había penetrado por detrás esa mañana sobre el mueble de la cocina y su cuerpo comenzó a tensarse y a arder de calor.

Le sacó los dedos de la boca y se apartó un poco de ella. Marina no podía ver lo que hacía y eso la excitaba más.

Se quitó los pantalones de una patada y cogió el vaso de whisky. Sacó uno de los hielos y se plantó de nuevo delante de ella.

Le pasó el cubito por la comisura de la boca. El agua se derretía escurriendo por la barbilla y cayendo encima de sus muslos. No la podía ver, pero sentía la polla de Lorenzo frente a ella a menos de dos centímetros de su cara. Oyó como el cubito caía de nuevo en el vaso y notó la mano de Lorenzo en la cabeza agarrándola por un mechón con fuerza.

Le acercó la polla y se la rozó varias veces por la boca como si fuese una barra de labios.

—Chúpamela...

Marina la cogió por la base y se la metió en la boca comenzando a lamerla por la punta como un polo. Poco a poco fue bajando hasta el fondo de la garganta, lamiendo, chupando y sorbiendo la piel.

—Ohhh... Marina... ¡qué bien la chupas!... ¡qué bien! —movía las caderas contra su boca incrustándosela cada vez más profundamente — ¡Para! Para... o me voy a correr en tu preciosa boquita... y esto acaba de empezar.

Marina se echó hacia atrás y se frotó los muslos sintiendo como la humedad traspasaba sus bragas.

Estaba excitadísima.

Lorenzo bebió un trago y se inclinó sobre Marina subiéndole la barbilla para besarla derramando el whisky por sus labios y su garganta. Tosió un poco antes de tragar por no esperárselo.

Le pasó el vaso frío por la mejilla bajando por su garganta e inclinándolo para derramar un hilo de licor por sus pechos.

Lorenzo se arrodilló y lamió sus pezones empapados en whisky.

—Tócate, Marina. —le cogió una mano y la guió hacia el interior de las bragas— Tócate mientras te lamo.

Marina introdujo la mano dentro de las bragas y comenzó a mover los dedos en su interior jugueteando con su clítoris y con sus labios, notando como el flujo la empapaba.

—Así, pequeña... así. —la empujó despacio sobre la cama para tener una mejor visión de ella— Ohhh... Marina, estás buenísima... —vertió más licor sobre ella y lo lamió mientras comenzaba a jadear y a retorcerse al sentir la experta lengua de su amante sobre ella— No te corras hasta que yo te lo diga.

—¡Lorenzooo...! —lanzó un bufido y se mordió el labio con incomodidad.

—¡¡No!! —subió hasta su boca y la rozó con la lengua ¡Hasta que yo te lo diga!

Le bajó las bragas en dos tirones y le metió la mano entre las piernas para notar su excitación.

—Mmmm... Estás empapada. —la besó con un beso profundo y largo jugueteando con su lengua.

El sabor a whisky y la ligera sombra de barba hacían que fuese áspero y masculino, aumentando su deseo.

—Date la vuelta y tumbate en la cama con las manos a la espalda.

Marina obedeció y se tumbó boca abajo en la cama. La sangre le latía en las sienes y la respiración se le entrecortaba cada vez más. Oyó el sonido metálico de la hebilla de un cinturón y se le erizó la piel.

—Shhh... —le pasó el cuero liso por la espalda lentamente— tranquila... —la cogió por las manos y le rodeó las muñecas con el cinturón apretando la hebilla. Le masajeó las nalgas y le pasó el brazo por la cintura, levantándola unos centímetros, para dejarla en ángulo con el culo medio en pompa y la cara contra las sábanas. Se subió a la cama hincando las rodillas y se colocó detrás de ella frotando su polla contra su trasero. Metió la mano en su abertura y comenzó a masturbarla con los dedos. Le separó las nalgas y la lamio con delicadeza.

Marina estaba a punto de explotar.

—¡Por favor, Lorenzo!... por favor... —se retorció y jadeaba presa del deseo que la estaba consumiendo— No puedo más... por favor...

—¿Por favor qué, Marina? ¿Qué quieres?

—Quiero que me folles... ¡quiero que me folles, Lorenzo!

Lorenzo la cogió por las caderas colocando su polla en la entrada de su coño para penetrarla.

—Por favor... —suplicó al sentir el glande duro en su piel— ¡por favor...!

La embistió de un golpe y se hundió totalmente hasta el fondo de su canal.

—Hostias... —le clavó los dedos en las caderas sujetándolas con fuerza con cada empujón.

Lorenzo se movía cada vez más rápido y Marina comenzó a jadear. Privada desde hacía rato de la vista y ahora del tacto de sus manos, sintiéndose totalmente a su merced, estaba a punto de perder el control.

Le dio una palmada en el trasero y la penetró con dureza.

—Aún no... pequeña... aún no. —volvió a darle otra palmada un poco más fuerte seguida de otra embestida.

—Ahhh... —gritó mordiendo la sábana— No puedo más... Lorenzo... Lorenzo comenzó a moverse más rápido.



—¿Quieres cruzar?... ohhh... —gimió— ¿Quieres cruzar, Marina?

—Sí... sí... —jadeó con las mejillas a punto de arder.

Lorenzo levantó la mano y le dio una palmada con mucha más fuerza en la nalga. El chasquido contra la piel provocó que el orgasmo la arroyase como un tren de mercancías, mientras gritaba y se retorció bajo sus embestidas.

—Diossss... me estoy corriendo... Lorenzo... ¡me estoy corriendo!...

—Ahhh... Ahhhh... joder... joder... —Lorenzo no aguantó y su polla se contrajo expulsando todo el semen que sus testículos guardaban— Me corro... Marina... yo también me estoy corriendo... ¡ohhhh!...

Continuaron gritando y retorciéndose, disfrutando de las sacudidas de sus orgasmos, hasta que poco a poco éstas cesaron devolviéndoles la calma.

Apoyó la frente en su nuca con la cara bañada en sudor durante unos segundos recuperando la respiración. La besó en el hombro y se incorporó para desatarle las muñecas.

Se retiró de su interior y Marina llevó los brazos hacia delante.

Lorenzo le dio la vuelta despacio y le levantó el pañuelo de la cara.

—¡Hola, preciosa!

Marina tenía la cara congestionada por la excitación y su ritmo cardíaco seguía sin ser normal.

—¡Hola, Lorenzo!... hola... —entrecerró los ojos para acostumbrarse a la luz de nuevo.

—¿Qué tal estás?

—Joder, Lorenzo... —se frotó la ligera rojez que tenía en las muñecas por dónde había estado la cincha— Es increíble... ¡Ufff!... Joder... es brutal... brutal... —le pasó la mano por la frente sudorosa y le besó con pasión sintiendo como todavía en su sexo coleaban los últimos vestigios del éxtasis que acababa de experimentar.

Lorenzo soltó una carcajada y la abrazó fuerte contra su pecho revolviéndole el pelo.

—Mi dulce Marina... ¡eres increíble!... ¡increíble!

Se durmieron abrazados escuchando el sonido del viento y del mar exhaustos y derrotados por su deseo.

11 de junio, domingo.

07:07h

Marina salió del apartamento para dar un paseo por los alrededores del Faro y correr un poco. Quería ver amanecer. En esa latitud, la luz del alba tendría que ser espectacular. El aire fresco de la mañana actuaba como un potente tónico ayudándole a despejar la mente.

Se había puesto la ropa de deporte que siempre llevaba en el maletero del coche y le había dejado una nota a Lorenzo, que todavía dormía, para que no se preocupase.

“Voy a correr un rato. No te vayas... quiero desayunar contigo...”

Caminó despacio por el borde de la pequeña isla recorriéndola en su totalidad admirando el increíble paisaje que tenía ante sus ojos. Una extensión enorme de terreno estaba ocupado con un manto verde de uña de gato que había florecido tapizando todo el suelo de flores de color fucsia, creando un contraste con el azul del cielo y del mar espectacular.

Cruzó el puente que llevaba al otro lado y pasó por delante de los vehículos. Se colocó los auriculares y ajustó el brazalete de su iPhone para poner música. Eligió una pista de running y comenzó a trotar evadiendo su mente por completo.

El oxígeno recargaba sus células, mientras la carrera tonificaba sus músculos, devolviéndoles la elasticidad perdida tras las jornadas de tensión y estrés que había vivido en las últimas semanas.

Corrió durante más de una hora disfrutando de la música y del entorno, vaciando su mente y renovándose por completo.

Regresó sudorosa al apartamento y un olor a café recién hecho la reconfortó en cuanto abrió la puerta. Oyó correr el agua de la ducha y se fijó en que en la cocina el desayuno estaba preparado en una bandeja.

«Es un amor...».

Entró en el baño y vio la silueta de Lorenzo, a través de la mampara, rodeada de vapor. Se quitó las zapatillas sacudiendo los pies de una patada y se bajó los leggins y las bragas lanzándolos hacia una esquina, mientras se subía la camiseta de tirantes empapada en sudor, haciendo lo mismo.

Lorenzo no se había percatado de su presencia y estaba de espaldas con las manos apoyadas en la pared, dejando que el potente chorro de agua caliente cayese sobre sus hombros, salpicando todo su cuerpo de gotitas que resbalaban por su piel tostada.

La imagen era de lo más erótico y Marina suspiró mientras sentía el deseo subir de nuevo por sus piernas.

«Dios... este hombre va a acabar conmigo... joder... ¡qué espalda tiene!...».

Abrió la mampara y posó la mano encima de su hombro.

Lorenzo giró un poco la cabeza mirándola por encima cogiéndole la mano con la suya.

—¡Hola, signorina...! —puso una sonrisa traviesa a través del vapor — Te echaba de menos.

—¡Hola, guapo! Yo también te echaba de menos. —pegó el pecho a su espalda rodeándole con los brazos y el agua comenzó a resbalar por su cuerpo mojando su pelo, haciendo que se le pegase a la piel. Permaneció unos minutos abrazada a él sintiendo el agua correr entre sus cuerpos.

Lorenzo se giró y cogió el bote de champú, se puso un poco en el cuenco de la mano y comenzó a lavarle la cabeza frotando su cabello con suavidad masajeando todo su cráneo. La espuma le resbalaba en surcos por la espalda y Marina hizo lo mismo con él. Le lavó el pelo frotando con suavidad todo su cuero cabelludo mientras Lorenzo se relajaba. Terminaron de lavarse y salieron de la ducha. Se secaron y Marina se colocó una toalla en la cabeza a modo de turbante y otra alrededor del cuerpo. Lorenzo se colocó la suya por la cintura y se peinó con las manos. Algunas de las ondas de su pelo grisáceo caían revoltosas sobre su frente dándole un aspecto de los más sexy. O eso pensaba Marina.

09:23h

Llevaron la bandeja del desayuno a la habitación y abrieron el ventanal para dejar que el sol de la mañana entrase.

Se sentaron en la cama y se sirvieron.

—Café calentito... —Marina se sentó en un lado de la cama adoptando la postura de Buda, cogiendo la taza con las dos manos y aspirando el aroma que desprendía— ¡Qué rico!... ¡gracias, Lorenzo!... ¡es genial!... —dio un sorbo cerrando los ojos— Una mañana fantástica, carrera por un sitio espectacular, ducha y café... mmm... un sueño, vamos.

—¡Jajaja! Me alegro de que estés tan bien. —Lorenzo se sentó frente a ella en la misma postura mordiendo una tostada— Además... —le acercó su tostada para que la mordiese— puede mejorar todavía más... la mañana aún no ha terminado. —Marina mordió la tostada y un pegote de mermelada de fresa resbaló por la comisura de sus labios. Lorenzo se inclinó sobre ella y se lo chupó relamiéndose— ¿Qué dices?, ¿eh?

—Eres... —le revolvió el pelo y deslizó la mano hacia su nuca agarrándolo y atrayéndolo hacia ella. Le besó con profundidad buscando su lengua cálida. Se fundieron en un beso apasionado, largo y húmedo que provocó una descarga de deseo en los dos. Marina se quitó la toalla de la cabeza y su pelo húmedo cayó sobre sus hombros. Lorenzo cogió su cara con las manos y le apartó los cabellos mojados que se le pegaban a las mejillas.

—Joder, pequeña... ¡eres preciosa!... —volvió a besarla despacio con suavidad saboreándola y Marina volvió a perder el sentido.

—Dios, Lorenzo —gimió en su oreja—. No puedo contigo... no puedo... —se desató la toalla del cuerpo y se colocó a horcajadas sobre él.

Lorenzo dio un brinco con la cadera y retiró su toalla dejando al aire su miembro erecto y dispuesto para enterrarse en ella.

—Ohhh... —gimió— La quiero dentro... ¡la quiero dentro ya!... —la cogió manoseándola a lo largo con la mano y la colocó en su entrada. Le observó con una mirada oscura mordiendo el labio y se la introdujo de un movimiento, mientras le besaba con ansia. Comenzó

a moverse arriba y abajo agarrándose a sus hombros para no perder el equilibrio y en menos de dos minutos se corrió, sacudiendo sus caderas en un baile sin fin.

—Así, pequeña... así... —le susurraba— Me gusta verte disfrutar... Me gusta ver cómo tienes ganas de mí... Cómo te gusta mi polla. —la tumbó de espaldas y la cogió por las muñecas inmovilizándola contra el colchón. Se colocó entre sus piernas y buscó su vagina con la punta de su glande. Se lo frotó por todos los labios deteniéndose en el clítoris mientras Marina se retorció y gemía con el cuerpo sensibilizado por el orgasmo.

Volvió a penetrarla mientras el sol bañaba sus cuerpos.

Lorenzo empujaba cada vez más fuerte y Marina subió las piernas abrazándolo y clavándole las uñas en la espalda. Lorenzo aumentó el ritmo y el cabecero de la cama comenzó a golpear la pared.

—¡Diosss bendito!... joderrr... —el sudor le corría por la frente y por la espalda— Me voy a correr.. ¡Me voy a correr, Marina!

—Sí... sí... Vamos... Dámelo todo —jadeó agarrándolo más—. Dámelo, Lorenzo... ¡ohhh!

—Ahí va... ahí va... —gruñó mientras la besaba con fiereza mordiéndola y chupándola hasta dejarla sin aliento— ¡ahhhh!... hostia... ahhhh... ¡joder!

En cuanto Marina sintió el semen caliente en su interior, un nuevo orgasmo se apoderó de ella arrastrándola como un remolino que te lleva corriente abajo sin remedio.

—¡Joder, Lorenzo!... ahhhh... joder...

Lorenzo respiraba entrecortadamente con la cara hundida en el hueco de su cuello pegado a su oreja.

Se miraron y se echaron a reír. Marina entrecerró los ojos intentando controlar la respiración sin conseguirlo. Tenía el pecho rojo y las mejillas a punto de arder.

—¡Vaya!... Pues sí que podía mejorar la mañana ¿eh? —la besó en la frente, le acarició la nariz con la suya y se tumbó a su lado suspirando mientras se pasaba la mano por el pelo— Marina, Marina... ¿qué voy a hacer contigo? —la miró con ternura.

—Pues, no sé... ¿qué quieres hacer? —se giró hacia él también— porque yo tampoco tengo claro qué es lo que voy a hacer contigo... nada, nada claro... —se colocó el brazo detrás de la cabeza y se quedó mirando al techo.

Permanecieron unos minutos en silencio escuchando el sonido del mar mientras sus cuerpos recuperaban la normalidad.

Terminaron de desayunar y se volvieron a acurrucar en la cama sabiendo que en pocas horas tendrían que regresar a sus casas. A sus vidas. A sus rutinas.

—Lo que te dije ayer iba en serio. —Lorenzo se incorporó en la cama sujetándose con un codo— Puedes pedirme cualquier cosa y lo haré... pero quiero seguir viéndote.

Marina se giró hacia él y le pasó el dorso de la mano por la cara.

—Eres increíble. Joder... increíble... Yo también quiero seguir viéndote, Lorenzo... pero no sé cómo... no sé... —suspiró y se tumbó de nuevo, llevando las manos a la cabeza masajeándose las sienes— Está bien... —respiró hondo— No me llamarás por teléfono a no ser que yo, por WhatsApp, te diga que lo hagas y cuando me mandes un mensaje al móvil sólo pondrás "hola". Nada más, hasta que yo te conteste y te diga que es seguro hablar. Yo haré lo mismo contigo.

—Me parece bien.

—No voy a dejar a mi marido. Le quiero. No entiendo nada de esto, pero sé que a él le quiero. Y no quiero dejarle. Si se lo cuento o no, será siempre cosa mía. No me pidas que le deje, porque no lo haré. Y no hablaremos de Ernesto ni de mi vida con él cuando estemos juntos.

—De acuerdo, Marina...

—Además —le interrumpió—, ten en cuenta que tengo a mis hijos y no podremos vernos muy a menudo. Los fines de semana los paso con ellos y... Dios... no sé que estoy diciendo. —se apretó la cabeza con las manos estirando el pelo hacia atrás— No sé cómo voy a hacer esto... ¡joder!... —cerró los ojos intentando retener las lágrimas que estaban a punto de asomar.

—¡Hey!... pequeña... ya... —pegó su cuerpo al de ella y le acarició las mejillas secando una de las lágrimas que cruzaba su cara— Ya te dije

que no estás sola en esto. Estoy aquí, —le besó la nariz— y estoy contigo. Estamos juntos, ¿vale? —siguió besándola despacio en la frente y en el cuello— No te preocupes... por favor... haremos que funcione... ya lo verás... llegarás a saber quién eres. Te lo prometo.

—Gracias por entenderlo. —se relajó un poco y le sonrió acariciándole la cabeza.

Le bajó la sábana hasta la cintura y apoyó la mejilla en su vientre.

—Y ahora, ¡cuéntame más cosas de ti, signorina!

—¿Y qué quieres que te cuente? —dobló la nuca y los hombros hacia delante para besarle en la frente.

—No sé... ¿cuál es tu comida favorita?, ¿tu bebida...? Ah... no, espera... esa la sé... café y Martin Miller's con tónica... ¿cuándo perdiste la virginidad?... ya sabes... ese tipo de cosas ¡Jajaja!

—Ahhh... Ja-ja-ja... ¡Qué gracioso!... —se colocó el almohadón detrás de la cabeza para estar más cómoda y poder mirarle mientras hablaban— Pues no tengo una comida favorita... adoro comer, me gustan muchas cosas... eso ya lo has comprobado en Roma... y en las bebidas, te has olvidado del vino blanco... y la virginidad la perdí a los 19 en una fiesta en casa de mi mejor amiga, Nona... ¿Algo más?

—Buenoooo... a los 19 en una fiesta... Qué típico, ¿no?

—Hombre a ver... ¿qué te esperabas? ¡Por lo menos fue en una cama! ¡Jajaja!... por Dios... qué mal... el chico con el que lo hice no tenía ni idea y estábamos súper nerviosos... ¡Fue un desastre total! Antes de que lo preguntes...

—No... no... no iba a preguntar más... ¡Dios me libre! ¿Por quién me tomas? ¡No soy ningún cotilla!

—Nooo... ¡jajaja! Sólo eres periodista.

—¿Y...? Te voy a dar yo a ti periodista... —giró hasta ponerse boca abajo, sujetándose con los codos, besando la barriga de Marina en pequeños círculos haciéndole cosquillas— ¿y esto? —se paró en la cicatriz que tenía en su vientre, pasando el dorso del dedo por encima y dándole un beso.

—Eso es un regalo. —miró al techo y suspiró— Cuando me puse de parto de los mellizos las cosas se torcieron un poco. Al principio, todo fue bien y el parto transcurría con normalidad. Martina, mi niña, fue

la primera en salir. Era preciosa y estaba sana... pero de repente, en cuestión de unos minutos, todo se complicó. Por lo visto, debido a no sé que cosas de la presión, la placenta de Martina me desgarró el útero y me provocó una hemorragia. Teo estaba dentro todavía y había que sacarlo porque además durante las contracciones se había enredado con el cordón...

—¡Bufff!... joder... suena mal...

—Sí... muy mal... tuvieron que meterme a toda prisa en el quirófano, sacar al niño y controlar mi hemorragia, que por lo visto era incontrolable. Me extirparon parte del útero y me transfundieron cuatro bolsas de sangre. Estuve dos días en la UCI sedada y cuando desperté estaba aterrada porque no recordaba nada y no sabía que había pasado con mi bebé... —comenzó a temblarle la voz— fueron los minutos más espantosos de mi vida, hasta que una enfermera me dijo que mi hijo estaba bien... que estaban los dos sanos esperándome en la habitación. —suspiró y se llevó el dorso de la mano a la boca apretando los labios— Cuando me subieron y les vi, sentí la emoción y el amor más grande de toda mi vida. Cogí a Teo en brazos, me clavó sus preciosos ojitos azules, me agarró el dedo con su manita diminuta y todos mis miedos desaparecieron. Habíamos sobrevivido y estábamos juntos por fin. El resto ya no importaba. Después, me pusieron a Martina en el otro brazo. Estaba dormida, abrió los ojos, me miró y los cerró de nuevo acurrucándose en mi pecho. En ese momento, sentí que estaba completa. No necesitaba nada más... han pasado ya nueve años y todavía lo recuerdo con nitidez... —se limpió un par de lágrimas que correteaban por su mejilla— y por eso digo que es un regalo. El regalo de mis niños. No pude tener más hijos después de eso, pero tampoco me ha importado. Les tengo a ellos y sé que soy muy afortunada. No puedo perderlos. No quiero perderlos. Son lo mejor que me ha pasado. Son mi mayor tesoro.

—¡Vaya! Jodeeerr.. Me alegro de que estés bien. Eres una mujer muy fuerte. —le besó de nuevo la cicatriz— Te entiendo, mi hijo Iván, es también mi mayor tesoro. Lo quiero con locura. Se parece mucho



a mí y no soportaría que le pasase nada malo. No sé... solo de pensarlo me entra angustia.

—Lorenzo...

—Dime.

—¿Crees que somos buenos padres?... quiero decir...

—No. Para. —se incorporó y se puso a su vera— Claro que somos buenos padres. Esto no tiene nada que ver con ellos. Nada... ¿me oyes? Ni lo pienses siquiera... Sé que eres una madre maravillosa, así que no te tortures y no pienses cosas raras. Eres tú. Marina Estrada. ¿Vale? —la atrajo hacia su pecho y la abrazó fuerte besándole el pelo.

—Vale... —le besó el pecho desnudo abrazándole— Tienes razón... No volveré a pensarlo.

14:40h

—Conduce con cuidado. —le cogió las manos y se las llevó a los labios besándolas con ternura— ¿Seguro que no quieres que salga detrás?

—No, que va. Iré mejor sola sin estar pendiente de ti. —se abrazó a él rodeándole el cuello con los brazos y hundiendo la cabeza en el hueco de su cuello aspirando su aroma— Además, si vamos juntos, ¡no llegamos a Vigo ni mañana! Seguro que paramos en todas las estaciones de servicio de aquí a Pontevedra...

—Mmm... —le apretó el culo por encima de los pantalones— Cómo me conoces ya... —la besó en la boca agarrándola por el pelo pegándola a su cuerpo— Joder... ¡Vete ya o te llevo dentro de nuevo!

—Te mando un mensaje al llegar, ¿de acuerdo? —entró en el coche y cerró la puerta bajando la ventanilla.

—Vale, preciosa. Te veo pronto. ¡Cuídate, por favor! —le dio un último beso por el hueco de la ventana y golpeó con los nudillos en la carrocería.

Marina conectó el móvil en el soporte del vehículo y seleccionó varias pistas para ir escuchando por el camino. Sacó las gafas de sol y dejó el bolso en el asiento del copiloto.

Emprendió la marcha viendo por el retrovisor la silueta de Lorenzo hacerse cada vez más pequeña.

Puso música y se relajó ante las horas de viaje que le quedaban por delante.

Era extraño porque en contra de lo que creía que sentiría, ahora no se sentía angustiada ni asustada, cómo cuando había vuelto de Roma.

Ahora se sentía con fuerza, poderosa, viva. Algo confusa, eso sí, pero se sentía bien.

No sabía cómo reaccionaría al llegar a su casa, estar con Ernesto y mirarle a la cara. Pero sí que sabía que estaba descubriendo una nueva Marina. Una Marina que estaba oculta. Una Marina que disfrutaba perdiendo el control, cruzando límites y desafiando las normas. Y esa Marina le gustaba. O por lo menos lo que había visto hasta ahora le gustaba mucho. Le había dado mucho miedo al principio y aunque seguía algo asustada, sin saber cómo iba a acabar todo esto, sí sabía que con Lorenzo no tenía nada que temer.

Lorenzo nunca le haría daño. Ese hombre era capaz de trastornarla con sólo pensar en él. Con sólo sentir su olor. La manejaba a su antojo... ¿o era ella quién le manejaba a él?

Fuese lo que fuese, se había metido en esto hasta el final y sabía que tendría que asumir todas las consecuencias.

Estaba llegando al Peaje de Pontevedra y en menos de media hora estaría en casa.

Ernesto llegaba en el avión de las diez.

21:43h

—¡Venga, niños!, ¡lavaos los dientes y a la cama!, ¡qué se hace tarde y mañana no hay quién os levante!

—¡Toma, mami!

Teo obedeció y le tendió su plato con las sobras de la cena.

—¡Jooooo! ¡Yo quiero ver un rato más la tele!

—Martina, ¡por favor! —dijo con gesto serio mientras retiraba los cubiertos de la mesa— No me hagas decírtelo otra vez.

—¡Pues, papi siempre me deja más tiempo! —siguió protestando.

—Ya... —llevó la loza a la pila para aclararla— Pero resulta que papá no está y ahora te mando yo —se giró poniendo una mano en la

cadera frunciendo el ceño y apretando los labios.

—¡No es justo!... —se levantó enfurruñada haciendo aspavientos con los brazos y farfullando por lo bajo.

—¡¡Martina!!... —se adelantó un paso— ¡te estoy oyendo!

«Esta niña... es terca como una mula... ¡joder!».

Tiró los tenedores en el fregadero y abrió el grifo sacudiendo los platos con fuerza chocándolos unos con otros.

Estaba empezando a ponerse muy nerviosa.

En menos de una hora Ernesto llegaría a casa.

E iba a tener que mentirle. Con suerte llegaría cansado y no tendría muchas ganas de hablar.

«Joder... qué mal... en qué puñetero lío me estoy metiendo...».

Se agarró al borde del fregadero y bajó la cabeza tensionando los hombros.

Recordó los brazos de Lorenzo alrededor de su cuerpo y se estremeció.

«Bufff...».

Respiró hondo de nuevo.

«Bueno... es lo que hay...».

«Has elegido... ya está hecho... ya está... ».

«Ahora averigua quién eres y qué es lo que quieres de una vez... ».

Fue al cuarto de sus hijos, les arropó y les dio un beso de buenas noches.

22:14h

Entró en el vestidor para terminar de deshacer el equipaje.

Colgó el vestido azul con el que fue a cenar la primera noche en el Faro y colocó los zapatos en la estantería, mientras recordaba el fin de semana que acababa de pasar.

El sonido de un WhatsApp en su iPhone la devolvió a la realidad.

Cogió el teléfono y abrió la pantalla.

**AA Ernesto\_22:19**

Hola guapa!  
Acabamos de aterrizar.  
Hemos tenido un vuelo muy tranquilo.  
Ya me baja Ricardo en coche. Estoy deseando llegar a casa.  
Nos vemos en un ratito.  
Te quiero guapa. (3 besos, guiño)

Se sentó en la cama mientras leía el mensaje y el estómago se le empezó a encoger.  
Respondió.

### **Marina\_22:20**

¡Hola amor! Me alegro de que llegaseis bien.  
Yo también estoy deseando verte.  
Un besito. Te quiero.  
(2 besos, corazón)

«Joder... Ernesto... en la puta vida me vas a perdonar esto...».  
Aspiró profundamente y se fijó en el foulard que colgaba de la butaca.  
Era el pañuelo con el que Lorenzo le había vendado los ojos.  
Un calor comenzó a subirle por los tobillos recordando lo que había hecho con ese hombre.

«Ufff...».  
Empezó a excitarse recordando los labios de Lorenzo subiendo por sus muslos y fue al baño a refrescarse.  
Se dio una ducha, la tercera, desde que había llegado y se puso un camisón lencero de tirantes.  
Se recogió el pelo en un moño alto, se sirvió una copa de vino y se sentó en la terraza esperando a su marido.

23:08h

El sonido de la puerta quebró el silencio en el que estaba ensimismada.  
—¡Holaaa! ¡Ya estoy en casa!

Ernesto dejó la maleta en la entrada y tiró las llaves y la chaqueta encima de la consola del hall.

Marina salió a su encuentro y lo abordó en el pasillo.

—¡Hola, amor! —le pasó los brazos por el cuello abrazándole y apoyando la cara en su pecho evitando mirarle. Ernesto le sacaba casi 20 cm y en ese momento le parecía casi un gigante. Se sentía ridícula en comparación con él— ¡Hola, cariño!... hola... —aspiró el aroma de su marido, notando el calor de su cuerpo en las mejillas y sintiendo como su corazón se aceleraba.

—¡Hola, mi vida! —la abrazó fuerte y la separó besándola varias veces en los labios antes de darle un beso mucho más largo— Mmm... Tenía ganas de estar en casa ya... —volvió a besarla— ¿Qué tal todo? ¿Qué tal en Oporto con Nona?

—Oh... eh... bien, bien... muy bien... —un ardor espeso le atenazó la garganta dándole la sensación de que la lengua le ocupaba demasiado en la boca.

«Primera mentira...».

—¡Seguro que ligasteis cómo unas condenadas! —le pasó el brazo por los hombros y entraron al dormitorio— ¡Si no os conociera! ¡jajaja!

—Bueno... ya sabes... hicimos lo que pudimos, ¿y vosotros qué tal? Porque Ricardo tiene peligro también ¡Para una vez que Ana le deja libre!

Marina se relajó un poco y se sentó a los pies de la cama, mientras Ernesto entraba en el baño para ponerse cómodo.

Sentía amor por su marido. Mucho amor. De hecho, quería abrazarle y besarle y sentir su cuerpo pegado al suyo.

Pero también pensaba en Lorenzo. No entendía nada. Su interior era como una gran montaña rusa en la que se había subido y de la que no era capaz de bajar.

—¿Y qué tal Paulo? Al final la exposición que tenían programada para otoño, ¿cómo va?, ¿saben algo ya? —preguntó desde el baño mientras vaciaba las cosas de su neceser.

—Pues... creo que bien, bien... no hemos hablado mucho tampoco... pero sólo le faltan algunos detalles...

«Segunda mentira...».

—Me alegro por ellos. Paulo es muy buen tío. Me cae bien. Se nota que quiere mucho a Nona.

—Sí, sí que lo es... sí.

—Bueno, —salió del baño en bóxers y con una camiseta blanca. Se había mojado el pelo y le había cogido el sol. Sus profundos ojos azules destacaban ahora mucho más en su piel bronceada— pues vamos a ver que tenemos aquí para mi estupenda mujercita... —revolvió en la maleta y sacó una pequeña bolsa de tela negra atada con un cordón— Toma, mi amor. —se sentó a su lado y le tendió el regalo— A ver si te gusta.

—Ohhh... Ernesto, cariño... no tenías por qué traerme nada... ¡joooo!... —le abrazó escondiendo la cara de nuevo en su pecho sintiéndose como una miserable— ¡Y yo no te he traído nada de Oporto!

«Tercera mentira...».

«¡Deja de contarlas, porque te vas a hartar...!».

—No importa, sabes que no quiero que me compres nada. ¡Estar contigo es mi regalo! Ábrelo, ¡venga! —la besó en la frente.

Marina descorrió el cordón y volcó el contenido del saquito en el cuenco de la mano. Era una pulsera de dos vueltas de perlas negras, grises y rosas con diferentes diámetros, delicadamente ensartadas y terminadas en un cierre de plata.

—Ohhh... ¡Ernestoooo!... Es preciosa... preciosa... —se llevó las manos al pecho en señal de agradecimiento y se la probó en la muñeca— ¡Gracias! Me gusta mucho. ¡Mucho!

Ernesto le giró la mano y terminó de abrochársela.

—Te queda bien. Creo que no hace falta ajustarla.

—No. ¡Es perfecta! —Marina sacudió el brazo inclinándolo hacia abajo comprobando que no se caía y le dio un beso en los labios.

Ernesto se levantó, sacó un par de paquetes más para los mellizos y los colocó encima de la cómoda.

—Cuando vuelvan del cole mañana, se los doy. Ahora sólo quiero meterme en la cama y descansar, que volvemos otra vez a la locura del juzgado. —apartó el edredón mientras programaba la alarma del móvil— Hemos quedado en el despacho a las ocho. ¡Este juicio va a

acabar con nosotros! Está claro que ya no somos unos veinteañeros. —la miró mientras se metía en la cama y se tapaba— ¿Vienes?

—Sí. Enseguida. Me cepillo los dientes y preparo las cosas de mañana, que a mí también me espera una semanita dura en la agencia.

Salió del baño y se metió en el vestidor para organizar la ropa del día siguiente.

Cogió el móvil y lo conectó al cargador. Lo puso en modo silencio y abrió la pantalla para comprobar los mensajes.

Releyó los WhatsApp que se habían intercambiado esa tarde Lorenzo y ella.

Le ardía el pecho y el pulso se le disparaba sólo con ver su nombre en el dispositivo.

Respiró hondo y bloqueó la pantalla.

Se metió en la cama. Ernesto estaba ya medio traspuesto pero abrió un poco los ojos al sentir a su mujer. Se revolvió y se puso de lado atrayéndola hacia él, abrazándola.

—Tienes suerte de que esté tan cansado y mañana madrugue... —le pasó una mano por la cadera levantando la suave tela del camisón besándola en la frente— que si no...

Marina se acurrucó contra su pecho y le abrazó fuerte. Sintió de nuevo una oleada de amor y enredó su pierna entre las suyas, acoplándose a su anatomía.

Le besó en el mentón áspero por la barba que empezaba a crecerle.

—Ernesto...

—¿Qué, mi amor?

—Te quiero. Te quiero mucho, Ernesto. —le abrazó fuerte intentando aplacar las ganas de contarle la verdad de lo que había hecho el fin de semana.

«Si se lo digo ahora le destrozo... le parto en dos... joder...».

—Ya lo sé, nena. Yo también te quiero. Sé que estas últimas semanas te he tenido un poco abandonada por culpa del trabajo, —la besó de nuevo en la frente recolocándole unos mechones— pero te prometo que te compensaré cuando este juicio acabe, ¿de acuerdo, señora Del Valle?

Marina sintió una bofetada helada y apretó los labios que empezaron a temblarle por el esfuerzo de contener las lágrimas que se iban haciendo cada vez más pesadas en sus párpados.

«Joder... no quiero llorar... no...».

—No te preocupes, mi amor... —consiguió responder con una voz más o menos decente— Ahora tienes que estar tranquilo y centrado en tu trabajo. Es lo más importante. Descansa, cariño.

Ernesto se giró un poco y estiró el brazo para apagar la luz de la mesita.

—Tú también. Buenas noches, guapa.

Sintió como la respiración de Ernesto se hacía cada vez más pesada a medida que iba cogiendo el sueño. Ella sin embargo, aunque estaba también agotada, no era capaz de dormir. Su cabeza era como un carrusel de imágenes que se superponían unas a otras sin parar.

Lorenzo, Ernesto, Nona, su madre, Susana, la agencia, el Faro, la habitación del Majestic, su madre otra vez, el avión, la trattoria de Fabrizio, Piero, Enzo, su padre, sus hijos... y vuelta otra vez... hasta que el sueño la atrapó y la venció.



12 de junio, lunes.

10:17h

La voz de Cristina sonó a través del interfono.

—Dime, Cris...

—Es Víctor, el informático. Dice que es importante.

—Vale, pásamelo. —acercó el taco de post-it por si tenía que tomar alguna nota.

—No, Marina. No está al teléfono. Está aquí. Quiere verte.

—Ahh... ¡vaya! —curvó los labios hacia abajo y arqueó las cejas—  
Está bien, que pase.

Desplazó el taco de notas a su sitio y se levantó del sillón para recibirle.

Víctor era el jefe de la empresa de informática que gestionaba todos sus equipos. Llevaba trabajando con él más de diez años y conocía la agencia a la perfección.

—¡Hola, Víctor! —rodeó la mesa y le tendió la mano.

—¡Hola, Marina! ¡Buenos días! —le estrechó la mano con fuerza pasándole la otra por el antebrazo en señal de afecto. Ella hizo lo mismo— Perdona que te asalte así, sin avisar, pero es que esta mañana cuando he llegado a la oficina y he pedido el informe del fin de semana he visto que tenemos un problema.

—Siéntate, siéntate, por favor..

—Gracias. —tomó asiento y puso una carpeta de plástico encima de la mesa.

Marina ocupó su sitio con gesto serio.

—¿Qué problema, Víctor? Explícate, que me estás dando miedo... ¡y en cristiano, por favor!

—Pues es para tenerlo, Marina... es para tenerlo. —se inclinó sobre la mesa y abrió la carpeta mostrándole un par de hojas con series de algoritmos y fechas.

—¡Joder, Víctor! ¿Qué coño es esto? Ya te dije que en cristiano. Yo no entiendo nada de lo que pone aquí...

—Mira... Estas son todas las fechas en las que virus o hackers han intentado entrar en tus equipos desde hace dos años. —señaló varias

columnas en el papel— ¿Lo ves? —fue marcando en fluorescente amarillo las fechas.

—Vale, sí. Lo veo.

—Si te fijas bien, la cadencia es siempre la misma... cada dos, tres o incluso cuatro meses tenemos un intento de piratear tus equipos. Es lo normal para una empresa como la tuya.

—¡Ah!... —le miró sin comprender.

—Y ahora, fijate en el mes de abril de este año.

Marina observó los datos con detenimiento.

—¡Joderrrr! —cogió un lápiz del cubilete y repasó dos veces frunciendo el ceño— ¡Desde mediados de ese mes hay más de veinticinco intentos!

—Así es. Y sólo este fin de semana, ha habido seis. En dos meses te han atacado más veces que en todos los años que la agencia lleva abierta. —Víctor pegó la espalda a la silla y puso los codos en los reposabrazos entrelazando los dedos y haciendo girar sus pulgares— Tenemos un problema, Marina. Un problema muy serio. Que no hayan entrado todavía no quiere decir que no lo consigan en cualquier momento. A este ritmo pueden encontrar una fisura y colarse por ahí hasta entrar en todos los ordenadores y acceder a los discos duros.

Marina apoyó los codos en la mesa sujetando la frente con las yemas de los dedos, mirando a Víctor casi sin pestañear.

—Pero, ¿tiene solución, no? —puso ojos suplicantes.

—Sí. Tranquila. Tiene solución. Pero hay que hacerlo rápido. Y no va a ser barato.

Bajó la cabeza resoplando apretando más las sienes con las manos.

—En cristiano, Víctor... en cristiano...

—Perdona... —se revolvió en la silla y medio sonrió quitando algo de tensión al momento— Hay que formatear todos los ordenadores de la agencia. Tus cuentas, las de Daniel y las de los empleados. Todas. Cambiar las contraseñas y los certificados. Instalar Antivirus más complejos y dos firewalls dobles, donde alojaremos los principales servidores y desde dónde accederemos a internet. Avisa a tus empleados para que sólo utilicen la intranet y no se conecten con el

exterior hasta que todos los equipos estén revisados. Y que no abran ningún archivo desconocido o que no hayan solicitado. Ninguno. ¿Ok?

—Joder... —se dejó caer contra el sillón angustiada— esto no puede estar pasando...

—Tranquila. Lo arreglaremos. No te preocupes. Estas cosas ocurren a veces. —se levantó y metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros— Llevas campañas muy grandes y tienes datos muy golosos, sobre todo para la competencia. Es normal. Quédate la carpeta y habla con Daniel. Yo avisaré a los chicos y nos pondremos esta misma tarde con ello.

—De acuerdo, Víctor. Muchas gracias por todo. Voy a convocar a todo el mundo a una reunión esta tarde y se lo contamos. Bueno, más bien se lo cuentas tú, para que sepan qué es lo que tienen que hacer y qué no, ¿te parece?

—Claro. No hay problema.

—¿Sobre las cinco te viene bien? —se levantó y se puso a su lado para acompañarle a la puerta.

—A las cinco es perfecto. Vendré con Roberto y con Vicky y nos pondremos a trabajar después de la reunión. No debería llevarnos más de un par de semanas tenerlo todo listo. —llegaron a la salida y le tendió la mano de nuevo para despedirse.

—Nos vemos a las cinco entonces, Víctor. ¡Gracias otra vez! ¡No sé que haría sin vosotros, de verdad!

—¡Jajajaja!... tranquila, Marina. Tranquila. ¡Eso nos lo dicen mucho! Hasta la tarde. Nos vemos.

Cerró la puerta de su despacho, caminó de nuevo hasta su mesa y cogió el móvil para llamar a Daniel.

—¡Hola, Marina! Buenos días.

—¡Hola, Daniel!, ¿dónde estás?

—Bueno, tranquila... yo también me alegro de oír tu voz, ¿eh?

—Perdona. ¿Vas a venir esta mañana? —su expresión siguió sonando fría.

—Pues no. Tengo varias reuniones esta semana y quedé para comer con Pablo Suárez, ya sabes... por la campaña...

No le dejó terminar.

—Sí... sí... ya sé... —miró hacia el techo poniendo los ojos en blanco  
— ¡Pues tienes que venir!

—¿Por?

—¡Porque Víctor acaba de estar aquí! Y no me ha dado muy buenas noticias que digamos. Así que ven y te lo cuento, anda —aflojó un poco el tono mientras se asomaba al ventanal y contemplaba el tráfico de la mañana apoyando el antebrazo y la frente en el cristal.

—¡Hostias! —ahora era la voz de Daniel la que sonaba preocupada  
— Está bien, está bien. En una hora estoy ahí.

—Gracias, Daniel.

Colgó y se quedó un rato con la cabeza apoyada en la ventana intentando asimilar toda la información que acababa de recibir. Pensó en enviarle un mensaje a Ernesto pero desechó la idea al segundo.

«No, no... ya se lo contaré en casa con calma...».

«Bastante tiene con lo suyo ahora...».

Estaba realmente preocupada intentando ordenar las piezas y recordar todas las palabras ininteligibles sobre software, hardware y antivirus que Víctor le había nombrado.

«En abril... en abril... ¿qué coño había pasado en abril?».

El iPhone vibró en su mano emitiendo el Bip de un mensaje.

Levantó la mano comprobando la pantalla de bloqueo mientras permanecía iluminada para leer sin abrirlo.

El corazón se le aceleró y se espabiló de golpe.

**Lorenzo\_11:21**

¡Hola!

Se acercó a la puerta y se aseguró de que estuviese cerrada del todo. Pulsó el interfono y le dijo a Cristina que no le pasase llamadas hasta nuevo aviso.

Se sentó en el sillón y contestó al mensaje.

**Marina\_11:23**

¡Hola! (Guiño, 2 besos)

**Lorenzo\_11:24**

¿Te gusta torturarme? (Emoti sufridor)

**Marina\_11:25**

¿Porrrr? Qué he hecho???

**Lorenzo\_11:26**

Llevo 22h horas sin hacerte el amor.

Sin tocarte y sin besarte.

¡Me estoy volviendo loco!

(Loco, 2 risas, 3 besos)

**Marina\_11:27**

¡Estás como una cabra!

Pero ... me gusta... (piruleta)

¿puedes llamar? (pensativa)

En menos de diez segundos su teléfono comenzó a sonar.

—¡Hola!... —giró el sillón hacia el ventanal medio recostándose y estirando las piernas.

—¡Hola, pequeña!... —su voz sonaba dulce y melosa— ¿qué haces?  
Marina cruzó un tobillo por encima del otro frotando el empeine del pie con el tacón del zapato. Estaba empezando a acalorarse.

—Pues intentando trabajar un poco... pero claro... resulta que cierta persona me está llamando y no deja que me concentre...

—¿Ah sí?

—Sí... y acabo de recibir la visita de mi informático y tengo un papelón de cuidado.

Le contó lo de los hackers y estuvieron comentando algunos detalles sobre el tema. Hablarlo con él le hizo bien, la reconfortó y logró que le bajara el nivel de ansiedad considerablemente.

—Gracias, Lorenzo. De verdad... sabes escuchar...

—No pasa nada. Estoy aquí siempre que lo necesites, ya te lo dije,  
—su voz sonaba ahora amable y pausada— y también sé hacer algo más que escuchar... ya lo sabes...

—¡Jajaja!... sí. Ya lo sé, ya... Doy fe de que tienes otros atributos también muy interesantes... —miraba al techo enredándose un mechón en el dedo jugueteando.

Se hizo un silencio y Lorenzo exhaló con fuerza. Marina casi pudo sentir su aliento cálido en el cuello.

—Quiero verte. Necesito verte.

Giró instintivamente la cabeza hacia la puerta para asegurarse de que no entraba nadie.

—Yo también... —bajó el tono casi susurrando— pero no sé...

—¿Y si comemos juntos mañana? ¿Qué te parece Portugal? Estamos a media hora y allí no deberíamos tener problemas.

—Ah... bueno... no lo había pensado. Sí, sí. Está bien. Mañana podemos comer juntos. —cambió de postura cruzando las piernas y acariciándose la rodilla sonriendo.

—¡Perfecto! Quedamos a las dos en el puente. En el lado portugués. Dejamos allí tu coche y continuamos en el mío.

—¡Ahá! De acuerdo. A las dos en el puente. —suspiró y apretó los muslos notando como el encaje de su ropa interior se clavaba en sus labios haciéndole sentir una punzada de placer.

—¡Hasta mañana, preciosa!

Colgó y se dio cuenta de que tenía las bragas empapadas y las mejillas rojas.

«Ufff... Dios mío...».

«No puedo esperar para verle... joderrrr... ».

Cogió el botellín de agua y lo bebió de un tirón.

Miró el reloj. Daniel estaría a punto de llegar y quería adelantar trabajo, porque sospechaba que al día siguiente la tarde no le iba a cundir demasiado.

«Después de comer... habrá que tomar el postre... ».

Se sonrojó por tener ese pensamiento. Cogió una de las hojas de la mesa y se abanicó un rato con ella.

Oyó a su socio entrar y saludar a Cristina.

«Bueno, al lío».

Abrió la puerta y salió con la carpeta que Víctor le había dejado.

—¡Hola, Daniel! ¡Vamos a tu despacho que en el mío hace mucho calor!

20:19h

Estaba aparcada en doble fila conversando con Nona mientras esperaba a que Martina y Teo saliesen de la academia de inglés.

—Ya ves... Menudo lío. Han estado esta tarde explicándonos todo el tinglado que van a montar... o más bien a desmontar... —apoyaba el codo izquierdo en el marco de la ventanilla con la mano en la sien y hablaba a través de los auriculares gesticulando y tocándose el pelo con el brazo libre.

—Joder... ¡qué mal!... ¿y qué será? ¿Un rollo, como el virus ése mundial, que te secuestra los archivos y te pide dinero por ellos?

—¡Buff!... ni idea... a saber... puede ser cualquiera... igual sí... Bueno, el caso es que ya lo están arreglando, porque es lo que me faltaba ya, para acabar de arreglar la vida esta tan descarriada que llevo últimamente. —resopló frotándose la frente— Oye, antes de nada, gracias por cubrirme con lo de este finde.

—Bueno, tranquila, no pasa nada.

—No. Sí que pasa, Nona. Sí que pasa. No es justo que te meta en esto. Tú conoces a Ernesto y le quieres. Hacerte mi cómplice no está bien. Estoy obligándote a mentir por mí.

—Ya... —su voz mostraba algo de incomodidad.

—No te preocupes. No te lo volveré a pedir. No te pondré más como excusa cuando quiera verle. Ya me las apañaré.

—Está bien, te lo agradezco. No es que quiera juzgarte, ya lo sabes.

—Sí, Nona, sí. Cuanto menos sepas de esto a partir de ahora mejor —volvió a suspirar.

—Ehhh... Vale que no me hagas mentir, pero contarme cómo te va, ¡eso sí mujer!... —su tono se volvió menos serio— Soy tu mejor amiga... ¿Con quién vas a hablar si no? Esto no puedes quedártelo para ti sola. En cualquier momento te va a explotar... ¿Lo sabes, verdad?

Marina chasqueó la lengua subiendo y bajando el parasol del coche varias veces.

—He quedado mañana con él para comer... en Portugal.

—¡Halaaaaa!... —silbó.

—No sé explicártelo, de verdad que no. ¡Joderrrr!

—No, si a mí no tienes que explicarme nada... a tu marido, igual sí...

—¡Nona!!

—¡Quéee! Es la verdad.

—Es que... —se apoyó contra el reposacabezas cerrando los párpados— Quiero estar con los dos... Les deseo a los dos... —inspiró y exhaló aire profundamente forzando una "o" con los labios— Ernesto es paz, es hogar, es calmado, sublime... es el amor de mi vida... es mi amor... —volvió a respirar acalorándose— ... y Lorenzo... —tragó saliva— Lorenzo es instinto, es animal, es descarnado, es feroz, es seducción brutal, incertidumbre...

—¡Joder, Marina!... Para, ¡qué me estoy poniendo cachonda sólo con oírte! ¡jajaja!...

—Nonaaa... —su voz sonó lastimera.

—Perdona, cielo... ya sé que no estás para bromas.

Continuó.

—Es ir al límite... traspasar y descubrir... —bajó el tono— descubrir fantasías que ni sabía que tenía... ¡ufff!... estoy jodida... ¡estoy muy jodida!

—Pues, creo que sí... Siento decírtelo, pero tarde o temprano vas a tener que elegir. No puedes tener las dos cosas. No te está permitido. Sabes que no entro a valorar si está bien o está mal... Simplemente, no puedes, Marina.

—Ya... ya lo sé... ¡Ayyy!... ¡Gracias por todo, Nona! De verdad. —vio a los niños salir de clase y tocó el claxon para llamar su atención— Te dejo que ya han salido. Un beso grande, guapa. Dale un abrazo a Paulo. Te quiero.

—Está bien. Hablamos. Cualquier cosa llámame, ya lo sabes. Un beso para ti también. Cuídate mucho.

23:42h

Se desmaquilló y terminó de lavarse los dientes.

—¿Ves? Están todas las fechas desde abril marcadas —dijo desde el baño pulsando el dosificador de la crema.

—Sí... ¡Joder!... Es verdad. Son un montón. Es muy extraño. —Ernesto estaba apoyado contra el cabecero de la cama leyendo la carpeta de los informáticos.



Marina salió frotándose las manos para absorber la loción.

—Pues sí. Rarísimo. Daniel tiene un mosqueo del quince. Porque además de querer piratear nuestros datos nos va a costar un dineral renovar todo. Y ya sabes como es para el dinero. —levantó el nórdico y se metió debajo ahuecando el almohadón mirando hacia su marido.

—¿Qué dice Víctor? ¿Hay informes de otros años? —seguía con la mirada en los papeles.

—Sí, sí. Los tiene todos. Me trajo de los dos últimos, como muestra para que me hiciese una idea. Pero vamos, sólo de pensar que nos pueden robar los datos confidenciales de nuestros clientes y de las campañas en las que estamos trabajando me entran sudores fríos. —se subió el edredón hasta el hombro y se acurrucó— Me da igual lo que cueste. No puedo comprometer los datos de mis clientes.

—Hombre... a ver... ¡Te cae un paquete que te cagas!... Tenlo claro. —cerró la carpeta y la puso en la mesita girándose hacia su mujer— ¡Tenéis que solucionarlo ya!

Marina se destapó de repente incorporándose a medias.

—¿Qué pasa?

—Ernesto... ¿Qué día nos entraron a robar en la agencia? —miró al techo entrecerrando los ojos intentando recordar la fecha.

—No sé... hará algo más de un mes o por ahí.

—¡El tres de mayo! —recordó de pronto saltando de la cama para consultar el móvil. Abrió la agenda de su iPhone y repasó los días— Sí. Fue el tres, un miércoles.

Ernesto la miraba sin comprender.

—¿Me estoy perdiendo algo?

Marina regresó a la cama y se acurrucó junto a él.

—No sé. Pero me da mala espina. Mañana llamaré al inspector Vidal por si le parece importante. A lo mejor no es nada, pero me dijo que le llamase si me acordaba de algo o pasaba cualquier cosa. No sé. Por contárselo no pasa nada... y puede ser importante.

—Sí. Llámale. No creo que tenga nada que ver, pero por si acaso. Nunca se sabe. —apagó la lamparita y besó a su mujer en la frente acomodándose para dormir—Bueno, descansa amor. —suspiró

pesadamente— Joder... ¡estoy reventado! Y sólo es lunes... mañana llegaré tarde también.

—No te preocupes, cariño. Duerme.

13 de junio, martes

10:28h

—Bueno, no sé si será importante. Yo te lo cuento. Como me dijiste que te llamase si pasaba algo o recordaba cualquier cosa... Ya... Sí, entiendo. —Marina caminaba en círculos por su despacho mientras hablaba con Andrés Vidal— Pues van a estar unas dos semanas... Sí. Eso es... Pásate cuando quieras y hablas con él... Sí... Víctor... Sí. Él te lo explicará mejor... y te dará un informe si lo necesitas... Noo... ¡Muchas gracias a ti!... De acuerdo... Estamos en contacto. Adiós, inspector... Ah, sí, ¡jajaja!, perdona... la costumbre... Andrés.

Colgó y salió a explicarle a los técnicos que era posible que la policía se pasase por allí antes de que terminasen para hablar con ellos.

—Sí, no os preocupéis. Se llama Andrés Vidal. Supongo que vendrá él en persona, pero a lo mejor no puede y viene otro en su nombre.

—No hay problema, Marina. Descuida. Le ayudaremos en lo que podamos. — Víctor contestó desde detrás de una mesa rodeado de cables y cajas con conexiones de diferentes colores.

—Gracias, Víctor. Eres muy amable. —se agachó intentando verle la cara tras toda esa maraña pero apenas lo consiguió— Me voy y te dejo trabajar... ¡qué me das mucho miedo con todo eso!... ¡Ay, Dios!

«Joder... cuando le toque a mi ordenador me va a dar la mala... verás...».

Miró el reloj y volvió a su despacho con una sonrisa en la cara. Le quedaban apenas un par de horas para salir a encontrarse con Lorenzo.

«Ufff... qué ganas tengo de verle otra vez... mmmm...».

Movió el ratón de su iMac para salir de la pantalla de ahorro de energía y abrir el proyecto en el que estaba trabajando.

11:17h

Javier entró en el despacho de Lorenzo con un par de cafés.

—Dime, tío. —puso uno de los vasos en la mesa y dio un sorbo al suyo.

—¿Me cubres esta tarde? Tengo que salir a comer fuera y es posible que me retrase.

Javier se sentó en el borde de la mesa con una pierna colgando y la otra en el suelo.

—Sí, claro. No hay problema. Ya lo sabes.

—Gracias, Javier. Te debo una. —se revolvió en su sillón y cogió su bebida poniendo un gesto de complicidad.

—Bueno, —se inclinó un poco apoyando el codo en el muslo— ¿me lo vas a contar?, ¿qué te pasa?

—¿Ehh? —le miró sorprendido un par de segundos y enseguida desvió su mirada hacia la pantalla del ordenador— No, nada... ¿Por?

—Estás raro, Lorenzo. Despistado... distraído... no sé... —dio otro sorbo al café cruzando los brazos esta vez— A ver... ¡joder! ¡Qué soy yo, tío! A mí me lo puedes contar, ya lo sabes.

Lorenzo se levantó y tiró el vaso ya vacío a la papelera, haciéndose un silencio incómodo.

—¿No tendrá que ver con una mujer?

Suspiró profundamente apretando los labios.

—Sí, Javier... es una mujer. —se dejó caer de nuevo en el sillón con los codos en los reposabrazos, juntando las yemas de los dedos y apoyando la comisura de los labios en ellos con el gesto serio.

—¿Y?... —Se incorporó tirando su vaso también y metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones— ¿Está casada también?

Le miró con la culpa escrita en la cara.

—¡Joder, Lorenzo! —se pasó la mano por el pelo— ¡Hostias! —caminó por la habitación hasta apoyarse con las palmas en la mesa frente a él— ¿Te gusta de verdad?

—¿Que si me gusta de verdad? —levantó la vista y le miró fijamente — Es más que eso, Javier... estoy loco por ella.

13:03h

Marina apagó el ordenador. No podía esperar más. No era capaz de concentrarse en el trabajo y quería salir. Quería ver a Lorenzo.

Llevaba un vestido de lino sin mangas de color blanco, con un cinturón ancho de color rojo y unas cuñas de ante en el mismo tono del cinturón.

Se había recogido el pelo en una coleta y su maquillaje era suave en un tono muy natural.

Sacó el pequeño neceser del bolso y fue al lavabo.

Se refrescó un poco la nuca y se retocó el maquillaje. Se pintó los labios de rojo y se soltó la melena dándole un toque más sofisticado al conjunto.

Se puso frente al espejo y se alisó la falda del vestido ladeándose un poco para echar un vistazo global.

Sonrió. Le gustaba lo que veía.

«Muy bien. Lista».

Entró de nuevo en su despacho, recogió su bolso, guardó el móvil y abrió uno de los cajones del escritorio donde guardaba un frasco de su perfume. Vaporizó un poco sobre su piel y en el pañuelo que colgaba del sillón.

Devolvió el frasco a su sitio y se colocó el foulard sobre los hombros.

Echó un vistazo al reloj y salió a la entrada.

13:14h

—Cristina, me voy. Es posible que ya no venga por la tarde. —le tendió un sobre con unas carpetas y documentación— Toma, esto es para archivar.

—¡Ah! muy bien. —recogió el sobre girando hacia un lado el micrófono que tenía en la mejilla para atender las llamadas— ¿Necesitas algo más?

—No, tranquila. —dio un paso y retrocedió de nuevo— Lo único, si viene por la tarde el inspector Vidal y yo no estoy, dadle lo que necesite. Víctor ya está avisado.

—De acuerdo. No hay problema.

—Gracias, Cristina. ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana, Marina!

Caminó hacia su coche apurando el paso. Sentía el corazón latirle cada vez más rápido y podía notar cada mililitro de sangre circular por su cuerpo.

«Dios... aún no le he visto y ya no me puedo controlar... uff...».

Se sentó en el coche y respiró hondo varias veces mientras el sistema testeaba el vehículo antes de arrancar.

Conectó su iPhone y puso música. Se miró en el retrovisor una vez más y emprendió la marcha.

A esa hora todavía no había mucho tráfico por el centro y enseguida llegó a la Avd. de Madrid para salir de la ciudad y coger la autovía en dirección a Tui.

13:51h

Divisó la estructura del puente a lo lejos y empezó a sentir como el estómago se le hacía cada vez más pequeño.

El Puente Internacional cruzaba el río uniendo las poblaciones de Tui y Valença do Minho. Era un puente de una estética singular. Totalmente enrejado por un forjado de hierro a modo de celosía y con dos tableros independientes. El superior para la circulación del ferrocarril y el inferior para la calzada, por la que circulaban los vehículos. Ofrecía una bella y curiosa estampa con sus casi 400 metros de longitud sobre el Miño.

Redujo la velocidad para entrar en el interior y cruzó al otro lado escuchando sus propios latidos como un eco sordo por encima de la música.

Las vigas de hierro filtraban la luz del sol al pasar creando un divertido efecto de sombras en zig-zag.

Salió del puente y un gran cartel azul con doce estrellas amarillas y el nombre de Portugal en el centro le dio la bienvenida al país vecino.

Giró a la izquierda y subió una pequeña cuesta hacia el edificio de la antigua Aduana buscando un sitio para dejar el coche.

Condujo unos metros y enseguida le vio.

Lorenzo estaba apoyado en la carrocería de su Mercedes

esperándola.

La adrenalina se le disparó y el corazón le latía ahora fuera del pecho totalmente.

La piel se le erizó y la boca se le secó de golpe. No le llegaba el aire. Se mordió el labio ladeando la cabeza.

«Diosss... está guapísimo...».

«Joder, Lorenzo... joder...».

Lorenzo llevaba unos vaqueros bastante ceñidos, de color blanco, un polo negro y unos mocasines de verano en serraje, también negros con la suela roja. Con las gafas de sol puestas, la piel tostada y su cabello grisáceo ligeramente alborotado estaba absolutamente irresistible.

13:56h

Pulsó el mando para cerrar el coche y Lorenzo comenzó a caminar hacia ella. Ella también caminó hacia él.

En menos de cinco segundos la había alcanzado y sin mediar palabra se lanzó a por sus labios besándola con desesperación. La cogió por la nuca hundiendo los dedos en su pelo y sujetándola por la cintura con el otro brazo libre, atrayéndola hacia él, pegando sus cuerpos electrizados por la energía que desprendían juntos.

Marina abrió los labios correspondiendo a sus besos cada vez más profundos derritiéndose como un cubito de hielo en una sartén.

—¡Hola, pequeña!... hola... —la separó un poco sujetándole la barbilla y rozando sus labios con los suyos— Dios... ¡Cómo te he echado de menos! —le rozó la punta de la nariz con la suya y la estrechó contra su pecho.

—Ohhh... ¡Dios mío, Lorenzo!... —tenía las mejillas rojas y su pecho subía y bajaba a un ritmo irregular por su respiración entrecortada— No sé que hago aquí... pero no puedo evitarlo... no puedo... yo también te echo de menos...

Permanecieron abrazados unos minutos respirando el uno en el otro, sintiendo todos sus sentidos agudizados.

—Vamos, —la cogió de la mano y fueron hacia su coche— voy a llevarte a un sitio en el que se come de maravilla.

Entraron, pulsó el botón de encendido y le puso la mano en el muslo inclinándose sobre ella para besarla de nuevo.

15:12h

Comieron en una pequeña y coqueta casa rural apartada de la carretera a las afueras del pueblo.

—Muito obrigado, senhora Catalina! Tudo muito bom!

Marina se recostó en la silla cruzando los brazos con una sonrisa burlona.

—¿Qué? —la miró con suspicacia.

—Nada. Me gusta escuchar tu acento portugués. Por lo visto, se te da muy bien esto de los idiomas —se adelantó pegando el pecho a la mesa, juntando los labios en una mueca sexy y entornando los ojos. Lorenzo pegó el torso a la mesa también, rozándole el mentón con el pulgar.

—¿Tú crees?

—Sí. —movió su dedo a lo largo de su fuerte antebrazo acariciándolo con sutileza—Yo creo... me encanta oírte...

—Pues voy a pedir el postre en portugués... —le sujetó la muñeca apretándosela con fuerza— pero voy a decirle que nos lo sirvan arriba.

Sintió un golpe súbito de calor en su vientre contrayendo involuntariamente todos los músculos de su pelvis. Ya estaba empapada.

Subieron a la habitación y Marina aprovechó para ir al baño. Era muy amplio, de estilo colonial, con muebles de madera decapados en colores fuertes y azulejos pintados a mano, recreando varias escenas de la vida portuguesa.

Se refrescó y se retocó de nuevo el maquillaje.

Salió y vio una bandeja en la mesita con varios platos de dulces y su café con hielo.

La habitación era acogedora y muy luminosa. Decorada con el mismo estilo que el baño, tenía una gran cama de forja con un dosel de metal. Una colcha blanca, con pequeñas flores bordadas y grandes almohadones, le daban un aspecto fresco y cuidado.



Lorenzo estaba en el pequeño balcón apoyado en la baranda. Podía apreciar su ancha espalda y los músculos de sus fuertes brazos torneados surcados por gruesas venas.

«¡Por Dios!... ¡es tan sexy!...».

Giró la cabeza y la observó por encima del hombro.

Le hizo una señal con la mirada para que saliera con él.

Se descalzó y se desabrochó el cinturón dejándolo encima de la cama.

Se puso a su vera sintiendo la suave brisa de junio colarse por las rendijas de la tela de su vestido, amortiguando el calor que desprendía su piel.

Tenían vistas a un gran jardín trasero.

Le habló sin mirarla.

—Bueno, signorina... —sonrió travieso humedeciéndose los labios—  
Quítate las bragas... y mételas en mi bolsillo.

Marina sintió una punzada en el estómago y vaciló unos segundos sin comprender.

—Vamos, —insistió— no entres... quítatelas aquí fuera. —seguía sin mirarla sonriendo divertido.

Se inclinó un poco por fuera de la barandilla comprobando que no había nadie debajo.

Lorenzo se pasó la mano por la barbilla chasqueando la lengua.

—Marina... Quiero tus bragas... ¡Y las quiero ya!

Estos juegos la ponían a mil. Estaba mojándose cada vez más, así que obedeció y se bajó las braguitas. Las sostuvo en la mano y las plegó metiéndolas en el bolsillo de sus pantalones. Pudo sentir la erección palpitante de su miembro al tocarle.

«Bufff... esto es una locura...».

—Muy bien. Buena chica. —se llevó la mano al bolsillo comprobando su botín— Voy a follarte, ¿me oyes? —se giró hacia ella agarrándola por la cintura pegando su boca a su oído— Voy a follarte hasta que te corras un millón de veces.

Marina tragó saliva y gimió sintiendo como su clítoris se hinchaba sin ni siquiera tocarle.

—Ohhh... —se cogió de sus caderas apretándolo contra ella— Por favor...

—Por favor... ¿qué?

—Por favor, fóllame... fóllame... —gimió entrecortadamente.

—Mmmm, pequeña... sabes que me encanta oír cómo me lo pides. —la cogió por la nuca y la besó paseando la lengua por toda su boca. Se pegó más a ella subiendo el otro brazo por su espalda buscando la cremallera del vestido. Comenzó a bajarla y Marina se tensó— Shhh... quieta. Quiero desnudarte aquí, en el balcón.

—Pero... puede pasar alguien... pueden vernos...

La cogió más fuerte agarrándola del pelo con el puño, frotando su erección contra su cuerpo, clavándole sus ojos oscuros volcando su aliento en su cuello.

—Marina... ¿quieres cruzar?... ¿o no?

Marina se rindió de nuevo a ese hombre. A esa locura. A esa red en la que estaba cada vez más atrapada.

El vestido resbaló por su cuerpo hasta caer en el suelo formando un pequeño montículo. Bajó sus manos hasta su trasero y le amasó las nalgas mientras la seguía besando con dureza.

Marina había comenzado a temblar. La sensación de estar expuesta le provocaba miedo pero también excitación. Lorenzo continuó paseando su lengua por el hueco de su garganta mientras desplazaba una mano hacia delante buscando su vagina húmeda y cálida.

—Quítate el sujetador. Vamos, pequeña... vamos...

Marina jadeó y se desabrochó el sostén que cayó encima del vestido. Tenía los pezones totalmente erectos y oscuros por el deseo abrasador que la estaba consumiendo.

Lorenzo continuó lamiendo su cuerpo, chupando sus pechos, mordiendo y succionando sus pezones con rapidez mientras hundía los dedos en su interior moviéndolos suavemente y rozando la punta de su clítoris con el pulgar.

Le levantó el polo cegada por la lujuria y se lo sacó con fuerza por la cabeza descubriendo su torso bronceado y liso.

«No puedo más... Dios...».

—Lorenzo... —gimió agarrándose de sus hombros clavándole las uñas— Lorenzo...

Empujó el vestido con los pies y Lorenzo la giró apoyándola de espaldas contra la barandilla de metal. Le puso las manos en el borde dejándola completamente expuesta ante él y ante cualquiera que pasase por allí.

—Joder... Eres preciosa. —se metió un pezón en la boca y lo saboreó con delicadeza bajando después la lengua por su vientre hasta su sexo. Se arrodilló y le separó las piernas saboreando su entrada brillante, completamente bañada por sus fluidos.

Marina ya no pensaba. Se agarró a los barrotes con fuerza mientras gemía y contoneaba las caderas ansiosa.

«Joder... joder...».

—Lorenzo... Ahhh... No puedo... No pue... —se sacudió con violencia mientras una descarga de 100.000 voltios la atravesaba desde la nuca hasta los tobillos.

Se corrió al aire libre, con la brisa agitando su melena y el sol calentando su cara.

Lorenzo se incorporó sujetándola por la cintura mirándola con satisfacción.

—Así, pequeña... Así. —la abrazó y la llevó en volandas todavía jadeante al interior de la habitación.

La depositó en la cama apoyándola en los almohadones.

Se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones y los bóxers de un tirón. Subió a la cama y le separó las rodillas pegándoselas al pecho, abriéndola completamente.

—Ohhh... Marina... Ahora voy a follarte hasta el fondo. —se tocó la polla dura como una roca y acercó el glande hinchado y lubricado con gotas de líquido preseminal. Se frotó en sus labios un par de veces y sin previo aviso se inclinó en la cama sobre ella penetrándola de un empujón— Joder... ¡Cómo te deseo...! —volvió a embestirla doblándole más las rodillas sobre el pecho, llegando cada vez más profundo.

—Ahh... Lorenzo... Sí... —se retorció agarrándose a sus bíceps mientras Lorenzo la penetraba.

Cada embestida era más placentera que la anterior y Marina volvía a estar a punto de alcanzar el clímax. Ver a Lorenzo tan excitado le hacía perder el control.

—Marina... Pequeña... Quiero correrme contigo... —se le aceleró la respiración y empezó a jadear— Agárrame el culo... Fuerte... ¡Fuerte!

...

Marina le agarró las nalgas tirando cada vez más hacia ella introduciendo el pene cada vez más dentro. Empezó a notar que un nuevo orgasmo se apoderaba de ella y arqueó la espalda abriéndose totalmente para recibirlo.

Lorenzo se dio cuenta y empezó a empujar con más fuerza.

—Córrete... córrete conmigo... —jadeó en su oreja hundiendo los puños en las almohadas retorciendo las sábanas. Cerró los ojos y eyaculó disfrutando del placer infinito que le daba estar dentro de Marina. Esa mujer era todo lo que deseaba. Todo lo que necesitaba. No quería estar en otro sitio que no fuese entre sus piernas.

El orgasmo la alcanzó también y Marina explotó de nuevo gimiendo y gritando su nombre al sentir el esperma caliente derramarse en su interior.

Pegaron sus frentes sudorosas intentando controlar sus respiraciones, mientras el semen seguía goteando con el pene todavía dentro de su vagina, resbalando entre sus nalgas.

—¡Ufff!... ¡esto es increíble! —se echó a un lado pasándose las manos por el pelo— ¡Joder, Marina!... joder... —se tumbó e inclinó un poco la cabeza observando su pene todavía semierecto apoyado sobre su vientre— Mira... no quiere terminar... quiere más... ¡jajaja!

Marina se tapó medio cuerpo con la colcha y le cogió la mano para besarle el dorso.

—Eres tremendo, Lorenzo... tremendo. —entrelazó sus dedos con los suyos y permaneció tumbada a su lado recuperándose. De repente comenzó a reírse— Joderrrr... Espero que no hubiese nadie en el jardín escuchando... ¡jajaja! ¡Qué vergüenza, por Dios!

—¿Sí? ¿Te dio vergüenza estar desnuda en ese balcón?... ¿o te gustó? —le soltó la mano y se incorporó apoyándose en el codo—

¿Eh?... ¿qué dices?, ¿qué sentiste?

Se llevó las manos a la cara tapándose los ojos.

—No lo sé. Nunca había hecho nada así. No es que fuese una mojigata precisamente... pero... —resopló arrastrando las manos por las mejillas.

—¿Pero...?

—Me llevas al límite, Lorenzo... me llevas al límite.

—Y eso... ¿te gusta?

Abrió los ojos mirándole fijamente.

—Ese es el problema. Me gusta. Me gusta mucho.

16:42h

Marina se tomó el café y comieron alguno de los dulces que les habían subido. Charlaron un rato acostados, acariciándose y besándose con calma, sin prisas, disfrutando de su compañía y del placer de estar relajados lejos de todo.

—Bueno, voy a vestirme. —Marina se levantó y se recogió el pelo con una pinza. Entró en el baño y abrió el agua para darse una ducha.

Lorenzo recogió su vestido y su sostén del balcón y los colocó encima de la cama.

Entró en el baño y se dio una ducha con ella. Se enjabonaron el uno al otro y se secaron con cuidado al salir.

—¡Ah! Aquí está. ¡Gracias por recoger el vestido! Eres un cielo. —se puso el sostén y buscó los pantalones de Lorenzo para coger sus bragas.

—Ehhh... —chasqueó la lengua recogiendo su pantalón del suelo apartándolo de ella— Ni hablar.

—¿Qué? —estiró la mano y frunció el ceño— Lorenzo, necesito mis bragas.

—Ya... Pues va a ser que no. —se subió los pantalones y metió la mano en el bolsillo asegurándose de que seguían allí— Se van a quedar en mi bolsillo. A buen recaudo.

—No lo dices en serio. —dio un paso hacia él con el gesto contrariado— ¡Lorenzo! Da-me-mis-bra-gas.

—Marina, estás en sujetador completamente desnuda de cintura para abajo. —se acercó a ella metiéndole la mano entre las piernas— No puedes darme órdenes. —empezó a mover los dedos buscando su interior y Marina se estremeció. Pegó su cara a la suya y le rozó el labio mordiéndoselo con suavidad— Vas a irte sin ropa interior. Si quieres recuperar tus bragas tendrás que volver a verme. —retiró la mano de su entrepierna y se la puso en los labios besándola por encima de sus dedos.

14 de junio, miércoles.

9:49h

Entró en su despacho, dejó el bolso y la prensa en el escritorio y fue al office a hacerse un café. Cristina ya había llegado y estaba preparándose uno también.

—¡Hola, Marina! —la saludó al verla entrar— ¡Buenos días!

—¡Buenos días! —cogió su termo del armario y esperó su turno para meter la cápsula en la cafetera.

—El inspector vino ayer por la tarde. Estuvo hablando un rato con Víctor y dijo que te llamaría por no sé qué de un informe. —retiró su vaso y se apartó para que Marina se preparase su bebida.

—¡Ah! Está bien. Luego le llamo. —cogió el café y salió hacia su despacho.

Cerró la puerta y ocupó su sillón. Encendió el ordenador y echó un vistazo a los periódicos mientras se acababa el café.

Leer el Tribuna Atlántica le producía una sensación de calor y hormigueo en el estómago.

Recordó la escena del balcón y se sonrojó.

«¡Qué cabrón!... Me vuelve loca...».

El sonido del interfono interrumpió sus fantasías.

—Dime, Cristina.

—Víctor acaba de llegar y quiere darte un informe para el inspector.

—Ah!, sí. Dile que pase.

—¡Buenos días, Marina! —se acercó a la mesa y le tendió dos carpetas— El inspector Vidal estuvo ayer aquí y me pidió un informe con todos los datos.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Saben algo más? —Marina ojeó las carpetas.

—Bueno, estuvo haciéndonos bastantes preguntas en relación a los ataques y a las fechas en las que se produjeron. Nos pidió el informe y dijo que te llamaría.

—Está bien, Víctor. Un millón.

—Nada, mujer. Te he hecho dos copias. Una para él y otra para que la tengas tú. Es un poco más completo que el que te traje el primer

día. —fue hacia la puerta y se volvió— si necesita algo más, que nos lo pida sin problema, ya sabes...

—Sí. No te preocupes. Le llamo y esta misma mañana se lo acerco a la comisaría. Gracias otra vez.

—¿Cierro?

—Sí, por favor.

«Bueno, voy a trabajar un poco que si no... a este ritmo...».

«Ayyy... Lorenzo...».

Cerró la prensa y abrió el correo para revisar los mails.

10:52h

Su iPhone vibró y la pantalla se iluminó con el pitido característico.

**Lorenzo\_10:52**

¡Hola!

Sonrió maliciosa y tensó el estómago.

**Marina\_10:53**

¡Hola ladrón de bragas! (risa)

**Lorenzo\_10:53**

Bueno... inadie es perfecto!  
(risa, echando la lengua)

**Marina\_10:54**

Ya... y tú no vas a ser la excepción...

**Lorenzo\_10:55**

Pues no... pero por lo visto tengo  
algunas virtudes que compensan mis manías...  
(3 risas, 2 guiños)

**Marina\_10:56**

Mmmm... Eso si que es verdad... si...

¿Y qué has hecho con ellas?

¿Si se puede saber? (Pensando)



**Lorenzo\_10:56**

Bueno... digamos que están a buen recaudo...  
En mi caja fuerte... (3 risas)

**Andrés Vidal Inspector\_10:56**

Buenos días, Marina.  
Ayer estuve en tu agencia hablando con los técnicos.  
Me gustaría hablar contigo cuando tengas un momento.

«¡Vaya!... y este ahora...».

**Marina\_10:57**

Buenos días, Andrés. He hablado  
con el informático y me ha dado el informe  
que le solicitaste.  
Puedo pasarme por la comisaría  
a última hora de la mañana.  
Si te viene bien.

**Andrés Vidal Inspector\_10:58**

Perfecto. Estaré toda la mañana en mi despacho.  
Pásate después entonces y ya hablamos.  
Un saludo.

**Marina\_10:58**

Muchas gracias.  
Nos vemos después. Saludos.

«A ver, Lorencito... ¿dónde estábamos?... mmm...».

**Marina\_10:59**

¿en tu caja fuerte?  
(Sorpresa, colorado, mono ojos tapados)

**Lorenzo\_11:00**

Hombre... a ver ... son un preciado botín.  
No todos los días tiene uno la oportunidad de  
hacerse con las braguitas de una preciosa dama...jajaja!

**Lorenzo\_11:01**

¿Quieres recuperarlas?

**Marina\_11:01**

Pues la verdad es que sí  
¡Eran nuevas!... y me  
descoordinas el conjunto... jajaja

**Lorenzo\_11:02**

Te voy a descoordinar yo... ya verás...

¿Quieres recuperarlas o no...?

Mira que últimamente ando muy despistado...

Y se me puede olvidar la contraseña... jajaja

**Marina\_11:03**

Mmmm... ¿Tú qué crees?  
¡pues claro que quiero recuperar mis bragas!...  
pero no me creo que las  
hayas guardado en tu caja fuerte...

**Andrés Vidal Inspector\_11:04**

¿¿¿¿ ?????

«¡¡¡Quéeee!!!...». «¡¡¡¡Nooooo!!!». «Mierda... Mierda... Mierda...».

Saltó hacia atrás en el sillón y el corazón se le subió a la boca completamente desbocado.

**Andrés Vidal Inspector\_11:05**

Aunque me gustaría ayudarte,  
creo que no voy a poder...

«Joder, joder, joder... ¡¡¡JO-DER!!!».

**Marina\_11:06**

Disculpa Andrés.  
Me he equivocado al enviar el mensaje.

### **Andrés Vidal Inspector\_11:05**

No pasa nada. Tranquila.  
Aunque he de reconocer  
que no me hubiese importado.  
Te veo luego. (guiño)

Leyó el mensaje y el teléfono voló por encima de la mesa, aterrizando encima de uno de los sillones de confidente.

—¡¡¡AHHH!!!... ¡¡¡MIERDA!!!... ¡¡¡JODER!!! —gritó arrastrándose las manos por la cara.

Se levantó desplazando la silla de un empujón y recogió el móvil.

—¡Serás cabrón!... —miró la pantalla releendo el mensaje— ¿Pero este tío de qué va?

«¡Joder, Marina! La que acabas de liar».

### **Marina\_11:08**

¿te puedo llamar?  
Acabo de liarla parda  
(cara triste, cansada)

En tres segundos el nombre de Lorenzo apareció en la pantalla de su iPhone.

Descolgó.

—¡Hola, pequeña! Dime.

—Holaaa... —suspiró— Joder, Lorenzo... ¡Acabo de meter la pata!

—¿Pero qué pasa? ¿Qué has hecho?

—Me he equivocado al mandar un WhatsApp... —inspiró hondo— Era para ti y por error se lo envié a Andrés, el inspector que lleva lo del robo... No sé... Se me fue el dedo a su chat... Qué mal... Joder...

—Bueno, no será tan grave... Digo yo...

—Noooo... ¡Qué va!... ¡Sólo digo que quiero recuperar mis bragas!... ¿A ti que te parece? —daba vueltas delante de la ventana con la palma de la mano en la frente— Es poli, Lorenzo... No es tonto...

—Bueno, tranquila. No tiene por qué pasar nada, —Lorenzo trataba de calmarla— a él tu vida privada no debería interesarle demasiado.

—Ya... —se paró delante del ventanal cruzando los brazos— Y tengo que llevarle el puto informe a su despacho... ¡Joder, qué vergüenza!

—Lo siento, preciosa. —respiró hondo— De verdad que lo siento.

—No te preocupes...

Permanecieron en silencio durante unos segundos.

—¿Comemos mañana? —susurró Lorenzo.

Marina suspiró y se dejó caer en el sillón inclinando la cabeza hacia atrás cerrando los ojos.

—Me gustaría mucho...

—¿Mismo sitio? ¿Misma hora?

—Mismo sitio y misma hora —confirmó más relajada— ¿Oye?

—Dime, pequeña.

—¡No te olvides de mis bragas! —estalló en una carcajada y el nudo que tenía en la garganta desapareció.

13:46h

Entró en la comisaría y subió las escaleras que conducían al despacho de Andrés.

«Me cago en la puta... qué vergüenza joder... qué vergüenza...».

«Bueno... A ver... como dice Lorenzo, a él mi vida privada no tiene que importarle».

Se recolocó el vestido, respiró hondo y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —sonó desde el interior.

Giró el pomo y entró.

Andrés estaba hablando por teléfono de pie junto a la ventana, de espaldas a la entrada.

—Un segundo. —Se giró tapando el teléfono con la palma de la mano, haciendo una señal para que se sentase.

Marina obedeció. Estaba incómoda pero no podía evitar observarle.

Su americana estaba colgada del respaldo de su sillón y lucía una camiseta negra de manga corta, que dejaba ver sus abultados bíceps y una espalda ancha muy trabajada.

Llevaba puesta la funda sobaquera de su arma y las tiras cruzadas de piel marrón le daban un aspecto rudo y chulesco. Se fijó en un

tatuaje que sobresalía de su brazo izquierdo rodeando su tríceps. No podía verlo entero, pero parecía algún tipo de símbolo tribal.

—Perdona. —pasó a su lado y se quedó apoyado en el borde de la mesa junto a ella sin disimular una sonrisa burlona.

—No te preocupes. No pasa nada. —le tendió la carpeta con el gesto rígido— Aquí tienes. El dossier que le pediste ayer a mi informático.

—Ah, caramba. ¡Qué rapidez!

—Sí. Las personas que trabajan conmigo son así de eficientes. —estaba cada vez más incómoda pero le sostuvo la mirada. No iba a dejarse intimidar por ese hombre.

—Me alegro. —ladeó la cabeza deslizando el sobre encima de la mesa. Cruzó los brazos por delante del pecho y volvió a mirarla desde esa posición elevada— Le pasaré el informe a nuestros técnicos y te avisaré si encuentran algo. ¿De acuerdo?

Marina asintió un poco más relajada.

—¿Hay algo más que quieras decirme? ¿Alguna otra cosa que hayas observado últimamente?

—No. La verdad es que no he notado nada.

—¿Algo en alguno de tus empleados?

—Andrés, te he dicho que mis empleados gozan de mi más absoluta confianza. Ninguno haría nada para perjudicarme ni a mí, ni a la agencia. —volvió a tensarse endureciendo el gesto— Si no necesitas nada más.

—No. Es todo por ahora. —se incorporó— Pero todos tenemos secretos... —frotó su barbilla haciendo una mueca irónica con los labios.

Ese hombre estaba empezando a sacarla de quicio.

Marina se levantó sin mirarle.

—Ya me sé el camino, gracias.

—Por favor... —extendió el brazo en dirección a la puerta.

Marina pasó por delante rozándole sin pretenderlo.

«Dios... Me hierve la sangre... gilipollas... macarra...».

Intentó girar el pomo para salir pero se había atascado y no conseguía abrirlo.

Andrés se acercó sonriendo.

—A veces se atasca. Permíteme. —sujetó con fuerza la cerradura y la giró en un golpe seco haciendo que cediese— Ya está. Ya te puedes ir.. —colocó su brazo derecho en el marco de la puerta bloqueándole la salida.

Marina no retrocedió. Él no se movió y ella adelantó un paso más sin amilanarse.

Sus cuerpos casi se rozaban. Estaban a menos de tres centímetros.

Le rozó el costado con el codo, sintiendo el frío de la culata del arma que le sobresalía de la funda.

Podía oler su perfume. Era penetrante, cálido y oscuro como él.

—¿Puedo marcharme ya? —pronunció la frase despacio mirándole retadora.

—Por supuesto... —se apartó un poco bajando el brazo y acercándose a su oído— Yo también tengo caja fuerte... Por si un día la necesitas...

Marina frenó en seco y se volvió hacia él.

—Inspector Vidal, —se apartó la melena con el dorso de la mano— creo que a partir de ahora deberíamos dejar de tutearnos.

16 de junio, viernes.

21:37h

Entró en casa y la sensual música de Lionel Richie y su "Do it to me" la envolvió.

Ernesto estaba en la cocina descorchando un botella de vino. Sirvió dos copas y se acercó a ella ofreciéndole una.

—¿Y esto? —dejó el bolso y las llaves en la encimera— ¿Dónde están los niños?

La rodeó con un brazo por la cintura atrayéndola hacia él inclinándose sobre ella para besarle el cuello.

Marina sujetó la copa y ladeó la cabeza sintiendo los labios de Ernesto en su piel.

—Esto, es porque llevo mucho tiempo sin prestarte atención y quiero compensártelo. —siguió besándola metiendo la mano por debajo de su blusa.

La cogió por la nuca enredando los dedos en su cabello mirándola con el deseo contenido.

Marina apoyó su copa y abrazó a su marido pasando sus brazos alrededor de su cuello aspirando su aroma y sintiendo el amor con el que Ernesto la abrazaba.

—Los niños están con tus padres. Hasta el domingo no vamos a recogerlos. —rozó sus labios mordisqueándole la comisura— Tenemos todo el fin de semana para nosotros. —abrió sus labios y la besó profundamente introduciendo su lengua para buscar la suya.

Marina respondió al beso y se fundió con él sintiendo flaquear sus rodillas.

—Ven.

La condujo de la mano hacia el dormitorio, de dónde venía la música y salieron a la terraza iluminada con velas y decorada con varios centros de flores. En la mesa, perfectamente puesta, había dos bandejas con sushi, un cuenco con fideos orientales y varios tipos de salsas.

—¡Ernesto! —se giró hacia él llevándose la mano al pecho— Pero... yo... esto no... no era necesario... no sé que decir...

—¡Para mi reina! —se acercó a ella apartándole el pelo hacia atrás y cogiéndole la cara con ambas manos —No. Sí que es necesario, mi amor. Llevo mucho tiempo absorto con este juicio y apenas nos hemos visto. Desde que volviste de Italia no hemos tenido ni un momento para nosotros. La besó dulcemente y la apretó de nuevo contra él— Baila conmigo.

La voz de Lionel seguía sonando:

“do it to me one more time,  
can't get enough of your love...  
when you move girl, you tease me  
we make love slow and easy ...”

Repetía sensual.

Bailaron meciéndose despacio al compás de la música, abrazados con la brisa de la noche y el aroma de las velas y las flores flotando en el ambiente.

—Gracias, mi amor... —susurró apoyando la mejilla en su pecho. Sentía punzadas de culpabilidad en el estómago y al mismo tiempo deseaba estar con su marido. Deseaba hacerle el amor y sentir sus labios en los suyos.

—Ernesto...

—¿Qué, mi vida?...

—Hazme el amor...

La llevó dentro en brazos y la depositó con cuidado en la cama. Le quitó las sandalias pasando la yema de sus dedos por el interior de sus muslos. Le bajó la falda despacio y le desabotonó la blusa respirando en su piel besándola despacio.

Marina comenzó a gemir y su vagina a lubricar. Ver a su marido tan excitado la ponía a cien.

—Te deseo... Ernesto... te deseo —susurró mordiéndose el dorso de la mano.

Ernesto se sacó la camisa con rapidez y se inclinó sobre ella besándola con la boca abierta sorbiéndola y chupándola con hambre. Marina desplazó sus manos hacia delante y le desabrochó el cinturón y el botón bajando sus bóxers y liberando el enorme miembro



enrojecido y palpitante.

Una punzada le recorrió la columna mojando sus bragas y sacudiendo sus caderas.

«No entiendo nada... ayer me he acostado con otro hombre... y hoy deseo a mi marido con toda mi alma...».

—Joder, nena... joder... —le sacó los pechos por encima de las copas del sujetador y se los amasó pellizcándole los pezones.

Ernesto tenía las pupilas dilatadas y el iris de sus ojos se había oscurecido tornándose de un azul ultramar intenso. El deseo empezaba a apoderarse de él. Estaba excitadísimo.

Metió la mano dentro de sus bragas y hundió los dedos en el interior de su mujer.

—Ohhh... cariño... —susurró— Estás empapada...

Marina le acariciaba la polla cada vez más dura.

—Voy a follarte... —jadeó en su oído introduciendo los dedos más al fondo, llegando a su cervix, provocando una contracción en su vientre

—Voy a follarte este coñito, nena... ¿Me oyes?

—Sí... mi amor... fóllame... fóllame, por favor...

Sacó la mano, pegó un tirón a sus bragas y se cogió la polla apuntando a su entrada rozándola con el glande. Se colocó sobre ella apoyando las manos en el colchón y dio un empujón sordo y fuerte abriéndose paso en su interior sintiendo la humedad de su mujer.

—Ohhh... Marina... —apoyó la frente en la suya y permaneció unos segundos quieto, sintiendo la respiración agitada de su mujer mezclándose con la suya.

Marina cerró los ojos y una oleada de placer la invadió haciendo que moviese las caderas arriba provocando que Ernesto retomase las embestidas cada vez más fuertes y más profundas.

—Ernesto... Ernesto, mi amor... —jadeaba con la respiración entrecortada.

—¿Qué?... nena... ¿qué?... ¿te gusta? —le subió más las piernas hacia el costado abriéndola más y penetrándola más a fondo— ¿Te gusta mi polla? ¿Eh...? Dime que te gusta, nena... Dímelo...

—Ahhh... me gusta... me gusta tu polla, Ernesto... me gusta tu polla!... sí... —se arqueó levantando los brazos por encima de la

cabeza haciendo tope con las palmas en el cabecero para entregarse más a él, hasta que el orgasmo brotó de su interior como un geiser ardiendo, quemando todo su cuerpo haciéndola gritar y revolverse. Empujó un par de veces más contemplando como la mujer que amaba se deshacía de placer en sus brazos y explotó con ella eyaculando hasta la última gota que guardaba en sus testículos.

—Sí, nena... sí... —la cubrió de besos jadeando, mientras su cuerpo sudoroso temblaba debajo suyo presa del clímax. Le encantaba ver a su mujer disfrutar. Le encantaba ver como se corría con él.

23:31h

Lorenzo terminó de enviar unos correos a la redacción y entró en el dormitorio.

Su mujer estaba ya acostada leyendo algo en su iPad.

Se sentó en el borde de la cama, se sacó el reloj y programó la alarma para el día siguiente. Quería llevar a su hijo al entrenamiento y tenía que madrugar.

Abrió la pantalla de su iPhone y entró en el chat de Marina. Releyó algunos de los mensajes que se habían escrito en los últimos días.

Sacudió la cabeza y respiró hondo pasando la mano por la frente mesándose el cabello.

«Joder, Marina... joder...».

«¿Qué me pasa contigo?... ¿qué coño me pasa contigo?».

Su mujer se revolvió en la cama.

—¿Estás bien? —preguntó inclinando su dispositivo.

—¿Eh?... sí, sí... —se levantó de nuevo tapando la pantalla disimuladamente— Voy a asegurarme de que Iván ha apagado la luz y a cepillarme los dientes.

Entró en el baño y le envió un WhatsApp. Quería hablar con ella. Aunque sólo fuese un mensaje. Lo necesitaba.

**Lorenzo\_23:42**

¡Hola!

El teléfono de Marina vibró y se iluminó en el interior de su bolso.

Esperó más de diez minutos pero no obtuvo respuesta. Veía la leyenda debajo de su nombre.

“últ. vez hoy a las 21:03”

Salió del baño comprobando el mensaje por última vez. Nada.

Puso el móvil a cargar y se metió en la cama.

—Buenas noches, Patri —se tapó dándole la espalda.

Su mujer se escurrió debajo de las sábanas girándose hacia él, pasándole el brazo por la cintura y pegándose a su cuerpo.

—No tengo mucho sueño... —bajó la mano hacia el interior de sus bóxers.

Lorenzo la cogió por la muñeca y le retiró el brazo bruscamente separándose de ella.

—Hoy no, Patricia. Estoy cansado.

17 de junio, sábado.

00:19h

Marina se levantó al lavabo, se desmaquilló y se puso un camisón. Cuando salió, Ernesto ya estaba dormido. Le dio un beso y apagó la lámpara de su mesita.

Recogió las copas y las fuentes de la terraza y las llevó a la cocina.

Metió la loza en el lavaplatos y cogió su bolso para colgarlo en el hall.

Sacó su teléfono para ponerlo a cargar. Abrió la pantalla y vio el WhatsApp de Lorenzo.

Le subió la sangre de golpe al pecho y le temblaron las manos.

Fue al salón y se preparó un gintonic. El corazón se le aceleraba por momentos y necesitaba respirar el aire fresco de la noche.

Le dio un beso a Ernesto en la frente al pasar y salió a la terraza para tumbarse un rato.

Contestó al mensaje.

**Marina\_00:42**

iHola!

Vio la leyenda de su última conexión.

“últ. vez ayer a las 23:56”

Dio un trago largo a su copa y apoyó el teléfono contra su pecho

acostándose en la tumbona mientras contemplaba las estrellas sintiéndose un punto insignificante en medio de todo el Universo.

«Probablemente esté ya dormido...».

«¡Joder!...», inspiró profundamente ahogando un lamento.

«Acabo de hacer el amor con mi marido... y ahora estoy escribiendo a otro hombre porque también quiero acostarme con él...», volvió a suspirar y chasqueó la lengua.

«A mí me pasa algo malo... algo muy, muy malo».

08:42h

—Voy a desayunar con Ricardo. Tú quédate un rato en la cama y duerme un poco más. —le revolvió el pelo— ¡Qué por lo visto, alguien tuvo fiesta ayer en la terraza! —hizo un gesto con la cabeza hacia la copa vacía que había en la mesa— Ponte guapa, que cuando vuelva, tú y yo nos vamos a comer fuera y a pasar el día por ahí, solitos y tranquilos —la sujetó por la barbilla y le dio un beso en los labios— ... y por la noche voy a volver a hacerte el amor hasta que me pidas clemencia... ¡jajaja!... ¿entendido, señora Del Valle?

—¿Tengo alguna otra opción, señor juez? —contestó poniendo morritos.

—Pues no. No la tienes. —le mordió el labio despacio— Vas a tener que acatar la sentencia, ¡jajajai —se levantó dándole un beso en la frente— ¡Te veo luego!

11:11h

Salió de la ducha y se vistió. Se hizo otro café y se sentó en la terraza con la tablet para echar un vistazo a la prensa y consultar el correo.

«Mierda... quiero hablar con él... joder...».

Cogió su iPhone y abrió el WhatsApp. Escribió el mensaje de nuevo y pulsó enviar.

**Marina\_11:33**

¡Hola!

Se arrepintió a los cinco segundos.

«Joder, tía... déjalo en paz...».

«Esto va a acabar mal... te estás pillando... y va a acabar mal...».

Lorenzo estaba apoyado en la barandilla del campo de fútbol viendo el entrenamiento de su hijo cuando sintió la vibración de su teléfono en el bolsillo de sus vaqueros.

Abrió la pantalla. Fue incapaz de disimular una sonrisa al leer el mensaje.

«Hola, Marina... hola, preciosa...».

Se fue hacia las gradas y se sentó apartado de los demás para poder hablar sin problemas.

El móvil de Marina vibró.

### **Lorenzo\_11: 35**

¡Hola!

### **Marina\_11:36**

¿Te puedo llamar?

### **Lorenzo\_11:36**

Nada me gustaría más...

Marina marcó su número.

—¡Hola, preciosa!

—¡Hola! —se sentó en la tumbona y se llevó la rodillas al pecho—  
Siento no haberte contestado ayer.

—No pasa nada... —respiró fuerte— En eso quedamos, ¿no? No siempre vamos a poder hablar cuando queramos.

—Si... bueno, es sólo que... —apoyó el codo en la rodilla y se sujetó la cabeza con la mano.

—¿Qué?

—No, nada...

—¿Qué?, Marina...

—Que quería oír tu voz... —inspiró profundamente— Llevaba un día sin verte y quería oír tu voz.

Lorenzo se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las piernas

—Yo también quería oírte.

—Ya...

Se hizo un breve silencio. Ambos estaban dándose cuenta de que no les iba a resultar tan fácil, como en un principio habían pensado que sería, manejar lo que fuese que eran. Lo que fuese que tenían.

—¿Qué vas a hacer el fin de semana?

—Lorenzo... No deberíamos hablar de esto.

—Ya lo sé... Es sólo que echo de menos pasar una noche contigo...

—se levantó y echó a andar por la grada hacia el final del campo sin un rumbo fijo.

—Cuando tenga la posibilidad de pasar un día fuera te avisaré, ya lo sabes. Hoy voy a pasar el día con mi marido y mañana es el cumpleaños de Daniel, mi socio. Tiene un velero y todos los años nos vamos a comer a las Islas Cíes.

—¡Ah!, parece un buen plan.

—Sí. Todavía no es temporada alta y no hay muchos barcos fondeados en la playa. Solemos comer a bordo y después bajamos a la isla con los niños. Es un buen plan, sí que lo es. Y tú, ¿qué?

—Pues yo llevaré a mi hijo al cine esta tarde con un par de amigos más y mañana aprovecharé para poner un poco de orden en el despacho de casa. La verdad, es que lo tengo manga por hombro. Ya ves, yo no tengo ningún plan tan glamuroso como el tuyo, ¡jajaja!

—se pasó la mano por el pelo y apretó los labios levantando la mirada— ¿Comemos el lunes?

—El lunes no sé si podré... —se levantó de la tumbona y caminó en círculos por la terraza nerviosa— Tendría que confirmártelo esa mismo día.

—No importa. Si puedes venir será perfecto. Si no, lo dejamos para otro momento... ¿Para el martes? ¡Jajaja!

—¡Lorenzo!

—¿Quéééé? ¿Qué pasa? Quiero verte... y quiero... —se giró para asegurarse de que nadie le escuchaba— Bueno, ya sabes lo que quiero...

—Pues no... No lo sé. —usó un tono de voz cándido a propósito.

—Marina... Quiero follarte hasta que no puedas andar... Hasta que no puedas hablar... y hasta que no sepas ni como te llamas... Sintió que se le hacía el vacío en el estómago y que su clítoris latía bajo sus braguitas.

—Lorenzo... —se humedeció los labios— El lunes te llamo.

18 de junio, domingo.

10:41h

Marina salió al jardín detrás de su padre.

—¿Papá, has cogido tú la nevera pequeña? ¿la de las bebidas?

—Sí... Dile a tu madre que ya la he guardado yo. —abrió el portón de su Volvo— a ver, ¿qué más falta? —se volvió hacia ella— Dile que espabile, que Daniel ya está en el muelle con todo listo.

—¡Ya vamos! Vete sacando el coche, que sólo nos falta envolver la tarta. —se giró hacia su marido que venía detrás con una bolsa de toallas— Mételas en el maletero y dile a los niños que se pongan los cinturones que en dos minutos salimos.

—Esta bien, mi amor. —le dio un beso en la mejilla al pasar por su lado— Mmm... ¡huele a piña colada!

Marina entró de nuevo en la cocina para ayudar a su madre.

—Papá dice que Daniel ya está en el barco. Que apuremos. —cogió el papel de aluminio para terminar de tapar la tarta y se fijó en que uno de los números estaba medio borrado. Usó el tubo de chocolate para dibujar de nuevo el contorno— Así... ¡sesenta y seis! —dijo en alto chupando una gota de su dedo.

Teresa se acercó y echó un vistazo al diseño. Se quedó contemplando la tarta absorta con la cabeza en otro sitio.

—Mamá... ¿mamá? —Marina le pasó la mano por delante de la cara para llamar su atención.

—¿Eh?... —reaccionó— Perdona, hija. ¿Qué decías?

—No... yo nada... que ya está todo listo... que papá está refunfuñando porque Daniel ya está esperando.

—¡Pues que espere! ¡Qué esperen los dos! —tiró el paño de cocina contra la mesa torciendo el gesto.

Marina la miró desconcertada.

—A ver... —continuó— deja que la metamos en este tupperware para que vaya más protegida. —se quedó viéndola de nuevo antes de colocarle la tapa. Al fin suspiró y la cubrió— ¡Cómo pasa el tiempo!...

Aún me parece que fue ayer cuando entró en la oficina de tu padre para abrir



una cuenta. Tenía sólo 19 años. Era un crío... —guardó un pareo y un bote de crema solar en su cesto, cogió las llaves y salieron de casa.

Llegaron al puerto deportivo de Baiona, aparcaron los coches y bajaron al pantalán.

Susana y Alberto ya estaban con Daniel a bordo del barco. Lidia estaba en la cubierta chateando por en móvil con sus amigas.

Bajaron a recibirles para ayudarles con las bolsas.

—¡Hola, chicos!

—¡Hola, tito Daniel! ¡Feliz cumpleee! —Teo corrió por la pasarela a darle un beso.

—¡Ten cuidado, Teo! —gritó Marina— ... un día vas al agua de cabeza...

—¡Hola, Daniel! Nos hemos retrasado un poco... —Antonio le saludó con unas palmaditas en el brazo— ¡Feliz cumpleaños, hombre!

—¡Gracias, Antonio! Dame, que te ayudo con las neveras. —estiró el brazo para coger uno de los bultos— ¡Jesús!... ¿pero qué traéis aquí? ¿Comida para un ejército?

—Bah... ya sabes... Teresa, que nunca tiene bastante. —se agarró a la cuerda para subir a bordo— No paraba de meter cosas.

—¡Jajaja!... Si bueno, no la vamos a cambiar ahora. —salió hacia la acera para ayudar a Marina y a su madre.

—¡Hola, Susana! ¿Qué tal, Alberto? —Marina dio un beso a su hermana y a su cuñado— Ernesto, ¿coges la bolsa con las gafas de bucear de los niños?

—Voy... —cerró el coche y cogió a Martina de la mano llevando la bolsa en la otra.

En cuanto Martina llegó a su altura se soltó de la mano de su padre y se colgó del cuello de Daniel para darle un beso.

—¡Holaaa, titoooi ¡Feliz cumpleee!

—¡Hola, pequeñajaaaa!... Sube, corre, que tengo una sorpresa para vosotros arriba.

—Los mimas demasiado —dijo Marina sacudiendo la cabeza esperando a su madre.

—¿Y qué quieres? Si no tengo mis propios nietos a alguien tengo que mimar.

—Vamos, mamá. Que ya estamos todos. ¿Te ayudo?

—Deja, ya voy yo. —Daniel se adelantó para ayudar a Teresa a cargar con la tarta.

—¡Hola, Daniel! ¡Feliz cumpleaños! —le dio un beso y el la abrazó cariñoso devolviéndoselo.

—Gracias, Teresa. Mmmm... ¡Estoy deseando probarla! Sabes que no tienes por qué hacerla y pasar tanto trabajo.

—Ya... pero resulta que me gusta hacer tu tarta todos los años. Las de las pastelerías no saben igual. ¡Venga, vamos!

—¡Jajaja! Sí, señora. ¡A sus órdenes!

—No discutas con ella, Daniel —dijo Ernesto negando con la cabeza —, ya sabes como son de tercas todas las mujeres de esta familia. —cogió a su mujer por los hombros y la zarandeó con una sonrisa burlona.

—Oye... ¡Te voy a dar yo a ti lo terca que puedo ser! —Marina le dio una palmada en el culo por encima de las bermudas y Ernesto le revolvió el pelo dándole un beso en la frente.

—¡Ay, qué dos!... por favor... vaaamos... que a este paso no salimos ni mañana. —sentenció Teresa, adelantándose.

El “Tiamat” era un velero grande, de unos diecisiete metros de eslora. Tenía capacidad para alojar a unas ocho personas en cuatro camarotes y Daniel lo había comprado hacía unos diez años. Antes había tenido otro más pequeño, el “Ventus”.

Tanto él, como Antonio, Ernesto y Marina poseían el título de Patrón de Yate y solían salir todos los veranos durante varios días a navegar por las costas gallegas y portuguesas. Bajaban hasta el Algarve y la Albufeira con los niños y a veces con algunos amigos. Ricardo y su mujer se les habían sumado en alguna que otra ocasión.

Acercarse a las impresionantes Islas Cíes, apodadas por Ptolomeo como las Islas de los Dioses, era otra de las visitas obligadas para ellos todos los años.

La belleza natural y salvaje del conjunto formado por las tres islas, Monteagudo, la isla del Faro y San Martiño, no podían compararse con nada.

Se levantaban espectaculares, flanqueando y custodiando la Ría de Vigo con la fantástica playa de Rodas en su interior, bautizada por muchas publicaciones con el título de “la mejor playa del mundo”.

A Marina le encantaban. Las conocía como la palma de su mano. Corría por el arenal de Rodas y de Figueiras, menos conocida y más tranquila, desde que era pequeña con su hermana y sus padres y aunque el agua cristalina estaba siempre helada a ella no le importaba. Podía jugar durante horas sumergida con sus gafas de buceo y sus aletas sin notar el frío.

Terminaron de comer y se relajaron en la popa para continuar con la sobremesa.

Los niños jugaban con los ganapanes sentados en el borde de la trasera, mojando los pies y los mayores terminaban la tarta y los cafés charlando y tomando el sol.

—Oye, mándame al mail entonces los impresos para cubrirlos y hacer la solicitud del campamento de inglés para los niños. ¡No vaya a ser que nos quedemos sin plaza! —dijo Ernesto a su cuñada.

—¿Entonces, los mandáis este año? —dijo Alberto

—Pues ya lo hemos hablado con ellos y han dicho que sí, que quieren ir. Así que vamos a probar este curso a ver que tal —respondió Ernesto.

—Bueno... a ver... no sé... —Marina se colocó boca abajo en la toalla — Es mucho tiempo Ernesto... y son muy pequeños... ¿No prefieres esperar un año más? —le tendió el bote de crema para que le echase en la espalda.

—Mujer... —Ernesto quitó el tapón y le embadurnó la piel con la loción— Ya lo hablamos. Cuanto antes vayan, antes aprenderán. Van a cumplir diez años... y estarán con su prima, no van a estar solos.

—Ya... Pero Irlanda está muy lejos. —levantó la cabeza y se sacó las gafas de sol mirando a su hermana.

—Marina, no pasa nada. —la tranquilizó Susana— Lidia siempre va encantada. Van a estar juntos, y estas cosas de los idiomas ya sabes... cuanto antes empiecen mejor.

—Sí, eso está claro —dijo Antonio—. El inglés, hoy en día, es básico para todo. Y teniendo esta oportunidad. Es una escuela muy buena.

—Y total, son cinco semanas... Tampoco es tanto tiempo —siguió Ernesto—. Ellos quieren ir y se lo van a pasar fenomenal, ya lo verás. ¿Qué les va a pasar? —terminó de frotarle la crema y se inclinó dándole un beso en la sien— No seas agonías.

—Está bien, —suspiró y bajó la cabeza tapándose con el sombrero de rafia— no puedo pelearme con todos vosotros.

18:23h

Bajaron a la playa y acamparon cerca de la orilla para vigilar a los niños que jugaban en el agua.

—Voy a caminar un rato, ¿vienes, hija?

—Ah... pues sí. Espera que cojo el sombrero. —se puso más crema en la cara y se colgó el móvil del cuello con la funda impermeable— ¿Vienes, Su?

—Ay... no... —se revolvió en la toalla— Creo que voy a echar una siesta, id vosotras.

—Ernesto... Echadle un ojo a los niños que vamos a dar un paseo.

—Sí... tranquilas... ya nos quedamos nosotros pendientes. —se acercó a ella y le dio un beso en los labios— Mmmm... Sigues oliendo y sabiendo a piña colada... Estás deliciosa, ¿quieres que te coma esta noche también? —susurró en su oreja.

—¡Ernesto! —le miró con reprobación.

—¿Qué pasa? ¿No puedo darle un beso a mi mujer?— la sujetó por la cintura y la atrajo hacia él— Estás muy sexy con ese biquini.

—Ya... anda...

—¿Vamos, hija?

—Voy mamá, ya voy... —le devolvió un beso fugaz y fue con su madre.

Caminaron por la orilla mojándose los pies y sintiendo cómo la arena masajeaba sus plantas proporcionándoles una sensación muy relajante.

Su madre hablaba y ella asentía como interesada en la conversación, pero en realidad su mente estaba muy alejada de allí.

Pensaba en Ernesto y en cuanto le quería. Habían estado todo el día juntos, la había llevado a comer a un sitio precioso y habían hecho el

amor toda la noche, despacio, sin prisas, sintiendo el cariño y la ternura en cada beso, en cada caricia y en cada palabra.

Después, pensaba en Lorenzo y en las locuras que habían hecho. Las fronteras que había pasado con él. Sus besos desesperados, sus caricias abrasadoras y sus palabras llenas de pasión y lujuria.

Estaba subida en una montaña rusa y no sabía como bajar.

Y lo que era peor... no quería bajar.

—Marina, ¿estás bien?

—¿Qué?... sí, sí...

—Ven, vamos a sentarnos que estoy un poco cansada.

Subieron hacia el pinar y se sentaron sobre los pareos un rato a la sombra.

—¿Seguro que estás bien? No has comido casi nada y yo creo que has adelgazado un poco. ¡Hija, te estás quedando en los huesos!

«Ufff... no me extraña, con tanto movimiento últimamente... joder...».

—Estoy bien, mamá. No me pasa nada. Tranquila.

—Marina, —le cogió la mano y le giró la cara— cariño, ¿sabes que puedes contarme cualquier cosa verdad? ¿Va todo bien?

—Sí, claro mamá. Pero no me pasa nada... de verdad... está todo bien. —sonrió cogiéndole la mano— No sé por qué lo dices.

—Porque soy tu madre, Marina... porque soy tu madre.

19 de junio, lunes.

16:26h

—He estado haciendo algunas averiguaciones sobre tu amigo, el poli. Pregunté a los compañeros que llevan los sucesos en la redacción.

—¿Ah, sí? —levantó ligeramente la cara hacia él acariciándole el pecho con la mano.

—Sí. Por lo visto llegó a Vigo hace un par de años, desde Madrid y por lo que comentan es muy bueno en su trabajo. —le besó el pelo recolocándole los mechones despejándoselos de la cara— Pero también tiene fama por su mal carácter.

—Si, ya... Eso no hace falta que lo jures —le interrumpió Marina.

—Y por ser un Don Juan... ¡Por lo visto tiene muchas fans entre el público femenino!

—Lo que yo te diga, Lorenzo... ¡Es un chulo y un macarra! —se incorporó apoyando el codo y apartando la sábana para levantarse— Más le vale tener la boca cerrada... Conmigo no le valen esas chulerías que emplea con las otras... ¿Qué se ha creído? ¿Qué iba a caer rendida a sus pies? —salió de la cama y se recogió el pelo en una coleta— ¡Dios, qué asco! ¡Es todo lo que detesto en un hombre! —entró en el baño— Tenías que haberle visto... delante de la puerta... mirándome con esa sonrisita... “¡todos tenemos secretos!”, dice... el muy imbécil...

—Bueno, supongo que es un tío duro, acostumbrado a salirse con la suya y a que todas las mujeres estén locas por él.

—Ya... Pues conmigo va listo, el gilipollas ese.

—Y no le culpo... ¡Tener a una mujer como tú, al lado, desconcentra a cualquiera! —la siguió hasta el baño y se acercó por detrás cogiéndola por la cintura, bajando la palma de la mano hacia abajo, hundiéndola entre sus piernas— Yo no he podido resistirme a tus encantos... así que le entiendo perfectamente... ¡jajaja!

—Mmmm... —se giró hacia él y se sentó en el lavabo separando las piernas y entornando los ojos— sí... ya... —le atrajo hacia ella rodeándolo por la cintura con los talones— tú, sí que me

desconcentras... —le cogió por el cuello y le besó en la boca enredando los dedos en su pelo ondulado, sintiendo su polla contra el vientre.

—Joder, pequeña... ¡Ya estoy empalmado otra vez! —la cogió por la cadera y la empujó con ímpetu penetrándola hasta el fondo en un solo movimiento.

Marina gimió y echó la cabeza hacia atrás dejando los pechos a su merced. Lorenzo comenzó a embestirla mientras la sujetaba con fuerza con un brazo.

Pasaba su lengua por sus pezones mordiéndolos y succionándolos, agarrándola con fuerza por el cuello para poder penetrarla cada vez más profundamente.

—Ohhh... Diosss... —levantó las piernas asiéndose más a él— Vas a hacer que me corra otra vez... cabrón... ahhh... —se agarró a sus potentes hombros para mantener el equilibrio.

—Sí... sí... pequeña... córrete... córrete para mí... —pasó la lengua por su cuello hasta llegar a sus labios y respirar en su boca jadeante — Te dije que iba a follarte hasta que no pudieses andar... —siguió embistiéndola más fuerte, agarrándola por el pelo y mordiéndole el labio con furia— Vamos... ¡vamos, Marina!... cruza... ¡cruza conmigo!

—Ahhh... ahhh... —le clavó las uñas en la piel y explotó gritando palabras incoherentes, temblando, completamente aturdida— ¡Diossss!... Lorenzoooo...

—Marina... joder... —jadeó profundamente y empezó a tensarse clavándole los dedos en la carne penetrándola con más agresividad— ... ¡hostia puta!... —se tensó de nuevo eyaculando en su interior, sintiendo las contracciones de su orgasmo estrujar su miembro hasta vaciarlo por completo.

Se abrazaron intentando recuperar el aliento y la normalidad en sus pulsaciones.

Sus cuerpos sudorosos y sensibilizados al máximo por los orgasmos tan potentes que acababan de experimentar se negaban a volver a su estado normal, obligándoles a permanecer estrechados, jadeando durante varios minutos más.

—Joder, Lorenzo... joder...

—Shhh... ¿qué?, pequeña... ¿qué?... ¡jajaja! Te lo dije... —le sujetó la cara con ambas manos y la besó en la frente— Te avisé... No vas a poder dejarlo... Voy a follarte todo el rato... Tanto si quieres, como si no.

Y la verdad, era que no sabía como seguiría haciendo eso. Pero Lorenzo tenía razón en una cosa. No iba a poder pararlo... porque no quería terminar.

Se sentía demasiado viva. Demasiado poderosa. Demasiado empoderada para renunciar a toda esa catarata de sensaciones que la invadían a lo largo del día.

Le gustaba hacer el amor con su marido, pero también le gustaba hacerlo con Lorenzo.

Deshacerse y descarnarse de esa forma le provocaba encontrarse con su lado animal. Con su lado profundo, salvaje y escondido.

Le asustaban las consecuencias de su decisión, pero le asustaba más no llegar a saberlo nunca y vivir con la duda, con la incertidumbre y con la idea de haberlo hecho a medias.

«No puedo dejarlo... no quiero...».

«Todavía no...».



17 de julio, lunes.

15:21h

—¿Por qué no puedes quedarte un rato más?

—Porque no. Ya te lo he dicho. Tengo que trabajar. Estamos en plena campaña de rebajas y tengo a los clientes como locos apurándome con cosas para ayer. —Marina dejó la servilleta a un lado y bebió un poco de agua— No puedo dejar a los chicos con todo el marrón. —se levantó recogiendo el bolso de la silla y colgándoselo al hombro.

—Está bien... ya me lo has dicho... sí... —Lorenzo se levantó y puso un par de billetes en el plato de la cuenta. Cogió su móvil y sus gafas de sol y se puso a su vera, agarrándola por la cintura— ¡Con lo bien que lo íbamos a pasar esta tarde! —le susurró al oído.

—¡Que te he dicho que no! —le miró con una expresión cortante— ¡Joder!...

—Ehhhh... —la soltó y levantó las palmas de las manos dejándola pasar delante— Vale, vale... tranquila... —accionó el mando para abrir el coche— No vayamos a molestar a la señorita... —se puso las gafas con el gesto serio y entró en el vehículo— ¿Vas a subir o no? —se inclinó para verla desde la puerta.

—Pues la verdad, no lo sé... —se colgó del marco— normalmente no me subo al coche de los tíos que se mosquean porque les llevan la contraria.

—¡Joder!... lo que hay que oír... —Lorenzo entornó los ojos chasqueando la lengua— ¡Sube de una vez!... que se te hace TAR-DE. Marina se sentó en el asiento del copiloto y se puso las gafas de sol. Cruzó los brazos y giró la cara hacia la ventanilla apretando los labios con un gesto de disgusto evitando mirarle.

Lorenzo arrancó y realizaron el trayecto en silencio y sin mirarse.

—Bueno, pues ya estamos. —aparcó detrás de su Giulietta y paró el motor, mirándola a través de las gafas con una expresión fría— Estoy empezando a estar un poco harto, ¿sabes?

—¿Ah, sí?

—Sí, Marina. Sí. —abrió la puerta y salió fuera apoyando los brazos en el techo.

Marina salió también y se colocó en la misma posición frente a él intentando descifrar sus emociones sin conseguirlo.

Lorenzo estaba muy cabreado.

—Para mí tampoco es fácil, ¿sabes? Estoy mintiéndole a mi marido todos los días.

—Ya... pero siempre soy yo el que espera por ti. El que cambia todos sus planes para estar contigo. El que te suplica media hora más para verte... ¡joder! —dijo un puñetazo a la carrocería.

—¡Pues perdona por no saber cómo va esto de ser infiel! —se subió las gafas a la cabeza— ¡Por poner toda mi puta vida patas arriba y no ser capaz de llevarlo mejor! —gritó— ¡Perdone usted, por no saber hacerlo tan bien como tú!

La fulminó con la mirada.

—¿No tenías tanta prisa? —salió de su posición, dio un portazo y se sentó en el capó de su Mercedes con los brazos cruzados.

—Lorenzo, esto es una estupidez... —cerró la puerta y caminó hacia su coche parándose a su lado— Estás comportándote como un niño pequeño, —lo abrió con el mando a distancia— y no te voy a aguantar estas tonterías...

—No, no... tranquila. —levantó sus gafas de sol hacia la cabeza también y se sujetó la barbilla con la mano adoptando una pose interesante— Si lo entiendo mujer, pero a partir de ahora vas a venir tú.

—¿¡Qué!?! —se giró hacia él achicando los ojos— ¡¡No!!

—¿¿No??... —se bajó las gafas de la cabeza colocándoselas con cuidado en el bolsillo de la camisa vaquera que llevaba puesta, cruzando de nuevo los brazos y acomodándose mejor sobre la carrocería de su Coupé— Está bien. Ya lo veremos.

—¡Eres un crío! —echó a andar con la cara roja de la ira. Abrió la puerta de su coche de un tirón y se paró en seco. El corazón le latía a mil por hora y sentía palpar la sangre en sus sienes.

«Diossss... me vuelve loca... ¡será cabrón!...».

Sacudió los brazos con fuerza cerrando los puños. Dio la vuelta caminando de nuevo hacia él. Dejó caer el bolso al suelo y se lanzó a por sus labios besándole con violencia, con ira y con rabia. Los ojos le escocían por las ganas que tenía de llorar y de gritar.

Lorenzo la cogió por el cuello y la separó un poco.

—¿Lo ves? —le mordió el labio inferior— Te dije que vendrías. —volvió a morderla y a besarla profundamente respirando en su garganta. La giró y la tumbó en el capó del coche.

Marina se aferraba a él sintiendo su aliento y su perfume envolviéndola.

—Perdóname... perdóname, Lorenzo. —siguió besándole con urgencia y comenzó a llorar.

No podía estar sin ese hombre.

Sólo de pensar en no volver a verle le faltaba el aire.

Estaba totalmente perdida sin él.

—Lorenzo...

—Dime, pequeña...

—Lorenzo, llévame a Casa Catalina.

16:32h

—Si quieres que pare sólo tienes que pedirlo, ¿de acuerdo?

—Sí... de acuerdo... —temblaba de la excitación a la que la sometían estos juegos.

Estaba tumbada en la cama boca arriba, completamente desnuda. Lorenzo le había atado las manos al dosel con los cinturones y la había chupado, lamido y estrujado hasta que ya no podía más. Tenía el pecho rojo de la excitación y respiraba con dificultad. Su sexo estaba empapado y pedía casi a gritos que la dejase terminar.

—¿Sabes? —se subió a la cama y se colocó encima de ella frotándole el pene hinchado y duro por su vientre arriba y abajo— Todavía no he decidido por dónde te la voy a meter hoy... Mmm...

—Ohhh... Lorenzo... —se mordió los labios tirando de los brazos sin conseguir liberarse— No me hagas esto... —gimió— ¡Decídate ya!... ¡por favor!... fóllame por dónde quieras... —gimió de nuevo— ¡Pero fóllame!...

—Mmmm... me encanta, pequeña... me encanta que me lo pidas... vamos a ver que tenemos por aquí... —metió su mano entre las piernas y tocó su clítoris hinchado y palpitante.

Jugueteó con sus dedos introduciéndolos primero en su vagina y después en su trasero volteándolos arriba y abajo proporcionándole un torrente de sensaciones y llevándola al límite.

—Ya sé por dónde te la voy a meter. —sacó la mano de su interior y se colocó encima de ella. Le aflojó las hebillas de las manos y la soltó — Te voy a follar esa boquita preciosa que tienes y luego me voy a correr en tus tetas... ¿eh? ¿qué te parece?

—Me parece perfecto... mmm... —se frotó las muñecas mientras se incorporaba para coger su polla y metérsela en la boca— pero...

—¿Pero qué?

Bajó de la cama y se arrodilló en el suelo.

—Lorenzo... quiero que te corras en mi boca... —le agarró la cabeza por detrás, metiendo los dedos entre sus ondas, besándole profundamente, paseando su lengua por el interior de sus labios— quiero saborearte... todo.

—Joder, Marina... —adelantó las caderas y su pene latió ante la propuesta que acababa de escuchar— ¡ufff!... ¡me vuelves loco!... ¡me vuelves loco, preciosa!...

Marina bajó y se concentró en la enorme polla que tenía delante. Le encantaba chuparla, lamerla y succionarla. Se empleó a fondo, introduciéndosela cada vez más al fondo, hasta que los ojos le lloraban de la profundidad que alcanzaba en su garganta. Le lamió también los testículos mientras se la acariciaba con la mano arriba y abajo.

Lorenzo la cogió por la cabeza y hundió los dedos en su cráneo masajeándolo y adecuando el ritmo a los movimientos de Marina.

—¡Ufff!... joder, pequeña... joder... —entornó los ojos y su respiración se hizo más ronca e irregular.

Marina apuró instintivamente sus movimientos, utilizando la lengua para darle más placer. Se le formaba un hilo de saliva que resbalaba por la comisura de sus labios y mojaba sus testículos. La imagen era de lo más sensual.

Lorenzo ya no podía más.

—¿Estás segura?... ohhh... —gimió— ¿Estás segura de que lo quieres?... Estoy a punto de correrme...

—Sí... Estoy segura... —se apartó para hablar y enseguida volvió a introducirla hasta la garganta.

La agarró por el cuello y se balanceó un par de veces hasta que jadeó profundamente, corriéndose en su boca y llenándose por completo con su esperma.

Marina continuó chupando hasta que las caderas de Lorenzo dejaron de corcovear y su polla dejó de escupir semen. Se lo tragó todo, sintiendo lo espeso y caliente que era. Le lamió el glande y le besó la punta antes de incorporarse.

—Joder, Marina... joder... —la subió y la sentó a horcajadas encima de él— Ven aquí, preciosa.

Todavía tenía la polla dura después de semejante espectáculo. La cogió con la mano y la dirigió hacia su entrada dejándola resbalar en su interior. Entró suave y perfectamente lubricada. Marina sintió un latigazo en su columna y se tensó. Lorenzo le chupó los pezones y se

los mordisqueó haciéndola botar arriba y abajo clavándole los dedos en la piel.

—Córrete, Marina... córrete... ¡quiero ver cómo te corres!... quiero verlo.

Marina ya no podía más. Todavía tenía el sabor salado del semen en la lengua y estaba a punto. Tan sólo le faltaba un poco más de acción.

—Lorenzo... ahhh... Lorenzo... —jadeaba en su oído revolviéndole el pelo con las manos.

—¿Qué?... ¿Qué quieres, Marina?

—Lorenzo... yo...

Lorenzo la separó mirándola con sus ojos oscuros, abrasándola y haciéndola temblar.

—¿Qué quieres, Marina?... ¡dímelo!... vamos.

—Quiero que me azotes... ¡quiero que me azotes en el culo con tu palma! —hundió la cabeza en su cuello botando más despacio. Ahora quería disfrutar el momento.

—Ohhh... mi pequeña... eres increíble... —le separó la cara y la atrajo hacia él mordiéndole el labio a la vez que con su mano le propinaba una sonora palmada en una de sus nalgas.

—Ahhh... —se tensó y jadeó— Otra.

Volvió a descargar la mano contra su piel, esta vez más fuerte.

—Mmmmm... sí... sí... más... —gimió— más...

La hizo botar encima de su polla mientras la palmeaba con la mano una y otra vez, hasta que el orgasmo la alcanzó transformado en una gran bola de fuego que se expandió por todo su cuerpo dejándola sin aliento.

—¡Dios mío!... —jadeaba sudando con la piel enrojecida— Joderrr... Joderrr... Lorenzo... ¿Qué me has hecho?

Lorenzo la abrazaba acariciándole la espalda y retirándole los mechones sueltos que la tapaban dándole calor.

—Shhh... Tranquila... Tranquila, pequeña. Estoy contigo.

Continuó abrazándola y acunándola mientras calmaba su respiración irregular y su pulso volvía a su ritmo normal.

—III—

"A veces hay que seguir  
como si nada,  
como si nadie,  
como si nunca."

Frida Khalo

20 de julio, jueves.

10:18h

Cristina se acercó a la sala de reuniones.

—Perdón... ¿Marina?

—Dime, Cris... —levantó la vista hacia su asistente.

—Tienes una llamada de tu padre.

—¡Ah! —giró la muñeca consultando el reloj— Dile que en un rato le llamo yo.

—No, Marina. Tienes que cogerlo. Está por la línea dos.

—Está bien, voy. Perdonadme un momento, chicos. Enseguida vuelvo —dejó los bocetos encima de la mesa y salió hacia su despacho.

«Si hablé ayer con él... ».

Rodeó la mesa y descolgó el auricular pulsando el botón parpadeante de la centralita.

—¡Hola, papi! Dime.

—Marina, hija... —su voz sonaba apagada— Es mamá... —hizo una pausa y respiró— Se ha muerto mamá... —comenzó a sollozar— Se ha muerto, Marina... se me ha muerto mamá...

—¿¿Quéee?? —el suelo comenzó a tambalearse bajo sus pies— Papá... ¿qué estás diciendo? —trastabilló hacia atrás sujetándose al borde de la mesa para no caer. Fue escurriéndose despacio en el sillón con la mano en la frente.

—Salí a correr... como todas las mañanas... —hablaba entrecortadamente— y al volver a casa no la encontré en la cocina... la llamé y no me contestó... subí al dormitorio y me la encontré en el suelo... al lado de la cama...

—Pero, papá... —se llevó la mano a la boca temblando— ¿Cómo que en el suelo...?

—Sí... Estaba allí, inmóvil. La zarandeeé pero no respiraba... ya no respiraba... ohh... ¡Dios mío!... Marina... Marina. —rompió a llorar de nuevo— Llamé al 061 y enseguida llegaron... pero ya no pudieron hacer nada... lo intentaron... pero no pudieron...

—Papá... papá... —comenzó a hipar.



—Están aquí todavía, conmigo... me han dicho que ha sido un infarto... no sé hija... no sé... no sé qué hacer...

—Enseguida voy, papá...

—Espera... la doctora quiere hablar contigo.

—¿Hola? —una voz de mujer sonó al otro lado.

—Hola, si...

—¿Es usted la hija de Teresa?

—Sí, sí... —cogió aire— Soy Marina, su hija mayor.

—Soy la doctora Domínguez. Bueno, ya se lo ha explicado su padre. Lamentablemente no hemos podido hacer nada. Cuando llegamos estaba en parada cardiorrespiratoria. Iniciamos las maniobras de reanimación sin éxito... No ha sido posible... Lo siento... Hemos consultado su historial clínico y con sus antecedentes no veo necesario realizar ningún examen más. Ya he firmado la defunción como un infarto agudo de miocardio como la causa del fallecimiento. Marina respiró tratando de asimilar toda la información.

—Entiendo. Pero... Se había hecho una revisión completa en el cardiólogo hace menos de dos meses... Estaba bien... Incluso le bajó la medicación... No lo entiendo...

—Bueno, a veces estas cosas pasan sin que sepamos realmente el desencadenante.

—Sí... supongo que sí... —se pasó la mano por la cara— Voy para ahí.

—Sí, será lo mejor. Su padre está con una de las enfermeras tomando una tila y le hemos dado un ansiolítico para tranquilizarle un poco... El pobre está muy nervioso. Si no tarda mucho, podemos esperar con él, hasta que usted u otro familiar llegue.

—Sí, sí. Ahora mismo salgo. En veinte minutos estoy ahí. Páseme con mi padre, por favor.

—Está bien. Hasta ahora.

—Marina... hija...

—Escucha, papá. —trató de parecer entera— Tranquilo, ¿vale? —su voz sonó algo quebrada pero firme— Voy ahora mismo. Enseguida estoy contigo. Voy a llamar a Susana... —flaqueó de nuevo.

—No, Marina. Yo la llamo. No quiero que lo hagas tú. No pases por eso. —volvió a sollozar— Yo se lo digo, no te preocupes.

Colgó con la sensación de que el mundo pasaba a cámara lenta.  
Cogió su iPhone de la mesa y abrió la pantalla.  
Había tres llamadas perdidas de su padre.

«Ohh... papá...».

Intentó aguantar las ganas de llorar.

«¡Tengo que ir a casa!».

Cogió su bolso y salió del despacho.

—Chicos... —dijo con la voz temblorosa— Tengo que salir... mi madre... acaba de fallecer...

—¡Oh! ¡Dios mío, Marina!

Cristina la abrazó y Elena y Santiago se acercaron a ella consternados, abrazándola también.

—Tengo que irme. Mi padre está esperando y tengo que verla... Antes de que se la lleven... Ya llamaré con lo que sea... —se soltó del abrazo y salió al rellano. No quería llorar. Quería llegar a su casa. Entró en el ascensor y llamó a Ernesto pero tenía el teléfono apagado.

«¡Mierda!... seguro que está en sala».

Le escribió un WhatsApp.

### **Marina\_10:32**

Llámame cuando puedas.  
Es urgente. Es mi madre.

En cuanto pulsó la tecla de enviar las lágrimas comenzaron a agolparse de nuevo en sus ojos intentando salir.

«Joder... no... tengo que llegar a casa...».

Miraba hacia arriba tratando de coger aire y de evitar que rodasen.

Salió a la calle sorbiendo los mocos, intentando permanecer entera. Respiraba con dificultad y el sol la deslumbraba. Buscaba las llaves a tientas en el bolso intentando recordar donde tenía aparcado el coche al tiempo que caminaba calle arriba.

Veía borroso y estaba desorientada.

—¡Hola, Marina! ¡Buenos días!

Sergio bajaba hacia la tienda.

Se medio tropezó con él. No escuchaba y no veía. Todo flotaba en una nebulosa.

—Qué...

—Marina... ¿estás bien? —se paró frente a ella extrañado.

—Yo... no... —le miró y las piernas dejaron de sostenerla.

Sergio se dio cuenta y la sujetó con fuerza antes de que se fuese al suelo.

Ella se aferró a sus brazos derrumbándose y rompiendo a llorar.

—Marina... ¿qué te pasa? —la izó apretándola fuerte contra su pecho— Por favor, ¿qué pasa? —su voz se tornó angustiada.

—Se ha ido, Sergio... se ha ido... —balbuceaba— Mi madre se ha ido...

—¡Dios mío, Marina!... —la abrazó con más fuerza intentando consolarla.

—Tengo que ir... mi coche... —intentó zafarse— Tengo que coger mi coche...

—De ninguna manera. Tú no vas a conducir. Yo te llevo.

—No, no... no pasa nada... yo puedo...

—No, Marina. No estás en condiciones. Vamos en el mío. Está aquí mismo.

Marina no discutió más. Se dio cuenta de que Sergio llevaba razón. Estaba demasiado alterada para ponerse al volante. Sólo quería llegar cuanto antes y abrazar a su madre por última vez.

—Perdona el desorden, —lanzó una botella de agua y unas revistas arrugadas a la parte de atrás— es que normalmente voy solo. No suelo llevar a nadie.

—No te preocupes. No pasa nada.

Un par de trajes de neopreno salpicados de arena y dos pastillas de parafina a medio gastar se amontonaban en el asiento trasero. Olía a salitre y a protector solar.

—Es en Monteferro. ¿Sabes llegar?

—Sí, tranquila. Conozco la zona. Voy mucho a surfear a Patos.

—Claro... —asintió con la cabeza intentando simular una media sonrisa.

—No te preocupes. Tranquila. —le acarició el brazo— Enseguida llegamos, ¿vale? —se puso las gafas de sol y arrancó.

Volvió a llamar de nuevo a Ernesto pero el teléfono seguía apagado. El labio comenzó a temblarle. Intentaba contener las lágrimas pero estas empezaron a rodar por sus mejillas. Lloraba en silencio sin poder reprimirlas. Se limpiaba con el kleenex pero no era suficiente. Lo tenía empapado en lágrimas, mocos y marcas negras de rímel. Buscó otro en el bolso.

Sergio la miraba con tristeza y le acariciaba el brazo o la pierna cuando paraban en algún semáforo intentando consolarla.

Llegaron a la cuesta y subieron a la urbanización.

—Es aquí.

Marina se fijó en que el Mercedes de Daniel estaba aparcado fuera.

«¡Dios mío, Daniel!... menos mal que has llegado...».

Sergio bajó y le abrió la puerta, ayudándola a salir.

—Gracias, Sergio. Eres muy amable. De verdad.

—No pasa nada, Marina. —le pasó el brazo por los hombros mientras se dirigían al portalón de la entrada— ¿Quieres que entre contigo?

—No. Ya has hecho bastante. —apoyó la cabeza en su pecho unos segundos y respiró hondo— Gracias. De verdad. Nunca olvidaré esto. Eres un buen chico. Ya hablaremos. Gracias otra vez. —le dio un beso en la mejilla y un último abrazo y entró en casa.

10:58h

Abrió la puerta despacio.

—¿Papá? ¿Daniel?

Su padre salió de la cocina con un pañuelo de papel arrugado en las manos. Daniel le acompañaba con el rostro totalmente desencajado.

—Marina... hija... —la abrazó y comenzó a llorar. Daniel se unió al abrazo y los tres lloraron durante unos minutos agarrados sin querer soltarse.

—¿Dónde está? —dijo limpiándose las mejillas y secándose las manos a sus vaqueros.

—Arriba. En su habitación. Los sanitarios la colocaron en la cama.

—Quiero verla.

—Está bien. Vamos.

Subieron las escaleras y su padre y Daniel se quedaron en el marco de la puerta.

Vilma estaba acostada en el suelo, sobre la alfombra, a los pies de la cama. Levantó la cabeza, lanzó un quejido al ver a Marina y volvió a apoyarla entre las patas.

—No quiere salir de la habitación. No quiere dejar a tu madre. Lleva todo el rato a sus pies. Casi le muerde a una de las enfermeras... —su padre comenzó a llorar de nuevo.

—Vamos, vamos, Antonio... —Daniel le abrazó llorando también. Marina se acercó a su madre despacio. Desde lejos daba la impresión de que estaba dormida.

Se sentó en el borde de la cama, a su vera.

Tenía una expresión de paz en el rostro pero la falta de tono y color delataba su estado.

Le pasó la mano por la mejilla. Todavía conservaba algo de su calor corporal.

Se inclinó para darle un beso y estalló en un llanto inconsolable.

—Mamá... mamá... mami... mami... —se quedó abrazada sobre ella hecha un mar de lágrimas.

11:33h

—Susana, salgo fuera un rato. A ver si consigo localizar a Ernesto y me da un poco el aire. —colocó la taza de su tita en el fregadero.

—Está bien. Sí, ve... —le frotó la espalda con cariño— Yo voy a ver a papá por si necesita algo. Creo que los de la funeraria no tardarán en llegar. Alberto ha vuelto a llamarlos.

Caminó por el jardín hasta el borde de la finca. Se sentó en el césped contemplando el mar y la silueta de las islas. Intentaba respirar hondo para llenar sus pulmones y aplacar la ansiedad que se había instalado en su pecho, pero apenas lo conseguía. El aire no le entraba.

Abrió la pantalla de su iPhone y comprobó que Ernesto seguía sin leer su mensaje.

Empezó a llorar de nuevo en silencio y con las manos temblando marcó otro número en su teléfono.

11:38h

—Quiero que abramos la portada con la noticia de las autopistas y con el traspaso del jugador del Celta.

—¡De acuerdo!, aviso a Gonzalo para que maquete los huecos.  
—Javier cerró la pantalla de su iPad.

—Está bien. Si después sabemos algo más lo subimos. ¿Qué más?  
—preguntó Lorenzo al resto del equipo.

—Bueno, —Camilo hizo un gesto con la mano— tenemos desplazada la unidad móvil que está en Doñana, cubriendo lo de los vertidos y por lo visto a los paisanos de allí nos le hace ninguna gracia que estemos husmeando... Yo creo que ahí hay tema.

—Hmmm... ¡de acuerdo! Que continúen unos días más a ver que nos traen. —su teléfono se iluminó y comenzó a sonar— Perdonad. Creí que lo tenía en silencio. —iba a apagarlo cuando vio el nombre de Marina en la pantalla y el corazón se le aceleró de golpe.

Ella nunca llamaba.

Era el pacto que tenían.

Siempre se mandaban un mensaje primero.

«Nunca llama...».

«Ha pasado algo... seguro».

—Disculpadme un segundo. Tengo que contestar. —se levantó del sillón y salió de la sala de juntas al pasillo.

Se apresuró a descolgar.

—¡Hola! Marina...

Lorenzo oyó una respiración entrecortada.

—¿Marina?... ¿qué pasa?... ¿estás bien?... ¿pequeña...?

—Lorenzo... se ha ido... —balbuceó entre lágrimas— ya no está... Lorenzo, ya no está... —comenzó a llorar desconsoladamente de nuevo.

—¿Quién no está?... —Lorenzo pegó el teléfono a la oreja y atravesó la redacción para salir a la calle— Marina, escúchame... ¿dónde estás?

—Mi madre... es mi madre, Lorenzo... —hipó con la voz completamente rota— ha muerto... esta mañana...

—¡Dios mío, Marina!... —se apoyó contra la pared llevándose la mano a la frente mirando al cielo— ¿Dónde estás? Voy contigo... pequeña... joder...

—No, no... —se sonó la nariz un poco más tranquila por escucharle— Estoy en su casa. Todavía está aquí... —suspiró— Supongo que no tardarán en venir a buscarla y llevarla al tanatorio y todas esas cosas... No sé... yo... mi cuñado y Daniel se están ocupando de todo... Supongo que la esquila aparecerá en tu periódico... Pero no vengas...

—¡Cuánto lo siento, mi amor! —se puso en cuclillas y agachó la cabeza. Sentía un dolor inmenso en el pecho y no sabía cómo disimularlo— Ojalá pudiese estar ahí contigo. Mi pequeña. Ojalá pudiese abrazarte ahora mismo... yo...

—No... Lorenzo... —se llevó las rodillas al pecho mirando al horizonte— Hablar contigo ya me consuela... —se limpió de nuevo las mejillas— De verdad... Gracias por coger el teléfono... No estaba segura de si te pillaría en mal momento...

—Marina... —se levantó de nuevo y caminó en círculos— Una vez te dije que estábamos juntos en esto... y que siempre iba a estar ahí contigo. No lo olvides nunca.

—Lorenzo... —casi llenó sus pulmones de aire.

—¿Qué?...

—Gracias... Ya hablaremos.

Colgó sintiéndose un poco más tranquila. Conseguía calmarla cuando la angustia ponía las garras en su cuerpo. Lo había comprobado ya varias veces. Lorenzo tenía ese don.

21 de julio, viernes.

9:42h

Eligió un vestido negro sin mangas de corte recto y salió del vestidor. Descolgó una americana, también negra, pero cambió de opinión y la llevó de nuevo a su sitio.

«No. Toda de negro pareceré un cuervo...».

«Eso es lo que diría mamá...».

En su lugar escogió la blanca sin solapas que se había puesto en Roma para la reunión con Piero Carpini.

«Esta mejor».

Se sentó en la cama para ponerse los zapatos.

Ernesto salió del baño y se sentó a su lado.

—¿Estás bien? —le pasó el brazo por los hombros y la estrechó hacia él besándola en la cabeza— ¿Has podido dormir algo?

—Bueno... no... casi nada, la verdad. —se apartó el pelo de la cara con la mano y se levantó haciendo una mueca de dolor.

Entró en el baño, se lavó la cara una vez más y se peinó muy despacio recogiendo el pelo en una coleta alta. Se puso crema hidratante y se aplicó protector labial rosado. Prescindió del resto de maquillaje y del rímel porque sabía que iba a terminar emborronado por toda su cara.

Se puso la chaqueta y salió a buscar a los niños.

Nona y Paulo habían llegado la tarde anterior y se habían quedado a dormir en su casa.

Su amiga no la había dejado sola ni un segundo.

Teo y Martina estaban esperando, ya vestidos, con Nona y su novio en el salón.

—Vamos, niños. —les abrazó y les dio un beso a cada uno en la frente— Tenemos que irnos ya. ¿Lleváis los dibujitos que habéis hecho para la abuela?

—Sí, mami. —Teo le enseñó un folio coloreado con delfines y peces de colores— Mira.

—¡Qué bonito, cariño mío! —le dio otro beso— A la abuelita le va a encantar.



—Yo le he escrito un poema. —Martina le enseñó el suyo con un texto y un arcoíris de colores.

—Es precioso, Martina, cariño.  
Ernesto les besó también.

—Vamos, hijos. —los ojos se le llenaron de lágrimas— Es hora...  
Subieron al coche en silencio y se dirigieron hacia el tanatorio.

Nona y Paulo les siguieron detrás en su vehículo también.

En la radio comenzó a sonar "Sing of the times" y Marina no pudo evitar que las lágrimas volviesen a rodar por sus mejillas.

Aparcaron en el recinto reservado a las familias.

Su padre y Daniel ya estaban allí. El día anterior se habían quedado hasta pasadas las diez de la noche recibiendo gente y habían terminado todos agotados. José Antonio se empeñó en dormir solo en su casa y Daniel le acompañó.

Cuando entró en la sala de velaciones el olor a cera y flores le dio en la nariz medio mareándola. No había cenado y apenas había tomado media taza de café con leche y una tostada, porque Ernesto y Nona se empeñaron en que comiese algo antes de salir de casa, sí o sí.

Entró con Nona.

Paulo y Ernesto se quedaron fuera con los niños. A pesar de que el ataúd estaba tapado y que el día anterior habían estado dentro, Marina no quería que estuviesen mucho rato allí.

—Cuando llegue Susana con Lidia me los llevo a los tres a tomar algo —dijo Ernesto a su mujer.

Se acercó al cristal y observó el féretro rodeado de centros y coronas.

Había flores con cariñosas dedicatorias de muchas empresas con las que trabajaba y que se habían enterado del suceso. El banco donde había trabajado su padre y los empleados de MissMussa también habían enviado sus respectivos ramos.

La corona de su padre estaba compuesta por más de cien rosas rojas y tenía forma de elipse. Estaba situada en el lado derecho y en la cinta que la rodeaba podía leerse "TE AMARÉ SIEMPRE. TU ESPOSO J. ANTONIO" . Susana y ella habían encargado una de lirios morados y

blancos que habían colocado en el lado izquierdo y los niños habían elegido un centro en forma de pez, hecho con pequeñas flores de cerezo rosadas, que descansaba encima del ataúd.

Daniel también había puesto una corona, un poco más pequeña, de rosas de pitiminí amarillas, las favoritas de Teresa. En su cinta podía leerse "NUNCA TE OLVIDARÉ. DANIEL. D."

Escuchó la voz de su hermana fuera y salió a su encuentro.

—Hola, Su. —la abrazó con fuerza y la besó en la frente suspirando.

—Hola, Marina.

Permanecieron abrazadas un rato tratando de no llorar. Marina le acariciaba la cabeza y Susana intentaba sorber las lágrimas que asomaban en sus ojos.

Entraron juntas de nuevo, cogidas de la mano, para acompañar a su madre en sus últimas horas.

—¡Fíjate cuántos ramos! —dijo Susana sorprendida— ¡Con lo que le gustaban las flores a mamá!

—Sí... es verdad... hay un montón...

—Mira qué bonita, la corona de papá... —se adelantó un poco— y la de Daniel... preciosa... —continuó leyendo las diferentes inscripciones — Mira, la de los padres de Ernesto. —señaló un enorme ramo de peonías.

—Ay... sí... qué bonito.

—¿Vendrán al funeral?

—Sí, sí. Creo que llegan sobre las tres al aeropuerto... más o menos... no me hagas mucho caso... —se sonó la nariz y cruzó los brazos— Ernesto subirá a recogerlos.

En ese momento, los empleados del tanatorio abrieron la puerta trasera para meter tres ramos más que acababan de llegar.

Se abrieron paso entre la montaña de flores buscando un hueco donde colocarlos.

Se acercaron al cristal y los colocaron delante. Dos a la izquierda y uno a la derecha.

—Mira... llegan más... —dijo Susana cogiéndole la mano de nuevo— La gente la quería mucho... —se limpió las lágrimas.

—Sí que la querían, Su... sí que la querían... Mamá era una mujer muy especial... Tenía tantos amigos.

Susana se acercó al cristal.

—“Rdo. de Toñi y Manuel” —leyó en alto— “Rdo. de la familia Gómez Soutullo” mira, este es de Marisa y Francisco. —se giró un poco para leer la inscripción del tercero, un gran centro con lirios violetas y aves del paraíso— “Con cariño L.A.” ¿De quién será?

Marina salió de su ensimismamiento y sintió una punzada en el estómago. Se acercó y pegó su cara al cristal. Era un ramo precioso, y ella sabía perfectamente de quién se trataba. L.A. Lorenzo Alcázar.

14:21h

—Bueno, voy a subir al aeropuerto a recoger a mis padres. ¿Estarás bien?

—Sí, sí... —Marina apoyó la taza de café en la mesa— Nona se queda conmigo y quiero estar dentro con mi padre, que en un rato empezará a llegar la gente. No te preocupes. Vete tranquilo. Además, los niños están todavía en el MacDonal’d’s comiendo con mi hermana y con Alberto y no vendrán hasta la hora del funeral. Susana no quiere estar aquí. No lo soporta. Prefiere llegar en el momento... pobre... ya no tiene fuerzas... —se secó las lágrimas.

—Sí, Ernesto. Yo no la dejo sola. —le cogió la mano y se la frotó con cariño— Paulo ve con él si quieres. Total, nosotras vamos a entrar ahora.

—Sí, Paulo. Ven. Así te distraes un poco.

—Está bien, Ernesto. Ok. Voy contigo. —se levantó de la silla y dio un beso a Nona en la mejilla.

Ernesto se levantó también y se inclinó para abrazar y besar a su mujer.

—Enseguida estoy de vuelta, ¿vale? —la besó en la frente— Si necesitas algo llámame. —volvió a besarla— Tranquila, mi amor, tranquila.

—Sí... Ernesto... Ve... Yo ya no me moveré de aquí. —suspiró— Sólo queda un poco más y todo habrá acabado.

16:27h

—Marina, hija ¿te acuerdas de Juan Manuel y de su mujer, Anita?

—Ah... sí, sí era muy pequeña pero me acuerdo de vosotros, sí...

—Os acompañamos en el sentimiento —dijo la pareja—. Tu madre era una mujer muy buena... Era muy buena.

—Sí, sí que lo era... gracias... muchas gracias por acercaros... de verdad. —se sonó la nariz y entró en la sala— Papá, voy a entrar. Necesito sentarme un rato.

—De acuerdo, cariño.

—Vamos, Marina. —Nona la cogió por el codo y se la llevó dentro.

Se sentaron en uno de los tresillos que tenía la antesala e iban atendiendo y saludando a la gente que se acercaba a darles el pésame.

Estaba instalada como en un nebulosa y a veces perdía la noción del tiempo y dejaba de oír. Sólo escuchaba murmullos a lo lejos, retumbando, sin llegar a discernir las palabras. De vez en cuando, recordaba alguna anécdota divertida y la comentaba con Nona y con Daniel, que se había sentado con ellas. Otras, eran recuerdos que hacía que se le humedeciesen los ojos y se le escapasen las lágrimas. Muchas de las personas que se acercaban ni siquiera sabía quiénes eran y tenía que hacer un esfuerzo para saludarlas y no parecer descortés.

Estaba previsto que a las seis de la tarde se celebrase un funeral en la misma capilla del tanatorio, para después proceder a la incineración del cuerpo.

Sólo quería que todo acabase y poder descansar. Quería llevarse las cenizas de su madre y esparcirlas por la Ría como era su deseo. Nada más.

De repente, Nona le dio un codazo.

—Oye... —bajó la cabeza y le susurró poniendo la mano delante de la boca— Creo que ese que acaba de entrar es ... quien tú y yo sabemos... ¿no?

—¿Qué...? ¿Qué dices?... No te entiendo.

—Mira...

Levantó la vista hacia la puerta y Nona tenía razón. Lorenzo acababa de entrar en la sala.

A Marina se le puso el estómago del revés y le entraron ganas de llorar y salir corriendo hacia sus brazos.

—Es él, ¿no?

—Joder, Nona, sí... Es él.

—Hostias, nena... Está más bueno al natural que en la foto...

—¡¡¡Nona!!!

—¿Quéeee? Es la verdad...

Le lanzó una mirada asesina mientras se levantaba y tiraba de su amiga.

Lorenzo se acercó a ellas sin apartar los ojos de Marina. La miraba con ternura y con dolor.

—Hola, Lorenzo... —le dio la mano y un abrazo contenido tratando de reprimir las lágrimas que se apelotonaban en sus párpados.

—Hola, pequeña... —susurró con disimulo— Lo siento... pero tenía que verte... no podía dejarte sola...

—No pasa nada... me alegro de que estés aquí... —se separó y dos lagrimones le rodaron por la mejilla— Mira... —tomó aire— Te voy a presentar... esta es mi amiga, Nona. —se giró hacia ella— Nona... este es Lorenzo.

—Bueno, Lorenzo. —le dio dos besos— Por fin te conozco... Aunque no es el mejor lugar...

—Ya... —sonrió y volvió a mirar a Marina con una mueca de tristeza — He oído hablar mucho de ti, Nona. Me alegro de que estés con ella.

—Somos amigas desde los ocho años. —le frotó el brazo— No creo que a estas alturas vaya a dejarla nunca. —la cogió por la cintura y miró a Lorenzo haciéndole un gesto para que saliese— Vamos fuera, chicos... Aquí dentro tenéis muchos ojos encima.

Salieron fuera y Nona les miró a los dos.

—Id a la parte de atrás, a las salas privadas. Si alguien pregunta por ti o si llega Ernesto iré a buscarte. Pero salid de aquí. No podéis estar juntos en público. —Nona la miró con el semblante serio y después le miró a él— Se os nota demasiado.

Entraron por separado en uno de los salones privados que el recinto tenía para que las familias descansasen o esperasen a sus seres queridos.

En cuanto cerraron la puerta, Lorenzo se apresuró a abrazarla.

—¡Dios mío, pequeña!... Mi pequeña. —la abrazaba fuerte besándole la cabeza— ¡Cuánto lo siento, mi niña!... ¡Cuánto lo siento! Marina comenzó a llorar sin consuelo al sentirse entre sus brazos. Las piernas comenzaron a fallarle de nuevo y Lorenzo la sujetó con más fuerza.

—Joder, Lorenzo... joder... —balbuceaba casi sin poder hablar— No he podido despedirme de ella... No he podido despedirme... No le he dicho cuánto la quería... No se lo he dicho...

—Shhh... ya, pequeña... ya... —la acunaba tratando de calmarla— Ella lo sabía. Tu madre sabía cuánto la querías... no lo dudes... shhhh... ya... mi vida...

Poco a poco se fue tranquilizando y se sentaron un rato. Permanecieron en silencio abrazados, mientras Marina sentía el corazón de Lorenzo latir en su mejilla.

—Gracias por venir. —se limpió la cara con un kleenex— De verdad, Lorenzo... gracias...

—Tenía que hacerlo... —le cogió la cara con las dos manos secándole las lágrimas con los pulgares— No podía soportar saber que estabas pasando por esto y no estar contigo... No podía, Marina... —bajó la vista y una lágrima empezó a asomar por sus ojos también.

—Eres tan bueno conmigo... —suspiró— y gracias por el ramo... —comenzó a llorar de nuevo— Es precioso.

—No... no. Es lo menos que podía hacer... No conocí a tu madre... Pero viéndote a ti, no me cabe duda de que era una mujer maravillosa como tú.

—Sí que lo era, sí... Sí que lo era... —abrió su bolso para coger otro kleenex, pero se le habían terminado— Mierda. No tengo pañuelos.

—Espera... —Lorenzo sacó un pañuelo de color blanco con las letras L.A. bordadas en azul en una de sus esquinas— Toma. Usa este.

—¿Qué? —cogió el pañuelo con asombro— ¿Estás de coña?

—¿Qué pasa?

—¿Quién usa pañuelos de algodón hoy en día?

—¡Pues yo!

Marina no pudo evitar reírse.

—Alucino contigo... De verdad... ¡Pues sí que es cierto que eres un hombre chapado a la antigua!... Sí...

—Ya... —respondió con sorna— Pues, ¿ves que suerte que los use? ¡Hala!, límpiense usted los mocos, “señorita moderna”.

Se limpió la cara con cuidado y se lo tendió de nuevo.

—No. Quédatelo. Ya me lo devolverás.

Volvieron a abrazarse y permanecieron un rato más en silencio escuchando el sonido de sus propias respiraciones.

—Gracias otra vez por venir, Lorenzo. De verdad. Ahora tengo que salir.

—Está bien, pero voy a quedarme al funeral.

—Nooo... por favor... no hace falta... márchate ya. Tendrás cosas que hacer.

—Marina. —le cogió de nuevo la cara— No me voy a ir a ningún sitio. Te dije que no te iba a dejar sola y tú eres lo más importante ahora. —la besó con delicadeza en los labios y en la frente— Ahora sólo quiero estar a tu lado... aunque sea en la distancia. Pero quiero estar a tu lado, ¿de acuerdo, pequeña?

Marina asintió y le abrazó una vez más antes de salir.

Volvió con Nona al interior del velatorio. Continuó saludando a las personas que se acercaban y Ernesto entró con sus padres.

Victoria, la madre de Ernesto se acercó para abrazarla.

—Marina, hija... ¡qué pena más grande!... ¡qué pena!

—Sí, Victoria... sí... una pena...

Se acercó a Eduardo, el padre de Ernesto que se había parado a darle el pésame al suyo.

—Eduardo, —le cogió las manos y le abrazó— ¡muchas gracias por venir!

—Marina, por favor. —le dio dos besos— ¡Qué cosas tienes, hija! ¿Cómo no íbamos a venir? Con lo que queríamos a Teresa. ¡Qué pena, por Dios!... qué pena...

—Escucha, hija —Victoria se acercó por detrás y le pasó la mano por la cintura— este año, veniros con los niños a casa antes de que se vayan al campamento ese de inglés.

—Sí, sí... supongo que subiremos a San Sebastián, como siempre, unos días en agosto... —se giró hacia ella haciéndole un gesto cariñoso en la mejilla— Gracias... pero bueno, no te prometo nada... Tampoco quiero dejar solo a mi padre...

—Ah... Pero eso no es problema. Que venga él también con tu hermana. Ya sabéis que en casa hay sitio de sobra. Por eso no te preocupes.

—Gracias, Victoria. Se lo diré, descuida.  
Miró el reloj. Faltaban 20 minutos para las seis. Empezó a ponerse un nudo en el estómago.

«Uff... ¡qué mal!... joder... aguanta, Marina... aguanta un poco más». Sintió que le tocaban en el hombro llamando su atención. Se giró.

—¡Hola, Marina!  
Sergio acababa de llegar.

—Sergio... ohhh... corazón. —le tocó la mejilla con la palma de la mano— No tenías porqué venir... ¡Qué amable!

—Ya... bueno... pero me apetecía darte el pésame. Ayer fue todo muy precipitado y no me salían las palabras. —bajó la cabeza cogiéndole la mano— Lo siento muchísimo, Marina, de verdad. Lo siento.

—Bueno, no te preocupes. La vida es así, Sergio. —tiró de su mano y le levantó la barbilla. Tenía los ojos enrojecidos de haber llorado— Eres un ángel, Sergio. De verdad. Te agradezco muchísimo lo que hiciste ayer por mí. —le abrazó y le besó en la mejilla— Mucho...

18:21h

El sacerdote estaba terminando de officiar la misa. Marina estaba sentada delante con Ernesto, su padre, su hermana, su cuñado, Daniel y los niños.

Nona y Paulo estaban justo detrás, con los padres de Ernesto, Ricardo, Ana y algunos familiares más.

Hacía verdaderos esfuerzos por permanecer entera para no alterar a los niños, pero cada vez le costaba más permanecer serena. Miraba el féretro de su madre con el ramo en forma de pez y los dibujos de



sus hijos encima y el estómago se le retorció como si un puño se lo estuviese oprimiendo.

Su padre y su hermana le habían pedido que dijese unas palabras de agradecimiento, en nombre de toda la familia, a todas las personas que se encontraban presentes.

No sabía si sería capaz.

—Queridos hermanos, —prosiguió el cura— antes de terminar esta ceremonia, la familia quiere expresar su gratitud pronunciando unas palabras. Muchas gracias.

Marina soltó la mano de Ernesto y subió al atril.

Vio a su familia y reconoció a algunos amigos entre la sala abarrotada. Distinguió la cara de Sergio y la de Lorenzo al fondo.

Acomodó la altura del micrófono y respiró hondo.

Comenzó a hablar.

—Queridos amigos. Quiero daros las gracias en mi nombre y nombre de mi familia por acompañarnos en este duro trance que nos ha tocado vivir. Mi madre era una persona fuerte, alegre y vital y por eso no querría que estuviésemos tristes. Al contrario, querría que siguiésemos con nuestras vidas y que disfrutásemos al máximo de ella. —se aclaró la garganta— Y esta, es una de las últimas lecciones que nos ha enseñado. Que la vida hay que vivirla como si cada día fuese el último... —empezó a quebrársele la voz— porque verdaderamente... —hipó— nunca sabremos cuando será el último de verdad... —las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas— Mamá... Donde quiera que estés... Quiero que sepas que todos estamos muy orgullosos de ti... De la gran mujer que fuiste... —se agarró al borde porque las piernas empezaron otra vez a fallarle— ... Adiós mamá... Adiós... —comenzó a llorar amargamente.

Daniel dio un codazo a Ernesto.

—Sácala de ahí, se va a desmayar... ¡Sácala ya!

Ernesto subió a la tarima y la sujetó por la cintura para llevarla de nuevo a su sitio.

—Vamos, cariño... vamos... tranquila. —trataba de consolarla sin éxito.

La ceremonia terminó y los empleados condujeron el ataúd al interior del edificio para proceder a su incineración.

La puerta se cerró con un sonido metálico y Marina sintió como si un agujero negro la succionase por los pies y el vacío más absoluto se adueñó de su corazón.

31 de julio, lunes.

10:47h

Conducía por la autopista absorta en sus pensamientos. La música sonaba pero ella no le prestaba atención. En su cabeza iban y venían en ráfagas las imágenes de los últimos días. Su madre, el funeral, su padre, la urna de las cenizas, el barco de Daniel en medio de la Ría, ella metiendo la mano y sacando un puñado de polvo blancuzco, esparciéndolo al viento. Su hermana, Daniel, su marido y sus hijos haciendo lo mismo. Y flores. Muchas flores.

Habían pasado diez días y todavía no se había hecho a la idea de que su madre ya no estaba. Intentaba seguir adelante, sobre todo, porque no quería que los niños la viesen mal y sufriesen más. Pero había momentos en los que la angustia y el dolor en el pecho se le hacían insoportables.

No había vuelto a ver a Lorenzo desde el día del tanatorio, aunque hablaban por teléfono todas las mañanas un rato. Ese momento la confortaba, pero lo cierto es que echaba de menos estar con él. Sentir sus abrazos y su voz grave diciéndole que todo estaba bien.

Habían quedado en A Coruña, cerca de la Torre de Hércules. El comentario de Nona en el tanatorio, diciéndoles que se les notaba demasiado lo que había entre ellos, la había asustado y quería alejarse lo más posible de la ciudad.

La ciudad herculina les había parecido una buena opción.

Lorenzo aún no había llegado.

Aparcó en una de las plazas del parking y salió del coche hacia el paseo para ver el mar.

El olor a sal y a libertad de la costa la inundó actuando como un bálsamo para sus pulmones. Se sentó en una zona de césped dejando que la brisa y el sol la aliviasen.

—¡Hola, preciosa! —se arrodilló detrás de ella, pegó el pecho a su espalda y la rodeó por los hombros, besándola con delicadeza en la mejilla.

El contacto de sus cuerpos la sacó de su ensimismamiento y le provocó un salto en el estómago.

Aspiró su aroma antes de contestar.

—¡Hola, Lorenzo! —cerró los ojos y colgó las manos en sus antebrazos apoyando la mejilla en ellos— Ya estás aquí.

—Sí, pequeña... Ya estoy contigo.

Lorenzo continuó apretándola fuerte contra su pecho y Marina comenzó a llorar.

Permanecieron un rato sentados en la hierba sintiendo el calor del sol y el viento en sus caras.

—Ven. ¡Arriba! —le tendió la mano para ayudarla a levantarse— Vamos a dar un paseo, ¿te apetece?

—Sí, claro. Vamos.

Caminaron por el paseo marítimo hasta la Torre, rodeándola y bajando de nuevo hacia los coches. Casi no hablaron durante el recorrido. Marina sólo necesitaba evadir su mente y notar la mano de Lorenzo cogiendo la suya. Nada más.

Bajaron hacia la ciudad y entraron en una cafetería a tomar algo.

—Tienes que comer, Marina.

—Ya, ya lo sé. Pero es que no me entra nada... —hizo un gesto arrugando la nariz y llevándose la mano al estómago— No sé... lo tengo como cerrado...

—Pues tienes que hacer un esfuerzo, —la miró con firmeza— no puedes estar sobreviviendo a base sólo de café.

—Está bien, —suspiró— pídemme un sándwich mientras voy al baño. Lorenzo puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza resoplando.

—¿Un sándwich?, pero ¿qué clase de comida es esa?

14:20h

Regresaron paseando de nuevo al aparcamiento y se metieron en el Mercedes de Lorenzo.

—Tengo que recoger a los niños a las seis en la Escuela de Vela —dijo consultando el reloj—. Menos mal que por lo menos los pobres están entretenidos en el campamento de verano. Allí juegan toda la mañana y salen a navegar con los monitores.

—Sí. Para ellos tiene que ser duro también. Seguro que la querían mucho.

—Sí... muchísimo. Pasaba un montón de tiempo con ellos... —empezó a quebrársele la voz— bueno... —inspiró logrando contener las lágrimas— ¿qué quieres hacer?

—Nada, Marina. No quiero hacer nada. —apretó el botón lateral para hacer retroceder su asiento y la atrajo sobre su regazo medio sentándola encima de sus piernas. Le apoyó la cabeza en su pecho acariciándole la mejilla— Sólo quiero estar aquí contigo. Nada más. —se inclinó sobre ella besándole la frente y encendió la radio.

El aparato seleccionó automáticamente una emisora local y comenzó a sonar "In case you didn't know" de Brett Young. Continuó acariciándole la cara y besándola en la frente. Marina cerró los ojos y se quedó dormida.

16:02h

—Marina —susurró—. Despierta, preciosa. Entreabrió los ojos un poco desorientada.

—Te has dormido, —la besó en los labios— y en un rato tenemos que marcharnos. Ya son las cuatro.

—Mmmm... —hundió la cara en su pecho cerrando los ojos de nuevo — Ayyy... ¡con lo bien que se está aquí!

—Sí, es verdad. —la besó de nuevo en la cabeza— Pero tenemos que irnos. Tienes que estar en Vigo a las seis. Y no quiero que vayas con prisa.

—¡Un ratito más! —protestó de nuevo revolviéndose.

Salieron del coche y charlaron durante unos minutos, mientras se acercaban al Giulietta de Marina, aparcado a unos metros del suyo.

—Gracias, Lorenzo. Era lo que necesitaba. De verdad.

—No me des las gracias. Yo también lo necesitaba. —la abrazó— Ya lo sabes. Cuando necesites cualquier cosa, llámame. ¿De acuerdo? —le cogió la cara con las manos y la besó en los labios— Llámame. Lo digo en serio. Y ahora vete, —le dio un último beso— que al final, vas a llegar tarde por mi culpa.

5 de agosto, sábado.

18:22h

—No voy a ir, Ernesto. Ya lo sabes. Ya lo hablamos. —se levantó a coger la crema solar— No voy a dejar solo a mi padre tantos días.

—Mujer... Ya oíste a mi madre. Puede venir con nosotros, ¿qué problema hay?

—Pues que él no quiere ir. No lo entiendes. —le miraba levantando los ojos por encima de las gafas de sol, mientras se extendía el bronceador por las piernas— Ernesto... no quiere dejar su casa. No quiere ver a nadie. Quiere estar solo con su dolor —miró hacia su padre que recortaba unos setos al otro lado de la piscina. Vilma correteaba a su lado.

—Yo tampoco voy a ir a ningún sitio este año —dijo Susana cambiando de postura en la tumbona—. Marina tiene razón. No podemos forzarle a irse. Esta es su casa. Y él se quiere quedar. —volvió a acomodarse— Pero vamos, Marina, que si quieres ir a San Sebastián con Ernesto, vete sin problemas. Ya me quedo yo con papá.

Marina le lanzó una mirada censuradora a su hermana.

—¡No! No me voy a ir a ningún sitio. Los niños se van a Irlanda y yo tengo mucho trabajo en la agencia.

—Ya... a ti lo que no te apetece es aguantar a tu suegra. —se colocó las tiras del biquini— Di la verdad ... ¡jajaja!

—Ay, mira, Susana. ¡De verdad!... —volvió a mirarla con cara de incredulidad— ¡Yo no sé de que vas!...

—Uyyyy... —soltó Alberto— ¡Pelea de gatas!... Ernesto, vámonos, tío.

—¡Joder, Alberto!... —su mujer le dio una palmada en el antebrazo.

—¿Qué?, es la verdad... ya vais a empezar.

—Mira... haz lo que quieras, Marina... —Ernesto se levantó a por su cerveza— Si no quieres venir, no vengas. Quédate y ya está. Pero yo voy a ver a mi familia. Mis padres tampoco andan muy bien que digamos. —dio un trago a la lata y la arrugó frunciendo el ceño.

—Pues vete. ¡No sé qué problema tienes! Otras veces te has ido sin mí, con los niños y no ha pasado nada. —se levantó y se quitó las gafas de sol tirándolas en la tumbona— Hace mucho calor. Me voy a bañar.

—Ernesto, déjala —dijo Susana—. Pone a papá como excusa pero no está siendo fácil para ella. Todos sabemos la imagen de dura que quiere dar siempre... y en el fondo, los que la conocemos, sabemos que no es así. Está sufriendo muchísimo.

—Ya lo sé. —suspiró Ernesto tumbándose de nuevo— Por eso no quiero dejarla sola... casi no come... está muy despistada... no ha dejado de ir a la agencia ni un sólo día... se refugia en el trabajo y en cualquier momento va a romperse... —volvió a levantarse mirando como su mujer se zambullía en la piscina jugando con sus hijos— Lo sé. Sé que se va a romper.

10 de agosto, jueves.

10:46h

**Marina\_10:47**

¡Hola!

**Lorenzo\_10:51**

Hola preciosa.

**Marina\_10:52**

¿Qué me dices a un fin de semana para nosotros solos?  
(pensativa, guiño, loca)

**Lorenzo\_10:53**

Pues te digo que... ¿cuándo?  
iy el dónde lo pongo yo!  
(3 risas, lengua fuera)

**Marina\_10:54**

Mmmm... ¿y eso?

**Lorenzo\_10:55**

Hay un sitio al que quiero llevarte...  
Pero tienes que ponerte muy, muy sexy... mucho...  
(diablo, risa)  
¿Aceptas?

**Marina\_10:55**

Mmm Pues claro que acepto...  
Sabes que me encanta  
cuando me retas  
(guiño)

**Lorenzo\_10:56**

¿Comemos juntos?

**Marina\_10:57**

¡Creí que no ibas a pedírmelo nunca!



**Lorenzo\_10:57**

¡Qué mala eres!

¿Mismo sitio?... ¿misma hora?

¿Casa Catalina?

**Marina\_10:58**

Sí...

¡Me encanta Casa Catalina!

(demonio)

**Lorenzo\_10:59**

(3 risas) Pervertida...

**Marina\_10:59**

(2 risas) no más que tú... mmmm

Te veo luego.

(2 besos)

**Lorenzo\_11:00**

De acuerdo... allí estaré...

(3 besos) No tardes... tengo hambre...

Dejó el móvil encima de la mesa sonriendo y cruzó las piernas notando un cosquilleo en su clítoris.

«Dios... ya me vuelve a poner a cien... joder... Lorenzo... joder».

Últimamente no estaba para fiestas y Lorenzo la había respetado.

Se había limitado a estar ahí. A abrazarla y sostenerla. A nada más.

Habían paseado y pasado mañanas enteras simplemente mirando el mar.

Pero ahora empezaba a despertar de nuevo y ese hombre era capaz de hacerla estremecer con sólo hablarle, con sólo sugerirle, con sólo preguntarle.

16:54h

—Conduce con cuidado, ¿vale?

—Sí... no te preocupes... —cerró la puerta del coche y se colocó el cinturón— Voy con tiempo de sobra —sacó un poco la cabeza por la ventanilla para darle un último beso.

—Reservo entonces para el próximo finde, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. ¿Quedamos aquí el viernes por la tarde?

—Sí, preciosa. Aquí mismo. Vamos a pasar todo el fin de semana en Portugal. —Lorenzo apoyó un brazo en el techo del coche balanceando la cadera— Nos alojaremos en un sitio precioso y el sábado por la noche voy a llevarte a un lugar...

—¡Oh!... ¿a ese al que tengo que ir sexy? —le interrumpió.

—Sí. Ese.

—Y, ¿cómo de sexy? Si se puede saber... —se recostó en el asiento y le miró retadora— De 0 a 10... ¿cuánto?

—¡Jajaja! —rió acariciándose la barbilla— Pues, de 0 a 10... ¡veinte!

—Muy bien... —agarró el volante con una mano haciendo girar el puño sobre el cuero— ¡Pues tendrás veinticinco! —le guiñó un ojo y arrancó.

«Mmmm... que me ponga sexy dice...».

«¡Este se va a enterar de lo que soy capaz de hacer!...¡jajaja!».

Cruzó el Puente Internacional de vuelta a Vigo. Habían comido y después habían subido a la habitación que siempre reservaban en Casa Catalina. Era la primera vez que tenían relaciones desde la muerte de su madre y Lorenzo había sido realmente dulce con ella. Habían hecho el amor despacio, en la gran cama con dosel, con el balcón abierto, dejando que el calor de la tarde los envolviese.

Por fin estaba empezando a relajarse.

Volver a acostarse con Lorenzo la había hecho sentirse viva de nuevo. La había despertado de su letargo. La vida continuaba y ella debía seguir. La idea de pasar un fin de semana con él, lejos de todo, le provocaba un cosquilleo en el estómago. Estaba deseando verle otra vez y volver a sentir sus manos, sus besos y su lengua arrastrándose por su cuerpo.

14 de agosto, lunes.

11:36h

Miró hacia el cielo y vio el avión en el que viajaban sus hijos alejarse. Susana y Alberto se quedaron en el interior de la terminal hablando con otros padres. Su hermana también estaba un poco triste aunque lo disimulaba más.

—Estarán bien... No llores. —Ernesto la cogió por los hombros mientras cruzaban el recinto del aeropuerto hacia el parking— Ya has oído a los monitores. No los van a separar. Nos llamarán todas las semanas y Lidia estará también con ellos.

—Ya... ya lo sé. —le pasó el brazo alrededor de la cintura apoyando la cabeza en su pecho mientras caminaban— Es sólo que les voy a echar de menos.

—Bueno, —le acarició la cabeza— a mí me preocupas más tú. —le besó el pelo— ¿Seguro que no quieres que me quede?

—No... que va... Vete tranquilo con tus padres. Tú también necesitas desconectar un poco y estar con ellos, ¡qué llevas un año!... con todos esos juicios. —sacó el ticket del parking y lo introdujo en el cajero automático— Yo estaré bien. —recogió el cambio en el cajetín y le tendió el recibo— De verdad... me apetece estar sola... Aprovecharé para descansar y dormir... y poner un poco de orden en casa y en la agencia... ¡que últimamente, tengo todo que da pena!

—Está bien, —abrió la puerta del coche y se apoyó en el techo antes de entrar— pero esta noche cenaremos tú y yo solos y tranquilos en casa, ¿te parece? —dijo guiñándole un ojo.

—Sí, cariño. Me parece bien. —se sentó en el coche— Me apetece mucho cenar en casa contigo.

15 de agosto, martes.

10:25h

—¿Me prometes que vas a comer? —le apartó el pelo de la cara colocándoselo detrás de la oreja.

—Que sí... —le abrazó cogiéndole por la cintura pegando la mejilla a su pecho— Te lo prometo.

—Marina, —le separó la cara mirándola con gravedad— lo digo en serio. ¡Tienes que comer! Has adelgazado muchísimo estas últimas semanas. No puedes seguir así.

—Tranquilo, Ernesto. Voy a descansar y voy a comer... —le dio un beso en los labios— ¡Voy a ponerme como una vaca! Ya lo verás. ¡Jajaja!

—Ya... No te rías... No es gracioso. —le devolvió el beso y la abrazó con fuerza— No quiero que te pase nada... —suspiró apretándola más — No soportaría perderte. No lo soportaría mi amor.

Marina sintió la bilis subir por su esófago. Iba a destrozarle. No tenía ninguna duda.

—Ernesto, cariño... —le miró con ternura— no va a pasarme nada, ¿vale?

—Vaaale.

—Y ahora vete, que si no, vas a encontrarte con todo el tráfico del puente.

—Sí. Tienes razón. Me voy ya. —cerró el portón de su coche, le dio un último abrazo a su mujer y se sentó al volante.

—Dale un beso a tus padres de mi parte y discúlpame ante ellos.

—No te preocupes, mi amor. —sacó su mano por la ventanilla para agarrar la de ella— Te quiero. Te quiero mucho, Marina.

—Yo también te quiero, mi vida. —le besó la mano y se apartó para que arrancase— Conduce con cuidado y llámame al llegar.

18 de agosto, viernes.

15:43h

Terminó de comer, se hizo un café y puso música mientras preparaba el equipaje para pasar el fin de semana con Lorenzo.

Había pasado estos dos días descansando. Relajándose, levantándose tarde y hablando hasta altas horas de la madrugada con Nona.

Le había venido bien este lapsus, sin obligaciones, sin niños, sin marido y sin ir a trabajar, pues en Vigo el jueves era festivo local y había decidido cerrar el viernes y hacer puente hasta el lunes.

Mientras preparaba la maleta recordaba una de las conversaciones que había tenido con Nona la noche anterior.

“No sé que es lo que hay entre vosotros, pero desde luego es algo más que sexo... eso tenlo claro”, le había dicho su amiga.

“ese hombre está loco por ti...”, “y tú dirás que para ti es sólo atracción sexual, y que quieres a Ernesto... pero, lo que yo he visto en tu cara es algo más que eso...”

«No sé de dónde se saca Nona esas cosas».

«Los dos lo dejamos claro en Isla Pancha... es sólo sexo... sólo descubrir y experimentar... ver a dónde nos lleva... sin preguntas... nada más...».

Se centró de nuevo en hacer la maleta.

«Bueno... así que el señor chapado a la antigua quiere que me ponga sexy...».

«Bienmm... pues mira por dónde tengo justo lo que necesito...».

Descolgó un vestido lencero corto en satén, de color azul noche, con tirantes cruzados en la espalda que sólo se había puesto una vez, hacía un par de años, porque era verdaderamente escandaloso.

«Ven con mamá... ¡jajaja!».

Empezaba a ponerse nerviosa y a estar excitada. Recordaba los días que habían pasado en el Faro y una ola de calor le subía por las piernas sin que pudiera evitarlo.

Escogió unas sandalias romanas de finísimo tacón plateadas para

completar el look del vestido.

«Este se va a enterar... sexy... dice... ».

«Lorencito... vas a flipar...».

18:03h

Aparcó su Giulietta en uno de los laterales de la vieja Aduana, como siempre y Lorenzo se puso a su vera con su Coupé.

Bajó la ventanilla.

—¡Buenas tardes, signorina! —se inclinó sobre el asiento del copiloto mirándola por encima de sus Rayban negras— ¿Puedo llevarla a algún sitio?

—¡Vaya! Mira tú por dónde, —contestó divertida mientras bajaba del coche— pues sí que puede usted llevarme... si es tan amable... ¡jajaja!

Lorenzo accionó la apertura del maletero y bajó para ayudarla con el equipaje.

—¡Hola, pequeña! —la cogió por el mentón y rozó sus labios despacio— ¿Has descansado estos días?

Marina se estremeció al sentir su aliento. Ya estaba perdida otra vez.

—Ahá... —se mordió el labio levantando más la barbilla buscando un beso más profundo.

Lorenzo pegó su cuerpo al de ella y no la hizo esperar. Abrió la boca y la besó con urgencia y pasión aplastándola contra la carrocería.

—Mmmm... parece que sí... —le rozó la nariz con la suya— que estás en plena forma.

—Ya lo verás... ya... —le dio una palmada en el trasero riéndose y entraron en el coche.

—Bueno... —dijo mientras arrancaba y se incorporaba a la carretera— ¿Lista para pasar el fin de semana?

—Sí. ¡Lista! —se abrochó el cinturón y se puso las gafas de sol— ¿Dónde vamos?

La miró con una amplia sonrisa, como un niño en la mañana de Reyes.

—Vamos a Coimbra. —se bajó las gafas de sol de la cabeza y aceleró su Mercedes— He reservado una suite en A Quinta das Lágrimas.

Marina puso los ojos como platos.

—¡Joder, Lorenzo!... —sacudió la cabeza— Eres increíble... buff... ¡¡increíble!

—Lo sé, preciosa. Lo sé.

Pulsó un botón del salpicadero y el techo solar comenzó a deslizarse descubriendo un cielo azul totalmente despejado. Subió el volumen de la radio y la voz de Adam Levine inundó todo el habitáculo.

Sonaba "What Lovers Do" de Maroon 5 y Marina comenzó a moverse al ritmo de la música sintiéndose libre y excitada con ese hombre a su lado.

20:07h

Llegaron a la entrada del hotel y Lorenzo guió el vehículo al interior del recinto por un camino de grava blanca hasta la trasera del edificio.

A Quinta das Lágrimas era un hotel de lujo espectacular, rodeado por unos fantásticos jardines y un bello bosque rebosante de árboles centenarios, con un fabuloso spa y campo de golf propio. Había sido restaurado, pero conservando en la decoración un toque decadente, al más puro estilo portugués.

Era considerado uno de los hoteles más románticos de Portugal, pues a la belleza de su antiguo inmueble se le sumaba el que sus paredes y jardines fueron el escenario de un romance con un trágico final, que desencadenó una guerra de poder, cambiando incluso la historia del país luso.

Según se cuenta, el infante Don Pedro de Portugal se quedó prendado de Doña Inés de Castro, una bella mujer de origen gallego, dama de compañía de su esposa Doña Constanza. Al parecer, fue correspondido por ésta y la pareja solía verse a escondidas en los jardines del palacio.

Su padre, el rey Alfonso IV, nunca aprobó aquella escandalosa relación, ni siquiera tras la muerte de Doña Constanza, ni tras el matrimonio clandestino celebrado entre los dos amantes.

Se dice que fue el mismo monarca, el que un gélido 7 de enero del año 1355 ordenó el asesinato de la gallega, que apareció degollada en el mismo jardín donde alimentaban su amor.

La muerte de Doña Inés provocó la ira de Don Pedro, quien no dudó en declararle la guerra a su padre.

La contienda acabó con la victoria del infante, quien una vez coronado Rey Pedro I, pidió la exhumación del cadáver de su amada, coronándola como Reina de Portugal, obligando así a todos los que la habían despreciado a rendirle honores. Doña Inés se convirtió en la primera reina muerta de la historia.

Hoy en día, multitud de parejas acuden a los jardines a sellar su amor, colocando cientos de lazos rojos con sus nombres grabados en



las ramas de los árboles, dándole un aire mágico y especial al paisaje.

Continuaron hasta el final del camino rodeando la residencia y aparcaron en una de las plazas del patio, dirigiéndose a la recepción para registrarse.

La habitación que Lorenzo había reservado estaba situada en uno de los extremos del ala norte. Era una suite con su propio balcón y vistas a uno de los jardines privados que bordeaban el edificio.

Lorenzo acercó la tarjeta de acceso a la cerradura y abrió la puerta.

Entraron y Marina se quedó sin palabras. La suite era espectacular.

Estaba decorada con una mezcla de muebles antiguos y modernos en tonos arena y azul. La cama era enorme con un gran cabezal de capitoné turquesa y la ropa de cama de un blanco immaculado.

—Joderrrr... Lorenzo... esto es increíble. —soltó su bolso encima de una de las butacas y se sentó en la cama hundiendo las manos en el mullido edredón— Te has pasado.

—¿Tú crees? —dejó las maletas a un lado y dejó caer su bolsa al suelo.

—Síí... Lorenzo... sí... es preciosa... —echó la cabeza hacia atrás y su melena se desparramó por la colcha— ¡Me encanta!

Se subió a la cama sentándose muy despacio a horcajadas sobre ella.

—No dirás eso cuando descubras todas las perversiones que tengo pensado hacerte... —se inclinó sobre ella inmovilizándola por las muñecas.

—¿Ah sí? —se retorció debajo de él frotando su cuerpo contra el suyo— Mmmm... ¿debería tener miedo?

—Pues no lo sé... —le mordió el labio apretándole su erección contra la pelvis— Tú me dirás... —señaló con la cabeza la bolsa de deportes en el suelo— ... si quieres cruzar... o si quieres ser una chica buena y... —la besó con violencia succionando su labio superior— ... quedarte en la orilla.

Marina levantó el cuello suplicando más de sus besos, pero el sonrió con malicia y se levantó dejándola con las ganas.

—¡Oye!... —se apoyó en los codos haciendo un mohín con la boca— ¡eres malo!

Lorenzo recogió la bolsa del suelo y la colocó encima de la cama.

—No sabes todavía lo malo que puedo llegar a ser... —se frotó la barbilla con aire interesante— Ábrela.

Marina descorrió la cremallera y miró en su interior. Una ola de calor se extendió por su estómago hasta sus pies. Había unas madejas de cuerdas de satén de color rojo, un par de artilugios en una bolsita de tela, que no sabía muy bien para que servían y varios tubos de aceites y lubricantes de sabores.

—Mmmm... —se estremeció de nuevo notando la humedad en sus bragas— ¡Creo que va a ser un fin de semana de todo menos tranquilo!

—¡Vamos! —la cogió de la mano y tiró de ella— Demos un paseo antes de cenar. Hace una temperatura estupenda y el restaurante dicen que es muy bueno, ¿qué dices?

—¡Pues, digo que sí! —se pegó a él y le dio un beso casto en la mejilla— Me parece perfecto.

Bajaron la escalinata principal por uno de sus lados y se perdieron por los amplios jardines. Hacía bastante calor y el sonido de los grillos y las cigarras hacía muy agradable el recorrido.

Pasaron frente a la Fuente de las Lágrimas, dónde según la leyenda, Doña Inés fue asesinada.

—¡Qué historia más triste! —dijo Marina rodeándose con los brazos notando un escalofrío.

—Sí que es triste, sí... —Lorenzo la abrazó por detrás apoyando la barbilla en su hombro— ... la Historia está llena de amores imposibles...

21:52h

Se recogió el pelo en una coleta y se retocó un poco el maquillaje. Optó por dejarse los vaqueros blancos, cambiándose la camiseta por un top rojo de tirantes muy escotado y unas sandalias de tacón, también rojas. Salió del baño lista para ir a cenar.

Lorenzo la esperaba en el balcón. Se giró al oír la salir.

—¡Qué guapa! —se acercó a ella y la cogió por la cintura— El rojo te sienta genial.

—¿Sí?

—Sí. —la besó en el cuello y en el hombro— Llevabas una blusa roja el día que te conocí en el Seminario.

—¿Ah sí? —desvió la mirada hacia un lado intentando recordar— Sí, es verdad. ¿Cómo puedes acordarte?

Fueron hacia la puerta, Lorenzo cogió la tarjeta de acceso para cerrar la habitación y salieron.

Le puso la mano en la nuca rozándola con la yema de los dedos mientras caminaban por el pasillo hacia el restaurante.

—Porque desde ese día, en que nos chocamos en la mesa de las botellas, no dejaste de aparecer en mi cabeza.

«Joder, Lorenzo... cómo puedes decirme esas cosas... uff... que me derrites...».

«¡Qué hombre, Dios mío!... ¡qué hombre!».

Se sentaron en una de las mesas más próximas al ventanal para sentir la brisa nocturna. Pidieron la cena y charlaron relajados y despreocupados.

Por primera vez, Marina disfrutaba sin rastro de la angustia que últimamente la atenazaba sin dejarla si quiera comer.

Lorenzo llevaba un polo negro de Hugo Boss, bastante ajustado, que acentuaba sus bíceps y el tono moreno de su piel. Se había peinado hacia atrás y su colonia llegaba en ráfagas con la brisa envolviéndola.

«Pero que sexy está...».

«Me tienes loca, cabrón...».

Llevaba casi tres copas de vino blanco y ya estaba bastante a tono. Estaban comiendo un pescado a la brasa y Lorenzo se pringó los dedos con un poco de salsa. Cogió la servilleta para limpiarse pero Marina le atrapó la mano y se metió los dedos en la boca. Primero uno y luego el otro. Los chupó y los lamió con una mirada provocadora pasando el borde de su lengua con parsimonia y succionándole las yemas con los labios.

—Joder, Marina... —se revolvió en la silla entornando los párpados— ¡Tú quieres que me dé un infarto!... Para... ¡Para!... Joderrrr...

—No. No voy a parar. —le miró más provocadora todavía— Eso es lo que voy a hacerle a tu polla cuando estemos solos en esa cama tan grande. —se arrimó más a la mesa— Pienso metérmela toda en la boca... Así. —metió más dentro los dedos saboreándolos como una piruleta.

—¡A la mierda! ¡Se acabó! —lanzó la servilleta a un lado y arrastró la silla hacia atrás— ¡Te avisé! —la cogió de la muñeca y se la llevó casi a rastras cruzando el salón del restaurante hacia su habitación— ¡Te has quedado sin postre!

Marina casi no podía aguantar la risa y caminaba intentando no tropezar con los tacones.

—¡Ahora verás! —accionó la manilla con la tarjeta y la metió dentro de un empujón— ¡Te mereces un castigo por haber sido tan mala! La acorraló contra la pared besándola con violencia mientras intentaba desabrocharle los vaqueros.

El deseo los consumía de una manera voraz y salvaje.

Marina empezó a gemir y desabrochó los vaqueros de Lorenzo. Se los bajó de un tirón y se arrodilló ante él lamiéndole los testículos antes de meterse su enorme polla en la boca.

—Ohhh... ¡Joder, Marina!... joder... —jadeó— Me vuelves loco, pequeña... me vuelves loco. —le cogió la cabeza con las manos y le soltó el pelo metiendo los dedos entre los mechones alborotados de su melena

Siguió chupando durante un rato mientras Lorenzo cerraba los ojos y se dejaba hacer moviendo sus caderas adelante y atrás.

—Ahora me toca a mí. Sube. —la sujetó por la cara y la ayudó a ponerse de pie— ¡Qué bien la chupas, joder! —la besó en la boca buscando su lengua— Quítate la ropa y tumbate en la cama... y déjate puestas las sandalias.

Marina hizo lo que le pedía. Estaba excitadísima y la humedad ya se le había traspasado al pantalón. Se desnudó por completo y se tumbó boca arriba esperándole.

Lorenzo se quitó el polo quedándose completamente desnudo también.

«Bufff... la Virgen... ¡qué bueno está!...».

Abrió la bolsa y sacó las cuerdas de satén rojas.

Marina se estremeció y se mordió el labio sintiendo como su clítoris palpitaba de deseo.

—¿Confías en mi? —se puso sobre ella rozando su glándula contra los labios de su vagina cada vez más mojados.

—Sí, Lorenzo. Sí... —se retorció intentando levantar las caderas buscando introducir el pene en su interior— ohhh... por favor... —gimió.

—Shhh... No. Todavía no. —le cogió una muñeca y se la ató a una de las esquinas de la cama. Luego hizo lo mismo con la otra.

La cuerda era suave y fuerte a la vez. Estaba inmovilizada, totalmente desnuda y con las sandalias puestas. Era de lo más sensual.

Lorenzo se arrastró por su cuerpo hasta su vagina y comenzó a lamerle el coño con lentitud, chupando y mordisqueando su clítoris.

—¡Joder, Lorenzo!... —empezó a sudar y a sentir un hormigueo por las piernas— La madre que te parió... uff... me pones a mil, cabrón... para... ¡para, por favor!

Volvió a arrastrarse sobre ella, esta vez hacia arriba.

—Shhh... —la besó mordiéndola— Pararé cuando yo quiera. —dio un empujón y la penetró si previo aviso— ¿Está claro? —volvió a empujar más dentro— Hasta que yo quiera. —otro más— Y te correrás, sólo, cuando yo te lo diga. —otro— Ya lo sabes.

A Marina le daba vueltas la cabeza. Trataba de mantener el control de su cuerpo pero le era imposible con este hombre. No podía. El deseo era tan brutal que le nublaban el sentido y no la dejaba pensar. Sólo quería follar y correrse. Correrse una y otra vez.

—Hoy voy a follarte ese culito tan apretado que tienes. —le sujetó la barbilla con la mano y la miró fijamente con los ojos totalmente nublados por el deseo— Te lo voy a follar hasta que te corras como nunca.

Marina se sacudió presa de una contracción tirando de las cuerdas para soltarse sin conseguirlo. Estar atada le provocaba un inmenso placer. Lorenzo cogió uno de los botes de lubricante y vertió un chorro

sobre el sexo de Marina. Lo esparció por toda su vagina hasta llegar a su entrada trasera.

—¡Ufff!... ¡joderrr!... ¡Tienes que dejar que me corra!... —suplicó retorciéndose— Por favor...

—Está bien... —se colocó de nuevo encima— Te dejaré si me lo pides.

Comenzó a frotar su glande hinchado por su vagina hasta la zona anal.

Marina estaba a punto de explotar. Sus muslos temblaban y su cuerpo se estremecía. Saber que Lorenzo iba a penetrarla analmente le producía una sensación de miedo al dolor y deseo que no podía controlar. Era una mezcla explosiva y se deshacía, literalmente, esperando a que se decidiese.

¡Joder, cómo lo deseaba! ¡Cómo deseaba todas las cosas que ese hombre era capaz de hacerle!

—Marina... ¿Qué quieres? —movió su polla hacia el ano mordiéndole y chupándole un pezón.

—¡Ahhh!... —se retorció clavando los tacones en el colchón— Quiero... —jadeó más— quiero que me folles, Lorenzo... quiero que me folles...

—¿Qué quieres que te folle? ¿eh? —le mordió el otro pezón— Dímelo —¿qué quieres que te folle?

—Quiero que me folles el culo... —jadeó entornando los ojos — ¡quiero que me folles por el culo ahora!...

Lorenzo acopló las caderas entre sus piernas y le sujetó la cabeza con la mano. La miró enloquecido por el deseo y la penetró de una embestida hasta el fondo. El pene se deslizó en su interior, abriéndose paso a pesar de la estrechez, gracias al lubricante.

Marina lanzó un grito y Lorenzo gruñó con gravedad mientras se la enterraba cada vez más profundamente.

—Joderrrrr... Marina... joderrr

Siguió embistiendo un par de veces más, sujetándole la cabeza para llegarle más dentro, mientras Marina se arqueaba tirando de sus muñecas notando la tensión de las cuerdas.

—Ahhhh... no... no pued... —intentó aguantar un poco más pero el orgasmo la alcanzó, deshaciéndola en mil pedacitos como una bomba ardiente.

Lorenzo apuró más los empujones y se corrió también al sentir el cuerpo de Marina temblar bajo el suyo.

—Hosstiiiiaaaaa... —se contrajo varias veces mientras vaciaba sus testículos, lanzando todo el esperma que acumulaban, hasta quedarse quieto y caer rendido sobre ella.

Poco a poco recuperaron el pulso normal. La desató y se acurrucaron entre las sábanas.

—Joder, Marina... —la arropó contra su pecho— eres brutal... brutal...

Ella le abrazó pasándole el brazo por el torso y enredando su pierna entre las de él. Fueron quedándose medio adormilados.

—Lorenzo...

—Hmm... dime, preciosa.

—Me encantan las cosas que me haces... me encanta follar contigo.

19 de agosto, sábado.

09:17h

Lorenzo salió del baño secándose la cabeza con una toalla y con otra alrededor de la cintura.

Marina estaba tumbada en la cama con las mejillas todavía enrojecidas por el orgasmo que acababa de tener.

—¿Qué te parece si comemos en Penacova? —terminó de secarse y se colocó la toalla sobre los hombros mientras metía una cápsula en la cafetera— Es un pueblo muy bonito y los sábados celebran un mercadillo de artesanía. —le acercó una taza de café— Está a una media hora de aquí.

—¡Gracias, guapo! —se incorporó un poco para coger la bebida— Mmm... ¡qué rico!... no hay nada mejor después de...

—¿Después de qué? —se sentó en la cama y arrastró la sábana con la que estaba tapada— ¿Ehh?...

—Ya sabes... —tiró de la sábana hacia arriba de nuevo y Lorenzo volvió a bajársela.

—Nooo. No sé... —se inclinó sobre ella y le metió la mano entre las piernas besándola en el cuello.

—¡Lorenzo! ¡Jajaja! ¡Me haces cosquillas! ¡Para!

—¡No quiero! —se inclinó más y se puso sobre ella— ¿Y si pedimos que nos traigan el desayuno y nos quedamos todo el día haciéndolo en esta cama?... —le mordió el cuello de nuevo.

—¿Sin levantarnos? —le sujetó la barbilla mirando sus labios.

—Sin levantarnos.

—¿Y cómo vamos a hacer pis?

—Pues en ese caso te seguiré y te lo haré en el baño también... —la mordió otra vez.

—¡Estás fatal!... —le apartó quitándole la toalla de los hombros y se levantó de un salto— Voy a ducharme. —le tiró la toalla a la cara— ¡Sola! Así que ve pidiendo el desayuno, por favor... ¡que tengo hambre! —entró en el baño y abrió la ducha riéndose.

12:36h



Aparcaron en una de las callejuelas del pueblo y dieron un paseo hasta el mercado. Había bastante gente, porque además del tradicional mercadillo, ese fin de semana se celebraba una jornada gastronómica dedicada al vino portugués de la zona.

Disfrutaban de los distintos puestos de artesanía y comida esparcidos por la plaza principal de la villa.

Se acercaron a uno dónde servían el vino con diferentes tipos de empanadas y tostas.

Estaban de pie, frente al mostrador, charlando mientras probaban los distintos platos.

Lorenzo le pasaba el brazo por los hombros mientras le daba a beber de su copa.

Marina se medio giró para darle un beso y de repente dio un salto.

—Lorenzo, ¡suéltame!

—¿Qué? —puso cara de no entender lo que le decía.

—Saca la mano de mi hombro... —dijo entre dientes— No mires.

Lorenzo bajó el brazo siguiendo sin entender.

—¡Mierda! —puso una sonrisa forzada y saludó con la mano— Héctor.

—¿Quién?

—¡Héctor, joder!

—¿Héctor?, ¿qué Héctor? —Lorenzo estaba cada vez más confuso hasta que cayó en la cuenta— ¡Hostia! ¡Héctor!

—Sí. Y viene hacia aquí. Nos ha visto. —bajó la cabeza girándose de nuevo hacia el mostrador— ¡A ver qué coño nos inventamos! —apoyó la copa con un gesto brusco— Bufff... ¡joder, que marrón!, con lo que raja este... y sabe que los dos estamos casados.

—Bueno, ¿y qué? —intentó quitarle importancia para tranquilizarla— No es de su incumbencia.

Marina le dedicó una mirada cargada de frialdad.

—Lorenzo... ¡no me jodas!

Héctor llegó a su altura con su cámara colgada del cuello.

—Marina, ¡qué sorpresa! —le dio dos besos y se giró hacia Lorenzo ofreciéndole la mano— ¡Hombre!, ¿qué tal? ¿cómo estáis chicos?

«Hasta que llegaste tú, de puta madre...».

—Pues bien, bien... —dijo Marina.

—Por aquí andamos... —contestó Lorenzo— ¡Ya ves! Mi periódico y la agencia de Marina van a hacer una colaboración y hemos venido a echar un vistazo a las catas de vino...

«Joder, Lorenzo... que mal mientes... ¿una colaboración?...».

«Déjalo... si ya da igual...».

Marina le interrumpió.

—¿Y tú qué? ¿Qué te trae por aquí? —contraatacó— Como siempre, con tu cámara de aquí para allá, ¿no?

—Sí, sí. Ya sabéis. No paro quieto. Ando todo el día con la mochila a cuestas.

—¡Qué bien! ¡Así no te aburres, hombre!

—Sí, bueno, —se encogió de hombros— es curioso, hacía un montón que no coincidíamos, ¿desde la cena, no?

—Pues sí, creo que sí. —apuntó Marina.

—Sí, ya llovió —siguió Héctor— y en menos de una semana me encuentro con varios compañeros del Seminario.

—Ah, ¿sí?...

—Sí. El otro día estuve saludando a Luis. El de Atel-Up.

—Sí, sí. Me acuerdo de él.

—Sí. Estaba en Santiago, en la inauguración de una galería de arte con tu amiga.

—¿Con quién?

—Sí. Con la chica que trabaja contigo. La que vino aquel día a traerte unos papeles al Marina Cíes... Cristina, ¿no?

—Sí, Cristina. —Marina se volvió más hacia él— ¿Estás seguro, Héctor?

—Pues sí. —le dio la vuelta al objetivo de su cámara para ponerle la tapa protectora— Estoy seguro de que era ella. Segurísimo, vamos.

—su teléfono comenzó a sonar en el bolsillo de su camisa— Bueno, chicos, tengo que dejaros. El deber me llama. ¡Me alegro de veros!

—les tendió la mano apresuradamente— ¡A ver si coincidimos otra vez! —descolgó el teléfono y se alejó.

—Sí, sí. Seguro. Hablamos.

—¿Tú has oído eso? —Marina se volvió hacia Lorenzo con cara de póker—  
Cristina y Luis... ¿juntos? Qué raro...

—Sí que es raro, sí.

—No me ha comentado nada de que estuviese saliendo con él...

—Ya...

—Hombre, su vida privada no es asunto mío... —cogió la copa y dio un trago— No sé...

—No. Su vida privada no, —se llevó un trozo de empanada a la boca— pero si sale con un tío que es competencia directa del lugar dónde trabaja... —se sacudió las migas de la camiseta— No sé... un conflicto grande sí que hay, ¿no crees? —se sirvió más vino y dio un trago también— Es muy raro, Marina.

Visitaron el Museo Etnográfico y comieron en uno de los restaurantes del pueblo, en una estupenda terraza con una preciosa vista sobre el río Mondego.

Regresaron al hotel después de comer, con la intención de pasar la tarde descansando en la zona de las piscinas, tomando el sol y bañándose.

22:19h

—Quiero que me esperes fuera, ¿vale?

—¿Por qué?

—Porque no quiero que me veas mientras me arreglo. —le señaló la puerta— No sé, vete al bar o a dar una vuelta por el jardín. Dame media hora. —volvió a insistir estirando el brazo— Me dijiste que me pusiera sexy ¿no?

—Sí. Eso te dije.

—Bueno... —se pegó a él mirándole a los ojos mientras hablaba a un centímetro de sus labios— ¡Pues vas a ver lo sexy que me voy a poner para ti!... pero quiero que me esperes fuera... —le besó mordiéndole el labio y tirando de él— ¿De acuerdo?

—Está bien. —ladeó la cabeza sonriendo en señal de aprobación— Tú ganas... sacaré el coche hasta la entrada principal y te espero allí en media hora, —la sujetó con fuerza por la cintura y la atrajo hacia

él— pero... ¡media hora! Si tardas más, entraré a buscarte... mmm... y te castigaré.

—No te preocupes. —le pasó la mano por el pelo recolocándole un mechón rebelde de la frente— Es suficiente.

Lorenzo salió y la dejó sola.

Marina entró en el baño, se duchó y se secó con cuidado. Se aplicó bastante crema hidratante por todo el cuerpo pues le había cogido el sol durante la tarde. A estas alturas del verano había conseguido un tono dorado muy bonito. En cuanto la crema se hubo absorbido se aplicó un aceite seco, con partículas doradas, por la piel de los hombros, el escote y las piernas.

Se maquilló y se perfumó. Se hizo un moño alto, soltándose algunos mechones a los lados, para darle un toque sugerente al peinado. Se puso un tanga de encaje negro y se subió el vestido.

Era un vestido de corte lencero en color azul noche. Le quedaba justo por encima de las rodillas y tenía mucho vuelo. El tejido era suave y satinado. Tenía un pronunciado escote en pico por delante y los finos tirantes se cruzaban detrás, en su parte más baja, dejando la espalda totalmente descubierta, por lo que prescindió del sujetador.

Era una prenda muy sencilla pero de un corte impecable. Decidió completarlo poniéndose un fino collar con una tira de brillantes rematado en una piedra de Swarovsky de color rojo, colgando hacia atrás, de manera que la cadena oscilaba en su espalda dándole un toque muy elegante y provocativo.

Se calzó unas sandalias plateadas de estilo romano con un vertiginoso tacón y eligió únicamente un brazalete ancho de plata labrada que se había comprado durante unas vacaciones en México.

22:50h

Guardó el móvil y una barra de labios en su cartera y salió del hotel. Caminaba con arrogancia por el pasillo consciente de que iba llamando la atención.

Llegó a la parte alta de la escalera principal y vio a Lorenzo distraído con el móvil esperándola, apoyado en la carrocería del coche.

Sonrió.

«Te vas a enterar, chaval...».

«Sexy... ¡toma sexy!».

Comenzó a descender por las escaleras mientras el vestido ondeaba peligrosamente por sus piernas con la brisa. Los pezones se le marcaban por debajo de la tela, dejando ver que no llevaba sostén y la tira del collar se posaba suavemente en la piel de su espalda señalando el camino hacia su trasero.

Tenía razón. Ese vestido era simple y llanamente escandaloso.

Lorenzo dio un salto y se levantó en cuanto la vio aparecer sin dar crédito.

Marina llegó a su lado.

—Cierra la boca. —dijo divertida— ¿Me dijiste sexy, no? —se colocó uno de los tirantes que se había resbalado un poco por su hombro— ¿Es lo suficientemente sexy para ti?

—Joder, Marina... ¡Joderrrr! —dio una vuelta alrededor de ella mirándola de arriba abajo— Estás... hostias... ¡estás espectacular!

23:41h

Se desviaron de la carretera principal y se adentraron por un estrecho camino de tierra que apenas estaba iluminado en medio del bosque. Lorenzo no soltaba prenda sobre el lugar al que se dirigían y Marina estaba cada vez más intrigada.

Llegaron a un claro y entre las sombras distinguió un viejo cartel oxidado que ponía "ESTACIONAMIENTO".

Lorenzo avanzó despacio por el lugar y aparcó el coche en batería entre otros dos.

Sentía cada vez más curiosidad.

Miró a su alrededor y se percató de que todos los coches que había en el parking eran vehículos de alta gama.

Había dos Porsche Cayenne negros y un Panamera gris plomo. Un Jaguar y varios Mercedes y BMW deportivos en sus versiones más caras y potentes.

—Vaya. ¿Qué clase de lugar es este?

—La clase de lugar en el que nadie te hace preguntas.

—Pero... —se mostró más intrigada— ¿Qué clase de gente viene aquí?

Lorenzo apagó el motor y se giró hacia ella divertido.

—La clase de gente a la que le gusta pasar desapercibida. —le puso la mano en el muslo de nuevo— ¿Vamos?

La noche era muy calurosa. El termómetro del coche marcaba 26º grados en el exterior.

Caminaron hacia un edificio de dos plantas situado en uno de los laterales del recinto.

Era viejo y tenía las contraventanas de madera de color oscuro. Un discreto cartel de neón azul y rojo, en forma de flecha, señalaba la entrada.

No había ningún nombre ni ninguna otra indicación.

Lorenzo empujó la puerta, le dio la mano y accedieron a un angosto y oscuro pasillo. Al fondo se oía música y se veía luz, aunque bastante tenue.

Olía a humo de cigarrillos, a alcohol y a sudor. Era un olor ácido y penetrante como agujas clavándose en la nariz.

—Enseguida te acostumbrarás —dijo Lorenzo rozándole la nariz con el dorso de la mano.

Llegaron al interior del local y Lorenzo se paró en medio.

—Bueno, ya estamos. —le posó las yemas de los dedos en la curva de su espalda bajando hacia el final del vestido.

Marina se estremeció con el contacto. Recorrió el local con la mirada y se dio cuenta de que estaba en uno de esos clubs privados que no aparecen en los mapas.

Tenía una zona con mesas redondas y otra al fondo con sillones y mesas bajas, más privada.

Aunque estaba bastante oscuro, pudo distinguir a tres mujeres enrollándose con dos hombres en uno de los reservados. Dos mujeres solas montándose en la barra y varios grupos de dos, tres y cuatro personas esparcidos por el local haciendo lo mismo.

Le dio vergüenza mirar pero se percató de que aparentemente nadie les prestaba atención.

—Aquí no hay reglas —dijo bajando la mano hacia su trasero un poco más—. Puedes hacer lo que quieras. Nadie te va a preguntar. Marina sintió calor en el pecho y el pulso se le disparó.

—Pero hay normas. —continuó— No te preocupes. Nadie va a tocarte... Sólo te van a mirar. Nada más. —la apretó más hacia él clavándole los dedos en la carne— Escoge... —miró hacia la barra— ¿Tequila?... —desvió la mirada a la puerta— ¿O nos vamos?... Tú decides...

Le miró traviesa.

—¡Tequila!

Se acercaron a la barra y Marina apoyó su cartera sobre ella. Tenía el pulso aceleradísimo, en una mezcla de nervios, vergüenza y curiosidad. Nunca había estado en un lugar así y no sabía qué podía esperar.

—Boa noite, Joao!

—Boa noite, senhor Alcázar! —el camarero se acercó a ellos sonriendo— Tempo sem ve-lo!

—Duas tequilas, por favor, Joao.

—Agora mesmo!

Lorenzo le acercó un taburete pero Marina prefirió quedarse de pie.

—Sinceramente, —se acercó a su oído— no sé si quiero saber de qué conoces al camarero y de qué conoces este sitio...

—Bueno, ya sabes... —acercó los chupitos y el plato de la sal— los periodistas tenemos amigos en todas partes. —cogió dos trozos de limón y le ofreció uno— Nuestras fuentes son de lo más diverso, ¡jajaja!

—Ya... no me digas más. —sacudió el brazo con gesto despreocupado.

—Permíteme. —Lorenzo cogió su mano y le lamió la piel entre el pulgar y el índice. Hizo lo mismo con la suya y esparció los granos de sal en ambas.

—¿Lista?

—¡Lista!

Lamieron la sal, se tomaron el chupito a la vez de un trago, golpeando el vaso en la barra y chuparon la rodaja de limón.

—Guauuuuu... —Marina se llevó el dorso de la mano a la boca arrugando la nariz— Joderrrr... ¡cuánto tiempo hacía que no probaba esto!... uff... ¡qué fuerte!... ¡cómo rasca...!

—Venga... ¡qué no se diga!... —la cogió por la barbilla y la besó metiendo la lengua despacio en su boca.

Marina sintió una contracción en su vagina y apretó los muslos.

—¿Otro?

—¡Otro!

Lorenzo hizo una señal con la mano levantando dos dedos.

—Duas mais.

—Mmmm... Joder... ¡Qué sexy te pones cuando hablas en otro idioma!

—¡Jajaja!... ¿No me digas? ¿Estás borracha ya? ¿Con un chupito?

—No, no estoy borracha todavía... —se acercó a él y le desabrochó un par de botones, rozándole el torso con la yema de los dedos— ... ¡Pero pronto voy a estarlo! —esta vez le besó ella— ... ¡Joder, qué bueno estás!

Lorenzo llevaba unos pantalones de loneta negros, remangados en el tobillo, con unos mocasines de ante también negros y una camisa del mismo color, con el logotipo de Carolina Herrera bordado en rojo. Se había enrollado las mangas hasta el codo dejando sus fuertes antebrazos al descubierto. Con las pulseras de cuero y las venas surcando su tostada piel, tenía un aspecto de lo más seductor.

El camarero puso la segunda ronda y se los bebieron de nuevo a la vez.

—¡Uuuhhh!... ¡Qué fuerteeeeee! ¡Aggg! —gritó Marina.

—¿Otro?

—¡Otro!

Se bebieron el tercero, esta vez, entrelazando los brazos y chupando la sal de la mano del otro.

Lorenzo la devoraba con la mirada.

«Joderrr... Lorenzo deja de mirarme así...».

«Dios... ya tengo ganas de follármelo otra vez...».

Marina estaba cada vez más acalorada. Las mejillas le ardían y el alcohol y la atmósfera cargada del local la estaban excitando cada



vez más.

La bola de discoteca que colgaba sobre la pista giraba reflejando la luz, distorsionando las caras y los cuerpos. Marina no podía dejar de mirar las parejas, tríos y hasta cuartetos que disfrutaban en los reservados, en la pista e incluso en la barra, sin pudor de sus cuerpos.

Era una sensación nueva y extraña pero le gustaba.

—¿Estás bien?

—Sí. Perfectamente —respondió moviéndose al ritmo de la música. Comenzó a sonar "Havana", de Camila Cabello.

—Baila para mí. —Lorenzo se acercó y deslizó su dedo por el cuello y el pecho hasta el final del escote.

Le miró sin comprender lo que quería decir.

Lorenzo señaló la pista ladeando la cabeza.

—Sí. Ahí. —bajó más el dedo— Tranquila. Ya te lo he dicho... Nadie te va a tocar... Sólo van a mirarte.

—Lorenzo... yo...

—Shhh... —se pegó a su oreja bajando la mano por su espalda hasta tocar el hilo de su tanga— ¿Confías en mí?

—Sí...

—¿Te gusta que te miren?

Sintió un latigazo en su columna.

—Sí...

—Pues ve.

No se podía creer lo que iba a hacer.

«Diosss... ¡qué fuerteeee!...».

Se deslizó hacia la pista moviéndose al ritmo de la canción. El vestido dejaba entrever la silueta de sus senos por los lados mientras caminaba.

Estaba bastante mareada por el alcohol y el calor que comenzaba a ser asfixiante, haciéndola sudar mientras bailaba.

Marina movía sus caderas y pegaba sus manos a su cuerpo arrastrándolas por los muslos subiendo el vestido hasta el límite de sus piernas.

La cadena se balanceaba pegándose a la piel de su espalda mojada por el sudor.

La canción seguía. Estaba excitadísima. Lorenzo tenía razón. Nadie la tocó, pero podía sentir las miradas del resto de hombres y mujeres clavadas en su cuerpo.

«Ufff... estoy mojadísima...».

Lorenzo se acercó por detrás pegándose a ella. Podía notar su erección a través del pantalón y su clítoris comenzó a palpar.

El corazón le iba a mil por hora. Creía que iba a tener un orgasmo allí mismo, de pie, en medio de la pista, delante de todas esas personas.

La canción terminó y la giró para besarla.

—Marina... eres increíble, pequeña... increíble. —la besó de nuevo poniéndole las manos en las nalgas— Te adoro... ¡eres tan sexy!...

—le apretó más el culo hacia su entrepierna— Vamos fuera. No puedo esperar. ¡Vamos a follar! ¡Quiero follarte, Marina!

—Sí... sí, por favor... ¡Vámonos!

Salieron al aparcamiento y Lorenzo la sentó sobre el capó del coche. Le abrió las piernas y comenzó a acariciarla entre los muslos subiéndole el vestido.

—Lorenzo... —inclinó la cabeza hacia atrás gimiendo— Lorenzo, pueden vernos... puede pasar alguien... —Lorenzo llegó hasta su tanga y gimió otra vez.

—Shhh... pequeña... —la arrastró hacia abajo y la cogió por el cuello respirando en su boca— No pasa nada... ya te lo he dicho... nadie va a venir a molestarnos... es parte del juego... son las reglas. —dio un tirón rompiéndole el tanga y metió los dedos dentro de su húmeda vagina masturbándola con rapidez.

—Ohhh... —se tumbó sobre la carrocería apoyando la cabeza en la chapa y dejándose hacer. Por el rabillo del ojo vio como dos mujeres y un hombre entraban en uno de los Cayenne que estaba aparcado frente a ellos, con una botella de whisky, para continuar la fiesta en su interior— ¡Joder, Lorenzo!... joder...

—¿Qué preciosa?, ¿qué?...

—¡Quiero follarte, Lorenzo!... ¡Quiero follarte!... —se retorció cada vez más— Quiero tu polla... ¡por favor!

—Está bien... —la arrastró de nuevo más abajo y se desabrochó el cinturón— ¡Voy a follarte encima de mi coche! —la cogió por el cuello

de nuevo pegando su cara a la de ella— ¡Voy a follarte aquí, Marina! —le mordió los labios besándola con rudeza— Tócate... Tócate para mí.

Marina ya no pensaba. Respiraba con dificultad. El nivel de excitación que había alcanzado era brutal. Estar encima de un coche, expuesta a cualquiera que pudiese pasar, con Lorenzo a punto de sacar su polla para penetrarla era imposible de soportar para ella.

Levantó más el vestido, abrió las piernas y comenzó a acariciarse y a meterse los dedos. Los tirantes resbalaron por su hombros dejando sus pezones oscuros y endurecidos al descubierto. Comenzó a gemir presa de un apetito sin igual.

La visión turbó de tal manera a Lorenzo que terminó de desabrocharse el pantalón y agarrándola por las caderas la penetró sin más preámbulos.

—¡Ven aquí!... ohhh... —jadeó— ¡Me cago en la puta!... —comenzó a embestirla sobre la carrocería sintiendo su polla cada vez más dura— Joder... pequeña... es la primera vez que follo encima de mi coche... ¡Qué puta pasada!... jodeeer...

—Lorenzo... —golpeó la chapa con las manos y le cogió la cara mientras movía la pelvis hacia delante buscando hacer más profunda la penetración— Me voy a correr Lorenzo... ¡Me-vo-y-a-co-rrer!...

—Sí... sí... Marina... ¡puedes correrte, cariño!... —jadeó profundamente— Vamos... ¡vamos juntos, pequeña!

Lorenzo la rodeó con los brazos cogiéndola por el culo y embistiéndola con más rapidez, hasta que los dos explotaron en un orgasmo tan fuerte que necesitaron varios minutos para normalizar sus respiraciones y bajar del coche.

00:57h

—¡Eres alucinante!... No sé cómo puedo hacer estas cosas contigo... ¡Joder, Lorenzo!... uff... —se agarró a su cuello deslizándose por el capó hasta poner los pies en el suelo.

—¡Tú si que eres alucinante! —le pasó el brazo por la cintura para sujetarla y ayudarla a levantarse— No tienes miedo de explorar tus límites. De ver hasta dónde puedes llegar. —le levantó la barbilla y la

besó con delicadeza en los labios— Confías en mí, sin hacer preguntas... —volvió a besarla— y eso me gusta... Me gusta mucho.

—Oye... —Marina se agachó y recogió el tanga inservible del suelo agitándolo delante de su cara— Tienes que dejar de hacer esto... ¡Esta manía tuya de dejarme sin bragas se tiene que acabar!

—¿Por? —dijo con una mueca divertida— No veo qué problema hay a que vayas sin bragas —se acercó y le tocó el culo por debajo del vestido— ¡A mí me gusta más así!

—¡Lorenzo! —dio un respingo y le apartó de un manotazo— ¡De verdad, que no puedo contigo!

Entraron en el coche riéndose. Se pusieron los cinturones y Lorenzo se inclinó sobre ella para besarla una vez más.

—¿Te ha gustado, pequeña? —le susurró acariciándole la nariz con el dorso de la mano.

—Sí... me ha gustado mucho. Ha sido desconcertante y extraño al principio... pero...

—¿Pero?

—Pero contigo todo es muy fácil... muy natural... no sé... —le rodeó la muñeca con la mano y le besó el interior del antebrazo— Me siento bien contigo... me siento segura... siento que puedo ser yo.

—Eres realmente increíble... ¿lo sabes, no? —la besó en la frente y encendió el motor— Volvamos al hotel.

01:36h

Marina se estiró un poco el vestido, echó los hombros hacia atrás y subió las escaleras delante. La cadena se balanceó rozando sutilmente su piel, posándose de nuevo en el hueco de su espalda.

—Marina.

—¿Qué?

Subió varios escalones para acercarse a ella, quedándose uno por debajo.

—Todavía no he acabado contigo esta noche.

La cogió por la cintura con las dos manos, clavándole los pulgares por debajo de las costillas. Marina podía sentirlos hundidos en su piel al respirar. Le besó el canalillo y la izó en brazos, colocándole las

piernas alrededor de su cintura, cargando con ella hasta la puerta de la habitación.

Su sexo desnudo chocaba contra la hebilla de su pantalón y Marina volvía a estar excitada de nuevo.

Lorenzo abrió la puerta cerrándola tras ellos de un puntapié. La llevó hacia la pared besándola con ímpetu sintiendo como crecía de nuevo la excitación entre los dos. Le soltó el pelo, que cayó como una cascada sobre sus hombros.

—¡Joder, Lorenzo!... eres insaciable —murmuró en su oído.

—Sí... pequeña... contigo lo soy... —le separó la cara cogiéndola del pelo— No me canso de ti.

Marina respiraba con dificultad de nuevo. El deseo había vuelto a apoderarse de ella sin piedad.

La sentó a los pies de la cama sacándole el vestido por la cabeza.

Se quedó frente a ella con la mirada totalmente ida. Esa mirada oscura y penetrante que hacía que Marina se estremeciese y no pudiese pensar.

—¡Ponte a cuatro patas! —le ordenó con voz grave.

—¿Qué...?

—Date la vuelta y ponte a cuatro patas —repitió mientras se desabotonaba la camisa. Se la sacó de un tirón hacia atrás quedándose con el torso desnudo.

«Dios... que bueno está...».

Marina hizo el gesto de adelantarse para tocar su pecho y recorrer sus músculos uno a uno.

—¡¡No!! —la frenó— Todavía no. A cuatro patas, Marina. ¡No te lo voy a volver a repetir!

Protestó contrariada. Odiaba cuando la castigaba así, pero también la volvía loca. Provocaba que el deseo se disparase de golpe en sus entrañas.

Se inclinó para descalzarse.

—No te las quites.

Obedeció y se subió encima de la cama con el culo en pompa y los pies colgando en el borde.

—Muy bien... —se paseó delante de ella desabrochándose el cinturón y deslizándolo por las trabillas de su pantalón.

Marina tragó saliva y contrajo los músculos de su vagina.

Tenía los sentidos a flor de piel de nuevo. Ya estaba empapada otra vez.

Lorenzo sacó de la bolsa un vibrador anal con forma de plug. Era de silicona negra, muy suave al tacto y terminado en una brillante piedra dorada.

Se lo acercó a la cara y se lo frotó por los labios antes de metérselo en la boca.

—¡Chúpalo! Chúpalo, como si chuparas mi polla.

Marina comenzó a lamer el juguete y Lorenzo presionó el botón de encendido. El aparato comenzó a vibrarle en la boca y un escalofrío le recorrió la columna.

—Ves... —la cogió del pelo revolviendo su melena— ¿Lo sientes?

—Ohhh... —gimió balanceándose.

—Eso es lo que le va a pasar a tu trasero. —se acercó a su oreja mientras le metía la mano entre las piernas buscando su clítoris— Y mientras tu culito vibra, voy a follarte por delante hasta que explotemos juntos.

La sangre se le agolpó en las sienes y se retorció de nuevo sintiendo una corriente por todo su cuerpo. Pensar en lo que ese hombre iba a hacerle la trastornaba disparando sus pulsaciones.

Se untó la mano con lubricante y la frotó entre sus piernas estimulando su ano con el pulgar.

Le sacó el plug de la boca y se lo introdujo despacio en el culo.

Marina sacudió el trasero hacia fuera y se mordió el labio al sentir el consolador en su interior. Lorenzo lo encendió y le dio una palmada en la nalga.

Marina dio un respingo y jadeó por la sensación tan potente que estaba sintiendo.

La piedra brillaba entre sus nalgas, ofreciendo una imagen muy sugerente, haciendo que Lorenzo se excitase cada vez más.

—Tócate, pequeña. Tócate para mí, mientras tu culito vibra.

Marina comenzó a acariciarse con una mano mientras utilizaba la otra para mantener el equilibrio. Se balanceaba adelante y atrás gimiendo y jadeando entornando los ojos.

Lorenzo encendió un par de velas y apagó las luces. Conectó el equipo de música y arrastró una silla hasta la cama.

Se sacó los pantalones y los calzoncillos apartándolos de una patada, quedándose completamente desnudo con el miembro tenso como una roca. Se la tocó delante de ella mostrándole su glande rojo e hinchado a punto para penetrarla.

—¡Arriba! —le dio la mano para ayudarla a bajarse de la cama y la atrajo hacia él.

Lorenzo se sentó en la silla y tiró de ella para colocarla a horcajadas sobre él.

El consolador seguía vibrando y Marina se sentó despacio, dejándose resbalar, introduciéndose la polla en la vagina poco a poco.

—Ohhh... —gimió Lorenzo— Así, pequeña así. —la cogió de la nuca y le metió la lengua en la boca buscando la suya.

—Joderrr... —jadeó abrazándole mientras le besaba apoyándose en los tacones para subir y bajar lentamente a lo largo de su pene. La sensación de plenitud la desbordó y su cuerpo se arqueó echándose hacia atrás, ofreciendo los pezones a su amante.

«Ufff... me está volviendo loca... loca...».

—Sí...sí... Vamos, Marina... pequeña... vamos... —la hacía botar más, mientras la mordía y le chupaba los pechos sudorosos.

En el equipo de música sonaba "Never Be The Same", de Camila Cabello y Marina respiraba y jadeaba sintiendo que la canción estaba escrita para ella. Era una adicta. Lorenzo era su adicción y ahora que lo había probado ya no podía parar. Ya nunca sería la misma.

"... Como la nicotina, heroína, morfina...

De repente, estoy ansiosa y tú eres lo único que necesito.

Tú tienes la culpa, con solo una dosis de ti, sabía que nunca seré la misma,

Nunca seré la misma... Estás en mi sangre, estás en mis venas, estás en mi cabeza... Y podría intentar huir, pero sería inútil...

nunca seré la misma...”

El orgasmo les llegó a los dos haciéndoles explotar como una granada de mano, mientras se retorcían y gritaban el uno el nombre del otro. Se mordieron y se arañaron, retorciéndose y botando como animales salvajes en una experiencia brutal.

Terminaron empapados en sudor, abrazados y sintiendo que el resto del mundo no existía. Sólo ellos y esa habitación. Nada más. Nadie más.

Poco a poco recuperaron la respiración y se metieron en la cama. Marina estaba exhausta y su cabeza todavía no había sido capaz de procesar las intensas sensaciones que su cuerpo y su mente habían experimentado esa noche.

—Pequeña... —la besó en la cabeza abrazándola contra su pecho.

—Lorenzo... ¿qué me has hecho? —se acurrucó sobre él enredando su pierna entre las suyas— Jamás había sentido nada parecido... jamás.



20 de agosto, domingo.

10:42h

Marina salió del cuarto de baño con el albornoz del spa puesto y una toalla enrollada en la cabeza.

Lorenzo seguía acostado.

El servicio de habitaciones llamó a la puerta para llevarles el desayuno.

—Yo abro. No te preocupes. Quédate en la cama. ¡Pero tápate, por Dios! —puso los ojos en blanco riéndose y se dirigió a la puerta.

—Está bien. —se subió la sábana hasta la cintura.

—Bom dia! —saludó a la camarera.

—Bom dia! O café da manhã!

—Muy bien. Déjelo aquí. Yo lo llevo. Obrigado!

Marina cruzó el cuarto con el carrito hasta el balcón y colocó una bandeja sobre la mesa, dejando el resto a un lado.

Volvió al baño para terminar de secarse el pelo.

—Enseguida termino —dijo cogiendo el secador—, puedes ir empezando si quieres.

—No. Tranquila. Te esperaré. Voy a quedarme un rato más en la cama.

—Como quieras, guapo.

Marina terminó y se recogió el pelo para estar más fresca.

Aún no era mediodía pero ya se notaba bastante calor, pues por la noche el termómetro casi no había bajado de los 20 grados y apenas había refrescado el ambiente.

Lorenzo permanecía en la cama. Estaba callado y miraba al techo con los brazos flexionados detrás de la cabeza.

Cogió un bote de crema hidratante y se sentó en una de las butacas de espaldas a él para aplicársela en las piernas. Comenzó por los tobillos y fue subiendo por las pantorrillas hasta los muslos, masajeándola para que penetrase en la piel.

—¿Te acuestas con él?

—¿Qué?

—Que si te acuestas con él.

Marina dejó de mover las manos.

—¿Con quién? ¿Con Ernesto? —contestó sin mirarle.

—Sí... ¿Os acostáis?

—¡Pues claro que me acuesto con él! —cerró el bote con brusquedad— Es mi marido. Y le quiero. Ya lo sabes.

—Sí... Ya lo sé.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Te acuestas con Patricia?

—Sabes que hace meses que no la toco.

—Ya, bueno... pero, ¿a qué viene esto ahora? —se levantó con el gesto serio y se fue hacia la terraza para servirse un café.

—A nada, perdona. —chasqueó la lengua y se levantó sacudiendo la sábana. Se sentó en el borde de la cama y se inclinó hacia delante apoyando los codos en las rodillas— Sólo era una pregunta.

—¡Pues deja de preguntar! —espetó visiblemente molesta, mientras revolvía su taza.

Lorenzo inspiró profundamente y se levantó para ir a la terraza. Se paró en el marco de la puerta.

—Es sólo que... —caminó hacia ella abrazándola por detrás, apoyando el mentón en su hombro— No quiero compartirte.

—Ya... —intentó zafarse— Pues sabes que eso no va ser... Creí que lo habíamos dejado bastante claro, Lorenzo.

—Por favor... —la atrapó de nuevo por la cintura— Yo no... —le sujetó la cabeza por la nuca y pegó su frente a la de ella— No me hagas caso... no quería molestarte... —le cogió la cara con ambas manos— No te enfades conmigo... ¡por favor, Marina! —la besó con rapidez recorriendo su boca con la lengua buscando su perdón.

Marina no le correspondió al principio e intentó separarse, pero en menos de diez segundos cayó rendida de nuevo bajo la red de ese hombre. Sus piernas flaquearon y le abrazó haciendo el beso más profundo. El cinturón del albornoz cedió dejando su cuerpo expuesto al contacto con la piel desnuda de Lorenzo.

—Pequeña... —gimió en su oído— No quiero pasar las últimas horas discutiendo. Quiero volver a hacerte el amor...

La sentó en uno de los sillones de la terraza y le abrió el albornoz por completo.

Cogió el frasco de la miel y sacó un poco con la cuchara de madera.

La esparció por sus pezones. Primero uno y luego el otro. Iba dejando caer un hilillo en cada uno, chupándolo y lamiéndolo una y otra vez.

Se arrodilló delante de ella y continuó goteando miel por todo su cuerpo hasta su vientre, llegando a su pubis.

Marina comenzó a separar cada vez más las piernas. Lorenzo se percató y sonrió divertido.

—¡Vaya! ¡Tenemos hambre esta mañana!

—¡Eres un cabrón! —se estremeció— ¡Me vuelves loca! —jadeó moviendo la pelvis hacia delante involuntariamente.

—¡No más que tú a mí! —le separó los muslos y hundió los labios en su sexo para darse un festín.

Marina inclinó la cabeza hacia atrás y se dejó hacer. Este hombre la estaba llevando a la locura. La dominaba y la vencía sin que pudiese rebelarse. Era inútil. Siempre ganaba el deseo.

Siempre ganaba él.

Siempre ganaba Lorenzo.

21 de agosto, lunes.

11:48h

Pulsó varias veces el botón del ascensor resoplando.

«¡Vamos, coño!».

«Joder, ¡qué tarde es!, ¡con la de cosas que tengo que hacer esta mañana!».

Habían apurado hasta el último minuto en Portugal y llegó muy tarde a casa la noche anterior. Después, Lorenzo la llamó por teléfono para saber si había llegado bien y se quedaron hablando hasta la madrugada. Por la mañana el despertador había sonado varias veces, pero había sido incapaz de levantarse. Estaba totalmente agotada.

Entró en la agencia y recogió el correo y la prensa en la bandeja de la entrada.

—¡Buenos días, Cristina!

—¡Hola, Marina! ¡Buenos días!

No tenía ganas de hablar y se fue directa a su despacho.

Se sentó en el sillón y encendió el ordenador. Mientras esperaba ojeó los sobres de las cartas pasándolos de una mano a otra.

Recordó el encuentro con Héctor y su revelación sobre Cristina y Luis.

«Tendré que contárselo a Andrés... por si acaso...».

«Con lo poco que me apetece hablar con él...».

«Joder.. y menos aún para decirle algo de mis empleados».

Se sintió incómoda por desconfiar de Cristina.

«Nooo... Cris nunca haría nada que nos perjudicase...».

«De todas formas se va mañana de vacaciones...». —chasqueó la lengua sacudiendo la cabeza.

«Luego decido si le llamo o no...».

De repente, una carta llamó su atención. Era de la DGT. Estaba certificada. Cristina la había recogido. Tenía autorización y orden para recoger cualquier tipo de correspondencia y así evitarle paseos innecesarios a Correos.

La abrió nerviosa y la leyó.

Era una multa de tráfico por exceso de velocidad.

El 31 de julio a las 16:52, tramo de la autopista AP-9 A Coruña—Tui, en el km 134, término municipal de Padrón, en dirección a Vigo.

Por circular a 158 km/h en un tramo limitado a 120 km/h.

Falta grave.

Sanción: 300 € de multa y retirada de 2 puntos del carnet de conducir.

«Mierda... ¡joder!».

«Fue el primer día que subí a Coruña con Lorenzo».

Metió la carta en el sobre de nuevo y la guardó en el bolso visiblemente contrariada.

«¡Joderrrr, 300 eurazos y dos puntos menos!... ¡me cago en!...».

«¡Qué mierda!...».

El martes, después de pagar la multa en el banco, pensó en llamar al inspector y pasarse por la comisaría pero al final desechó la idea.

«No, Marina. No. No te vuelvas paranoica».

«Cristina puede salir con quien quiera. No es asunto mío. Es una mujer muy sensata y responsable, si saliese con Luis... que no lo sé yo... ¡este Héctor a veces habla de más!, sabría separar las cosas».

«No. Definitivamente, no».

Estuvo el resto de la semana entretenida trabajando por las mañanas y saliendo por las tardes a tomar algo con su padre y con su hermana.

Excepto el miércoles y el viernes que comió con Lorenzo en Casa Catalina, pasando ya el resto del día con él.

26 de agosto, sábado.

19:23h

—¡Hola, cariño! —dejó la maleta y las bolsas en el suelo abrazándola con fuerza— Mmmm... ¡qué ganas tenía de verte y de volver a casa! —le dio un beso en los labios y le frotó la nariz con la suya.

Marina le abrazó también sintiendo una extraña sensación de paz y angustia al mismo tiempo.

Últimamente sus sentimientos eran bastante raros y volubles. Ya había dejado de intentar entenderlos, porque por más que lo pretendiese, no podía encontrar explicación a lo que sentía por esos dos hombres.

Al amor que sentía por su marido y a la atracción enfermiza que le provocaba Lorenzo.

—¡Qué bien que ya estás en casa, mi amor! —le rodeó el cuello con los brazos y le acarició la mejilla con la palma mirándose en ellos y perdiéndose en su intenso azul— Te echaba de menos, Ernesto. —le besó y volvió a abrazarle apretando la cara contra su pecho sintiendo el calor de su piel a través de su camisa.

—Ehhh... Tranquila, tranquila... ya estoy aquí. —notó su ansiedad y le acarició la cabeza despacio— Ven. Me voy a refrescar un poco y nos vamos a dar una vuelta a picar algo a una terraza por el Náutico. ¿Te apetece?

—¡Me parece perfecto!

Ernesto entró en el baño para darse una ducha. Marina quiso cambiarse también. Llevaba un vestido de algodón y decidió ponerse unos vaqueros y una blusa con una chaqueta. Aunque todavía hacía calor, a esas alturas del mes solían entrar nieblas a última hora de la tarde, refrescando bastante el ambiente al ponerse el sol.

—¿Estás lista?

—Ya voy. Espera... —Marina buscaba entre los cajones del vestidor — ¿Has visto mi foulard verde?

—¿Cuál? —Ernesto recogió las llaves del mueble de la entrada y se colocó un jersey sobre los hombros— Es que tienes tantos...

—No. ¡No tengo tantos! —le cortó.

—Bueno, mujer... pues no. No sé...

—¡Joder, Ernesto! —llegó al hall y buscó entre las prendas que colgaban del perchero— El verde de cuadros negros y blancos... ¡el que me regaló mi madre!

—Pues no. No lo he visto. ¡Lo tendrás por ahí, debajo de alguna cosa, mujer! —Ernesto abrió la puerta para salir— Venga, coge otro y vamos, ¡que son casi las nueve!

—Sí, vale... —resopló con resignación— supongo que sí, que estará por ahí, ya lo encontraré.

23:56h

Marina estaba dormida cuando notó la mano de su marido acariciar su cadera por encima del camisón. Se estremeció y Ernesto continuó levantando la tela y deslizado los dedos por su vientre. Pegó el pecho a su espalda y la pelvis a su culo encajándole las nalgas contra su entrepierna.

Le apartó el pelo respirando en su nuca mientras continuaba bajando por su cintura hasta su sexo.

Ernesto sabía de sobra dónde tenía que tocar a su mujer para despertar su deseo.

Marina sintió su aliento cálido en la piel de su cuello y sus dedos rozar su clítoris y sus labios despacio y comenzó a excitarse. Comenzó a excitarse mucho. Su vagina se mojó y Ernesto notó la humedad.

—Marina... —tenía la voz ronca— te deseo... te deseo mi amor.

Sintió su erección apretar contra su cuerpo y abrió más las piernas para permitir que su marido la tocara con su mano más profundamente.

Ella estiró el brazo hacia atrás y le tocó la polla masajeándosela arriba y abajo mientras se le ponía cada vez más dura.

La giró y se colocó encima de ella penetrándola despacio mientras saboreaba sus labios y su lengua gimiendo en su boca.

—Ohhh... nena, nena... —apuró las embestidas haciéndolas cada vez más profundas.

Marina abrió del todo las piernas rodeándole con más fuerza y empujando con los talones.

—Ernesto, mi amor... —comenzó a gemir y a respirar entrecortadamente— Ernesto...

—¿Qué?... mi vida... —la miró unos segundos y entrelazó sus dedos con los de ella, sujetándole las manos contra el colchón— Te he echado de menos... Marina... —embistió más fuerte y notó cómo el cuerpo de su mujer se tensaba por la proximidad del orgasmo.

—Ernesto... Ernesto... —comenzó a temblar y a arquearse con las oleadas de placer que la comenzaban a sacudir— No puedo más... me corro... Ernesto... ahhhh....

—Sí, nena... sí... —las gotitas de sudor bañaban su frente y el azul de sus ojos se había ensombrecido presa del deseo que lo dominaba. Dio dos empujones más y se derramó con ella, vertiendo toda su semilla en su interior, eyaculando hasta la última gota.

—¡Joder, nena!... joder... ¡Qué ganas tenía, Marina! ¡Qué ganas! Se dejó caer a su lado boca arriba mientras recuperaba el ritmo normal.

La besó y la estrechó contra su pecho para dormir abrazándola.

—¡Te quiero, nena! Te quiero.

—Yo también te quiero, Ernesto... —murmuró bajito— Yo también te quiero.

Enredó su pierna entre las de él y se quedó dormida enseguida.



29 de agosto, martes.

12:30h

Acababan de hacer el amor y Marina trazaba líneas y formas imaginarias con el dedo sobre su torso. Lorenzo miraba al techo con una mano detrás de la cabeza.

—Voy a dejar a Patricia.

—¿Qué?

—Que voy a dejar a Patricia.

—Pero... —Marina se incorporó cubriéndose el pecho con la sábana, frunciendo el ceño con inquietud.

—¡Estoy harto, Marina! Ya no quiero seguir fingiendo cuando llego a casa. No puedo. Ya no la quiero. —resopló incorporándose también— Marina... ¡estoy enamorado de ti!

—¡Lorenzo!... No. No... Espera...

—No voy a esperar, Marina. Esta noche cuando llegue a casa hablaré con ella. Alquilaré un apartamento y empezaré de nuevo. Total... casi ni nos hablamos ya... y ahora con lo nuestro...

—¿Con lo nuestro qué, Lorenzo? ¡No voy a dejar a Ernesto! Ya lo sabes. Le quiero y quiero estar con él.

—¿No me digas? ¡Pues ahora estás aquí conmigo! —dijo con una media sonrisa forzada.

—¡Eres un hijo de puta! ¿Cómo puedes decirme eso? —Marina saltó de la cama buscando su ropa apresuradamente— Yo nunca te prometí nada. ¡Serás cabrón! —trató de ponerse las bragas, pero Lorenzo se acercó a ella y la arrinconó contra la pared pegando su cuerpo desnudo al de ella.

—Perdona, amor mío... —chasqueó la lengua avergonzado— Perdona... No quise decir eso.

—¡Ya!, pero lo has dicho.

—¡Lo siento, joder! —Lorenzo apoyó su frente contra la de ella y le cogió las manos entrelazando sus dedos— Es cierto. Nunca me has prometido nada. Lo nuestro empezó... —suspiró pasándose la mano por la cabeza y mirando al suelo— Ya no sé cómo empezó... como un juego, supongo... y ahora, no puedo sacarte de mi mente... Pienso en

ti a todas horas... Sueño contigo... ¡Me duele el pecho cuando no estoy contigo!

—Dios... Lorenzo... no sigas. —posó los dedos en sus labios para hacerle callar.

—Lo estás arriesgando todo. Lo sé. No es justo para ti. No tengo derecho a pedirte nada... ¡Pero estoy loco por ti! —Lorenzo comenzó a besar su frente, sus ojos y sus mejillas buscando sus labios con desesperación.

—Ohhh... Lorenzo. ¿Qué me has hecho? No sé que me pasa contigo... ¡Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti!

Marina comenzó a temblar y una ola de deseo subió por sus piernas arrasando su vientre. Encontró los labios de Lorenzo y le besó con violencia, haciéndose daño, pero no le importaba. A él tampoco. La sujetó del pelo y con la otra mano buscó su sexo todavía mojado por el coito anterior.

Dio un respingo y apretó su vientre contra su cuerpo, notando su miembro duro y preparado para embestirla de nuevo.

La sujetó por las caderas y le subió las piernas montándola sobre él y empotrándola contra la pared, penetrándola con furia.

—Ohhh... Marina... ¡Te quiero, Marina! ¡Te quiero! Te deseo. ¡Te deseo tanto! No me canso de ti. ¡No me canso de follarte!

—Joder, Lorenzo... No pares... No pares... ¡Por favor! ¡Voy a correrme... Lorenzo!... ¡Voy a correrme!

Le clavó las uñas en las nalgas empujándole hacia el interior de su vagina, abriendo más las piernas para él.

Una... dos... y a la tercera embestida explotó.

Lorenzo sintió el orgasmo de Marina aprisionando su polla y tapando sus gemidos con los labios de ella se corrió gritando su nombre, mientras la mordía con fuerza en la boca.

El corazón le latía muy deprisa y tenía la respiración entrecortada por el esfuerzo.

—¡Mi pequeña! Mi dulce Marina... no te muevas... no te muevas, por favor... —susurraba en su oído mientras le acariciaba las mejillas ardientes apartándole el pelo de la cara.

Se quedaron de pie abrazados y apoyados contra la pared sin decir nada mientras el miembro de Lorenzo todavía estaba duro y se resistía a salir de su interior.

Lentamente se fue tornando flácido y terminó resbalando fuera de su cuerpo.

Bajó las piernas al suelo apoyándose en sus hombros.

¡Dios! Le encantaban esos hombros grandes y musculosos. Su piel estaba todavía más tostada debido al verano y era simplemente deliciosa. Oscura y suave, disfrutaba acariciándola y sintiendo la forma de cada músculo y de cada pliegue.

No quería dejar a su marido. Pero tampoco era capaz de renunciar a Lorenzo. No. Todavía no. Aún no estaba preparada.

Lo que sentía por este hombre era demasiado fuerte, demasiado intenso como para dejarlo marchar.

Cada vez que lo pensaba una punzada de angustia se instalaba en su estómago y terminaba desechando la idea.

No podía. No quería. Era de locos, porque seguía amando a Ernesto y sabía que no era justo para él. Estaba siendo egoísta y no pensaba. Sólo se dejaba llevar. Sólo vivía. Al día. Nada más.

—¡Ay, Dios!, tengo que estar en Vigo a las cuatro y media para atender un cliente. —dijo separándose y recogiendo las bragas que habían vuelto a caer al suelo— Será mejor que me dé una ducha y me vista, ya son casi las dos y no quiero ir a toda hostia por la autopista y que me pongan otra multa.

—¿No quieres que comamos algo antes? Podemos bajar al restaurante del hotel y tomar algo rápido.

—No, Lorenzo. Mejor me arreglo y me voy ya.

—Venga, mujer. ¡Tienes que comer algo! —Lorenzo revolvía las sábanas buscando sus bóxers— Nos da tiempo de sobra.

—No insistas —le contestó desde la ducha—. No tengo hambre y es mejor que te quedes un rato en la habitación. Sabes que me pongo nerviosa cuando estamos en sitios públicos. Nunca se sabe quién puede vernos. Acuérdate del día que nos encontramos con Héctor.

—Como quieras. ¿Me haces un sitio? —Lorenzo entró en el baño y abrió la mampara sonriendo con picardía.

—¡Lorenzo! Joder... ¡qué susto! ¡No! No te hago un sitio. ¡Fuera! No me enredes. ¡Que tengo prisa!

—Está bien... tú te lo pierdes —contestó señalándose la entrepierna.

—Serás... —Marina tiró una bola de espuma salpicándole el pecho, resbalando por el estómago hasta su ombligo.

—¡Jajajai ¿Así que quieres jugar, eh? —se pasó la mano por el torso recogiendo la espuma que le acaba de lanzar y entró de un salto poniéndose detrás de ella, la asió por el vientre con un brazo y metió una mano entre sus piernas— ¡Dios, Marina! Estás buenísima. ¡Quiero follarte otra vez! —Lorenzo se agachó y le abrió las nalgas comenzando a lamerle el culo mientras el agua resbala por su cara.

—Ohhh... ¿qué haces?... por Dios... ¿qué haces?

—Follarte, Marina. ¡Voy a follarte otra vez!

—¡Estás loco! —Marina intentaba darse la vuelta sin éxito pero Lorenzo la sujetaba contra la pared de pizarra mientras seguía lamiéndole el culo y metiéndole un dedo en la vagina.

—Ohhh... ¡Eres insaciable! ¿Qué coño te pasa hoy? —se rindió y apoyó las manos contra la pared mientras se dejaba hacer.

Lorenzo movía su lengua en círculos. Encontró el ano de Marina y lo estimuló introduciendo un dedo a la vez que lo lamía.

Marina dio un salto y se tensó soltando un gemido.

—Shhh... tranquila, pequeña. —se puso de pie y la agarró por la cintura mientras movía el dedo dentro de su cuerpo.

El agua seguía resbalando por sus cuerpos y ahora los dos estaban empapados.

Marina se relajó de nuevo y comenzó a gemir.

—Dame el gel.

—¿Qué?

—Que me des el gel.

Marina obedeció y le pasó el bote de gel que había en la hornacina. Lorenzo cogió el frasco, sacó con cuidado el dedo del interior y se untó la mano con el jabón.

Tiró el bote al suelo y volvió a cogerla por la cintura.

—Relájate. Shhh... tranquila. —Lorenzo le separó de nuevo las nalgas y volvió a meter un dedo en su interior. Cuando la notó flexible introdujo otro y comenzó a moverlos en círculos sintiendo cómo se iba relajando.

Marina estaba cada vez más excitada.

Lorenzo pegaba su pecho a su espalda y jadeaba en su oído mientras el agua resbalaba entre ellos, lamiéndole el cuello y moviendo sus dedos cada vez más dentro.

—Marina, voy a follarte por detrás.

Sacó sus dedos y separándose un poco cogió su polla erecta de nuevo y la enterró en el culo de Marina.

—¡Ahhhhh!... —dio un grito y mordió el antebrazo de Lorenzo que ahora estaba apoyado en la pared a la altura de su cara.

—Shhhh... ¡Quieta!... No te muevas... Relájate, mi amor. Ahora ya sabes que te gusta, ¿verdad?

—Ahhh... Sí... sí... me gusta... sí...

Lorenzo empujó con un golpe seco metiéndole toda la polla dentro.

Apoyó la otra mano en la pared y la sujetó por ambas muñecas comenzando a moverse rítmicamente.

Empezó muy despacio, subiendo el ritmo cuando Marina se relajó y comenzó a gemir y a moverse acompañando el compás de él.

—Lorenzo... Lorenzo... Ahhh... No puedo más. ¡Voy a correrme otra vez!... Dios mío... ¡me corro!

—Yo también... ahhh... ¡yo también!

Empezó a penetrarla cada vez con más fuerza hasta que sus testículos explotaron y vaciaron todo el semen que les quedaba. Hasta la última gota.

En cuanto Marina empezó a notar el líquido caliente llenando el interior de su trasero no pudo más y el orgasmo llegó como un disparo, deshaciéndola como si fuera de gelatina.

Dejaron que el agua siguiese corriendo por sus cuerpos, ahora rendidos, durante varios minutos.

Marina se dio la vuelta y le abrazó.

Él la besó en la frente y después en la boca.

—Marina, ¡eres increíble!

—¡Tú si que eres increíble! —dijo dándole un beso en el pecho—  
¡Buff!... Tres en una mañana. ¡Ya me dirás qué desayunas! —le besó  
de nuevo— Oye, en serio... Ahora tengo que arreglarme que si no, no  
llego. Tú quédate un rato en la habitación que yo ya bajo directa al  
parking a recoger el coche.

—Está bien. Como quieras. Pero mándame un mensaje al llegar  
para saber que estás bien. ¿Ok? —le dio otro beso en la frente y salió  
de la ducha atándose una toalla alrededor de la cintura.

Marina le observó de espaldas saliendo del baño hacia la cama y no  
pudo evitar sentir una punzada de deseo en el estómago.

«¡Qué bueno está, joder!».

«Con la toalla puesta y las gotas de agua salpicando su cuerpo...  
Dios.... ¡está para comérselo!, ¿cómo coño voy a hacer para dejar  
esto?».

«¡Es imposible!... no puedo... ni de coña».

Terminó de arreglarse y recogió su bolso. Guardó su neceser y  
comprobó el móvil.

Lorenzo había terminado de vestirse también y estaba contestando  
un e-mail en su iPad sentado en el borde de la cama.

Marina le hizo una señal con la mano y se levantó para acompañarla  
a la puerta y despedirse de ella.

—Conduce con cuidado, por favor, mi vida —dijo cogiéndole ambas  
manos y besándoselas con dulzura.

—No te preocupes —contestó dándole un beso en los labios—.  
Espera... —le limpió la comisura de la boca con el pulgar— No quiero  
mancharte de carmín.

—No me importa. Ya te dije antes que se acabó. Pero tú no te  
preocupes por nada. Esto es algo que tenía que haber hecho hace  
mucho tiempo. Mucho. Antes de conocerte incluso. Mañana hablamos  
y te cuento que tal ha ido todo, ¿te parece?

—Está bien. Haz lo que tengas que hacer. Es tu vida, Lorenzo. Es  
que no quiero que hagas nada de lo que te puedas arrepentir. Sólo  
eso. —lo miró con cariño.

—Venga, ¡vete ya, o cierro la puerta con llave y no te dejas salir en una semana! —se adelantó abriendo la puerta— ¡Qué me tienes loco!

—Voy. Hablamos mañana, entonces. ¡Cuídate, guapo! Conduce con cuidado tú también —se colgó el bolso del hombro y se colocó el foulard alrededor del cuello mientras salía de la habitación y caminaba hacia la puerta del ascensor.

Lorenzo la contemplaba apoyado en el quicio de la puerta.

«¡Qué guapo es, por Dios!».

«Mírale, ahí, esperando a que me vaya con esos vaqueros que le sientan de vicio y esa camiseta blanca que resalta el moreno de su piel...».

«... y lo que me ha hecho hoy... ¡joderrrr!».

Se puso colorada al recordar la escena de la ducha y no pudo evitar reírse justo cuando la puerta del ascensor se abrió.

Bajó directa al parking del hotel y se dirigió a su coche mientras sacaba las llaves del bolso. Lo vio a lo lejos y se apresuró.

«¡Mierda!, que se me hace tarde, como pille atasco, verás».

Entró en el coche y conectó el móvil al sistema por si tenía alguna llamada durante el viaje.

Salió del hotel y subió la Avd. Alfonso Molina para coger la autopista a Vigo.

En cuanto llegó a la intersección se incorporó al carril de entrada y aceleró su Giulietta, enfilando la AP-9.

Encendió el equipo y puso una pista de su iPhone.

Empezó a sonar "I don't wanna fight" de Tina Turner.

Comenzó a sentir una punzada de tristeza en su interior. Así se sentía ahora. Sin ganas de luchar. Estaba empezando a sentir cada vez más debilidad.

Las mentiras que le contaba a Ernesto para estar con Lorenzo eran cada vez más grandes y la estaban minando por dentro.

«Pero yo quiero a Ernesto también, no quiero dejarle. Disfruto con él en la cama, ¿cómo puede ser?, ¿estaré loca?».

«¡Soy una mala persona!».

«Sí. Es eso, ¡está claro! Soy una egoísta y una mentirosa».

Recordó a su madre y se le puso un nudo en la garganta.

«Mamá... ¡cuánto te echo de menos!... si estuvieses aquí sabrías que decirme».

Las lágrimas comenzaron a agolparse en sus párpados. Intentaba contenerlas, pero cada vez pesaban más.

«Ojalá te lo hubiese contado, mamá... ojalá hubiese tenido valor para hablarte de esto cuando me preguntabas qué me pasaba... mamá... mami... mi mami...».

«Seguro que tú sabrías que hacer... qué decirme... mamá... estoy muy perdida... mamá... muy perdida...».

Comenzó a llorar. Las lágrimas brotaban empañando su visión mojándole el foulard y la blusa, dejando unos surcos blancos en la mejillas al borrar el maquillaje por dónde resbalaban.

«¡Por Dios!... ¿cómo he llegado hasta aquí?».

«¿Cómo he dejado que esto pase?».

«¡Ya no sé como parar!... ya no puedo parar».

Bajó la velocidad porque casi no veía por culpa de los sollozos y sacó a tuestas un paquete de pañuelos de la guantera.

«Cálmate, cálmate... ya está. Estás muy tensa y llorando no vas a arreglar nada, venga, va».

Intentó secarse los ojos sin emborronar demasiado el rímel de las pestañas y se sonó los mocos hipando un par de veces.

Se miró en el retrovisor.

«¡Joder, voy hecha un Cristo!».

Volvió la vista a la carretera y un camión le dio luces por detrás.

—¿Qué coño te pasa, tío? —dijo en alto mientras hacía un gesto amenazante con la mano.

Iba a menos de 60 km/h. Había disminuido demasiado la velocidad sin darse cuenta.

«¡Joder!».

Hizo una bola con el kleenex, lo tiró en el asiento del copiloto y cambió la pista del equipo.

Empezó a sonar "Inner Smile" de Texas.

Movió la palanca de marchas a modo Sport y pisó el acelerador con los primeros compases de la canción. Puso el intermitente y se lanzó al carril izquierdo adelantando a varios vehículos.



Subió el volumen. El velocímetro del coche marcaba ya 130 Km/h y comenzó a sentir una sensación de alivio y liberación mientras avanzaba por la autopista.

Continuó por el carril rápido algunos kilómetros más, rebasando a todos los coches que encontraba a su paso.

Cuando llegó a la altura del Puente de Rande decidió volver al carril derecho para contemplar la belleza de la Ría y sus bateas al pasar. Bajó la velocidad y cambió la marcha deportiva por el modo directo.

«Ya estoy en casa», pensó mientras se ponía de nuevo las gafas de sol.

El viaje la había relajado bastante, aunque seguía inquieta por la revelación de Lorenzo.

«¿Que va a dejar a su mujer y que me quiere?».

«¿Que está enamorado de mí?».

«¡Joder, Lorenzo, joder!...».

«¿Y qué se supone que tengo que hacer yo ahora con esto?».

19:12h

Marina entró en casa y se topó con su marido en el hall. Llevaba puesta la ropa de deporte y estaba preparando su mochila.

—¡Hola! —apoyó su bolso en la consola y le dio un beso— ¿Vas al Club?

—¡Hola, guapa! —le devolvió el beso y fue hacia el dormitorio— Sí. He quedado con Ricardo para jugar. Tenemos pista para las ocho. —volvió de nuevo a la entrada con la raqueta de pádel en la mano para guardarla en la bolsa. Registró los bolsillos buscando algo con el gesto contrariado— ¿Has visto mi tarjeta de socio? No la encuentro por ningún lado.

—No. No la he visto. La tendrás en el coche a lo mejor. No sé. Se paró pensativo intentando recordar.

—No. En el coche no está. Seguro.

Marina se fue a preparar un café.

—Llévate la mía si quieres —contestó desde la cocina—. Está en mi bolso.

—Bueno. Pero quiero la mía. Tiene que aparecer.

—Y si no, que te hagan otra. Pregunta en la recepción. A lo mejor la has perdido allí y la tienen ellos.

—Sí, sí. Les preguntaré. —cogió el bolso y miró dentro— Oye... me quedaré a cenar con Ricardo en el Club. ¿Seguro que no quieres venir?

—¡Ay, no! Para nada. Me quedo en casa. Tranquilo. —abrió la nevera y cogió un par de piezas de fruta.

—¿Dónde la tienes? —Ernesto seguía revolviendo.

—¡Pues en el bolso! En uno de los bolsillos interiores... o por ahí, suelta.

—Marina, ¿qué es esto? —entró en la cocina con la carta de la DGT en la mano.

Se quedó inmóvil por unos segundos contemplando a su marido sin poder hablar.

Por fin reaccionó.

—¡Pues qué va a ser! ¡Una multa, Ernesto! —volvió a meter la fruta en la nevera cerrándola de un portazo— ¡Me han puesto una multa! Ernesto sacó la carta del sobre y la leyó.

—¡Hostias, Marina! —la extendió en la encimera con brusquedad— ¿Por exceso de velocidad? —la miró incrédulo— ¡¡Ibas a casi 160 por la autopista!! ¿Pero qué coño te pasa? ¿Es que quieres matarte? ¡Joder, Marina! ¡Joder!

—Bueno, ¿qué? —puso la taza debajo de la cafetera y le dio al botón de encendido cruzando los brazos por delante del pecho con el gesto serio— ¡Se me fue un poco el pie!, ¿vale? Ya está. Ya la he pagado. ¡Y ya me han sacado los putos puntos!

—¿Un poco el pie? —Ernesto seguía increpándola— ¡Un poco más y te metes en un delito!

—Ernesto, no empieces anda... —sacó la taza y revolvió su bebida.

—No, no empiezo. ¡Es sólo que me gustaría saber a dónde coño ibas a 160 por la autopista de Coruña, nada más!

—Pues venía de ver a un cliente de Daniel. Él no podía ir y yo me ofrecí. —se giró hacia la ventana para no verle la cara mientras le mentía.

—Ya. ¡Pues a ver si levantas el pie del pedal! No me apetece que un día me llamen diciéndome que te has estampado con el coche.

—¡Serás bruto!

—No, Marina no soy bruto. Esas cosas pasan, ¿sabes? —se acercó a ella por detrás y la cogió por los hombros— Y últimamente estás en las nubes. Rara y muy despistada. Me preocupas, Marina. —la besó en la cabeza aflojando el tono— Me preocupas mucho.

Marina se dio la vuelta y le abrazó temblando con la culpa reconcomiéndola.

—Ernesto, cariño. Lo siento. Lo siento mucho. —le abrazó más fuerte— Tienes razón. No volverá a pasar. Te lo prometo.

—Bueno, venga. —la besó en la frente— Lo importante es que no te haya pasado nada. ¡Ya te dije cuándo lo compraste que ese coche corría demasiado! —le colocó un mechón detrás de la oreja y le acarició la mejilla— ¿Eh...? doña Fitipaldi.

—¡Jajaja!... ¡Te voy a dar yo a ti Fitipaldi! —se soltó de su abrazo y cogió su bolso— ¡Toma! —sacó la tarjeta de socia y se la dio— Y no me la pierdas.

—Ven conmigo al Club y cena con nosotros. Creo que Ana también estará.

—No, no, cariño. No me apetece, de verdad. Ve tú. Prefiero quedarme en casa. Estoy muy cansada hoy. Yo cenaré algo aquí tranquila y te esperaré. No te preocupes.

—Está bien. Como quieras. —consultó el reloj— Entonces ya me voy que se me hace tarde. —la besó en los labios de nuevo tocándole el culo— Mmm, y me gusta eso de que me vas a esperar aquí.

—¡Vete, anda! Vete ya.

21:43h

Estaba en la terraza tomando su segundo gintonic, dándole vueltas a todo lo que estaba pasando en su vida. No sabía cómo se había enredado tanto en esa situación. Cómo había llegado hasta ahí y lo que era más preocupante, cómo iba a salir.

Miraba al horizonte intentando buscar una respuesta. Intentando buscar las palabras que definieran todo eso, pero no las encontraba. No las había. O por lo menos no se atrevía a pronunciarlas.

Hacía un rato que Lorenzo la había llamado y le había contado que había dejado a su mujer. Un compañero del periódico alquilaba su apartamento y se había ido hacía menos de una hora. Él ya era libre. Ella no.

Ella estaba atrapada en una tela de araña que la envolvió sin darse cuenta y que ahora no sabía cómo romper, pero que la estaba asfixiando. La estaba minando. La estaba destruyendo.

«No tengo salida».

«Al final, todos vamos a sufrir... es inevitable... no puedo más».

«Ya no puedo más».

«Voy a romperle el corazón... pero ya no puedo seguir haciéndole esto...».

«No se lo merece... ».

Miró al cielo buscando la mirada de su madre. Buscando sus consejos. Buscando su perdón.

Cerró los ojos y dos lágrimas rodaron por su mejilla mojando su camiseta.

Dio un trago a su copa y cogió su teléfono.

Abrió la pantalla y buscó el WhatsApp de Nona.

**Marina\_22:38**

Se lo voy a contar a Ernesto

Pulsó enviar y terminó su bebida.

Apagó el teléfono y se metió en la cama.

31 de agosto, jueves.

12:27h

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí, Nona. Estoy convencida. —jugueteaba con el taco de pos-it que tenía encima de la mesa— Llevo dos días dándole vueltas... No es un calentón... Es... —resopló— Es que ya no puedo más...

—Ya... —su voz trasmitía preocupación— ¿Y se lo has dicho a Lorenzo? ¿Qué piensa él?

—Sí, sí, se lo he dicho. Hablé ayer con él. —giró su sillón hacia el ventanal— Ha dejado a su mujer y está en el apartamento de un amigo.

—Ah... ¡Vaya! Parece que él sí que lo tiene claro.

—¿Qué...? ¿El qué? —frunció el ceño sin entender.

—Pues eso, Marina... —suspiró— Él tiene claro que quiere tener una relación contigo. Quiere algo más que un polvo a la semana.

—Ya... Hace dos días, la última vez que estuvimos juntos, me dijo que estaba enamorado de mí... —se pasó la mano por la frente apartándose el pelo de la cara— Me dijo que me quería...

—¡Joder, Marina!... Joder... —bufó más alto— Te lo dije. Se lo vi escrito en la cara... —hizo una pausa— ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú estás enamorada de él?

—¿Yo?... Nooo... ¡Claro que no! —se levantó del sillón y se puso a dar vueltas alrededor de la ventana— Yo quiero a Ernesto... ¡Joder, Nona!

—Sí, ya... Que quieras a Ernesto ya lo sé... pero, ¿y a Lorenzo?... ¿qué sientes por él?... ¡y no me digas que es sólo porque folla bien, porque no me lo creo!

—¡¡Nona!!

—¡Ernesto también te folla muy bien! ¡Hasta dónde yo sé! Así que tiene que haber algo más.

—No... —miró al suelo— No lo sé... Es un hombre maravilloso, sí... y me encanta estar con él... Es diferente... Pero no es Ernesto...

—Ya... Bueno... —suavizó el tono— Perdona. Es sólo que no quiero que hagas las cosas a lo loco y sin pensar.

—Ya lo sé, Nona... ya lo sé...

—Que lo que hagas, lo hagas convencida... —chasqueó la lengua— ... y que te aclares Marina... que te aclares... creo que estás muy confundida... y creo que estás negando cosas que sientes, porque te da miedo sentirlas...

—Lo único que sé es que ya no puedo más. —volvió a sentarse— ¡Estoy al límite ya!... Voy como una zombi... y no soporto mentirle más a mi marido... le quiero demasiado para seguir haciéndole esto... —apoyó los codos en la mesa y se sujetó la cabeza con una mano— Sé que me va a dejar, Nona. —se le quebró la voz— Sé que nunca me lo va a perdonar... pero yo ya no puedo seguir...

—Bueno. Tranquila, ¿vale? —la voz de su amiga sonaba ahora firme— Haz lo que tengas que hacer y no adelantes acontecimientos. Explícaselo. Ernesto te quiere, Marina... Te quiere muchísimo.

—Sí... bueno... pero es lo que hay, Nona... ya sabía a lo que me exponía cuando decidí jugar a este juego... nadie me obligó... ya sabía lo que podía pasar.

—Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí... tranquila. Esto es algo que tengo que hacer yo sola...

20:38h

—¿Quieres salir a picar algo fuera? ¿O pedimos algo y cenamos en casa? —Ernesto salió de su despacho con el móvil en la mano— ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué te apetece?

—Ernesto. —tenía una expresión seria— Ernesto, escucha.

—¿Qué pasa?

—Ven. —le cogió de la mano y entraron en el salón— Vamos a sentarnos. Tengo que hablar contigo.

La miró con un gesto de extrañeza.

—Marina, ¿qué pasa?

—Ernesto... Yo... —llevaba dos días ensayando el discurso, pero ahora las palabras no le salían— Antes de decir nada, quiero que sepas que te quiero muchísimo... ¿Lo sabes, verdad? —le cogió las manos y le besó los nudillos— Sabes que te quiero y que eres el amor de mi vida. Eso no va a cambiar nunca. Te amo, Ernesto. Te amo con todo mi corazón...

—¡Joder, Marina! Me estás acojonando, ¿qué coño pasa?

Se acomodaron en sendas butacas el uno frente al otro.

—¿¿¿Marina???

Respiró hondo y le miró sin parar de retorcerse las manos. Sintió que le faltaba el aire y que los ojos se le inundaban distorsionando su visión.

—Ernesto... —inspiró de nuevo— Yo... —el mentón comenzó a temblarle— Me he estado viendo con otra persona.

—¿¿¿Quéee???

—se inclinó hacia delante achicando los ojos.

—He estado con otro hombre, Ernesto. —bajó la mirada al suelo— He tenido una aventura.

Se echó hacia atrás en el sillón y se pasó la mano por la barbilla acariciándose los labios despacio. Miró hacia el mueble bar y se levantó sin decir una palabra.

Cogió una botella de whisky y un vaso.

—Mira por dónde, voy a estrenar la botella de Macallan que me regaló Ricardo por Navidad.

Se sirvió el licor despacio tomándose su tiempo.

El aire se volvió denso y la distancia entre los dos era cada vez mayor.

Marina sentía como sus almas se iban separando poco a poco.

Seguía sin pronunciar una palabra. Su cara era un enigma imposible de descifrar. No mostraba ninguna emoción. Sus ojos azules permanecían absortos en la botella.

Dio un sorbo a su vaso saboreándolo despacio.

Marina no respiraba.

Observó la nuez de Ernesto moverse mientras el whisky bajaba por su garganta.

Finalmente se giró hacia ella y Marina pudo ver el odio y el dolor en sus ojos.

—Ernesto... por favor, Ernesto... ¡Háblame! Dime algo, ¡por favor!

Ernesto apretó los labios, respirando ruidosamente por la nariz. Dio otro trago esta vez más largo hasta acabárselo.

La miró de nuevo, levantó el brazo y el vaso voló por los aires estrellándose contra la ventana, saltando en mil pedazos y haciendo añicos el cristal.

El estruendo la hizo temblar y dar un grito.

—¡Ernestoooo!

—¡¡¡CÁLLATE!!! —se inclinó sobre el sillón pegando la nariz a su cara. Una vena latía engrosada surcando su frente. Estaba totalmente desencajado— ¡Cállate, por favor! ¡No quiero oír más mentiras!

Marina se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar.

—Lo siento, lo siento... yo... ¡lo siento muchísimo!

—¡Me cago en la puta! —se pellizcó el puente de la nariz entornando los párpados dando vueltas por la habitación— Pero... ¿Qué coño has hecho?... ¿Qué hostias has hecho?

El dolor y la incredulidad se alternaban en su rostro.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido joder nuestra relación de esta manera? Éramos felices... Éramos felices, Marina... ¿Por qué?

—Ernesto... yo... Deja que te explique...

—¿Qué me expliques qué?... ¿Qué más querías? —se pasó las manos por la cabeza estirando el pelo hacia atrás— ¿Qué coño te



faltaba Marina? ¿No tenías suficiente? —la miró furibundo con la desolación tatuada en sus pupilas— ¿Es que yo no soy suficiente para ti?

—No, no... ino es eso! —intentaba buscar palabras que amortiguasen su sufrimiento pero no las encontraba.

—Ya, espera. Ya sé. Ahora me vas a decir que no eras tú, y que no sabías lo que hacías, ¿no?

—No, Ernesto. Ese es el problema... que sí que era yo. Nadie me obligó. Yo sola tomé la decisión... —se le quebró la voz y bajó la cabeza temblando— No eres tú... Soy yo, Ernesto... Tú no has hecho nada... He sido yo...

—¿Desde cuándo? —se plantó delante de ella de nuevo— ¿Desde cuándo le ves?

—Desde... mayo... —bajó la mirada al suelo de nuevo.

—¿Quién es?

—Eso no importa.

—Ah, ¿no importa? —arqueó las cejas con sorpresa— ¿A ver si lo he entendido bien? —cruzó los brazos delante del pecho acariciándose el mentón— ¿Me estás diciendo que llevas cuatro meses acostándote con otro tío, pero que no importa? —se dio la vuelta resoplando— ¿Cómo has podido? —se sentó de nuevo en el sillón apoyando los codos en las rodillas— ¡Yo te quería, Marina!... ¡Yo te quería muchísimo!... ¡Dios!

Marina se levantó y se arrodilló delante de él cogiéndole las manos.

—Ernesto, por favor...

Él se revolvió y se levantó de un salto apartándola de una sacudida.

—¡Me voy! —se fue hacia el dormitorio.

—Espera... por favor... espera... —le alcanzó y le agarró por el brazo.

—¡Déjame! ¡No me toques! —le lanzó una mirada cargada de rencor— No vuelvas a tocarme... Hija de... —no terminó la frase.

Su odio la traspasó como un puñal y se sintió morir.

—Me marchó. ¡No tengo porqué aguantar más esta mierda!

—Pero, ¿dónde vas a ir? Has bebido... No salgas. —se apoyó en la pared mientras le veía entrar en el vestidor con una maleta— Llueve mucho. ¡No te vayas, por favor! Habla conmigo.

—¡No quiero hablar más contigo! —abrió los cajones y llenó la

maleta con su ropa— ¡A tomar por el culo! —entró en el baño y volcó los productos de su estantería en un neceser— ¡Vete a la mierda, Marina! ¡Que te jodan!

Marina se movió hacia él con ojos suplicantes.

—¡No te acerques! —le cortó el paso— No te atrevas...

Salió al hall, cogió las llaves de su coche y el móvil.

—Ernesto... —le siguió hasta la entrada y le miró sollozando.

—Se acabó. ¡Se acabó, Marina! —descolgó una cazadora del perchero y arrastró el trolley fuera— ¡Enhorabuena! Te has cargado nuestro matrimonio. Te lo has cargado.

Ernesto salió dando un portazo. La casa tembló y Marina cayó de rodillas en el pasillo deshecha en lágrimas.

«¡Dios mío!, ¿qué he hecho?».

«¡Oh, Dios!... Ernesto...».

El viento y la lluvia arreciaron colándose en el salón mojando las cortinas y desplazando los últimos cristales que acababan de caer la suelo.

21:45h

Tiró la maleta y la cazadora en el asiento trasero y entró en su coche.

Cogió el móvil y abrió el chat de WhatsApp. Buscó entre sus contactos.

**Ernesto\_21:47**

Me invitas a esa copa??

En tu casa.

**Carmen (fiscal juzgado)\_21:48**

Sí...

Avd. López Mora 256- 3º-A

Arrancó con la ira invadiendo su mente y su cuerpo. No podía pensar con claridad. No quería pensar. Le dolía demasiado.

«Hija de puta...».

«Hija de puta...».

Aceleró y condujo bajo la lluvia hasta el apartamento de su compañera de trabajo.

Pulsó el telefonillo.

—Soy Ernesto.

Subió al piso y Carmen le abrió la puerta vestida con un camisón muy corto.

—¡Hola, Ernesto! No sé que te ha pasado... pero me alegro de que estés aquí.

Entró sin decir nada y la llevó contra la pared cogiéndola por la nuca y besándola con violencia. Estaba furioso y excitado. Carmen respondió a sus besos y le abrazó frotando su cuerpo contra el suyo, rodeándole con la pierna, sintiendo como su miembro iba creciendo debajo de su pantalón.

—¡Joder, Ernesto!... Joder... ¡Creí que no te ibas a decidir nunca!

Se separó y le quitó el camisón por la cabeza dejándola en ropa interior.

Carmen comenzó a desabrocharle la camisa besándole el pecho hacia abajo a medida que iba soltando los botones. Llegó al cinturón y se arrodilló mientras le soltaba la hebilla tocándole la polla por encima de la tela.

Ernesto gimió y enredó las manos en su pelo mientras ella terminaba de desabrochar sus pantalones para metérsela en la boca.

Movió la pelvis hacia delante y soltó una de sus manos apoyándola en la pared para guardar el equilibrio.

—¡Ohhh!... ¡Joder, Carmen!... Joder. —cerró los ojos dejándose hacer — Sí, sí... —inclinó la cabeza hacia arriba y abrió los ojos.

Vio su alianza brillar en su dedo y una sensación de angustia se apoderó de él. No podía hacer eso. No quería. No. Así no.

Se separó bruscamente y se subió los bóxers y el pantalón con torpeza.

—¡Lo siento, Carmen! Lo siento mucho pero no puedo. No es culpa tuya. —la ayudó a levantarse y apoyó su frente en la suya avergonzado— ¡Perdóname, por favor! Pero tengo que marcharme.

Bajó a la calle sintiendo un agujero cada vez más grande en su pecho. Tenía una bola en la garganta que iba creciendo hasta casi estrangularlo. La lluvia era cada vez más fuerte y estaba prácticamente calado, pero no le importaba. No le importaba nada. Casi no respiraba. Sus pulmones habían perdido la capacidad de expandirse y en su corazón hacía cada vez más frío.

Llegó a su coche, vio la maleta en el asiento trasero, se apoyó sobre el techo y comenzó a llorar. Lloraba como un niño, hipando y gimiendo sin consuelo. La lluvia caía sobre él terminando de empapararlo.

«¡Joder, Marina!... Joder...».

«¿Qué coño has hecho?».

«¿Por qué?... ¿por qué?...».

«No soy lo suficientemente bueno para ti».

«No lo entiendo... no lo entiendo... Dios...».

Entró en el coche para tratar de calmarse. Abrió su iPhone y pulsó la tecla de llamada.

La voz de Ricardo sonó al otro lado.

—¡Hola, Ernesto! ¿Qué hay?  
Ernesto suspiró pasándose la mano por la cara intentando secarse las lágrimas.  
—Me he ido de casa.  
—¿Qué?  
—He dejado a Marina.  
—Ernesto, ¿dónde estás?  
—Aparcado en... no sé... no me acuerdo de la calle...  
—¿Has bebido? Dame el nombre de la calle y voy a buscarte.  
—Ricardo le habló con autoridad— Creo que no estás en condiciones de conducir.  
—López Mora... sí, sí... es esa.  
—Salgo para ahí y te vienes a casa conmigo.

22:07h

—Marina se levantó del suelo y entró el salón. Las cortinas estaban empapadas y en el suelo salpicado de cristales había un gran charco de agua. Intentó arreglar el estropicio pero no era capaz de dejar de llorar. Se limitó a poner un par de toallas en el suelo y a cerrar la puerta.

Entró en el dormitorio.

Cogió su móvil y marcó el número de Nona.

—¡Marina!  
—Nonaaa... —continuó llorando sin consuelo— Nona se ha ido... me ha dejado... me ha dejado...  
—Oh, Marina, Marina... No llores...¡Tranquila!...  
—Ha sido horrible —balbuceaba casi sin poder pronunciar—. Se acabó... le he perdido —estalló en un llanto de nuevo.  
—Marina... —intentaba tranquilizarla pero sabía que era imposible— Marina... escucha... dale tiempo... tienes que darle tiempo, Marina.  
—No... No... Le he destrozado, Nona... —se sentó en su lado de la cama cogiendo su almohada— No sabes como me miraba... nunca le había visto así... nunca... —siguió sollozando— Y las cosas que me dijo... ¡Dios!... me dijo cosas horribles... horribles...

—Escucha, voy a hablar con Paulo y me subo a Vigo. No quiero que estés sola...

—No... —hipó— No vengas... tienes mucho lío con las exposiciones... —se sonó los mocos— Estaré bien...

—Pero no me importa. Paulo puede arreglarse bien sin mí.

—No. —la cortó— Sabíamos que esto iba a pasar, más tarde o más temprano, pero que iba a pasar. —logró dejar de llorar— Gracias. De verdad. Pero ahora necesito estar sola.

—Está bien. Pero llámame mañana, ¿de acuerdo?

—Sí. Tranquila. Te llamaré.

Colgó y sintió que el estómago le había desaparecido. Su corazón apenas bombeaba y sus pulmones no rendían. Simplemente el aire no pasaba.

Fue al baño para lavarse la cara. Vio el hueco vacío en la estantería y no pudo soportarlo. Salió llorando hacia el vestidor. Comprobó los cajones abiertos y la ropa descolgada y creyó enloquecer. El pecho le dolía como nunca y su mente pasaba a cámara rápida flashes de la discusión que acababan de tener.

Descolgó la americana de uno de sus trajes y se arrodilló en una esquina abrazada a ella, recordando su olor. Volvió a llorar. Lloró y lloró hasta que ya no le quedaron fuerzas y sus ojos se cerraron del cansancio.

22:49h

—Cámbiate de ropa, que estás empapado y ponte cómodo mientras preparo café. —Ricardo le abrió la puerta de la habitación de invitados— Creo que va a ser una noche muy larga.

—Gracias, Ricardo. Muchas gracias.

—No me las des. Los amigos estamos para eso. Tienes toallas limpias en el cuarto de baño. —salió hacia la cocina— Enseguida vuelvo.

Terminó de hacer el café y llevó la bandeja al salón.

Ernesto le esperaba sentado en uno de los sillones con el gesto abatido.

—¿Sabes que tenía la botella de Macallan que me regalaste en Navidad sin abrir?

—Ah, ¿sí?

—Sí. —respiró inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas— La reservaba para una ocasión especial... —metió la cabeza entre las manos— La he abierto hoy. —rió sin ganas.

Ricardo le acercó una taza.

—¿Qué ha pasado, Ernesto?

Levantó la cabeza y se dejó caer contra el respaldo del sillón.

—Marina me ha sido infiel. —se frotó las sienes con la mano y le miró fijamente— Por lo visto lleva cuatro meses acostándose con alguien.

—¡Hostias! —arqueó las cejas estupefacto— ¿Estás seguro de eso?

—Me lo ha confesado ella. —volvió a inclinarse sobre sus rodillas— Por lo visto la culpa la reconcomía por dentro.

—Joder, Ernesto... No sé que decirte... —cogió dos vasos del mueble bar y preparó dos whiskies. Le ofreció uno y se sentó a su lado— El café no va a ser suficiente.

Permanecieron en silencio bebiendo de sus respectivos vasos.

Finalmente Ricardo comenzó a hablar.

—Bueno. —se giró hacia él— Entiendo que si te lo ha dicho y te has ido de casa es porque ella no quiere dejarte. ¿Me equivoco?

—No. No quiere dejarme. Dice que me quiere y que soy el amor de su vida y no sé cuantas tonterías más. ¿Te lo puedes creer? —sacudió la cabeza con un gesto de incredulidad.

Ricardo chasqueó la lengua y respiró ruidosamente.

—Sí, Ernesto, sí. —se levantó y se sirvió otro trago— Me lo puedo creer.

—Pero... —encogió los hombros frunciendo el ceño— No te entiendo, Ricardo. ¿Tú de que lado estás?

—De ninguno, Ernesto. Yo no estoy del lado de nadie. —se giró metiéndose la mano en el bolsillo— ¿Una aventura? —dijo adelantando el vaso hacia él y dando un trago— Bueno. No somos perfectos. Somos humanos.

Ernesto se levantó y se sirvió de nuevo también.

—No sé a dónde quieres ir a parar. ¡Joder, Ricardo! ¡Me ha engañado!

—Piénsalo... Al final le ha dejado y te ha elegido a ti... —bebió— Así que sí. Yo creo que te quiere.

Ricardo se acercó a la puerta y se aseguró de cerrarla del todo. Volvió al sillón y se sentó sobre el apoyabrazos. Bajó el tono.

—Te aseguro, Ernesto, que amo profundamente a mi mujer y que no podría vivir sin ella. —se removió en su sitio, bajando la voz al mínimo— Y tú sabes que alguna vez he tenido algún que otro desliz.

—Ya, bueno...

—Ya bueno, ¿qué? ¿Qué pasa? ¿Que porque soy un hombre no importa tanto? ¿Acaso soy peor amigo o peor persona para ti?

—No, yo no quise decir eso.

—Pues es lo mismo, Ernesto. —se levantó y caminó en círculos por la habitación— Ella tampoco lo es. Sigue siendo Marina. La mujer de la que un día te enamoraste perdidamente.

Ernesto se fue hacia la ventana pasándose las manos por la cara tratando de contener las lágrimas que volvían a inundar sus ojos. El mentón le temblaba sin que pudiese detenerlo.

Ricardo le alcanzó y puso la mano sobre su hombro.

—Ernesto, te conozco, ¿hace cuánto? ¿veinte años?

Él asintió en silencio contemplando la lluvia mientras las lágrimas corrían por sus mejillas de nuevo.

—Te conocí mucho antes de que la conocieses a ella, cuando llegaste al Juzgado con tus oposiciones recién aprobadas. Eres un buen hombre, Ernesto. Eres leal, honrado y generoso. —le apretó más el hombro— Un padre entregado y un marido ejemplar. Pero puedo decirte una cosa. —llevó la mano hacia su nuca masajeándosela con afecto— Esa mujer te hace mejor persona. Ha sacado lo mejor de ti. Siempre lo ha hecho.

Ernesto bajó la cabeza y continuó llorando en silencio.

—Recuerdo cuando nacieron los mellizos y estuviste a punto de perderla. Estabas completamente devastado. Nunca te había visto así. Nunca.



—Sí. Creí que me volvía loco.

—Las mujeres como Marina no abundan, créeme. Has tenido suerte de cruzarte con ella y de que se enamorase de ti. —le dio un pañuelo — Ten.

Se limpió la cara y apoyó la frente contra el cristal.

—Ernesto, Marina no te necesita. Los dos lo sabemos. Es una mujer totalmente independiente. Y te repito que podía haberse largado con él, pero que te escogió a ti.

—Ya... pero...

—A mí me parece una prueba de amor más que suficiente.

—¡Joder, Ricardo! —volvió a la butaca y se dejó caer en ella con desesperación.

—De todas formas, —continuó Ricardo— la admiro. ¡Tiene un par de ovarios bien puestos! Yo nunca he sido capaz de contárselo a Ana. No soportaría que me dejase. Yo sí que soy un cobarde. —se acercó a él y le miró fijamente— En cambio, ella te lo ha contado. Prefiere estar sola si no puede estar contigo, a seguir fingiendo. Es fuerte... ¡joder! —apuró el vaso— ¡Es una mujer muy fuerte!

—Ricardo, yo... —resopló— No sé que hacer. Todo esto me viene grande. Yo no puedo estar con una persona que me ha mentado... —metió la cabeza entre las manos— No puedo.

—¿Me permites un consejo?

—Claro.

—No te precipites. Ahora mismo tienes un ataque de cuernos y no puedes pensar con claridad. Y estás dolido. —se agachó para ponerse a su altura y colocó las manos en sus hombros con firmeza— Si la quieres, lucha por ella.

Ernesto levantó la cabeza mirando a su amigo a la cara.

—El orgullo no es una buena estrategia en la guerra del amor. De hecho, es la peor. Sólo te hará más desgraciado. —le palmeó la cara con cariño— Y ninguno de los dos os lo merecéis.

—Es que me siento tan mal.

—No te preocupes. Puedes quedarte con nosotros todo lo que necesites, pero date tiempo, Ernesto. Date tiempo. —abrió la puerta para salir volviéndose de nuevo hacia él— No puedes juzgarla por vivir.

01:39h

—¿Qué tal está? —Ana se medio giró hacia su marido.

—Bueno, —se acomodó en la cama subiéndose el edredón hasta el pecho— le va a costar. Es muy orgulloso. No sé. Pero espero que encuentren la forma de arreglarlo.

—Ya. —se volteó a su posición ahuecando la almohada— A veces tenemos que acostumbrarnos a pasar por situaciones que no nos gustan, —suspiró— pero el amor es así, ¿no? Al principio es duro, pero aprendes a vivir con ello. Si la quiere, lo superará. —apagó la luz de la mesita— Todos lo hacemos.

1 de septiembre, viernes.

09:46h

Entró en el baño y se miró en el espejo. Tenía una pinta horrible. Sus ojos estaban rojos e inflamados por la llorera y le dolía todo el cuerpo por haber pasado la noche en el suelo del vestidor. No había querido acostarse en su cama vacía. No había sido capaz. Se había quedado abrazada a la chaqueta de su marido sollozando.

Se hizo un café y cogió el móvil para llamar a la agencia.

—Hola... ¿Cristina?

—Hola, no. Soy Elena. Cristina está de vacaciones.

—¡Ah! ¡Hola, Elena! Perdona. Es cierto, no me acordaba de que la sustituías tú estos días. Escucha. Hoy no voy a ir a trabajar. No me encuentro bien.

—¡Oh, vaya! Lo siento. ¿Necesitas algo?

—No, Elena, no te preocupes. Será algún virus que he cogido. —hizo un esfuerzo por contener la voz y que no se le notase— Si tienes algo urgente llama a Daniel, ¿de acuerdo?

—Sí, Marina. No te preocupes. Que te mejores.

—Gracias Elena. Hasta el lunes.

Se quedó mirando la pantalla del móvil y empezó a llorar de nuevo.

Quiso llamar a Ernesto pero no se atrevió.

«No me lo va a coger».

«Me va a colgar directamente».

Vertió el café en la pila y apagó el teléfono. Recogió la chaqueta de Ernesto, entró en la habitación de su hijo y se acostó en su cama abrazando la prenda de su marido. No quería estar sola en su dormitorio. Le dolía demasiado.

Intentó dormir pero apenas conseguía coger el sueño a ratos. En cuanto lo hacía se despertaba sobresaltada sintiendo la angustia en su pecho de nuevo.

16:32h

Se levantó, se dio una ducha y se preparó un café. Encendió el equipo de música para evadirse mientras recogía los cristales de la noche anterior y secaba el suelo. Tuvo que poner un plástico con cinta de embalar porque seguía lloviendo y el agua calaba dentro.

«Joder... qué mal... el lunes tendré que llamar al seguro».

Terminó de recoger y se sentó en la butaca de su habitación con la taza de café mirando la lluvia. Comenzó a sonar "Let Me Hold You" de Josh Krajcik y se le puso un nudo en la garganta. Intentó aguantar, pero la canción seguía y se puso a llorar.

Encendió el móvil y vio que tenía tres llamadas perdidas de Nona y un WhatsApp de Lorenzo. No había ni rastro de Ernesto. Nada.

«Bueno, ¿qué esperabas?... es normal que no quiera verte ni en pintura».

«Joder, Marina... joder...».

Habló con Nona y se calmó un poco. Decidió llamar a Lorenzo. Era algo que tenía que hacer. Quería zanjar su historia con él. No era justo hacerle daño. Él tampoco se lo merecía.

—¡Hola, preciosa!

—Hola, Lorenzo... —sollozó— Se lo he contado.

—No llores, Marina. ¡Por favor, no llores! —trataba de calmarla.

—Se acabó, Lorenzo. —respiró hondo— Ernesto me ha dejado...

Guardaron silencio durante unos segundos.

—Ven a verme. Ven a mi apartamento.

—Hoy no. —consiguió dominar la voz— Tenemos que vernos. Y tenemos que hablar, sí... —suspiró de nuevo— Pero hoy no puedo. Hoy no tengo fuerzas.

—Tranquila, pequeña. ¿Cenamos mañana? Por favor, Marina... por favor...

—Sí. —volvió a temblarle la voz— Cenamos... mañana, Lorenzo.

—Marina...

—Qué...

—¿Estás bien?

—No. No estoy bien... —chasqueó la lengua— Pero no puedes hacer nada. Ya está hecho.

Colgó el teléfono, le quitó el sonido y lo tiró sobre la cómoda. Bajó la persiana y se metió en la cama, de nuevo en el lado de su marido. Apoyó la cabeza en su almohada aspirando su olor y cerró los ojos.

2 de septiembre, sábado.

20:32h

Lorenzo abrió la puerta.

—Ven aquí. —la abrazó con fuerza temblando— Ven, pequeña.

—Lorenzo... Lorenzo... —se derrumbó en sus brazos una vez más.

—Shhh... Ya está. Tranquila. —la llevó dentro y se sentaron en uno de los sillones.

Consiguió calmarse y explicarle lo que había pasado con su marido. Charlaron durante un rato. Lorenzo abrió una botella de vino y sirvió la cena.

—No tengo mucha hambre, pero gracias por molestarte en cocinar. ¡Mmm, qué bien huele! ¿Qué es?

—Risotto con setas, —le guiñó un ojo— signorina!

Le arrancó una sonrisa.

—¡Te voy a dar yo a ti, signorina!, verás. —estaba mucho más tranquila. Quedaba claro que Lorenzo tenía un don con ella.

Cenaron y continuaron hablando más relajados.

—¿Una copa? ¡He comprado tu ginebra favorita!

—Está bien. Ninguno de los dos vamos a conducir esta noche, así que no veo porqué no.

Lorenzo puso música y llevó las bebidas al salón.

—Tu gin. —se acercó para besarla pero Marina retiró la cara.—¿Qué pasa?

—Lorenzo, —fue hacia la ventana frotando las manos nerviosa dándole la espalda— sabes que no podemos seguir con esto, ¿verdad?

—¿Cómo que no podemos seguir? —la siguió y se puso a su lado— No te entiendo. ¿Tú me quieres no?

—¡Joder, Lorenzo! —resopló— ¡Claro que te quiero! ¿Qué te crees? —se volvió hacia él— ¿Qué habría podido hacer todo esto contigo si no te quisiera? —le cogió por los brazos mirándole fijamente— Te quiero, sí. Te quiero. Pero no de la forma que se supone que tengo que hacerlo. —bajó la cabeza— ¡Y también quiero a Ernesto! Es de

locos, lo sé. —le soltó y le dio la espalda de nuevo— Ni yo misma lo entiendo. Nunca dejé de quererle. Es mi marido y le amo.

—Sí. Que te recuerdo, ise ha largado!

—Ya... —Marina se giró— ... pero eso no cambia ni lo que siento por ti, ni lo que siento por él. —apretó los labios y le miró con tristeza— Él es mi amor. Siempre será el amor de mi vida. —desvió la mirada— Por eso no entendía nada cuando apareciste tú y pusiste todo mi mundo patas arriba. —empezó a llorar— Tomé una decisión, sí. Y decidí arriesgar y seguir a mi corazón. Decidí vivir nuestra aventura y nuestra pasión sabiendo lo que supondría... o no... No lo sé...

—Marina... —le cogió la cara y le secó las lágrimas con los pulgares — No te entiendo...

—No te pido que lo hagas.

—Pero, ¡estamos bien! ¡Lo pasamos bien juntos!... —la atrajo hacia él y le sujetó la cara con las manos pegando su frente a la suya— Ahora ya no hay nada que nos lo impida.

Marina le cogió por las muñecas mirándole con tristeza mientras una lágrima resbalaba de nuevo por su cara.

—Sí, sí que lo hay. Te quiero, pero no te amo. Amo a Ernesto y no es justo para ti.

—¡Qué te acaba de dejar! —dijo de nuevo con desdén.

—Sí, pero eso no cambia nada. —le pasó la mano por el pelo— Te mereces a alguien te ame. Que te lo dé todo y que sólo piense en ti... —le apoyó la palma de la mano en la mejilla— ... Y yo no soy esa mujer.

—¡Pero a mí no me importa!

—Pero a mí sí, Lorenzo. Entiéndelo, por favor. El tiempo que pasamos juntos ha sido maravilloso. ¡Eres un hombre increíble! Pero no eres mi hombre.

—Pero, ¿podemos ser amigos por lo menos?

—Lorenzo... —se apartó forzando una risa— ¿Te das cuenta de que tú y yo no podemos estar en la misma habitación más de cinco minutos sin arrancarnos la ropa?

Lorenzo se pasó las manos por la cabeza estirándose el pelo hacia atrás.

—Lo sabes, ¿verdad?

Asintió con la mirada.

—No sé lo qué nos pasa... —sacudió los brazos contra el cuerpo— Pero va a ser así siempre. Y por eso no podemos ser amigos.

—Marina... —la cogió por la cintura y le colocó un mechón detrás de la oreja acariciándole la mejilla— ¡Eres una mujer increíble! Nunca he conocido a nadie como tú. Tienes tanta vida dentro que es imposible no abrazarte, no tocarte y no... —acercó sus labios a los de ella despacio— ... besarte.

Se besaron muy suavemente. Muy despacio. Sintiendo la calidez el uno del otro.

—Lorenzo...

—Dime, pequeña...

—Quiero tener un buen recuerdo de lo nuestro. Quiero que todo este sufrimiento que hemos causado haya valido la pena. —pegó su cuerpo más al de él— ¡Por favor! Haz que haya valido la pena. —comenzó a llorar de nuevo.

—Claro que sí, mi amor. —la besó de nuevo rozándola ligeramente — No llores. —volvió a besarla— Deja de llorar. No soporto verte llorar. —cogió su cara con las manos y la miró con los ojos llenos de lágrimas también— Te quiero, Marina. Te quiero y no puedo negarte nada.

—Lorenzo... No...

—Ahora te comprendo. Eres una mujer muy valiente. Has hecho siempre lo que tu corazón te decía. Desafiándolo todo. Y lo has hecho a pesar de saber que tenía un precio. Y aún así, te ha dado igual. Lo has hecho y has pagado. —la abrazó con fuerza besándola en la cabeza con ternura— Mi dulce Marina... —la acunó— Eres adorable. Ojalá Ernesto se dé cuenta de la mujer que eres. Está loco si te deja marchar...

—No sigas, Lorenzo, por favor... —apoyaba la cara contra su pecho llorando de nuevo.

—Mírame. —le levantó la barbilla y la miró con sus ojos de color café abrasándola— Quiero hacer el amor contigo por última vez.

—Lorenzo... —sus pulsaciones se dispararon de golpe y el estómago le dio un salto— ¡Bésame!



La besó con ansia robándole el aliento y enredando las manos en sus mechones.

El deseo se apoderó de ellos de nuevo haciéndoles perder la noción del tiempo. Marina tenía razón. Siempre iba a ser así. Había algo entre ellos que no sabían nombrar, que no sabían definir, pero que saltaba en cuanto sus ojos se encontraban y sus labios se rozaban. No iban a poder evitarlo. Nunca.

En el equipo sonaba "Beneath Your Beautiful", de Labrinth y Emeli Sandé.

Llegaron a trompicones al dormitorio, sacándose la ropa por el pasillo. Se devoraban y se bebían el aliento de sus gargantas sin tiempo de respirar.

La tumbó y terminó de sacarle los vaqueros. Tiró de las bragas y la dejó totalmente desnuda sobre la cama.

Marina estaba a cien. Lorenzo ya no tenía camiseta y sus pantalones a medio desabrochar dejaban ver sus marcados abdominales enmarcados en un V que desaparecía bajo la cintura de sus vaqueros.

—Ohhh... pequeña... —jadeó pesadamente inclinándose sobre ella— Voy a follarte ... ¿Me oyes? —le susurró en la oreja— Voy a follarte como nunca...

—Dios... Lorenzo... —se retorció bajo su cuerpo atrayéndolo y besándolo profundamente mientras su vagina se mojaba y su clítoris latía esperando por su amante.

Lorenzo se levantó y la arrastró hasta el borde de la cama. Se quitó los pantalones y los bóxers lanzándolos a la esquina de una patada. Se quedó frente a ella apuntándola con su miembro erecto listo para penetrarla.

Marina gimió y se mordió los labios ante semejante visión.

¡Cómo deseaba a ese hombre! Volvía a someterla. Volvía a dominarla. Y no podía hacer nada.

Le cogió uno de sus pies y se lo besó apoyándolo en su pecho. Hizo lo mismo con el otro.

Pasó el borde de sus dedos por el interior de los muslos hasta llegar a su sexo e introdujo sus dedos mientras le abría las piernas cada vez

más y su polla se acercaba a sus labios, rozando su clítoris, haciéndola volar y arquearse de placer.

—Ahhh... Lorenzo... ¡por favor! —respiraba entrecortadamente— No me hagas esperar, por favor. ¡Hoy no!... Ahhh

—Ohhh... pequeña. —la arrastró más al borde y le levantó más las piernas hasta colocárselas sobre sus hombros, abriéndola totalmente— De acuerdo... sí... no lo haré... Ya voy. —jadeaba presa de un deseo feroz.

La penetró de una embestida hasta el fondo.

Marina gritó llevándose el dorso de la mano a la boca y Lorenzo siguió penetrándola con desesperación. Cada vez entraba más profundamente y Marina disfrutaba de cada centímetro de su increíble polla.

—Ahora te voy a dar la vuelta. ¡Vamos! —palmeó una de sus nalgas.

Se giró en la cama y se puso a cuatro patas mientras Lorenzo la agarraba por el pelo, retorciendo un mechón en su puño y clavándole los dedos en su cadera.

La montó por detrás, golpeándole el trasero con la pelvis, hundiéndose cada vez más.

Marina sintió que el orgasmo se aproximaba y comenzó a agitarse y a moverse con rapidez. Lorenzo se dio cuenta y una ola de calor le envolvió a él también.

—¡Me corro, Lorenzo!... —jadeó— ¡Me corro!...

—Marina... Espera... ¡No!... —salió de golpe de su interior y la volteó en un giro, tumbándola de nuevo boca arriba. Se subió sobre ella con celeridad y la penetró de un empujón, mirándola a los ojos y entrelazando sus manos, inmovilizándola contra el colchón— Así, mi amor. ¡Quiero ver cómo te corres conmigo mientras te beso!... —le pasó la lengua por su oreja arrastrándola por su mejilla hasta encontrar sus labios y entrar en su boca cálida y hambrienta— Así... Vamos... ¡Vamos, pequeña!

Marina levantó la pelvis y le rodeó la cintura con las piernas, empujando con los talones, atrayéndole más hacia ella, abriéndose a él completamente.

Lorenzo empujó de nuevo, tensó la polla y aguantó la respiración mientras el orgasmo les alcanzaba a los dos como un tsunami, arrasándolos y golpeándolos hasta dejarles sin aliento.

—Marina... Ahhh... ¡Joder! Marina, te quiero... ¡Te quiero, pequeña!

...

Marina se retorció sintiendo el esperma de Lorenzo en su interior llenándola y cubriéndola como un volcán de lava ardiente.

—Ohhh... Señor... ¡Lorenzo!... Mi vida... Mi amor... Ahhh... ¡Te quiero! ... Sí... ¡Te quiero!...

El orgasmo les noqueó llevándoles muy lejos de aquella habitación.

Volvieron a Roma. Volvieron a Isla Pancha y volvieron a Portugal.

Respiraron sudorosos uno sobre el otro resistiéndose a soltarse.

Marina le pasó los brazos alrededor del cuello acariciándole la espalda y abrazándole con fuerza contra ella.

Lorenzo apoyó su frente sobre la suya sin salir de su interior. No quería bajarse. No quería que terminase. Quería quedarse en esa cama con Marina toda la noche.

Su miembro se escurrió fuera y Lorenzo se colocó a su lado, acurrucándola sobre su pecho.

—Marina... —susurró besándola en la frente y acariciándole el pelo — Te quiero, Marina... Te quiero... Dios... pequeña... ¡Cómo te quiero!

—Lorenzo... ¡Calla, por favor!... Calla... —posó los dedos en sus labios— No digas eso... ¡No me lo pongas más difícil, por favor!

—Es lo que siento. —la besó de nuevo en los labios— Y hace mucho que lo siento, además. No quería presionarte y por eso no te lo dije antes... pero creo que me enamoré el mismo día que te conocí.

—Lorenzo...

—Sé que tú... —tenía la mirada perdida en el techo— Bueno... antes, tú también has dicho que me querías... y sinceramente, no creo que en ese momento estuvieses mintiendo. —le dio otro beso en la cabeza.

—Lorenzo, yo... todo esto es muy complicado. —levantó la cara de su pecho y se soltó de su brazo para levantarse— Te mereces a alguien mejor que yo.

—¿Por qué dices eso siempre? —se sentó en la cama mirándola incrédulo— ¿Por qué narices crees que no eres suficiente para mí?

Marina se levantó y entró en el baño.

—Lorenzo... yo... —la voz empezó a temblarle y le dio la espalda—  
Tengo que marcharme.

—¿Por qué? —la siguió hasta el baño— ¿Por qué tienes que marcharte? —se apoyó en el marco de la puerta esperando a que saliera— ¿Por qué no puedes quedarte a dormir esta noche?

Marina salió y se paró delante de él.

—Porque si lo hago, —le cogió por la barbilla y le miró con tristeza—  
si me quedo, ya no podré marcharme nunca.

Recogió la ropa del suelo del pasillo y regresó a la habitación para vestirse.

—Te acompaño. —Lorenzo comenzó a vestirse también.

—No. —le paró— ¡Por favor, no! Tienes que quedarte aquí.

—¿Sabes? —se puso frente a ella y la abrazó— Podría amarte si me dejases.

—Lo sé. —le miró con ternura— Ya lo sé. —le besó con delicadeza pero con decisión.

Le besó largamente sin querer soltarse. Era su último beso. Los dos lo sabían y ninguno quería terminar.

—Adiós, Lorenzo... —el mentón le temblaba y las lágrimas se agolpaban de nuevo en sus párpados nublándole la visión. Cogió su bolso apresuradamente y cerró la puerta.

—Adiós, Marina.

Llamó al ascensor y bajó a la calle.

Lorenzo recogió su camiseta del suelo y se fijó en un foulard que Marina se había dejado sobre el sillón. Lo cogió y se acercó al ventanal para verla marchar.

La vio salir y reconoció su coche aparcado unos metros más abajo.

—Vamos, Marina. Vuélvete. —apoyó la frente en el cristal. Tragó saliva y dejó de respirar mientras veía a la mujer que amaba alejarse — Vamos, pequeña. Gírate y mírame... Vamos...

Marina se volvió y miró hacia arriba durante unos segundos, observando la silueta de Lorenzo en la ventana antes de entrar en su coche.

—Vas a volver, pequeña. Sé que vas a volver. Sé que me quieres.

Lorenzo apretó el pañuelo contra su pecho y aspiró el dulzor de su perfume a vainilla y almizcle blanco.

«Va a volver».

«Me quiere y va a volver».

02:48h

Entró en casa, desconectó en móvil y se metió directamente en la cama.

El recuerdo de su última noche con Lorenzo le quemaba en la retina. Le quemaba en el corazón y le quemaba en el alma.

Quería que el dolor y la angustia desapareciesen de su pecho pero no sabía cómo hacerlo.

Se dio cuenta de que estaba atrapada. Al final no había podido controlarlo y había pasado lo que más temía y lo que Nona le había advertido. Se le había ido de las manos y terminó haciéndole daño a los dos hombres que más quería.

Le había explotado como una granada y no había podido hacer nada por evitarlo. Nada.

Pasó todo el domingo encerrada en casa con el móvil desconectado.

Puso un rato la televisión.

La previsión meteorológica continuaba dando fuertes lluvias para toda la semana.

«Mierda. Tendré que llamar el lunes sin falta al seguro para que arreglen el ventanal o se pudrirá la tarima».

4 de septiembre, lunes.

09:54h

—¡Buenos días, Elena!

—¡Buenos días, Marina! ¿Qué tal estás?

—Bien, bien... Gracias... Estaré en mi despacho toda la mañana. Si necesitas algo avísame, pero creo que Cristina te ha dejado todo más o menos listo para que no tengas ningún problema, ¿no?

—Sí, sí. No hay problema, Marina. Me las apañaré. Tranquila.

—¡Perfecto!

Su cara era un poema. Las ojeras se le marcaban por toda la órbita ocular acentuando su aspecto demacrado.

Entró en su despacho con la intención de trabajar un poco y olvidar el fin de semana.

Llamó a Nona y charló un rato con ella.

Después, telefoneó a su hermana. Quedó para comer con ella al día siguiente.

«En algún momento voy a tener que contárselo... y a papá... y a Daniel».

«Joderrr...».

Se acordó de que tenía que llamar al seguro para que arreglasen la ventana del salón.

«A ver... debo de tener la póliza por aquí».

Abrió la carpeta de "seguros" en su ordenador y buscó el documento.

«Joder, ¿dónde está?».

Recordó que Ernesto había cambiado de compañía aseguradora el año pasado porque le habían hecho una oferta en otra.

«¡Mierda! No me acuerdo del nombre. La póliza la tiene él... ¡Joder, voy a tener que llamarle!».

Su iPhone vibró con un mensaje de WhatsApp.

El nombre de Ernesto apareció en la pantalla.

**AA Ernesto\_10:26**

Hola.

Por la tarde me pasaré por casa

para recoger algunas cosas.

Apretó los labios y el estómago se le encogió hasta casi desaparecerle. Los ojos se le llenaron de lágrimas de golpe y el aire se le hizo espeso.

«Diosss... Ernesto...».

**Marina\_10:29**

Está bien.

Podemos hablar entonces???

**AA Ernesto\_10:33**

No. No quiero hablar contigo.

No me interesa nada de lo que tengas que decir. Lo siento. Pero no puedo.

«De puta madre...».

Cogió un kleenex de la caja y se levantó de un salto. Empujó la silla con la rodilla y fue hacia la ventana intentando no ponerse a llorar, pero le fue imposible.

No sabía a qué hora se pasaría su marido y no se atrevía a llamarle para preguntárselo.

«Para que me mande a la mierda y volvamos a discutir...».

Decidió ir a comer a casa para comprobar el plástico de la ventana y ver si encontraba la póliza por algún sitio.

15:36h

Entró en el despacho de Ernesto y abrió algunos cajones de su escritorio buscando los papeles del seguro.

No encontró nada.

Miró el ordenador de sobremesa.

«Debe de tenerlos en el mail».

Dudó un momento, pero decidió encenderlo. El sistema le pidió la contraseña.

«A ver...».

Recordó que solía poner el nombre de sus hijos y alguna fecha.

Tecléo :

**MartinaTeo2001**, el año en el que se casaron.

El iMac de Ernesto validó la clave desbloqueando la pantalla.

«¡Joder!».

Abrió la aplicación de Safari y la interfaz de favoritos se desplegó con los iconos de las páginas predefinidas.

Las palmas de las manos comenzaron a sudarle y el pulso se le apuró.

«¡La hostia!... creo que esto que estoy haciendo es ilegal...».

Clicó sobre el logo de Gmail.

El correo de su marido se abrió delante de sus ojos mostrando la lista de e-mails.

«Bueno, últimamente no soy lo que se dice un techado de virtudes... así que... una más...».

«No creo que me vaya a denunciar por esto... y total... ¡ya me da igual!», pensaba mientras se desplazaba sobre el menú con el ratón.

«A ver... Carpetas... Juzgado... Ricardo... Seguros... ¡aquí está!».

Abrió la carpeta de seguros y vio varios mensajes de las diferentes pólizas que tenían contratadas. La del coche. La del piso de soltero de Ernesto y la del ático.

«Vale. Esta es».

Descargó la póliza y encendió la impresora mientras esperaba.



Le dio a imprimir y se sentó en el sillón. Pasó el puntero por encima de algunos

e-mails distraída cuando se fijó en el nombre de una de las carpetas que estaban al final de la columna.

Natalia.

«¿¿¿Eh???»

«¿Qué coño es esto?».

Ahora sí que iba a cometer una ilegalidad.

Abrió la carpeta y leyó los correos.

—¡¡¡Quéééé!!!

Eran correos entre Natalia, su ex socia y él.

Se fijó en las fechas.

El primero era de dos semanas antes de casarse y los últimos, de unos meses después, cuando Natalia se marchó de la agencia.

La boca se le secó y la sangre comenzó a latirle en las venas del cuello.

de : [ernestodelvalle@gmail.com](mailto:ernestodelvalle@gmail.com)

para: [nataliabernardez32@hotmail.com](mailto:nataliabernardez32@hotmail.com)

“Lo que pasó la otra noche fue un error. Estábamos muy borrachos, ya lo sabes y no va a volver a pasar.

Entiéndelo, me voy a casar con Marina y no hay vuelta atrás. La quiero a ella y entre nosotros no puede haber nada. Lo que hicimos estuvo mal.

Sólo podemos ser amigos, pero nada más.”

de : [nataliabernardez32@hotmail.com](mailto:nataliabernardez32@hotmail.com)

para: [ernestodelvalle@gmail.com](mailto:ernestodelvalle@gmail.com)

“Ya lo sé. Ya sé que te vas a casar con ella. Bebí y me dejé llevar.

Estábamos borrachos, sí, pero eso no es excusa. Ahora ya sabes que te quiero y que siempre he estado enamorada de ti”.

de : [nataliabernardez32@hotmail.com](mailto:nataliabernardez32@hotmail.com)

para: [ernestodelvalle@gmail.com](mailto:ernestodelvalle@gmail.com)

“No te preocupes, no voy a decirle nada a Marina. Pero no puedo veros juntos todos los días. Ya no lo soporto. Tengo que marcharme. Voy a dejar la agencia y me voy a ir de Galicia”.

Marina comenzó a marearse. El aire no le llegaba y su pulso se había disparado.

—¡Será cabrón!... —se levantó dando un manotazo a una montaña de carpetas que había sobre la mesa. Algunas cayeron al suelo desparramando los folios que tenían en su interior— ¡Hijos de puta!... ¡Pero qué hijos de puta!... —la rabia comprimía sus músculos haciéndola saltar como un animal enjaulado— ¡Ahhhhh... Diossssss! —apretó los puños a lo largo del cuerpo dando una patada al suelo— ¡No quieres hablar conmigo, cabrón!... ¡Pues ahora vas a hablar!... ¡Vaya si vas a hablar!... ¡Ya lo creo!

Pulsó la tecla de imprimir y recogió los mails de la boca de la máquina.

Apagó el ordenador y salió del despacho.

Llevó los papeles al salón y los colocó sobre la mesa.

Puso la botella de whisky y un vaso a su lado.

Cogió la de ginebra, se sirvió un gintonic y se sentó a esperar a su marido.

16:53h

El sonido de la cerradura al abrirse la quitó de sus pensamientos.

Iba ya por su tercer gin.

Su cara estaba tensa por toda la rabia que había acumulado.

—¡Hola, Ernesto!

—Ah... Hola... —contestó en tono frío dirigiéndose al dormitorio arrastrando la maleta vacía— Creí que no estarías en casa. No te preocupes, sólo necesito unos minutos y ya me voy.

Le oyó trastear en la habitación y se cargó un poco más de ginebra en la copa.

—¿Puedes venir? —gritó desde la sala.

—¿Qué?

—¡Que si puedes venir! ¡Quiero hablar contigo! —la voz de Marina sonaba dura dejando ver su enfado.

—Escucha, Marina... Ahora no... Ahora no tengo ganas de discutir.

—¡¡¡AHORA SÍ!!! —chilló dando un puñetazo a la mesa haciendo saltar los cubitos de hielo de su bebida.

Ernesto salió de la habitación en dirección a la sala con el gesto contrariado.

—Marina, ¡me tienes hasta los coj...

Entró en el salón y se encontró a su mujer de pie con la cara congestionada por el alcohol y la rabia con un fajo de papeles en la mano.

—¿Me puedes explicar qué coño es esto?

—¿Qué?

—¡¡¡Que qué coño es esto, cabrón!!! —le estampó los folios contra el pecho encarándose con él— Eres un cabrón. ¡No quieres hablar conmigo porque te he engañado y tu llevas dieciséis años haciéndolo! ¡Hijo de puta!

Ernesto cogió los papeles arrugados con estupor.

—¡Sois unos hijos de puta!... ¡Los dos!... ¡y yo pensando que había hecho algo mal!... Me cago en... ¡qué asco!... joder... ¡qué asco! ¡He vivido en una puta mentira todo este tiempo!

—¿De qué coño hablas? ¿Estás bebiendo?

Marina fue hacia la mesa y le sirvió un whisky.

—¡Por lo visto no soy la única que guarda secretos aquí! —le acercó el vaso con brusquedad derramando parte del contenido al suelo.

—¿Qué quieres decir? —cogió el vaso sin mirar intentando averiguar lo que había en los papeles.

—No te hagas el tonto conmigo. A estas alturas ya no. —dio un trago a su copa apoyándola con violencia— ¡Ten cojones!... ¡Cómo los he tenido yo! —se acercó de nuevo a él desafiándole con la mirada— Así que con Natalia... Yo aquí jodida, volviéndome loca y tú llevas dieciséis años mintiéndome...

—Marina, escucha. —dejó el vaso y leyó los correos atropelladamente— ¿De dónde coño has sacado esto?

Le lanzó una mirada asesina.

—No te atrevas a negarlo. ¡Cerdo!

—¿Qué de dónde coño has sacado esto? —le gritó agarrándola por el brazo.

—¡De tu puto correo! —le espetó— No querías hablar conmigo y necesitaba la póliza del seguro. Por eso abrí tu mail... ¿Contento? —sacudió el hombro para soltarse de su agarre— Y tú me acusas a mí de cargarme nuestro matrimonio. —fue hacia la mesa y se dejó caer en la silla abatida, cogiendo su copa para acabársela.

Ernesto se acercó y se la quitó de la mano.

—¡No bebas más, joder!

—¿Tienes idea de cuántas noches he pasado sin dormir, preguntándome por qué se había marchado? ¿Qué es lo que había hecho mal para que me dejase tirada así? Era mi amiga, ¿sabes? —le miró con la desolación arrasando sus ojos.

—Marina, escucha. —se agachó frente a ella poniéndose a su altura — No llegó a pasar nada.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué tendría que creerte? —su voz sonaba ahora frágil.

—¡Porque es la verdad! No quise hacerte daño.

—¿Que pasó, Ernesto? —bajó la cabeza sorbiendo los mocos y limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Fue la noche de mi despedida de soltero. —se levantó y cogió el vaso de whisky sentándose frente a ella— Estábamos en una de las discotecas, el Ferré creo, a punto de marcharnos y apareció Natalia con un par de amigas. —bebió un trago— Era muy tarde y estábamos muy borrachos ya. La mitad de los chicos se habían marchado. Natalia estaba muy borracha también. Me pidió que la acompañase a su casa y...

Marina emitió un gemido llevándose la mano a la boca con un gesto de dolor.

—¡Dios mío! ¡No puedo creerlo!

—Subí con ella ... y se me insinuó... —apoyó los codos en la mesa sujetándose la cabeza con las manos— No era la primera vez que lo hacía, pero esta vez, con la excusa de la borrachera fue un poco más lejos y nos besamos durante un rato... —suspiró pasándose las

manos por la frente— Hasta que me di cuenta de lo que estaba sucediendo y paré. —bebió de nuevo acabándose el licor— La rechacé y salí de allí asustado.

—¿Y por qué no me lo contaste, Ernesto? ¿Por qué me lo ocultaste?

—Tienes razón. —se levantó y fue hacia la ventana cruzando las manos en la nuca— No tengo cojones... —se volvió hacia ella y la miró con los ojos llorosos— Tenía miedo, Marina... Tenía mucho miedo de perderte...

—¿Por qué tenías tanto miedo? —se puso frente a él mirándole a los ojos.

—Porque eres el amor de mi vida... —se pasó la mano por la cara tapándose la boca ahogando una exclamación de desconsuelo— Pero eso ahora ya no importa... Ya no importa nada... —bajó la cabeza y pasó a su lado sin rozarla para salir de la sala.

Entró de nuevo en el dormitorio y terminó de hacer la maleta.

Marina permanecía de pie apoyada en el marco de la puerta intentando contener el llanto sin apenas conseguirlo.

Salió con el equipaje al hall y recogió un par de carpetas de su despacho.

—Me voy a instalar en el piso de Gran Vía. Me quedaré allí hasta que decidamos qué hacer.

Marina cruzó los brazos y bajó la cabeza sin decir nada.

—Los niños llegarán el día catorce y me gustaría que estuviesen conmigo ese fin de semana —continuó Ernesto—. Hay un campeonato de ajedrez en el Club y les prometí que les llevaría. Si te parece bien.

—Sí, sí... por supuesto, no hay problema. —le tembló la voz— Tendremos que hablar con ellos.

Pasó delante de él parándose a su altura. Se miraron y Marina volvió a llorar.

Ernesto la sujetó por el brazo.

—¿No vas a decirme quién es?

—No. Ya te he dicho que no importa.

—¿Se ha acabado?

—Sí. Se ha acabado... —la voz se le rompió— Pero ya da igual. Tienes razón —le apartó la mano— Me he cargado nuestro

matrimonio.

Entró en el dormitorio y cerró la puerta. No quería ver como su marido se marchaba de nuevo.

Ernesto se quedó de pie en el pasillo.

El nudo que tenía desde hace días en la garganta había crecido y no le dejaba tragar.

Quería ir detrás de su mujer pero era incapaz de moverse. No podía.

Su corazón sangraba y dolía. ¡Joder, cómo dolía!

Desplegó la barra de su trolley para salir y se fijó en una de las fotografías que estaban sobre la consola. Era una instantánea de ellos dos que un pescador les había hecho en una playa de Capri. Sonreían mirándose el uno al otro, abrazados y felices, con el intenso azul del mar como fondo.

Cogió el marco y lo guardó en el bolsillo de su maleta. Salió cerrando la puerta despacio, limpiándose las lágrimas que bajaban por su cara, mojando su camisa.

6 de septiembre, miércoles.

11:42h

—Bueno, Marina. Tengo que dejarte. Llámame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí. No te preocupes. Estoy bien. —suspiró con resignación— Es lo que hay, Susana. Tengo que hacerme a la idea.

—Bueno, tranquila. No te precipites. —hizo un pausa— Ernesto te quiere mucho. A lo mejor todavía podéis arreglarlo.

—No lo creo...

—Eso no lo sabes... Dale tiempo. Ahora le duele demasiado.

—Es muy orgulloso... —giró el sillón hacia la ventana— Nunca me va a perdonar... ¿Y papá?, ¿qué tal se lo ha tomado? Ayer en la comida casi no abrió la boca... —se llevó la mano a la frente con un gesto de preocupación— Siento darle este disgusto.

—No te preocupes por papá ahora. Está bien. —chasqueó la lengua— Apenado, claro, como lo estamos todos por vosotros. Pero está bien.

—Gracias, Su. —su voz se entrecortó por la emoción— Gracias por todo, hermanita. Te quiero.

—Yo también te quiero, Marina. Cuídate mucho. Mañana te llamo de nuevo.

Colgó y vio que la centralita se iluminaba con una llamada.

Pulsó el botón rojo.

—Dime, Elena.

—Marina, tienes una llamada del inspector Vidal. Está por la línea 3.

«Joder, y este, ¡qué coño quiere ahora!»

—Está bien, Elena. —hizo un gesto de resignación— Pásamelo.

—¿Inspector Vidal? ¡Buenos días!

—¡Buenos días, Marina! Siento molestarte, pero tienes que venir a la comisaría.

«Te dije que no me tutearas, gilipollas...», pensó apretando los labios.

—¿Ahora?

—Sí. Es urgente. Sabemos quién es el responsable del robo.

—¿Ah, sí? —se levantó del sillón como un muelle— Y, ¿quién es?

—Ven a la comisaría y te daré todos los detalles. Por teléfono no puedo.

—Está bien, está bien. —inclinó la cabeza poniendo los ojos en blanco— ¡Ahora mismo voy!

—Sube directamente a mi despacho. Te estaré esperando.

12:36h

Entró en la comisaría y subió las escaleras que llevaban al despacho de Andrés. Estaba nerviosa y un poco alterada. Lo que menos le apetecía ahora era ver a Vidal y tener que aparentar serenidad y entereza cuando toda su vida se estaba desmoronando delante de sus narices. Este hombre la desquiciaba y la perturbaba a partes iguales.

«¡Y me sigue tuteando el cabrón...!».

«Pues vale. Se va a joder... pienso hacer lo mismo... ¡qué cabronazo!».

Llamó a la puerta.

—Adelante. Pasa.

Andrés estaba de pie, a un lado de la mesa, con unos expedientes en la mano.

Llevaba una camiseta y unos vaqueros negros como la última vez que había estado allí. Los músculos se le marcaban por debajo de la tela de algodón y su piel estaba más tostada debido al moreno del verano.

Volvió a fijarse en el tatuaje.

«¡Vaya! Debe de ser su uniforme oficial...».

«Alguien tendría que decirle que existen más colores aparte del negro...».

—¡Hola, Marina! ¿Qué tal estás? —extendió su brazo hacia una de las sillas de confidente invitándola a sentarse.

—¡Hola, Andrés! Buenos días. —se sentó apoyando su bolso en la otra silla— Pues tú dirás. Estoy intrigada, la verdad.

Andrés se sentó en su sillón y abrió una carpeta para mostrarle el contenido.

—Mira, —le extendió varios folios con datos y una fotografía— ¿conoces a Luis Morales? Es dueño de una agencia de publicidad, Atel-Up, aquí en Vigo.



—¡Coño! ¡Luis! —pegó un brinco en la silla y se arrimó más a la mesa para verlo con más atención— Sí, sí que le conozco. Le conocí en un Seminario de publicidad al que fuimos juntos. —le miró extrañada— Hará unos seis meses... En marzo, creo... —desvió la mirada hacia el techo tratando de recordar la fecha— Sí, fue en el mes de marzo. No recuerdo la fecha exacta, pero fue en marzo seguro.

—Bueno, pues por lo visto su agencia no va todo lo bien que a él le gustaría y ha intentado hackear tu sistema informático para robar la información de tus campañas. Nuestros técnicos han rastreado las direcciones IP que nos facilitó tu equipo de informáticos y les han llevado hasta él.

—¡Qué cabrón! —se levantó de un salto con el informe en la mano, estupefacta intentando leerlo entero— ¡Pero qué pedazo de cabrón! ¡Y el tío iba de colega! —daba vueltas indignada mirando a Vidal y al informe alternativamente— ¡Fuimos a cenar y a tomarnos unas copas todos juntos...!

Su cara era un poema.

—Sí, bueno. —cogió otra carpeta del montón y se la tendió— Hay más.

—¿Cómo que hay más? —se acercó a la mesa apoyándose con las manos en el respaldo de la silla.

—Tu ayudante, Cristina Herrero. Sale con él y le ayudó cuando entraron a robar. Ella le dio las llaves y la contraseña de la alarma.

—¿¿¿Qué??? —abrió los ojos desconcertada— No, no... eso sí que no me lo trago... Cristina no pudo hacer eso...

—Marina. —su voz se tornó más grave— La hemos detenido y ha confesado. Ahora mismo está terminando de prestar declaración, por eso te he llamado.

De repente, notó un zumbido en sus oídos, como si un millón de abejas danzasen a su alrededor. Sintió que unos brazos la sujetaban y después todo se volvió negro.

12:58h

—Gracias por el agua, Rosa. Déjela en la mesa. Parece que ya vuelve en sí.

Abrió los ojos poco a poco.

Andrés la había llevado hasta el sofá que tenía en una esquina de su despacho. La tumbó y le dio aire hasta que comenzó a despertar.

Intentó levantarse despacio. Andrés estaba sentado a su lado. Le dio la mano y pasó su enorme brazo por sus hombros para sujetarla mientras intentaba sentarse y recuperar el sentido.

—Tranquila. Tranquila. —la apretó contra él y le apartó el pelo de la cara. Tenía la frente sudorosa y la boca seca— Despacio. No tengas prisa.

—¿Qué ha pasado? —se recostó contra el respaldo respirando con dificultad.

—Te has mareado. —le acercó el agua— Ten. Bebe un poco.

—Gracias. —bebió y le dio la tos.

—Heyy... Despacio. Despacio. —se inclinó sobre ella y le pasó el dorso de la mano por la mejilla— ¿Mejor?

—Sí, sí. Creo que ya estoy bien. Gracias, Andrés.

La ayudó a levantarse. Marina se puso en pie y giró la cabeza hacia los lados comprobando que el mareo había cedido.

Dio un paso y se tambaleó de nuevo.

—¡Cuidado!

Andrés la sujetó por la cintura apretándola contra su pecho. La miró clavándole sus intensos ojos verdes. Marina sintió su perfume a pachulí e incienso, penetrante, oscuro y peligroso... como él.

—Ya está... Ya está. —recuperó la postura separándose visiblemente turbada— Estoy bien, Andrés. Gracias.

—Bueno. Siéntate aquí. —la llevó hasta la silla y él ocupó su sitio— Como te iba diciendo, Cristina, tu asistente, está ahora mismo declarando. Ha confesado, Marina. La dejarán libre con cargos y a la espera de presentarse ante la autoridad judicial cuando sea requerida.

—¡Joder! —apoyó los codos en la mesa y metió la cabeza entre las manos— Pero... ¿Por qué? —seguía noqueada.

No entendía nada. ¿Qué más podía pasar ya?

Andrés se levantó y se sentó a su lado.

—Bueno. Las personas a veces hacen cosas que resultan inexplicables para los demás. —dijo pasándole la mano por los hombros tratando de confortarla.

—Sí. Supongo que será eso. —le miró con los ojos llorosos— Escucha... Yo... Te debo una disculpa. —bajó la cabeza a punto de llorar— Me avisaste y no te creí. Me limité a ponerte a parir...

—¿Quéeee? —lanzó una carcajada empujándola cariñosamente, liberando la tensión del momento— ¡No te creo! ¿Me pusiste a parir? ¡Jajaja!

Marina levantó la cabeza y se rió también consiguiendo que las lágrimas al final no llegasen a brotar.

—¡Venga! —dijo cogiéndola por el brazo— Vamos a tomar un café ahí enfrente. Necesitas azúcar. Y yo necesito salir de aquí un rato.

—Está bien. —suspiró resignada— ¡Tienes razón, un café me irá bien!

Salieron al pasillo y cruzaron la sala de los funcionarios para coger los ascensores traseros.

—Andrés, espera.

Vio a Cristina sentada en una de las mesas firmando unos papeles.

—Marina, no vayas. —la sujetó por el brazo.

—¡No! Quiero mirarla a la cara. —se soltó— ¡Y quiero que me diga por qué!

Llegó a su altura y se plantó delante de ella.

—¿Qué coño has hecho, Cristina? —la increpó mirándola con dureza— ¿Por qué?

Cristina bajó la cabeza y apenas pudo balbucear unas palabras.

—Yo... yo... Marina, ¡lo siento! ¡Perdóname! Yo no sabía lo que iba a hacer. No lo sabía.

—¿Qué no sabías lo que iba a hacer? —le gritó visiblemente nerviosa.

—Vamos, Marina. —dijo Andrés— Vámonos. No merece la pena.

12 de septiembre, martes.

10:42h

—¿Se puede?

Daniel golpeó con los nudillos la puerta del despacho de Marina.

—Sí, Daniel. Pasa.

Entró seguido por una mujer.

—Te presento a Tamara Silva.

—¡Hola, Tamara! —se levantó de su sillón y le tendió la mano— Soy Marina Estrada. Encanta de conocerte. Daniel me ha hablado maravillas de ti.

—Hola, señora Estrada. ¿Cómo está?

—Bien, bien. Gracias. Sentaos, por favor.

—No, yo ya me voy —dijo Daniel girándose hacia la salida—. Tengo un par de reuniones más esta mañana y se me hace tarde. Os dejo solas. ¡Gracias, Marina! ¡Te debo una! —le guiñó un ojo y salió.

—Bueno, a ver, me ha dicho Daniel que has estado trabajando para varias agencias de Barcelona y que has hecho algunas prácticas, en Lisboa y en Dublín, como asistente de dirección. ¿Es correcto?

—Sí, sí. He estado un par de años fuera y ahora he vuelto a Vigo.

—Bien. —Marina echó un vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa— Según tu curriculum eres idónea para el puesto, —los guardó en una carpeta y la cerró— y además, vienes recomendada por Daniel, así que no tengo más que decir. Si lo quieres, el trabajo es tuyo.

—Ohhh... ¿De verdad? —Tamara se revolvió en la silla sin poder ocultar su alegría— ¡Muchas gracias, señora Estrada! ¡Muchas gracias! Esté segura de que lo haré lo mejor que pueda.

Marina puso los codos en la mesa y entrelazó las manos a la altura de la barbilla.

—Bien. Empiezas mañana. —la miró con seriedad— Elena te explicará los detalles y te dará las instrucciones para elaborar y planificar mi agenda y la de Daniel.

—Sí, sí.

—Es importante que las reuniones con los clientes se fijen siempre con la antelación suficiente. Los equipos necesitan planificar sus agendas de acuerdo a las nuestras, por lo que tendrás que ocuparte también de eso. Bien. —continuó con la voz firme— Normalmente no suelo cerrar la puerta de mi despacho y trabajo con ella abierta. Puedes entrar siempre que lo necesites sin pedir permiso. Excepto cuando la cierro. Y si digo que no me molesten y que no me pasen llamadas, es que no quiero que me molesten ni me pasen llamadas bajo ningún concepto. Sólo las de mi familia. ¿Queda claro?

—Sí, señora Estrada. Clarísimo. No habrá problema con eso.

—Otra cosa. ¡La máquina del café está en el office! —se levantó rodeando su mesa tendiéndole la mano de nuevo— ¡Y llámame Marina, por favor! ¡Bienvenida a MissMussa!

Tamara se levantó y le estrechó la mano con una gran sonrisa.

—Muchísimas gracias, señ... ¡Marina!

La acompañó hasta la entrada y le presentó a Elena y al resto del equipo.

Aprovechó para hacerse un café y regresó a su mesa para seguir trabajando.

«Bueno... a ver qué tal se le da...».

«Parece buena chica...».

Se bebió el café y abrió el correo para enviar algunos mails.

15 de septiembre, viernes.

17:42h

—¡Portaos bien con papá! —metió un par de mochilas en el maletero y cerró el portón del coche de Ernesto.

—¿Y por qué no vienes con nosotros a la otra casa, mami? —preguntó Teo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Marina miró a su marido sentado al volante con el gesto sombrío.

—Pues... porque mami tiene que trabajar fuera. —se inclinó sobre él y le dio un beso en la frente mientras comprobaba el enganche del cinturón— Martina, hija, ¿te has abrochado?

—Sí, mamá. Ya estoy.

—Bueno, pasadlo bien en el Club. El lunes por la tarde os recojo yo en el cole, ¿de acuerdo?

—¡Vale, mami!

Marina se adelantó hacia la ventanilla del conductor.

—En algún momento tendremos que explicárselo, ¿no crees? —susurró entre dientes simulando una sonrisa.

Ernesto le dirigió una mirada fría como el hielo.

—Ya hablaremos. Acaban de llegar de viaje. No pienso joderles a ellos también. —bajó sus ojos hacia la mano que Marina tenía apoyada en el marco de la ventanilla— ¿Me dejas arrancar?

—Sí, sí. Perdona. —quitó la mano y dio un paso hacia atrás mandándole un par de besos por el aire a los niños. Ellos le respondieron haciendo lo mismo.

Ernesto arrancó y los perdió de vista.

Se quedó hecha polvo en la acera viendo como se alejaban.

La frialdad con la que la trataba su marido le resultaba insoportable. Le dolía cada vez más.

«Mis niños... ¡mis amoriños!...».

Suspiró aguantando las ganas de llorar.

«No quiero ir a casa ahora...».

«Verla tan vacía me va a poner peor».

Miró el reloj y decidió pasarse por la agencia un rato.

«Iré a ver qué tal lo lleva Tamara».

«Los comienzos en un lugar nuevo siempre son estresantes...».

«Aunque estos dos días lo ha llevado bastante bien... y sus looks me fascinan... es adorable... ¡parece sacada de Grease!...».

Llegó a la agencia y pulsó el botón del ascensor.

Tardaba demasiado. Se fijó en las luces de los pisos y vio que estaba parado en el segundo.

«Joder... ¡otra vez!... ya están los de siempre atascando todo... ¡se creen que sólo trabajan ellos aquí!».

Decidió no seguir esperando y subir por las escaleras.

«Así aprovecho y voy al baño que me estoy haciendo pis».

Llegó al último tramo y oyó unas voces masculinas que provenían de los aseos. Creyó reconocerlas conforme se iba acercando, aunque no entendía muy bien lo que decían.

Eran Manuel y Pablo, dos de sus publicistas.

Subió más hasta llegar al rellano y las voces se hicieron más claras.

—¡Joder, macho! Pues yo te digo que seguro que se lo montó en el despacho con el tío ese con el que dicen que le puso los cuernos...

—Buahhh... yo no sé, pero a lo mejor su marido los pilló follando en su casa y todo... ¿te los imaginas?...

—Nooo... dicen que se lo contó ella... ¡qué guarra! ... aún por encima va y se lo cuenta ... ¡jajaja!

—¿Y dices que se lo montaron aquí?

—A saber, ¡Seguro!... Va de fina y al final es una zorrita... Ahora ya sabemos cómo consigue todas las campañas... ¡qué putilla! ¡jajaja!  
¡Hay que joderse con Marinita!... aunque está muy buena y no me importaría nada que me la chupara... y luego me la follaría también... en su mesa... abriéndola bien de piernas... con ese culito que tiene y esas tetas... hmmm...

—¡Joder, Pablo!... ¡Qué bruto eres, tío! ¡Jajaja!... Aunque tienes razón... Podía hacernos una mamada a los dos...

Se llevó las manos a la boca horrorizada. El estómago se le revolvió y le dieron arcadas. El pulso comenzó a acelerársele y le costaba respirar.

Dio la vuelta y bajó a la calle con un ataque de ansiedad.  
Esto era mucho ya. Ya no podía más.  
Sólo quería ir a casa y esconderse.  
La vergüenza, la culpa y la rabia le quemaban el alma.  
Cruzó la Puerta del Sol y bajó por la Alameda para llegar a casa.  
Comenzó a llover y apuró el paso.  
Llegó a casa empapada y hecha un manojo de nervios. Se cambió la ropa mojada y se sentó en el suelo de su dormitorio al lado de la cama mirando por el ventanal cómo la lluvia caía en la terraza inundando los maceteros.  
Se llevó las rodillas al pecho intentando permanecer tranquila, pero las palabras de sus empleados se repetían en su cabeza una y otra vez.

Su teléfono comenzó a sonar.  
Era Nona.

—¡Hola, Marina!

Tardó unos segundos en contestar.

—¿Marina???

—Estoy aquí, perdona... —su voz sonó débil.

—Marinaaaa... ¿Qué pasa? —Nona se dio cuenta de que algo no iba bien— ¿Los niños? ¿Se lo habéis dicho ya?

—No, Nona. No. —se volvió a sentar en el suelo y comenzó a hipar  
— Acabo de estar en la agencia. Se han enterado. Se han enterado y están hablando barbaridades sobre mí...

—¿Cómo que se han enterado? ¿De qué? ¿Qué barbaridades?

—Pues de lo que he hecho... —hipó de nuevo sorbiéndose los mocos  
— De mi infidelidad... y he pillado a dos trabajadores hablando en el baño... llamándome de todo... puta, zorra... y Ernesto se ha llevado a los niños este fin de semana... y está cada vez más frío conmigo...  
—lloraba de nuevo— No quiere hablarme... no me mira... —se derrumbó otra vez— Yo ya no puedo más... Nona... ya no puedo más...

—Marina... Joder, Marina... tranquila.

—No recuerdo en qué momento mi vida se empezó a descontrolar... pero tenías razón... se me ha ido de las manos... he perdido el control



por completo... —se sonó los mocos— Hace unos meses mi vida era perfecta... ¡Perfecta, Nona!... y ahora... ¡ya no tengo nada!... nada.

—Marina... —chasqueó la lengua suspirando— No sé que decirte.

—Déjalo, Nona. Da igual. Ya da igual. —se levantó y apoyó la frente contra el cristal. Respiró hondo y dejó de llorar— Aquí dentro me voy a volver loca. Voy a salir a correr.

—¿Cuándo? —Nona oía la lluvia golpear con fuerza la ventana—  
¿Cuándo deje de llover?

—No. Ahora.

19:38h

Bajó al garaje y guardó la bolsa de deportes en el maletero. Arrancó y salió a la carretera. Seguía lloviendo con fuerza y tuvo que poner los limpiaparabrisas en la velocidad más rápida.

Condujo despacio con un nudo en el estómago. Sólo quería correr. Correr y escapar.

La indiferencia de su marido y la falta de respeto de sus empleados había terminado por minarla del todo.

En la radio del coche sonaba ahora "Praying For Time" de George Michael.

Se acordó de su madre y volvió a llorar. Lloró durante toda la canción.

«Menos mal que no estás aquí para ver lo que he hecho, mamá...».

«Te avergonzarías de mí...».

«Joder.. qué mierda... ¡qué puta mierda!...».

Llegó a la playa y aparcó. Metió el iPhone en el brazalete y se lo ajustó.

Se puso un chaleco impermeable y se lanzó a correr sin calentar.

Quería que la angustia desapareciera. Que dejase de dolerle el estómago.

Que las palabras que había oído esa tarde no le importasen. Quería recuperar su vida de nuevo, pero no sabía cómo hacerlo.

Subió el volumen de sus auriculares y bajó como una flecha hacia la orilla. Comenzó a sonar "Superheroes" de The Script y aceleró las zancadas.

Corrió como nunca, esprintando cada vez más. Sacando toda la rabia y el dolor que llevaba dentro. No quería parar. Corrió más y más.

"Ahora, ella es más fuerte de lo que crees...

un corazón de acero comienza a crecer..

Así es como un superhéroe aprende a volar..

Cada día, cada hora, convirtiendo el dolor en poder.."

Corrió mirando al cielo, buscando la cara de su madre. Aceleró y siguió corriendo más y más rápido, hasta que cayó de rodillas en la arena, exhausta, sin aliento, derrotada. Con las lágrimas resbalando

por su cara y empañando sus ojos. El pecho le quemaba con cada inspiración y su corazón bombeaba a toda velocidad golpeando sus costillas haciéndole daño.

La canción seguía sonando.

“Now she’s stronger than you know  
A heart of steel starts to grow...  
That’s how a superhero learns to fly  
Every day, every hour turn the pain into power..”

Oyó la voz de su madre resonando en su interior.

“¡Levántate, Marina! ¡Arriba! ¡Vamos! ¡Vamos, hija! ¡Ahora!”

Recuperó poco a poco el aliento y se levantó despacio.

Respiró hondo varias veces cargándose con el oxígeno del mar, se secó las lágrimas con la manga de la sudadera y sacudió sus pantalones de arena mirando al horizonte.

«¡No voy a pedir perdón por vivir!».

«¡Se acabó!».

Volvió a inspirar, esta vez más profundamente, sintiendo como una sensación de paz la envolvía. La angustia había desaparecido y sentía que volvía a tener el control.

«Lo hecho, hecho está».

«¡Es mi vida!».

«Y no será perfecta, ¡pero es mía!».

«¡No voy a dejar que nadie me castigue por ello!... »

«¡Yo decido!».

Volvió al coche y llamó a Daniel.

«¡Esos dos, a la puta calle!».

18 de septiembre, lunes.

09:42h

Entró en el portal de MissMussa y se encontró a Daniel esperando el ascensor.

—¡Hola, Marina! ¡Buenos días!

—¡Buenos días!

Llegó a su altura y Daniel se dio unas palmaditas señalando el bolsillo de su americana.

—Tengo lo que me pediste. Llamé a Sandra después de hablar contigo y el sábado por la mañana me lo envió al correo.

El ascensor abrió sus puertas y entraron. Sacó dos sobres del interior de su traje y se los tendió.

—¡Gracias, Daniel! ¡De verdad! Te lo agradezco mucho. —cogió los sobres y comprobó los nombres.

—No hace falta que me las des. Si tú dices que están fuera, están fuera. ¡No hay más que hablar! —contestó, dejándola pasar en cuanto el ascensor llegó a su destino.

Entraron en la agencia y Marina saludó a Tamara con una gran sonrisa.

—¡Buenos días, Tamara!

—¡Ah! ¡Buenos días, Marina! —giró la muñeca mirando el reloj.

—Sí, ¡he llegado pronto! —respondió antes de que dijese nada— Es que hoy tengo una mañana muy entretenida. Hazme un favor, —se inclinó sobre su mesa mientras recogía el correo y la prensa de su bandeja— cuando lleguen Manuel y Pablo les mandas a mi despacho.

—Muy bien, Marina.

—A los dos juntos.

—Sí, sí. De acuerdo.

—¿Quieres que entre con ellos cuando lleguen? —preguntó Daniel acompañándola hasta su mesa.

—No te preocupes, Daniel. Esto quiero hacerlo yo sola. —colgó la chaqueta en el respaldo de su sillón y le dio al botón de encendido de su ordenador.

—Está bien. —le sonrió guiñándole un ojo y dirigiéndose a la puerta  
— Pero si me necesitas estaré aquí al lado. ¿De acuerdo?  
—Lo sé. Gracias otra vez, Daniel.

10:12h

—Marina. —Tamara se asomó a la puerta de su despacho.

—Dime.

—Manuel y Pablo están aquí.

—Muy bien. Pues diles que pasen.

Se puso la chaqueta de su traje y se enderezó en el sillón.

Manuel y Pablo entraron.

—¡Buenos días, Marina! —dijeron al unísono.

Marina no les respondió.

Se dirigieron a las sillas de confidente con intención de sentarse.

—¡No os he dado permiso para que os sentéis! —giró unos grados su sillón para coger los sobres con sus nombres.

Los dos hombres se miraron confusos sin saber qué hacer. Permanecieron de pie.

Marina se levantó y rodeó su mesa con los sobres en la mano, plantándose delante de ellos.

—¿Pablo Morán?

—Sí...

—Ten.

—¿Manuel Estévez?

Manuel alargó la mano cogiendo su sobre también.

Marina se sentó en el borde de su escritorio cruzándose de brazos.

—Muy bien. Esto es lo que vamos a hacer. —se llevó una mano al mentón mientras hablaba. — En esos sobres está vuestra carta de despido. Se ha tramitado como un despido improcedente, con lo cual tenéis una más que significativa indemnización.

Pablo y Manuel no ocultaban su cara de desconcierto.

Marina siguió.

—Considerando lo generosa que estoy siendo con vosotros, ya que podría mandaros a la calle con un despido disciplinario sin un puto euro, —se levantó de su mesa y se colocó frente a los dos con las

manos en la cintura— os sugiero que firméis el finiquito y abandonéis MI AGENCIA.

—Pero... —Manuel daba la vuelta al sobre en su mano una y otra vez sin comprender.

—Recoged vuestras cosas, por favor y largaos.

—Pero, Marina...

—¿Quieres que te recuerde la conversación que habéis tenido el viernes?

Manuel palideció.

—¿A lo mejor prefieres que lo contemos en un juzgado? No sé... Tú me dirás. —miró a Pablo— ¿Tú que dices, Pablo? Hoy no estás tan hablador.

—Marina, yo... —Pablo bajó la cabeza avergonzado.

—No quiero oír nada más. —fue hacia la puerta— ¿Y bien?

—Vamos, tío. —Pablo tocó el brazo de Manuel conminándolo a salir.

—Pero... a ver... esto no es muy leg...

—¡Joder, Manuel! —le miró con apuro— ¡Vámonos ya!

11:48h

Llamó a Sandra, su asesora, para darle las gracias por haber arreglado el despido de sus empleados en fin de semana. Terminó de mandar un par de correos y de hacer unas llamadas y recogió un poco su mesa poniendo orden y tirando varios documentos atrasados. Se sentía bien. La losa que había llevado todas estas semanas encima se había desvanecido. Ya no la sentía agobiándola y estresándola. Estaba recuperando el control de nueva su vida.

Había cambiado y tenía que aprender a vivir esta nueva etapa. Ahora era lo que le tocaba.

Tomó una decisión. Eligió ser libre y vivir. Eligió conocerse más. Eligió saber quién era Marina Estrada, pero de verdad.

Quiso saber hasta dónde podía llegar y explorar dónde estaban sus límites.

Hasta el final. Aún sabiendo que el precio que tendría que pagar sería muy alto. Eligió y ese conocimiento le estaba dando poder.

Seguía amando a Ernesto pero no quería vivir una mentira con él. No quería vivir a medias sin saber realmente quién era.

Si nunca hubiese cruzado la línea con Lorenzo, siempre se lo estaría reprochando y eso la destruiría. Y terminaría por destruir su matrimonio igualmente.

Ahora lo sabía. Ahora era más libre. Ahora era ella.

Sentía que podía seguir hacia delante. Sola, pero con la serenidad y la aceptación de saber que sus decisiones la habían llevado hasta aquí. Le habían hecho ser la mujer que ahora era. Fuerte, empoderada, libre y valiente.

El estómago le rugió de hambre por primera vez en muchos días y decidió bajar a tomar algo.

Entró en el Taste & Ecologic y vio a Sergio en la barra preparando unos zumos en la licuadora.

Sonaba “Hey, Soul Sister” de Train y el ritmo de la canción la animó más. Se acercó tarareando y moviendo un poco los hombros inconscientemente.

—¿Qué tal, Sergio? —arrimó un taburete y se sentó en la barra.

—¡Hola, Marina! —le dedicó una enorme sonrisa— ¿Qué te apetece tomar?

—Hmmm... a ver... —se inclinó sobre la barra y su melena resbaló por sus hombros hacia delante— ¡Ya sé! —se la recogió llevándola hacia un lado del cuello, dejándola caer por su clavícula— Hazme uno de esos zumos cargados de vitaminas y antioxidantes... ¡Qué falta me hacen!

—¡Jajaja! No digas tonterías. ¡Si estás estupenda, mujer! —se giró hacia la máquina mientras pelaba la fruta.

—¡Ay, Sergio, de verdad!... —volvió a atusarse el pelo.

—Toma. —le puso el vaso con un par de pajitas de colores— A ver qué te parece. Es una mezcla nueva de zanahoria y jengibre con naranja.

Marina dio un sorbo.

—Mmm... —cogió una servilleta y se limpió los labios— Está buenísimo. Muy fresquito. Sí, sí. ¡Me gusta! —dio otro sorbo— ¡Desde

luego, eres toda una joya! iTu novia tiene que estar encantada contigo!

Sergio se apoyó con los codos en la barra sujetando la barbilla en la palma de la mano.

—Gracias, Marina. Pero no tengo novia.

—¡Ah! —le miró cortada— Bueno, pues cuando la tengas. ¡No sabe esa mujer la suerte que va a tener contigo! ¡Jajaja!

Charlaron un rato mientras se acababa el batido y después Sergio la ayudó a elegir algunos productos de la tienda que Marina necesitaba.

—Bueno. ¡Gracias por todo!

—Nooo... ¡Gracias a ti por venir! —la acompañó a la puerta.

Marina salió. Caminó dos pasos y se giró hacia él.

—Oye...

—Dime.

—¡Tenemos un café pendiente! No me olvido, ¿eh?

—Cuando quieras, Marina. ¡Estaré encantado!, ya lo sabes.

Se puso las gafas de sol y se marchó sonriendo y tarareando la canción.

Los días fueron pasando y la normalidad se fue instalando en su vida. Seguían sin contarle nada definitivo a los niños, porque Ernesto se negaba a hablar con ellos del tema, pero sí les habían explicado que durante una temporada papá estaría en su antiguo piso de soltero y que algunos fines de semana estarían con él y otros con ella.

Durante la semana se alternaban sin problema para recogerlos en el colegio y repartir el tiempo con ellos.

Hablaban lo justo en las entregas y recogidas.

Ernesto seguía dirigiéndose a ella de una forma fría y distante.

Era la manera en la que ocultaba su dolor.

Marina le comprendía y ya no forzaba una conversación que ninguno de los dos quería tener.

En algún momento tendrían que tomar una decisión con respecto a su matrimonio pero todavía no estaban preparados para ello.



24 de septiembre, domingo.

11:41h

Se levantó y llamó a su hermana con la intención de comer con ella y con su padre en uno de los restaurantes del centro.

Los niños estaban con Ernesto y hasta el lunes no los recogería en el colegio.

Abrió la ventana. La temperatura era agradable y la brisa del mar se coló en su habitación tonificándola y haciéndola sentir bien.

Se vistió y bajó al quiosco de la Alameda para recoger las revistas que César le guardaba todos los meses.

—Aquí tienes, Marina. Llegaron el viernes. —le tendió las publicaciones— Espera, te falta el periódico, ¡qué hoy es domingo!

—¡Es verdad! —sonrió— ¡Es que ando un poco despistada últimamente!

—Bueno, mujer, ¡eso nos pasa a todos de vez en cuando! —cogió uno de los diarios del montón— Toma. El Tribuna Atlántica.

Se fijó en la portada.

“El caso Baliza visto para sentencia.”

“Entrevista a los magistrados de la Audiencia Provincial de Pontevedra que han llevado el macrojuicio de uno de los alijos de cocaína más importantes decomisados en los últimos años en la Ría de Vigo.

Ernesto Del Valle, Ricardo Ruíz-Vela y Fernando Sanjurjo”.

Suspiró con resignación al ver el nombre de su marido en el periódico de Lorenzo.

«Los dos juntos...».

—¡Ah! Toma, toma, Marina. —recogió una de las revistas del montón contiguo— Esta semana el Tribuna trae un magazine especial.

Una gran fotografía de la Fontana di Trevi ocupaba la portada.

“Roma, la Ciudad Eterna”. Un paseo por sus circuitos culturales y su Historia.

Marina sostuvo la revista en la mano y sintió vértigo. El recuerdo de Lorenzo la envolvió. Recordó su olor. Recordó sus manos y sus labios en su piel. Recordó su aliento cálido y su lengua abrasándola de nuevo.

«Lorenzo...».

—Gracias, César. —guardó el cambio en el monedero y salió con las publicaciones bajo el brazo.

Respiró hondo de nuevo, se colocó los auriculares y pulsó el play en su iPhone. Empezó a sonar “Better In Time” de Leona Lewis.

Sintió una punzada de nostalgia y el estómago le dio un salto a la vez que su corazón se encogía. A pesar de todo ello, estaría bien. Iba a estar bien.

Aunque amaba a su marido y deseaba a Lorenzo, estaba aprendiendo a vivir sin ellos.

Se puso las gafas de sol, subió el volumen y caminó hacia la dársena.

«Me voy al Albatros a tomar un café».

30 de septiembre, sábado.

16:46h

Comió con Ricardo y con su mujer. Se despidió de ellos y cogió el coche para regresar a casa.

Se puso a dar vueltas por la ciudad y terminó aparcando en la playa de Samil frente al mar. No quería regresar a su piso.

Los niños estaban con Marina y la soledad de su apartamento le comía y le quemaba el estómago.

Creía que se iría acostumbrando a vivir solo, pero no era así. La pelota que tenía en la garganta no menguaba.

Apagó el motor y salió a respirar. Se sentó sobre el capó de su Audi mirando el mar, intentando hacer desaparecer la angustia y el malestar de su corazón.

Comenzó a chispear y se volvió dentro.

Encendió la radio para no tener que escuchar sus pensamientos repitiéndose una y otra vez.

Empezó a sonar "Palace" de Sam Smith y se puso a llorar.

No podía evitarlo.

Amaba a su mujer, pero el recuerdo de su traición le torturaba todas las noches y le impedía acercarse a ella.

Quería pero no podía.

Agarró el volante con ambas manos apretándolo hasta hacerse daño.

—¿Por qué, Marina? ¿Por qué? —gemía llorando.

Abrió la guantera para coger un paquete de pañuelos.

El foulard que Marina buscaba y que creía haber perdido, cayó en el suelo del copiloto.

El olor de su perfume envolvió todo el habitáculo y Ernesto terminó de derrumbarse.

Lo recogió y se lo llevó al pecho llorando como un niño sin consuelo.

—¡Marina!... ¡Marina!... ¡Dios!... Marina...

Recordó la conversación con Ricardo y sus palabras.

"Marina te quiere... y te hace mejor persona... el orgullo es la peor estrategia para el amor... no puedes juzgarla por vivir..."

Se secó las lágrimas con las palmas de las manos y cogió su teléfono. Abrió el WhatsApp y le envió un mensaje a su mujer.

**Ernesto\_17:08**

Necesito hablar contigo.

¿Estás en casa?

¿Podemos quedar?

Pulsó enviar y se quedó mirando a la pantalla esperando su respuesta.

17:08h

Había ido a pasar el día con los niños a casa de su padre y decidió bajar a dar un paseo por la playa para despejarse un poco. Se llevó puesta una chaqueta impermeable porque las nubes descargaban una fina lluvia intermitente.

Caminaba por la orilla con los auriculares puestos escuchando música.

Sintió una vibración en el bolsillo y el sonido de un WhatsApp interrumpió por dos segundos la canción.

Abrió la pantalla.

Leyó el mensaje y el estómago se le volvió del revés.

**AA Ernesto\_17:08**

Necesito hablar contigo.

¿Estás en casa?

¿Podemos quedar?

«Ya está. Se acabó. Ya lo ha decidido...».

Una punzada de angustia le atravesó el corazón y sintió ganas de llorar otra vez. Esperaba este momento y aunque mentalmente se había preparado para ello no sabía que cuando se hiciese realidad doliese tanto.

Se sentó en unas rocas y tragó saliva conteniendo las lágrimas.

Abrió el mensaje y le contestó.

**Marina\_17:12**

Estoy en Patos.  
No volveré a casa hasta la noche.  
Estoy sola. Los niños están con mi padre.  
Si quieres podemos vernos aquí.

Pulsó enviar y el mentón comenzó a temblarle. Se rodeó las piernas con los brazos y apoyó la frente en las rodillas haciendo esfuerzos por no llorar.

Ernesto le respondió.

**AA Ernesto\_17:14**

Está bien.  
Espérame entonces.  
Llegaré en una media hora.

Marina respiró hondo y se limpió un par de lágrimas que no había podido detener.  
Buscó el chat de Nona y le escribió.

**Marina\_17:16**

Se acabó, Nona. Ya se acabó.  
Quiere hablar conmigo.  
Viene a verme para pedirme el divorcio.

Nona vio el mensaje y le contestó enseguida.

**Nona\_17:17**

Lo siento, Marina.  
Lo siento muchísimo...

**Marina\_17:19**

No te preocupes.  
Estoy bien.  
Ya sabía que esto iba a pasar.  
Era una cuestión de tiempo que se decidiera.  
Sabía que no me iba a perdonar.

Permaneció un rato con la mirada fija en el horizonte concentrándose en su respiración para alejar las ganas de llorar.

«Ahora no. Ahora no llores, Marina».

«Ya no llores más».

«Que no te vea llorar».

Ernesto tiró el teléfono en el asiento contiguo y olió de nuevo el foulard de su mujer. Cerró los ojos e inspiró su perfume. El recuerdo de sus ojos, de sus besos y de su risa le atravesó la frente como una bala.

Ricardo tenía razón. La necesitaba. Necesitaba a esa mujer a su lado. Sin ella nada tenía sentido. El orgullo no le iba a servir. La quería. ¡Dios, la quería muchísimo!

Arrancó y subió el volumen de la radio mientras conducía.

“You Are The Reason” de Calum Scott y Leona Lewis sonaba en los altavoces.

El pulso se le aceleró y se dio cuenta de que ella era su razón. De que siempre sería su razón y de que daba igual lo que hiciese. Valía la pena amarla. Marina era el amor de su vida. No sabía como lo haría, pero no podía perderla.

17:22h

Se levantó y bajó de nuevo a la orilla para caminar y distraerse mientras esperaba a que Ernesto llegase.

Resopló aguantando de nuevo las lágrimas.

«¡Joder!... sabía que me iba a doler... pero no tanto... la hostia».

«¡Mierda!... Ernesto... ¡Mierda!...».

No tenía una pista en su teléfono para esto, así que pulsó el botón de la radio y el teléfono buscó una emisora automáticamente.

Comenzó a sonar “You Are The Reason” de Calum Scott y Leona Lewis.

Intentó aguantar pero terminó llorando de nuevo.

Ernesto era su razón.

Era su amor.

Era su vida.

Y le había roto el corazón.

17:45h

Levantó la vista y reconoció su silueta a lo lejos. Ernesto se acercaba por el paseo dirigiéndose a la rampa para bajar a la playa.

Respiró hondo tratando de controlar sus nervios, pero en cuanto le vio su corazón se aceleró. No quería que la viese llorar. No quería llorar delante de él. Quería ponérselo fácil y acabar con ese dolor cuanto antes.

«Ojalá pudiese arreglarlo, Ernesto... Ojalá... Pero no puedo...».

—Hola, Marina... —se acercó a ella. Tenía los ojos rojos y la mirada triste.

—Hola... —dijo con un hilo de voz, bajando los ojos al suelo. La barbilla comenzó a temblarle otra vez.

—Marina... yo... escucha...

—No importa, Ernesto. —le cortó— Vamos a acabar cuanto antes. Dame los papeles del convenio y te los firmaré. Firmaré lo que quieras. —se llevó la mano a la frente intentando serenarse— Eres un hombre bueno y sé que nunca harías nada que me perjudicase a mí o a los niños. —se giró hacia el mar dándole la espalda— No tengo derecho a pedirte nada... —su voz iba quebrándose cada vez más— Dime lo que quieres que firme y lo haré... No te pondré pegatas...

—Marina... —se acercó por detrás sujetándola por los hombros— No tengo ningún convenio... —se pegó a su espalda y le susurró— He venido porque te quiero... —Marina se estremeció— Y no quiero pasar ni un día más sin ti. —le dio la vuelta y la cogió por la cintura pegando su frente a la suya.

Marina temblaba y le miraba con los ojos llorosos.

—Me da igual lo que hayas hecho. —la abrazó más— Te quiero. Eres mi mujer. Te amo y amo lo que eres y quién eres. Te amo a ti. —le cogió la cara con las manos y la besó en los labios despacio.

Marina cerró los ojos y le correspondió mientras dos lágrimas escapaban y rodaban por sus mejillas. Las rodillas le temblaban y su corazón latía a toda velocidad. Casi no podía respirar.

¡Dios... cómo quería a este hombre! ¡Le quería tanto que le dolía!

—Sé que me quieres... —siguió hablándole con su cara pegada a la suya, rozando sus labios— Y que quieres estar conmigo. Pero también sé como eres. —la acarició apartándole un mechón del pelo de la cara— Tu pasión y tu coraje a la hora de enfrentarte a la vida es lo que más me gusta de ti. No puedo evitarlo, Marina. Te quiero.

—Ernesto... yo... —le rodeó el cuello abrazándole con fuerza— ¡Te quiero tanto!... Siento tantísimo haberte hecho daño... —se separó y le miró a los ojos— Pero, tienes que saber que vamos a tener que vivir con esto... Y no sé si podremos... —le sujetó el mentón— Escúchame... ¿Qué quieres que te diga? ¿Qué me arrepiento de haberlo hecho? —se echó hacia atrás separándose un poco— No, Ernesto. No me arrepiento. No puedo mentirte más. Si volviese atrás volvería a hacerlo de nuevo... Esa es la verdad... —bajó la vista al suelo— Sé que querrías escuchar que no... Pero no sería cierto... —le miró de nuevo— No puedo arrepentirme por vivir.

Ernesto la cogió de nuevo por la cintura.

—¿No me has escuchado? —la sujetó por el cuello y la besó— Te amo, Marina y no puedo evitar que vivas y sientas como lo haces. Te quiero como eres. Por eso no puedo dejarte. —volvió a besarla— Cualquier cosa que hayas hecho te la perdoné el día que te conocí. Eres el amor de mi vida. —los ojos le brillaban por las lágrimas que intentaba contener.

—Ernesto... —le miró con devoción— ¿Estás seguro de lo que estás diciendo? ¿Crees de verdad que podremos vivir con esto?

—Sí, Marina... Podremos, ¡claro que podremos! —la cogió por los hombros y la besó profundamente con un amor infinito— Vámonos a casa, mi amor.

Caminaron abrazados por la orilla hasta el final de la playa.

Las nubes comenzaron a abrirse en el horizonte, mostrando un trocito de cielo por el que se colaba el sol, formando una pequeña franja plateada en el medio del mar.

Había dejado de llover.



## — Cuando Deje de Llover —

Canciones en orden de aparición.

Be the One. Dua Lipa

Magic. Coldplay

One. U2 & Mary J. Blige

Me Rehúso. Danny Ocean

You. Ten Sharp

It Ain't Over `Til It's Over. Lenny Kravitz

Piu Bella Cosa. Eros Ramazotti

A Higher Place. Adam Levine

Senza Una Donna. Zucchero

By Your Side. Sade

Guilty. Barbra Streisand & The Bee Gees

Steal. Spandau Ballet

Mising You. Tina Turner

Todo no es Casualidad. India Martínez

Wildest Moments. Jessie Ware

Do It To Me. Lionel Richie

Sing of the Times. Harry Styles

In Case You Didn't Know. Brett Young

What Lovers Do. Maroon 5

Havana. Camila Cabello

Never Be The Same. Camila Cabello

I Don't Wanna Fight. Tina Turner

Inner Smile. Texas

Let Me Hold You. Josh Krajcik

Beneath Your Beautiful. Labrinth & Emeli Sandé

Praying for Time. George Michael & Symphonica Tour

Superheroes. The Script.

Better in Time. Leona Lewis

Hey, Soul Sister. Train

Palace. Sam Smith

You Are The Reason. Calum Scott & Leona Lewis

## *Agradecimientos.*

Y ahora toca agradecer a todas esas personas, luminosas y bonitas que la vida me ha regalado para conseguir que esta locura mía de escribir se hiciese realidad.

A los primeros que quiero darles las gracias es a mi marido y a mis tres hijos, Andrea, Emilio y Antón.

A Emilio, mi marido, gracias por estar ahí. Por ser mi roca cuando todo se tambalea. Por ser mi faro cuando me pierdo en el camino. Por aguantar mis ausencias y mis "neuras". Por darme ánimos y por creer en mí SIEMPRE, así, con mayúsculas. Por soportar mi mal humor por las mañanas y mis largas madrugadas en soledad escribiendo.

Por conocerme y aceptarme. Por quererme tal y cómo soy. Como leí en el muro de alguien: "Por hacerme temblar las piernas y por ayudarme también a mantener el equilibrio". Gracias, mi amor.

A mis hijos, por el tiempo que esta historia les robó y por ser la luz que expande cada día mi corazón.

A Andrea, mi hija mayor, por enseñarme a ser madre. Así, sin anestesia.

A Emilio, el mediano, por mostrarme la fragilidad y la curiosidad de la infancia y a Antón, el benjamín, por ser la alegría y la dulzura hecha niño. Por colgarme la tarjeta de: "No molestar, escritora trabajando", en la manilla de la puerta, cuando me veía entrar con el termo de café, preparada para ponerme a escribir.

Mis amoriños. Soy muy afortunada por tenerlos conmigo. Gracias.

A Noli y a Silvia. Mis compañeras de viaje en esta aventura.

A Noli, por apoyarme siempre y entusiasmarse con todas mis locuras. Por esperar con ilusión cada mañana los capítulos que le enviaba, leyéndolos con atención, ayudándome con sus opiniones y críticas a crear y dar forma a los personajes. Por vivir esto conmigo

con la misma ilusión y ganas que yo. Por hacerme sentir y comprender, desde que éramos unas renacuajas, el significado de la palabra "Amistad". Por creer siempre en mí e inundarme con su luz cálida cuando la necesito. Gracias.

A Silvia Bermúdez, mi coach editorial. Porque desde aquella tarde de noviembre en que hablamos por teléfono y le conté la novela que llevaba dentro y mis ganas de llevarla al papel, consiguió hacer que la historia de Marina brotara sin miedo de mi interior. Creyó en mí y creyó en Marina. Logró que los personajes hablasen sin miedo. No dejó de inyectarme dosis de optimismo durante todo el camino y sus consejos, sus recomendaciones y su feedback, sirvieron para que, "Cuando deje de Llover", sea hoy una realidad. Gracias.

Quiero agradecerse también a mis conejillos de indias. Los que se prestaron a leer el manuscrito de mi novela con ilusión, sin preguntas, con seriedad y respeto, dándome su opinión sincera sobre ella. Por su implicación en el proyecto sabiendo lo mucho que significaba para mí.

Ellas y ellos son: Elena, Sandra, Ana, Tamara, Fernando, Mar, Adán, Mayte y Aurora.

A Elena, por ser la primera a la que se lo propuse y por decirme que sí sin dudar. Por esperar con ilusión el manuscrito y disfrutar su lectura como una niña con un regalo de Navidad. Por ser una de esas mujeres luminosas y deliciosas que el mundo necesita.

A Sandra, por decir que sí y leerlo en un pis pàs. Por contarme lo bien que se lo pasó y darme su opinión sobre todos y cada uno de los personajes. Por poder contar siempre con ella para cualquier cosa. Por su optimismo y su : "¡Venga, que tú puedes!".

A Ana, por ayudarme a poner nombre al perfume de los protagonistas y sentir y entender de una forma preciosa a nuestra Marina. Por su dulzura y su delicadeza y por la fuerza que guarda en su interior. Por ser una mujer sin miedo.

A Tamara, por llegar de una forma "causal" a mi vida. Por ser tan sabia, pese a su juventud. Por aguantar mis machaques "monotema" y por acompañarme en momentos muy importantes del proceso. Por leerlo con muchas ganas y hacer que la espera fuese más llevadera. Por ser una mujer con unas alas enormes.

A Fernando, por ser valiente y decir que sí a leer un libro “de mujeres”. Por tomárselo en serio y hablar con sinceridad sobre la historia y sus personajes. Por no guardarse nada y contarme sin miedo y sin tapujos lo que pensaba de ellos.

A Mar y Adán, por hacerme reír hasta que me duelen las costillas. Por ser, compañeros primero y convertirse en amigos después. Por “apuntarse a un bombardeo”, si vamos los tres y por disfrutar con la historia y alegrarse conmigo.

Y a Mayte y Aurora, por esas noches de chicas que nos destrozan el cuerpo, pero nos rejuvenecen el alma. Esas noches, en las que reímos hasta tener agujetas, mientras las confidencias se alternan con las cañas. Por estar ahí, las tres, cuando nos necesitamos.

Gracias a los nueve. Ya sois especiales.

A Amara Castro, escritora viguesa. “Una persona bonita”, que gracias a esta aventura literaria la vida puso en mi camino, porque con su generosidad y sus consejos me ayudó a adentrarme en el desconocido mundo editorial. Gracias, compañera escritora.

A Diego Mora, por haber capturado con su cámara la preciosa imagen de la portada justo “cuando terminó de llover”, esa tarde en Illa Pancha. Gracias Diego.

A todo el equipo de Círculo Rojo, por su apoyo y su profesionalidad en todo el proceso. A Desireé, mi editora, a Javi, mi maquetador, (al que volví loco) y a David, mi diseñador de cubierta. Muchas gracias a todos.

A todas las mujeres valientes y libres como Marina. Que no se callan y piensan en voz alta. Que no tienen miedo de sentir. Que no tienen miedo de vivir y que no piden perdón por hacerlo.

Y, por supuesto, a mis padres.

A mi madre, por enseñarme el valor del trabajo y de las cosas bien hechas y a mi padre, que aunque ya no esté, siempre me sonrío cuando miro al mar. El me enseñó a tener paciencia y a saber que todo llega. Siempre.

Y a mi hermano, Nené, mi otra mitad, mi hermanito guapo, que siempre está ahí cuando le necesito para darme la mano, ayudándome a dar forma a mis “cosas imposibles” con su magia creadora.

Porque aunque la familia no se escoge, yo no hubiese querido nacer en otra.

Con amor.

María Soliño Barcia.